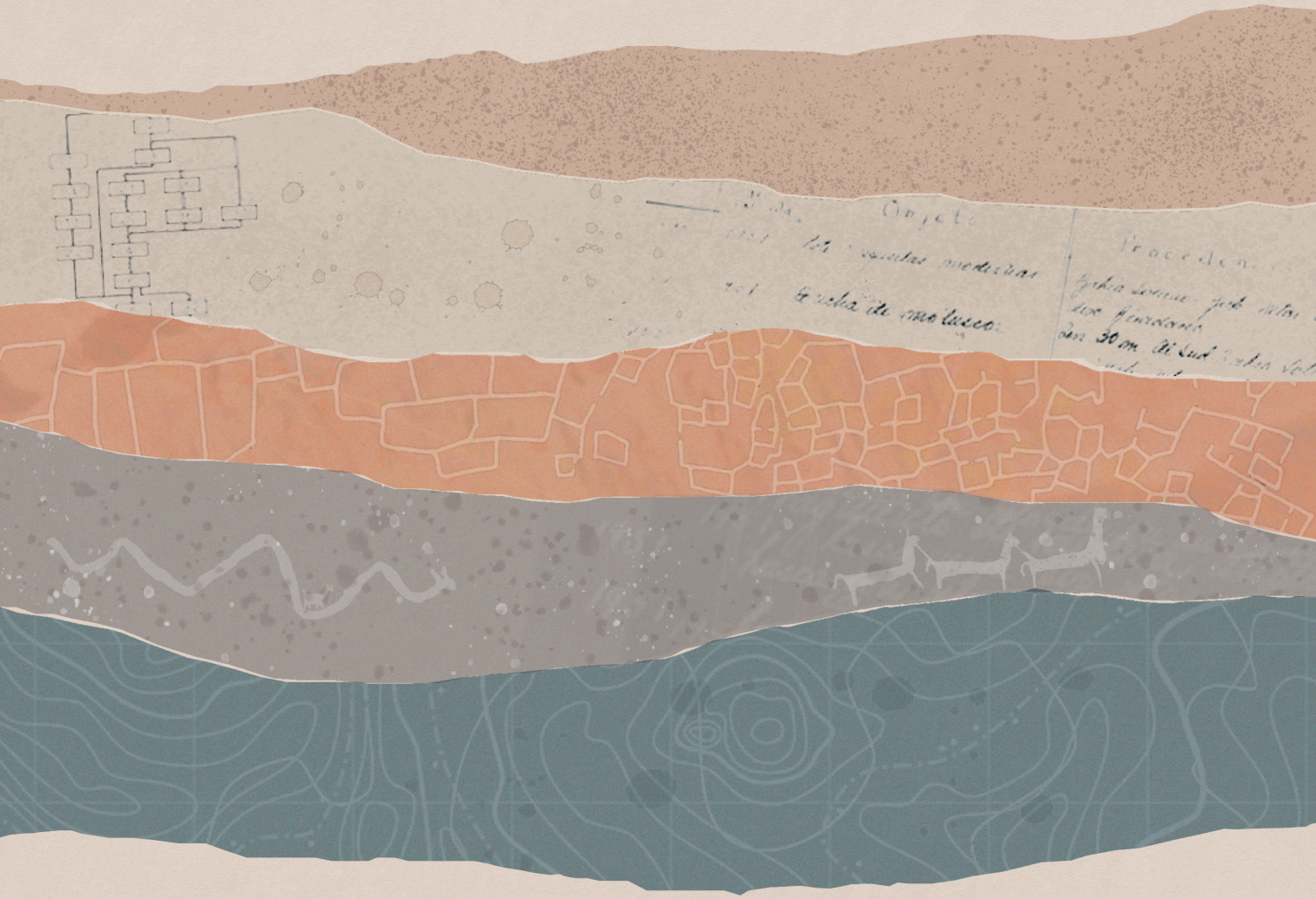
# PERSPECTIVAS ARQUEOLÓGICAS

Axel E. Nielsen
Verónica Seldes
Inés Gordillo
Editores



AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

IA : Instituto de Arqueología

.UBAFILO
Facultad de Filosofía y Letras

# PERSPECTIVAS ARQUEOLÓGICAS

Axel E. Nielsen
Verónica Seldes
Inés Gordillo
Editores

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

IA : Instituto de Arqueología

.UBA FILO
Facultad de Filosofía y Letras

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

**Fundación de Historia Natural Félix de Azara**
Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas
Universidad Maimónides
Hidalgo 775 P. 7º - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54) 11-4905-1100 int. 1228 / www.fundacionazara.org.ar

**Diseño gráfico interior:** Mariano Masariche.
**Diseño gráfico de tapa:** Bárbara Sofía Carboni.

2026

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

El contenido de este libro es responsabilidad de sus autores

Perspectivas arqueológicas / Alicia Carla Tapia ... [et al.] ; Editado por Axel E. Nielsen ; Verónica Seldes ; Inés Gordillo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Instituto de Arqueología ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Facultad de Filosofía y Letras - UBA, 2026.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-6875-10-5

1. Arqueología. 2. Antropología. 3. Etnografía. I. Tapia, Alicia Carla II. Nielsen, Axel E., ed. III. Seldes, Verónica, ed. IV. Gordillo, Inés, ed.
CDD 930.1

Fecha de catalogación: julio de 2026.

# CONTENIDO


Página

**EVALUADORES EXTERNOS** 7

**PRESENTACIÓN.** Por **Axel E. Nielsen, Verónica Seldes** e **Inés Gordillo Besalú** 9

## PERSPECTIVAS ARQUEOLÓGICAS

**EL QUEHACER DE LA ARQUEOLOGÍA COMO CIENCIA.** Por **Alicia Tapia** 15

**PERSPECTIVAS COMO MARCOS CONCEPTUALES.** Por **Hugo D. Yacobaccio** 25

**ARQUEOLOGÍA: LA MATERIALIDAD COMO PERSPECTIVA.** Por **Axel E. Nielsen** 29

## ESPACIO Y TIEMPO

**ARQUEOLOGÍA AMBIENTAL EN EL OESTE DE LA PUNA SECA ARGENTINA: REFLEXIONES TEÓRICAS, CONCEPTOS Y CASOS DE APLICACIÓN.** Por **Marcelo R. Morales, Rodolphe Hoguin** y **Hugo D. Yacobaccio** 35

**ARQUEOLOGÍAS DE LOS PAISAJES: LAS RELACIONES ENTRE LA ESPACIALIDAD, LA TEMPORALIDAD Y LA ALTERIDAD EN LA ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA SUDAMERICANA.** Por **José María Vaquer, Ignacio Gerola, Bárbara Sofía Carboni** y **Laura Pey** 55

**UNIDADES Y ESCALAS EN ARQUEOLOGÍA REGIONAL.** Por **Gabriel E. J. López, Federico I. Coloca, Juan P. Orsi** y **Silvina T. Seguí** 71

## ECONOMÍA Y MODOS DE VIDA

**DOMESTICACIÓN DE CAMÉLIDOS SUDAMERICANOS.** Por **Hugo D. Yacobaccio** 91

**LAS PRÁCTICAS ALIMENTARIAS DESDE UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA.** Por **Paula Escosteguy, Silvina T. Seguí, Miranda Rivas Gonzalez, Mercedes Rocco, Alejandro Fernandez** y **Ariana Andrade** 107

**EL ESTUDIO DE LOS CUERPOS HUMANOS DESDE LA BIOARQUEOLOGÍA Y LOS ANÁLISIS DE ADN EN EL NOROESTE ARGENTINO.** Por **Verónica Seldes , María Gabriela Russo** y **Gianina Bettera Marcat** 129

## COSMOLOGÍA Y SOCIEDAD

**ARQUEOLOGÍA DE LA IMAGEN.** Por **Inés Gordillo, Mercedes Rouan Sirolli, Sofía Alvarez** y **Luciana Eguía** 151

**PERSPECTIVAS ACTUALES EN LA ARQUEOLOGÍA DEL RITUAL.** Por **Axel E. Nielsen, Inés Gordillo** y **Gabriel E. J. López** 177

**ARQUEOLOGÍA DE ESTADOS E IMPERIOS: REFLEXIONES SOBRE TRES ESTADOS SUDAMERICANOS.** Por **Verónica I. Williams** y **María Paula Villegas** 197

**FEMINISMOS Y GÉNERO EN LA ARQUEOLOGÍA SUDAMERICANA.** Por **Bárbara Sofía Carboni, Laura Pey** y **Luciana Eguía** 217

## ARQUEOLOGÍAS DE LA HISTORIA RECIENTE

**MÁS ALLÁ DEL DOCUMENTO: PERSPECTIVAS CRÍTICAS Y TRAYECTORIAS TEÓRICAS EN LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA CONTEMPORÁNEA.** Por **Virginia Pineau** 235

**ARQUEOLOGÍA DEL CONFLICTO. LATINOAMÉRICA Y SUS PERSPECTIVAS.** Por **Carlos Landa** 253

**APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA FORENSE Y LA ARQUEOLOGÍA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE MEMORIAS DEL TERRORISMO DE ESTADO.** Por **Verónica Seldes, Antonela Di Vruno, Pablo Francisco Giorno, Luis Ángel Piaggi, Alejandro Vázquez Reyna** y **Analía González Simonetto** 267

## LA PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA

**UNA METODOLOGÍA EN TÁNDEM PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LÍNEAS DE BASE ARQUEOLÓGICAS.** Por **Norma Ratto** 291

**EXTENSIÓN Y COMUNICACIÓN PÚBLICA EN ARQUEOLOGÍA.** Por **Micaela Grzegorczyk, Olivia Lucia Sokol** y **Virginia Mariana Salerno** 313

**REPENSAR LAS COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS: ENFOQUES ACTUALES EN GESTIÓN Y CONSERVACIÓN**. Por **María Gabriela Rodríguez, María Paula Arthur** y **María Florencia Valdettaro** 331

**CIENCIA ABIERTA, PUEBLOS INDÍGENAS Y ARQUEOLOGÍA COLABORATIVA.** Por **María José Figuerero Torres** y **Guillermo L. Mengoni Goñalons** 349

## EVALUADORES EXTERNOS

- **María del Pilar Babot**. Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Ramiro Barberena**. Instituto Interdisciplinario de Ciencias Básicas, Universidad Nacional de Cuyo; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Cristina Bellelli**. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Mirta Bonin**. Instituto de Antropología de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- **María Gabriela Chaparro**. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Itací Correa**. Sociedad Chilena de Arqueología.
- **Pablo Cruz.** Unidad Ejecutora en Ciencias Sociales Regionales y Humanidades; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Mariana Fabra**. Instituto de Antropología de Córdoba y Museo de Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Dánae Fiore**. Asociación de Investigaciones Antropológicas, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **María Soledad Gheggi**. Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Marco Antonio Giovannetti**. División Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Lorena Grana**. Instituto de Biodiversidad y Biología Experimental y Aplicada, Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Darío Hermo**. División Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Patricio López Mendoza**. Arqmar-Centro de Investigación en Arqueología Marítima del Pacífico Sur, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- **Javier Nastri**. Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas, Universidad Maimónides; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Mercedes Podestá**. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- **Victoria Pedrotta**. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **María Alejandra Pupio**. Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.
- **Vivian Scheinsohn**. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Marina Leticia Sprovieri**. División Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- **Federico Wynveldt.** Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

# PRESENTACIÓN

**Axel E. Nielsen**[1], **Verónica Seldes**[2] **e Inés Gordillo**[3]

[1]CONICET – Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | axelnielsen@gmail.com
[2]CONICET – Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | vseldes@gmail.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | ibesalu@gmail.com

La literatura científica ha crecido de forma exponencial durante las últimas décadas (Hanson *et al.* 2024), una tendencia a la que no ha sido ajena la arqueología latinoamericana y la argentina en particular. Este fenómeno plantea un importante desafío para la disciplina, ya que el volumen de bibliografía que es necesario conocer para abordar la investigación de cualquier tema se torna a menudo inmanejable. Este problema suele ser más grave para quienes se inician en la práctica científica, quienes se acercan a un nuevo campo temático o para docentes y estudiantes que buscan una visión actualizada de un tópico en particular. Los artículos de síntesis escritos por especialistas —*reviews*— son un recurso que permite mitigar esta dificultad, al brindar panoramas críticos y actualizados sobre distintos tópicos y una orientación bibliográfica para profundizar la indagación. Lamentablemente, este tipo de trabajos, comunes en la literatura anglosajona, son poco frecuentes en la arqueología latinoamericana. Los trabajos reunidos en este volumen buscan contribuir a resolver esta falencia, al ofrecer síntesis críticas y actualizadas de diversos temas de interés para la disciplina.

El proyecto que culmina en esta publicación comenzó en 2024, con el dictado de un seminario de grado titulado "Perspectivas Arqueológicas" para la carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Impartieron este curso casi 40 profesionales del Instituto de Arqueología —en su mayoría investigadores o becarios del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)— y dos colegas invitadas del Instituto de las Culturas (IDECU), las dos unidades de investigación más importantes dedicadas a la arqueología en el seno de la mencionada Facultad. El objetivo del seminario fue brindar un panorama general de algunos de los principales tópicos que aborda la arqueología actual, adoptando una mirada situada en Latinoamérica e ilustrándolos mediante investigaciones realizadas por los mismos docentes. Esta experiencia puso de manifiesto la falta de textos de síntesis sobre muchos de los tópicos abordados

y nos alentó a encarar esta publicación, de la que participan la mayoría de quienes tuvieron a su cargo el dictado de aquél seminario.

Los autores de los trabajos aquí reunidos se propusieron elaborar síntesis críticas del estado del arte en los campos temáticos de su especialidad, tomando en consideración la literatura arqueológica mundial, pero poniendo énfasis en la producción argentina y latinoamericana, marcando las principales corrientes de pensamiento sobre la materia, los conceptos más importantes, las áreas de controversia y líneas actuales de investigación, ejemplificando estas ideas con casos de estudio tomados de su propia labor. La consigna fue escribir para un público no especializado pero cercano a la materia, esto es, estudiantes y docentes de grado y posgrado, investigadores jóvenes, colegas que buscan actualizarse sobre temas que no son los que habitualmente trabajan, académicos de disciplinas afines interesados en el modo en que la arqueología enfoca ciertas materias de interés común o público no profesional con cierta formación en los asuntos desarrollados. Todos los trabajos fueron sometidos a evaluación externa de uno o dos pares, además de nuestra revisión crítica como equipo editorial. El resultado fueron 17 artículos que fueron agrupados en cinco secciones temáticas: espacio y tiempo; economía y modos de vida; cosmología y sociedad; arqueologías de la historia reciente y práctica arqueológica. Demasiado ambicioso hubiera sido pretender cubrir todas las áreas de interés para la disciplina, por consiguiente, el objetivo fue poner el foco en los temas de especialización de las y los profesionales del Instituto de Arqueología y colegas invitadas, aprovechando así el conocimiento acumulado, la experiencia de trabajo y el criterio de quienes se dedican actualmente a la investigación de los tópicos tratados. Aun así, el volumen ofrece un panorama bastante completo del abanico de temas que interesan actualmente a la arqueología y la diversidad de formas de abordarlos.

El título elegido busca comunicar que la arqueología no sólo se ocupa del pasado remoto, sino que estudia asuntos de relevancia actual que también investigan otras ciencias, aunque abordándolos desde un registro y, por lo tanto, una mirada propia. No es posible hablar de una sola perspectiva disciplinar, sin embargo, por lo cual elegimos hablar de "perspectivas", atendiendo a las diversas corrientes teóricas y enfoques metodológicos vigentes y que los distintos capítulos repasan críticamente. Más allá de lo que nos motivó como equipo editorial a elegir el título, entendemos y valoramos que éste admite otros matices e interpretaciones. Por tal razón, invitamos a tres investigadores del Instituto de Arqueología con larga trayectoria, pero con diferentes intereses, enfoques y experiencias, a escribir ensayos breves a partir de dos preguntas: ¿Qué distingue a la perspectiva de la Arqueología y cómo se relaciona con/diferencia de la mirada de otras ciencias? ¿Cómo puede contribuir la Arqueología a la sociedad actual? El resultado conforma la sección introductoria del libro.

No podemos cerrar esta presentación sin agradecer al Dr. Adrián Giacchino y a la Fundación de Historia Natural "Félix Azara" por su apoyo, sin el cual esta obra no hubiera podido

concretarse. Nuestra gratitud para quienes evaluaron los trabajos por su rigurosidad y constructiva crítica. Por último, agradecemos a Bárbara Sofía Carboni por el diseño de tapa. Esperamos que este volumen sea un recurso de utilidad para investigadores, docentes, estudiantes y público interesado, y que incentive la reflexión teórica en nuestra comunidad científica.

## BIBLIOGRAFÍA

Hanson, M. A., P. Gómez Barreiro, P. Crosetto y D. Brockington 2024. The strain on scientific publishing. *Quantitative Science Studies* 8: 1-21. *https://doi.org/10.48550/arXiv.2309.15884*

# PERSPECTIVAS ARQUEOLÓGICAS

# EL QUEHACER DE LA ARQUEOLOGÍA COMO CIENCIA

**Alicia Haydée Tapia**[1]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA - Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján | aliciahtapia@gmail.com

## "...SE HACE CAMINO AL ANDAR"

Desde que surgió el interés por registrar y conocer las huellas del pasado hasta nuestros días, las particularidades de la arqueología, sus objetivos y campo de conocimiento, se fueron modificando de manera acorde con los profundos cambios que se sucedieron en el transcurso de la historia humana. Muy diferente resulta el quehacer científico que realizamos los arqueólogos en el mundo moderno de aquel que a partir del siglo XIV emprendieron los anticuarios, coleccionistas y viajeros aficionados a las antigüedades de mundos alejados y desconocidos (Daniel [1967]1981; Trigger 1992; Renfrew y Bahn 1993; Thomas 1999; Fagan 2018).

Si la arqueología se ha modificado tanto en su andar y hoy constituye una ciencia social que se distingue de otras por teorías, métodos y prácticas que le son propias ¿por qué aún perdura la asociación del término arqueología con la búsqueda de tesoros, de objetos valiosos muy antiguos o de construcciones monumentales como las pirámides de Egipto, los grandes templos mayas o las atrayentes villas griegas y romanas? La perduración de esa perspectiva errónea sobre lo que es la arqueología y sobre lo que hacen quienes actualmente la practican, no es un hecho fortuito. Ese imaginario se relaciona con el desarrollo histórico particular de la disciplina y, en sentido general, con los diferentes contextos políticos, sociales y económicos que afectaron la producción de conocimientos de las sociedades humanas del pasado (Trigger 1984; Gamble 2002).

Durante los siglos XIV al XVIII, la palabra arqueología (del griego *archaiologia*) designó la búsqueda y la clasificación de objetos antiguos a los que se les otorgó un valor económico y comercial. En algunos casos, si bien las intenciones de los mecenas y coleccionistas del Renacimiento (principalmente papas y cardenales) no eran estrictamente lucrativas, buscaban inspiración artística en los objetos bellos de épocas pasadas, dignas de imitar. El resultado de ese interés fue la gran acumulación de piezas y fragmentos de monumentos recuperados por razones estéticas y también por prestigio social, especialmente aquellos que provenían de la

antigüedad clásica desarrolladas en torno del Mediterráneo y el Medio Oriente (Renfrew y Bahn 1993; Fagan 2018).

A fines del siglo XVIII, bajo los influjos del prerromanticismo se desencadenó el interés por las antigüedades locales con el objetivo de indagar sobre los orígenes nacionales europeos; tal como es el caso de la búsqueda de los vestigios materiales y la tradición oral de los druidas en Inglaterra o los vikingos en Noruega, Suecia y Dinamarca (Daniel [1967]1981; Trigger 1992). Asimismo, se estableció una relación evidente entre la expansión y la dominación colonial europea y la apropiación de antigüedades en diferentes partes del mundo. Entre otros ejemplos, la invasión napoleónica en Egipto en 1879 fue una ocasión propicia para la cual se designaron anticuarios encargados de registrar las antigüedades de ese país, y de seleccionar aquellas que habrían de trasladarse a Francia como botín de guerra. Las prácticas coloniales de expoliación de los bienes arqueológicos, en los territorios bajo dominio europeo, continuaron durante todo el siglo XIX. En Grecia, Mesopotamia y Egipto, los representantes ingleses y franceses instalados en las colonias saquearon diversos sitios arqueológicos, extrayendo objetos sin aplicar métodos cuidadosos de excavación. Recién a mediados del siglo XIX, se iniciaron prácticas arqueológicas sistemáticas, que incluían el registro minucioso de datos culturales, estratigráficos y sedimentarios. Dentro de esos primeros pasos se incluyen las investigaciones famosas del mundo clásico de Schliemann en Troya y Micenas, Evans en Cnossos, Wooley en Ur o bien Lord Carnavon y Carter en Egipto (Wooley [1929]1966; Schliemann 1973; Trigger 1992). En Sudamérica se destacó Max Uhle por sus excavaciones en Pachacamac y otros sitios andinos, estableciendo una cronología para las sociedades peruanas prehispánicas. Cabe señalar que en el imaginario colectivo también se ha asociado a la Arqueología con actividades exclusivamente masculinas. Sin embargo, las investigaciones que realizaron las primeras mujeres arqueólogas, superando las barreras del género a fines del siglo XIX y principios del XX, produjeron conocimientos relevantes aunque muchas veces invisibilizados o adjudicados a sus colegas masculinos (figura 1). Para esos momentos se destacan entre otros, los trabajos de Kathleen Kenyon en Jericó, Margaret Murray en Egipto y Malta, Gertrude Caton-Thompson en el Gran Zimbabue, Egipto y Yemen y Dorothy Garrod con sus estudios del Paleolítico.

A partir de los inicios del siglo XX, la arqueología se fue configurando como una disciplina científica, con andamiajes teóricos distintivos y la aplicación de metodologías y técnicas acordes con el quehacer de una específica ciencia social. En este contexto fueron relevantes los estudios comparativos e integradores de Gordon Childe y de quienes establecieron métodos, técnicas de excavación y análisis de los materiales arqueológicos en el laboratorio, tales como Wheeler, Pitt-Rivers, Gertrude Bell, Flinders Petrie y su esposa Hilda Urlin Petrie en Inglaterra, Kidder y Mac Kern en Norteamérica, Proskouriakoff en los sitios mayas y Maria Reiche en las tierras altas de Nazca.

■ **Figura 1.** A. Mujeres en Pompeya, postal de autor anónimo, década de 1890, ilustra el trabajo que cumplían las mujeres en la excavación, confinado a transportar cestos con los sedimentos que extraían los hombres. Extraído de *Archivo: Pompeya, scavi - Donne in posa, fine 1800 (Mujeres en Pompeya, Nápoles).jpg*; B. Kathleen Kenyon excavando el muro de los judíos en Leicester, Inglaterra (https://ulasnews.com/2025/03/07/kathleen-kenyon-and-the-jewry-wall/); C. Hilda Petri descendiendo a una tumba egipcia (*1897-1898),* en la ciudad de Dendera (https://trowelblazers.com/2014/05/09/hilda-petrie/).

Esta fugaz síntesis de los antecedentes históricos que configuraron a la arqueología como una ciencia social del pasado, intenta discernir qué es lo que ha cambiado y porqué es falaz aquella visión romántica de la búsqueda de tesoros desconocidos y espectaculares. En primer lugar, han cambiado los objetos de estudio arqueológico y cómo se analizan e interpretan. Los arqueólogos no se proponen buscar objetos notables por su belleza o valor económico (que en la ficción obsesionaban al personaje de Indiana Jones), el propósito consiste en buscar, analizar e interpretar los restos o vestigios materiales que de manera directa o indirecta proporcionan conocimientos sobre las formas de vida humana en el pasado. Esos vestigios tanto pueden ser de gran magnitud en tamaño y espacialidad, como las estructuras arquitectónicas complejas que integran una ciudad del Maya Clásico, o tan pequeñas como las marcas microscópicas que se conservan en el filo de artefactos de piedra producidas al cortar madera o raspar pieles.

Cuando y donde sea que el hombre haya realizado sus actividades pueden quedar evidencias materiales de su comportamiento. El conjunto de tales evidencias materiales constituye el registro arqueológico o la fuente de datos que los arqueólogos utilizamos para reconstruir las formas de vida de las sociedades humanas que nos precedieron. En dicho registro también se incluyen datos sobre el ambiente en el que los grupos humanos elaboraron sus estrategias culturales; información que resulta crucial para conocer la disponibilidad de los recursos naturales y las formas de obtención, los diferentes tipos de asentamiento y la movilidad de los grupos humanos en el paisaje, entre otros significativos aspectos del comportamiento humano. Ahora bien, la mera existencia de restos materiales arqueológicos por sí sola no da cuenta de las formas de vida humana que ya no existen. Los vestigios del pasado son recuperados en el presente, existen aquí y ahora. Al respecto, el arqueólogo Matthew Johnson (2000) indicó:

> "Pueden haber sido hechos y usados por gente real miles de años atrás pero la comprobación de su manufactura y uso es, asimismo, una comprobación que hacemos en el presente (…) Nuestra fuente de materiales -huesos, piedras, utensilios- están en el presente, el pasado que construimos también pertenece al presente" (Johnson 2000: 29-30).

Si no podemos observar las conductas que tenían los hombres en el pasado, el principal desafío para los arqueólogos es saber cómo establecer la relación entre los vestigios materiales, que están aquí y ahora, con aquel tiempo y espacio del cual provienen. Para ello, a partir de los saberes adquiridos durante nuestra formación profesional, los arqueólogos aprendemos a formular preguntas a los restos materiales, y a buscar explicaciones científicas sobre aquello que nos interesa conocer. En general, las preguntas básicas buscan respuestas sobre el comportamiento humano en las diferentes sociedades, así como también sobre los cambios y la continuidad en las formas de vida (Renfrew y Bahn 1993; Thomas 1999): por ejemplo ¿cuándo fueron utilizados los materiales del registro arqueológico? ¿dónde se obtuvo la materia

prima para confeccionarlos y dónde se realizaron y usaron? ¿qué técnicas implementaron para fabricarlos y por qué lo hicieron de ese modo y no de otro? ¿cómo era el ambiente en que vivían y cuáles fueron las formas de subsistencia? ¿qué relaciones tenían con otros grupos humanos?, ¿cuáles eran sus creencias? o ¿qué problemas tenían y qué decisiones tomaron para enfrentarlos? Para responder a este tipo de interrogantes y enfrentar el desafío de *descifrar* el pasado a partir de vestigios materiales, el arqueólogo debe utilizar una metodología científica adecuada para analizar, interpretar y explicar las conductas humanas, que ya no forman parte de la *dinámica cultural* en la cual los objetos adquirían sentido. Al respecto, el arqueólogo norteamericano Lewis R. Binford expresó:

> " el desafío que la arqueología plantea consiste en la trascripción, de manera literal, de la información estática contenida en los restos materiales observables, para reconstruir la dinámica de la vida en el pasado y estudiar las condiciones que han hecho posible que estos materiales hayan sobrevivido y llegado hasta nosotros" (Binford 1988:23-24).

En segundo lugar, también ha cambiado la amplitud del campo de conocimiento de las investigaciones arqueológicas. Los arqueólogos indagamos cuestiones sobre todos los tiempos y espacios en que ha transcurrido la historia humana; desde el origen de los primeros representantes del género *Homo* en África Oriental, hace *ca.* 2,5 millones de años, hasta la estructura de las fábricas o el trazado de los ferrocarriles instalados a comienzos del siglo XX y su posterior abandono. Algunos arqueólogos estudian incluso las prácticas de consumo a través de la basura que a diario acumulamos en los alrededores de las grandes ciudades (Rathje y Murphy 2001).

## LA CONFIGURACIÓN DE UNA CIENCIA SOCIAL; ENTRE LO PROPIO, LO AJENO Y LO COMPARTIDO

Si el campo de estudio de la arqueología es tan amplio en el tiempo y el espacio, y además interactúa con especialistas de otras ciencias, tanto sociales como exactas y naturales, ¿cuáles son las diferencias y similitudes? En nuestro país y en otros lugares de América y Europa, la arqueología es una disciplina inserta en el campo de estudio de la Antropología. Pero mientras que otras disciplinas antropológicas como la etnografía, antropología social, antropología histórica, antropología lingüística o antropología biológica, se focalizan en el estudio de las expresiones culturales de los grupos humanos en el presente, la perspectiva arqueológica lo hace en el pasado. No obstante, las diferencias no son tajantes y absolutas. Con abordajes teóricos y métodos que le son específicos (como las excavaciones y los análisis artefactuales en el

laboratorio), los saberes arqueológicos del pasado humano dan sustento a los que desarrollan otras disciplinas antropológicas. La intervinculación entre los diversos conocimientos antropológicos y otras disciplinas sociales es constante y recíprocamente enriquecedora.

Existen innumerables ejemplos al respecto, tal como el caso del Proyecto PACE (Proyecto agrícola de los campos de altura) desarrollado entre 1980 y 1986 en los alrededores del lago Titicaca. El arqueólogo Clark Erickson se propuso recuperar las prácticas agrícolas prehispánicas para que la población quechua -habitante actual del lugar- lograra un mejor rendimiento en sus cultivos (Erickson 1988). El proyecto se realizó en conjunto con antropólogos sociales, lingüistas y la comunidad local y se experimentaron las técnicas prehispánicas identificadas arqueológicamente para evaluar sus ventajas económicas. Los antropólogos de orientación biológica, junto con agrónomos y nutricionistas, evaluaron los componentes nutritivos de los recursos vegetales cultivados y sus implicancias para la dieta y la salud de la población actual. Los habitantes quechua mostraron gran interés por esta iniciativa y en el presente continúan aplicando las técnicas de cultivo que se utilizaban en el pasado, recuperadas arqueológicamente (Renfrew y Bahn 1993).

Existe una relación especial de similitudes y diferencias entre la arqueología y la historia (Trigger 1992). Ambas disciplinas comparten el interés por el estudio de las acciones humanas del pasado, pero se distinguen por el objeto de estudio, el campo de conocimiento y los métodos que aplican (Renfrew y Bahn 1992; Gamble 2002; Tapia 2011; Fagan 2018). En ese intento de diferenciación, los historiadores recurren en primer lugar (aunque no únicamente) a los documentos escritos que surgieron desde el inicio de las sociedades estatales (3500 a.C. en Asia Menor). Por el contrario, como se mencionó antes, los arqueólogos utilizan los restos materiales de los primeros representantes del género *Homo* hasta los que han descartado las sociedades contemporáneas. La diferencia en la dimensión temporal que abarca cada una de estas dos ciencias, motivó a Paul Bahn (1966) a señalar que la historia se ocupa de estudiar solo *la punta del iceberg* del pasado humano, dado que más del 99 % de toda la historia de la humanidad ha transcurrido sin la producción de documentación escrita.

En virtud de las particularidades materiales que presenta el registro arqueológico, los arqueólogos recurrimos en mayor medida a especialistas de las ciencias exactas y naturales. En efecto, artefactos en pequeña o gran escala (un cuchillo de piedra o un monumento), están conformados por materias primas que responden a cualidades y procesos fisicoquímicos, y fueron utilizados en ambientes donde actuaron diversos agentes naturales que los modificaron. Por estas razones, los arqueólogos frecuentamos los laboratorios en que trabajan diferentes científicos de las llamadas ciencias duras y realizamos múltiples estudios que se inscriben dentro del enfoque llamado arqueometría. En el campo de las humanidades, la arqueología es la única ciencia que traduce o convierte en comportamiento humano los datos fisicoquímicos y naturales de los vestigios del pasado (Binford 1988).

Entre otros casos, se consulta a los geólogos en sus diferentes especialidades, para que analicen muestras de rocas o sedimentos y permitan identificar los lugares de aprovisionamiento de las piedras usadas en la confección de artefactos, o bien muestras de sedimentos para conocer las condiciones que tenía el ambiente en un tiempo y lugar particular. Por su parte, con muestras de semillas los botánicos pueden indicar el tipo de vegetación que existía, si eran vegetales silvestres o domesticados o bien su potencial nutritivo para las poblaciones humanas. Los zoólogos se consultan para reconocer a través de los restos óseos de fauna las especies de animales que podrían haber consumido los grupos humanos. Los químicos pueden analizar los componentes de las pastas con la que se confeccionaron los recipientes de cerámica o las materias primas utilizadas en otros tipos de materiales. Entre otros aspectos, los físicos colaboran con el fechado de diversos materiales del registro arqueológico y, también los ecólogos, proporcionan datos sobre los hábitos y movimientos migratorios de los animales o sus relaciones con los grupos humanos y el ambiente en el que coexistieron. El trabajo interdisciplinario que a diario realizamos los arqueólogos, no se agota en estos ejemplos y aumenta con el desarrollo de nuevos abordajes teóricos, especialmente con el surgimiento de nuevas tecnologías que permiten formular nuevas preguntas.

## CONTRIBUCIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA A LOS PROBLEMAS DE LA SOCIEDAD ACTUAL

La arqueología como ciencia social en el mundo contemporáneo ha trascendido el objetivo de revelar el conocimiento sobre el pasado de las sociedades humanas. En efecto, el quehacer científico actual de los arqueólogos y los saberes que generan contribuye a nutrir la construcción de identidades culturales en el presente, y a su vez permite consolidar la memoria colectiva para las futuras generaciones. Lejos de ser esta una frase pomposa, la perspectiva arqueológica sobre los acontecimientos del pasado y los profundos cambios que se comprueban en el presente, se inserta a diario a través de las redes de comunicación en la sociedad altamente tecnológica que nos rodea. Con frecuencia las diferentes redes sociales difunden noticias sobre nuevos hallazgos arqueológicos que dan cuenta de tiempos y espacios diferentes. Además de satisfacer la inmanente curiosidad humana sobre quienes nos precedieron, las novedades arqueológicas también impregnan -de manera consciente o inconscientemente-, la manera en que percibimos como ha sido y, en contraste, como es el mundo actual, además de reconocer el papel que hemos desempeñado los humanos en su conformación.

En el contexto globalizado de las sociedades modernas, caracterizado por conflictos de diversa índole (bélicos, económicos, ambientales, territoriales, sociopolíticos, ideológicos,

etc.), la mayoría de los arqueólogos consideramos que la arqueología, aunque es una ciencia orientada al estudio del pasado, puede ser relevante para analizar el presente. Desde nuevas perspectivas teóricas, el conocimiento del pasado puede contribuir al abordaje de problemas contemporáneos acuciantes como la migración, las consecuencias del capitalismo, las estrategias culturales de la descolonización, el daño ambiental que generan las intervenciones humanas en el paisaje, entre otros (Cipolla *et al.* 2024). Se trata de situaciones que de alguna u otra manera han atravesado diferentes pueblos en el pasado, y las estrategias culturales que elaboraron pueden contribuir a debatir sobre las respuestas a problemas similares en el presente (e.g. los efectos devastadores de terremotos o grandes incendios, las alternancias ambientales entre El Niño y La Niña en las costas del Pacífico sudamericano, las causas y consecuencias de las guerras, de las desforestaciones, de las epidemias o de la discriminación racial). La arqueología no trata solo con objetos materiales, es también un medio para conectar las experiencias humanas y compartir las lecciones que nos han dejado en el transcurso de la humanidad.

Desde las nuevas perspectivas teóricas que cuestionan interpretaciones arqueológicas tradicionales, se abordan problemáticas que integran múltiples visiones del pasado y no solamente las del pensamiento occidental (Johnson 2000; Harris y Cipolla 2017). Por ejemplo, en consonancia con los enfoques de género, se reformularon las clásicas categorías femenino-masculino utilizadas en la clasificación de las figurillas de Teotihuacán, para mostrar la existencia de una mayor diversidad de expresiones de género en las sociedades estatales del clásico mesoamericano (Cipolla *et al*. 2024). Las revisiones críticas de las interpretaciones tradicionales —influenciadas por perspectivas eurocéntricas—, promueven una representación más equitativa de las culturas y sus propias historias. A su vez, las nuevas interpretaciones del pasado generan aportes significativos para debatir problemas actuales y dan fundamento a las luchas que por cuestiones territoriales, culturales y sociales se manifiestan en el presente (por ej., las reivindicaciones de los pueblos originarios, el rol y el estatus de las mujeres, las discriminaciones raciales o la indiferencia ante el cambio climático).

Para los arqueólogos que desafiamos la noción de una única verdad objetiva (generalmente la que se construye en el mundo occidental), existen múltiples verdades que emergen del contexto de las interacciones relacionales (Tapia *et al*. 2025). Como también lo había manifestado Ian Hodder (1999), el pasado es múltiple y multivocal. El enfoque decolonial de una ciencia arqueológica participativa y colaborativa, promueve prácticas más inclusivas y respetuosas con las comunidades —indígenas y no indígenas — y a la vez acepta e integra las múltiples visiones del pasado (figura 2). Desde una postura decolonial se reconoce que las comunidades tienen derecho a participar en las decisiones acerca de cómo se interpretan y preservan los bienes patrimoniales, en lugar de que los arqueólogos impongamos nuestros puntos de vista (Silliman 2010; McNiven 2016; McLellan y Woolsey 2024).

■ **Figura 2.** Investigación arqueológica participativa con representantes de las comunidades ranqueles en el sitio Laguna Chadilauquen (Departamento Realicó, La Pampa), realizada en abril de 2023: A. ceremonia de saludo a los ancestros antes de iniciar las tareas de excavación a cargo de los lonkos ranqueles Mercedes Soria, Pedro Coria, y María Inés Canhue; B. comienzo de la intervención arqueológica colaborativa entre los investigadores, los representantes indígenas y la población local.

La mayoría de los arqueólogos contemporáneos desarrollamos nuestras actividades y producimos conocimientos científicos estrechamente vinculados con el ejercicio del poder; tanto en términos de cómo se han utilizado históricamente los saberes del pasado para imponer estructuras de dominación, como a través de enfoques críticos y colaborativos que buscan desafiar y transformar esas mismas estructuras hegemónicas. Nos cabe la enorme responsabilidad y compromiso de asumir de qué lado estamos de las implicancias sociales y culturales a las que puede conducir nuestro quehacer arqueológico.

## BIBLIOGRAFÍA


Bahn, P. 1996. *Archaeology. A very short introduction*. Oxford, Oxford University Press.

Binford, L. 1988. *En busca del pasado*. Barcelona, Editorial Crítica Grijalbo.

Cipolla, C., R. Crellin y O. Harris 2024. Archaeology for today and tomorrow. New York, Routledge,

Daniel, G. [1967] 1981. *Historia de la arqueología*, México, Editorial Alianza.

Erickson, C. L. 1988. Raised field agriculture in the Lake Titicaca Basin: putting ancient agriculture back to work. *Expedition* 30(3): 8-16.

Fagan, B. 2018. *Breve historia de la arqueología*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva S. L.

Gamble, C. 2002. *Arqueología básica*. Barcelona, Editorial Ariel Prehistoria.

Harris, O. J. y C. N. Cipolla 2017. *Archaeological theory in the new Millennium*. New York, Routledge.

Hodder. I. 1999. *The archaeological process. An introduction*. Oxford. Blackwell Publishers.

Johnson, M. 2000. *Teoría arqueológica. Una introducción*. Barcelona, Ariel.

McLellan, A. y C. Woolsey. 2024. Thematic analysis of Indigenous perspectives on archaeology and cultural resource management industries. *American Antiquity* 89: 185-201.

McNiven, I. 2016. Theoretical challenges of Indigenous archaeology: setting an agenda. *American Antiquity* 81: 27-41.

Rathje, W. y C. Murphy 2001. *Rubbish! The archaeology of garbage.* Tucson, University of Arizona Press.

Renfrew, C. y P. Bahn 1993. *Arqueología. Teoría, métodos y prácticas*. Madrid, Akal.

Schliemann, H. 1973. *Autobiografía*. Madrid, Editorial Aguilar.

Silliman, S. 2010. The value and diversity of Indigenous archaeology: a response to McGhee. *American Antiquity* 75(2): 217-220.

Tapia, A. 2011. La arqueología y la tarea de los arqueólogos. En M. Ramos, A. Balazote y S. Valverde (eds), *Arqueología y antropología social*: 25-51. Buenos Aires, Editorial Biblos.

Tapia, A., M. Fernández y F. Rizzo 2025. Ciencia participativa y colaborativa: experiencias de construcción de conocimientos entre arqueólogas y comunidades ranqueles de La Pampa. *Anales de Arqueología y Etnología* 80(1): 61-80.

Thomas, D. H. 1999. *Archaeology. Down to earth*. Nueva York, Harcourt Brace.

Trigger, B. G. 1984. Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist. *Man NS*. 19(3): 355-370.

Trigger, B. 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, Editorial Crítica-Grijalbo.

Wooley, L. C. [1929] 1966. *Ur, la ciudad de los caldeos*. México, Fondo de Cultura Económica.

# PERSPECTIVAS COMO MARCOS CONCEPTUALES

**Hugo D. Yacobaccio**[1]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | hdyacobaccio@gmail.com

Si se pregunta a la inteligencia artificial qué significa perspectiva, la respuesta es la siguiente: es el punto de vista, enfoque o marco mental único con el que cada individuo interpreta situaciones, eventos y a sí mismo, formado por experiencias, valores y creencias propias.

Aquí la IA admite sólo la perspectiva individual, cuestión que no debe extrañar, pero en el marco de la arqueología podemos admitir que puede haber perspectivas compartidas y comunes lo que nos remite simplemente, en este caso, al concepto de paradigma tal como fue formulado en la década de 1960 (Kuhn [1962] 1975). Entonces, lo que discutimos cuando hablamos de perspectivas son marcos conceptuales. Estos están compuestos por un punto de vista general (o filosofía), un cuerpo de conocimientos o presupuestos y un estilo de pensamiento que incluye algunos métodos para tratar problemas específicos (Bunge 1983).

La arqueología a través de su historia ha empleado diferentes marcos conceptuales originados en diversos campos del conocimiento. De esta manera, la combinación conceptual de los mismos ha conferido a la disciplina heterogeneidad teórica y metodológica y, aunque algunos de ellos hayan predominado en algún momento, nunca (salvo entre 1860 y 1880) hubo uno solo en circulación.

La arqueología originalmente una ciencia social ha tendido puentes teóricos y empíricos a lo largo de su historia, tanto con las ciencias exactas –como la física y la química– como con las ciencias naturales, la geología y la biología, y también con ramas humanísticas como la historia o la filosofía lo que la ha transformado hoy en una ciencia híbrida (Yacobaccio 2023). Esta integración ha permitido el tránsito de teorías y de herramientas analíticas a lo largo del tiempo que contribuyeron y modificaron de manera importante la forma de generar conocimiento sobre el pasado.

La arqueología estudia las sociedades humanas del pasado y es particular respecto a su principal herramienta que es el registro arqueológico compuesto por evidencia material ordenada espacio-temporalmente. El saber arqueológico forma parte de nuestra herencia cultural; es empíricamente acumulativo, modificable; recibe influencias externas y cada generación de nuevos arqueólogos hereda este cúmulo de conocimientos adquiridos (Levins

2021). Por lo tanto, en los 200 años de su existencia es posible apreciar que hay ciertas líneas de indagación que se sostienen a través del tiempo. Estos recorridos no son rectos ni continuos, sino que tienen pliegues sobre los cuales se generan una cantidad de conceptos y herramientas técnicas inéditas o combinaciones conceptuales sobre estructuras cognitivas existentes pero cuya centralidad ha sido considerar la evidencia material (artefactos, monumentos, etc.) como fuente epistemológica. La historia se basa en fuentes documentales, la arqueología en fuentes materiales.

Hoy día la arqueología se encuentra en una nueva fase de utilización de herramientas analíticas que cambiaron cualitativamente la forma de resolver problemas clásicos de investigación como la naturaleza de la movilidad humana, las migraciones, las innovaciones tecnológicas o la complejidad social. Podemos resaltar tres aspectos: (1) la utilización masiva y ajustada de la paleogenómica; (2) nuevas aplicaciones de estudios isotópicos, de procedencia de materiales y análisis químicos (roca, cerámica, metal, pigmentos); (3) calibración de curvas de $^{14}C$ y la introducción de modelos bayesianos para estudiar procesos demográficos pasados. Aquellos clásicos problemas de investigación hoy ya no se resuelven solamente con los métodos tradicionales dominantes hace unas décadas atrás basados en la tipología y la estilística de los artefactos.

Estos avances significan apartar a la arqueología del pensamiento binario al que quedó reducida tanto por el procesualismo como por el posprocesualismo; por ejemplo, respecto de las escalas temporales. Por un lado, se consideraba el registro arqueológico sólo como un agregado (promediado) y, por el otro, sólo en una escala etnográfica (experiencia vivida). Hoy se debe reconocer que la arqueología es multiescalar y que las decisiones sobre la determinación de la misma es un problema tanto teórico como empírico que se debe adaptar a la naturaleza de los datos y del problema a investigar.

La arqueología tiene su costado público, ya que tiene el interés de diversos actores y colectivos sociales. Por eso, la arqueología contemporánea no se resuelve únicamente en sus instalaciones en universidades o museos, sino en la sustentabilidad social de su agencia continua dentro de los territorios, privilegiando posicionamientos y programas de ciencia de largo plazo (Gallardo y Yacobaccio 2025). Si, como las ciencias humanas proponen, los dualismos binarios como hombre-mujer o naturaleza-cultura están en crisis, entonces aquel que distingue ciencia-sociedad requiere dar pasos responsables hacia ese entrelazado que exige la sustentabilidad social. La relación entre prácticas arqueológicas y contextos sociales es indisoluble, como ocurre cuando nos enfrentamos a los reclamos sobre el patrimonio arqueológico indígena y no indígena, a la historia humana del deterioro ambiental o al curso de la construcción moderna del estado nacional. Es evidente, entonces, que esto debe intervenir en nuestros medios y prácticas de producción científica; acontecimientos cuyas exigencias, difícilmente, se resuelven con políticas subsidiarias o asistenciales. En especial,

cuando el valor del conocimiento de lo social depende de la colaboración de científicos con aquellos que forman parte contextual de un estudio. El giro contemporáneo demanda científicos incrustados en lugares sociales.

La arqueología ejerce su trabajo en territorios contemporáneos de experiencia humana y natural. Indaga en el pasado social de sus interacciones, en lugares que, en el presente, son la base material de la existencia de sus actores. El reconocimiento de esta situación hoy en día debe ser el punto de partida.

## BIBLIOGRAFÍA

Bunge, M. 1983. Paradigmas y revoluciones en ciencia y técnica. *El Basilisco* 15: 2-9.

Kuhn, T.S. [1962]1975. *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.

Levins, R. 2021. Diez postulados sobre la ciencia y la anticiencia. En R. Lewontin y R. Levins (eds.), *La biología en cuestión. Ensayos dialécticos sobre ecología, agricultura y salud*: 103-116. Buenos Aires, Ediciones IPS.

Gallardo, F. y H. Yacobaccio 2025. Una arqueología al servicio de la sociedad. *Revista Universitaria* 179, Santiago. *https://revistauniversitaria.uc.cl/cultura/americana/una-arqueologia-al-servicio-de-la-sociedad/27485/*

Yacobaccio, H. D. 2023. *Pensar la arqueología. Historia, paradigmas y conceptos*. Buenos Aires, Eudeba.

# ARQUEOLOGÍA: LA MATERIALIDAD COMO PERSPECTIVA

**Axel E. Nielsen**[1]

[1]CONICET – Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | axelnielsen@gmail.com

La arqueología puede ser pensada de forma amplia como el estudio de los procesos sociales desde su materialidad. Así entendida, sus objetivos exceden al conocimiento del pasado a través de sus rastros materiales —el modo más común de definirla— para confluir con otras ciencias en la búsqueda de una comprensión general de la sociedad y su devenir. Lo que distingue el abordaje arqueológico es la materialidad como punto de vista, un aporte que resulta fundamental, ya que lo que la dimensión material de las prácticas revela sobre diversos aspectos de la vida social es diferente a lo que muestra la historia mediante el análisis de fuentes escritas, o la antropología y la sociología, trabajando desde la observación directa, la interacción con las personas o la participación en distintas prácticas y situaciones.

Esta forma expandida de concebir la disciplina tiene sus antecedentes en la arqueología conductual de la década de 1970, que propuso redefinirla como el estudio de las relaciones entre el comportamiento humano y los objetos materiales en todo tiempo y lugar (Reid *et al.* 1975:864). Aquel planteo expandía la concepción predominante en dos sentidos: uno de ellos temporal, al abarcar también el presente, el otro de carácter lógico, al proponerse ir más allá de las particularidades (del pasado o del presente) para buscar los mecanismos generales que gobiernan el quehacer humano, bajo la premisa de que las cosas materiales le son inherentes. Ciertamente, aquella propuesta adolecía de las limitaciones del paradigma positivista imperante en la época, que concebía la generalidad del conocimiento exclusivamente en términos de leyes y regularidades empíricas —para otras formas de entenderla, véase el realismo crítico (Sayer 2010)— y reducía la práctica, la agencia y la vida social a la "conducta humana". Aun así, señaló nuevos horizontes para la arqueología y prefiguró desarrollos posteriores en las ciencias sociales, como el llamado giro cultural-material (Hicks 2010) o los nuevos materialismos (Coole y Frost 2010), al introducir conceptos que hasta hoy son claves en este campo de estudio, como los de historias de vida de artefactos (también llamadas "biografía de objetos"), cadenas de conducta (*chaîne opératoire*) o características de performance (*affordances*), entre otros (Schiffer 2010).

Definir la perspectiva arqueológica a partir de la materialidad requiere precisar el alcance de este término, diferenciándolo de su empleo para designar los objetos que encontramos y estudiamos (restos líticos, arquitectura, pinturas rupestres, etc.). Introducido en la década de 1990, como parte de la búsqueda de formas de superar las limitaciones de las dicotomías cartesianas (por ej., cuerpo-mente, naturaleza-cultura), materialidad es un concepto relacional (Knappett 2012) que alude a las múltiples formas en que el mundo material y la sociedad se constituyen mutuamente. Dicho de otro modo, refiere no sólo a los materiales como objetos pasivos de la actividad humana o registro de la misma (y de otras fuerzas que los transformaron desde su depositación), sino especialmente a su capacidad para moldear activamente la experiencia, la subjetividad y las disposiciones de las personas, de afectar las prácticas y las relaciones sociales con dinámicas y demandas propias, derivadas de su constitución física, química o biológica, con independencia de las intenciones o sentidos que sobre ellas proyectamos los seres humanos. La perspectiva arqueológica, entonces, busca entender estos ensamblajes "natural-culturales" (Haraway 2016), abordando los enredos entre humanos y cosas materiales (Hodder 2012) en distintas escalas (espaciales, temporales) y desde muy diversas perspectivas teóricas.

Metodológicamente, esto implica poner el foco en la relación entre dominios causales heterogéneos sin perder de vista o reducir las especificidades de cada uno de ellos. Esto da cuenta del carácter transdisciplinario propio de la arqueología y su apertura a campos muy dispares del saber, desde la genética y la petrografía hasta la filosofía y las artes. Desde este punto de vista, la frecuente incorporación de conceptos, modelos y lógicas de otras ciencias no refleja una debilidad de la arqueología, sino una característica necesaria —tal vez una fortaleza— de su condición epistémica. En los hechos, la complejidad que supone investigar problemas en los que convergen fenómenos de naturaleza tan diversa, hacen que la colaboración interdisciplinaria sea una característica ineludible de su metodología y práctica.

Las diferencias entre la arqueología y otras ciencias derivan también de la multi-temporalidad de su registro. Esto le permite, por una parte, abarcar —potencialmente— la historia humana en su totalidad, incluyendo las épocas anteriores al uso de la escritura, que constituyen la mayor parte del pasado de nuestra especie. Procesos sociales de enorme trascendencia, como la colonización de la ecúmene, la sedentarización, la domesticación de animales y plantas, la institucionalización de distintos tipos de desigualdades o la formación de los primeros estados, entre muchos otros, sólo pueden ser conocidos arqueológicamente. Lo mismo cabe decir sobre cambios más recientes pero muy lentos, que pasan inadvertidos a sus protagonistas o a las fuentes escritas, como ocurre a menudo con la incidencia de la actividad humana en el clima o en la distribución de distintas especies o el devenir de las cosmovisiones. Pero la materialidad también aporta información única y relevante sobre procesos sociales más recientes y breves, complementando o tensionando

las interpretaciones basadas en las fuentes escritas, la historia oral o el recuerdo de las personas, contribuyendo así a una comprensión más cabal de los mismos.

La memoria profunda que aporta la arqueología es fundamental para comprender cómo se constituyó el mundo en que vivimos y enfrentarnos a los desafíos que plantea. El conocimiento del pasado que aporta es importante para cimentar identidades colectivas, legitimar demandas territoriales, entender el papel de la actividad humana en los cambios ambientales, relativizar premisas ideológicas ampliamente naturalizadas, cuestionar interpretaciones sesgadas de la historia o esclarecer hechos que subyacen a conflictos aún vigentes —como los vinculados al terrorismo de Estado— entre muchos otros temas que dan cuenta de su relevancia en el presente. Más aún, creo que la perspectiva de la materialidad es crucial para entender el "cambio civilizatorio" que estamos atravesando y sus posibles consecuencias, en la medida en que los entornos virtuales donde crecientemente habitamos implican una relación totalmente nueva entre experiencia y corporalidad, entre vida social y realidad material.

## BIBLIOGRAFÍA


Coole, D. y S. Frost 2010. *New materialisms: ontology, agency, and politics*. Durham, Duke University Press.

Haraway, D. J. 2016. *Manifestly Haraway*. University of Minnesota Press.

Hicks, D. 2010. The material-cultural turn: event and effect. En D. Hicks y M. C. Beaudry (eds.), *The Oxford handbook of material culture studies*: 25-98. Oxford University Press, Oxford.

Hodder, I. 2012. *Entangled: an archaeology of the relationships between humans and things*. John Willey & Sons.

Knappett, C. 2012. Materiality. En I. Hodder (ed.), *Archaeological theory today*: 188-207. Cambridge, UK, Polity Press.

Reid, J., M. B. Schiffer y W. L. Rathje 1975. Behavioral archaeology: four strategies. *American Anthropologist* 77(4): 864-869.

Sayer, A. 2010. *Method in social science. A realist approach.* Abingdon, Routledge.

Schiffer, M. B. 2010. *Behavioral archaeology: principles and practice*. London & New York, Routledge.

# ESPACIO Y TIEMPO

# ARQUEOLOGÍA AMBIENTAL EN EL OESTE DE LA PUNA SECA ARGENTINA: REFLEXIONES TEÓRICAS, CONCEPTOS Y CASOS DE APLICACIÓN

**Marcelo R. Morales**[1], **Rodolphe Hoguin**[2], **Hugo D. Yacobaccio**[3]

[1]CONICET- Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | marcelomoralesarq@gmail.com
[2]CONICET - Laboratorio de Paleoecología Humana e ICB, CONICET Mendoza | roditodelapuna@gmail.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | hdyacobaccio@gmail.com

**RESUMEN:** La interacción entre las sociedades y el ambiente ha sido discutida en la literatura antropológica y etnográfica por más de un siglo y se ha vuelto un tópico central en distintos enfoques arqueológicos a lo largo de los últimos 60 años. La arqueología ambiental constituye el enfoque que aborda las interacciones entre las sociedades humanas del pasado y su entorno natural utilizando información arqueológica, ecológica y paleoambiental. Esta perspectiva sostiene que las condiciones climáticas y ambientales proveen el contexto en que los grupos humanos toman decisiones, resultando elementos clave en la construcción de hipótesis y modelos arqueológicos de diferentes escalas espacio temporales. Este trabajo ilustra la aplicación de este tipo de enfoque en el oeste de la puna de Jujuy y explora la aplicación de la combinación de conceptos procedentes de la ecología y de la arqueología de espacios nodales e internodales para abordar esta interacción a lo largo del Holoceno.

**ABSTRACT:** Human-environment interactions have been a topic discussed in anthropological and ethnographic bibliography for more than a century and it has become a key topic in several archaeological perspectives for more than 60 years. Environmental archaeology is the theoretical-methodological perspective that has studied the interaction between past human societies and their natural environment using archaeological, ecological and paleoenvironmental information. This approach stresses that climatic and environmental conditions set the framework or scenario in which human groups make decisions, being a key element in archaeological hypotheses and models construction in different space-time scales. This work depicts the application of this perspective in the western sector of puna of Jujuy, Argentina, and explores the utility of the combination of concepts coming from ecology and the nodal and internodal spaces archaeology for dealing with human-environment interactions during the Holocene in the Puna.

## INTRODUCCIÓN

La relación entre seres humanos y los ecosistemas, en un marco de sostenibilidad y cambio climático, ocupa un lugar destacado en la agenda actual de la arqueología, tal como resumieron Kintigh *et al.* (2014) hace ya más de una década. Estos autores plantearon que uno de los principales desafíos contemporáneos de nuestro campo disciplinar es entender cómo las sociedades pasadas gestionaron recursos y enfrentaron cambios ambientales, para aprender de sus estrategias y aplicarlas en el presente. Este enfoque ha permitido dejar atrás visiones simplistas y deterministas usadas en el pasado por la antropología y la arqueología, en las que las formas de organización humana estaban pautadas por los ambientes en los que habitaban, para adoptar un enfoque que reconoce la complejidad de las interacciones entre los humanos y la naturaleza. En esa línea, distintos conceptos procedentes de la ecología, como servicios ecosistémicos, hábitats resilientes, refugios ecológicos y fragmentación de hábitats son fundamentales para analizar los procesos de adaptación y cambio de la organización humana a través del tiempo desde una perspectiva ecológica.

En este sentido, el Holoceno ha tenido cambios ecosistémicos notables, generados tanto por agentes naturales como por las sociedades humanas. Las modificaciones generadas en los ecosistemas por acción humana fueron de una escala nunca vista previamente en su evolución, particularmente a partir del surgimiento de prácticas agroganaderas, mineras e industriales. El grado de transformación humana en los ecosistemas pasados, ha llevado a acuñar el concepto de Antropoceno (Crutze y Stoermer 2000), que postula la existencia de una nueva época geológica en la que la acción humana constituye uno de los forzantes climáticos y ecológicos centrales, equiparables con los forzantes naturales (por ej., ciclos solares, tectónica, vulcanismo, etc.). Si bien el establecimiento de una fecha precisa para delimitar esta influencia humana en escala planetaria sigue en discusión, pudiendo remontarse hasta hace unos 5.000 años atrás si se toman los valores de metano atmosférico, o tan recientes como hacia el año 1610 si se toman los de dióxido de carbono en glaciares (ver Lewis y Maslin 2015), resulta indudable el aumento del impacto sobre los ecosistemas terrestres que las poblaciones humanas produjeron desde finales del Pleistoceno.

Estos cambios ecosistémicos, independientemente de su forzante natural o humano, han impactado de manera intensa y significativa en los paisajes áridos y particularmente en aquellos generados en el Holoceno (por ej., el desierto de Sahara). La fragmentación y la pérdida de hábitats generados por estos cambios ha reducido la disponibilidad de ecosistemas con servicios esenciales para la subsistencia, quedando disponibles en muchos casos sólo aquellos resilientes cuya permanencia permite la supervivencia de diversas especies (Davis 2014) entre ellas la nuestra. Esta pérdida de hábitats tuvo efectos duraderos en la biodiversidad y en la estabilidad ecológica en diversas regiones del mundo, particularmente en aquellas más sen-

sibles o con equilibrios más delicados, como las tierras altas de los Andes (Cherlet *et al.* 2018).

Este capítulo busca resumir una serie de conceptos procedentes de la ecología humana y la arqueología ambiental, que ilustramos con algunos casos abordados por nuestros proyectos de investigación en la Puna Seca. El empleo de estas herramientas nos ha permitido comenzar a entender cómo las sociedades del pasado, en su búsqueda o producción de recursos para su supervivencia, interactuaron con su entorno y en qué medida estas acciones han impactado en la transformación de los ecosistemas puneños. Los procesos de fragmentación de hábitats y la pérdida de servicios ecosistémicos esenciales para la vida se encuentran en pleno desarrollo en casi todos los ecosistemas terrestres desde comienzos del Holoceno, pero la intensidad de éstos en los últimos 300 años se ha incrementado exponencialmente, particularmente en hábitats frágiles como los desiertos o los bosques. Vemos así que la comprensión y utilización de conceptos como "servicios ecosistémicos", "hábitats resilientes", "refugios ecológicos", "fragmentación y pérdida de hábitat" resultan centrales para el estudio de la historia de las interacciones humano-ambiente, evidenciando que la sostenibilidad futura de los ecosistemas en ambientes áridos -que incluyen a los humanos como parte de los mismos- requiere comprender su pasado y aprender de las experiencias humanas en su gestión y su rol en el deterioro, como así también en las acciones para su conservación.

## ARQUEOLOGÍA AMBIENTAL

La arqueología ambiental (AA) es el campo de la arqueología que aborda la interacción entre las sociedades humanas y sus entornos naturales a lo largo del tiempo, buscando entender cómo los cambios en los ecosistemas han influido en las sociedades humanas y cómo las actividades humanas han modificado los paisajes (Erickson 2012). Dearing *et al.* (2006) sostiene que la AA es el campo disciplinar de la arqueología que se dedica a comprender los sistemas socio-ecológicos en el largo plazo, integrando información arqueológica, paleoclimática e histórica para abordar las interacciones entre las sociedades del pasado y los ambientes que habitaron. Entendemos a los "sistemas socio-ecológicos" (SSE) como una compleja red de interacciones de retroalimentación en la que la densidad y distribución de las poblaciones humanas juegan roles centrales en la estructura y función de los ecosistemas (Fitzhugh *et al*. 2019; Ullah *et al*. 2019; Godoy-Aguirre *et al*. 2024). Así, la particularidad de la AA radica en la integración de conocimientos procedentes de disciplinas como la ecología, la geografía, la paleoclimatología y otros campos de las ciencias naturales, ambientales y humanas para ofrecer una visión holística de la historia humana y ecológica en interacción. Este enfoque tiene como objetivo principal modelar ambientes e interacciones ecológicas humanas para generar hipótesis a contrastar con el registro material.

Uno de los avances más destacados en lo que hace a herramientas teóricas y metodológicas en AA surge de la sistematización realizada por Dina Dincauze hace más de dos décadas (Dincauze 2000)[1], quien resumió los enfoques y técnicas multidisciplinares para análisis paleoambientales y los marcos conceptuales que consideran las sociedades humanas como actores activos en la modificación de su entorno y la existencia de sistemas de retroalimentación entre las dinámicas culturales y ecológicas tanto en el pasado como el presente. Su síntesis incorporó temas teórico-metodológicos centrales como la relación entre las escalas espaciotemporales y su impacto multiescalar en distintas dimensiones organizativas humanas. Enfatizó, además, la importancia de comprender las estrategias de adaptación y resiliencia de antiguas sociedades frente a cambios ambientales de distinta naturaleza y escala y su papel en la conservación o deterioro de hábitats. Otros aportes importantes fueron realizados por Dearing *et al.* (2006) quién consideró la interacción sociedad-ambiente como un sistema complejo, no lineal, que no puede segregar los procesos culturales de los naturales. Para este autor los SSE que estudia la AA se encuentran conformados por interacciones continuas entre decisiones y actividades humanas con relaciones ecológicas dinámicas y variables. Así, la AA aporta una escala temporal amplia que permite entender estos sistemas e interacciones de una manera distinta a la ecología tradicional, ofreciendo una perspectiva que permite, no solo reconstruir SSE pasados sino generar información para debates contemporáneos sobre uso sostenible y gestión del riesgo de paisajes actuales (Dearing *et al.* 2015).

Así, los aportes de la AA han permitido fortalecer el análisis de las problemáticas ecológicas pasadas y actuales y entender la historia de la modificación ambiental en regiones vulnerables, como los ambientes desérticos. En los ambientes áridos, por ejemplo, estas interacciones han sido particularmente importantes debido a la fragilidad de los ecosistemas y a la sensibilidad de los hábitats a cambios ambientales y humanos. En estos contextos, se han observado significativas alteraciones en hábitats resilientes y refugios ecológicos, especialmente en el Holoceno, a través de actividades humanas como la agricultura, el pastoreo y la extracción de recursos, que han contribuido a la fragmentación y pérdida de hábitats cruciales para la biodiversidad.

## EL BIOMA PUNEÑO Y SUS CAMBIOS A TRAVÉS DEL TIEMPO

La Puna Seca argentina es el área geográfica ubicada por encima de los 3000 msnm de la provincia de Jujuy, interrumpida por numerosos cordones montañosos en sentido NE-SO y cuencas con extensas lagunas someras y salares. En términos ecológicos se trata de un bioma

[1] Cabe mencionar que existen buenas sistematizaciones previas de esta perspectiva, como la de Butzer (1982), aunque no resultan tan extensas y completas como la de Dincauze.

de desierto de altura que presenta una alta variabilidad climática interanual no predecible, alta evapotranspiración y una baja productividad primaria que ha limitado la diversidad de las especies de ungulados que la habitan, en comparación con otros desiertos del hemisferio sur como el Namib o el Kalahari que están a nivel del mar (Santoro *et al.* 2005).

Los desiertos congregan organismos que deben estar adaptados a la aridez, al calor y a la salinidad de estos biomas, siendo la escasez de precipitaciones y su variabilidad espacial y temporal el mayor peligro para la biota. Aquí, entendemos "peligro" en términos del IPCC (2014), como los eventos físicos o tendencias vinculadas al clima y sus impactos físicos. La capacidad de un SSE de lidiar con eventos o tendencias peligrosas es esencial para la supervivencia y reproducción de las poblaciones de los organismos del ecosistema, incluyendo a las poblaciones humanas. Esta capacidad de lidiar con eventos o tendencias disruptivas, tanto sea manteniendo como reorganizando el funcionamiento básico y/o las estructuras del sistema, es lo que se denomina "resiliencia" (IPCC 2014). Tomando lo antedicho en conjunto, en el caso de las poblaciones humanas y animales podemos definir a la resiliencia como la capacidad o habilidad de ajuste de los organismos/poblaciones a cambios climáticos y a sus efectos en el ambiente. En términos arqueológicos, la resiliencia refiere a la resistencia y estabilidad (*i.e.* continuidad) de los SSE humanos en el pasado. Esta definición no asume que el SSE deba permanecer prístino o sin cambios, sino que tenga la flexibilidad suficiente para poder adaptarse a niveles moderados de cambio y a la capacidad de "reestablecer" el sistema para ajustarse a las nuevas condiciones sin perder sus funciones básicas, es decir, la oferta de servicios ecosistémicos importantes para los grupos humanos (Yacobaccio *et al.* 2017).

En la Puna, la altura, la radiación solar y el agua son las variables mejor correlacionadas con la variación de sus comunidades vegetales y, consecuentemente, con la estructura total de la biodiversidad del bioma (Morales 2011). Distintos procesos producen, en combinación con las propiedades del paisaje, una notable variabilidad de escala local en la vegetación, siendo su expresión más significativa el desarrollo de suelos y las zonaciones altitudinales de la flora. Así, la interacción estas variables da como resultado un paisaje en forma de mosaico (Yacobaccio 1994), con una productividad primaria y secundaria extremadamente dispar entre zonas relativamente cercanas.

Las condiciones ambientales en la Puna Seca desde finales del Último Máximo Glacial y a hasta fines del Holoceno temprano (ca. 8200 años cal AP) coinciden con las tendencias observadas en el resto de los Andes Centro Sur, que evidencian un aumento regional de los cuerpos de agua lénticos y niveles freáticos y una intensificación de la acción fluvial (Rech *et al.* 2002; Gayo *et al.* 2012) debido a fases con grandes eventos pluviales identificadas por Quade *et al.* (2008) y denominadas CAPEs de acuerdo a su sigla en inglés (Eventos Pluviales de los Andes Centrales). Estos eventos impactaron sustancialmente en la humedad promedio de la región, aunque sus impactos locales se manifiestan con señales complejas y heterogé-

neas (Baker *et al.* 2001; Abbott *et al*. 2003), como lo evidencian la composición y distribución de la vegetación registrada en diversas localidades (Betancourt *et al*. 2000).

Las condiciones imperantes durante Holoceno medio (8,2 ka a 4,2 ka cal AP), en cambio, indican un clima en general mucho más cálido y seco con una marcada estacionalidad en las precipitaciones, con un extenso lapso de extrema aridez regional sostenida a partir de los 6800 años cal AP (*i.e.* Holoceno medio II, ver Morales *et al.* 2018, 2022). Distintos registros muestran que varios lagos, lagunas y vegas se secaron o desaparecieron debido a los niveles decrecientes de agua subterránea durante este último período (Rech *et al*. 2002). No obstante, si bien resulta clara la aridez imperante regionalmente durante el Holoceno medio, su impacto en distintas localidades y ecosistemas muestran una marcada heterogeneidad ambiental (Tchilinguirian y Morales 2013), permitiendo que algunas localidades con características muy húmedas y estables durante el Holoceno temprano se consoliden como refugios ecológicos (*sensu* Yacobaccio *et al.* 2017) durante el lapso de mayor aridez del Holoceno medio.

La información sobre las condiciones generales ambientales de los últimos 4.200 años (Holoceno tardío) en los Andes sostiene que este lapso fue considerablemente más húmedo que el Holoceno medio (por ej., Tchilinguirian y Morales 2013; Pirola *et al.* 2018; Kock *et al.* 2019; Oxman *et al.* 2020) y que registra un aumento marcado de la variabilidad climática interanual, particularmente desde hace unos 3000 años cal AP. Al respecto, se ha observado un aumento de la variabilidad en la actividad de la oscilación del sur (ENSO) ca. 3000-2000 años cal AP con alternancia de eventos de sequía y precipitaciones torrenciales en sus áreas de mayor incidencia (Rein *et al.* 2005; Donders *et al*. 2008). Diversos autores además han resaltado la importancia de dos períodos con características e impacto regional claro: la Anomalía Climática Medieval entre ca. 900-700 años cal AP y la Pequeña Edad de Hielo entre 600 y 150 años cal AP (Thompson *et al.* 2003, 2013; Salvarredy-Aranguren *et al*. 2009). Asimismo, se han identificado algunas variaciones más breves, que se repiten en varias localidades de la región que representan tanto sequias como eventos de aumentos marcados de la humedad ocurridos ca. 2400 – 2000, 1400, 1250 y 1000 – 850 años cal AP (Pirola *et al.* 2018; Oxman *et al.* 2020).

Por todo lo reseñado hasta aquí, podemos observar que la Puna Seca resulta un bioma con una historia ambiental compleja, en la que se registran eventos climáticos de distinta intensidad y duración ocurridos desde el inicio mismo de la dispersión humana en las tierras altas de los Andes. Estos eventos han modificado sustancialmente tanto las características como la dinámica de los ecosistemas y su estructuración regional (en términos de abundancia y distribución de recursos bióticos). El ejemplo más conspicuo es el del Holoceno medio, ya que con la instalación de sus condiciones de aridez originó un profundo proceso de fragmentación y pérdida de hábitats humanos, implicando un marcado aumento del contraste y segregación de las concentraciones de servicios ecosistémicos (CSE) en la Puna (ver *infra*).

## CONCENTRACIONES DE SERVICIOS ECOSISTÉMICOS (CSE) Y ESPACIOS NODALES E INTERNODALES

Los hábitats fragmentados y en mosaico de los desiertos como la Puna Seca presentan una distribución heterogénea, tanto espacial como temporal, de servicios ecosistémicos para las sociedades humanas (*i.e.* agua, presas, pasturas, materias primas, abrigo, etc.), implicando que solo algunos hábitats resultan particularmente productivos (a veces durante lapsos reducidos) y atractivos para los grupos humanos. Estos "parches productivos" que, entre otras cosas, concentran la biomasa por encima de la media regional, fueron definidas por Yacobaccio (1994) como Zonas de Concentración de Nutrientes (ZCN). Recientemente decidimos remplazar este término por el concepto de Concentraciones de Servicios Ecosistémicos (CSE) ya que permite incluir otros servicios clave (por ej., agua, abrigo, fuentes de materias primas minerales, lugares simbólicamente relevantes, etc.) que resultan críticos para la toma de decisiones y elecciones estratégicas sobre cómo los grupos humanos usan y habitan el paisaje.

En este sentido, cabe recordar que en términos de *IPBES* (*Intergovernmental Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*) (Diaz *et al*. 2015) el concepto de Servicios Ecosistémicos incluye al menos tres dimensiones de valor de la naturaleza: el instrumental (i.e. su valor económico ); el relacional (*i.e.* valores simbólicos y sociales) y su valor intrínseco (i.e. el valor de la biodiversidad y los ecosistemas independientemente de su utilidad para los seres humanos) (Arias-Arévalo *et al.* 2018).

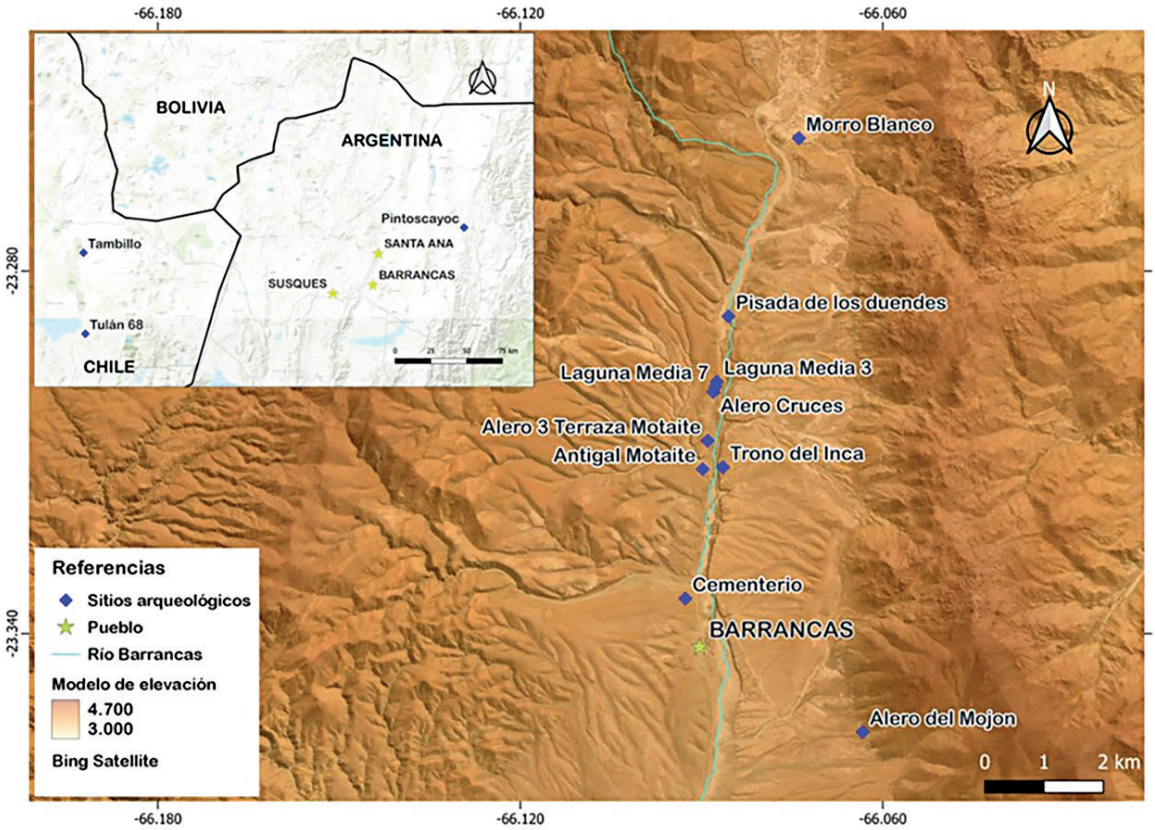
### Espacios nodales e internodales desde el punto de vista ecológico

La arqueología de espacios internodales se dedica al estudio de la evidencia arqueológica derivada de las estrategias de movilidad, circulación de bienes, redes de intercambio y sistemas logísticos en los espacios disponibles entre áreas nodales, entendidas estas últimas como amplias áreas de asentamiento permanente y producción de bienes (Nielsen 2006). Es decir, los espacios internodales suelen constituir áreas poco pobladas de tránsito y de actividades logísticas, mientras que las nodales usualmente funcionan como polos de concentración de poblaciones y actividades productivas. Ciertas propuestas posmodernas como la de Soja (1993, en Nielsen 2017) proponen un principio de "nodalidad de la vida social", en el cual las actividades e interacciones humanas tienden a agruparse en torno a nodos o centros geográficos reconocibles, como herramienta o condición de la sociabilidad humana para enfrentar la fricción que la distancia impone al *In-der-Welt-sein* (*sensu* Heidegger [1927]2003).

En nuestro caso, consideramos la "nodalidad" desde una perspectiva distinta, no como una propiedad inmanente a las sociedades humanas, sino más bien como un epifenómeno emergente de sistemas relacionados a la organización demográfica, productiva y social, observable en una escala espacial amplia. Estos sistemas, a su vez, se encuentran fuertemente influidos por procesos y estructuras naturales (i.e. estructura de recursos, características climáticas, hidrológicas o geológicas, recurrencia de eventos naturales disruptivos extremos, etc.) y factores sociopolíticos (límites y fronteras territoriales, conceptualizaciones de marginalidad o periferia de ciertas áreas, presencia de conflictos activos, etc.) que actúan conjuntamente. La estrecha interacción entre elementos naturales y socioculturales, así como la característica dinámica y variable de los agentes y procesos involucrados en ambos ámbitos, moldean las áreas nodales e internodales, haciendo que el "estado" de nodalidad o internodalidad resulte fluido e inestable a través del tiempo. Es decir, no consideramos a la "nodalidad" como un principio o herramienta humana de socialización u organización de las sociedades —como lo propone Soja (1993, en Nielsen 2017)—que generan espacios que "son" internodales/nodales, sino que los espacios "funcionan" como tales a partir de un momento y durante un lapso definido. La influencia de factores ambientales —particularmente en biomas sensibles a la variabilidad e impredecibilidad climática como la Puna Seca— pueden resultar elementos clave en la estabilidad, estructuración y dinámica de estos espacios. Así, eventos naturales como sequías extremas y sostenidas, actividad volcánica, inundaciones, etc.; o actividades humanas como la sobreexplotación y contaminación de hábitats, agricultura/ganadería extensiva, etc. de distinta duración e impacto en los ecosistemas, pueden modificar sustancialmente el funcionamiento y las características de las áreas nodales, volviéndolas internodales. De la misma manera, eventos naturales como cambios climáticos sostenidos (que mejoran/aumentan la CSE) y actividades y tecnologías humanas tendientes a la restauración y/o mitigación de impactos ambientales (por ej., reforestación, manejo del agua, cambios en la organización productiva, etc.) pueden transformar áreas internodales en nodales.

## ARQUEOLOGÍA AMBIENTAL EN LA PUNA SECA ARGENTINA: CASOS DE ESTUDIO

En los siguientes apartados ilustramos la aplicación de los conceptos teóricos procedentes de la arqueología ambiental y aplicados en problemáticas puntuales de distinta escala abordadas en proyectos de investigación llevados a cabo a lo largo de más de dos décadas en los departamentos de Susques y Cochinoca en la Puna Seca jujeña. Los sitios mencionados en estos apartados se encuentran disponibles en la figura 1.




■ **Figura 1.** Ubicación de los sitios arqueológicos mencionados en el texto.

## Fragmentación/pérdida de hábitats y especialización en la explotación de camélidos

En ambientes áridos y heterogéneos como la Puna Seca, los procesos ecológicos dependen fuertemente de la variación en la Productividad Primaria Neta (PPN) y en la disponibilidad de agua superficial (Thomas 1997). Los cambios estacionales, anuales o decadales en la abundancia de recursos son frecuentemente mitigados por la complementariedad y conectividad entre parches o CSE, por lo que su abundancia y extensión tienen un impacto significativo en la dinámica y en el tamaño de las poblaciones.

La "fragmentación de hábitat", independientemente de su origen natural o humano, puede ser definida como el proceso de disección de sistemas naturales en partes aisladas entre sí. Sus efectos pueden ser amplificados por la "pérdida de hábitat", que ocurre cuando se reduce la superficie o cantidad de interacciones bióticas del hábitat de una especie o comunidad (Hobbs

*et al.* 2008). La fragmentación genera mayor heterogeneidad y alta dependencia espacial, lo que significa que el número de recursos por unidad de área varía sustancialmente con su ubicación (Hobbs *et al.* 2008). Así, los procesos de fragmentación y pérdida de hábitat producen efectos aún más profundos y rápidos en ecosistemas de biomas estructuralmente heterogéneos y sensibles, como los desiertos, y en la dinámica de las poblaciones que los habitan. En términos arqueológicos, la reorganización de recursos y de interacciones bióticas al interior de los parches, cada vez más aislados y diversos generados por un proceso de fragmentación/pérdida de hábitat, conlleva la necesaria reorganización de diversos aspectos organizativos de las poblaciones para continuar accediendo al mismo repertorio de servicios ecosistémicos. En términos del uso del espacio, puede inducir a la reducción de la movilidad residencial, asentándose en las CSE más abundantes y diversas y a la incorporación de movimientos logísticos o sistemas especializados de aprovisionamiento a larga distancia, para suplir carencias de ciertos recursos y mitigar la sobreexplotación del CSE en la que reside la población. En términos de subsistencia, el recorte de diversidad específica ocurrida como consecuencia de eventos que generan fragmentación puede implicar procesos de especialización en el consumo de recursos puntuales, que genera, en algunos casos, efectos no necesariamente anticipados.

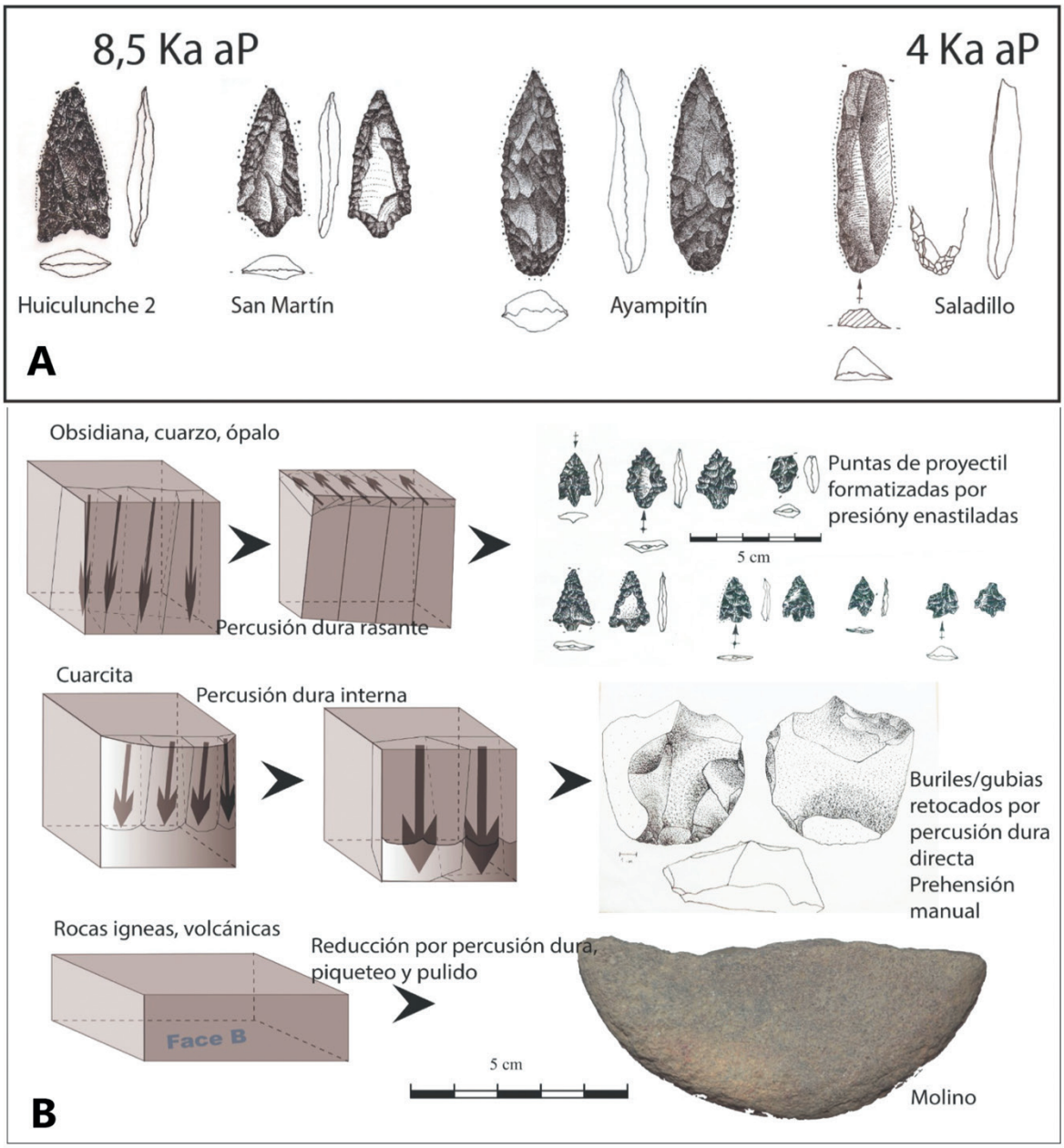
Un caso regional de especialización debido a procesos de pérdida de hábitat fue abordado por nosotros (Yacobaccio *et al.* 2017) al observar que hasta hace unos 6200 años cal AP -con la instalación de la fase más áridas del Holoceno medio que generó la mayor pérdida de hábitats desde el último máximo glacial hasta épocas recientes- los grupos de cazadores-recolectores evidenciaban una base de subsistencia generalizada y que cada parche era utilizado en relación a la oferta y abundancia local de especies. La excepción de este patrón solo se relacionaba a los parches que presentaban unas pocas especies en gran abundancia, por ejemplo, lugares próximos a colonias de *Ctenomys* spp. en sitios arqueológicos (como Tambillo o Pintoscayoc) o *Avis* en lugares próximos a lagunas someras (como Tulan 68).

A partir de allí, particularmente después de 5400 años cal AP, parece instalarse un sistema económico especializado en el que solo se tiende a explotar en los parches un recurso focal, los camélidos. El proceso de fragmentación y pérdida de hábitat favoreció la cohabitación en parches más reducidos y aislados entre sí y una relación más próxima entre los grupos humanos y los camélidos. Esta interacción sostenida en el tiempo parece haber desencadenado la aparición de prácticas de protección de manadas de camélidos silvestres (Vilá y Yacobaccio 2013), protegiéndolos de sus predadores no-humanos y favoreciendo el acceso a áreas de pastura. Esta interacción resultó el puntapié inicial del proceso de domesticación de camélidos (Yacobaccio 2021).

## Fragmentación y pérdida de hábitats y su relación con cambios tecnológicos

La tecnología lítica ha resultado una línea de evidencia altamente productiva para entender, en el marco de nuestros proyectos, el impacto de cambios o reorganizaciones ecológicas sobre la organización de los grupos humanos. Así, en nuestros estudios sobre el material lítico de sitios trabajados en Susques, se observa que la tecnología del Holoceno medio se caracteriza por la aparición de un número creciente de innovaciones, en el marco de una continuidad en su evolución en lo que hace a la lógica, métodos y técnicas de talla. Los cambios observados se relacionan esencialmente con la morfología de los instrumentos y la producción de formas base. En lo que hace a la morfología se destaca la sucesión de puntas de proyectil de distintos tipos (por ej., Tambillo, San Martín, Huiculunche 2, Ayampitín, Saladillo, etc.) con una presencia de corta duración en el registro a tiempo largo del Holoceno medio (figura 2A). Estos cambios morfológicos se relacionan principalmente con cambios en la prehensión y el enastilamiento de los instrumentos. En lo que hace a los métodos de producción de formas base, se observa una marcada diversificación acompañado de un proceso de mayor integración. Es decir, los métodos de desbaste del principio del Holoceno medio se caracterizan por series cortas aisladas, mientras que para finales del Holoceno medio el volumen de producción (o sea la cantidad de formas base generadas) es mayor al volumen remanente (es decir los núcleos). Se observa que durante este período los distintos productos de talla obtenidos en distintas etapas se utilizaron para la producción de instrumentos específicos, reflejando la existencia de una jerarquía en la producción. Esto es evidente en el caso de la tecnología laminar, cuyo desarrollo se intensifica marcadamente hacia finales del Holoceno medio.

La evidencia mencionada muestra que la tecnología del Holoceno medio se destaca por una evolución rápida y una importante tasa de innovación, aunque sin generar grandes rupturas en su lógica y técnicas de producción. Estos cambios resultan contemporáneos con el aumento de la fragmentación y pérdida de hábitat humanos que habrían generado cambios sustanciales en la abundancia y la distribución de las CSE en el paisaje puneño. Estos cambios habrían favorecido modificaciones en los patrones de movilidad de los grupos humanos tendientes a propiciar asentamientos más estables de las poblaciones cazadoras-recolectoras en torno a estas CSE. La reunión periódica y/o estacional de distintos grupos en asentamientos semi-permanentes —en particular para realizar cazas colectivas como las sugeridas por algunos autores para este lapso (Aschero y Martinez 2001)— podría haber fomentado el desarrollo y circulación de innovaciones, aumentando el dinamismo en la evolución tecnológica. Esta concentración de poblaciones en las CSE—que funcionaron como refugios ecológicos durante el Holoceno medio— explica la alta tasa de cambio tecnológico registrado en el marco de la caída en la señal antrópica entre ca. 6200 y 4700 años




■ **Figura 2.** A. Principales tipos de puntas/instrumentos formatizados y enmangados durante el Holoceno medio; B. ejemplo de esquemas operativos siguiendo una "economía de materias primas".

cal AP, observada en algunos trabajos (Morales 2011; Muscio y López 2016). Así, las CSE resilientes del Holoceno medio propiciaron el desarrollo de un paisaje cinegético relacionado a la caza especializada de camélidos silvestres (López *et al*. 2023).

En lo que hace a la tecnología lítica del Holoceno tardío de los casos estudiados por el equipo en las localidades de Susques, Barrancas y Santa Ana, se han identificado también rupturas marcadas, probablemente relacionadas con el surgimiento de las economías productivas (agroganaderas). Consideramos que la raíz del establecimiento de estas formas productivas y sus tecnologías asociadas está en su éxito para mitigar el riesgo (*sensu* Cashdan 1990) y lidiar con la variabilidad de corto plazo (*i.e*. interanual, decadal) en la oferta de recursos ocurrida ca. 3000 años cal AP. Así, la tecnología laminar del Holoceno medio disminuye drásticamente a partir de ca. 3500 años cal AP hasta desaparecer completamente. Esta disminución es acompañada de un cambio en el uso de las materias primas, evidenciado por el aumento de la frecuencia del uso de las obsidianas, particularmente para la confección de puntas de proyectil, en la que suele ser ampliamente dominante. Durante este período, el sistema técnico lítico se organiza de manera sustancialmente distinta al Holoceno medio, con producciones específicas según las materias primas (i.e. "economía de materias primas", ver Hoguin 2023). Por ejemplo, mientras las obsidianas están formatizadas por presión para la obtención de puntas de proyectil, los instrumentos voluminosos se producen en cuarcita con poca formatización y sobre formas base obtenidas por percusión dura interna (figura 2B). Uno de los rasgos discriminantes entre la tecnología del Holoceno medio y del Holoceno tardío es el tipo de instrumentos que se enmangan: en las sociedades cazadoras-recolectoras involucran instrumentos con distintas funciones, mientras que en las sociedades agropastoriles se limita a unos pocos artefactos, como las puntas de proyectil y algunos instrumentos agrícolas como las palas y azadas, cuya cadena operativa (formatización marginal de lajas por percusión dura) está exclusivamente dedicada a esta producción.

Estas cadenas operativas, cortas y flexibles, permanecen relativamente estables y sin cambios durante todo el Holoceno tardío, a pesar de varios eventos de inestabilidad climática, como los episodios de tormentas intensas sugeridos por algunos autores (ver supra). La contemporánea aparición de la tecnología cerámica alrededor de 3500 años cal AP en Barrancas, pareciera también estar incluidas en el espectro de estrategias tendientes a reducir el riesgo derivados de la variabilidad de corto plazo en la oferta de recursos, debido a su rol para el almacenamiento de recursos (diferimiento temporal de la oferta) y en la eficiencia del consumo (nuevas o mejores técnicas de procesamiento y cocción de alimentos, tales como el hervido de comidas mixtas) (Morales *et al*. 2009).

## Barrancas: Refugio Ecológico de Cazadores-Recolectores durante el Holoceno medio

Coincidiendo con las condiciones más áridas del Holoceno en la región (i.e. Holoceno medio) que generó el proceso de intensa fragmentación de hábitats mencionado anteriormente,

entre ca. 7300 y 6700 años cal AP la cuenca de Barrancas se caracterizó por un ambiente más atractivo en términos de recursos, que el disponible en momentos regionalmente más húmedos. Así, durante este lapso, la cuenca se caracterizó por un ambiente fluvial de escasa energía, con un régimen permanente o semipermanente, en cuya planicie aluvial se desarrollaron suelos orgánicos debido a un menor volumen regional de precipitaciones con una distribución anual más uniforme. Estas características estuvieron acompañadas por la presencia de una freática somera o aflorante en vastos sectores de la cuenca, propiciando la formación de ambientes de humedales estables (Morales *et al.* 2018). A partir de *ca*. 6700 años cal AP se observan oscilaciones en la humedad, aunque no muy intensas ni muy frecuentes, permitiendo sostener algunos humedales menos extensos durante la mayor parte del período. Estas características contrastantes con las condiciones de aridez que comienzan a instalarse en la región desde comienzos del Holoceno y que tienen su mayor intensidad en la segunda mitad del Holoceno medio (*ca.* 6000-4500 cal AP), posicionaron la cuenca media y superior del río Barrancas como una CSE que funcionó como Refugio Ecológico (*sensu* Yacobaccio *et al.* 2017), particularmente durante el momento más seco del Holoceno.

En función de las condiciones ambientales señaladas, Pirola (2020) modeló la disponibilidad de biomasa primaria y la carga de biomasa de herbívoros sostenible a partir de ella tanto en la actualidad como en condiciones asimilables otros momentos del Holoceno. Así, mientras la productividad primaria neta aérea (PPNA) promedio de la cuenca de Barrancas estimada mediante sensores remotos alcanza los 555 kg MS/ha/año en la actualidad, en el marco de la sequía extrema del Holoceno medio, la productividad primaria en la cuenca sería compatible con la PPNA prevalente en estepas arbustivas ralas actuales (entre 222 y 389 kg MS/ha/año). Esto implicaría que la capacidad de carga teórica podría haber oscilado en términos de biomasa animal entre 190 y 342 UV (unidades vicuña de 40 kg) en el momento más árido regionalmente (Pirola 2020).

Las ocupaciones de cazadores-recolectores en la cuenca parecen haber sido extensas e intensas, particularmente hacia la segunda mitad del Holoceno medio, en virtud de la abundante presencia de material lítico superficial en distintos puntos de Barrancas (Montero com. pers. 2026). Las actividades de C-R en la cuenca muestran algunos cambios entre el Holoceno temprano y medio, siendo frecuente la inhumación de restos humanos en los momentos más tempranos, entre 9700 y 7200 cal AP (Morales *et al.* 2022; Aftyka com. pers. 2026), mientras que durante el Holoceno medio se registra una mayor frecuencia y diversidad de actividades tanto a cielo abierto como en áreas de reparo (por ej., Cementerio, Laguna Media 7, talud de Alero del Mojón, etc.) (Montero com. pers. 2026). Esto sugiere algún grado de persistencia o mayor recurrencia durante este último lapso, coincidente con el momento de mayor CSE en algunos sectores puntuales de la cuenca que la consolidó como Refugio Ecológico (tabla 1).

■ **Tabla 1.** Resumen de las tendencias y cambios ambientales; sitios arqueológicos de Barrancas y las características de sus ocupaciones (modificado de Morales *et al.* 2022).

| **Fase ambiental (cal AP)** | **Descripción ambiental de Barrancas y su contexto regional** | **Sitios** | **Aspectos generales de la ocupación humana de Barrancas** |
|---|---|---|---|
| **HOLOCENO TARDÍO** 950-presente | Intenso proceso de erosión del río Barrancas en el marco de condiciones más secas al comienzo del período (Anomalía Climática Medieval?). | -A. Laguna<br>-Alero 3 Terraza Motaite<br>-A. Cruces Capa 1<br>-L. Media 3 (entre otros) | -Ocupación pastoril persistente.<br>-Desde los 496 años cal AP hay evidencias arte inka.<br>-Fauna europea (*Bo* ssp. y *Capra* spp.) a partir de los 231 años AP. |
| 2400-950 | Mayor energía fluvial que en el lapso anterior y alta inestabilidad de corto plazo (actual frecuencia de ENSO).<br>Desarrollo de extensos humedales a lo largo de la mayor parte de la planicie aluvial del río durante lapsos áridos regionales. Estos humedales incluyeron amplias vegas y pequeñas lagunas. | -A. Cruces capa 2<br>-Antigal Motaite<br>-Alero del Morro Blanco, Terraza | Al comienzo del período aparecen las primeras ocupaciones con estructuras extensas, vinculadas a arte rupestre con figuras humanas, máscaras y camélidos domésticos. |
| 4200-2500 | Aumento de la energía y la acreción de sedimentos en el sistema del río Barrancas que sugiere un aumento en la humedad regional. Comienzo de condiciones de inestabilidad con sequías importantes de extensión indefinida. | -Alero del Morro Blanco<br>-Laguna Media 7 | Ocupaciones cazadoras recolectoras en el comienzo del período. Luego, aparecen los primeros artefactos cerámicos.<br>Arte rupestre con humanos y camélidos domésticos en asociación. |
| **HOLOCENO MEDIO II** 6800-4200 | Energía casi nula o intermitente en el sistema Barrancas. Ambiente considerablemente húmedo localmente en un marco regional de extrema aridez con procesos de fragmentación y pérdida de hábitats. Desarrollo de vegas estables en la cuenca media del río Barrancas que lo consolidan como un posible refugio ecológico. | -Laguna Media 7<br>-Distribuciones superficiales de artefactos líticos (ej. Cementerio, Terraza Laguna 7, etc.) | Ocupación con materiales líticos estructurado en torno a un fogón. Puntas de proyectil lanceoladas bifaciales y unifaciales.<br>Arte rupestre geométrico. |
| **HOLOCENO MEDIO I** 8200-6800 | | -Alero 3 Terraza Motaite | Entierro primario de un individuo en alero, decúbito lateral, sin ajuar asociado. |
| **HOLOCENO TEMPRANO** 11000-8200 | Sistema fluvial de baja energía y permanente en Barrancas que impide el desarrollo de humedales extensos. PPN algo mayor o similar a la actual en el fondo de cuenca. Ambiente regionalmente más húmedo y productivo con una distribución más abundante y regular de CSE en el paisaje puneño | -Alero del Mojón | Entierro humano secundario con dos individuos. Los datos isotópicos indican una dieta mixta con alto contenido proteico, característica de cazadores-recolectores. |

## Barrancas: alternancia entre espacio internodal y nodal en el Holoceno tardío

Los estudios paleoambientales realizados en Barrancas indican que entre 4900 y 2400 años cal AP, el sistema de Barrancas aumentó su energía considerablemente (Pirola *et al.* 2018). Esta tendencia es consistente con un aumento de la humedad disponible a nivel regional. Sin embargo, se ha registrado que eventos disruptivos —tales como episodios de lluvias torrenciales o sequías sostenidas— se hicieron también más frecuentes y/o intensos, hacia fines de esta fase. La variabilidad derivada de estos episodios aumentó la dificultad y frecuencia de formación de humedales estables y extensos en la cuenca, con la excepción de los que se desarrollaron en el marco de procesos análogos detectados en otras localidades de la Puna Seca, *ca.* 2400 – 2000, 1400, 1250 y 1000 – 850 años cal AP (Pirola *et al.* 2018, Oxman *et al.* 2020).

La consolidación de características ambientales más favorables que las existentes durante el Holoceno medio en ciertos momentos del Holoceno tardío, permitieron el desarrollo de amplias áreas de pastura y fuentes de agua permanente en Barrancas durante ciertos períodos del lapso 2500-1500 cal AP (y entre los 1000 y 800 años cal AP, aunque de manera más acotada). Estos eventos se enmarcaron en un aumento en la capacidad de carga promedio regional que implico, además, una mejora en la disponibilidad espacio-temporal de las CSE en la Puna. Estas nuevas características del hábitat permitieron ocupaciones más estables y amplias en la cuenca y una diversificación de las actividades realizadas en ella (por ej., ocupaciones de Antigal Motaite, ocupaciones más tardías de Morro Blanco, arte rupestre de Trono del Inca y Pisadas de los Duendes, etc.) (Yacobaccio *et al.* 2020) (tabla 1). Al respecto, la mayor parte de las ocupaciones en Barrancas fuera de estos lapsos temporales (ver Morales *et al.* 2022; Hoguin *et al.* 2024) responden a ocupaciones más breves y efímeras, en algunos casos asimilables eventos de pernocte o reparo en el marco de tráfico caravanero (Hoguin *et al.* 2024) o actividades logísticas o de caza.

Esta alternancia que asocia el aumento de la calidad, estabilidad y cantidad de recursos en las CSE con un aumento del tamaño y diversidad de actividades de las ocupaciones en la cuenca de Barrancas ilustran el rol relevante que las modificaciones ambientales locales tienen para la consolidación de áreas nodales (*sensu* Nielsen 2006) en el paisaje puneño. Al mismo tiempo, los resultados obtenidos hasta el momento en Barrancas, también permiten observar que la caída de la capacidad de carga en la cuenca combinada con la inestabilidad en la disponibilidad de agua coincide con cambios sustanciales en el uso de la cuenca, presentando ocupaciones más efímeras y/o de menor escala, vinculadas a la circulación regional de bienes y personas que caracterizan a las áreas internodales. Así, resulta evidente cómo cambios sustanciales en las CSE de los hábitats tienen una incidencia sustancial en el uso que los grupos darán a estos espacios a través del tiempo.

## CONSIDERACIONES FINALES

Este trabajo tuvo como principal objetivo repasar algunos de los conceptos procedentes de la arqueología ambiental y la ecología humana aplicados por nuestro equipo en las investigaciones llevadas a cabo en las últimas dos décadas en los departamentos de Susques y Cochinoca, en la provincia de Jujuy. Los casos de estudio presentados buscan ilustrar la utilidad de estas perspectivas teóricas para enriquecer la comprensión de los procesos socioecológicos ocurridos en la Puna Seca argentina desde la dispersión humana inicial en la región hace alrededor de 11.000 años. Al respecto, resulta evidente la relevancia de los efectos de la fragmentación y pérdida de hábitats desarrollados desde inicios del Holoceno—y durante la fase más árida del Holoceno medio, en particular— y la consolidación de algunas CSE como refugios ecológicos que indujeron procesos de reorganización en el seno de las sociedades que habitaron los espacios puneños. Estos procesos afectaron sus estrategias de movilidad, explotación de recursos y organización tecnológica, a la vez que generaron una reorganización del uso y valoración de los distintos hábitats, conformando diferentes entramados de espacios que funcionaron como nodos e internodos de manera alternante e inestable a lo largo del Holoceno. Las características y cambios mencionados, tanto en las tecnologías como en la organización social y económica parecen haber sido fenómenos de una escala espacial mayor a la observada de manera directa en nuestros estudios (i.e. regional o suprarregional), incluyendo otros sectores de la Puna y áreas vecinas. Esto evidencia la importancia y rol clave de agentes naturales como los principales catalizadores de estos procesos de reorganización regional del uso del espacio, de las actividades de subsistencia y del surgimiento de innovaciones tecnológicas.

En nuestros futuros trabajos esperamos poder abordar la otra cara de estos procesos: el estudio del rol humano en la conformación de los paisajes del antropoceno y en la consolidación de nuevas dinámicas ecológicas y sociales emergentes de sus acciones sobre el paisaje. Estos estudios permitirán entender las posibles estrategias para lidiar con los cambios ocurridos y contar con la experiencia de los resultados de las acciones de mitigación aplicadas en el pasado. Así, esta tarea constituye un elemento clave en nuestra agenda futura de investigación, teniendo en cuenta la importancia que estos nuevos conocimientos tendrán a la hora de lidiar y mitigar los efectos del proceso de cambio climático en el que nos vemos inmersos en la actualidad.

## AGRADECIMIENTOS

A las comunidades de Susques y Barrancas por su apoyo, amabilidad y colaboración durante todos los años de nuestro trabajo conjunto. A todos los integrantes, actuales y pasa-

dos, de los equipos de investigación de Proyecto Arqueológico Susques y Proyecto Arqueológico Barrancas por su trabajo y compañerismo. A Sofía Álvarez por su colaboración en la elaboración de la figura 1. A UBA, CONICET, ANPCyT (Argentina) y a MAEDI y MEAE (Francia) por los numerosos proyectos financiados que permitieron estas investigaciones.

## BIBLIOGRAFÍA

Abbott, M. B., B. B. Wolfe, A. P. Wolfe, G. O. Seltzer, R. Aravena, ... y A. J. Guzmán 2003. Holocene paleohydrology and glacial history of the central Andes using multiproxy lake sediment studies. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 194(1-3): 123-138.

Arias-Arévalo, P., E. Gómez-Baggethun, B. Martín-López y M. Pérez-Rincón 2018. Widening the evaluative space in ecosystem services assessments: A mingled value theory. *Ecosystem Services* 33: 56-68.

Aschero, C. A. y J. G. Martínez 2001. Técnicas de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 26: 215241.

Baker, P. A., G. O. Seltzer, S. D. Riggs, R. M. Vallvé, S. L Cross... y J. L. Betancourt 2001. The history of South American tropical precipitation for the past 25,000 years. *Science* 291(5504): 640-643.

Betancourt, J. L., C. Latorre, J. A. Rech, J. Quade, y K. A. Rylander 2000. A 22,000-year record of monsoonal precipitation from northern Chile's Atacama Desert. *Science* 289(5484): 1542-1546.

Butzer, K. W. 1982. *Archaeology as human ecology: method and theory for a contextual approach*. Cambridge, Cambridge University Press.

Cashdan, E. 1990. *Risk and uncertainty. Tribal and peasant economies*. Colorado, Westview Press Inc.

Cherlet, M., C. Hutchinson, J. Reynolds, J. Hill, S. Sommer y S. Von Maltitz 2018. *World atlas of desertification. Rethinking land degradation and sustainable land management*. Luxembourg, Publication Office of the European Union.

Crutzen P. J. y E. F. Stoermer 2000. The Anthropocene. *IGBP Global Change Newsletter 41*: 17–18.

Davis, J. L. 2014. *Resilient habitats and species survival in arid landscapes*. Oxford, Academic Press.

Dearing, J. A., R. W. Battarbee, R. Dikau, I. Larocque, y F. Oldfield 2006. Human–environment interactions: towards synthesis and simulation. *Regional Environmental Change* 6(1): 115-123.

Dearing, J. A., B. Acma, S. Bub, F. M. Chambers, X. Chen, J. Cooper, ... y K. Zhang 2015. Social-ecological systems in the Anthropocene: the need for integrating social and biophysical records at regional scales. *The Anthropocene Review* 2(3): 220-246.

Díaz, S., S. Demissew, J. Carabias, C. Joly, M. Lonsdale, N. Ash, ... y D. Zlatanova 2015. The IPBES conceptual framework—connecting nature and people. *Current opinion in environmental sustainability* 14: 1-16.

Dincauze, D. F. 2000. *Environmental archaeology: principles and practice*. Cambridge, Cambridge University Press.

Donders, T. H., F. Wagner-Cremer y H. Visscher 2008. Control of fossil pollen and spores on the interpretation of vegetation and climate change. *Quaternary Science Reviews* 27(21-22): 2003-2015.

Erickson, C. L. 2012. Amazonia: The Historical Ecology of a Domesticated Landscape. En H. Silverman y W. H. Isbell (eds.), *Handbook of South American archaeology*: 157-183. New York, Springer.

Fitzhugh, B., V. L. Butler, K. M. Bovy y M. A. Etnier 2019. Human eco-dynamics: a framework for the study of long-term change in socio-ecological systems. *Journal of Archaeological Science: Reports* 23: 1109-1113.

Gayo, E. M., C. Latorre, T. E. Jordan, P. Nester, S. A. Estay, K. F. Ojeda, y C. M. Santoro 2012. Late Pleistocene-Holocene ground-water levels and precipitation in the Atacama Desert. *Nature Communications* 3(1): 951.

Godoy-Aguirre, C., M. Frugone-Álvarez, E. M. Gayo, R. Campbell, … y C. Latorre 2024. Population dynamics

and cultural niche construction during the Late Holocene in a mediterranean ecosystem (central Chile, 32° S– 36° S). *The Holocene* 34(5): 509-518.

Heidegger, M. [1927]2003. *Ser y tiempo*. Madrid, Editorial Trotta.

Hobbs, N. T., K. A. Galvin, C. J. Stokes, J. M. Lackett, A. J. Ash, … y P. K. Thornton 2008. Fragmentation of rangelands: implications for humans, animals, and landscapes. *Global Environ. Change* 18: 776–785.

Hoguin, R. 2023. Cambios tecnológicos durante las primeras estrategias agropastoriles en Barrancas, provincia de Jujuy, Argentina. *Latin American Antiquity* 34(3): 671-689.

Hoguin, R., C. T. Samec, M. Rouan Sirolli, J. Merler Carbajo, M. Morales, ... y H. D. Yacobaccio 2024. Historia de las ocupaciones humanas durante el Holoceno tardío en una terraza de Barrancas, Provincia de Jujuy. *Estudios Atacameños* 69: e5474.

IPCC. 2014. Climate Change 2014: Mitigation of climate change. *Contribution of Working Group III to the Fifth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change*. Cambridge, Cambridge University Press.

Kintigh, K. W., J. H. Altschul, M. C. Beaudry, R. D. Drennan, A. P. Kinzig, T. A. Kohler, ... y M. A. Zeder 2014. Grand challenges for archaeology. *PNAS* 111(3): 879–880.

Kock, S. T., K. Schittek, B. Mächtle, H. Wissel, A. Maldonado y A. Lücke 2019. Late Holocene environmental changes reconstructed from stable isotope and geochemical records from a cushion-plant peatland in the Chilean central Andes (27 S). *Journal of Quaternary Science* 34(2): 153-164.

Lewis, S. L. y M. A. Maslin 2015. Defining the Anthropocene. *Nature* 519(7542): 171-180.

López, G. E., J. P. Orsi, S. T. Seguí, S. M. Araya, P. Solá y F. I. Coloca 2023. Cazadores de la Puna de Salta en escala cronológica amplia (ca. 11000-3000 años AP): paisaje arqueológico cinegético en el sector de Pozo Cavado, cuenca de Pocitos. *Revista del Museo de Antropología* 16(2): 51-66.

Morales, M. R. 2011. *Arqueología ambiental del Holoceno temprano y medio en la Puna seca argentina. Modelos paleoambientales multi-escala y sus implicancias para la arqueología de cazadores-recolectores*. Oxford, Bar International Series 2295, Archaeopress.

Morales, M., R. Barberena J. B. Belardi, L. Borrero, ... y M. Zárate 2009. Reviewing human–environment interactions in arid regions of southern South America during the past 3000 years. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 281(3-4): 283-295.

Morales, M. R., S. Bustos, B. I. Oxman, M. Pirola, P. Tchilinguirian, … y H. D. Yacobaccio 2018. Exploring habitat diversity of mid-holocene hunter-gatherers in the South-Central Andes: multi-proxy analysis of Cruces Core 1 (TC1), Dry Puna of Jujuy, Argentina. *Journal of Archaeological Science: Reports* 18: 708-721.

Morales, M. R., R. Hoguin, B. Oxman, M. Pirola, M. Rouan Sirolli, ... y H. D. Yacobaccio 2022. Evolución ambiental y registro arqueológico de la cuenca del río Barrancas, provincia de Jujuy, Argentina. *Revista del Museo de Antropología* 15(1): 97-116.

Muscio, H. J. y G. E López 2016. Radiocarbon dates and anthropogenic signal in the South-Central Andes (12,500–600 cal. years BP). *Journal of Archaeological Science* 65: 93-102.

Nielsen, A. E. 2006. Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes Sur Centrales:* 29-62. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Institute of Andean Research.

Nielsen, A. E. 2017. Actualidad y potencial de la arqueología internodal surandina. *Estudios Atacameños* 56: 299-317.

Oxman, B. I., M. Pirola, S. Bustos, M. R. Morales, P. Tchilinguirian y M. J. Orgeira 2020. Environmental trends between 2400 and 1200 BP in Barrancas, Argentinean Puna: Impacts on local resource variability and socioeconomic organization. *Geoarchaeology* 35(2): 243-257.

Pirola, M. 2020. Eventos áridos en la Puna de Jujuy durante la segunda mitad del Holoceno y sus efectos sobre las sociedades humanas. Una aproximación desde la arqueología ambiental. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Pirola, M., S., Bustos, M. R. Morales, M. J. Orgeira, B. I. Oxman, P. Tchilinguirian y C. Vásquez 2018. The mid to late Holocene transition in Barrancas, Jujuy, Argentina: regional climate change, local environments and archaeological implications. *Journal of Archaeological Science: Reports* 18: 722-738.

Quade, J., Rech, J. A., J. L. Betancourt, C. Latorre, B. Quade, K. A. Rylander y T. Fisher 2008. Paleowetlands and regional climate change in the central Andes. *Quaternary Research* 69(3): 343-360.

Rech, J. A., J. Quade, y J. L. Betancourt 2002. Late Quaternary paleohydrology of the central Atacama Desert (lat 22°–24°S), Chile. *GSA Bulletin* 114(2): 142-153.

Rein, B., A. Lückge, L. Reinhardt, F. Sirocko, A. Wolf y W. C. Dullo 2005. El Niño variability of Peru during the last 20,000 years. *Paleoceanography* 20(4): 1-17.

Salvarredy-Aranguren, M. M., A. Probst y M. Roulet 2009. Evidencias sedimentarias y geoquímicas de la pequeña edad de hielo en el lago Milluni Grande del Altiplano boliviano. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 65(4): 660-673.

Santoro, C. M., V. G.Standen, B. T. Arriaza y P. A. Marquet 2005. Hunter-gatherers on the coast and hinterland of the Atacama Desert. En M. Smith y P. Hesse (eds.), *23°S, Archaeology and environmental history of the southern deserts:* 172-185. Canberra, National Museum of Australia Press.

Tchilinguirian, P. y M. R. Morales 2013. Mid-Holocene paleoenvironments in Northwest Argentina: main insights and discrepancies. *Quaternary International* 307: 13-23.

Thomas, D. S. 1997. *Arid zone geomorphology: process, form and change in drylands*. John Wiley & Sons.

Thompson, L. G., E., Mosley-Thompson, M. E. Davis, P. N. Lin, … y T. A. Mashiotta 2003. Tropical glacier and ice core evidence of climate change on annual to millennial time scales. *Climatic Chang*e 59(1): 137-155.

Thompson, L. G., E. Mosley-Thompson, M. E. Davis, V. S. Zagorodnov …y P. N. Lin 2013. Annually resolved ice core records of tropical climate variability over the past~ 1800 years. *Science* 340(6135): 945-950.

Ullah, I. I., C. Chang y P. Tourtellotte 2019. Water, dust, and agro-pastoralism: modeling socio-ecological co-evolution of landscapes, farming, and human society in southeast Kazakhstan during the mid to late Holocene. *Journal of Anthropological Archaeology* 55: 101067.

Vilá, B. y H. D. Yacobaccio 2013. *Domesticación: moldeando la naturaleza*. Buenos Aires, Eudeba.

Yacobaccio, H. D. 1994. Biomasa animal y consumo en el Pleistoceno-Holoceno surandino. *Arqueología* 4: 43-71.

Yacobaccio, H. D. 2021. The domestication of South American camelids: a review. *Animal Frontiers* 11(3): 43-51.

Yacobaccio, H. D., M. R. Morales y R. Hoguin 2017. Habitats of ancient hunter-gatherers in the Puna: resilience and discontinuities during the Holocene. *Journal of Anthropological Archaeology* 46: 92-100.

Yacobaccio, H. D., P. Sola, B. Oxman, M. R. Morales, R. G. Hoguin y … B. L. Vilá 2020. *Camélidos, caravanas y guerreros: el arte rupestre de Barrancas (Jujuy, Argentina).* Buenos Aires, VICAM.

# ARQUEOLOGÍAS DE LOS PAISAJES: LAS RELACIONES ENTRE LA ESPACIALIDAD, LA TEMPORALIDAD Y LA ALTERIDAD EN LA ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA SUDAMERICANA

**José María Vaquer**[1], **Ignacio Gerola**[2], **Bárbara Sofía Carboni**[3] **y Laura Pey**[4]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA – CONICET | jmvaquer1977@gmail.com
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA – CONICET | ignaciogerola@gmail.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA – CONICET | bscarboni@gmail.com
[4]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA – CONICET | marialaurapey@gmail.com

**RESUMEN:** En los últimos años, el impacto del "giro ontológico" en la arqueología sudamericana llevó a la incorporación de las perspectivas nativas en la construcción de teorías arqueológicas situadas y decoloniales. Las ontologías y las cosmovisiones nativas, cuyas categorías de tiempo, espacio y alteridad difieren de las occidentales, fueron adoptadas como marcos interpretativos para comprender las diversas formas de habitar los paisajes de las sociedades del pasado. En el presente capítulo, presentamos una revisión crítica de las principales tendencias teóricas surgidas en la arqueología sudamericana a raíz del "giro ontológico", analizando sus aplicaciones y las implicaciones prácticas de estos enfoques en el presente.

**ABSTRACT:** In recent years, the impact of the "ontological turn" in South American archaeology has led to the incorporation of Indigenous perspectives in the construction of situated and decolonial archaeological theories. Indigenous ontologies and worldviews, whose categories of time, space and alterity differ from Western ones, have been adopted as interpretive frameworks to understand the diverse ways in which past societies inhabited landscapes. In this chapter, we present a critical review of the main theoretical trends that have emerged in South American archaeology because of the "ontological turn," analysing their applications and the practical implications of these approaches in the present.

## INTRODUCCIÓN

En este trabajo presentamos un breve recorrido por las arqueologías de los paisajes, haciendo foco en los diferentes desarrollos teóricos y su aplicación en Sudamérica. Consideramos que, para comprender cualquier enfoque, es necesario revisar de manera crítica los supuestos que lo sustentan. En este sentido, podemos situar nuestra propuesta dentro de las críticas a la arqueología procesual llevadas adelante por las diversas ramas de la arqueología hermenéutica o interpretativa, sobre todo a fines de las décadas de los 90 y los 2000. Por cuestiones temáticas y de espacio, no vamos a desarrollar este tema en profundidad. Sin embargo, consideramos que, antes de avanzar en este capítulo, es relevante realizar una breve introducción sobre estas críticas. Para ello, proponemos la lectura de los trabajos de Hodder (1991), Pauketat (2000, 2001), Shanks y Tilley (1987), entre otros.

Nuestro argumento es que para entender el alcance de las perspectivas sobre los paisajes sudamericanos es necesario considerar tres categorías fundamentales y cómo fueron cambiando en los enfoques teóricos: la espacialidad, la temporalidad y la alteridad (Soja 1985; Shanks y Tilley 1987; Tilley 1994; Thomas 1996, 2008; Ingold 2000). Esto implica revisar las categorías de tiempo, espacio y las diferentes narrativas del otro y sobre el otro. Los paisajes pueden ser considerados como el lugar de intersección entre estas tres categorías (Ashmore y Knapp 1999; Anschuetz *et al.* 2001). No solamente son estructurados por las diferentes nociones de tiempo, espacio y alteridad en cada contexto cultural diferente, sino que las estructuran de manera activa. En consecuencia, es necesario incorporar en las interpretaciones sobre los paisajes las diferentes narrativas de las comunidades locales que permitan abordar contextualmente las tres categorías. Para ello, situamos nuestra propuesta dentro del llamado "giro ontológico" de la arqueología, que propone incorporar las categorías nativas en las interpretaciones arqueológicas (Alberti 2016).

Sin embargo, para llevar adelante esta empresa es necesario también realizar una deconstrucción crítica de nuestras posiciones como investigadores. Como profesionales de la arqueología en diferentes posiciones dentro del campo académico, nuestros intereses son variados. En función de esos intereses es que construimos nuestros lugares interpretativos o "situaciones hermenéuticas" (Gadamer 2003; Heidegger [1927] 2012). Quienes escribimos este trabajo trabajamos en la provincia de Jujuy, por lo que nuestra mirada se encuentra sesgada hacia el "mundo andino"[1]. Asimismo, consideramos que toda arqueología debe

[1] Entendemos que el "mundo andino" es una construcción conceptual que engloba una gran diversidad, tanto espacial como temporal. Los "mundos andinos" de los pastores y los agricultores, si bien tienen elementos en común, no son exactamente iguales. En este sentido, coincidimos con Giovannetti (2018) en considerar a "lo andino" como la posibilidad de entender las estructuras complejas de lógicas y percepciones como formas ontológicas.

ser construida en un diálogo constante con las comunidades locales que tenga en cuenta las consecuencias prácticas de las interpretaciones. En este sentido, creemos firmemente que la arqueología es política y tiene consecuencias concretas en el presente (McGuire 2008; Curtoni 2009; Hamilakis 2011; Salerno 2012).

También es importante mencionar que nos encontramos escribiendo este trabajo en un contexto social y político donde el sistema científico y las universidades nacionales están atravesando un ataque feroz de desregulación y desfinanciamiento por parte del Gobierno Nacional[2], lo que implica un desgaste permanente hacia las instituciones y el personal. Este contexto habilitó también el avance del extractivismo, que viola la soberanía territorial de las comunidades y desestructura los vínculos sociales y con el entorno. Esperamos que este capítulo, además de una puesta al día de los enfoques académicos sobre los paisajes, pueda contribuir también a visibilizar la importancia de los vínculos tradicionales de las comunidades con su entorno, y nuestro rol activo en luchar por las diferencias culturales.

Este recorrido por los paisajes se estructura a partir de varios lugares que iremos conectando. Primero consideramos importante realizar una breve síntesis de los orígenes y genealogías de las arqueologías de los paisajes. En particular, nos centramos en las categorías de tiempo, espacio y alteridad que pueden interpretarse en los diferentes enfoques teóricos, sus críticas y los cambios. Luego, nos centramos en el "giro ontológico" en la arqueología, para contextualizar las nuevas miradas y cómo contribuyen a interpretar las tres categorías desde una perspectiva diferente. En paralelo, vamos a recorrer un ejemplo de los Andes circumpuneños para luego finalizar con las diferentes perspectivas que abren estos enfoques.

## GENEALOGÍAS

Las arqueologías del paisaje pueden considerarse como una continuidad y derivación de los estudios clásicos de patrones de asentamiento que implementó en la década de 1970 la arqueología procesual (Blanton 1978; Raffino 1991; Binford 1996; D´Altroy 2015). Estos enfoques propusieron abordar el registro arqueológico desde una perspectiva regional y comparativa para comprender el rol de cada uno de los componentes de los sistemas de asentamiento. Dos puntos fueron claves: por un lado, proponer que los diferentes sitios arqueológicos conforman sistemas; y por el otro, un cambio en la escala de las interpretaciones. Con respecto al primer punto, la perspectiva sistémica implicó que cada uno de los sitios arqueológicos de una región no podían ser entendidos de manera aislada, sino formando parte de un todo que le daba sentido (Binford y Binford 1966; Binford 1994). Los

[2] Nos referimos a la administración liderada por Javier Milei.

patrones de asentamiento fueron comprendidos en términos de sistemas de asentamientos. Al realizar un corte temporal, se podían caracterizar los patrones de asentamiento de una fase arqueológica determinada. Esto incluye al segundo punto, ya que para explicar al sistema era necesario ampliar la escala de las investigaciones al nivel de la región.

Con el surgimiento de la arqueología hermenéutica o interpretativa (Hodder 1986, 1991; Shanks y Tilley 1987), varios de los supuestos de estas perspectivas fueron cuestionados. Vamos a detenernos específicamente en dos críticas, ya que nos ayudarán a desarrollar el argumento propuesto en este trabajo. La primera crítica tiene que ver con las nociones de tiempo y espacio implícitas detrás de los enfoques procesuales; y la segunda con el papel de la alteridad en las interpretaciones arqueológicas. La alteridad se vincula, por un lado, con los diferentes agentes humanos y no humanos que habitan los paisajes; y por el otro con el rol político de la arqueología y el papel de las narrativas de las comunidades locales sobre los paisajes (Vaquer *et al*. 2023). Sobre este segundo punto nos extendemos más adelante.

Vamos a comenzar por el tiempo y el espacio. Los enfoques de la arqueología procesual tienen una base epistemológica positivista (Binford 1996). Esto implica una separación entre las interpretaciones del pasado y el sujeto que las genera. Esta pretensión de objetividad tiene varias consecuencias. Primero, el tiempo de la interpretación arqueológica (el pasado) se encuentra desconectado del presente. Un ejemplo de ello son los conocidos conceptos de dinámica y estática de Binford (1994) y "contexto arqueológico" y "contexto sistémico" de Schiffer (1990). Esta separación es la que garantiza la objetividad de la explicación. La teoría arqueológica se convierte en una "teoría de rango medio" que une la estática del registro arqueológico presente con la dinámica de los sistemas culturales del pasado. En consecuencia, tanto el tiempo como el espacio son considerados categorías objetivas. El tiempo se vincula con los procesos de formación del registro, aquellas intervenciones culturales y naturales que "alteran" las disposiciones originales para llegar al registro que observamos en el presente. A su vez, el espacio es una categoría que se relaciona con la distribución diferencial del registro arqueológico, que se vincula luego con actividades específicas.

En ambos casos, el tiempo y el espacio, son consideradas variables que pueden ser medidas. El espacio es geométrico, mientras que el tiempo es cronológico (Lucas 2005). Las descripciones de ambas categorías se dan en términos de sistemas de mediciones utilizando modelos matemáticos. Para el tiempo, la manera de representación es el cuadro cronológico; mientras que para el espacio se realizan modelos —como los análisis del vecino más próximo, los Polígonos de Thiessen o interpretaciones de rango tamaño de los asentamientos. En este sentido, existe una visión aristotélica del espacio y el tiempo, que se rigen por el Principio de No Contradicción (PNC) (algo no puede recibir dos predicados opuestos al mismo tiempo; dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo) y por el Principio de Causalidad (PC) (existe una relación de causa y consecuencia entre el pasado,

el presente y el futuro; y entre el espacio y el movimiento) (Aristóteles 2012). Esto produce que tengamos una visión lineal del tiempo y del espacio. Para sintetizar, podemos sostener que hay una visión física de estas categorías, como dos entidades objetivas y medibles independientemente de quienes observan[3].

Las primeras críticas a estas visiones del tiempo y el espacio provinieron de la Geografía Crítica. Esta disciplina mostró cómo las nociones de espacio y tiempo que utilizamos son producto de la sociedad capitalista, y como tales, tienen significados ideológicos concretos (Soja 1985, 2003; Lefebvre 2003). En consecuencia, otras sociedades van a tener otras nociones de tiempo y espacio. El espacio es el producto histórico de una sociedad concreta, no algo universal y homogéneo. A su vez, la visión capitalista del espacio se desprende de la división y oposición entre Naturaleza y Cultura que caracterizan nuestra perspectiva cultural y que forman la base para justificar el extractivismo pasado y actual (Thomas 1996, 2008). En consecuencia, trasladar hacia el pasado nuestras concepciones de tiempo o espacio implica naturalizar el sistema capitalista actual.

Otra crítica que realizaron a las miradas positivistas es que el espacio (y el tiempo) son presentadas como categorías objetivas, vaciadas de la experiencia de los agentes sociales (Tuan 2003). En conjunto, ambas críticas presentan al espacio como un producto cultural, con significaciones vinculadas con las relaciones de poder. En nuestro campo, los trabajos de Tilley (1994; 2004), Thomas (1996), Ashmore y Knapp (1999), Barrett (1999) y Bender y Winer (2001) aplican estas nociones a ejemplos arqueológicos[4]. En la arqueología argentina, algunos autores comenzaron a incorporar estas nuevas perspectivas, replanteando las interpretaciones tradicionales de diferentes momentos temporales del NOA (Quesada 2006; Acuto y Gifford 2007; Gordillo 2007; Nielsen 2007a, 2007b; Lazzari 2008; ver también Gordillo y Vaquer 2013 para varios ejemplos de Argentina).

Otro punto de inflexión para la mirada de los paisajes lo representa, a nuestro entender, la perspectiva del habitar propuesta por Ingold (2000). Para este autor, habitar un paisaje es una actividad interpretativa que se lleva a cabo a partir de realizar tareas. El paisaje se conforma como un *taskscape* o "paisaje de tareas" (Ingold 2000:195), es decir, una serie de lugares interrelacionados con las experiencias sensoriales y emotivas que involucran. Habitar un paisaje implica realizar actividades interconectadas, que en su conjunto "temporalizan" a los paisajes con los ritmos de la práctica; al mismo tiempo que establecen relaciones afectivas entre las personas y los lugares. La perspectiva de habitar considera que los paisajes y

[3] De hecho, la visión positivista del tiempo se desvinculó de los desarrollos de la física, como por ejemplo la Teoría de la Relatividad o la Teoría de las Cuerdas (Benenson *et al*. 2002). Sería interesante explorar estos marcos y sus consecuencias para la arqueología.

[4] Para una perspectiva sobre los diferentes enfoques de la fenomenología del paisaje y sus fuentes filosóficas, ver Vaquer (2018).

los agentes se conforman mutuamente a partir de realizar actividades. No existen espacios vacíos que esperan la intervención humana para convertirse en lugares, localizados en una especie de "vacío existencial", sino que los lugares "emergen desde el fondo de un paisaje que la gente ya entiende en algún grado" (Thomas 2008:303). Esto implica que no existe una experiencia espacial inocente, siempre interpretamos los lugares nuevos a partir del bagaje que poseemos de los lugares que ya conocemos. Este conocimiento es práctico, ya que por un lado no se encuentra solamente tematizado en la mente de los agentes sociales, sino que depende de su realización en escenarios concretos, y por el otro, se produce de manera no discursiva a través de la relación entre el cuerpo y el ambiente, relación que modifica a ambos. Sin embargo, es importante mencionar que las divisiones entre conocimiento práctico y su objetivación en narrativas es una separación artificial con fines analíticos. Partimos de la base que todo agente puede realizar una explicación narrativa de las instancias prácticas; y que existe una relación recursiva entre prácticas y narrativas (Vaquer 2018, 2019)[5].

Este enfoque nos resulta interesante porque es una superación de las dos críticas que mencionamos arriba; sin embargo, el mismo Ingold propone modificarlo (Ingold 2011, 2017). Por un lado, incorpora las experiencias y las emociones de los agentes sociales como parte de los significados de los paisajes, por lo que representa una mirada relativista, humanista y social del espacio; y, por otro lado, considera que el tiempo de los paisajes es un producto —y es producido a su vez— por las actividades que se llevan a cabo en él. Dentro de estas temporalidades de las actividades, pueden considerarse las relaciones de poder como una de las variables que las estructuran (Vaquer 2013; Solari *et al.* 2024).

## EL GIRO ONTOLÓGICO EN ARQUEOLOGÍA

El giro ontológico tuvo su origen en la antropología, la sociología y, en particular, en la sociología de la ciencia (Latour 2005; Haraway 2014) hace casi dos décadas. Luego tuvo su impacto en la filosofía y en la arqueología. Desde la antropología, dos de sus mayores exponentes fueron Phillippe Descola (2012) y Eduardo Viveiros de Castro (2010), que realizaron etnografías en sociedades amazónicas. Posteriormente, las ideas de estos autores fueron aplicadas a etnografías de la región andina (Allen 2016, 2018; Bugallo y Vilca 2016) y chaqueña (Wright 2011). La propuesta es que diferentes grupos culturales van a tener principios ontológicos diferentes a los occidentales. Desde la óptica tradicional, estos principios ontológicos eran considerados como parte del universo simbólico de estos pueblos y, muchas veces, explicados en referencia con otros campos sociales. Los principios que

[5] Ver especialmente Ricoeur (1995) y el concepto de triple mímesis.

se interpretaban, casi todos vinculados con el universo mítico de los pueblos etnográficos, eran considerados como una construcción cultural, sin valor de verdad más allá de testificar a favor de la diversidad cultural.

El giro ontológico implicó "tomar en serio" a las ontologías nativas. Esto significa que las explicaciones nativas del funcionamiento del universo, con sus particularidades culturales, son tan verdaderas como las explicaciones científicas. Se produce, de esta manera, un descentramiento de la *episteme* occidental como única fuente de verdad. Para el caso de la arqueología, este giro implicó, por un lado, revisar las bases ontológicas de la arqueología científica, y, por el otro, adoptar ontologías nativas como marcos de referencia o teorías para las interpretaciones arqueológicas (Jones y Alberti 2013; Alberti 2016; Villanueva Criales 2018; Laguens y Alberti 2019; Arano Romero 2021; entre otros). Ahora bien, esta empresa es interesante en varios puntos. Por un lado, como mencionamos, propone un descentramiento de la *episteme* científica como la única manera posible de interpretación del pasado. Por el otro, y vinculado con el primero, la incorporación de las teorías nativas en las interpretaciones es utilizada también como una herramienta de crítica y de apertura decolonial (Curtoni 2008; Haber 2010; Lema y Pazzarelli 2015; Lema 2017).

## La ontología andina

Allen (2016, 2018) define a la ontología andina como animismo. Esto implica atribuir vida consciente a todas las formas de la materia no humana. Todas las cosas materiales en el mundo andino, "naturales" o fabricadas, poseen una personalidad, una subjetividad con un punto de vista. Siempre existe la posibilidad de una respuesta comunicativa, ya que toda actividad es interactiva. Los lugares y los artefactos tienen puntos de vista y entablan relaciones con los seres humanos.

Estas relaciones son entabladas a partir de los ritos, donde se produce una "apropiación recíproca" (Allen 2018:593) entre seres con estatus ontológico distinto. Las diferentes relaciones se establecen a través de compartir sustancias, lugares y prácticas (Bouysse-Cassagne y Harris 1987). Sin embargo, no todos los seres tienen la misma jerarquía. El concepto andino de lo sagrado es *wak´a*. De acuerdo con Bugallo y Vilca (2016), este concepto ya implica una visión relacional del mundo que incluye gente, difuntos y la reproducción de los cultivos, los animales y los grupos humanos. Las *wak´as* son multiformes y pueden tomar varias corporalidades.

Dentro de las categorías de *wak´a*, las más poderosas se encuentran asociadas a lugares como ojos de agua, las piedras, los cerros y la *pachamama*. Estos seres se enojan, se ofenden y castigan; pero a su vez ayudan y escuchan (Bugallo 2016). Los seres que se ubican en la cima

de la jerarquía son los cerros más altos, ya que ven y son vistos a la distancia (Allen 2018). Los cerros son los ancestros de los grupos, las deidades tutelares que velan por un territorio y todos los seres que lo habitan. En este sentido, el concepto quechua de *llacta* implica un territorio junto con la jerarquía de ancestros que lo ordenan. Existe una jerarquía vertical, que desciende desde el cerro tutelar hacia los demás lugares *wak´as*.

Como propusimos, incorporar a las ontologías nativas dentro de las interpretaciones del pasado cambia radicalmente las categorías de tiempo, espacio y alteridad que pueden ser contempladas en cada ocasión (Vaquer *et al.* 2023). Cuando consideramos el tiempo de y para una sociedad particular, con un contenido sustantivo, podemos hablar de temporalidad. Lo mismo ocurre con el concepto de espacio, ya que al dotarlo de contenido cultural específico estamos hablando de la espacialidad. Con respecto a la alteridad, la apertura ontológica permite, por un lado, considerar a los diferentes agentes que pueblan los universos más allá de los humanos, y, por el otro, considerar las narrativas de las comunidades sobre sus pasados.

## Temporalidad, espacialidad y alteridad en los Andes

Para ejemplificar este cambio, vamos a presentar un breve ejemplo de la región Andina, que como mencionamos, es nuestra zona de trabajo (ver Vaquer *et al.* 2023 para mayores detalles). En el ámbito andino, la noción de tiempo no puede escindirse de la de espacio, ya que ambas dimensiones se integran en un único concepto expresado por el término *pacha* (Bouysse-Cassagne y Harris 1987; Allen 2018). Desde esta perspectiva, el orden cosmológico se estructura en tres planos verticales y sucesivos: el *Hanan* o *Janaq Pacha* (mundo superior), el *Taipi* o *Kay Pacha* (mundo intermedio) y el *Ukhu Pacha* (mundo inferior o inframundo) (Bouysse-Cassagne y Harris 1987). Aunque estos niveles mantienen relaciones constantes y son permeables entre sí, funcionan como ámbitos diferenciados, cada uno con temporalidades, normativas y entidades propias. Los seres humanos (*runakuna*) habitamos el *Kay Pacha*, concebido como el espacio-tiempo del aquí y ahora.

Rivera Cusicanqui (2015) propone comprender la temporalidad andina a partir de la metáfora del caminar, en la que el tiempo resulta inseparable del espacio recorrido. En este sentido, destaca una expresión aymara que puede traducirse como "mirando atrás y adelante podemos caminar en el presente futuro" (Rivera Cusicanqui 2015:11). Esta formulación permite subrayar dos aspectos centrales. En primer lugar, el pasado es entendido como un ámbito conocido y visible. A diferencia de la concepción lineal occidental, en los Andes el pasado se sitúa "delante" de quien camina. La propia lengua quechua refleja esta articulación semántica: el término *ñawpa* designa tanto lo "antiguo" o "anterior" como lo que está "delante" (Earls y Silverblatt 1978; Manga Quispe 2010).

En segundo lugar, el futuro se concibe como incierto y, por ende, se ubica a espaldas del sujeto. El vocablo quechua *qipa* alude simultáneamente a lo "próximo", "siguiente" o "posterior" y a la posición espacial "detrás" (Lozada Pereira 1999:11). No obstante, ciertos indicios de ese porvenir desconocido pueden anticiparse a partir de la experiencia acumulada en el pasado, dado que la temporalidad andina posee un carácter cíclico. Se trata, sin embargo, de un ciclo dinámico y particular que, como advierte Manga Quispe (2010), difiere del tiempo mítico cíclico descrito por Eliade (1985) para otras sociedades.

En particular, el carácter cíclico de la concepción andina se manifiesta en tres escalas temporales (Fischer 2002; Villanueva Criales 2018). La primera corresponde al ciclo diario, estructurado por los desplazamientos de la Luna (*Killa*) y el Sol *(Inti*), así como por las actividades desarrolladas a lo largo de la jornada. La segunda escala es anual y se vincula con el calendario productivo-ritual (Merlino y Rabey 1978), regulado por observaciones astrales y señales fenológicas. Finalmente, una tercera dimensión remite al tiempo histórico o cosmológico. La historia andina se organiza mediante una sucesión de *pacha* (ciclos espaciotemporales), interrumpidos por episodios de transformación y desorden cósmico denominados *pachakutis* (Bouysse-Cassagne y Harris 1987). Estos últimos implican un retorno y la inauguración de un nuevo ciclo, en el cual pasado y futuro se reconfiguran mutuamente. La historia se repite, aunque siempre bajo formas renovadas.

En términos esquemáticos, Manga Quispe (2010) propone interpretar la sucesión de los *pacha* (*pachakuna,* en plural) como una serie de circunvoluciones autónomas (*Kay pachas*) que acompañan transitoriamente a los *runas* y, posteriormente, se desplazan hacia la condición de pasado (*Ñawpa pacha*). En el interior de cada presente o *Kay pacha*, los tiempos pasado y futuro se constituyen como consecuencias generadas por la acción humana.

Asimismo, la literatura especializada ha señalado que las dimensiones espaciotemporales en el mundo andino se caracterizan por su permeabilidad (Cruz 2006; Bugallo y Vilca 2016). Esta cualidad supone que los distintos *pacha* no constituyen compartimentos estancos, sino que mantienen canales de interrelación y tránsito. Tales articulaciones se materializan, de manera privilegiada, en determinados elementos del paisaje —como lagunas, manantiales, peñas, cuevas y sitios arqueológicos— que operan como *punkus*, es decir, umbrales o puntos de comunicación entre los distintos planos y las entidades que los habitan. En estos espacios liminares, se conciben como lugares potencialmente riesgosos: su tránsito exige precauciones y cuidados rituales, ya que una interacción inadecuada puede provocar enfermedad o incluso la muerte de quien los atraviesa sin la debida preparación (Vaquer 2019).

Por lo tanto, desde la ontología andina la espacialidad y la temporalidad son muy diferentes a la *episteme* científica occidental. Desde una perspectiva lingüística, ambas categorías se refieren con el mismo concepto. En principio los "lugares" del pasado y el futuro son diferentes. El futuro se encuentra atrás mientras que el pasado se encuentra adelante.

A diferencia de nuestro tiempo lineal, esta concepción cíclica hace que los dos principios que identificamos como fundantes de las ideas de tiempo y espacio occidentales —el PNC y el PC— no apliquen. Algo puede ser varias cosas al mismo tiempo; y las relaciones causales operan de una forma diferente. A un antecedente determinado, pueden darse varios consecuentes a la vez. Otro punto destacable es que los ámbitos del cosmos, que son *pachas* espacios-tiempos conviven y se comunican entre sí, son reversibles y se manifiestan en los paisajes.

En consecuencia, podemos considerar a los paisajes andinos como multitemporales y multiespaciales (Hamilakis 2011; Giovannetti 2018; Saldi *et al.* 2019; Pey 2020, 2021; Vaquer y Pey 2022; Carboni 2023; Vaquer *et al*. 2023). Habitar los paisajes andinos, es una experiencia que se realiza en el presente e implica transitar por los diferentes ámbitos del cosmos y por las diferentes temporalidades que los estructuran (Lema 2017). Caminar los paisajes es renovar los vínculos que unen a los humanos con todos los seres que pueblan los diferentes ámbitos del cosmos.

Con respecto a la alteridad, en este tejido de relaciones, no existe una distinción entre los ámbitos de lo natural y lo cultural. El paisaje se encuentra poblado de "alteridades significantes" (Bugallo 2019), seres con los que se establecen diferentes tipos de diálogos. El cosmos se entiende en términos de relaciones de parentesco, y lo que no es propio se interpreta como lo "no pariente". Como mencionamos más arriba, los vínculos entre los seres con los que nos relacionamos son de crianza mutua, un vínculo afectivo que distribuye el "aliento vital" o *camac* entre los distintos seres, en un flujo de producción y reproducción; pero también los seres pueden enojarse y devorarnos. Existe un frágil equilibrio y ambigüedad entre los vínculos entre las personas humanas y el resto de los seres.

Por todo esto, el extractivismo minero es completamente ajeno a esta manera de entender el mundo. Dentro de estas lógicas, no se concibe extraer sin dar algo a cambio. Para el mundo andino, la veta de mineral crece a partir del cariño y el cuidado de los mineros y mineras (Haber 2013). Los minerales pertenecen al *Ukhu Pacha*, el mundo de abajo regido por la Pachamama y por el Tío, seres poderosos que tiene un hambre voraz. Si no se pide permiso, si no se les da de comer, tomar y fumar pueden extraer el aliento vital de las personas. Los minerales no son un recurso para explotar, igual que el agua, la leña o los animales, sino que son parte de una red de reciprocidades (Miranda Pérez 2022).

## PERSPECTIVAS

Nuestro desafío como investigadoras e investigadores es comprometernos con las comunidades para realizar una arqueología que considere estas ontologías diferentes. Si bien

nuestro ejemplo versó sobre los Andes, otros colegas trabajando en zonas diferentes también están aplicando estos enfoques (Curtoni 2008; Mengoni Goñalons *et al*. 2014; Laguens y Alberti 2019). La importancia de trabajar con las ontologías locales radica en mitigar la "violencia epistémica" (Gnecco 2009; Vaquer y Pey 2022), que implica imponer categorías occidentales y capitalistas a las comunidades locales, y, de esta manera, intentar decolonizar las interpretaciones de los pasados.

Es importante destacar que es imposible "pensar como un andino o andina". No es este el objetivo. Tenemos que aceptar que, desde nuestro campo del saber, nuestras interpretaciones cargan con un valor de verdad inmenso. Nuestra propuesta es realizar un diálogo entre las diferentes ontologías y lógicas, un diálogo entre nuestras posturas como investigadoras e investigadores pertenecientes a un campo académico y las posturas de los miembros de las comunidades originarias. En ambas partes del diálogo existen una diversidad de posturas (situaciones hermenéuticas o interpretativas) que dependen de la edad, el género, la historia de vida, orientación religiosa, etc. En consecuencia, no se pueden esencializar las posturas hablando de "lo andino" o "lo académico". Tomamos esta figura del diálogo en el sentido que lo proponen Bachtín (Mancuso 2005) y Lévinas (2002), donde el diálogo implica una conversación entre lógicas que nunca se clausura, siempre permitiendo una respuesta nueva o "responsividad" (Carboni 2023). Silvia Rivera Cusicanqui (2015, 2018), mencionada más arriba, toma el concepto aymara de *ch´ixi* para referirse a este mismo fenómeno. En este sentido, el diálogo es la figura opuesta a la síntesis, ya que esta implica la resolución de las tensiones a partir de un tercer elemento. El diálogo habita en las tensiones, toma rumbos inesperados y genera nuevas preguntas e interpretaciones en iteraciones que no tienen fin[6].

A través del diálogo con las comunidades locales consideramos los tres elementos que destacamos a lo largo de todo este capítulo: la espacialidad, la temporalidad y la alteridad. Vamos a comenzar por la alteridad. En principio, las comunidades representan la alteridad que interpela nuestras narrativas sobre el pasado y, a su vez, nosotros somos para ellas una alteridad que construimos esas narrativas desde nuestras perspectivas científicas. Una primera instancia de diálogo ocurre entre estas diferentes narrativas. Un segundo nivel ocurre entre las diferentes alteridades reconocidas por las cosmovisiones. En nuestro trabajo, es necesario considerarlas y establecer diálogos.

Con respecto a la espacialidad, vimos que en los paisajes conviven diferentes lugares vinculados con diferentes temporalidades. En consecuencia, posee diferentes densidades de significados. Podemos imaginarnos estos paisajes no como espacios medibles, sino como un plano de densidades diferenciales vinculadas con los seres que lo habitan y las relacio-

[6] Para una aplicación de este marco teórico metodológico a la arqueología de la puna Jujeña, recomendamos la lectura de Vaquer *et al*. (2023) y de Vaquer y Pey (2022).

nes con y entre ellos. Esto ocurre tanto a las personas de las comunidades como a quienes investigamos, que transitamos esos paisajes realizando diversas actividades. Recordemos que la arqueología es también una manera de habitar (Barrett 1999; Ingold 2000).

Finalmente, con respecto a la temporalidad, propusimos oportunamente que el paisaje andino puede ser considerado como un tejido de diferentes temporalidades (Pey 2020; Vaquer *et al*. 2020). Transitar por los paisajes es recorrer los lugares significantes y también recorrer diferentes tiempos que coexisten en el presente del habitar. En el mundo andino, en una recorrida diaria de pastoreo, los pastores se vinculan con diferentes tiempos, que van desde el tiempo cotidiano del pueblo o el puesto, al tiempo de los abuelos, al tiempo de los ancestros en los cerros, y al tiempo de los *chullpas* cuando pasan cerca de los sitios arqueológicos. Todas estas experiencias de las temporalidades se experimentan en el presente y, de esta manera, estructuran el futuro y sus expectativas. En consecuencia, hay una presencia del pasado y el futuro en las experiencias del habitar. El paisaje es un tejido compuesto por una trama de diferentes espacialidades y temporalidades que se teje en las actividades cotidianas y se involucra en las narrativas y en los cuerpos.

A modo de cierre, queremos proponer el ejercicio de comenzar a pensar y experimentar los paisajes de acuerdo con las ontologías y lógicas de las comunidades con las que trabajamos los científicos y las científicas. Este ejercicio de "desplazamiento ontológico" (Wright 2011) nos permite, por un lado, sumergirnos en cosmovisiones diferentes, y, de esta manera, volver a las nuestras con una mirada crítica. Por otro lado, a través del diálogo se ponen en evidencia los supuestos ontológicos que arrastramos y muchas veces no se encuentran tematizados. Poner "ante los ojos" nuestros horizontes interpretativos no tematizados es el primer paso para lograr una ciencia decolonial que ejerza el mínimo de violencia epistémica posible. En nuestro contexto actual, donde la violencia es un modo de expresión institucional, consideramos de vital importancia volver a vincularnos desde otros lugares que expresen las diferencias.

Consideramos que estos enfoques son el primer paso para lograr una disciplina comprometida socialmente, que debería estar acompañando a las comunidades en estos momentos aciagos. Cuanto más atacada es la ciencia en un contexto político y social determinado, más debería ponerse en evidencia su valor como herramienta de lucha. Esperamos que estas reflexiones permitan pensar nuestros roles y compromisos.

## AGRADECIMIENTOS

A las comunidades, vecinos y vecinas de Cusi Cusi y Paicone por hacernos sentir como en nuestra casa. Al revisor anónimo que contribuyó a mejorar sustancialmente este trabajo.

Los trabajos en Cusi Cusi y Paicone fueron financiados por el CONICET, la Fundación Humboldt de Alemania y el Max Planck Institute for Geoanthropology, Jena, Alemania. Los autores y autoras de esta contribución somos investigadores, investigadoras, becarios y becarias del CONICET, egresados y egresadas de la Universidad Pública. Que este trabajo sirva también para mostrar nuestras investigaciones de calidad y comprometidas socialmente.

## REFERENCIAS CITADAS

Acuto, F. y C. Gifford 2007. Lugar, arquitectura y narrativas de poder: relaciones sociales y experiencia en los centros inkas del Valle Calchaquí Norte. *Arqueología Sudamericana* 3(2): 135-161.

Alberti, B. 2016. Archaeologies of ontology: local theories and conceptually open-ended methodologies. *Annual Review of Anthropology* 45: 163-79.

Allen, C. 2016. The living ones: miniatures and animation in the Andes. *Journal of Anthropological Research* 72(4): 416-441.

Allen, C. 2018. El animismo en los Andes. En M. A. Muñoz (ed.), *Interpretando huellas. Arqueología, etnohistoria y etnografía de las tierras bajas:* 589-604. Cochabamba, Universidad Mayor San Simón.

Anschuetz, K., R. Wilshusen, y C. Scheik 2001. An archaeology of landscapes: perspectives and directions. *Journal of Archaeological Research* 9(2): 157-211.

Arano Romero, S. 2021. Knowledge in action: movimiento y aprendizaje en los correlatos arqueológicos. *Thakhi MUSEF* 3: 5-20.

Aristóteles 2012. *Física.* Libros III – IV. Traducción y comentarios de Alejandro G. Vigo. Buenos Aires, Biblos.

Ashmore, W. y B. Knapp (eds.) 1999. *Archaeologies of landscape. Contemporary perspectives.* Londres, Blackwell.

Barrett, J. C. 1999. The mythical landscapes of the British Iron Age. En W. Ashmore y B. Knapp (eds.), *Archaeologies of landscape. Contemporary perspectives*: 253-265. Londres, Blackwell Publishers.

Bender, B. y M. Winer (eds.) 2001. *Contested landscapes. Movement, exile and place.* Oxford, Berg.

Benenson, W., J. W. Harris, H. Stocker y H. Lutz 2002. *Handbook of physics*. Nueva York, Springer Nature.

Binford, L. 1994. *En busca del pasado*. Barcelona, Crítica.

Binford, L. 1996. Willow smoke and dog´s tail: hunter – gatherer settlement systems and archaeological site formation. En R. Preucel e I. Hodder (eds.) *Contemporary archaeology in theory. A reader*: 39-60. Oxford, Blackwell Publishers.

Binford, L. R. y S. R. Binford 1966. A preliminary analysis of functional variability in the Mousterian of Levallois facies. *American Anthropologist* 68(2): 238-295.

Blanton, R. 1978. *Monte Alban. Settlement patterns at the ancient Zapotec capital (Studies in Archaeology)*. Londres, Academic Press.

Bouysse-Cassagne, T. y O. Harris 1987. Pacha: en torno al pensamiento aymara. En T. Bouysse-Cassagne, O. Harris, T. Platt y V. Cereceda (eds.), *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*: 11-59. La Paz, Hisbol.

Bugallo, L. 2016. Wak´as en la puna jujeña. Lo fluido y lo fino en el diálogo con Pachamama. En Bugallo, L. y M. Vilca (comps.), *Wak´as, Diablos y Muertos. Alteridades significantes en el mundo andino:* 113-161. San Salvador de Jujuy, IFEA-Ediunju.

Bugallo, L. y M. Vilca (comps.) 2016. *Alteridades significantes en el mundo andino*. San Salvador de Jujuy, IFEA-Ediunju.

Carboni, B. S. 2023. Palabras ya habitadas. Diálogos entre las narrativas locales y arqueológicas sobre el paisaje

cuseño (Cusi Cusi, Puna de Jujuy, Argentina). Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Cruz, P. 2006. Mundos permeables y espacios peligrosos. Consideraciones acerca de *punkus* y *qaqas* en el paisaje altoandino de Potosí, Bolivia. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 11(2), 35-50.

Curtoni, R. 2008. Acerca de las consecuencias sociales de la arqueología. Epistemología y política de la práctica. *Comechingonia* 11: 29-45.

Curtoni, R. 2009. Arqueología, paisaje y pensamiento decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica. En R. Barberena, K. Borrazo y L. Borrero (eds.), *Perspectivas actuales en Arqueología Argentina*: 13-32. Buenos Aires, Dunken.

D´Altroy, T. 2015. *El poder provincial en el imperio Inca.* Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Descola, P. 2012. *Más allá de la naturaleza y la cultura*. Buenos Aires, Amorrortu.

Earls, J. e I. Silverblatt 1978. La realidad física y social en la cosmología andina. En *Actas del XLII Congreso Internacional de Americanistas, París 1976*, vol. IV: 299-325. Sociedad de Americanistas.

Eliade, M. 1985. *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza Editorial.

Fischer, E. 2002. Las categorías del tiempo y el concepto de temporalidad: el caso de Upinhuaya. *Revista Andina* 35: 167-190.

Gadamer, H. G. 2003. *Verdad y método I*. Salamanca, Ediciones Sígueme.

Giovannetti, M. 2018. Ritualidad y espacialidad andina a través de enfoques etnográficos y arqueológicos. Confluencias cosmogónicas-ontológicas en la constitución de espacios sagrados entre El Shincal de Quimivil y ceremonias actuales de origen cuzqueño. *Comechingonia* 22(1): 295-338.

Gnecco, C. 2009. Caminos de la arqueología: de la violencia epistémica a la relacionalidad. *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi. Ciências Humanas* 4(1): 15-26.

Gordillo, I. 2007. Detrás de las paredes… Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca, Argentina). En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comps.), *Procesos sociales prehispánicos en el sur Andino: perspectivas desde la casa, la comunidad y el territorio*: 65-98. Córdoba, Editorial Brujas.

Gordillo, I. y J. M. Vaquer (eds.) 2013. *La espacialidad en arqueología. Enfoques, métodos y aplicación*. Quito, Abya-Yala.

Haber, A. 2010. Animismo, relacionalidad, vida: perspectivas post-occidentales. En D. Hermo y L. Miotti (eds.), *Biografías de paisajes y seres. Visiones desde la Arqueología Sudamericana*: 75-98. Córdoba, Editorial Brujas.

Haber, A. 2013. Arqueología y desarrollo: anatomía de la complicidad. En A. Herrera Wassilowsky (comp.), *Arqueología y desarrollo en América del Sur. De la práctica a la teoría*: 13-18. Bogotá, Universidad de los Andes.

Hamilakis, Y. 2011. Archaeological ethnography: a multitemporal meeting ground for archaeology and anthropology. *Annual Review of Anthropology* 40: 399–414.

Haraway, D. 2014. *Manifiesto cyborg*. Buenos Aires, Letra Sudaca.

Heidegger, M. [1927] 2012. *El ser y el tiempo*. Traducción de J. Gaos. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Hodder, I. 1986. *Reading the past. Current approaches to interpretation in archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.

Hodder, I. 1991. Interpretive archaeology and it's role. *American Antiquity* 56(1): 7-18.

Ingold, T. 2000. *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skills*. Londres, Routledge.

Ingold, T. 2011. *Being alive. Essays on movement, knowledge and description.* Londres, Routledge.

Ingold, T. 2017. Taking taskscape to task. En U. Rajalla y P. Mills (eds.), *Forms of dwelling. 20 years of taskscape in Archaeology*: 16-27. Oxford, Oxbow Books.

Jones, A. M. y B. Alberti 2013. Archaeology after interpretation. En B. Alberti,, A. M. Jones y J. Pollard (eds.), *Archaeology after interpretation. Returning materials to archaeological theory*: 15-42. Los Angeles, Walnut Creek.

Laguens, A. y B. Alberti 2019. Habitando espacios vacíos. Cuerpos, paisajes y ontologías en el poblamiento inicial del centro de Argentina. *Revista del Museo de Antropología* 12(2): 55-66.

Latour, B. 2005. *Reassembling the social. An introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford, Oxford University Press.

Lazzari, M. 2008. Topographies of Value. Ethical issues in Landscape Archaeology. En B. David y J. Thomas (eds.), *Handbook of landscape archaeology:* 644-653. Los Angeles, Left Coast Press.

Lefebvre, H. 2003. *La producción del espacio*. Madrid, Capitán Swing Libros.

Lema, V. 2017. Al toro ¿por las astas? Reflexiones sobre aproximaciones teóricas y metodológicas a la temática de la domesticación en el área andina meridional. En A. Casas, J. Torres-Guevara y F. Parra- Rondinel (eds.), *Domesticación en el Continente Americano. Investigación para el manejo sustentable de recursos genéticos en el nuevo mundo,* volumen 2: 152-176. México DF, UNAM.

Lema, V. y F. Pazzarelli 2015. Memoria fértil. Crianza de la historia en Huachichocana. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/99413

Lévinas, E. 2002. *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca, Ediciones Sígueme.

Lozada Pereira, B. 1999. La visión andina del mundo. En M. L. Soux (ed.), *Estudios bolivianos VIII. Informe de Investigación Gestión* 1999: 7-63. Instituto de Estudios Bolivianos.

Lucas, G. 2005. *The archaeology of time*. Londres, Routledge.

Mancuso, H. 2005. *La palabra viva. Teoría verbal y discursiva de Michail M. Bachtin.* Buenos Aires, Paidós.

Manga Quispe, E. 2010. Dos concepciones espacio-temporales para dos mundos. *Ñawpa* y *ñawpa-n*: encaminadores de *kay pacha*». *Ciberayllu*. <http://www.ciberayllu.org/Ensayos/EMQ_Concepciones.html>

McGuire, R. 2008. *Archaeology as political action.* Berkeley, University of California Press.

Mengoni Goñalons, G., M. Figuerero Torres, M. Rocco y C. San Martín 2014. Historia de un lugar: un caso de diálogo y negociación en Los Antiguos, Santa Cruz, Patagonia Argentina. En M. C. Rivolta, M. Montenegro y L. Menezes Ferreira (eds.), *Multivocalidad y activaciones patrimoniales en arqueología: perspectivas desde Sudamérica*: 349-364. Buenos Aires, Fundación Félix Azara.

Merlino, R. y M. Rabey 1978. El ciclo agrario-ritual en la Puna Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 12: 47-70.

Miranda Pérez, J. M. 2022. Criar la sal: Relaciones de intercambio vital en la extracción tradicional de panes de sal en Salinas Grandes. *Estudios Atacameños* 68*:* e5033. https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2022-0037

Nielsen, A. E. 2007a. *Celebrando con los Antepasados. Arqueología del espacio público en Los Amarillos, Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina.* Buenos Aires, Mallku Ediciones.

Nielsen, A. E. 2007b. Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el Sur Andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1): 4–41.

Pauketat, T. 2000. The tragedy of the commoners. M. Dobres y J. Robb (eds.), *Agency in archaeology*: 113-129. Londres, Routledge.

Pauketat, T. 2001. *The archaeology of traditions. Agency and history before and after Columbus*. Gainesville, University of Florida Press.

Pey, L. 2020. Trama y urdimbre: hacia una biografía del sitio agropastoril Huayatayoc (Cusi Cusi, Puna de Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* 65: 313-338. https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2020-0027

Pey, L. 2021. Tejedores de andenes: una interpretación de la historia del paisaje agrícola de Cusi Cusi (Rinconada, Puna de Jujuy). Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Quesada, M. 2006. El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el 1er milenio DC (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños* 31: 31-46.

Raffino, R. 1991. *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. Buenos Aires, TEA.

Ricoeur, P. 1995. *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico.* Madrid, Siglo XXI.

Rivera Cusicanqui, S. 2015. *Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Buenos Aires, Tinta Limón.

Rivera Cusicanqui, S. 2018. *Un mundo ch´ixi es posible: ensayos sobre un presente en crisis*. Buenos Aires, Tinta Limón.

Saldi, L., L. Maferra y J. A. Salinas 2019. Ontologías en disputa. Diálogos entre la antropología y la arqueología para la problematización de paisajes regionales. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 37: 3-26.

Salerno, V. 2012. Pensar la arqueología desde el sur. *Complutum* 23(2): 191-203.

Schiffer, M. B. 1990. Contexto arqueológico y contexto sistémico. *Boletín de Antropología Americana* 22: 81-93.

Shanks, M. y C. Tilley 1987. *Social theory and archaeology*. Oxford, Polity Press – Basil Blackwell.

Soja, E. 1985. The spatiality of social life: towards a transformative retheorisation. En D. Gregory y J. Urry (eds.), *Social relations and spatial structures*: 90-127. Londres, MacMillan Publishers.

Soja, E. 2003. *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Octava edición. Londres y Nueva York, Verso.

Solari, A., J. M. Vaquer y A. Pessis 2024. Más allá de la cronología: temporalidad, rituales funerarios y prácticas sociales en un sitio cementerio del Nordeste de Brasil. *Revista de Antropología de la Universidad de Sao Paulo*. En prensa.

Thomas, J. 1996. *Time, culture and identity. An interpretive archaeology*. Londres y Nueva York, Routledge.

Thomas, J. 2008. Archaeology, landscape and dwelling. En B. David y J. Thomas (eds.), *Handbook of landscape archaeology*: 300-306. Los Angeles, Left Coast Press.

Tilley, C. 1994. *A phenomenology of landscape. Place, paths and monuments*. Oxford, Berg.

Tilley, C. 2004. *The materiality of stone. Explorations in landscape phenomenology.* Oxford, Berg.

Tuan, Y. 2003. *Space and place. The perspective of experience*. Tercera edición. Minneapolis, University of Minnesota Press.

Vaquer, J. M. 2013. El tiempo de los ancestros: Temporalidad, ideología semiótica y poder en Cruz Vinto (norte de Lípez, Bolivia) durante el Período de Desarrollos Regionales tardío (1200-1450 DC). *Arqueología Sudamericana* 6(1-2): 57-86.

Vaquer, J. M. 2018. Una descripción fenomenológica del objeto arqueológico. *Chungara* 50(4): 623-632.

Vaquer, J. M. 2019. Lo dicho y lo vivido: relaciones entre el paisaje, la corporalidad y las narrativas en Cusi Cusi (Rinconada, Jujuy) a partir de la experiencia de la enfermedad. *Mundo de Antes* 13(2): 89-111.

Vaquer, J. M. y L. Pey 2022. Towards a dialogical archaeology: an Andean perspective on hermeneutics, interpretation and political *praxis*. *Antiquity* 96(385): 179-193.

Vaquer, J. M., L. Pey e I. Gerola 2023. La multitemporalidad de los paisajes: un ejemplo del área andina (Cusi Cusi, Puna de Jujuy, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 48 número Especial 2: 20-38.

Vaquer, J. M., B., Carboni, F. Petit y M. Di Tullio 2020. Diálogos intra e inter-epistémicos en Cusi Cusi acerca del tiempo. Un ejercicio reflexivo. *Antropologías del Sur* 14: 55-71.

Villanueva Criales, J. 2018. Las piedras incorrectas. Materiales líticos, temporalidades y patrimonio desde dos casos arqueológicos. En G. Behoteguy (ed.), *Anales de la Reunión Anual de Etnología 32. Rebelión de los objetos: Lítico*: 175-186. La Paz, MUSEF.

Viveiros de Castro, E. 2010. *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural.* Buenos Aires, Katz Editores.

Wright, P. 2011. *Ser-en-el-sueño. Crónicas de historia y vida toba*. Buenos Aires, Biblos.

# UNIDADES Y ESCALAS EN ARQUEOLOGÍA REGIONAL

**Gabriel E. J. López**[1], **Federico I. Coloca**[2], **Juan P. Orsi**[3] **y Silvina T. Seguí**[4]

[1]CONICET - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | gabelope@yahoo.com
[2]CONICET - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | fedeigco@hotmail.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | juanpabloorsi@gmail.com
[4]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | silvisegui@gmail.com

**RESUMEN:** La arqueología regional estudia las ocupaciones humanas del pasado en espacios amplios, pero al mismo tiempo articula distintas unidades y escalas. En este trabajo, se enfatiza la diversidad de unidades espaciales, temporales y arqueológicas que permiten abordar variados temas de investigación tales como dinámicas de poblamiento, patrones de asentamiento y movilidad, distribución de las poblaciones humanas en relación con las características del paisaje, estrategias tecnológicas y variabilidad en el acceso a los recursos, entre otros. Estas diversas temáticas han sido analizadas desde diferentes perspectivas teórico-metodológicas, las cuales se sintetizan aquí a partir de un recorrido histórico dentro de la arqueología del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Finalmente, se presentan ejemplos concretos de aplicación de algunas de estas perspectivas a los estudios arqueológicos llevados a cabo en la Puna de Salta, Noroeste argentino.

**ABSTRACT:** Regional archaeology examines past human occupations across broad spatial contexts, while simultaneously articulating multiple units and scales. This paper emphasizes the diversity of spatial, temporal, and archaeological units that enable the investigation of a wide range of research topics, including peopling dynamics, settlement patterns and mobility, the distribution of human populations in relation to landscape characteristics, technological strategies, and variability in access to resources, among others. These diverse themes have been addressed from different theoretical-methodological perspectives, which are synthesized here through a historical overview of twentieth- and early twenty-first-century archaeology. Finally, specific examples are presented to illustrate the application of some of these perspectives in archaeological studies conducted in the Puna of Salta, northwestern Argentina.

## UN BREVE RECORRIDO HISTÓRICO POR DISTINTAS PERSPECTIVAS Y UNIDADES UTILIZADAS EN ARQUEOLOGÍA REGIONAL

En la historia de la arqueología del siglo XX y comienzos del siglo XXI, se han planteado diversas perspectivas teórico-metodológicas para abordar los estudios sobre las ocupaciones humanas del pasado siguiendo distintas unidades y escalas. Un posible punto de partida para ilustrar estas diferencias corresponde al famoso debate entre dos arqueólogos prominentes, Lewis Binford y François Bordes, en las décadas de 1960 y 1970. En particular, este debate permite ilustrar cómo el enfoque teórico influye en la interpretación de los resultados derivados de los análisis arqueológicos.

Desde la perspectiva conocida como "procesual", Binford impulsó las investigaciones regionales a partir de variadas herramientas de análisis, entre ellas, la etnoarqueología (Binford 1978, 1988). Sus trabajos fueron importantes para comprender la variabilidad del registro arqueológico regional, haciendo hincapié en cómo la movilidad de una misma población o grupo humano puede ser capaz de generar una amplia diversidad de evidencia. Para ello, se basó en los estudios etnoarqueológicos sobre las poblaciones de cazadores Nunamiut de Alaska (Binford 1988). En dichas investigaciones, registró cómo estos grupos humanos dejaban rastros de sus actividades a lo largo de espacios amplios, en muchos casos dando lugar a evidencia diferente, pero complementaria entre sí, como parte de las distintas tareas desarrolladas (Binford 1978, 1980).

A partir de la investigación etnoarqueológica regional en Alaska, Binford contradijo a Bordes sobre su interpretación de los conjuntos artefactuales "musterienses" del Paleolítico Medio, en la Dordoña francesa (Binford y Binford 1966). Dado que el espacio residencial de los Nunamiut era comparable en tamaño a la región estudiada por Bordes, Binford propuso que la variabilidad de los conjuntos "musterienses" pudo ser parte de un mismo sistema cultural de cazadores-recolectores que tenían sus actividades en espacios distintos (Binford 1973). Por el contrario, Bordes planteaba que las diferencias entre dichos conjuntos se debían a diversas tradiciones culturales de los grupos de la región (Bordes y Sonneville-Bordes 1970). Estas dos visiones contrapuestas ilustran también las formas de abordar teóricamente la variabilidad arqueológica regional entre la Escuela Histórico Cultural francesa, representada por Bordes, y la Escuela Procesual estadounidense, cuyo mayor representante fue Binford (Binford y Binford 1966; Bordes y Sonneville-Bordes 1970; Wargo 2009; Shennan 2020; entre otros).

El trasfondo de esta discusión permite avizorar la importancia que tomaron los estudios regionales para los investigadores procesuales. En el marco de esta escuela, se planteó que la escala regional es adecuada para abordar la variabilidad y el sistema cultural de los grupos cazadores-recolectores (Binford 1980). Esta variabilidad es explicable por sus relaciones

dentro de un sistema con su propia dinámica (distintas funcionalidades), donde los sitios arqueológicos presentan una visión parcial de la totalidad de las actividades humanas de una población. Por lo tanto, se desprende de esto que una perspectiva arqueológica regional implica el estudio de espacios amplios. Sin embargo, esta apreciación no significa dejar de considerar al sitio como una unidad de análisis importante en arqueología. De hecho, Binford señala al sitio o yacimiento como la unidad básica de los estudios arqueológicos, ya que identificando sus distintas funciones puede comprenderse la naturaleza del sistema global (Binford 1988, 1992). Esto queda claro en sus análisis sobre el sistema de asentamiento y movilidad de los cazadores Nunamiut, contexto en el que identificó diversos tipos de sitios que, complementariamente, permitían analizar la dinámica de esta población (Binford 1978).

A partir de la década de 1970, como parte del auge de la escuela procesual, se desarrolló la perspectiva conocida como "distribucional". Desde una mirada regional, se ha propuesto que el registro arqueológico tiende a ser continuo en el espacio y, por lo tanto, la unidad básica no es el sitio o yacimiento, sino el artefacto (Thomas 1975; Foley 1981; Dunnell y Dancey 1983; Belardi 1992; Dunnell 1992; Ebert 1992). Este enfoque se centra en el estudio de las distribuciones de artefactos o especímenes individuales, considerando que las variaciones espaciales en su frecuencia o representación son resultado de las diversas actividades humanas y de los procesos de formación del paisaje. Desde esta visión teórico-metodológica, dicha evidencia arqueológica se considera un registro espacial continuo del comportamiento humano, que covaría con las condiciones ecológicas y naturales (Foley 1981). En términos generales, se trata de una perspectiva materialista del paisaje que enfatiza el análisis de las relaciones espaciales entre las distribuciones artefactuales y las características geomorfológicas y ecológicas (Stafford y Hajic 1992; Stafford 1995; Barberena 2008). En contraste, otras arqueologías del paisaje han puesto el énfasis en los significados y la agencia de los espacios para los grupos humanos y los individuos, destacando las dimensiones simbólicas y experienciales (ver capítulo en este volumen "Arqueología de los Paisajes"; Ingold 1993, 2000; Tilley 1994; Barrett 2001).

A su vez, la arqueología distribucional permitió centrar la atención en los materiales fuera de los sitios. Hasta ese momento, los sitios constituían el eje central de las investigaciones, especialmente desde la perspectiva histórico-cultural, mientras que desde el enfoque distribucional pasaron a interpretarse como concentraciones de mayor densidad de artefactos dentro de un paisaje continuo (Foley 1981; Ebert 1992). Al incorporar los registros dispersos o aislados, la atención se desplazó del análisis centrado en los sitios a la consideración de espacios amplios, cuya intensidad de uso podía medirse según la densidad y frecuencia de los artefactos (Thomas 1975; Dunnell y Dancey 1983; Belardi 1992; Borrero *et al*. 1992; Ebert 1992). Incluso, al focalizarse en el análisis de las distribuciones de artefactos, se ha llegado a plantear que el sitio, como unidad discreta, no tiene sustento empírico (Dunnell 1992).

Además del cambio producido por los enfoques distribucionales desde el punto de vista teórico-metodológico, es importante señalar la relevancia que se le otorgó a los contextos arqueológicos superficiales. Para ello se siguieron diseños de investigación que permitieron abordar, desde una perspectiva regional, el análisis de las distribuciones arqueológicas en superficie (Borrero *et al*. 1992; Ebert 1992; Wandsnider y Camilli 1992; Fanning *et al*. 2008; Holdaway y Wandsnider 2008). Esto incluyó el planteo de prospecciones sistemáticas, generalmente basadas en transectas, con el fin de muestrear diversos espacios (Belardi 1992; Borrero *et al*. 1992; Ebert 1992; Wandsnider y Camilli 1992; Muscio 2000; López 2008; Ratto 2003; Espinosa *et al*. 2013; McDonald 2015, entre otros). De todas formas, la arqueología distribucional, en un sentido amplio, permite la confluencia de estudios basados en el registro de superficie y de contextos estratificados (Jones y Beck 1992; Rossignol y Wandsnider 1992; Barberena 2008; López 2008; Rughini *et al*. 2020; Muscio *et al*. 2021; López *et al*. 2023).

Por su interés común en el análisis de las distribuciones artefactuales en el espacio, esta perspectiva ha sido compatible con marcos evolutivos darwinianos (por ej., Borrero 1993). A modo de ejemplo, se pueden mencionar los trabajos de nuestro equipo de investigación en las tierras altas del Noroeste argentino, específicamente en la Puna de Salta, desde la ecología evolutiva (por ej., López 2008; López *et al.* 2020a). Este marco, a partir de la utilización de modelos de optimización en el uso de los recursos y del espacio, como el de amplitud de la dieta, selección de parches o de lugar central, ha abordado problemáticas que requieren análisis regionales en distintas partes del mundo (Boone y Smith 1998; Bird y O'Connell 2006). En el caso de la Puna de Salta, el uso de estos modelos, en conjunto con un enfoque distribucional en sentido amplio, ha permitido discutir temas sumamente diversos que implican distintas unidades y escalas de observación y análisis (Muscio y López 2007; López 2008; Muscio *et al*. 2021; López *et al*. 2023).

En las últimas décadas también se han desarrollado marcos regionales que han utilizado varios de los aspectos teórico-metodológicos mencionados hasta aquí. Uno de ellos corresponde a la biogeografía, que se centra en el análisis de los patrones de comportamiento y distribución espacial y temporal de las poblaciones en relación con las propiedades del paisaje habitado (ecológicas, geomorfológicas, etc.) (Borrero 1989/1990; Veth 1993; Lahr y Foley 1998; L'Heureux 2005; Borrero y Manzi 2007; Scheinsohn y Szumik 2007; Barberena 2008; Romero Villanueva 2021, entre otros). En dichos estudios, el marco biogeográfico se ha postulado como un enfoque de rango medio para articular la evidencia arqueológica con el paisaje (Barberena 2008; Romero Villanueva 2021). Un ejemplo relevante y pionero de la aplicación de esta perspectiva a estudios arqueológicos está dado por los trabajos de Luis Borrero (1989/1990, 1994-1995) en la Patagonia, donde propuso un modelo de poblamiento basado en la jerarquización de espacios ocupados.

El enfoque biogeográfico comparte algunos aspectos comunes con los estudios de espacios internodales (Barberena *et al*. 2017; Nielsen 2017). En ambas perspectivas, se plantea un uso humano del espacio que implicó la existencia de nodos y sectores internodales (o marginales desde la biogeografía). Los nodos implican lugares donde las actividades e interacciones humanas tienden a agruparse y, a diferencia de los internodos, constituyen espacios de mayor densidad de población (Berenguer y Pimentel 2017; Nielsen 2017; Nielsen *et al*. 2019). Por el contrario, los espacios internodales se encuentran entre los nodos y se caracterizan por actividades humanas menos diversas y frecuentes, pero informativas de la circulación de personas, bienes e ideas (Nielsen 2017). La perspectiva internodal se desarrolló principalmente en los Andes centro-sur, a partir de los estudios relacionados con los procesos de interacción macrorregional para la circulación de personas, información, objetos y recursos entre distintas regiones o áreas. Uno de los focos de estudio se centró en los espacios internodales de tráfico caravanero de llamas (por ej., Martel 2010; Berenguer y Pimentel 2017; Nielsen *et al*. 2019). Estos enfoques, al igual que lo mencionado para la arqueología distribucional, destacan la importancia de una arqueología regional (o macrorregional) que considere los registros de menor densidad. Al mismo tiempo, se centra en el análisis de la variabilidad arqueológica en el paisaje, con especial énfasis en la asociación entre la distribución de las poblaciones humanas y recursos clave como el agua o alimentos (Nielsen 2017).

Otras perspectivas de interés para entender los procesos ocurridos en escala regional han tenido un fuerte impulso en las últimas décadas. Se hace referencia a los enfoques sobre organización tecnológica y tafonomía regional. La organización tecnológica implica la selección e integración de estrategias para elaborar, usar, transportar y descartar herramientas y materiales necesarios para su manufactura y mantenimiento (Nelson 1991). Estas estrategias tecnológicas pueden implicar el análisis a partir de distintas unidades, pero es en la escala regional donde se puede abordar el conjunto de las tareas implicadas. Por ejemplo, la obtención de materia prima y los condicionantes de la distancia a las fuentes (por ej., Nelson 1991; Franco 2004). Desde los trabajos de Binford acerca de las estrategias de movilidad y asentamiento en cazadores-recolectores (*forager/collector*) (Binford 1980), hasta aquellos que parten de un marco teórico ecológico evolutivo (por ej., Bousman 1993; Fitzhugh 2001), se ha destacado el rol importante de la tecnología. Más específicamente, se han propuesto distintas estrategias tecnológicas y tipos de diseño de instrumentos y conjuntos artefactuales (Bleed 1986; Nelson 1991). Uno de los aspectos más discutidos corresponde a la distinción entre estrategias tecnológicas conservadas y expeditivas (Binford 1979; Bamforth 1986; Nelson 1991; Escola 2004), o estrategias de maximización del rendimiento de los recursos, que implican más alto costo, y de minimización del esfuerzo y tiempo, de menor costo (Bousman 1993).

En relación con la tafonomía regional, la propuesta de Borrero (1988) motivó numerosos estudios desde esta perspectiva (por ej., Cruz 1999; Belardi y Carballo Marina 2003; Borella y Muñoz 2006). Conceptualmente, la tafonomía regional implica trabajar en una escala mayor que la de sitio, para responder a problemas que solo pueden resolverse en espacios amplios. Se busca reconocer espacios con mayores posibilidades de depositación, enterramiento y preservación de huesos (Borrero 1988). El objetivo es evaluar las distorsiones generadas por la dinámica de los ecosistemas (Borrero 2000), lo cual permite analizar el "ruido de fondo tafonómico" que conlleva la potencial perturbación de contextos arqueológicos. El estudio tafonómico en estas escalas implicó el uso de metodologías adecuadas para tal fin (por ej., transectas, análisis actualísticos). Este enfoque se amplió al análisis de los procesos tafonómicos que actúan sobre los restos óseos humanos (Vázquez *et al*. 2022) y el material lítico (por ej., Borrazzo 2006), entre otras materialidades.

## LA IMPORTANCIA DE LAS UNIDADES Y ESCALAS

Las investigaciones en arqueología regional han destacado la importancia de los análisis en espacios amplios, pero también han considerado el rol relevante que tiene la articulación de diversas unidades y escalas para abordar las problemáticas planteadas. En este sentido, uno de los aspectos principales a tener en cuenta en el desarrollo de un proyecto arqueológico regional es la generación de una pregunta o un problema de investigación adecuado con respecto a las unidades y escalas utilizadas. La pregunta/problema de investigación organiza el proyecto arqueológico, ya que los objetivos, las unidades y la metodología se deben adecuar coherentemente con tal propuesta. Por ejemplo, si el énfasis del proyecto está puesto en conocer el sistema de movilidad y patrón de asentamiento de una población de cazadores-recolectores, la investigación debe contar con unidades y escalas apropiadas para este fin, tales como espacios amplios en el marco de una arqueología regional (ver previamente el debate Binford-Bordes). Al respecto, es importante mencionar la relevancia de las perspectivas teóricas y/o modelos en el planteo de las preguntas/problemas de investigación y en la definición de las unidades y la metodología utilizadas. La confiabilidad de los resultados depende, en parte, de la coherencia interna de los distintos aspectos del proyecto de investigación (pregunta de investigación/problema, objetivos, hipótesis, unidades y escalas, y metodología).

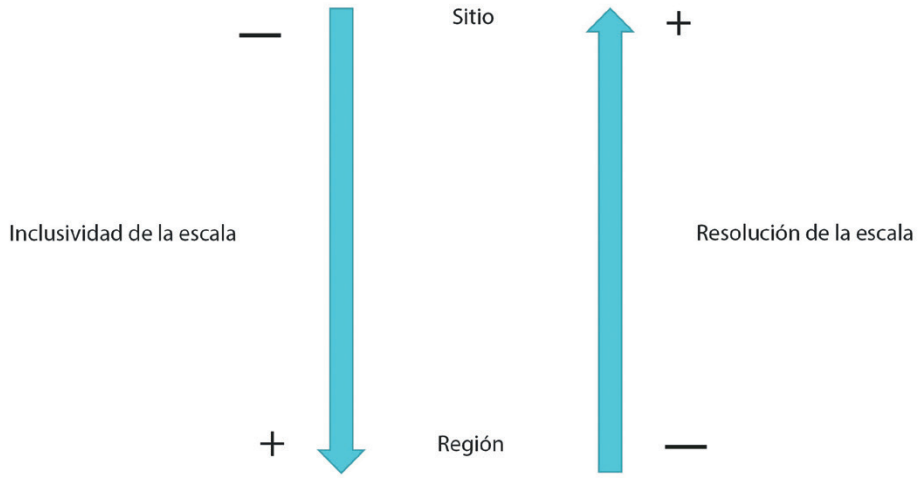
Hasta aquí, se ha mencionado el término "unidades", pero no se lo ha definido explícitamente. Se puede definir a las unidades como herramientas creadas para medir la variación (Ramenofsky y Steffen 1998). Las unidades como herramientas de medición requieren la evaluación de dos aspectos centrales: confiabilidad y validez. La confiabilidad se refiere a la

precisión y exactitud del desempeño de las unidades, mientras que la validez hace referencia a su adecuación con respecto a los fines de la investigación (Ramenofsky y Steffen 1998). Un ejemplo del uso de unidades confiables está representado por la utilización de milímetros para medir el espesor de una punta de proyectil. En cuanto a la validez, es importante diferenciar entre empírica y abstracta. La primera evalúa la aplicación de ciertas mediciones en casos particulares, y la segunda se focaliza en la adecuación conceptual entre las unidades y las preguntas de investigación. Una pregunta acerca de si es válido el espesor de la cerámica para analizar la conductividad del calor de las vasijas arqueológicas apunta a la validez empírica, mientras que la validez abstracta puede preguntarse si la estimación de la amplitud de la dieta y la importancia de los recursos de alto ranking miden adecuadamente la adaptación de las poblaciones humanas (Muscio y López 2007).

Las unidades se diferencian también por el contenido al que refieren, dado que si bien son entidades ideacionales pueden dividirse en teóricas (abstractas) o empíricas (observacionales) (Dunnell 1977; Ramenofsky y Steffen 1998; O'Brien y Lyman 2002; Muscio y López 2007; Restifo 2020). Las unidades teóricas refieren a conceptos como "grupo", "población" o "comunidad" y no tienen un referente empírico directo. Por el contrario, las unidades empíricas refieren a cosas físicamente perceptibles o con un referente empírico. Por ejemplo, "artefacto lítico", "tiesto cerámico" o "espécimen óseo". Es importante destacar que, desde el punto de vista arqueológico, se busca trazar un vínculo entre ambas unidades, con el fin de analizar tanto conceptos como aspectos empíricos de interés para cada investigación (Muscio y López 2007).

Respecto del término "escala", hasta aquí tampoco se ha precisado su significado. La escala se refiere a dimensiones, magnitudes o rangos espaciales y temporales en los que se observan, miden o analizan los fenómenos (ver por ej., Dincauze 2000). Las escalas son fundamentales en el planteo de un proyecto de investigación arqueológico, ya que organizan y articulan distintos aspectos teórico-metodológicos. Para ser más precisos, la noción de escala puede dividirse en dos posibles significados (Ramenofsky y Steffen 1998). El primero apunta a las propiedades de inclusividad y resolución. La inclusividad indica el alcance del material medido y descrito por las unidades, mientras que la resolución implica el grado de detalle o fineza de grano de una unidad. Como se observa en la figura 1, la inclusividad y la resolución se comportan de manera inversa. Por ejemplo, si se consideran a la región y al sitio como unidades de observación y análisis, se destaca que cuanto más inclusiva es la escala (región), menor es la resolución. En cambio, cuanto mayor es la resolución (sitio), menor es la inclusividad de la escala.

El segundo significado se refiere a las escalas de medición. Estas se dividen en nominales, ordinales, de intervalos y de proporciones (Ramenofsky y Steffen 1998; ver también Drennan 2010). La escala nominal indica similitud o diferencia a partir de atributos o caracterís-




■ **Figura 1.** Relación entre inclusividad y resolución de la escala considerando al sitio y a la región como unidades de observación y análisis.

ticas. Un ejemplo común para este tipo de escala, que suele aplicarse en arqueología, está dado por las clasificaciones y tipologías (por ej., clases o tipos de puntas de proyectil). La escala ordinal, como su nombre lo indica, ordena a los sujetos/objetos de una distribución en función de alguna característica. En arqueología, por ejemplo, esta escala puede usarse para definir recursos de alto, medio y bajo ranking explotados por las poblaciones humanas en el pasado, así como para establecer grados de meteorización ósea o estados de preservación ordenados de menor a mayor alteración. La escala de intervalo se basa en valores cuantitativos organizados en intervalos iguales, en los cuales se admiten valores negativos, pero no existe un cero absoluto, por lo que no es posible establecer comparaciones proporcionales. Es común en estudios arqueológicos la utilización de periodizaciones basadas en años antes de Cristo o después de Cristo. Finalmente, la escala de razón o proporción (*ratio*) permite la comparación cuantitativa a partir de un cero absoluto, de manera que se pueden establecer similitudes o diferencias, como la longitud o el peso de los artefactos, además de comparaciones espaciales de mayor escala, como las planteadas por Binford en su debate con Bordes acerca del tamaño del espacio utilizado por los cazadores Nunamiut en relación con la Dordoña francesa (Binford 1988).

Más allá de estos significados específicos de las unidades y escalas, para los estudios en arqueología regional es muy importante abordar las dimensiones espaciales y temporales en las que se sitúa la investigación. En el recorrido histórico de las perspectivas teórico-metodológicas presentadas previamente, se ha remarcado un rol relevante de la delimitación de las unidades utilizadas. Una forma de precisar y sistematizar el vínculo entre unidades y escalas espaciales y temporales está dada por la propuesta de Dincauze (2000). Para el

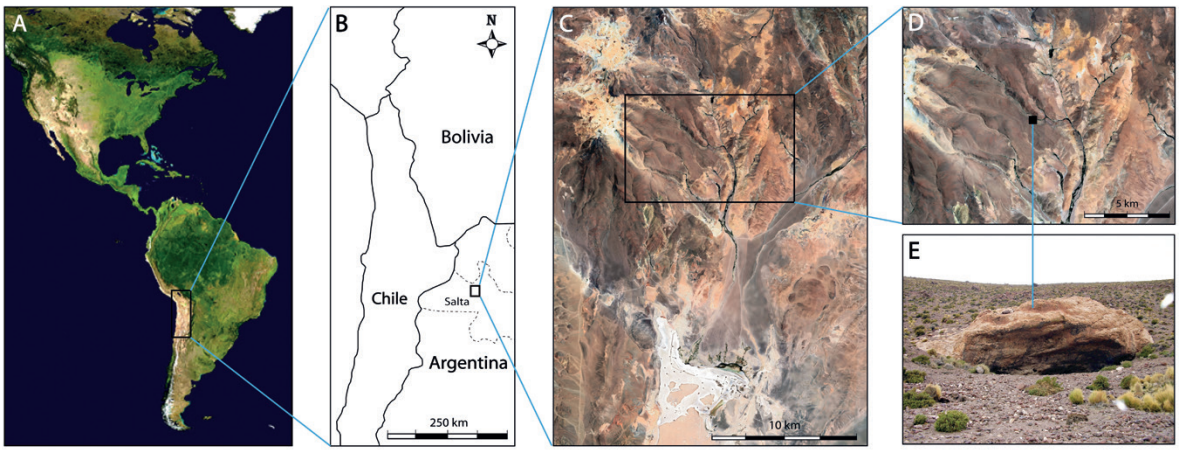
caso de las escalas espaciales se plantearon cuatro principales: megaescala, macroescala, mesoescala y microescala. Cada una de ellas se corresponde con unidades que han sido utilizadas en proyectos de investigación arqueológica (figura 2). Así, la megaescala equivale a unidades espaciales muy grandes como la tierra o los continentes. Análisis arqueológicos en esta escala se encuentran representados, por ejemplo, en estudios sobre el poblamiento de América (por ej., Meltzer 2009). La macroescala ($10^4$ a $10^7$ $km^2$) se relaciona con unidades espaciales tales como las provincias fisiogeográficas o regiones (también se consideran en diversos trabajos como macrorregiones). Esta escala puede incluir estudios acerca de los procesos de domesticación de camélidos en los Andes centro-sur (Yacobaccio 2021). Por su parte, la mesoescala se divide en una mayor ($10^2$ a $10^4$ $km^2$), correspondiente a unidades como áreas, y en una menor (1 a $10^2$ $km^2$), que se vincula con localidades o sectores. Por último, la microescala (< 1 $km^2$) abarca los sitios y su variabilidad interna.

Respecto de las unidades temporales, se conforman de manera equivalente a las espaciales, pero en años. Por ejemplo, la megaescala abarca más de un millón de años, la macroescala entre 1 millón y 10000 años, la mesoescala entre 10000 y cientos de años, y la microescala incluye menos de un siglo (décadas) (Dincauze 2000). Esta división suele ser de baja resolución para muchos de los proyectos de investigación arqueológica. Alternativamente, entre las unidades con contenido temporal, también se destacan aquellas denominadas como "períodos". Estas unidades, además de contenido cronológico, pueden incluir aspectos culturales distintivos. Al respecto, Orquera (1974) propuso diferenciar entre "períodos" basados en la cronología y "etapas" desde el punto de vista cultural. Sin embargo, en la práctica, las clasificaciones planteadas no suelen realizar esta distinción. En los estudios arqueológicos del Noroeste argentino en particular, y en los Andes en general, han sido utilizadas ampliamente algunas de estas periodizaciones, por ejemplo, aquellas que incluyen el Arcaico o Formativo (por ej., González 2004; Núñez y Santoro 2011). Estas clasificaciones han sido criticadas, entre otras cuestiones, por incluir paquetes de rasgos que impiden analizar la variabilidad (Muscio 2009). A su vez, se han usado unidades paleoambientales como Holoceno temprano, medio y tardío para evitar algunas de esas críticas (por ej., Yacobaccio 2013), como así también se ha propuesto el uso de unidades basadas en bloques temporales que no digan nada sobre el contenido y que puedan ser flexibles según el interés de cada investigación, basadas en fechados radiocarbónicos, entre otras posibilidades (Borrero 2009).

En la arqueología de la Puna de Salta, se han planteado y utilizado unidades que permiten abordar el tratamiento de la evidencia en distintos niveles de inclusividad desde un marco regional (Muscio 2004; Muscio y López 2007; López 2008; Muscio *et al*. 2021; López *et al.* 2023). Dentro de cada una de las unidades observacionales pueden segmentarse conjuntos o subconjuntos de evidencia. Se parte de la unidad más inclusiva, la estructura arqueológica areal, que corresponde a un muestreo de mesoescala de distribuciones de

evidencia más o menos continua (Foley 1981). En términos operativos, en la Puna de Salta, esta unidad suele delimitar áreas de estudio definidas por características geomorfológicas y geoambientales, en este caso, las cuencas endorreicas de la región (figura 2). De todas formas, la pregunta de investigación puede llevar a la comparación entre la evidencia de distintas áreas, utilizando escalas más amplias, de orden macrorregional (macroescala), como puede ser el conjunto de la Puna argentina o los Andes centro-sur. En el trasfondo de esta propuesta se encuentra la consideración de que el registro arqueológico tiende a ser continuo en el espacio, tal como se planteó desde una perspectiva distribucional (Foley 1981). Por lo tanto, se debe tener en cuenta la flexibilidad en el uso de las unidades y escalas en función del problema investigado.

Dentro de las estructuras areales se incluyen los paisajes arqueológicos sectoriales, los cuales también corresponden a unidades de muestreo en la mesoescala, pero de menor tamaño (Muscio y López 2007). Estos paisajes pueden incluir sectores específicos del espacio con características geomorfológicas y/o geoambientales distintivas (por ej., quebradas o fondos de cuenca) (figura 2). Asimismo, en el marco de estos sectores, se encuentran los sitios, que representan fracciones del registro concentrado o de alta densidad artefactual, correspondiente a la microescala (figura 2). Desde esta perspectiva, los especímenes (por ej., artefactos) constituyen las unidades básicas de las distribuciones arqueológicas y, al mismo tiempo, conforman también las otras unidades de mayor inclusividad. A su vez, los especímenes tienen atributos compartidos o diferenciales que pueden utilizarse para la




■ **Figura 2.** Gráfico que representa la inclusividad de las escalas de investigación en arqueología. La inclusividad se muestra de mayor a menor (de izquierda a derecha): A. megaescala continental (América); B. macroescala de los Andes centro-sur (escala macrorregional); C. mesoescala de mayor tamaño correspondiente a una estructura arqueológica areal (cuenca de Pastos Grandes, Puna de Salta); D. mesoescala de menor tamaño correspondiente a un paisaje arqueológico sectorial (quebradas de Pastos Grandes, Puna de Salta); E. microescala de sitio (Alero Cuevas, Pastos Grandes, Puna de Salta).

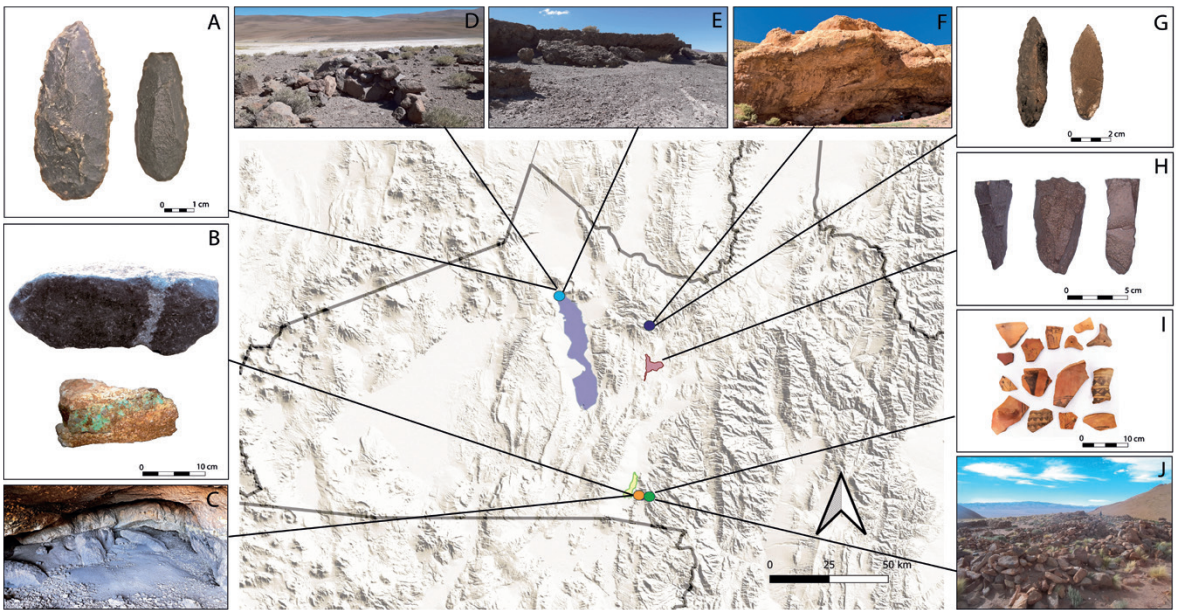
conformación de clases artefactuales, las cuales corresponden a unidades construidas por los investigadores para medir la variación (Dunnell 1977). La conformación de clases se relaciona entonces con la selección de atributos y sus variantes (estados de los atributos) a partir de los intereses de la investigación (O'Brien y Lyman 2002). En el caso de los artefactos líticos, y específicamente en las puntas de proyectil, en las investigaciones en la Puna de Salta se han considerado atributos tales como forma perimetral del limbo, forma de la base, presencia/ausencia de pedúnculo y aletas, tipo de forma base, sección transversal, situación de los lascados sobre las caras y tamaño, entre otros (López y Restifo 2017).

## UNIDADES Y ESCALAS EN CASOS DE ESTUDIO DE LA PUNA DE SALTA

Como se señaló previamente, nuestro equipo utiliza distintas unidades y escalas en arqueología regional (López 2022; López *et al*. 2020a; López *et al*. 2023). Se parte de un tema de investigación amplio que apunta a analizar la diversidad arqueológica y los procesos de cambio en las ocupaciones humanas prehispánicas de tres áreas de la Puna de Salta, correspondientes a las cuencas de Pocitos, Pastos Grandes y Ratones, en una escala cronológica de largo plazo (*ca.* 11.000 años AP - 500 años AP) (López *et al*. 2020a). En este marco, se abordan las variaciones en la señal antrópica y se caracterizan tendencias de cambio concurrentes o particulares en comparación macrorregional con el espacio de tierras altas del Noroeste argentino. En consecuencia, aunque la delimitación de las áreas de investigación constituye un recorte o muestreo de la variabilidad regional con fines operativos, los resultados obtenidos presentan información relevante para la discusión de diversos procesos ocurridos en el ámbito más general de la Puna argentina (López 2022).

Dentro de cada área de estudio se distinguieron los paisajes arqueológicos sectoriales de quebradas, fondos de cuenca o bordes de salar (López 2008; López *et al*. 2023). También es importante mencionar que las investigaciones regionales desarrolladas en este proyecto contemplaron el análisis del registro procedente de "sitios" y de diversa evidencia por "fuera de los sitios" o en hallazgos aislados. Esto destaca el rol de los especímenes como las unidades arqueológicas básicas consideradas en nuestros trabajos. Desde este enfoque, a nivel metodológico, se llevaron a cabo estudios de las distribuciones arqueológicas en superficie y en contextos subsuperficiales (en capa), apuntando a una integración de los datos y de las distintas líneas de evidencia (figura 3). Esta metodología se basó en la realización de prospecciones, transectas sistemáticas y excavaciones. Entre los sitios principales que sirvieron como base de estudio para la región se encuentran Alero Cuevas (con fechas calibradas entre aproximadamente 11300 y 600 años AP), Abrigo Pozo Cavado (con dataciones calibradas entre 8000 y 3000 años AP), y Cueva Inca Viejo y Abra de Minas, con ocupacio-

nes humanas correspondientes principalmente a cronologías prehispánicas tardío/incaicas (entre 1300 y 500 años AP) (López 2022; López *et al.* 2020b; ver figura 3). Los dos primeros sitios representan lugares de uso persistente a lo largo de miles de años, vinculados especialmente con paisajes arqueológicos de grupos cazadores-recolectores, aunque también de pastores-cazadores. Algunos de los sectores del espacio, como Cazadero, en Pocitos, muestran información relevante desde la evidencia lítica y arquitectónica para abordar el estudio de paisajes de caza en el pasado (López *et al*. 2023; ver figura 3). Por su parte, los sitios Cueva Inca Viejo y Abra de Minas corresponden a un paisaje relacionado con prácticas minero-rituales, especialmente durante la expansión del Imperio Inca en la cuenca de Ratones (López *et al*. 2020b; ver figura 3).




■ **Figura 3.** Ejemplo ilustrativo de la evidencia arqueológica relevada a nivel regional a partir de las investigaciones en tres cuencas de la Puna de Salta: Pocitos, Pastos Grandes y Ratones. A. Artefactos líticos procedentes de recolección superficial en el sector de Cazadero, Pozo Cavado, cuenca de Pocitos; B. martillo lítico y roca con turquesa provenientes de recolección superficial en el marco del paisaje minero del sector de Inca Viejo, cuenca de Ratones; C. interior del sitio minero prehispánico Cueva Inca Viejo, cuenca de Ratones; D. sector de Cazadero con registro de parapeto y muros, Pozo Cavado, cuenca de Pocitos; E. sitio Abrigo Pozo Cavado, cuenca de Pocitos; F. sitio Alero Cuevas, sector de quebradas, cuenca de Pastos Grandes; G. artefactos líticos sobre tecnología de hojas provenientes de contexto estratigráfico del sitio Alero Cuevas, sector de quebradas, cuenca de Pastos Grandes; H. núcleos de hojas procedentes de recolección superficial en La Hoyada, borde de salar de Pastos Grandes; I. fragmentos de cerámica incaica recolectada en superficie a partir de prospecciones sistemáticas en Abra de Minas, cuenca de Ratones; J. sitio Abra de Minas, cuenca de Ratones.

## REFLEXIONES FINALES

Se destaca que las investigaciones en arqueología regional se anclan en diversas unidades y escalas, derivadas de la perspectiva teórica utilizada. Al respecto, se ha señalado cómo el marco teórico o las preguntas de investigación han llevado a interpretaciones diferentes en relación con la evidencia relevada. Este es el caso de lo planteado en el debate de Binford-Bordes o en los enfoques distribucionales.

Las unidades y escalas son herramientas que pueden tener flexibilidad en función de las preguntas de investigación. Si bien en una perspectiva regional se estudian espacios amplios, los análisis articulan distintas escalas que permiten la integración de diversas unidades arqueológicas. Así, por ejemplo, en la microescala se definen sitios, que suelen ser relevantes para abordar cambios cronológicos y arqueológicos a nivel estratigráfico. Esta información, en conjunto con la procedente de otros contextos, como los de superficie o con material aislado, puede ser de suma utilidad en las investigaciones en arqueología regional, tal como se mencionó para la Puna de Salta.

Desde este punto de vista, los resultados obtenidos de los estudios en sitios y en contextos aislados, o en superficie y estratigrafía, no deberían ser tomados como opuestos sino como información complementaria que puede integrarse para comprender las dinámicas de las historias de ocupación humana a nivel regional.

## BIBLIOGRAFÍA

Bamforth, D. 1986. Technological efficiency and tool curation. *American antiquity* 51(1): 38-50.

Barberena, R. 2008. *Arqueología y biogeografía humana en Patagonia meridional*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Barberena, R., G. Romero Villanueva, G. Lucero, M. V. Fernández, A. Rughini y P. Sosa 2017. Espacios internodales en Patagonia septentrional: biogeografía, información y mecanismos sociales de interacción. *Estudios Atacameños* 56: 57-75.

Barrett, J. 2001. Agency, the duality of structure, and the problem of the archaeological record. En I. Hodder (Ed.), *Archaeological theory today*: 141–164. Cambridge, Polity Press.

Belardi, J. 1992. De lo espacial a lo temporal: explorando distribuciones de artefactos. *Revista de estudios regionales* 10: 35-67.

Belardi, J. y F. Carballo Marina. 2003. Tafonomía regional en la cuenca media del río Coyle (Santa Cruz, Patagonia Argentina). *Intersecciones en Antropología* 4: 59-73.

Berenguer, J. y G. Pimentel 2017. Introducción al estudio de los espacios internodales y su aporte a la historia, naturaleza y dinámica de las ocupaciones humanas en zonas áridas. *Estudios Atacameños* 56: 3-11.

Binford, L. 1973. Interassemblage variability-the Mousterian and the 'functional' argument. En C. Renfrew (Ed.), *The Explanation of culture change*: 227-254. London, Duckworth.

Binford, L. 1978. *Nunamiut ethnoarchaeology*. New York, Academic Press.

Binford, L. 1979. Organization and formation processes: looking at curated technologies. *Journal of Anthropological Research* 35(3): 255-273.

Binford, L. 1980. Willow smoke and dogs' tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity* 45(1): 4-20.
Binford, L. 1988. *En busca del pasado: descifrando el registro arqueológico*. Barcelona, Editorial Crítica.
Binford, L. 1992. Seeing the Present and Interpreting the Past-and Keeping Things Straight. En J. Rossignol y L. Wandsnider (eds.), *Space,time, and archaeological landscapes*: 43-59. New York, Plenum Press.
Binford, L. y S. Binford. 1966. A preliminary analysis of functional variability in the Mousterian of the Levallois Facies. *American Anthropologist* 68: 238-295.
Bird, D. y J. O'Connell 2006. Behavioral ecology and archaeology. *Journal of Archaeological Research* 14(2): 143-188.
Bleed, P. 1986. The optimal design of hunting weapons: maintainability or reliability. *American Antiquity* 51(4): 737-747.
Boone, J. y E. Smith 1998. Is it evolution yet? A critique of evolutionary archaeology. *Current Anthropology* 39 (1): 141-174.
Bordes, F. y D. Sonneville-Bordes 1970. The significance of variability in Palaeolithic assemblages. *World Archaeology* 2(1): 61-73.
Borella, F. y A. S. Muñoz 2006. Observaciones tafonómicas sobre restos de pinnípedos en la costa norte fueguina (Argentina). *Intersecciones en Antropología* 7: 399-403.
Borrazzo, K. 2006. Tafonomía lítica en dunas: una propuesta para el análisis de los artefactos líticos. *Intersecciones en Antropología* 7: 247-261.
Borrero, L. A. 1988. Tafonomía Regional. En N. Ratto y A. Haber (eds.), *De Procesos, Contextos y otros Huesos*: 9-15. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Borrero, L. 1989/1990. Evolución divergente en la Patagonia Austral. *Anales del Instituto de la Patagonia. Serie Ciencias Humanas* 19: 133-140.
Borrero, L. 1993. Artefactos y evolución. *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 3: 15-32.
Borrero, L. 1994-1995. Arqueología de la Patagonia. *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 4: 9-69.
Borrero, L. 2000. Ten Years After: esquema para una tafonomía regional de la Patagonia meridional y norte de Tierra del Fuego. En J. Belardi, F. Carballo Marina y S. Espinosa (eds.), *Desde el país de los gigantes: Perspectivas arqueológicas en Patagonia, Vol. 1*: 183-193, Río Gallegos, Universidad Nacional de la Patagonia Austral.
Borrero, L. 2009. Arqueología y evolución: comentarios y digresiones. En G. López y M. Cardillo (eds.), *Arqueología y evolución*: 7-21. Buenos Aires, Editorial SB.
Borrero, L. y L. Manzi 2007. Arqueología supra-regional y biogeografía en la Patagonia meridional. En F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos… y develando arcanos*: 411-419. Punta Arenas, Ediciones CEQUA.
Borrero, L., J. Lanata y B. Ventura 1992. Distribuciones de hallazgos aislados en Piedra del Águila. En L. Borrero y J. Lanata (eds.), *Análisis espacial en la arqueología patagónica*: 9-20. Buenos Aires, Ayllu.
Bousman, C. 1993. Hunter-gatherer adaptations, economic risk and tool design. *Lithic Technology* 18(1-2): 59-86.
Cruz, I. 2009. Tafonomía en escalas espaciales amplias: el registro óseo de las aves en el sur de Patagonia. *Temas de Arqueología* 2: 15-34.
Dincauze, D. 2000. *Environmental archaeology. Principles and practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
Drennan, R. 2010. *Statistics for archaeologists*. Segunda Edición. New York, Springer.
Dunnell, R. 1977. *Prehistoria moderna. Introducción Sistemática al estudio de la arqueología prehistórica*. Madrid, Ediciones Istmo.
Dunnell, R. 1992. The notion site. En J. Rossignol y L. Wandnider (eds.), *Space, time and archaeological landscape*: 21-41. New York, Plenum Press.
Dunnell, R. y W. Dancey 1983. The siteless survey: a regional scale data collection strategy. En M. Schiffer (ed.), *Advances in archaeological method and theory* 6: 267-287. New York, Academic Press.
Ebert, J. 1992. *Distributional archaeology*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
Escola, P. S. 2004. La expeditividad y el registro arqueológico. *Chungará* 36: 49-60.
Espinosa, S., J. Belardi, G. Barrientos y F. Carballo Marina 2013. Poblamiento e intensidad de uso del espacio

en la cuenca del Lago San Martín (Patagonia argentina): nuevos datos desde la margen norte. *Comechingonia* 17(1): 105-121.

Fanning, P., S. Holdaway y J. Rhodes 2008. A new geoarchaeology of Aboriginal artefact deposits in western NSW, Australia: establishing spatial and temporal geomorphic controls on the surface archaeological record. *Geomorphology* 101: 524-532.

Fitzhugh, B. 2001. Risk and invention in human technological evolution. *Journal of Anthropological Archaeology* 20(2): 125-167.

Foley, R. 1981. A model of regional archaeological structure. *Proceedings of the prehistoric society* 47: 1-17.

Franco, N. 2004. La organización tecnológica y el uso de escalas espaciales amplias. El caso del sur y oeste de Lago Argentino. En A. Acosta, D. Loponte y M. Ramos (eds.), *Temas de arqueología*: *análisis lítico*: 101-143. Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján.

González, A. R. 2004. La arqueología del Noroeste argentino y las culturas formativas de la cuenca del Titicaca. *Relaciones Sociedad Argentina de Antropología* 29: 7-38.

Holdaway, S. y L. Wandsnider 2008. Time in Archaeology: An Introduction. En S. Holdaway y L. Wandsnider (eds.), *Time in archaeology: time perspectivism revisited*: 1-12. Utah, University of Utah press.

Ingold, T. 1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2): 152-174.

Ingold, T. 2000. *The Perception of the Enviroment. Essays on livehood, dwelling and skills*. New York, Routledge.

Jones, G. y C. Beck 1992. Chronological resolution in distributional archaeology. En J. Rossignol y L. Wandnider (eds.), *Space, time and archaeological landscape*: 167-192. New York, Plenum Press.

Lahr, M. y R. Foley 1998. Towards a theory of modern human origins: geography, demography, and diversity in recent human evolution. *American Journal of Physical Anthropology* 107(27): 137-176.

L'Heureux, G. 2005. Variación morfométrica en restos óseos de guanaco de sitios arqueológicos de Patagonia continental austral y de la isla grande de Tierra del Fuego. *Magallania* 33(1): 81-94.

López, G. 2008. *Arqueología de cazadores y pastores en tierras altas: ocupaciones humanas a lo largo del holoceno en Pastos Grandes, Puna de Salta, Argentina.* BAR S1854, South American Archaeology Series 4. Oxford, Inglaterra.

López, G. 2022. Señal antrópica, cronología radiocarbónica y procesos de cambio en las cuencas de Pastos Grandes, Pocitos y Ratones, Puna de Salta, Noroeste argentino (*ca*. 11500-100 cal AP). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 47: 139-163.

López, G. y F. Restifo 2017. El sitio Alero Cuevas, Puna de Salta, Argentina: secuencia de cambio en artefactos líticos y resolución cronológica macrorregional durante el Holoceno temprano y medio. *Chungará* 49(1): 49-63.

López, G., S. Araya, S. Seguí, J. Orsi, F. Coloca y P. Solá 2020a. Ocupaciones humanas prehispánicas en las cuencas de Pastos Grandes, Pocitos y Ratones, Puna de Salta, Argentina. Aportes para el estudio arqueológico a partir de distintas líneas de evidencia. *Cuadernos de Humanidades* 32: 110-130.

López, G., F. Coloca, J. Orsi, S. Araya, S. Seguí, M. Rosensbuch y P. Solá 2020b. Ocupación incaica en Cueva Inca Viejo y Abra de Minas, Puna de Salta, Argentina: Minería de turquesa y prácticas rituales. *Estudios Atacameños* 66: 49-82.

López, G., J. Orsi, S. Seguí, S. Araya, P. Solá y F. Coloca 2023. Cazadores de la Puna de Salta en escala cronológica amplia (ca. 11000-3000 AP): Paisaje arqueológico cinegético en el sector de Pozo Cavado, Pocitos. *Revista del Museo de Antropología* 16(2): 51-66.

Martel, A. 2010. Arte rupestre de pastores y caravaneros. Estudio contextual de las representaciones rupestres durante el Período Agroalfarero Tardío (900 d.C. - 1480 d.C.) en el Noroeste argentino. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

McDonald, P. 2015. Site-based and nonsite archaeological survey: a comparison of two survey methods in the City of Rocks, Idaho. Tesis de maestría inédita, Utah State University.

Meltzer, D. 2009. *First peoples in a new world: colonizing ice age America*. Berkeley, University of California Press.

Muscio, H. 2000. Arqueología de San Antonio de los Cobres (S.A.C), poblamiento prehistórico y evolución en el NOA: primeras interpretaciones del registro arqueológico de superficie. *Estudios Sociales del NOA* 5: 121-166.

Muscio, H. 2004. Dinámica poblacional y evolución durante el período agroalfarero temprano del Valle de

San Antonio de los Cobres, Puna de Salta Argentina. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Muscio, H. 2009. El Formativo es una unidad de análisis inadecuada en la arqueología evolutiva del NOA. En G. López y M. Cardillo (eds.), *Arqueología y evolución*: 197-213. Buenos Aires, Editorial SB.

Muscio, H. y G. López 2007. Unidades de análisis arqueológicas en el estudio evolutivo de adaptaciones con economías de producción de alimentos: un examen de las arqueofaunas de la quebrada de Matancillas (Puna de Salta). *Revista Shincal 7*: 111-134.

Muscio, H., S. Seguí, M. Varde, F. Coloca, L. Rucci y S. Araya 2021. Escalas, espacio y patrones del registro arqueológico de las quebradas Matancillas y Nacimiento, San Antonio de los Cobres (Puna de Salta, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 46(2): e016-e016.

Nelson, M. 1991. The study of technological organization. *Archaeological method and theory* 3: 57-100.

Nielsen, A. 2017. Actualidad y potencial de la arqueología internodal surandina. *Estudios Atacameños* 56: 299-317.

Nielsen, A., J. Berenguer y G. Pimentel 2019. Inter-nodal archaeology, mobility, and circulation in the Andes of Capricorn during the Late Intermediate Period (AD 1000–1450). *Quaternary International* 533: 48-65.

Núñez, L. y C. M. Santoro 2011. El tránsito arcaico-formativo en la circumpuna y valles occidentales del centro sur andino: hacia los cambios" neolíticos". *Chungará* 43(número especial): 487-530.

O'Brien, M. y L. Lyman 2002. The epistemological nature of archaeological units. *Anthropological Theory* 2:37-56.

Orquera, L. A. 1974. Acerca de los períodos y otras unidades conceptuales de periodificación. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8:173-197.

Ratto, N. 2003. Estrategias de caza y propiedades del registro arqueológico en la Puna de Chaschuil (dpto Tinogasta, Catamarca, Argentina). Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Ramenofsky, A. F., y A. Steffen 1998. *Unit issues in archaeology. Measuring time, space and material*. Salt Lake City, University of Utah Press.

Restifo, F. 2020. Discutiendo unidades de análisis para el estudio de artefactos líticos. *Revista del Museo de Antropología* 13: 325-330.

Romero Villanueva, G. 2021. Arte rupestre y biogeografía humana en el norte del Neuquén (Patagonia): lineamientos conceptuales para el estudio multiescalar de procesos de comunicación visual y circulación de información. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 46(2):71-80.

Rossignol, J. y L. Wandsnider 1992. *Space, time, and archaeological landscapes*. New York, Plenum Press.

Rughini, A., G. Romero Villanueva, G. Lucero, M. Cardillo, K. Borrazzo, M. V. Fernández, A. Brera, C. Frigolé, A. Castillo, M. Vitores, C. Llano, R. Garvey y R. Barberena 2020. Arqueología distribucional y biogeografía humana en un paisaje andino-patagónico. *Latin American Antiquity* 31(3): 595-614.

Scheinsohn, V., y C. Szumik 2007. Distribuciones arqueológicas en la Patagonia norte: una perspectiva biogeográfica. En F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos… y develando arcanos:* 109-116. Punta Arenas, Ediciones CEQUA.

Shennan, S. 2020. Style, function and cultural transmission. En H. Groucutt (ed.), *Culture history and convergent evolution: can we detect populations in prehsitory?*: 291-298. Cham, Springer International Publishing.

Stafford, C. 1995. Geoarchaeological perspectives on paleolandscapes and regional subsurface archaeology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2(1): 69-104.

Stafford, C. y E. Hajic 1992. Landscape scale: Geoenvironmental approaches to prehistoric settlement strategies. En J. Rossignol y L. Wandnider (eds.), *Space, time and archaeological landscape*: 137-161. New York, Plenum Press.

Thomas, D. 1975. Nonsite sampling in archaeology: up the creek without asite? En J. Mueller (ed.), *Sampling in archaeology*: 61-81. Tucson, University of Arizona Press.

Tilley, C. 1994. *A phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Oxford, Berg.

Vazquez, R., F. Archuby y M. Béguelin 2022. Tafonomía de los restos óseos humanos arqueológicos del noroeste de la Patagonia: un abordaje regional y multidisciplinario evidencia la relación entre el entorno y la preservación. *Intersecciones en Antropología* 23(1): 99-116.

Veth, P. 1993 Islands in the interior: the dynamic of prehistoric adaptations within the arid zone of Australia. *International Monographs in Prehistory. Archaeological Series* 3.

Wandsnider, L. y E. Camilli 1992. The character of surface archaeological deposits and its influence on survey accuracy. *Journal of Field Archaeology* 19(2): 169-188.

Wargo, M. 2009. The Bordes-Binford debate: transatlantic interpretive traditions in paleolithic archaeology. Tesis doctoral inédita, University of Texas, Arlington.

Yacobaccio, H. 2013. Towards a human ecology for the Middle Holocene in the Southern Puna. *Quaternary International* 307: 24-30.

Yacobaccio, H. 2021. The domestication of South American camelids: a review. *Animal Frontiers* 11(3): 43-51.

# ECONOMÍA Y MODOS DE VIDA

# DOMESTICACIÓN DE CAMÉLIDOS SUDAMERICANOS

**Hugo D. Yacobaccio**[1]

[1] Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | hdyacobaccio@gmail.com

**RESUMEN:** Los camélidos sudamericanos son los únicos ungulados domesticados en América, y la región andina albergó a las únicas sociedades pastoriles del Nuevo Mundo prehispánico. La domesticación de los camélidos fue un proceso complejo asociado a las adaptaciones de los grupos de cazadores-recolectores a la fragmentación ambiental, consecuencia del aumento de la aridez durante el Holoceno Medio y la consiguiente pérdida de hábitats productivos en la región. En este capítulo presentamos una actualización de la evidencia genética y arqueológica sobre el proceso de domesticación, con especial atención a los Andes Centro-Sur.

**ABSTRACT:** South American camelids are the only domesticated ungulates in the Americas, and the Andean region sustained the only pastoralist societies in the pre-Hispanic New World. The domestication of camelids was a complex process associated with the adaptations of hunter-gatherer groups to environmental fragmentation, a consequence of the increased aridity during the Mid-Holocene and the consequent loss of productive habitats in the region. In this chapter we present an update of the genetic and archaeological evidence regarding the domestication process with special attention to the South-Central Andes.

## INTRODUCCIÓN

La domesticación es un proceso de interacción entre especies animales y humanos. Charles Darwin (1868) hizo explícito que la domesticación incluye la cría de los animales en cautiverio que no puede ocurrir sin el esfuerzo consciente de parte de las personas y el incremento de la fertilidad del animal, permitiendo tener una mayor plasticidad. Asimismo, señaló que la selección artificial, es decir, la intervención humana en la selección de pareja y la reproducción de una población particular de animales era una ayuda a la selección natural que es el mecanismo por el cual evolucionan las especies en la naturaleza. Darwin había resaltado el aspecto interactivo que la relación humano-animal impone, ya que los animales no son un agente pasivo en el proceso de domesticación como se implicó en las definiciones antropocéntricas clásicas de la arqueología. La domesticación es un proceso evolutivo marcado por una adaptación genotípica de animales al cautiverio. Un animal domesticado es aquel cuya selección reproductiva está influenciada por los humanos y donde la docilidad y tolerancia a la presencia humana está genéticamente determinada (Price 1984 y 2002).

El primer paso para la domesticación está basado en la plasticidad fenotípica de las especies animales durante su habituación a la presencia humana, y ocurre antes de cualquier cambio genotípico, por lo tanto, el proceso completo descrito en la definición arriba dada puede tomar mucho tiempo. Este cambio, llamado el efecto Baldwin, es una transición evolutiva de la facultad de tolerancia a los humanos hacia una dependencia de los mismos. En este punto, la población del animal se acostumbra a la presencia humana y el mecanismo de selección para la docilidad comienza a funcionar (Crispo 2007; Francis 2015).

Melinda Zeder (2012) ha propuesto tres caminos posibles para la domesticación. Son ellos: la vía comensalista, que es iniciada por animales que colonizan y son tolerados en el ambiente humano para tomar ventajas a partir de esta asociación (por ej., el perro, el gato, el cuis, el cerdo). La vía predadora, se realiza a partir de especies desde una relación predador-presa. Luego se alteran las mismas y se instalan otras presiones selectivas de carácter mutualista facilitadas por la habituación de los animales a la presencia humana (por ej., vaca, buey, llama, alpaca, cabra, oveja). Por último, la vía directa es un proceso que ocurre a partir de domesticaciones producidas por sociedades que ya tienen animales o plantas domesticadas. Sería una domesticación más tardía de segunda instancia (por ej., caballo, camello, abeja, conejo). Es decir, que la domesticación involucra diferentes actitudes de los humanos hacia los animales y viceversa, como es el caso de la vía comensalista en la cual la relación de domesticación la inician los animales. Los animales domesticados, como originalmente señaló Darwin (1868), desarrollan una serie de rasgos de comportamiento, fisiológicos y fenotípicos comunes que posteriormente se denominó síndrome de domesticación comenzando por la docilidad hacia el humano.

Los camélidos sudamericanos son los únicos ungulados domesticados en las Américas, y en la región Andina sostuvieron a las únicas sociedades pastoriles en la época prehispánica del Nuevo Mundo. Los camélidos sudamericanos están compuestos por dos géneros y cuatro especies, dos de ellas silvestres (vicuñas, *Vicugna vicugna* [Molina 1782] y guanaco, *Lama guanicoe* [Müller 1776]) y dos domésticas (llamas, *Lama glama* [Linnaeus 1758] y alpacas, *Lama pacos* [Cuvier 1800], sugerido *Vicugna pacos* [Linnaeus 1758 por Wheeler *et al.* 2006]).

Los guanacos tienen una amplia distribución geográfica a través de una variedad de hábitats abiertos (áridos, semiáridos, serranías, montaña, estepa) y ambientes de bosque templado. Su estructura social refleja esta amplia distribución, con algo de plasticidad en ciertos grupos. En la temporada de reproducción, la estructura social del guanaco comprende tres unidades básicas: grupos familiares territoriales, grupos de machos sin territorio e individuos solitarios. A su vez, los grupos mixtos son comunes durante el invierno y en algunos se produce la migración de poblaciones que abarcan largos trayectos. La territorialidad en los grupos familiares en la temporada de reproducción está correlacionada con el suministro estable de comida (Vilá 2012). Las vicuñas viven únicamente en la Puna, zona de ambientes de gran altitud, arriba de los 3.400 msnm en países como Perú, Bolivia, Argentina y Chile. Están adaptadas a praderas abiertas y estepas; aunque prefieren pastar en las zonas húmedas o humedales (vegas); debido a la presencia de ganado en estos humedales pueden desplazarse a las estepas. Las vicuñas viven en grupos familiares que consisten en un macho, tres a cuatro hembras, y dos crías, y en grupos de solteros. Los grupos familiares son estables y territoriales durante todo año (Vilá 2012). Durante los tiempos prehispánicos, las llamas estaban circunscritas a la región Andina de Perú (incluyendo la costa del Océano Pacífico), Bolivia, Chile y Argentina, pero las alpacas tenían un hábitat más restringido en las punas altas y húmedas (bofedales) de Perú, Bolivia y el extremo norte chileno.

La domesticación de los camélidos fue un proceso complejo asociado con las adaptaciones de los grupos cazadores-recolectores a la fragmentación ambiental, causada por el incremento de la aridez durante el Holoceno medio y la consecuente pérdida de hábitats productivos en la región (Yacobaccio *et al.* 2017). Durante este período, los grupos cazadores-recolectores adoptaron una estrategia logística, reduciendo su movilidad residencial e introduciendo innovaciones tecnológicas. Ellos desarrollaron cazas comunales de camélidos silvestres, posiblemente gracias a la agregación de la población durante su ciclo anual, y optaron por una caza especializada de camélidos como su fuente principal de alimento (Aschero y Martínez 2001; Yacobaccio *et al.* 2023). La tabla 1 resume los cambios correlacionados entre el ambiente y las poblaciones humanas por período. Estos cambios no ocurrieron todos a la vez por toda la región, la geografía de los orígenes de la domesticación animal y complejidad social son mejor descritas como un patrón de mosaico.

■ **Tabla 1.** Correlación entre clima, ambiente y las principales características del registro arqueológico de las ocupaciones humanas del Holoceno.

| Período | Clima y ambiente | Características de la ocupación humana |
|---|---|---|
| Holoceno temprano (12890-9200 cal AP) | Estable, húmedo y frío<br>Débil estacionalidad en las precipitaciones<br>Balance hidrológico positivo | Primeros asentamientos humanos en la región<br>Pequeñas ocupaciones<br>Poca diversidad de artefactos<br>Bajas tasas de transportes de artefactos entre localidades<br>Uso oportunista de los recursos animales ( alta diversidad)<br>Movilidad residencial |
| Holoceno medio I (9200-7100 cal AP) | Árido y cálido, marcada estacionalidad en las precipitaciones<br>Fragmentación ambiental<br>Balance hidrológico negativo<br>Variaciones climáticas a corto plazo<br>Variación direccional a largo plazo hacia la aridez | Mayor diversidad de las puntas de proyectil<br>Nuevas técnicas de caza con nuevos kits de armas.<br>Artefactos de molienda<br>Movilidad logística<br>Especialización en el uso de animales |
| Holoceno medio II (7100-3770 cal AP) | Extrema aridez regional<br>Balance hidrológico negativo<br>Fragmentación con pérdida de hábitats<br>Variación incremental a corto plazo (Primer ENSO)<br>Ligeramente más humedad desde el 4470 cal AP | Diversificación de subsistencia (camélidos domesticados y la introducción del cultivo de plantas)<br>Complejidad social<br>Reducción de la movilidad<br>Aparición de los primeras aldeas al final del período. |

Para la domesticación de la llama, ha sido desarrollado un modelo multilocal, el cual incluye dos fases: protección de manada y la cría selectiva en cautiverio (Yacobaccio y Vilá 2016). La protección de manada hace referencia a la intervención del ser humano en poblaciones de guanaco o subgrupos de población, cuyos individuos son protegidos de los depredadores no humanos y se les facilita el acceso a áreas con alimento. Un segundo paso es el cautiverio y la crianza selectiva de ciertos individuos. En la fase de protección de manada, canalizada por el efecto Baldwin, las personas son un estímulo neutral. En el segundo paso, cuando las personas se convierten en un estímulo positivo -usualmente asociado con la presencia de comida y refugio- emerge un tipo asociativo de aprendizaje que va más allá de la habituación y genera el proceso de domesticación. La mansedumbre es una condición para la manipulación reproductiva, así como el aislamiento de individuos en confinamiento o en cautiverio. Este paso conlleva un mayor grado de aislamiento y manejo, que significa la existencia de barreras físicas entre las poblaciones silvestres y los rebaños en cautiverio. El espacio restringido incrementa la

densidad animal, resulta en cambios en la estructura social del grupo de los camélidos, cierto aislamiento reproductivo y, por tanto, desencadena adaptaciones genéticas al cautiverio (Yacobaccio y Vilá 2016).

De los tres caminos del proceso de domesticación, enunciados más arriba, los camélidos están comprendidos en el modelo del "camino de la presa", el cual incluye a muchos ungulados medianos a grandes (Larson y Fuller 2014). En la transición de la gestión de la caza a la gestión del rebaño, los cazadores-recolectores cambiaron sus estrategias de caza para maximizar la disponibilidad de presas (Larson y Fuller 2014). En los Andes del sur, este proceso está sugerido por varios datos proxy. La representación de restos óseos de camélidos en conjuntos de arqueofauna aumentó a lo largo del tiempo de 29,7% a casi 90%, mientras que otros taxones, generalmente fauna pequeña, se redujeron notablemente (Yacobaccio *et al.* 2017).

La composición de los conjuntos zooarqueológicos y su cambio temporal está reflejada en sus índices de diversidad (Shannon H) y de dominancia (D). El índice de Shannon H da cuenta de la abundancia e igualdad de las especies en un conjunto y D es la medida de dominancia que revela las especies más conspicuas y abundantes. Desde el Holoceno temprano hasta el Holoceno medio II (12890-3770 cal AP), la diversidad decrece de un 0,93 a un 0,29, mientras que D se incrementa de un 0,52 a un 0,84 (Yacobaccio 2013; Yacobaccio *et al.* 2017). Estas dos medidas pueden ser usadas, en este caso particular de los camélidos, como proxis de uso de fauna generalizado vs. especializado. Las fechas radiocarbónicas más antiguas asociadas a este cambio en los índices de diversidad y dominancia tienen una media ponderada de 6177 ± 39 cal AP. Esto sugiere que antes de esta fecha, los cazadores-recolectores tuvieron principalmente una subsistencia generalizada a escala regional en la cual hábitats diferentes eran usados de acuerdo con la abundancia bruta de especies, con la excepción de los parches que ofrecían rangos limitados de recursos en grandes cantidades, como algunas colonias de roedores o áreas de anidación de aves. Después del *ca.* 6200 cal AP, emergió un sistema económico especializado y se utilizaron hábitats resilientes para aumentar el uso del recurso focal. La emergencia de este sistema económico basado en la intensificación del uso de los camélidos coincidió con las primeras evidencias de la protección de manada (Yacobaccio y Vilá 2016).

Aquí haremos una revisión de la evidencia de la domesticación de los camélidos en los Andes sureños ordenados de acuerdo con los pasos del modelo antes descrito.

## EVIDENCIA GENÉTICA

Estudios genéticos han mostrado que las dos especies silvestres pertenecen a dos grupos distintos y, por lo tanto, son buenos géneros taxonómicos. Las vicuñas están diferenciadas en dos clados; es decir, son dos partes de un grupo que desciende de un ancestro común, de acuerdo

con su asignación subespecífica (la norteña, *Vicugna vicugna mensalis* y la sureña *Vicugna vicugna vicugna*). Los guanacos también pueden ser divididos en dos subespecies: la norteña *Lama guanicoe cacsilensis* y la sureña *Lama guanicoe guanicoe*, esta última tiene una mayor distribución que incluye los Andes del sur y la Patagonia (Kadwell *et al.* 2001; Marín *et al.* 2017). Las llamas y los guanacos forman parte de un grupo monofilético en un claro proceso de especies derivadas de antecesores. Las alpacas están asociadas con las vicuñas por el genoma mitocondrial —línea materna— (Marín *et al.* 2017) y también asociados con el linaje de guanaco cuando fueron analizados los microsatélites (Kadwell *et al.* 2001). A pesar de los datos de microsatélites, estos estudios concluyeron que la llama deriva del guanaco y la alpaca de la vicuña (Wheeler *et al.* 2006; Marín *et al.* 2017).

Un análisis de la diversidad genética de la región hipervariable del genoma mitocondrial en llamas y alpacas de Bolivia publicado por Barreta *et al.* (2013) confirmó que los guanacos son los antecesores de las llamas, pero el origen de las alpacas sigue siendo poco claro. Esta investigación encontró haplotipos exclusivos compartidos entre las alpacas y las vicuñas, pero un número significativo de las alpacas (entre un 51% y 63% de las muestras) pertenecían al clado del guanaco. Esto indica un alto grado de hibridación, sugiriendo que las alpacas han tenido un origen mixto, o alternativamente, que una introgresión ocurrió durante o después del proceso de domesticación. Si la primera hipótesis fuese confirmada, proveería una prueba fuerte de que las alpacas fueron domesticadas después de las llamas. La región control mitocondrial indica que todos los haplotipos compartidos entre los guanacos y las alpacas también existen en las llamas. Esto podría indicar que eran comunes los híbridos entre las formas domesticadas. El modelo derivado de los resultados del artículo de Barreta y colaboradores, da soporte a la idea de que las alpacas resultan de la cruza entre las vicuñas y las llamas. Igualmente, a partir de la confirmación de la existencia de dos linajes de guanacos (norteño y sureño) y el descubrimiento de que algunas llamas comparten haplotipos con los guanacos sureños, ellos concluyeron: "El presente estudio también soportaría a nivel genético y tomando en consideración la evidencia arqueológica, la existencia de centros adicionales de domesticación de llama en Argentina y Bolivia" (Barreta *et al.* 2013: 8).

La hibridación producida desde el siglo XVI, después de la conquista española de los Andes, produjo linajes mitocondriales compartidos entre las diferentes especies, limitando el poder de esta línea de investigación para aclarar los orígenes de los camélidos domésticos. Por esta razón, es de importancia fundamental llevar a cabo estudios paleogénomicos de muestras óseas de contextos prehispánicos. De los varios estudios que se han llevado a cabo en los camélidos sudamericanos (Weinstock *et al.* 2009; Westbury *et al*. 2016; Díaz-Marotto 2018, 2019 y 2021; Abbonna *et al*. 2020; O´Hare *et al.* 2025), nos interesa destacar el de Díaz-Marotto (2018) que analizó las muestras de tres sitios arqueológicos en el área del Salar de Atacama (Chile) datados entre los 2750 y 2500 cal AP. Este trabajo no refiere a los momentos más tempranos de la domesticación,

sino más bien al momento cuando el pastoreo se convirtió en la estrategia económica predominante entre los grupos humanos locales. Díaz-Marotto estudió el genoma completo de 77 muestras óseas, la mayoría de ellas del sitio Tulán 54, obteniendo evidencia concluyente de que las llamas eran derivados domesticados de los guanacos. En este caso, se hizo una distinción entre las subespecies de guanacos, confirmando que ambas *L.g. guanicoe* y *L.g. cacsilensis* fueron los ancestros, en contraste con los estudios previos de los genomas actuales (Marín *et al.* 2007) que habían propuesto como único ancestro a *L.g. cacsilensis*. A su vez, el genoma mitocondrial completo de las alpacas muestra que esta especie tiene una relación más cercana con el linaje del guanaco/llama que con el de las vicuñas. Díaz-Marotto determinó un clado de las especies domésticas donde las llamas y las alpacas están agrupadas de forma muy cercana, sugiriendo que la llama fue la primera especie en ser domesticada, seguida por la emergencia de las alpacas como el resultado del mestizaje sostenido entre las llamas hembras y las vicuñas macho. Igualmente, ella está de acuerdo con Barreta *et al.* (2013) que los Andes Centro Sur fueron un centro de domesticación independiente de los Andes Centrales, basada en la evidencia de la domesticación de la subespecie *L.g. guanicoe*. Esta conclusión está en línea con argumentos más generales sobre el número de eventos de domesticación de los ungulados. El uso de las secuencias genéticas ha permitido concluir a numerosos autores que la domesticación animal fue mucho más frecuente y uniformemente distribuida de lo que se pensaba. Esta afirmación se basó:

> "*on the affinity between DNA sequences of domestic animals and their wild counterpart and the assumption that branching patterns on phylogenetic trees reflect independent domestication episodes. This rationale has been used to support claims for multiple and independent domestications of genetically and geographically divergent populations*" (Larson y Fuller 2014:121)[1].

Este argumento toma en consideración a los cerdos, las cabras, las ovejas, los caballos, las vacas y ahora, podemos agregar, a las llamas.

## EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA PRINCIPAL

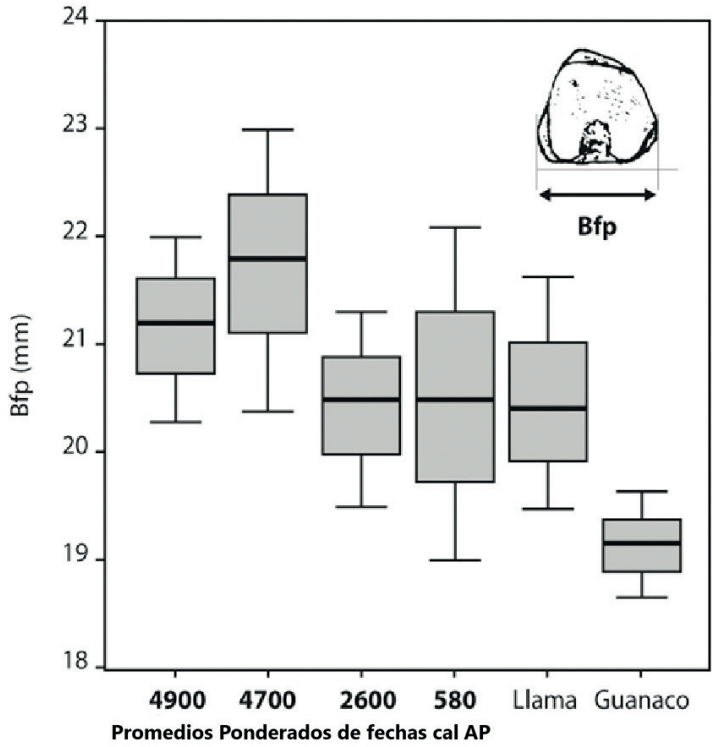
La osteometría ha sido usada como proxy para estudiar el proceso de domesticación detectando cambios en el tamaño de los individuos. En efecto, los camélidos sudamericanos tienen un gradiente de tamaño del más pequeño al más grande: vicuña-alpaca-guanaco

[1] "en la afinidad entre las secuencias de ADN de los animales domésticos y sus contrapartes silvestres y la suposición de que los patrones de ramificación en los árboles filogenéticos reflejan episodios independientes de domesticación. Este razonamiento ha sido usado para apoyar afirmaciones de domesticaciones múltiples e independientes de poblaciones genética y geográficamente divergentes" (traducción propia).

norteño-llama. Esto define dos grupos: el de individuos pequeños (las vicuñas y las alpacas) y el de individuos grandes (guanacos y llamas). Como puede verse, ambos grupos contienen camélidos silvestres y domésticos. En el grupo de individuos grandes, hay un hecho complicado, y es la variabilidad de tamaño del guanaco; *L. guanicoe* tiene una alta dispersión clinal, la cual influye en su tamaño. Los guanacos patagónicos o sureños son mucho más grandes que los de los Andes norteños. Por ello debemos ser cuidadosos con las medidas de referencias usadas para comparar con las muestras arqueológicas. Estos problemas han sido ampliamente debatidos en la zooarqueología andina (Izeta 2008; Cartajena 2009; Gasco *et al.* 2014; Hernández y L'Heureux 2019; Le Neün *et al.* 2023; Bellotti Lopez de Medina 2025). En el grupo de individuos grandes, la variación en el tamaño del guanaco impone ciertas restricciones sobre la determinación de las especies (guanaco *vs*. llama) basados solo en la osteometría. Hay una "zona de incertidumbre" definida por una superposición en el tamaño entre las llamas pequeñas y los guanacos norteños andinos. Sin embargo, las medidas más grandes más allá de esta zona superpuesta pueden ser determinadas como *L. glama* sin duda.

Por lo que sabemos hoy, la primera evidencia osteológica de cambio y de aumento de la variación en los camélidos que podría revelar las modificaciones producidas por un proceso de domesticación hace su primera aparición en los Andes del sur aproximadamente en 7100 años cal AP. Esta evidencia es un incremento en el ancho del metacarpo distal, junto con el incremento en el tamaño y robustez de otros huesos, como las falanges, la escápula y el húmero. Estos especímenes son más largos que los tamaños conocidos de los guanacos del norte andino, y son comparables a las llamas modernas, o incluso más grandes (Cartajena *et al.* 2007). Esto apunta a la aparición de un camélido de tamaño similar a las llamas actuales más grandes. En la fase de protección de manada (*ca* 7100-4500 AP), se incrementó la variabilidad del tamaño, especialmente con la aparición de especímenes muy grandes que fueron detectados por primera vez en el registro arqueológico en el sitio Hornillos 2 (capa 2) localizado en Susques (Jujuy), pero más adelante su distribución aumentó significativamente entre los 5800 y los 4200 cal AP cuando su presencia fue notada en numerosos sitios arqueológicos en la región (Izeta 2010).

De la variación en la amplitud de la falange I *facies articularis proximalis*, puede ser inferido que entre el 4900 y 4700 cal AP había una proporción significativa de camélidos que eran más grandes que las llamas actuales, seguido por una reducción en tamaño hacía el 2600 cal AP, configurando la media y rango intercuartil igual a las llamas actuales (figura 1). A partir de esa fecha, restos óseos equivalentes al tamaño de las llamas actuales fueron encontradas en otros ecosistemas, como los valles mesotermales (entre 1500 y 2900 msnm) y las tierras bajas del Chaco, en numerosos sitios arqueológicos y en Chile semi-árido —valle de Mauro— (Izeta 2010; López *et al*. 2022; Mercolli 2019; Del Papa 2020). En el 580 cal AP, durante el período




■ **Figura 1.** Medida de la amplitud de la faceta articular proximal de la falange 1 (Bfp) a lo largo del tiempo. Entre los 4900 y los 4700 cal AP, se observan animales más grandes que las llamas actuales. Más adelante, los tamaños son los mismos a las llamas actuales y más grandes que los guanacos norteños

Inca, el tamaño de las llamas coincide completamente con las llamas actuales. Esta reducción en la variabilidad del tamaño después de que los corrales aparecieran señala que el tamaño se estandarizó hacia el 2600 cal AP.

Otra evidencia paleoambiental y arqueológica acompañó el cambio en tamaño de los camélidos y apunta hacia una modificación en la relación entre camélidos y humanos. Análisis de polen en varias localidades de la Puna han identificado una gran abundancia de Chenopodiaceae-Amaranthaceae y Pennisetum desde 5300 a 4869 cal AP, que es consistente con un impacto humano más intensivo sobre los humedales debido a prácticas de manejo ambiental, quizás incluyendo quemas periódicas para aumentar la productividad del parche lo que significa un aumento considerable de la intervención humana en los ambientes naturales.

Este cambio en la relación humano-camélido es también visto en la aparición de patologías óseas. Cartajena *et al.* (2007) registraron periostitis en las falanges distales y metapodios de los sitios Tulán 52 (*ca.* 4900 cal AP) y Puripica 1 (*ca.* 4700 cal AP). Estas exostosis se deben a la proliferación del hueso, posiblemente causado por irritación prolongada del periostio.

Los autores también observaron osteofitos producidos por artropatías debidas a las condiciones de vida de los animales, quizá relacionados a largos periodos de ejercicio que son característicos de los animales de carga. Labarca y Gallardo (2015) analizaron 14 huesos con patologías del cementerio Topater 1 (Calama, Chile) datado entre 2517 y 1868 cal AP. La mayoría de las patologías ocurrieron en los huesos de las extremidades que, debido a su tamaño, han sido asignados a *L. glama*. En este sitio, la mayoría de las falanges muestran exostosis, una formación anormal de un tejido nuevo sobre la superficie del hueso. Esta manifestación es leve a moderada y está localizada en la diáfisis y, en grado menor, en las caras dorsal y lateral de las epífisis. Estas patologías fueron atribuidas al trauma constante de las articulaciones y podría resultar de factores ambientales, tales como caminar sobre terreno irregular, así como al uso excesivo del animal debido a prácticas culturales, como podría ser el caso de animales de carga. Una cabeza de llama con vértebras articuladas recuperada de una inhumación en el sitio Huachichocana III (3170 y 2867 cal AP) también proporcionó información sobre la patología ósea. La vértebra cervical C2 (axis) presenta periostitis debido a un trauma directo causado por una cuerda de amarre o debido al excesivo uso de esta sección articular del cuello. El uso de un bozal para inmovilizar al animal es la explicación más probable de esta patología. Además, el análisis de los isótopos estables de carbono y nitrógeno reafirma la idea de que la dieta de este espécimen estuvo fuertemente determinada por la intervención humana (Yacobaccio *et al.* 2018).

El uso del bozal en un tiempo tan temprano no sería raro, pues las sogas ya habían comenzado a aparecer en el registro arqueológico. Estas sogas pueden ser interpretadas como una innovación tecnológica relacionada con el inicio del pastoreo. De hecho, en Alero Unquillar (Susques) se determinaron por osteometría dos metapodios como pertenecientes a llama, y se recuperó una cuerda hecha con gramíneas locales datada en 3989-3570 cal AP. Igualmente, el ajuar del entierro humano número 4 en el sitio Huachichocana III incluyó restos de sogas fabricadas con fibras de hoja de palma y bromelias locales (*Tillandsia usneoides* o *Deyterocohnia*; Lema 2017). Este entierro es relativamente contemporáneo con el entierro 3 —el que contiene la cabeza de llama— y podría estar asociado con dos fechas radiocarbónicas desde *ca.* 3360 a 3170 cal AP. La aparición de sogas tuvo implicaciones directas para el desarrollo de tecnología de agarre y restricción asociada con el manejo de rebaños, sobre todo en ocasiones de esquila, marcado y sacrificio. En el arte rupestre hay representaciones de humanos sosteniendo camélidos con sogas simples dentro de estilos pictóricos considerados tempranos, como el estilo Confluencia (*ca.* 2500 AP). Se han registrado bozales mucho más tardíos dentro de la Colección Uhle del Museo Etnológico de Berlín, recuperados del sitio de Tucute en la Puna jujeña datados en 681-521 cal AP (Pérez de Micou 2012).

Un cambio en la fase del proceso de domesticación ocurrió con la aparición de la tecnología de confinamiento, estos son, los corrales. Los primeros corrales eran pequeñas cuevas,

como Inca Cueva 7, cuya entrada estaba cubierta por una pared de bloques rodados. Dado su tamaño, fue probablemente usada para mantener camélidos jóvenes en confinamiento. Una capa de guano que cubrió el suelo dentro de la cueva fue de mucha ayuda para determinar su función como corral (Yacobaccio 2021). Dos metapodios determinados como llamas muy grandes fueron recuperados de este sitio. El episodio de acorralamiento ha sido datado entre 4635 y 4232 cal AP.

En la quebrada de Tulán, Cartajena *et al.* (2007: 168) observaron que las

> *laderas altas y rocosas se usaron como límite natural a ambos lados; en pendientes más suaves se han dispuesto cantos rodados grandes para cerrar los corrales. Los límites lineales que cruzan el barranco están interrumpidos en la parte del arroyo para evitar retener agua; empalizadas o soluciones similares fueron probablemente usadas como áreas limitadas cercanas al arroyo, permitiendo el cierre de los corrales […] Dimensiones de los corrales (ca. 300 x 80 m) sugieren una considerable cantidad de trabajo.*

En el sur de Perú se han reportado la existencia de corrales en los sitios de Asana y en Quilcatani con fechas promedio de alrededor de 3730 años cal AP (Aldenderfer y Flores Blanco 2011). Las estructuras identificadas como corrales, sin embargo, se hacen conspicuas a partir de aproximadamente 2500 años cal AP.

## REFLEXIONES FINALES

La transición desde la caza al pastoreo ha sido compleja y no debe interpretarse como una línea evolutiva ascendente, sino como un mosaico espacio temporal. La protección de manada involucró cambios en el comportamiento de los camélidos, pero también modificaciones en las estrategias humanas usadas para acercarse a los camélidos silvestres y un aumento en la variación del tamaño de los camélidos. Desde ya que los camélidos sujetos a la protección de manada no son domesticados de acuerdo con la definición dada en este trabajo, ya que el humano no interviene en su reproducción ni alimentación, pero tienen una tolerancia al humano mayor que otros segmentos de población de la misma especie. Esta fase duró mucho tiempo desde el 7100 hasta la aparición de formas de confinamiento datadas a partir de 4500 cal AP, que contribuyó a estandarizar el tamaño de los camélidos domesticados[2]. Este proceso es contemporáneo con lo ocurrido en los Andes Centrales,

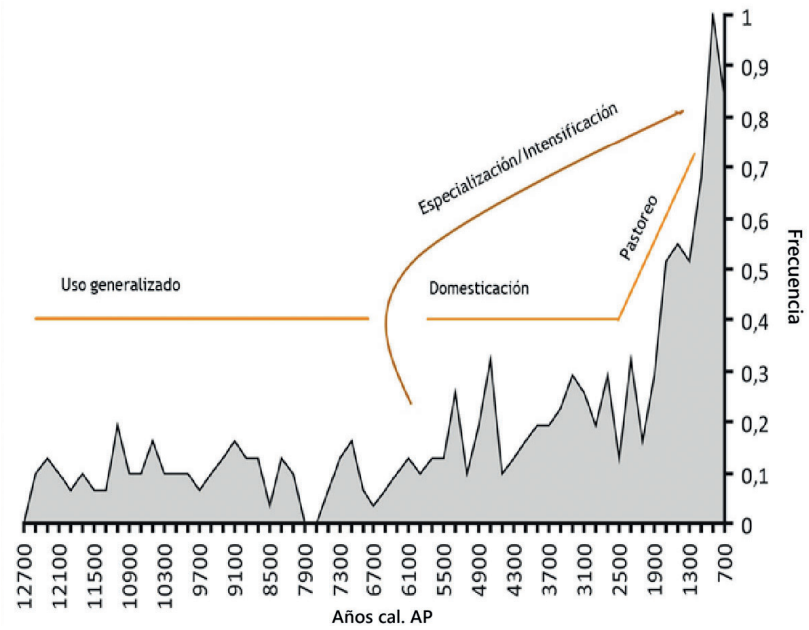
[2] La homogeneidad en el tamaño de los individuos domesticados es obtenida a través de la intervención humana en la reproducción. Esta injerencia se logra luego del amansado y en un lugar físico de confinamiento de la manada. Por lo tanto, la homogeneidad de tamaños es un proxy de la existencia de corrales.

donde los indicadores de domesticación temprana en la Puna de Junín ocurrieron entre el 5470 y 3480 cal AP (Moore 2016). Una reciente revisión de los restos óseos y nuevos fechados radiocarbónicos del sitio Telarmachay determinaron la aparición de "formas intermedias" de tamaños de camélidos ubicadas entre vicuñas y guanacos que fueron atribuidos al manejo humano entre *ca.* 7100 y 4500 cal AP y llamas y alpacas a partir de esta última fecha (Le Neün *et al.* 2023, 2026). En el sur de Perú, en el valle de Osmore, la evidencia de domesticación está documentada entre 4090 y 3677 cal AP (Aldenderfer 1998).

Al contrario del proceso ambiental que se sostiene para la Puna de Junín (Le Neün *et al.* 2026), la fragmentación ambiental que se produjo en los Andes del Sur a partir de *ca.* 8000 cal AP promovió la agregación de los humanos y la vida silvestre en parches resilientes, cercanos a los humedales, creando las condiciones para el desarrollo de una relación más cercana y estable entre las personas y los camélidos. Después, como una condición para la habituación y protección del rebaño, las comunidades humanas redujeron su movilidad, estableciendo sus residencias en estas áreas donde los recursos para el pastoreo estaban más concentrados. Todo el período de tiempo caracterizado por la protección de manada también fue acompañado por un incremento en la población humana. Los sitios arqueológicos muestran evidencias de ocupaciones más intensas en este tiempo y desde *ca.* 4900 cal AP, la aparición de sitios aglomerados con recintos de piedra —llamados aldeas en la literatura arqueológica— podrían haber funcionado como lugares donde las poblaciones humanas se reunían periódicamente (Núñez y Perlès 2018). Sabemos, por otras evidencias, que a partir del Holoceno medio funcionaban mecanismos de agregación poblacional entre los cazadores recolectores andinos que podían concentrar centenares de personas en un lugar de manera temporaria (Yacobaccio *et al.* 2023).

Por otro lado, modelos bayesianos de fechados radiocarbónicos provenientes de sitios arqueológicos en esta región, tomados como indicadores de la demografía humana, sugieren que después del 6177 cal AP, las señales antropogénicas se incrementaron, alcanzando su máximo en el 4700 cal AP (Muscio y López 2016). Esta fecha se correlaciona muy bien con la aparición de los corrales en el registro arqueológico, que apunta a una intensificación del proceso de domesticación de los camélidos (figura 2). Esto es un hallazgo significativo porque, para la difusión de una innovación —en este caso, animales domesticados— es necesario que exista una red de interacción de largo alcance sostenidas por poblaciones grandes e interconectadas. La evidencia de estas redes de interacción puede ser proporcionada por la existencia de llamas domesticadas en los valles meso y microtermales y las tierras bajas de la región del Chaco desde al menos 2100 cal AP, y en el valle de Mauro (Chile central) que revela una dispersión relativamente rápida de esta innovación.

Tomando los Andes en su conjunto, el conocimiento que tenemos sobre la domesticación de los camélidos es todavía muy fragmentario, ya que hay porciones de territorio sin evi-




■ **Figura 2.** Economía de los camélidos en el tiempo sobre la base del modelo bayesiano de Muscio y López (2016).

dencia arqueológica en el período que nos concierne. De cualquier manera, parece consolidarse la idea de la existencia de varios centros o mosaicos de domesticación localizados en los Andes Centrales (Puna de Junín), la zona suroeste del Lago Titicaca y los Andes Centro Sur del norte de Chile y Argentina. Igualmente, se necesitan más estudios genéticos y químicos sobre materiales antiguos para afirmar esta idea.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Hernán Muscio y Gabriel López que me cedieron su figura del modelo bayesiano que es la base de la figura 2. A Paloma Díaz -Marotto por facilitarme la información sobre su investigación. A los revisores por sus comentarios.

## BIBLIOGRAFÍA

Abbonna, C. C., G. Neme, J. Jonhson, T. Kim, A. Gil y S. Wolverton 2020. Were domestic camelids present on the prehispanic South American agricultural frontier? An ancient DNA study. *PLoS ONE* 15: e0240474. https://doi:10.1371/journal.pone.0240474.

Aldenderfer, M. S. 1998. *Montane foragers. Asana and the south-Central Andean Archaic*. Iowa City, University of Iowa Press.

Aldenderfer, M. S. y L. Flores Blanco 2011. Reflexiones para avanzar en los estudios del período arcaico en los Andes Centro -Sur. *Chungara* 43: 531–550.

Aschero, C. A. y J. Martínez 2001. Técnicas de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 26: 215–241.

Barreta, J., B. Gutiérrez-Gil, V. Iñiguez, V. Saavedra, R. Chiri, E. Latorre y J. J. Arranz 2013. Analysis of mitochondrial DNA in Bolivian llama, alpaca and vicuna populations: a contribution to the phylogeny of the South American camelids. *Animal Genetics* 44: 158–168.

Bellotti López de Medina, C. 2025. Comparación de aproximaciones cuantitativas a la osteometría de camélidos andinos en el Noroeste Argentino. *Comechingonia* 29(3): 75-121.

Cartajena, I. 2009. Explorando la variabilidad morfométrica del conjunto de camélidos pequeños durante el Arcaico Tardío y el Formativo Temprano en Quebrada Tulán, norte de Chile. *Revista del Museo de Antropología* 2: 199–212.

Cartajena, I., L. Núñez y M. Grosjean 2007. Camelid domestication on the western slope of the Puna de Atacama, northern Chile. *Anthropozoologica* 42: 155–173.

Crispo, E. 2007. The Baldwin effect and genetic assimilation: revisiting two mechanisms of evolutionary change mediated by phenotypic plasticity. *Evolution* 61: 2469–2479.

Darwin, C. R. 1868. *The variation of animals and plants under domestication*. London, J. Murray. 2 vols.

Del Papa, L. M. 2020. Diferenciación de camélidos en la región Chaco-Santiagueña (Argentina) para el período Agroalfarero (350–1550 dC). *Latin American Antiquity* 31: 375–391.

Díaz-Marotto, P. 2018. ADN antiguo y los camélidos sudamericanos: Un aporte metodológico para la identificación taxonómica de restos óseos de camélidos durante la Fase Tilocalar (3.200–2.300 A.P.) en los sitios Tulán-54 y Tulán-85, Norte de Chile. Tesis para optar al grado de Doctora, Universidad de Tarapacá/Universidad Católica del Norte.

Díaz-Maroto, P. F., A. J. Hansen y A. Rey-Iglesia 2019. The first complete mitochondrial genome of an ancient South American vicuña, Vicugna vicugna, from Tulán-54 (3200–2400 B.P. Northern Chile). *Mitochondrial DNA* Part B 4(1): 340–341.

Díaz-Maroto, P. F., A. Rey-Iglesia, I. Cartajena, L. Núñez, L., Westbury, M. Varas, V. Moraga, P. F. Campos, P. Orozco-terWengel, J. C. Marín y A. J. Hansen 2021. Ancient DNA reveals the lost domestication history of South American camelids in Northern Chile and across the Andes. e*Life* 10:e63390

Francis, R. C. 2015. *Domesticated: evolution in a man-made world*. New York /London, Norton & Company Inc.

Gasco, A., E. Marsh y J. Kent 2014. Clarificando variables osteométricas para la primera falange de camélidos sudamericanos. *Intersecciones en Antropología* 15: 131–138.

Hernández, A. y L. L'Hereux 2019. Lineamientos metodológicos para la aplicación de técnicas de morfometría geométrica en el estudio de los camélidos sudamericanos. *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (Series Especiales)* 7: 126–134.

Izeta, A. 2008. Late Holocene camelid use tendencies in two different ecological zone of Northwestern Argentina. *Quaternary International* 180: 135–144.

Izeta, A. 2010. Variabilidad osteométrica de sitios arqueológicos del NOA. En M. A. Gutiérrez, M. De Nigris, P. M. Fernández, M. Giardina, A. Gil, A. Izeta, G. Neme y H. Yacobaccio (eds), *Zooarqueología a principios del siglo XXI*: 29–38. Buenos Aires, Ediciones del Espinillo.

Kadwell, M., M. Fernandez, H. F. Stanley, J. C. Wheeler, R. Rosadio y M. Bruford 2001. Genetic analysis reveals the wild ancestors of the llama and alpaca. *Proceedings of the Royal Society* of *London, Series B* 268: 2575–2584.

Labarca, R. y F. Gallardo 2015. The domestic camelids (Cetartiodactyla: Camelidae) from the Middle Formative cemetery of Topater 1 (Atacama Desert, Northern Chile): osteometric and palaeopathological evidence of cargo animals. *International Journal of Osteoarchaeology* 25: 61–73.

Larson, G., y D. Q. Fuller 2014. The evolution of animal domestication. *Annual Review of Ecology and Evolutionary Systematics* 66: 115–36.

Lema, V. 2017. Del objeto al contexto: la(s) capa(s) "E" de Huachichocana III. *Chungara* 49: 209–226.

LeNeün, M., E. Dufour, A. Zazzo, O. Tombret, F. Thil J. Wheeler, T. Cucchi y N. Goepfert 2023. Holocene occupation of the Andean highlands: a new radiocarbon chronology for the Telarmachay rockshelter (Central Andes, Peru). *Quaternary Science Reviews* 312: 108–146.

Le Neün, M., E. Dufour, D. Neaux, S. Bréhard, D. Fiorillo, J. C. Wheeler, N. Goepfert y T. Cucchi 2026. New insights into the domestication process of South American camelids at Telarmachay (Peru) from 9,000 to 4,500 years before present (BP). *Quaternary Science Reviews* 376. https://doi.org/10.1016/j.quascirev.2026.109819

López, P., D. Villalón y B. Rivera 2022. Zooarqueología de todo un valle: cambios en el consumo de animales en los últimos 3.400 años en el Valle de Mauro, Norte Semiárido de Chile (31°s). *Archaeofauna* 31: 77–95.

Marín, J. C., C. S. Casey, M. Kadwell, K. Yaya, D. Hoces, J. Olazabal, R. Rosadio, J. Rodriguez, A. Spotorno, M. W. Bruford y J. C. Wheeler 2007. Mitochondrial phylogeography and demographic history of the vicuña: implications for conservation. *Heredity* (Edinb) 99: 70–80.

Marín, J. C., K. Romero, R. Rivera, W. E. Johnson y B. A. González 2017. Y-chromosome and mtDNA variation confirms independent domestications and directional hybridization in South American camelids. *Animal Genetics* 48: 591–595.

Mercolli, P. H. 2019. La importancia de los recursos silvestres y el manejo de los rebaños de llamas por parte de las sociedades humanas en la Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina (0-1536 d.C.). Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Moore, K. 2016. Early domesticated camelids in the Andes. En J. M. Capriles y N. Tripcevich (eds.), *The archaeology of Andean pastoralism*: 17–38. Albuquerque, The University of New Mexico Press.

Muscio, H. J., y G. E. López 2016. Radiocarbon dates and anthropogenic signal in the South-Central Andes (12,500–600 cal years BP). *Journal of Archaeological Science* 65: 93–102.

Núñez, L. y C. Perlès 2018. Ceremonialismo y congregación durante la transición arcaico tardío y formativo temprano en la circumpuna de Atacama (norte de Chile). *Revista de Geografía del Norte Grande* 70: 183–209.

O'Hare, C., P. Díaz-Maroto, I. Cartajena y M. V. Westbury 2025. Palaeogenomics suggest domesticated camelid herding and wild camelid hunting in early pastoralist societies in the Atacama Desert. *bioRxiv* https://doi.org/10.1101/2024.10.09.617380.

Pérez de Micou, C. 2012. Bozales y sogas de Pueblo Viejo, quebrada de Tucute (Jujuy, Argentina) en la colección Uhle del Ethnologisches Museum (Museo Etnológico), *Baessler–Archiv* Band 60: 1–10.

Price, E. O. 1984. Behavioral aspects of animal domestication. *Quaternary Review of Biology* 59: 1–32.

Price, E. O. 2002. *Animal domestication and behavior*. Wallingford, CABI Publishing.

Vilá, B. L. 2012. *Camélidos Sudamericanos*. Buenos Aires, EUDEBA.

Weinstock, J., B. Shapiro, A. Prieto, J. C. Marín, B. A. González, M. Thomas, P. Gilbert y E. Willerslev 2009. The Late Pleistocene distribution of vicuñas (*Vicugna vicugna*) and the "extinction" of the gracile llama *("Lama gracilis"*): new molecular data. *Quaternary Science Review* 28: 1369–1373.

Westbury, M., S. Prost, A. Seelenfreund, J. M. Ramírez, E. A. Matisoo-Smith y M. Knapp 2016. First complete mitochondrial genome data from ancient South American camelids – the mystery of the chilihueques from Isla Mocha (Chile). *Science Reports* 6: 38708. https://doi:10.1038/srep38708

Wheeler, J. C., L. Chikhi, y M. W. Bruford 2006. Genetic analysis of the origins of domestic South American camelids. En M. A. Zeder, D. G. Bradley, E. Emswhiller y B. D. Smith (eds.), *Documenting domestication. New genetic and archaeological paradigms*: 329–341. Berkeley, University of California Press.

Yacobaccio, H. D. 2013. Towards a human ecology for the middle Holocene in the southern Puna. *Quaternary International* 307: 24–30.

Yacobaccio, H. D. 2021. The domestication of South American camelids: a review. *Animal Frontiers* 11: 44–51.

Yacobaccio, H. D., M. R. Morales y R. Hoguin 2017. Habitats of ancient hunter-gatherers in the Puna: resilience and discontinuities during the Holocene. *Journal of Anthropological Archaeology* 46: 92–100.

Yacobaccio, H. D., C. T. Samec, G. Marcoppido y B. Vilá 2018. Domesticación de camélidos y patologías óseas: un caso de estudio de la puna Argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* (Series Especiales) 6: 71–79.

Yacobaccio, H. D. y B. Vilá 2016. A model for llama (*Lama glama* Linnaeus, 1758) domestication in the southern Andes. *Anthropozoologica* 51: 5–13.

Yacobaccio, H. D., F. Gallardo y M. Sepúlveda 2023. Interacción humano-camélido en la Puna de Atacama (área surandina): Caza y demografía humana desde el arte rupestre. *Latin American Antiquity* 34: 276–294.
Zeder, M. 2012. Pathways to animal domestication. En P. Gepts, T. R. Famula, R. L. Bettinger, S. B.Brush, A. B. Damania, P. E. McGuire y C. O. Qualset (eds.), *Biodiversity in Agriculture: Domestication, Evolution, and Sustainability*: 227-259. Cambridge, Cambridge University Press.

# LAS PRÁCTICAS ALIMENTARIAS DESDE UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA

**Paula Escosteguy[1], Silvina T. Seguí[2], Miranda Rivas Gonzalez[3], Mercedes Rocco[4], Alejandro Fernandez[5] y Ariana Andrade[6]**

[1]CONICET - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | pdescosteguy@uba.ar
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | silvisegui@gmail.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras. UBA | miririvasgonzalez@hotmail.com
[4]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | mercedesrocco@gmail.com
[5]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | alejandro.fernandez@uba.ar
[6]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | andrade.ariana84@gmail.com

**RESUMEN:** Las prácticas alimentarias forman parte de las actividades domésticas, repetidas y rutinarias que se desarrollan en el marco de tradiciones, valores normativos y expectativas compartidas dentro de una sociedad determinada. En este capítulo se presenta una síntesis de cómo este tema es abordado desde la arqueología, integrando distintas perspectivas teóricas y metodológicas. A su vez, se incluye, a modo de ejemplo, el caso de estudio de la Depresión del río Salado bonaerense. Se focaliza en las distintas etapas y actividades que conforman la transformación de un recurso en alimento, incluyendo su obtención, procesamiento, preparación y cocción, así como su posterior presentación, consumo y descarte. A lo largo del texto, se mencionan las contribuciones de distintas disciplinas que han enriquecido las investigaciones de las prácticas alimentarias desde una perspectiva arqueológica. Asimismo, se abordan los estudios sobre la materialidad involucrada en estas prácticas y sobre los restos de animales y vegetales que pueden ser recuperados en contextos arqueológicos.

**ABSTRACT**: Foodways are part of the domestic, repetitive and routine activities that develop within the framework of shared traditions, norms and expectations of a society. This chapter presents an overview of the way this topic is approached from archaeology, integrating different theoretical and methodological perspectives. Also, the case study of the Salado River Depression in Buenos Aires Province is included as an example. The focus is on the diversity of stages and activities that comprise the process of transforming a resource into food, including its procurement, processing, preparation, and cooking, as well as its subsequent presentation, consumption, and disposal. Throughout the text, the contributions of different disciplines that have enriched the study of food practices from an archaeological perspective are mentioned. Furthermore, studies on the materiality involved in these practices and on the animal and plant remains that can be recovered in archaeological contexts are addressed.

## INTRODUCCIÓN

La alimentación constituye una de las dimensiones más significativas de la vida social. Su abordaje resulta complejo, ya que involucra tanto aspectos biológicos como culturales. Mediante su estudio se accede a los conocimientos técnicos, los vínculos sociales y las materialidades que intervienen en cada etapa del proceso de preparación y consumo de los alimentos. En este capítulo se enfatiza en las actividades y materialidades involucradas en dicho proceso. Con el fin de sistematizar diversos abordajes teóricos, en la tabla 1 se resumen aquellos empleados en la arqueología de la alimentación. En este trabajo se propone organizar estas perspectivas según sus enfoques generales: Cadena operativa/arqueología culinaria, ecológico-adaptativo/funcionalista, económica/política, simbólica/cultural, social/identitaria, interdisciplinaria (en esta última se incluyen diversas corrientes latinoamericanas contemporáneas). A continuación, se desarrollan sus características, con referencia, en algunos casos, a marcos teóricos particulares.

El gran aporte de la arqueología a la comprensión de los hábitos alimentarios es que posibilita estudiarlos a lo largo del tiempo y del espacio de una manera que ninguna otra disciplina puede hacerlo (Twiss 2019). Tradicionalmente, desde nuestra disciplina se ha teorizado sobre el tema focalizando en la cuestión de evitar el hambre, por ejemplo, al indagar sobre la productividad técnica o el estudio de las calorías (Hastorf 2016). A su vez, la orientación materialista y el prolongado predominio de perspectivas centradas en aspectos tecnoeconómicos y ecológicos promovieron un marcado interés por las formas de subsistencia del pasado (Bonomo *et al*. 2019).

Desde la ecología evolutiva, a partir de las décadas de 1970 y 1980, se propuso estudiar la alimentación mediante la aplicación de modelos matemáticos orientados a explicar la conducta humana, al indagar sobre las motivaciones subyacentes a la búsqueda y explotación de recursos. En este marco se desarrolló la teoría de la depredación óptima (*optimal foraging theory*), que pone el foco en las estrategias que permiten obtener mayores beneficios al momento de interactuar con el ambiente. Desde esta perspectiva se desprenden modelos predictivos como el de amplitud de la dieta y el de permanencia en el parche de recursos (para más detalles véase Smith y Winterhalder 1981; Muscio y López 2007; Bonomo *et al*. 2019). Si bien estos modelos han sido ampliamente utilizados para explicar decisiones económicas vinculadas al uso de recursos, presentan limitaciones para abordar el rol y la influencia de otros factores sociales, políticos y simbólicos en dichas decisiones sobre la alimentación.

En las últimas décadas, se han integrado los factores sociales a la interpretación de las actividades que anteriormente eran concebidas desde una perspectiva económica. Por ello, el concepto de comida comenzó a entenderse como un producto cultural que involucra a diversos agentes sociales, más allá de los aspectos técnicos (Montón Subías 2002). Mediante

la preparación y el consumo, los recursos vegetales y animales se transforman en alimentos que, al igual que otros elementos materiales, cumplen funciones biológicas y económicas, pero también conllevan múltiples significados simbólicos (Milner y Miracle 2002). Tal como plantea Graff (2020), las prácticas alimentarias (especialmente aquellas vinculadas con la preparación) constituyen un espacio que permite visibilizar dimensiones centrales de la vida social, religiosa, económica y política de los grupos humanos. Por su parte, Hastorf (2016) señala que la acción de comer es tan básica para la vida que, en los estudios sobre las sociedades del pasado, suele ignorarse su centralidad: se trata de una actividad ordinaria que, al mismo tiempo, tiene numerosas consecuencias emocionales y sociales.

En este marco, resulta pertinente distinguir entre los conceptos de dieta, subsistencia y comida, que, si bien están estrechamente vinculados, remiten a dimensiones analíticas diferentes. Siguiendo a Hastorf (2016), la primera se define como los alimentos que son ingeridos y sus calorías; la subsistencia se refiere al mantenimiento de la vida, el crecimiento y la reproducción; finalmente, la comida abarca no solo la alimentación física, sino también sus dimensiones sociales, cognitivas y simbólicas. Esta distinción permite superar enfoques centrados exclusivamente en la obtención de nutrientes y resaltar el carácter culturalmente situado de las prácticas alimentarias (Mintz y Du Bois 2002; Holtzman 2006; Twiss 2019).

Desde esta perspectiva, la comida constituye un fenómeno que comprende tanto aspectos empíricos como intangibles: entre los primeros se incluye la tecnología, mientras que entre los segundos pueden mencionarse las relaciones sociales involucradas en las distintas etapas del proceso alimentario (por ej., durante la distribución de alimentos y prácticas de comensalidad). Esta concepción de la comida abarca desde la obtención de los ingredientes, pasando por todas las etapas intermedias de elaboración, hasta el producto final preparado y listo para el consumo, así como los subproductos y restos asociados con la combinación, preparación y consumo de alimentos y, por último, su descarte (Samuel 1996). Así, se distinguen etapas que implican una secuencia de actividades que, contextualizadas, dan lugar a tradiciones culinarias específicas (Hastorf 2016). Estas consideraciones pueden vincularse con algunos aportes provenientes de la antropología de la alimentación. Tal como propone Aguirre (2016), la alimentación constituye siempre un evento situado en un espacio-tiempo determinado e inserto dentro de una sociedad específica. En consecuencia, el estudio de la alimentación nos permite conocer a esa sociedad y a sus comensales.

Como se mencionó anteriormente, la alimentación es un hecho fundamental para la existencia humana y su estudio, a partir de la evidencia arqueológica, puede seguir distintas vías analíticas que implican el uso de diversas fuentes de información. Entre estas se incluyen la biología, la experimentación y las investigaciones etnográficas (Samuel 1996), así como la etnoarqueología y la arqueometría. Estas disciplinas suelen aportar datos sobre aspectos que no pueden observarse directamente en el registro arqueológico. Desde

■ **Tabla 1.** Síntesis de las perspectivas teóricas usadas en la arqueología de la alimentación.

| Perspectivas teóricas | Conceptos clave | Temas principales de investigación | Alcances | Limitaciones | Algunos ejemplos |
|---|---|---|---|---|---|
| Cadena operativa/ Arqueología culinaria | -Secuencias y decisiones técnicas implicadas en la producción de alimentos | -Énfasis en las etapas del proceso técnico.<br>-Modelo tecnológico de Leroi-Gourhan. | -Permite dividir en partes hechos sociales complejos. | -Son divisiones analíticas; en la realidad están integradas. | Gifford- Gonzalez 2018; González *et al*. 2012 |
| Ecológico-adaptativo/ funcionalista | -Adaptación al entorno y subsistencia | -Se centra en la subsistencia y la relación entre alimentación y entorno natural.<br>-Modelos cuantitativos de toma de decisiones alimentarias humanas. | -Distingue rasgos culturales de variables operativas. | - No enfatiza las decisiones sociales e individuales o simbólicas.<br>-Aumento del riesgo de reduccionismo biológico | Smith y Winterhalder 1981; Muscio y López 2007 |
| Económica / Política | -Producción, intercambio y poder | -La alimentación como parte de los sistemas de producción, intercambio y poder.<br>-La comida se entiende como un recurso que puede generar desigualdad, jerarquías sociales y control político. | -Vincula la alimentación con los sistemas económicos y las relaciones políticas que organizan la producción, distribución y consumo. | -Puede sobredimensionar el aspecto material y de control.<br>-Menor atención a los significados culturales.<br>-Riesgo de ver la comida solo como recurso. | Twiss 2019 y bibliografía ahí citada; Dantas 2014 |
| Simbólica/cultural | -Significados rituales y tabúes | -Analiza tabúes, rituales, festividades y significados asociados a ciertos alimentos. | -Reconoce la comida como lenguaje social y ritual.<br>-Aporta profundidad cultural y simbólica. | -Puede dejar de lado la dimensión material y ecológica.<br>-Dificultad de contrastación arqueológica.<br>-Riesgo de subjetividad en la interpretación. | Goody 1995; Graff 2020 |
| Social/identitaria | -Diferencias sociales y de género | -La alimentación como práctica que construye identidades colectivas e individuales.<br>-Se estudian diferencias de género, edad, clase y etnicidad reflejadas en dietas y hábitos culinarios. | -Abarca temáticas innovadoras que solían subestimarse en los estudios arqueológicos. | -Puede fragmentar demasiado el análisis.<br>-Requiere evidencia sólida para sostener diferencias.<br>-Riesgo de proyectar categorías actuales. | Marschoff 2007 |
| Interdisciplinaria | Abordajes complementarios y múltiples | -Integración de diversas líneas de evidencia.<br>-Busca reconstruir tanto la dieta como los significados sociales de la alimentación.<br>-Suelen utilizarse visiones integradoras con diferentes marcos teóricos. | -Alimentación como fenómeno biocultural.<br>-Aminoran el riesgo de reduccionismo. | -La falta de un marco teórico claro puede dificultar su integración. | Pazzarelli 2011; Babot *et al.* 2012 |

el registro material, resulta complejo abordar el simbolismo de los alimentos, así como su manipulación y su contribución a las estrategias sociales. Por este motivo, Milner y Miracle (2002) señalan la necesidad de avanzar hacia enfoques metodológicos rigurosos que permitan evaluar de manera crítica las interpretaciones sobre el rol social de la comida. No obstante, esto ha sido ampliamente documentado en numerosas investigaciones etnoarqueológicas, que han evidenciado la incidencia de diversos factores en el aprovechamiento y consumo de los recursos. Si bien estos factores resultan centrales para la comprensión de las prácticas alimentarias, no siempre presentan un correlato directo en el registro arqueológico. Algunas de estas variables incluyen las diferencias etarias y de género, los tabúes alimenticios, las preferencias de algunos alimentos o sabores, la habilidad o destreza para obtener ciertos animales y las prácticas de compartir alimentos (Politis 2007; Gifford-Gonzalez 2018, entre otros).

## ETAPAS DE LA PREPARACIÓN DE ALIMENTOS: ACTIVIDADES Y MATERIALIDAD ASOCIADA

Tal como se anticipó, previo a la ingesta de alimentos existe un entramado de decisiones, tecnologías y conocimientos que se ponen en juego. Para su abordaje, es posible considerar distintas etapas del proceso alimentario (por ej., Marschoff 2007; Hastorf 2016; Bonomo *et al*. 2019). Cabe señalar que estas no deben entenderse como una secuencia rígida, unilineal o universal. Por el contrario, pueden solaparse, reiterarse o variar según los contextos sociales, históricos y ambientales. En ese sentido, su delimitación responde a un propósito analítico más que a la descripción de un proceso lineal o normativo (Hastorf 2016; Bonomo *et al*. 2019). A lo largo de estas etapas se desarrollan tareas que tienen consecuencias materiales (tanto macro como microscópicas). Para su análisis se pueden aplicar diversos enfoques metodológicos que se presentan en la tabla 2; allí se sintetizan los indicadores que utilizan, la información que se puede obtener, sus alcances y limitaciones. Asimismo, se incluyen citas sobre estudios de caso, revisiones temáticas o propuestas metodológicas. Junto a las metodologías de estudio sobre los hallazgos, se suman otras vías analíticas que permiten obtener información para la interpretación de las prácticas alimentarias. Por ejemplo, las investigaciones experimentales posibilitaron registrar los gestos técnicos realizados al procesar los alimentos y sus vínculos con las marcas dejadas por los instrumentos (Lyman 1994). Por su parte, grandes aportes fueron realizados desde los estudios etnoarqueológicos que, entre otras cosas, permitieron precisar tiempos y costos de traslado de presas (Politis 2007; Gifford-Gonzalez 2018, entre otros). Finalmente, los documentos históricos pueden ofrecer una gran variedad de datos sobre las acciones alimentarias que enriquecen las interpretaciones y las preguntas sobre el registro arqueológico (Marschoff 2007; Lanza 2018; Pineau *et al.* 2022).

■ **Tabla 2**. Metodologías utilizadas en arqueología de la alimentación.

| Línea de Evidencia / Abordaje | | Indicadores | Aportes | Alcances | Limitaciones | Algunos ejemplos |
|---|---|---|---|---|---|---|
| **Arqueobotánica** | **Macrorrestos** | -Hojas, tallos, raíces, tubérculos, flores, semillas y frutos conservados o carbonizados. En ocasiones, recuperados mediante flotación o tamizado. | -Taxones de plantas recolectadas y cultivadas; prácticas de procesamiento y consumo. -Puede informar sobre modalidades de procesamiento. | -Identificación taxonómica directa de alimentos vegetales y reconocimiento de áreas de actividad | -Sesgos de preservación y de muestreo. -Subrepresentación de plantas blandas y procesadas. | - Lema 2009 |
| | **Microrrestos** | -Granos de almidón, fitolitos y polen hallados en sedimentos, tártaro (sarro dental) y superficies de artefactos. | -Puede detectar especies o grupos no preservados macroscópicamente. - Puede informar sobre modalidades de procesamiento. | -Alta sensibilidad a plantas específicas. | -Problemas de contaminación y preservación diferencial. -Muestras pequeñas e identificación taxonómica limitada, en algunos casos. | - Babot 2009 |
| **Zooarqueología** | | -Restos de animales (huesos, cuero, astas, pelos, etc.). -Representación anatómica y taxonómica. -Marcas de corte, fracturas, alteraciones térmicas. -Perfiles etarios y sexuales. | -Evidencia de caza, pesca, pastoreo, ganadería; identificación de especies aprovechadas, procesamiento y consumo; patrones de acceso y selección. | -Evidencia de consumo animal. -Manejo del rebaño. -Permite inferir decisiones económicas y rituales. | -Sesgos por la preservación y la recuperación diferencial de restos. -Patrones de descarte cultural; problemas de equifinalidad. | -Lyman 1999 -Mengoni Goñalons 1999 |
| **Análisis tecnofuncionales** | | -Artefactos asociados a la alimentación. -Huellas de uso microscópicas (pulido, desgaste, estrías). -Trazas térmicas. | - Técnicas de procesamiento. - Función de los artefactos. - Secuencias operativas vinculadas a la preparación de alimentos. | -Permite inferir usos y funciones. | - Alteraciones postdepositacionales pueden obliterar las huellas de uso. - Problemas de equifinalidad. | -Cattáneo 2023 - Rivas Gonzalez y Conconi 2024 |
| **Análisis de residuos orgánicos** | | -Restos orgánicos absorbidos o adheridos a las superficies de artefactos. | -Informa sobre categorías amplias de recursos, no sobre taxones, uso de los recipientes y tipo de recursos procesados (por ej., grasas, procesamiento de productos de origen animal, acuático y plantas oleaginosas o cerosas). | -Posibilita la distinción de lípidos lácteos, cárnicos y vegetales. | -Sesgo hacia las grasas animales, que pueden enmascarar marcadores vegetales. -No identifica ingredientes específicos ni especies vegetales concretas. -Ausencia de base de datos comparativas. | -Evershed 2008 -González y Frère 2019 |
| **Isótopos estables (C, N, S, O, Sr)** | | -Colágeno óseo, dentina o apatita dental, aminoácidos o ácidos grasos. | -Fuentes dietéticas amplias (plantas C3 o C4, alimentos marinos o de agua dulce, nivel trófico), movilidad (Sr, O), productos lácteos o carne. | -Integran señales dietarias a largo plazo. -Puede aumentar la especificidad taxonómica. -Plazos de absorción diferencial informan sobre distintos momentos de la vida del individuo. | -No identifican alimentos puntuales. -Ausencia de líneas de base locales. -Equifinalidad producida por efectos ambientales o fisiológicos. | -Panarello *et al.* 2021 |

Continua en página siguiente.

| Línea de Evidencia / Abordaje | Indicadores | Aportes | Alcances | Limitaciones | Algunos ejemplos |
|---|---|---|---|---|---|
| **Proteínas antiguas** | -Permite obtener información de proteínas extraídas de huesos, tártaro, contenido estomacal, residuos en artefactos. | -Señales dietéticas específicas de especies y tejidos; microbioma y marcadores de enfermedades. | -Potencial identificación precisa de taxones y de tejidos.<br>-Mejor preservación que el ADN en ciertos contextos. | -Sesgos en la obtención de muestras, generación de bases de datos y sobrerrepresentación de proteínas abundantes que pueden enmascarar otras. | -Hendy 2021 |
| **ADN antiguo** | -ADN antiguo de restos óseos, cálculos renales, paleofecas y sedimentos. | -Presencia taxonómica de especies consumidas, microbios y contexto ambiental; genómica poblacional cuando se recupera el ADN del huésped. | -Amplía la detección taxonómica que incluye alimentos no duraderos.<br>- Información a nivel comunitario (microbioma). | -Problemas de contaminación y supervivencia diferencial del ADN. | - Piperno 2011 |
| **Paleoparasitología** | -Huevos y especímenes adultos de parásitos y ADN de patógenos antiguos en coprolitos y sedimentos. | -Componentes dietéticos (parásitos vegetales o animales ingeridos),<br>- Condiciones sanitarias.<br>- Vínculo entre alimentación y salud. | -Evidencia directa que vincula dieta, preparación de alimentos y salud. | -Sensible a procesos de formación y contaminación. | -Rodríguez *et al*. 2024 |
| **Estudios actualísticos (Etnoarqueología y Arqueología experimental)** | -Registros etnográficos y etnoarqueológicos; huellas de procesamiento y de uso, alteraciones térmicas y residuos generados experimentalmente, entre otros. | -Prácticas sociales relacionadas con la alimentación y la materialidad asociada.<br>-Procesos implicados en las diferentes etapas del acto de alimentarse.<br>-Identificación de problemas de equifinalidad. | -Uso de referentes actuales para interpretar prácticas alimentarias pasadas.<br>-Permite contrastar hipótesis. | -Uso excesivo de analogías.<br>-La disminución de referentes actuales limita la identificación de variabilidad.<br>-El diseño experimental puede sesgar los resultados. | - Politis 2007;<br>- Rivas Gonzalez y Conconi 2024 |
| **Documentos históricos** | -Recetarios, fotos, pinturas, testamentos, libros de viajeros, misioneros, diarios, revistas, documentos oficiales, etc. | -Disponibilidad y elección de alimentos, tipos de procesamiento, materialidades relacionadas con las prácticas alimentarias, comensalidad. | -Pueden evidenciar vínculos con otras poblaciones.<br>-Permite identificar patrones de uso de los objetos asociados a la alimentación.<br>-Posibilita afinar la cronología de los sitios. | - Registros generados intencionalmente pueden estar sesgados. | -Marschoff 2007<br>-Pineau *et al*. 2022 |

## Obtención

La primera etapa corresponde a la obtención de los recursos. En el caso de aquellos de origen animal, se aprovechan diversos productos: carne, grasa, médula, sangre, huesos, larvas o secreciones, como la miel. Estos pueden obtenerse mediante recolección, carroñeo, caza, pesca, cría, compra u obsequio. Algunos ejemplos son la recolección de huevos o moluscos, el aprovechamiento de carcasas abandonadas por depredadores y la captura

de animales, tanto de manera individual como en masa. Ciertas formas de acceso a los recursos alimentarios generan importantes cambios en los vínculos entre las personas y los animales, tales como la cría de animales (silvestres y domesticados), mientras que ciertas formas de obtenerlos se estructuran a partir de interacciones sociales, como la compra (en el caso de sociedades con mercados) o el obsequio (Vilá y Yacobaccio 2013; Frontini *et al*. 2025). Estas modalidades de acceso demuestran que la disponibilidad de alimentos no depende exclusivamente de estrategias de captura o recolección, sino también de vínculos sociales, normas y sistemas de circulación de bienes. Es importante considerar que las estrategias de caza y demás formas de obtención de recursos faunísticos pueden verse condicionadas por los desplazamientos estacionales de las especies, lo que deriva en una distribución espacial heterogénea. En este marco, los productos animales pueden someterse a distintas prácticas destinadas a prolongar su vida útil, como el procesamiento, la conservación y el almacenamiento, en relación con estrategias de consumo diferido y gestión del riesgo (Hastorf 2016; Gifford-Gonzalez 2018).

Estos métodos de obtención se relacionan con aspectos sociales, históricos y simbólicos de las sociedades en las que dichas prácticas se desarrollan y, en este sentido, resulta clave tener en cuenta los criterios de selección de la fauna considerada deseable. Entre los más frecuentes se encuentran el tamaño corporal o porte de las presas; la disponibilidad espacio-temporal; el comportamiento de las especies, ya sean gregarias, solitarias o migratorias, entre otras. Asimismo, hay animales que no son deseables para la alimentación debido a su asociación con determinadas concepciones cosmológicas de ese grupo humano o bien, son excluidos por cuestiones de palatabilidad (Politis 2007; Escosteguy 2014; Aguirre 2016; Twiss 2019).

Por su parte, los recursos vegetales también se pueden obtener de diversas maneras, por ejemplo, mediante la recolección del entorno natural (Lema 2009; Piperno 2011). Así, el manejo antrópico de especies vegetales presenta diversos aspectos o estrategias que generan distintos resultados. Estas involucran una mayor manipulación de los recursos hasta alcanzar la forma final domesticada, en la cual el accionar humano prolongado alteró sustancialmente el sistema reproductivo de la planta, que ahora depende de las personas para sobrevivir (Lema 2009; Vilá y Yacobaccio 2013). Otra etapa para considerar es el cultivo, que implica manipular el ambiente con el fin de incentivar el crecimiento y la productividad de las plantas. Este proceso comprende actividades como la protección, la siembra, la labranza o el trasplante de vegetales (Lema 2009; Bonomo *et al*. 2019). Otros conceptos que nos permiten entender en mayor profundidad las interacciones entre personas y comunidades vegetales son los de horticultura y agricultura. Así, la horticultura puede definirse como un "cultivo a pequeña escala en el que se mezclan diferentes plantas domésticas, híbridas, intermedias, malezas y silvestres útiles a diferencia de la agricultura que conlleva un cultivo

intensivo, a gran escala, de vegetales domesticados" (Bonomo *et al*. 2019:172). Por último, el acceso a los alimentos puede producirse mediante distintas formas de transacción, como la compra, el obsequio o el trueque. Estas modalidades de intercambio y circulación de alimentos se encuentran socialmente reguladas y se vinculan estrechamente con prácticas de comensalidad y el mantenimiento de las relaciones sociales (Hastorf 2016; Bonomo *et al*. 2019 y bibliografía allí citada).

Al tratarse de recursos inmóviles, en su adquisición intervienen otros factores como la disponibilidad espacial o la estacionalidad, lo que impacta en la necesidad de desplazarse hacia zonas donde se encuentren disponibles o, en caso de un aprovechamiento diferido en el tiempo, en la planificación de estrategias destinadas a extender su vida útil. Debe señalarse que, de los vegetales, se pueden consumir múltiples partes, entre ellas hojas, tallos, raíces, tubérculos, flores, semillas y frutos. Desde la arqueología, estas cuestiones se pueden abordar estudiando distintos tipos de evidencia, entre ellas, los macrorrestos vegetales como semillas, endocarpos o restos carbonizados. Por su parte, los restos microscópicos, de baja visibilidad arqueológica, pueden ofrecer información valiosa. En sedimentos de basureros y artefactos descartados suelen preservarse fitolitos, granos de almidón, polen y microcarbones que aportan datos relevantes sobre recursos utilizados y procesos técnicos (como molienda, fermentación, cocción). El registro de indicadores indirectos, como las huellas de uso en herramientas, constituye otra fuente de información (Babot 2009; Lema 2009; Piperno 2011). Es relevante mencionar que pueden existir sesgos de preservación; entonces, es imprescindible integrar distintas líneas de análisis (tabla 2).

Además, existen otros recursos alimenticios de origen mineral, entre los que la sal es el ejemplo más frecuente. Su acceso puede darse tanto mediante la extracción directa en fuentes naturales como por medio de redes de intercambio, constituyendo una cuestión relevante para analizar vínculos sociales y circuitos de circulación (Bonomo *et al*. 2019).

## Procesamiento

La segunda etapa del proceso alimentario corresponde al procesamiento de los recursos obtenidos, entendido como el conjunto de tareas orientadas a transformar los recursos animales y vegetales en alimentos aptos para su consumo inmediato o diferido. Estas actividades implican decisiones técnicas y energéticas que varían según el tipo de recurso, el contexto ambiental y las prácticas culturales de cada sociedad (Hastorf 2016; Graff 2020). Cabe destacar que incluso el procesamiento más simple requiere algún utensilio (Hastorf 2016).

En primer lugar, debe considerarse que desde las áreas de aprovisionamiento hacia los lugares de procesamiento o consumo no siempre se trasladan animales o vegetales com-

pletos, sino partes seleccionadas. En cuanto a los recursos de origen animal, el procesamiento comprende una serie de acciones destinadas a la separación de partes anatómicas, la reducción del tamaño y la obtención de productos específicos como carne, grasa o médula. En términos generales, se distinguen distintos niveles de procesamiento: primario, secundario y terciario o final. El primero se vincula con las tareas iniciales realizadas en el lugar de obtención del animal (cuereo, evisceración y desarticulación inicial), mientras que el segundo implica un traslado previo y se asocia con la continuación de estas tareas en otros espacios, donde se profundiza la segmentación de las unidades anatómicas. Estas decisiones, en algunos casos, están vinculadas a los costos energéticos de transporte y al rendimiento diferencial de las distintas partes del animal, lo que puede dar lugar a la existencia de sitios con funciones específicas, como áreas de matanza y espacios residenciales. En los estudios zooarqueológicos, esta selección puede evaluarse desde la representación diferencial de partes esqueletales en los sitios (Lyman 1994; Mengoni Goñalons 1999). En épocas prehispánicas el trozamiento terciario o final implicó fragmentar las partes en porciones más pequeñas y específicas, generalmente destinadas a la preparación culinaria, al consumo inmediato o a usos particulares (cortes pequeños o huesos con médula) (Mengoni Goñalons 1999). Para momentos históricos, el uso de la sierra eléctrica facilitó este trozamiento que se asocia al mercado (Silveira 1999). Arqueológicamente, los procesamientos se evalúan a partir de las diferentes marcas antrópicas (corte, machacado, raspado, aserrados manuales o eléctricos, etc.), las fracturas frescas, su localización anatómica y su orientación y las alteraciones térmicas (Lyman 1994; Mengoni Goñalons 1999 y bibliografía allí citada).

Por su parte, el consumo de los recursos vegetales también implica procesos de transformación que suelen resultar costosos en términos de inversión de trabajo. Estas tareas pueden incluir la eliminación de partes no comestibles, de sustancias tóxicas o no palatables (cáscaras, cubiertas, espinas), así como acciones destinadas a modificar la textura o las propiedades del alimento, tales como la molienda, el remojado, la hidratación, el hervido, el tostado o la fermentación. Otras acciones que pueden realizarse en esta etapa son el rallado, cernido, amasado o almacenamiento de vegetales (Marschoff 2007; Lema 2009). Para ello, se emplean diversos artefactos, entre los que se destacan los instrumentos de molienda (morteros, manos, molinos) y distintos tipos de contenedores, tales como recipientes fabricados en cerámica, vidrio o metal. La combinación de estas prácticas puede derivar en la obtención de harinas, bebidas fermentadas, aceites u otros productos elaborados que estructuran modos socialmente compartidos de preparar y consumir alimentos, inscribiendo estas acciones en tradiciones culinarias específicas (Holtzman 2006; Lema 2009; Hastorf 2016; Bonomo *et al*. 2019).

## Elaboración del plato

La elaboración del plato constituye una instancia particular del proceso culinario. Algunas preparaciones se basan en un único recurso, mientras que otras combinan diversos ingredientes que pudieron implicar distintas acciones de obtención y procesamiento. Durante la elaboración es posible diferenciar entre los componentes principales o dominantes, que constituyen la base de la comida, de aquellos secundarios o complementarios y otros que actúan como añadidos (por ej., colorantes, saborizantes o agentes alcalinizantes) (Babot *et al*. 2012). Más allá de los recursos ricos en aportes calóricos, ciertos productos como las especias adquirieron relevancia económica, social y simbólica que excede su aporte nutricional (Douglas 1984; Hastorf 2016).

Arqueológicamente, artefactos como hachas, palas, cuchillos, recipientes cerámicos, de metal o piedra, morteros, manos de moler, entre otros, constituyen evidencias relevantes para el estudio de las actividades de procesamiento y preparación de alimentos. No obstante, su vinculación con estas prácticas no es unívoca, dado que también participan en otras esferas productivas. En este marco, los estudios de residuos orgánicos y rastros de uso resultan fundamentales para precisar sus posibles funciones (Goody 1995; Wandsnider 1997; Bonomo *et al*. 2019).

La incorporación de contenedores cerámicos constituyó una innovación tecnológica de gran relevancia, pues introdujo nuevas formas de intervención material sobre los alimentos y redefinió las prácticas culinarias y la organización social asociada a su preparación. En particular, el uso de recipientes cerámicos para cocinar transformó la alimentación humana al ampliar la variedad de alimentos consumidos, asegurando su inocuidad, el procesamiento de recursos pequeños (por ej. semillas, raíces o moluscos), la combinación de ingredientes de origen animal y vegetal, la recuperación de nutrientes disueltos en los caldos, así como la conservación y el almacenamiento, por períodos más prolongados, de alimentos y bebidas fermentadas (Arnold 1985). Además, cocinar en vasijas favoreció la elaboración de alimentos más digeribles para niños y personas mayores y posibilitó la preparación de infusiones, relevantes tanto para la alimentación como para la medicina (Bonomo *et al*. 2019).

En este marco, también es necesario considerar aspectos complementarios, como quién cocina y para quién, la cantidad de comensales, la tecnología de cocción utilizada (por ej., fogones, recipientes, instrumentos, combustibles) y los espacios destinados a estas tareas (Goody 1995). Por otro lado, la preparación de alimentos ha sido un ámbito central en los debates en torno a las categorías de género. Desde la arqueología, el análisis del espacio doméstico y de la organización de tareas vinculadas a la preparación y cocción de alimentos no permite identificar directamente los roles de género, pero sí plantear inferencias

sobre la división social del trabajo. En este sentido, los aportes de la etnografía, la etnoarqueología y las fuentes históricas resultan fundamentales para contextualizar la evidencia material y explorar los roles, saberes y experiencias asociados a estas prácticas, particularmente en relación con el trabajo de las mujeres (Graff 2020).

En diálogo con la evidencia material considerada hasta aquí, los recetarios culinarios y manuales de cocina de momentos históricos aportan una visión complementaria. Estos dan cuenta de los alimentos disponibles y las combinaciones posibles, hacen referencia a los modos de cocción y mencionan los utensilios, recipientes e implementos empleados en su preparación. En este sentido, las recetas constituyen formas escritas de saberes técnicos vinculados a la cultura material disponible y, a la vez, una fuente de información relevante para la construcción histórica de la cultura culinaria de una sociedad, que participa en la construcción y reproducción de identidades sociales (Goody 1995; Hastorf 2016; Silveira *et al*. 2023). En este marco, constituyen una vía de acceso a los hábitos y prácticas de cocineros y comensales, ya que definen los criterios mediante los cuales los alimentos se seleccionan, combinan, cocinan y consumen. Estas pautas configuran un conjunto de reglas y normas culturales compartidas, lo que puede entenderse como gramática culinaria, en tanto opera de manera análoga a un lenguaje socialmente aprendido (Goody 1995; Hastorf 2016).

## Cocción

La aplicación de calor sobre los alimentos constituye la cocción, proceso que no solo genera cambios materiales en los productos alimenticios, sino también transformaciones sociales y simbólicas (Marschoff 2007; Carrancho 2018; Bonomo *et al*. 2019; Graff 2020). Cocinar involucra un conjunto de acciones destinadas a controlar variables como la temperatura, la humedad y el pH de los alimentos, con el fin de provocar transformaciones físicas y químicas que los hacen más digeribles, seguros y sensorialmente aceptables para el consumo (Wandsnider 1997). Así, la cocción amplía el espectro de recursos alimentarios disponibles, al ablandar alimentos duros, neutralizar toxinas, eliminar bacterias y parásitos y prolongar la conservación de la comida. Asimismo, mejora la comestibilidad de numerosos recursos al reducir su textura fibrosa y realzar su sabor, incrementando su palatabilidad (González *et al*. 2012).

El calor puede aplicarse mediante diversas técnicas culinarias, entre las que se incluyen el asado directo al fuego o el hervido. En términos generales, pueden distinguirse dos modalidades principales de cocción: con calor seco, donde el calor se transmite sin mediación de líquidos (asado, tostado, horneado, carbonización) y con calor húmedo, en la que el agua o el vapor actúan como medio transmisor (hervido, escaldado, escalfado, cocción

al vapor). A su vez, para las cocciones en sustancias grasas o aceites, se destacan la fritura y el salteado. También ciertos productos previamente cocidos pueden reutilizarse como ingredientes en nuevas preparaciones, por ejemplo, alimentos tostados o fritos que luego se incorporan en una cocción posterior, como el hervido de una sopa (Bonomo *et al*. 2019; Graff 2020).

En el registro arqueológico podemos identificar recipientes para la cocción, como ollas y sartenes, en los que se elabora el alimento que puede cocinarse de manera directa o en contacto con agua o grasa. Por su parte, los recipientes utilizados para el almacenamiento o la maceración suelen ser de mayor volumen y estar manufacturados en distintos materiales, cuya elección responde principalmente a necesidades de conservación y protección del contenido. En ambos casos, las materias primas empleadas (entre ellas, piedra, cerámica, metal, vidrio o fibras vegetales y animales) se seleccionan conforme a las propiedades técnicas requeridas. Dada su función de proteger el contenido, estos recipientes cuentan frecuentemente con algún tipo de tapa o dispositivo que impide el ingreso de otras sustancias o alimañas. Suelen permanecer en un sector diferente del de la cocción, donde puedan estar más frescos y protegidos de la luz (habitaciones separadas, pozos, sótanos, etc.) (Manzanilla Naim 2010; Hastorf 2016; Twiss 2019).

Estas prácticas no solo dependen de la disponibilidad de recursos y tecnologías, sino también de tradiciones culturales y saberes transmitidos entre generaciones. Las recetas y métodos de cocción evocan y preservan la memoria social familiar, al articular conocimiento técnico y significados simbólicos. Mediante la gastronomía, las personas construyen experiencias de identidad que las conectan con su pasado y refuerzan los lazos dentro del grupo (Hastorf 2016). La comida estimula los cinco sentidos; por ello, las experiencias asociadas a la alimentación se registran tanto en los procesos cognitivos como en el plano emocional. En consecuencia, estos recuerdos se configuran a partir de sensaciones (agradables o desagradables) y de las emociones que las acompañan (Twiss 2019).

## Conservación y almacenamiento

Existen métodos de transformación y conservación de alimentos que no implican cocción (como el congelamiento, secado, ahumado, fermentación, salado o el uso de ácido cítrico) (Mengoni Goñalons 1999; Babot 2009; Hastorf 2016 y bibliografía allí citada). Estas acciones pudieron constituir estrategias destinadas a diferir el consumo de los alimentos en el tiempo (conservación) y en el espacio (almacenamiento). Estas prácticas no solo permiten amortiguar los riesgos asociados a la disponibilidad irregular de recursos, sino que también implican formas específicas de organización social, planificación y control de los

alimentos (Hastorf 2016). Con frecuencia, estas significaron una gran inversión de energía y trabajo en infraestructuras específicas, como silos, pozos o estructuras de secado. Adicionalmente, existen diversas estrategias de conservación orientadas a prolongar la vida útil de los alimentos, como la elaboración de charqui y el envasado de distintos productos (por ej., en latas o frascos) (Hastorf 2016; Twiss 2019).

## Presentación

La presentación de la comida ya preparada a los consumidores cumple un rol social importante (Marschoff 2007). Esta se vincula tanto a la disposición física de los alimentos como a los modos en que se sirven en el ámbito doméstico o comunitario. Se toman decisiones sobre la forma de emplatar o disponer los ingredientes, el uso de recipientes o soportes específicos (como platos, fuentes, cuencos o vasijas, cristalería) y la organización espacial de la comida durante los eventos alimentarios (Goody 1995; Hastorf 2016; Graff 2020). Estas acciones pueden indagarse desde los implementos utilizados para la disposición de alimentos y para servirlos, que pueden ser de cerámica, piedra, metal u otros materiales. Asimismo, la consideración de sus formas, tamaños, acabados y decoraciones, así como su asociación contextual con otros objetos (por ej., instrumentos de servicio o de consumo individual y colectivo), permite abordar las modalidades de presentación en distintos ámbitos sociales (Dietler 2001; Marschoff 2007). En conjunto, estos elementos permiten explorar aspectos del estatus, la jerarquía o la ritualidad implicados en las prácticas alimentarias (González *et al*. 2012; Hastorf 2016). La manera en que se presentan los alimentos podría reflejar valores simbólicos y sociales, reforzando identidades grupales o distinciones de género, edad o rango. En ciertos contextos, la presentación no solo cumplía una función práctica, sino también estética y comunicativa, convirtiéndose en un medio para expresar significados culturales y relaciones sociales (Lévi Strauss 1964[2002]; Douglas 1984; Appadurai 1991).

Las etapas del proceso alimentario son difíciles de separar empíricamente, ya que suelen desarrollarse de manera integrada en los mismos espacio-tiempos. Distintas líneas han generado modelos explicativos cada vez más completos sobre estas etapas. La variedad de líneas actuales en estas temáticas es inmensa, incluyendo estudios etnográficos, experimentales e históricos (tabla 2). En conjunto, la obtención, el procesamiento y la distribución de los alimentos permiten abarcar temas de interés como las estrategias de subsistencia, movilidad y uso del espacio, cambios ambientales y respuestas humanas, preferencias culturales y tabúes alimentarios, estrategias de almacenamiento y manejo del riesgo, comida en contextos rituales, acceso diferencial a los alimentos debido a la estructura social, entre muchos otros.

## Consumo

El consumo constituye una instancia social central del proceso alimentario que precede al descarte. En este se ponen en juego las decisiones tomadas durante la obtención, el procesamiento y la distribución; se expresan normas sociales, relaciones de poder e identidades colectivas (Goody 1995; Twiss 2019). Desde una perspectiva arqueológica, su estudio no se limita al momento fisiológico de la ingesta, sino que abarca el conjunto de comportamientos asociados al comer: los espacios y utensilios utilizados, los horarios, la disposición de los comensales, las normas que regulan quién come qué, cuánto y con quién (Douglas 1984; Dietler 2001). Las acciones están profundamente estructuradas por reglas culturales que determinan la comestibilidad y los modos apropiados de ingerir la comida. Además, el tipo de alimentos consumidos, su distribución entre los miembros del grupo y los espacios destinados al acto de comer reflejan jerarquías, roles y normas culturales. Estas reglas pueden organizarse en torno de distinciones de edad, género, estatus, parentesco o pertenencia comunitaria y pueden manifestarse en tabúes, restricciones rituales o distribuciones diferenciales de ciertos recursos alimentarios (Appadurai 1991; Graff 2020).

Arqueológicamente, el consumo puede abordarse a partir de diversos tipos de evidencias: los conjuntos de fauna y flora recuperados en sectores residenciales o en espacios de congregación, los restos de vajilla y utensilios de servicio asociados al acto de comer, y los análisis de microdesgaste o residuos orgánicos en los contenedores y herramientas. Las configuraciones espaciales también permiten identificar áreas de ingesta colectiva o individual. La presencia diferencial de ciertos objetos (por ej., vajilla personal, cuencos pequeños, cucharas) puede indicar prácticas de consumo individuales, mientras que recipientes grandes u hornos comunitarios sugieren comunalidad y eventos colectivos (Wandsnider 1997; González *et al*. 2012).

La comensalidad, entendida como la práctica de compartir alimentos en un mismo espacio-tiempo, constituye un aspecto central del consumo. Esta puede fortalecer vínculos sociales, reproducir jerarquías, negociar alianzas, materializar rituales y celebraciones y generar momentos de interacción, transmisión de saberes y refuerzos de vínculos comunitarios (Dietler 2001; Twiss 2019). En momentos festivos, los alimentos suelen presentarse de maneras elaboradas, consumirse en mayor cantidad o combinarse con bebidas fermentadas, dando lugar a dinámicas alimentarias distintas de las observadas en la rutina doméstica (Dietler 2001; Graff 2020).

En algunos sitios arqueológicos se pueden recuperar otras clases de registros que reflejan prácticas alimentarias, tales como el arte y los documentos escritos o gráficos. Dentro de las expresiones artísticas, las pinturas o grabados rupestres pueden evidenciar actividades de obtención de recursos (por ej., escenas de caza; Vilá y Yacobaccio 2013; Frontini *et al.*

2025 y bibliografía allí citada), así como instancias de procesamiento (por ej., desposte de presas o molienda de vegetales). En cuanto al arte mobiliar, ciertas representaciones pueden aludir a alimentos o a modos de preparación y consumo, constituyéndose así en una vía indirecta para aproximarse a las prácticas alimentarias. A través de motivos, escenas o configuraciones, estos objetos portátiles (como cerámicas, instrumentos óseos y líticos, huevos de ñandú, valvas de moluscos) pueden remitir no sólo a los recursos explotados sino también a las formas socialmente pautadas de procesarlos, compartirlos y consumirlos (Carden y Borges Vaz 2017 y bibliografía allí citada).

Para momentos históricos, se cuenta con una vasta producción de testimonios y documentos que posibilitan la interpretación de las prácticas alimentarias. Así, las investigaciones arqueológicas incorporan datos provenientes de diarios de viajes, diarios y revistas de época, registros aduaneros, informes de fabricación, testamentos, libros de almacén y recetarios de cocina (Pineau *et al.* 2022). A su vez, los registros visuales como las fotografías o pinturas pueden plasmar distintas actividades culinarias como escenas de mercado, acciones de procesamiento o situaciones de cocción (Lanza 2018).

En síntesis, el consumo constituye un ámbito donde convergen valores simbólicos, relaciones sociales, tradiciones culinarias y decisiones prácticas. Su análisis arqueológico permite acceder a dimensiones fundamentales de la vida social, desde la estructura doméstica hasta la ritualidad comunitaria, aportando una comprensión más amplia de los modos en que las sociedades del pasado se alimentaban, organizaban y representaban a sí mismas.

## Descarte

La última etapa es el descarte, proceso mediante el cual los restos de las actividades involucradas en la alimentación (tales como restos óseos y vegetales, conchas, tiestos, cáscaras) pasan de un contexto sistémico a uno arqueológico (Schiffer 1987). Holdaway y Wandsnider (2006) proponen que el descarte de artefactos y residuos no debe entenderse como un evento puntual asociado exclusivamente al agotamiento funcional de los objetos, sino como un proceso continuo vinculado a la movilidad y a la organización tecnológica de los grupos. No obstante, en determinadas situaciones no se trata estrictamente de descarte, sino de formas de disposición intencional de materiales, como ocurre con las ofrendas, los alimentos depositados en contextos funerarios o la denominada basura ritual (Bonomo *et al*. 2019; Twiss 2019). Estos residuos pueden quedar enterrados o acumulados en contextos específicos, como basureros o rellenos, y constituyen una fuente de información sobre la dieta y las prácticas alimentarias del pasado.

El descarte no se refiere exclusivamente a los restos de alimentos consumidos, sino que in-

cluye los materiales generados en todas las etapas del proceso alimentario, los que ingresan al registro arqueológico en forma de desechos o basura doméstica. Los objetos salen del sistema cultural activo cuando dejan de cumplir la función esperada, se rompen, se reemplazan o se pierden. Una vez descartados y depositados en un lugar determinado, comienza una serie de transformaciones que marcan su incorporación al registro arqueológico. Posteriormente, pueden experimentar modificaciones culturales (reutilización, limpieza, saqueo) o verse afectados por procesos naturales (erosión, sedimentación, acción de animales). Entonces, el registro arqueológico es un palimpsesto, resultado de múltiples episodios de descarte acumulados a lo largo del tiempo. Su composición refleja decisiones sociales y económicas relacionadas con múltiples factores como el transporte y el acceso a los recursos. Así, el análisis del descarte implica no solo el estudio tafonómico de los restos materiales, sino también la evaluación de las decisiones humanas que intervinieron en la formación de los conjuntos (Schiffer 1987).

## MATERIALIDAD Y PRÁCTICAS ALIMENTARIAS EN EL HUMEDAL DEL RÍO SALADO BONAERENSE: UN CASO DE ESTUDIO

Las investigaciones arqueológicas en la Depresión del río Salado bonaerense constituyen un caso que refleja el abordaje de las prácticas alimentarias de las poblaciones cazadoras-recolectoras-pescadoras del Holoceno tardío. La diversidad de recursos faunísticos y vegetales de este humedal influyó en las estrategias de subsistencia, en la organización social y en el uso del espacio por parte de las personas (González y Frère 2019).

Para indagar sobre la alimentación de estas poblaciones, se emplearon distintas metodologías. Los análisis zooarqueológicos evidenciaron la captura en las cercanías de los campamentos y el procesamiento de distintos animales, como el coipo (*Myocastor coypus*) y los cérvidos (*Ozotoceros bezoarticus* y *Blastocerus dichotomus*), así como aves acuáticas (por ej., de la familia Rallidae) y peces capturados (por ej., *Rhamdia quelen, Hoplias argentinensis, Australoheros facetus*). A partir del análisis de la representación anatómica, las marcas antrópicas, las fracturas frescas y las alteraciones térmicas, se interpretó el aprovechamiento integral de estos animales. En el caso del coipo, se identificaron acciones de cuereado y despostado, lo que sugiere su ingreso completo al espacio residencial; mientras que, de los cérvidos, además, se habrían aprovechado la grasa y la médula. Si bien los restos óseos de peces presentan escasas evidencias culturales, los análisis de ácidos grasos absorbidos en las paredes de los tiestos cerámicos confirmaron la presencia de carne de pescado y de mamíferos herbívoros (González y Frère 2019).

Como las condiciones contextuales del área no favorecen la preservación de macrorrestos

vegetales, fue necesario recurrir a otras líneas de análisis. En este sentido, el análisis de los residuos absorbidos en la matriz porosa de los recipientes cerámicos indicó su asociación con la manipulación de productos vegetales durante la preparación, el consumo o el almacenamiento de alimentos (González y Frère 2019).

En la preparación y la cocción de los alimentos, la cerámica tuvo un rol central. Los análisis tecnomorfológicos permitieron identificar vasijas de distintos tamaños y formas, interpretadas como recipientes destinados a la elaboración, contención, transporte y servicio de alimentos y bebidas. Las de mayor tamaño habrían sido empleadas en contextos de preparación o de almacenamiento colectivo, mientras que las de menor tamaño se vincularían con consumos cotidianos e individuales (González *et al*. 2012; Rivas Gonzalez y Conconi 2024). Estos análisis, junto con programas experimentales de confección de vasijas, permitieron evaluar decisiones tecnológicas sobre la selección de materias primas y el tratamiento de las pastas. Asimismo, su uso experimental en eventos de cocción aportó datos sobre el desempeño térmico de los recipientes, en relación con la porosidad, la temperatura del fogón y las condiciones ambientales (figura 1A; Rivas Gonzalez y Conconi 2024). Por último, los estudios etnoarqueológicos con cazadores y pescadores, junto con el procesamiento experimental de carcasas de coipo (figura 1B), brindaron información sobre decisiones de manejo, gestos técnicos y sus correlatos materiales en el registro óseo, así como sobre ciertos aspectos intangibles (por ej., vocabulario asociado a estas prácticas; Escosteguy 2014).

■ Figura 1. (A) A. Eventos de cocción experimental en recipientes cerámicos manufacturados con materias primas locales, en los que se cocinaron grasa de pollo (*Gallus gallus*), restos de pescado, grasa y carne de cerdo (*Sus scrofadomesticus*) y hojas de tala (*Celtis tala*), mediante las técnicas de hervido, asado y decocción/cocimiento —entendida como la cocción prolongada en medio acuoso de hojas de tala—, bajo condiciones controladas a fuego directo, en fogones abiertos a ras de piso y a temperaturas entre 320 y 450 °C. ; B. procesamiento experimental de carcasas de coipo (*Myocastor coypus*). Segmentación en porciones para la cocción empleando un artefacto compuesto con una lasca angular confeccionada experimentalmente en Ortocuarcita del grupo Sierras Bayas.

En conjunto, las diversas líneas de evidencia permitieron reconstruir de manera integrada las prácticas alimentarias desarrolladas en el humedal del río Salado, atendiendo tanto a sus dimensiones técnicas como sociales.

## CONCLUSIÓN

El abordaje de las prácticas alimentarias desde la arqueología permite aproximarnos a este complejo de decisiones, saberes socialmente transmitidos y relaciones simbólicas. A lo largo de este capítulo se propuso un enfoque que integra las distintas etapas del proceso alimentario (obtención, procesamiento, preparación, cocción, presentación, consumo y descarte), entendidas no como secuencias rígidas, sino como instancias dinámicas y situadas en contextos sociales, históricos y ambientales específicos.

Desde esta perspectiva, la materialidad asociada a la alimentación adquiere un rol central, ya que los artefactos y los restos faunísticos y vegetales constituyen evidencias clave para reconstruir prácticas, decisiones y formas de organización social. Asimismo, la incorporación de múltiples líneas de análisis (zooarqueológicas, arqueobotánicas, tecnológicas, experimentales, etnográficas e históricas) permite superar enfoques reduccionistas y avanzar hacia interpretaciones más integrales de las prácticas alimentarias en el pasado.

En suma, se ofreció una síntesis de un campo en constante expansión, que en las últimas décadas ha despertado un creciente interés entre los investigadores. Esta diversidad de enfoques ha dado lugar a formas variadas de abordar la problemática, orientadas a articular distintas materialidades, metodologías y perspectivas teóricas. De este modo, la arqueología de la alimentación revela que comer no es, ni fue nunca, un acto meramente biológico, sino una práctica social y simbólica cuya complejidad se refleja en las materialidades del registro arqueológico.

## AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a la Dra. Romina Frontini y al Dr. Guillermo Mengoni Goñalons por sus lecturas, comentarios y sugerencias. A la Dra. Pilar Babot y a quienes realizaron la edición, por sus comentarios y sugerencias que enriquecieron el manuscrito.

## BIBLIOGRAFÍA


Aguirre, P. 2016. Alimentación humana: el estudio científico de lo obvio. *Salud colectiva* 12(4): 463-472.

Appadurai, A. 1991. *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Grijalbo, España.

Arnold, D. 1985. *Ceramic theory and cultural process*. Cambridge, Cambridge University Press.

Babot, M. P. 2009. La cocina, el taller y el ritual: explorando las trayectorias del procesamiento vegetal en el Noroeste argentino. *Darwiniana* 47(1): 7-30.

Babot , M. P., S. Hocsman, R. Piccón Figueroa y M. C. Haros 2012. Recetarios prehispánicos y tradiciones culinarias. Casos de la Puna argentina. En M. d. P. Babot, M. Marschoff y F. Pazzarelli (eds.), *Las manos en la masa. Arqueologías, antropologías e historias de la alimentación en Suramérica*: 235-269. Córdoba, Editorial Corintios.

Bonomo, M., F. Skarbun y L. Bastourre 2019. *Subsistencia y alimentación en arqueología: Una aproximación a las sociedades indígenas de América precolombina*. La Plata, EDULP.

Carden, N. y E. Borges Vaz 2017. El arte mobiliar. En G. Martínez (ed.), *Arqueología de cazadores-recolectores del curso inferior del Río Colorado: provincia de Buenos Aires, Argentina: aportes al conocimiento de las ocupaciones humanas Pampeano-Patagónicas*: 211-229. Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Carrancho, A. 2018. El fuego nos hizo humanos. *Origen Cuadernos Atapuerca* 2: 1-31.

Cattáneo, G. R. 2023. El análisis traceológico en América del Sur: de trayectorias, metodologías y futuras perspectivas. *Revista del Museo de Antropología* 16(1): 245-274.

Dantas, M. 2014. El rol de los animales en contextos sociales no igualitarios: el caso del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 39(1): 57-78.

Dietler, M. 2001 Theorizing the feast: rituals of consumption, commensal politics and power in African contexts. En M. Dietler y B. Hayden (eds.), *Feasts: archaeological and ethnographic perspectives on food, politics and power:* pp. 65-114. Washington-Londres, Smithsonian Institution Press.

Douglas, M. 1984. *Food in the social order*. Nueva York, Russell Sage Foundation.

Escosteguy, P. 2014. Estudios etnoarqueológicos con cazadores de coipo de Argentina. *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología* 1(20): 145-165.

Evershed, R. 2008. Organic residue analysis in archaeology. *Archaeometry* 50(6): 895-924.

Frontini, R., P. Escosteguy y M. Salemme 2025. Non-human animals and people in southern South America: an overview. En R. Frontini, P. Escosteguy y M. Salemme (eds.), *Non-human animals and people: interactions, agents and materialities. An overview from southern South America*: 1-30. Cham, Springer Nature.

Gifford-Gonzalez, D. 2018. *An introduction to zooarchaeology*. Cham, Springer Nature.

González, M. I. y M. M. Frère 2019. Río Salado: espacio de interacción de cazadores-recolectores-pescadores (provincia de Buenos Aires, Argentina). *Revista del Museo de La Plata* 4(2): 1-22.

González, M. I., M. M. Frère y R. Frontini 2012. Formas de ollas de cerámica pampeana y consumo de alimentos. En M. d. P. Babot, M. Marschoff y F. Pazzarelli (eds.), *Las manos en la masa. Arqueologías, antropologías e historias de la alimentación en Suramérica*: 405-424. Córdoba, Editorial Corintios.

Goody, J. 1995. *Cocina, cuisine y clase. Estudio de sociología comparada.* Barcelona, Editorial Gedisa.

Graff, S. 2020. Archaeology of cuisine and cooking. *Annual Review of Anthropology,* 49(1): 337-354.

Hastorf, C. A. 2016. *The social archaeology of food: thinking about eating from prehistory to the present*. Cambridge, Cambridge University Press.

Hendy, J. 2021. Ancient protein analysis in archaeology. *Science Advances* 7(3): p.eabb9314.

Holdaway, S. y L. Wandsnider 2006. Temporal scales and archaeological landscapes from the Eastern Desert of Australia and intermontane North America. En G. Lock y B. Molyneaux (eds.), *Confronting scale in archaeology. Issues of theory and practice*: 183-202. Nueva York, Springer.

Holtzman, J. 2006. Food and memory. *Annual Review of Anthropology* 35: 361-378.

Laguens, A. 2023. Zoocializando con personas no humanas: de llamas y otras especies en la vida cotidiana de sociedades Aguada del Noroeste de Argentina (S. VI-XI d.C.). *Fragmentos del Pasado-Do Passado* 7: 11-47.

Lanza, M. 2018. Arqueología de la alimentación en el siglo XIX en Luján (Provincia de Buenos Aires): La Casa Ameghino. *Atek Na [En La Tierra]* 7: 113-147.

Lema, V. 2009. Domesticación vegetal y grados de dependencia ser humano-planta en el desarrollo cultural prehispánico del noroeste argentino. Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Lévi Strauss, C. [2002]1964. *Lo crudo y lo cocido*. México, Fondo de Cultura Económica.

Lyman, R. L. 1994. *Vertebrate taphonomy*. Cambridge, Cambridge University Press.

Manzanilla Naim, L. 2010. Los contextos de almacenamiento en los sitios arqueológicos y su estudio. *Anales de Antropología* 25(1).

Marschoff, M. 2007. *Gato por liebre. Prácticas alimenticias en Floridablanca*. Buenos Aires, Teseo.

Mengoni Goñalons, G. L. 1999. *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Milner, N. y P. Miracle 2002. Introduction: patterning data and consuming theory. En P. Miracle y N. Miller (eds.), *Consuming passions and patterns of consumption*: 1-6. Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research.

Mintz, S. y C. Du Bois 2002. The anthropology of food and eating. *Annual Review of Anthropology* 31: 99-119.

Montón Subías, S. 2002. Cooking in zooarchaeology: Is this issue still raw? En P. Miracle y N. Miller (eds.), *Consuming passions and patterns of consumption*: 7-16. Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research.

Muscio, H. y G. López 2007. Unidades de análisis arqueológicas en el estudio evolutivo de adaptaciones con economías de producción de alimentos: un examen de las arqueofaunas de la Quebrada de Matancillas, Puna de Salta. *Shincal* 7: 111-134.

Panarello, H., A. Tessone, V. Galván, C. Samec, S. Kochi, M. Pirola, C. Chaile, S. Pérez, B. Sandoval, A. Zangrando, E. Ducos y N. Piperissa 2021. 35 años de análisis de Isótopos estables en la Arqueología Argentina: conceptos, fundamentos, metodología y aplicaciones. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 30(1): 1-41.

Pazzarelli, F. 2011. Arqueología de la comida. Cultura material y prácticas de alimentación en Ambato. Catamarca (Argentina). Siglos V-XI. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Piperno, D. 2011. The origins of plant cultivation and domestication in the New World tropics: patterns, process, and new developments. *Current Anthropology* 52(S4): 453-470.

Pineau, V., G. Fernández, L. Sinka y A. Andrade 2022. Análisis morfológico funcional de los materiales vítreos del sitio Mariano Miró, un pueblo de principios del siglo XX. *Comechingonia* 26(3): 5-32.

Politis, G. 2007. *Nukak. ethnoarchaeology of an Amazonian people.* Walnut Creek: Left Coast Press.

Rivas Gonzalez, M. y S. Conconi 2024. Propiedades térmicas de arcillas, discos experimentales y cerámicas arqueológicas. El caso de la Depresión del río Salado bonaerense (Argentina). *Arqueología* 30(3): 13401.

Rodríguez, V., V. Cañal, S. Seguí, G. López, S. Urquiza, S. Quintana, E. Tietze y M. Beltrame 2024. Gastrointestinal parasite diversity of South American camelids and its relationship with ancient Andean human populations from Early Holocene to historical times in Southern Puna, Argentina. *The Holocene* 35(3): 300-312.

Samuel, D. 1996. Approaches to the archaeology of food. *Petits propos culinaires. Essays and notes on food, cookery and cookery books* 54: 12-21.

Schiffer, M. B. 1987. *Formation processes of the archaeological record*. New Mexico, University of New Mexico Press.

Silveira, M. 1999. Zooarqueología histórica urbana: ciudad de Buenos Aires. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Silveira, M., H. Padula y E. Bernat 2023. Recetarios en la Buenos Ayres de los siglos pasados. *Cuba Arqueológica. Revista Digital de Arqueología de Cuba y el Caribe* 16(1): 43-56.

Smith, E. y B. Winterhalder 1981. New perspectives on hunter-gatherer socioecology. En B. Winterhalder y E. Smith (eds.), *Hunter-gatherer foraging strategies*: 1-12, Chicago, University of Chicago Press.

Twiss, K. 2019. *The archaeology of food identity, politics, and ideology in the prehistoric and historic past*. Cambridge, Cambridge University Press.

Vilá, B. y H. Yacobaccio 2013. *Domesticación: moldeando la naturaleza*. Buenos Aires, Eudeba.

Wandsnider, L. 1997. The roasted and the boiled: food composition and heat treatment with special emphasis on pit-heart cooking. *Journal of Anthropological Archaeology* 16(1): 1-48.

# EL ESTUDIO DE LOS CUERPOS HUMANOS DESDE LA BIOARQUEOLOGÍA Y LOS ANÁLISIS DE ADN EN EL NOROESTE ARGENTINO

**Verónica Seldes**[1], **María Gabriela Russo**[2] **y Gianina Bettera Marcat**[3]

[1] CONICET - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | vseldes@gmail.com
[2] CONICET - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | grusso@filo.uba.ar
[3] CONICET - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | gianibettera@gmail.com

**RESUMEN:** Los cuerpos humanos han sido abordados por la antropología biológica a partir de diferentes enfoques, corrientes teórico-metodológicas y posiciones éticas respecto a su tratamiento, manipulación y devolución a las comunidades indígenas. En este capítulo se realiza un recorrido por la historia de la bioarqueología, incluyendo los estudios de ADN antiguo, señalando el potencial que tienen en respuesta a diferentes preguntas de investigación que involucran desde estudios de estilo de vida, estado de salud, violencia interpersonal, parentesco genético y migraciones, entre otros. En este recorrido se enfatizará el carácter interdisciplinario y las implicancias éticas y sociales de estos estudios, tomando como casos investigaciones realizadas en Quebrada de Humahuaca, Jujuy.

**ABSTRACT:** The study of the human body by biological anthropology has been carried out through different approaches, theoretical and methodological traditions, and ethical positions regarding the remains' handling, manipulation, and restitution to indigenous communities. This chapter provides an overview of the history of bioarchaeology, including ancient DNA studies, highlighting their potential to answer various research questions involving lifestyle studies, health status, interpersonal violence, genetic kinship, and migrations, among others. This overview will emphasize the interdisciplinary nature, and ethical and social implications of these studies, using as case studies the research carried out in Quebrada de Humahuaca, Jujuy.

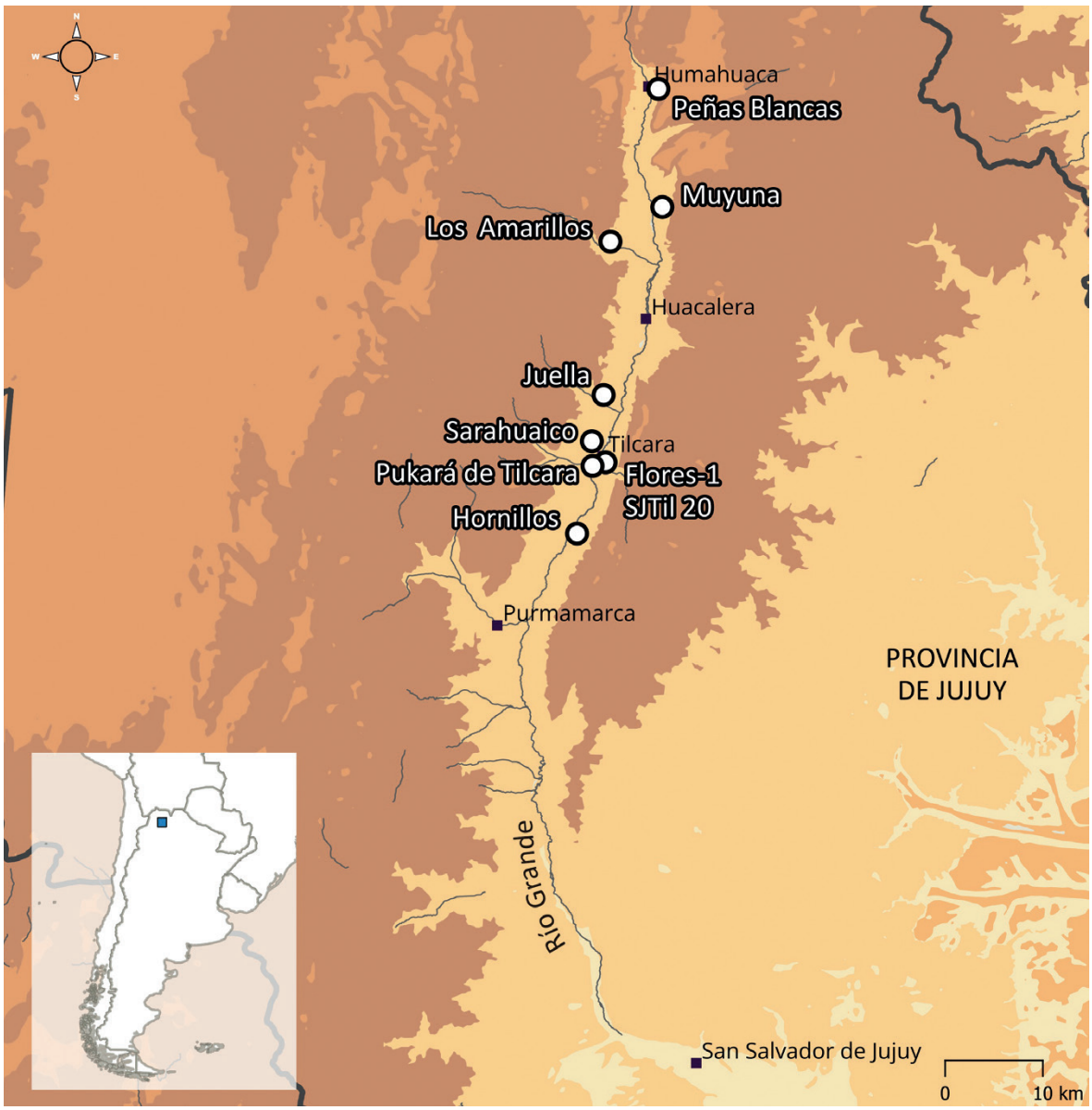
## INTRODUCCIÓN

La antropología biológica en Argentina se remonta a la segunda mitad del siglo XIX y tiene una larga trayectoria que incluye diferentes especialidades, hoy conocidas como bioarqueología, biodemografía, genética de poblaciones, crecimiento y desarrollo, primatología, antropología forense, entre otras. Si bien cada una fue desarrollando una dinámica particular, comparten espacios disciplinares y convergen en algunos ejes temáticos vinculados al estudio del ser humano desde un enfoque biocultural (Madrigal y González-José 2016). Este capítulo se propone dar cuenta de dos de estos abordajes, la Bioarqueología y los estudios de ADN antiguo (ADNa). A lo largo de este trabajo se mencionará en numerosas ocasiones a la arqueología, su práctica y sus postulados teóricos. Esto deviene una referencia imprescindible ya que la bioarqueología implica el estudio de los cuerpos humanos en su contexto arqueológico (Buikstra 1977). Actualmente, bajo la denominación de bioarqueología se realizan una serie de estudios que dan cuenta del estilo de vida y estado de salud, tanto a nivel individual (osteobiografía) como grupal. Para esto es preciso tener cierto conocimiento de la anatomía de los huesos, dientes y tejidos, de modo de poder estimar edad y determinar sexo y presencia de rasgos patológicos. Dentro de los indicadores utilizados se pueden mencionar al estrés nutricional/metabólico, la dieta, el estrés funcional o uso del cuerpo, los traumas, los procesos infecciosos y las deformaciones intencionales del cuerpo (Imbelloni 1924-25; Martin *et al.* 1985; Powell 1985; Ambrose y Norr 1993; Larsen 1997; Lovell 1997; Ortner 2003; Milner 2005; Jurmain 2009; Waldron 2009). También se realizan estudios genéticos para determinar el sexo molecular, la presencia de determinadas enfermedades, el parentesco biológico y el flujo génico, entre otros (Orlando *et al.* 2021). Estos abordajes son producto de una historia de la disciplina que tuvo diferentes miradas sobre los sujetos de estudio y sobre las implicancias éticas y sociales de sus investigaciones. La incorporación de análisis genéticos conllevó desafíos teórico-metodológicos y éticos que, junto con las discusiones y planteamientos respecto del trabajo y conservación de cuerpos humanos, sumaron nuevos aspectos legales y sociales vinculados a las implicancias identitarias.

Dado que para comprender los abordajes que se realizan actualmente es importante conocer la trayectoria de la disciplina, en este capítulo se desarrolla una breve historia del estudio de los cuerpos humanos por parte de lo que hoy se conoce como bioarqueología, incluyendo los estudios de ADNa. Se abordan los marcos epistémicos que permearon la práctica disciplinar en los diferentes momentos históricos, los posicionamientos éticos y los enfoques teórico-metodológicos; esto es, el *habitus* que fue delimitando y legitimando una forma hegemónica de hacer ciencia (Bourdieu 2003), atravesada por los sistemas de valores imperantes y las disputas de poder.

Para dar cuenta de lo dicho anteriormente, se presentan algunos ejemplos de los enfoques que predominaron en las investigaciones, considerando las investigaciones bioarqueológicas

y de ADNa realizadas en Quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy, Argentina) (figura 1), una de las regiones en las que trabaja el Equipo Bioarq[1] (Instituto de Arqueología, FFyL, UBA).




■ **Figura 1.** Ubicación de la Quebrada de Humahuaca y de los sitios arqueológicos (círculos) mencionados en el texto.

[1] El grupo Bioarq (Bioarqueología, Bioética y Arqueología Forense) tiene lugar de trabajo en el Instituto de Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, es dirigido por la Dra. Verónica Seldes, siendo las demás autoras parte del equipo.

## BREVE HISTORIA DEL ESTUDIO DE CUERPOS HUMANOS EN ARGENTINA

El estudio de cuerpos humanos[2] recuperados en contextos arqueológicos cobra fuerza a fines del siglo XIX con las investigaciones sistemáticas sobre la variabilidad humana. Siguiendo los postulados del evolucionismo, se proponían clasificaciones de los grupos prehispánicos definiendo fronteras culturales y geográficas (Seldes y Baffi 2020). Con fuerte base en las ciencias naturales, se realizaban estudios morfoscópicos y morfométricos para establecer semejanzas y diferencias "culturales", asociándolas a las propuestas desde la arqueología.

A efectos de identificar esas diferencias y similitudes, la denominada antropología física se centraba en la reconstrucción del aspecto físico de los individuos de los pueblos prehispánicos[3] con el objetivo de adscribir las poblaciones humanas a tipos raciales. Siguiendo la metodología de recolección de la época, los cuerpos o las secciones del mismo que se recolectaban eran agrupados por partes esqueletales, sin consignar la procedencia exacta de cada pieza. Sumado a la falta de registro riguroso de las excavaciones, se perdía la información de los contextos. En síntesis, en esta etapa se generaron tipologías y clasificaciones esencializando una serie de rasgos que se convertían en condición de ser de ese conjunto (Vera Cortés 2003).

Ejemplos de este tipo de enfoque en Quebrada de Humahuaca son las investigaciones realizadas por Dillenius (1913) quien se propone establecer, desde la morfometría y la morfoscopía craneana, las diferencias entre los habitantes de dos sitios que previamente había diferenciado Debenedetti (1910) desde trabajos arqueológicos.

### La Escuela Histórico-Cultural

Esta corriente se afirmó en Argentina a partir de la llegada de José Imbelloni, que hegemonizó la práctica de la antropología física desde 1920 hasta aproximadamente 1980 (Carnese *et al.* 1991-92). Con una mirada difusionista, se consideraba que los cambios sociales respondían a factores externos al grupo, siendo los principales responsables la migración y la difusión de ideas, lo que continuó generando concepciones esencialistas sobre los pueblos prehispánicos (Henry *et al.* 2017).

[2] En este capítulo utilizamos cuerpos humanos en lugar de "restos humanos", que es la manera en que habitualmente se nombran en bioarqueología. Más adelante se explicitan y discuten las implicancias éticas asociadas a esta decisión (ver apartado "Desafíos y problemáticas éticas en el estudio de los cuerpos humanos en Argentina").

[3] En este capítulo nos referiremos a pueblos prehispánicos ya que forma parte del lenguaje disciplinar para denominar a los pueblos indígenas. Sin embargo, somos conscientes de las implicancias que tiene dicotomizar entre hispánicos y prehispánicos, emulando la dicotomía occidental-no occidental, tal como hemos referido en otros trabajos (Seldes y Bettera Marcat 2025).

Considerando una asociación estrecha entre entidades biológicas y culturales, las investigaciones se centraron en la realización de diagnósticos raciales de las poblaciones con una perspectiva tipológico-clasificatoria. A partir de esto, se elaboraron cronologías y mapas de dispersión de culturas-razas. Imbelloni, uno de los principales autores de esta corriente (figura 2), propuso además una tipología sobre las deformaciones intencionales del cráneo y su distribución en Sudamérica (Imbelloni 1924-25, 1938).

■ **Figura 2.** Mapa de distribución de deformaciones intencionales del cráneo propuesto por Imbelloni (modificado de Imbelloni 1938).

A partir de la propuesta de Imbelloni, la práctica disciplinar se caracterizaba por una serie de procedimientos que incluía en sus primeros pasos a la osteometría, principalmente craneometría, lo que explica la práctica de separar los cráneos del esqueleto postcraneal a efectos de enviarlos a los museos donde quedarían depositados como parte de sus colecciones. A partir de índices calculados con las mediciones realizadas, se asignaban los esqueletos analizados a algunos de los grupos raciales propuestos. En el caso del Noroeste Argentino (NOA), se trataba de la confirmación de la inclusión en la "raza ándida", tal como hizo Chavez de Azcona (Cigliano y Chavez de Azcona 1967) en Quebrada de Humahuaca.

Por su parte, es en esta época cuando se desarrollan estudios genético-serológicos a través de la determinación de marcadores eritrocitarios y séricos de diversas poblaciones indígenas. Los resultados de este tipo de estudios se vinculaban también a las caracterizaciones raciales de los grupos americanos (Carnese 2011). Si bien estos estudios no involucraron análisis esqueletales, sino de muestras de sangre de individuos de comunidades indígenas contemporáneas, cabe su mención puesto que forman parte de los antecedentes de los estudios genéticos.

## Bioarqueología

Los modelos tipológicos fueron cuestionados a inicios de la década de 1970 en Estados Unidos por su paradigma difusionista, su base inductivista y sus métodos. Esto dio lugar a un giro en los estudios arqueológicos que tuvo su influencia en la antropología física. Bajo la influencia de la "nueva arqueología", la disciplina incluyó el desarrollo de diseños sistemáticos de investigación, la utilización de hipótesis y deducciones, teorías de rango medio y marcos de referencia, el empleo de la teoría de sistemas y una perspectiva ecosistémica que consideraba a la cultura como un medio extrasomático de adaptación de la humanidad (White 1959). En este marco, toda evidencia de cambio social fue interpretada como respuesta adaptativa a alteraciones en el medio o por crecimiento poblacional.

La antropología física incorporó estos paradigmas, dejando de lado los modelos tipológicos y, como parte de este proceso de diferenciación de las formas de hacer ciencia de la escuela histórico-cultural, surgió lo que se conoció como Bioarqueología (Buikstra 1977), cuyo objetivo era el análisis del "*componente biológico presente en el dato arqueológico*" (Larsen 1987:340). Este cambio implicó un posicionamiento diferente respecto al objeto de estudio, modificando el concepto de "raza" por el de "población" en tanto "*... un conjunto de individuos semejantes que habitan dentro de un área determinada entre los cuales la frecuencia de entrecruzamientos es mayor que entre ellos y los integrantes de otras poblaciones*" (Cocilovo 1981:7).

Las investigaciones se centraron en la incidencia de los factores socioculturales sobre la biología de las poblaciones, poniendo como eje la relación entre la biología humana, la cultura y

su adaptación al ambiente (Carnese *et al*. 1991-92; Seldes y Baffi 2020). Se incorporó el modelo de estrés ambiental de Goodman *et al.* (1988) que toma como base los procesos de adaptación al medio, considerando que a partir de los cambios esqueletales se pueden realizar inferencias sobre el estrés padecido por una población. Este modelo contempla las constricciones impuestas por el medio natural e incorpora las culturales en tanto amortiguadores o exacerbadores de los estresores, siendo que el estrés es considerado como los costos y límites del proceso de adaptación al medio (Goodman *et al.* 1988).

Las preguntas de investigación se centraron en la evaluación de las consecuencias biológicas del estrés sobre los individuos a través del análisis de su estilo de vida y estado de salud, uso del cuerpo y situaciones de violencia, incorporándose el estudio del comportamiento mortuorio. Entre los trabajos realizados bajo esta perspectiva en la Quebrada de Humahuaca podemos citar a Mendonça *et al.* (1992) sobre el Pukará de Tilcara.

### EL ESTUDIO DE CUERPOS HUMANOS DESDE UNA PERSPECTIVA ADAPTATIVA

Se analizaron 30 individuos recuperados por Debenedetti en el Pukará de Tilcara (Mendonça *et al*. 1992). A diferencia de lo que sucedía en la época, estos cuerpos humanos no fueron separados en secciones sino que conservaron su estructura anatómica. En el resumen, Mendonça aclara:

> "Desde el año 1987 nuestro equipo de trabajo ha intentado desarrollar una línea de investigación que pretende inyectar una noción de proceso (sic) para poder considerar problemas de gran amplitud en restos pertenecientes a las poblaciones prehistóricas. Los estudios sistemáticos realizados sobre restos óseos humanos han posibilitado la detección de cambios en la apariencia morfológica de los mismos, los que pueden vincularse directamente con factores de naturaleza económica, social y biológica. Por medio del estudio de la extensión y frecuencia de tales cambios biológicos se puede medir la eficiencia adaptativa de una población a elementos de estrés y enfermedad." (Mendonça *et al.* 1992:144).

Para el análisis se realizaron estudios de *clusters*, evaluando diferentes indicadores y patologías bajo la denominación de "variables" (Mendonça *et al.* 1992:146) como ser fracturas, osteomielitis, periostitis, osteoporosis, dentición y patologías nutricionales. Entre las conclusiones a las que arriban se destaca lo siguiente "nos encontramos frente a una comunidad funcionalmente adaptada" (Mendonça *et al.* 1992:153).

Para esta época, la genética fue desarrollando lo que se conoce como estudios de ADNa. Si bien su desarrollo no se vincula directamente con el de la bioarqueología, merecen una mención puesto que, de acuerdo a Jones (2019), poseen un cierto "estatus" o "fama" que

facilitó su incorporación a una gran cantidad de proyectos arqueológicos y bioarqueológicos (Ion 2017). Estos estudios involucran el análisis del material genético recuperado a partir de huesos, dientes u otros tejidos, como piel o pelo (Dejean 2016; Orlando *et al.* 2021). Comenzaron a mediados de la década de 1980, siendo uno de los trabajos pioneros la obtención de ADN a partir de tejido momificado de un niño egipcio (Pääbo 1985). En los años siguientes, las investigaciones se incrementaron de la mano de novedades metodológicas y tecnológicas respecto a la extracción, amplificación, secuenciación y análisis del material genético. Desde la década de 2010, con la incorporación de las tecnologías de secuenciación masiva, predominan los estudios genómicos (del genoma completo), al menos cuando estas tecnologías pueden ser aplicadas a costos accesibles (Russo *et al.* 2026). Las preguntas de investigación que usualmente se plantean pueden clasificarse en distintas escalas (Russo 2020), siendo predominantes los estudios a gran escala, como el del poblamiento americano (por ej., Posth *et al.* 2018; Roca-Rada *et al.* 2021). Esto se relaciona con la "fama" del ADNa y las posibilidades de publicación en revistas de alto impacto con repercusión en los medios de comunicación. Se ha planteado que las investigaciones en esta escala, que generalmente emplean una gran cantidad individuos de manera descontextualizada, atentan contra las posibilidades de constituir investigaciones interdisciplinarias y que respondan a preguntas de investigación locales (Ion 2017; Russo *et al.* 2021; Ávila-Arcos *et al.* 2023).

## Bioarqueología social

Los modos de hacer ciencia tuvieron fuertes cuestionamientos durante los últimos treinta años, generando una diversificación en las posiciones teóricas que impactaron en las prácticas disciplinares. La bioarqueología no fue ajena a este proceso que implicó revisiones respecto a las miradas esencialistas y universalistas y la concepción del saber científico como el único posible, proponiendo una pluralidad de epistemologías y formas de construir el conocimiento (Henry *et al.* 2017). Esto no implica que los postulados del modelo biocultural se hayan abandonado completamente dado que algunas investigaciones se continúan desarrollando desde ese marco epistémico.

La incorporación de teoría social fue parte de un largo proceso de cuestionar los modelos adaptativos que limitaban las posibilidades de considerar las lógicas culturales que hacen de las prácticas aspectos fundamentales en relación con los modos de vida. En este sentido, se propone que la elección de determinados recursos no depende exclusivamente de la cantidad o calidad de lo que ofrece el ambiente, sino que se trata de opciones culturalmente definidas (Seldes 2007).

Por ejemplo, los cambios sociales que se produjeron hacia el 1200 d.C. en la Quebrada

de Humahuaca (Nielsen 2006) generaron modificaciones en los modos de vida que pueden inferirse desde el registro bioarqueológico considerando factores que no se restringen al "costo adaptativo" sino que contemplan los aspectos socioculturales de las poblaciones (Seldes 2009).

**ANÁLISIS DE MODOS DE VIDA Y ESTADO DE SALUD EN QUEBRADA DE HUMAHUACA**

Se estudiaron individuos recuperados de diversos sitios arqueológicos del período de Desarrollos Regionales (PDR): SJTil 20, Flores-1, Muyuna, Hornillos y Los Amarillos (Seldes 2007). El registro bioarqueológico reveló un aumento estadísticamente significativo en los niveles de estrés nutricional-metabólico (hiperostosis porótica y/o *cribra orbitalia*). Si bien esto ha sido explicado tradicionalmente a través de los modelos ecológicos de estrés, teniendo en cuenta los costos y los límites de la adaptación de las poblaciones a su ambiente, en este trabajo se consideró que la elección de determinados tipos de recursos se rigen por las cosmovisiones locales y que eso no está determinado sino condicionado por los constreñimientos físicos o técnicos. Ese aumento en las frecuencias de estrés nutricional/metabólico podría deberse a una presión sobre los recursos ganaderos como la llama (*Lama glama*) o de caza como la taruca (*Hippocamelus antisensis*). Sin embargo, el PDR fue un momento de intensificación de la actividad pastoril y, por otra parte, la caza siguió siendo un complemento de la dieta tal como lo demuestra el análisis de la arqueofauna (Mercolli 2005). En función de esto, se propuso que podría haberse dado un proceso de valoración especial de otros recursos, como el maíz, en las elecciones de los patrones alimentarios y que esto mismo además podría haber actuado de forma negativa en la absorción de hierro debido a la inhibición que podrían haber generado los fitatos presentes en dicho cereal (Seldes 2007).

Este ejemplo nos ilustra sobre aspectos vinculados a los patrones alimentarios ya que la dieta no se rige exclusivamente por racionalidades de tipo económica en cuanto a costo-beneficio o ecológica en tanto un ambiente constrictor, sino que se trata de un hecho complejo que involucra aspectos biológicos, ecológicos, tecnológicos, sociales, políticos e ideológicos; y especialmente aspectos culturales y simbólicos que permiten tomar o dejar cierto alimento (Contreras y Gracia 2005).

## Giros epistemológicos y ontológicos

Más recientemente, se vienen generando nuevos cuestionamientos desde la arqueología, la filosofía y la antropología sobre aspectos epistemológicos y ontológicos. Esto devino

en críticas hacia las concepciones de los cuerpos como "objeto" de estudio y los recortes teórico-metodológicos que se reproducen acríticamente. En este sentido, se retomaron las propuestas de explorar enfoques ontológicos que refieren a sistemas relacionales diferentes a los del mundo occidental, lo que dio lugar a diferentes "giros" como el "giro ontológico", la "vuelta agentiva", la "vuelta a las cosas"; representados en la antropología simétrica de Latour (2005), la antropología de la naturaleza de Descola (2012), el perspectivismo de Viveiros de Castro (1996), la antropología ecológica de Ingold (2000), entre otros. Particularmente para la práctica bioarqueológica, estas corrientes alertan sobre los sesgos que se pueden generar al imponer criterios de la ciencia occidental a grupos con cosmovisiones diferentes, siendo parte del desafío el realizar estudios transculturales sin caer en prácticas etnocéntricas.

En bioarqueología han aumentado en las últimas décadas las propuestas vinculadas al estudio relacional de la biología y la cultura. Esto implica una nueva forma de relacionar los cuerpos humanos con su contexto (*i.e.* contexto-dependientes), en tanto marcos alternativos que complementan a los métodos cuantitativos de la disciplina (Bettera Marcat *et al.* 2023). En estas nuevas concepciones, la corporeidad está constituida por la forma en que uno mismo y los demás representan el cuerpo, basándose en categorías locales de conocimiento y experiencia. Ejemplo de esto son las posiciones interactivas y relacionales como la osteobiografía, la bioarqueología del cuidado o las "biologías situadas o locales" (Tilley 2015; Niewöhner y Lock 2018; Robb 2019; Blom y Knudson 2020).

A partir de los cuestionamientos a las metodologías usualmente utilizadas por la bioarqueología para establecer el perfil biológico de los individuos, nos explayaremos en la estimación de edad. En dicha estimación se toman como referencia los cambios en el cuerpo asociados al proceso de crecimiento y desarrollo y la generación de métodos a partir de la observación y mediciones en diferentes secciones del esqueleto en poblaciones recientes de edad conocida (Ubelaker 1989). Estos métodos, que se fueron revisando, modificando y perfeccionando a lo largo del tiempo, toman como referencia cambios morfológicos en el extremo esternocostal de la cuarta costilla (Iscan *et al.* 1984, 1985), en la sínfisis púbica (Todd 1921; Brooks y Suchey 1990) y en la región sacroilíaca (Lovejoy *et al.* 1985), así como la observación del patrón de calcificación y erupción dental (Ubelaker 1989), la fusión de los centros de osificación (Scheuer y Black 2004) y las variaciones osteométricas (Fazekas y Kosa 1978; Scheuer y Black 2004), por mencionar algunos de los indicadores más utilizados.

Contando con estos resultados, el procedimiento consensuado es ubicar a las partes esqueletales de cada individuo en las categorías de sexo (femenino, masculino o indeterminado)[4] o de edad, siguiendo en este último caso a los grupos etarios propuestos, por ejemplo, por Bogin (1999): perinatal (0-0,3 años), niñez (0,3 a 7 años), juventud (7 a 10 en mujeres y 7 a

[4] Tema en el cual no nos explayaremos en este trabajo.

12 en hombres), adolescencia (12-20 años), adultez (20-50 años) y adulto mayor (50 años en adelante).

En el caso de la estimación de edad, hemos visto que la misma tiene una base biológica que responde a estudios anatómicos a partir de caracteres biológicamente determinados. A su vez, tomando esto como referencia, se establecen clasificaciones etáreas como las de adultos, no adultos o subadultos, entre otras, que configuran la base para establecer rangos de edad de los individuos. Estos procedimientos toman como referencia la división propuesta por la ciencia a partir de parámetros occidentales del inicio de la adultez como si fuera un hecho universal, biológicamente establecido. El dilema es si este tipo de sistema de clasificación es aplicable en individuos de diferentes contextos culturales, ya que las categorías etarias no se corresponden necesariamente con los modos de concebir el paso del tiempo de las sociedades en estudio (Seldes y Bettera Marcat 2025). En este sentido, estudios etnográficos y etnohistóricos dan cuenta de que el paso a la adultez no se realiza en el mismo lapso etario en diferentes sociedades. En algunos grupos andinos, por ejemplo, los niños comienzan a realizar actividades domésticas como el pastoreo desde los cinco años (Lozada 2019), indicando que la participación en determinadas áreas de la vida social o laboral no se define por cuestiones de edad.

En definitiva, las categorías de diferenciación entre adultos y no adultos, usualmente establecidas desde la bioarqueología utilizando parámetros biológicos, constituyen un recorte arbitrario y no un hecho natural (Dupre y Nicholson 2018).

### PROBLEMATIZACIÓN DE LOS PARÁMETROS OCCIDENTALES SOBRE LA ADULTEZ

Seldes y Bettera Marcat (2025) retomaron el análisis de Seldes (2007) sobre el uso del cuerpo en individuos de la Quebrada de Humahuaca. El hallazgo de individuos juveniles y adolescentes con marcadores de estrés músculo-esqueletal (MSM) en Flores 1 y de nódulos de Schmorl en Muyuna, refiere a la realización de actividades a temprana edad que implicaron un uso intensivo del cuerpo.

Si bien los estudios de MSM o cambios entesiales, señalan la necesidad de ser cautelosos en las interpretaciones sobre estos marcadores en individuos juveniles debido a la falta de metodologías específicas estandarizadas de subadultos para su comparación (Palmer *et al*. 2023), en los sitios analizados, la evidencia coincide con lo registrado sobre la participación de toda la estructura familiar y no sólo de los que son considerados "adultos" en el manejo de los campos de cultivo y el pastoreo (Olivera y Palma 1986), idea ya planteada por la antropología y la arqueología en relación a la no aplicabilidad del modelo de división entre adultos y no adultos respecto a la organización del trabajo en los pueblos andinos que responden a sistemas de organización diferentes a los occidentales (Seldes y Bettera Marcat 2025).

Dentro de las investigaciones en ADNa, en el marco de estas perspectivas pueden nombrarse estudios a nivel regional y local, en los cuales el trabajo interdisciplinario entre arqueólogos, bioarqueólogos y genetistas enriquece la investigación, incluyendo desde las preguntas que se plantean hasta las interpretaciones que se realizan. Por ejemplo, en el caso de las sociedades prehispánicas andinas, se analizó la estructura poblacional proponiendo que la diferenciación genética hallada entre individuos o grupos humanos es consecuencia de procesos de cambio social ocurridos a lo largo del tiempo (Russo *et al*. 2018, 2019).

Por otro lado, los estudios de parentesco genético a escala intra-sitio se pueden utilizar para dilucidar el rol del factor biológico en las prácticas mortuorias (por ej., Russo *et al*. 2016). Sin embargo, el parentesco en las sociedades andinas no necesariamente responde a la idea occidental que involucra la consanguinidad, lo cual muchas veces se refleja en las prácticas de tratamiento de los difuntos donde, por ejemplo, la biología o la genética no son la causa del enterramiento en conjunto.

### PRÁCTICAS MORTUORIAS Y PARENTESCO GENÉTICO

Se analizaron ocho individuos de los sitios Sarahuaico, Juella y Pucará de Tilcara en la Quebrada de Humahuaca (Bettera Marcat *et al*. 2024). Se analizó el ADN mitocondrial (indicador de la denominada "línea materna"), el cromosoma Y (asociado a la "línea paterna") y porciones de ADN nuclear (marcadores autosómicos).

Los resultados indicaron que las probabilidades de parentesco en primer grado son bajas, incluso en aquellos individuos que habían sido enterrados en un mismo recinto o sepultura. Estos resultados contrastan con antecedentes en otros sitios de la Quebrada de Humahuaca, donde se hallaron altos grados de parentesco en individuos enterrados en un mismo recinto (Russo *et al*. 2016; Mendisco *et al*. 2018). De esta forma, se evidencia que distintos factores pudieron haber estructurado las prácticas funerarias de estas sociedades.

## DESAFÍOS Y PROBLEMÁTICAS ÉTICAS EN EL ESTUDIO DE LOS CUERPOS HUMANOS EN ARGENTINA

El trabajo con cuerpos humanos involucra pensar la práctica desde aspectos éticos que se hacen presentes en todas las etapas del trabajo, incluyendo la excavación, el análisis, la conservación y gestión, entre otros. Como parte de las nuevas formas de hacer ciencia, lentamente se han generado espacios de discusión y revisión sobre el vínculo científico-comuni-

dades indígenas. En este sentido, en el año 2005 se firmó entre arqueólogos y representantes de las comunidades indígenas la Declaración de Río Cuarto (2005), donde se manifestaba, entre otras cosas, que los cuerpos humanos de pueblos indígenas tenían que ser retirados de las vitrinas de los museos y que los investigadores debían respetar su sacralidad, así como contar con el acuerdo previo de los indígenas para llevar a cabo investigaciones sobre espacios sagrados y cuerpos humanos. También se realizaron encuentros, denominados "Talleres de Discusión sobre Restitución de Restos Humanos de interés Arqueológico y Bioantropológico (TaDiRH)" donde, congregando a arqueólogos y bioarqueólogos de todo el país, se pusieron en común cuestiones vinculadas a las restituciones, así como aspectos referidos al consentimiento por parte de las comunidades para el trabajo con cuerpos humanos, el tratamiento de los cuerpos en el trabajo de campo y en laboratorio, las formas de abordar colecciones de museos cuyos restos en algunos casos tienen una identidad conocida, entre otros. Estos replanteos se dieron en consonancia con las reivindicaciones de los pueblos indígenas por territorios y patrimonios ancestrales. Asimismo, se nutrieron de legislaciones previas sobre patrimonio y el reconocimiento de derechos de los pueblos indígenas que se venía generando (convenio 169 de la OIT[5], Ley 25.517[6] de restitución de restos humanos), por las cuales se ha reconocido su condición de preexistencia a la configuración de los estados nacionales, como lo sostiene el artículo 75, inciso 17 de la Constitución Nacional de 1994.

En la práctica, frente a la aparición de cuerpos humanos en contextos arqueológicos, se aplica la Ley 25.743/2003 que establece un régimen de protección de los bienes arqueológicos y paleontológicos y determina que el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) es la autoridad de aplicación. Si bien cada provincia debe ajustarse a lo establecido por la normativa nacional, existen reglamentaciones y protocolos provinciales sobre el tratamiento de cuerpos humanos que incluyen, en mayor o menor medida, a los pueblos indígenas a la hora de establecer permisos para investigar.

Es importante mencionar también que, producto del proceso de concientización sobre cuestiones éticas en la práctica disciplinar, la Asociación de Antropología Biológica Argentina realizó la "Declaración en Relación con la Ética del Estudio de Restos Humanos" (2007) y elaboró un Código Deontológico (Aranda *et al.* 2014) para orientar las investigaciones acerca de problemas de ética profesional vinculados al estudio, manipulación, preservación y gestión de cuerpos humanos (Squires y García Mancuso 2021).

Parte de lo estudiado desde la Bioarqueología son las colecciones de museos, muchas de las cuales se originaron en excavaciones a principios del siglo pasado, contando en algunos

[5] El convenio 169 de la OIT se promulgó en 1989 pero Argentina recién ratificó su adhesión en 2001.
[6] La Ley 25.517 se promulgó en 2001 pero su decreto reglamentario es del 2010.

casos con la colaboración del Ejército en situaciones que implicaron violencia, prisión y reducciones (Oldani *et al.* 2011; Podgorny 2019). Algunos museos, como el Etnográfico J. B. Ambrosetti (FFyL, UBA) o el de Ciencias Naturales de La Plata (FCNyM, UNLP), iniciaron procesos de restitución a las comunidades de origen (Endere 2011; Ametrano 2015), dando respuesta a sus reclamos y generando instancias de trabajo conjunto entre representantes de los pueblos indígenas y la comunidad académica.

En la práctica, los investigadores asumen diferentes posiciones respecto a la ética profesional. En este sentido, son interesantes las sugerencias de Squires *et al.* (2022) sobre los modos de hacer ciencia desde la antropología biológica que incluyen la obtención de aprobación ética del proyecto de investigación, permisos de la institución que custodia los cuerpos y la explicitación de los aspectos éticos tenidos en cuenta, del contacto con comunidades indígenas y de la obtención de su consentimiento para realizar los estudios .

### COMUNIDADES, PATRIMONIO, ARQUEOLOGÍA Y BIOARQUEOLOGÍA

Respecto a la práctica arqueológica y el hallazgo de cuerpos humanos, se generaron diferentes instancias de diálogo con las comunidades en la Quebrada de Humahuaca, siendo que a partir de la década de 1990 las interacciones se profundizaron y dieron lugar a diversos espacios de encuentro. Un ejemplo de esto es el proceso de restitución a las comunidades originarias de Maimará y Cieneguillas de cuerpos humanos hallados en el 2001 en el acceso principal al sitio Hornillos. Esta restitución, a cargo de la Secretaría de Cultura de Jujuy (hoy Secretaría de Turismo y Cultura) contó con la colaboración de una de las autoras de este trabajo (VS) (Mamani *et al*. 2003).

Otro ejemplo es el rescate en el sitio arqueológico Peñas Blancas realizado en 2005, que incluyó diálogos previos con vecinos y referentes de la comunidad local y otras cercanas respecto al tratamiento de los cuerpos y su destino final luego del rescate (Cruz y Seldes 2005).

La explicitación de los aspectos éticos se relaciona con la comunicación de los resultados de investigación. Los artículos científicos son la principal vía de publicación dentro del ámbito científico-académico, aunque también son recuperados muchas veces por otros actores sociales y por los medios de comunicación. Considerando esto, se han planteado discusiones éticas respecto a la terminología utilizada al referirnos a los sujetos de estudio. En este capítulo hemos optado por utilizar "cuerpos humanos" recuperados de sitios ar-

queológicos, evitando el uso de "restos", aunque se han planteado también términos como "restos sensibles" o "ancestros" (Tamburrini *et al*. 2023; Zabala y Fabra 2024). Todos estos representan intentos por reconocer la alta sensibilidad y sacralidad de los cuerpos estudiados. En relación con las formas de nombrar a los sujetos de estudio se han planteado, además, críticas respecto al uso de etnónimos en estudios genéticos para referirse a individuos recuperados de sitios arqueológicos.

### USO DE ETNÓNIMOS E INVESTIGACIONES COLABORATIVAS EN ADNa

Di Fabio Rocca *et al.* (2021) analizaron 68 artículos que publicaban datos genéticos de individuos de sitios arqueológicos sudamericanos. En el 41% de los artículos se utilizaron etnónimos (como Kawéskar o Inca, entre los más frecuentes) para referirse a los individuos estudiados, mayoritariamente sin una justificación explícita de su uso. En algunos casos, los términos utilizados para nombrar a los individuos tenían orígenes colonialistas, con connotaciones estigmatizantes y/o sin relación con la historia de los pueblos indígenas. Además, solamente en un 7% de los artículos se mencionó la implementación de un enfoque de investigación colaborativo con comunidades indígenas. Este panorama invita a problematizar y reflexionar sobre las formas de llevar a cabo estudios de ADNa en el contexto sudamericano, las limitaciones de la comunicación científica y las repercusiones sociales de estas investigaciones.

Los estudios de ADNa se vienen problematizando desde hace varios años dentro de las denominadas implicancias éticas, legales y sociales (Lippman 1999; Zwart y Nelis 2009). Por un lado, la extracción de ADN involucra la destrucción del material utilizado, lo cual ha sido foco de numerosas críticas (por ej., Fox y Hawks 2019). Por otro lado, los datos genéticos y genómicos representan información sensible, relacionada a la presencia o susceptibilidad a enfermedades, orígenes y movimientos migratorios, entre otros, que puede tener consecuencias en las comunidades vinculadas a los sujetos analizados. Pueden ocurrir contradicciones con las narrativas comunitarias acerca de sus orígenes e identidad, efectos sobre los reclamos territoriales y la repatriación de restos, discursos esencialistas y/o estigmatizantes, entre otras consecuencias, principalmente cuando no se trabaja de manera colaborativa (por ej., Tsosie *et al.* 2020; Di Fabio Rocca *et al.* 2021; Ávila-Arcos *et al.* 2022).

## REFLEXIONES FINALES

En este capítulo nos propusimos dar cuenta de la larga trayectoria que tienen los estudios del cuerpo humano desde la bioarqueología y el ADNa, poniendo énfasis en los marcos epistémicos, las corrientes teórico-metodológicas y las posiciones éticas que predominaron en cada época, tomando ejemplos de investigaciones realizadas en la Quebrada de Humahuaca. Las miradas evolucionistas, difusionistas, esencialistas, adaptativas así como otros marcos teórico-metodológicos vinculados a la teoría social y cuestiones bioéticas que repasamos en el recorrido de los modos de hacer ciencia, tuvieron como objetivo brindar una reseña para comprender algunos posicionamientos, cuestionamientos y propuestas actuales para una ciencia dialógica, colaborativa, que sostenga una constante reflexión y revisión de nuestra propia práctica como forma de llevar adelante proyectos de investigación éticos, situados y respetuosos de la multiplicidad de saberes existentes. En este sentido, se destaca el trabajo en conjunto entre bioarqueología y genética para responder a preguntas locales desde una perspectiva situada. Sin embargo, queda un largo camino por recorrer respecto a la relación con las comunidades indígenas, cuestión que aún debe profundizarse e incorporarse desde los comienzos de las investigaciones, incluyendo la elaboración de los proyectos. Este proceso permitirá pasar de lo meramente enunciativo a la práctica. Si bien algunos investigadores comenzaron a recorrer este camino, como disciplina aún requiere de un debate profundo. Principalmente, considerando que los modos de hacer ciencia y el grado de apertura e inclusión de diferentes ontologías que conforman el pluriverso de saberes —característicos de las diversas maneras de comprender el mundo— no responden a las premisas racionalistas y universalistas de la ciencia moderna.

## BIBLIOGRAFÍA

Ambrose, S. H. y L. Norr 1993. Experimental evidence for the relationship of the carbon isotope ratios of whole diet and dietary protein to those of bone collagen and carbonate. En J. B. Lambert y G. Grupe (eds.), *Prehistoric human bone:* 1-37. Heidelberg, Springer-Verlag.

Ametrano, S. 2015. Los procesos de restitución en el Museo de La Plata. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 17(2): 1-13.

Aranda, C., G. Barrientos y M. Del Papa 2014. Código deontológico para el estudio, conservación y gestión de restos humanos de poblaciones del pasado. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 16(2): 111-113.

Ávila-Arcos, M. C., C. de la Fuente Castro, M. A. Nieves-Colón y M. Raghavan 2022. Recommendations for sustainable ancient DNA research in the global south: voices from a new generation of paleogenomicists. *Frontiers in Genetics* 13: 880170.

Ávila-Arcos, M. C., M. Raghavan y C. Schlebusch 2023. Going local with ancient DNA: a review of human histories from regional perspectives. *Science* 382: 53-58.

Bettera Marcat, G. C, A. Paladea Rojo y V. Seldes 2023. La ¿violencia? en el pasado. Reflexiones sobre su abordaje en bioarqueología. *Comechingonia* 27(3): 109-127.

Bettera Marcat, G. C., V. Arencibia, M. G. Russo, C. B. Dejean, C. Otero, C. Rivolta y V. Seldes 2024. Prácticas mortuorias y parentesco genético: STRs en muestras de individuos prehispánicos de la Quebrada de Humahuaca. *InterSecciones en Antropología* 25(2): 247-262.

Blom, D. E. y K. J. Knudson 2020. Paleopathology and children in the Andes: local/situated biologies and future directions. *International Journal of Paleopathology* 29: 65-75.

Bogin, B. 1999. *Patterns of human growth,* segunda ed. Cambridge, Cambridge University Press.

Bourdieu, P. 2003. *El oficio del científico*. Barcelona, Anagrama.

Brooks, S. y J. Suchey 1990. Skeletal age determination based on the os pubis: a comparison of the Acsádi-Nemeskéri and Suchey-Brooks methods. *Human Evolution* 5(3): 227-238.

Buikstra, J. E. 1977. Biocultural dimensions of archeological study: a regional perspective. En R. L. Blakely (ed.), *Biocultural adaptation in prehistoric America*: 67-84. Georgia, University of Georgia Press.

Carnese, F. R. 2011. Los aportes de la bioantropología al conocimiento de la variabilidad biológica de los sudamerindios. Descripción y análisis. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 13: 29-54.

Carnese, F. R., J. Cocilovo y A. Goicoechea 1991-92. Historia y situación actual de la antropología biológica en la Argentina. *Runa* 20: 35-67.

Cigliano, E. M. y L. E. Chávez de Azcona 1967. Investigaciones antropológicas en el yacimiento de Jüella (Dep. de Tilcara, provincia de Jujuy). Estudio osteológico. *Revista del Museo de La Plata* 6(34): 123-249.

Cocilovo, J. A. 1981. Estudio sobre discriminación y clasificación de poblaciones prehispánicas del Noroeste argentino. *M. N. H. N. Publicación Ocasional* 36.

Cocilovo, J., H. Varela y S. Valdano 2001. Estructura de la población antigua de la Quebrada de Humahuaca. En E. Berberian y A. Nielsen (eds.), *Historia argentina prehispánica*, Tomo I: 265-287. Córdoba, Editorial Brujas.

Contreras, J. y M. Gracia 2005. *Alimentación y cultura: perspectivas antropológicas.* Barcelona, Ariel.

Debenedetti, S. 1910. *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de La Isla de Tilcara.* Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Juan A. Alsina.

Declaración de Río Cuarto 2005. Primer foro pueblos originarios-arqueólogos. Río Cuarto, Argentina, mayo 2005. *Arqueología Suramericana* 1(2): 287-298.

Declaración de la Asociación de Antropología Biológica Argentina (AABA) en Relación con la ética del estudio de restos humanos 2007. https://asociacionantropologiabiologicaargentina.org.ar.

Dejean, C. B. 2016. Aportes de la paleogenética a la comprensión de la filogenia de *Homo sapiens*. En L. Madrigal y R. González-José (eds.), *Introducción a la Antropología Biológica*: 495-511. Asociación Latinoamericana de Antropología Biológica.

Descola, P. 2012. *Más allá de la naturaleza y la cultura*. Buenos Aires, Amorrortu.

Di Fabio Rocca, F., M. G. Russo, V. Arencibia y V. Seldes 2021. Ancient DNA studies: use of ethnonyms and collaborative research in South America. *Journal of Anthropological Archaeology* 61: 101265.

Dillenius, J. 1913. Craneometría comparada de los antiguos habitantes de La Isla y del Pukará de Tilcara (Provincia de Jujuy). Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Dupre, J. A. y D. Nicholson 2018. A manifesto for a processual philosophy of biology. En D. J. Nicholson y J. Dupré (eds.), *Everything flows: towards a processual philosophy of biology*: 3-45. Oxford, Oxford University Press.

Endere, M. L. 2011. Cacique Inakayal. La primera restitución de restos humanos ordenada por ley. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana* 1(1).

Fazekas, I. G. y F. Kósa 1978. *Forensic fetal osteology*. Budapest, Akadémiai Kiadó.

Fox, K. y J. Hawks 2019. Use ancient remains more wisely. *Nature* 572(7771): 581-583.

Goodman, A., R. Brooke Thomas, A. Swed Lund y G. Armelagos 1988. Biocultural perspectives on stress in prehistoric, historical, and contemporary population research. *Yearbook of Physical Anthropology* 31: 169-202.

Henry, E. R., B. Angelbeck y U. Z. Rizvi 2017. Against typology. A critical approach to archaeological order. *The SAA Archaeological Record* 17(1): 28-32.

Ingold, T. 2000. *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres, Routledge.

Imbelloni, J. 1924-25. Deformaciones intencionales del cráneo en Sudamérica. *Revista Museo de La Plata* 28: 329-407.

Imbelloni, J. 1938. Tabla clasificatoria de Indios. *Physis* 12: 229-249.

Ion, A. 2017. How interdisciplinary is interdisciplinarity? Revisiting the impact of a DNA research for the archaeology of human remains. *Current Swedish Archaeology* 25(1): 177-198.

Iscan, M. Y., S. R. Loth y R. K. Wright 1984. Metamorphosis at the sternal rib end: a new method to estimate age at death in white males. *American Journal of Physical Anthropology* 65(2): 147-156.

Iscan, M. Y., S. R. Loth y R. K. Wright 1985. Age estimation from the rib by phase analysis; White females. *Journal of the Forensic Science Association* 30: 853-863.

Jones, E. D. 2019. Ancient genetics to ancient genomics: celebrity and credibility in data-driven practice. *Biology & Philosophy* 34: 27.

Jurmain, R. 2009. Understanding "musculoskeletal stress markers": their multifactorial etiology and constraints on simplistic interpretations. *Workshop in Musculoskeletal Stress Markers (MSM): limitations and achievements in the reconstruction of past activity patterns*. Coimbra, Portugal.

Larsen, C. 1997. *Bioarcheology. Interpreting behavior from the human skeleton*. Cambridge, Cambridge University Press.

Latour, B. 2005. *Reassembling the social: An introduction to the Actor-Network theory.* Oxford, Oxford University Press.

Lippman, A. 1999. The human genome project: Perilous promises? *Medicine, Health Care and Philosophy* 2: 47-49.

Lovejoy, C. O., R. S. Meindl, T. R. Pryzbeck y R. P. Mensforth 1985. Chronological metamorphosis of the auricular surface of the ilium: a new method for the determination of adult skeletal age at death. *American Journal of Physical Anthropology* 68(1): 15-28.

Lovell, N. C. 1997. Trauma analysis in paleopathology. *American Journal of Physical Anthropology* 104: 139-170.

Lozada, M. C. 2019. Indigenous anatomies. ontological dissections of the indigenous body. En M. C. Lozada y H. Tantaleán (eds.), *Andean Ontologies: New Archaeological Perspective*s: 99-115. Gainesville, University of Florida Press.

Madrigal, L. y R. González-José (eds.) 2016. *Introducción a la antropología biológica.* Asociación Latinoamericana de Antropología Biológica.

Mamani, H, V. Seldes y P. Mercolli 2003. Reflexiones en torno a la relación de los arqueólogos y bioarqueólogos con la comunidad. El caso Hornillos (Quebrada de Humahuaca, Jujuy). Trabajo presentado en las *VI Jornadas Nacionales de Antropología Biológica*. Catamarca, Argentina.

Martin, D., A. Goodman y G. Armelagos 1985. Skeletal pathologies as indicators of quality and quantity of diet. En R. Gilbert y J. Mielke (eds.), *The Analysis of Prehistoric Diet*: 227-279. Orlando, Academic press.

Mendonça, O., M. A. Bordach y S. Valdano 1992. Reconstrucción del comportamiento biosocial en el Pukará de Tilcara (Jujuy). Una propuesta heurística. *Cuadernos* 3: 144-151. San Salvador de Jujuy, EdiUNJu.

Mendisco, F., C. Keyser, V. Seldes, A. E. Nielsen, M. G. Russo, E. Crubézy y B. Ludes 2018. An insight into the burial practices of the late pre-Hispanic Los Amarillos community (northwestern Argentina) through the study of ancient DNA. *Journal of Archaeological Science* 91: 12-19.

Mercolli, P. H. 2005. Tendencias en las estrategias de caza durante el período de Desarrollos Regionales en la Quebrada de Humahuaca. *Estudios Sociales del NOA* 8(8): 188-218.

Milner, G. R. 2005. Nineteenth-century arrow wounds and perceptions of prehistoric warfare. *American Antiquity* 70(1): 144-156.

Nielsen, A. 2006. Pobres jefes: Aspectos corporativos en las formaciones sociales preinkaicas de los Andes Circumpuneños. En C. Langebaek y C. Gnecco (eds.), *Contra la tiranía tipológica en arqueología: una visión desde Sudamérica*: 120-150. Bogotá, Universidad de los Andes.

Niewöhner, J. y M. Lock 2018. Situating local biologies: anthropological perspectives on environment–human entanglements. *BioSocieties* 13: 681-697.

Oldani, K., M. A. Suarez y F. M. Pepe 2011. Las muertes invisibilizadas del Museo de La Plata. *Corpus, Archivos virtuales de la alteridad americana* 1(1).

Olivera, D. y J. Palma 1986. 1986. Sistemas adaptativos prehispánicos durante los períodos agro–alfareros de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy, R. A. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 11: 75–98. Buenos Aires.

Orlando, L., R. Allaby, P. Skoglund, C. Der Sarkissian, P. W. Stockhammer, M. C. Ávila-Arcos, Q. Fu, J. Krause, E. Willerslev, A. C. Stone y C. Warinner 2021. Ancient DNA analysis. *Nature Reviews Methods Primers* 1: 14.

Ortner, D. (ed.) 2003. *Identification of pathological conditions in human skeletal remains*. Nueva York, Academic Press.

Pääbo, S. 1985. Molecular cloning of ancient Egyptian mummy DNA. *Nature* 314: 644-645.

Podgorny, I. 2019. Du Musée au Panthéon en Argentine: les destins des collections anthropologiques dans l'Argentine contemporaine. *Passés Futurs* 6: 1-27.

Posth, C., N. Nakatsuka, I. Lazaridis, P. Skoglund, S. Mallick, T. C. Lamnidis, … y D. Reich 2018. Reconstructing the deep population history of central and south America. *Cell* 175(5): 1185-1197.

Powell, M. 1985. The analysis of dental wear caries for dietary reconstruction. En R. I. Gilbert y J. H. Mielke (eds.), *The analysis of prehistoric diets*: 307-358. Orlando, Academic Press.

Robb, J., S. A. Inskip, C. Cessford, J. Dittmar, T. Kivisild, P. D. Mitchell, B. Mulder, T. C. O'Connell, M. E. Price, A. Rose y C. Scheib 2019. Osteobiography: the history of the body as real bottom-line history. *Bioarchaeology International* 3(1): 16-31.

Roca-Rada, X., G. Politis, P. G. Messineo, N. Scheifler, C. Scabuzzo, M. González, … y L. Fehren-Schmitz 2021. Ancient mitochondrial genomes from the argentinian Pampas inform the early peopling of the Southern Cone. *iScience* 24(6): 102553.

Russo, M. G. 2020. Análisis genéticos de restos humanos en Argentina: aplicaciones y perspectivas. En C. E. Masotta (comp.), *Actas del Congreso de Historia de la Antropología Argentina: pasado y memoria del devenir teórico, político y profesional en Latinoamérica*: 305-317. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Russo, M. G., F. Di Fabio Rocca, V. Arencibia, G. Bettera Marcat, C. B. Dejean, S. Avena y V. Seldes 2026. Asimetrías globales en la producción de conocimientos de los estudios de ADN antiguo en humanos. Un análisis bibliométrico desde una perspectiva latinoamericana. *Boletín de Arqueología PUCP* 38: 5-24.

Russo, M. G., F. Mendisco, S. A. Avena, C. M. Crespo, V. Arencibia, C. B. Dejean y V. Seldes 2018. Ancient DNA reveals temporal population structure within the South-Central Andes area. *American Journal of Physical Anthropology* 166: 851-860.

Russo, M. G., F. Mendisco, S. A. Avena, C. B. Dejean y V. Seldes 2016. Pre-hispanic mortuary practices in Quebrada de Humahuaca (North-Western Argentina): genetic relatedness among individuals buried in the same grave. *Annals of Human Genetics* 80: 210-220.

Russo, M. G., V. Seldes, S. A. Avena. y C. B. Dejean 2019. Pautas socioculturales y vinculaciones genéticas en poblaciones prehispánicas andinas. *InterSecciones en Antropología* 20(1): 79-92.

Russo, M. G., A. L. Tropea, V. Arencibia, D. Cardozo y C. M. Crespo 2021. Diálogo interdisciplinar entre la genética y la arqueología: un caso de estudio. Trabajo presentado en las *II Jornadas de Fundamentos y Aplicaciones de la Interdisciplina*. Buenos Aires, Argentina.

Scheuer, L. y S. Black 2004. *The juvenile skeleton*. Oxford, Elsevier.

Seldes, V. y P. Cruz 2005. Patrimonio, identidad y práctica arqueológica en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). En E. Belli y R. Slavutsky (eds.), *Patrimonio en el Noroeste argentino. Otras historias*: 167-195. Tilcara, Instituto Interdisciplinario Tilcara.

Seldes, V. 2007. Aportes de la bioarqueología al estudio de la complejidad y desigualdad social en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Seldes, V. 2009. Más allá de la adaptación. La interpretación del registro bioarqueológico. *Anuario de Arqueología* 1: 109-118.

Seldes V. y E. I. Baffi 2020. Trayectoria de las principales líneas de investigación en el estudio de restos humanos en el Noroeste argentino. *Cuadernos* 57*:* 311-332. San Salvador de Jujuy, EdiUNJu.

Seldes, V. y G. Bettera Marcat 2025. Estimación de la edad de muerte en bioarqueología: consideraciones y propuestas en torno a su abordaje e interpretación. *Revista del Museo de Antropología* 18(3): 113-124.

Squires, K. y R. García Mancuso 2021. Desafíos éticos asociados al estudio y tratamiento de restos humanos en las ciencias antropológicas en el siglo XXI. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 23(2). doi. org/10.24215/18536387e034

Squires, K., C. A. Roberts, M. L. Sardi y N. Márquez-Grant 2022. Ética, bioarqueología y publicaciones científicas. *Runa* 43(2): 245-263.

Tamburrini, C, S. L. Dahinten, R. R. Saihueque, M. C. Ávila-Arcos y M. L. Parolin 2023. Towards an ethical and legal framework in archeogenomics: a local case in the Atlantic coast of central Patagonia. *American Journal of Biological Anthropology* 182(2): 161-176.

Tilley, L. 2015. *Theory and practice in the bioarchaeology of care*. Nueva York, Springer.

Todd, T. W. 1921. Age changes in the pubic bone. *American Journal of Physical Anthropology* 4: 1-70.

Tsosie, K. S., R. L. Begay, K. Fox y N. A. Garrison 2020. Generations of genomes: advances in paleogenomics technology and engagement for Indigenous people of the Americas. *Current Opinion in Genetics & Development* 62: 91-96.

Ubelaker, D. 1989. *Human skeletal remains. Excavation analysis, interpretation*, segunda ed. Washington, Taraxacum.

Vera Cortés, J. L. 2003. ¿Qué significa ser humano según la antropología física? La ciencia a la búsqueda del centauro ontológico, En J. Mansilla Lory y X. Lizárraga Cruchaga (eds.), *Antropología física. Disciplina plural*: 65-75. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Viveiros de Castro, E. 1996. Os pronomes cosmológicos e o perspectivismo amerindio. *Mana* 2(2): 115-144.

Waldron, T. 2009. *Paleopathology.* Cambridge, Cambridge University Press.

White, L. 1959. *The evolution of culture.* New York, Mc Graw Hill.

Zabala, M. A. y M. Fabra 2024. Estamos construyendo una nueva historia: alcances y desafíos éticos del quehacer antropológico colaborativo e intercultural con comunidades indígenas (Córdoba, Argentina). *Revista de Antropología y Sociología: Viraje*s 26(1). doi.org/10.17151/rasv.2024.26.1.5

Zwart H. y A. Nelis 2009. What is ELSA genomics? *EMBO Reports* 10(6): 540-544.

# COSMOLOGÍA Y SOCIEDAD

# ARQUEOLOGÍA DE LA IMAGEN

**Inés Gordillo**[1], **Mercedes Rouan Sirolli**[2], **Sofía Alvarez**[3] **y Luciana Eguia**[4]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | ibesalu@gmail.com
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA - CONICET | mrsirolli@gmail.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA - CONICET | lusoalvarez95@gmail.com
[4]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA - CONICET | lucianaeguia@gmail.com

**RESUMEN:** Este capítulo propone una síntesis actualizada del estudio de las imágenes arqueológicas, articulando conceptos clave, enfoques contemporáneos, metodologías específicas y ejemplos de estudios arqueológicos que han contribuido a ampliar nuestra comprensión de las mismas. El objetivo es proporcionar un marco de referencia para quienes buscan aproximarse al estudio de las imágenes arqueológicas sin perder de vista sus dimensiones materiales, perceptuales y sociales, ni la complejidad que implica pensar "el arte" desde una perspectiva intercultural.

**ABSTRACT:** This chapter offers an updated synthesis of the study of archaeological images, integrating key concepts, contemporary theoretical approaches, specialized methodologies, and illustrative case studies that have contributed to expanding our understanding of these materials. Its purpose is to provide a conceptual framework for those engaging with the study of archaeological images, while maintaining careful attention to their material, perceptual, and social dimensions, as well as to the epistemological complexity inherent in conceptualizing "art" from an intercultural perspective.

## INTRODUCCIÓN: CONCEPTO DE ARTE APLICADO A LA ARQUEOLOGÍA

El estudio de las imágenes en contextos arqueológicos constituye un campo de larga tradición dentro de la disciplina, aunque su delimitación conceptual ha sido históricamente problemática. La noción de "arte" —tomada del pensamiento occidental moderno— ha sido aplicada con frecuencia para referirse a una amplia variedad de manifestaciones visuales del pasado, desde pinturas y grabados rupestres hasta artefactos decorados y prácticas corporales. Sin embargo, dicha noción conlleva una carga etnocéntrica que ha sido señalada reiteradamente: presupone valores estéticos, ideas de autoría individual y criterios de apreciación propios de la historia del arte occidental, difíciles de trasladar a contextos culturales no occidentales, tanto del presente como del pasado.

En consecuencia, la arqueología del arte y, más específicamente, la arqueología de las imágenes, enfrentan un doble desafío. Por un lado, reconocer la condición material de las imágenes como objetos producidos, usados y transformados socialmente; por el otro, evitar proyecciones conceptuales que limitan la interpretación intercultural de tales manifestaciones. Como señalan diversos autores (ver Fiore 2006), el término "arte" puede resultar analíticamente útil siempre que se lo entienda no como una categoría estética restrictiva asociada al genio individual, sino como un conjunto históricamente variable de prácticas visuales, técnicas y semánticas con funciones sociales diferenciadas.

Desde esta perspectiva ampliada, las imágenes arqueológicas —figurativas o no figurativas, rupestres, mobiliares, corporales o arquitectónicas— se conciben como productos sociales, insertos en redes de producción, uso, circulación y valoración que involucran decisiones materiales, técnicas, perceptuales y simbólicas. Las imágenes no sólo representan, también actúan: producen efectos sobre quienes interactúan con ellas, participan en la configuración de identidades, median relaciones sociales, condensan memorias y, en ciertos casos, se constituyen en agentes rituales por derecho propio.

El campo de la arqueología de las imágenes se nutre de diversos enfoques teóricos y metodológicos que buscan comprender cómo las personas hicieron, usaron y significaron estas imágenes en diferentes momentos y lugares. A su vez, la investigación opera con una serie de unidades analíticas (motivos, escenas, categorías de figuración o abstracción) y clasificaciones (arte rupestre, mobiliar, corporal), que permiten organizar y comparar materiales, aunque siempre de manera provisoria y crítica.

## CLASIFICACIÓN POR SOPORTES

Desde la arqueología se han considerado principalmente tres grandes conjuntos de producciones artísticas basados en la movilidad y el tipo de soporte empleado[1]. Se entiende al "soporte" no como un sustrato pasivo o neutral, sino como el conjunto de condiciones materiales y morfológicas (superficies, volúmenes, texturas, irregularidades) que participan en la concepción, ejecución y percepción de la imagen.

El "arte inmueble" se refiere a las manifestaciones fijas o inamovibles, cuyo valor y existencia están intrínsecamente ligados a su ubicación espacial. Comprende arquitectura, escultura de grandes dimensiones, murales y arte rupestre. Este último se ha constituido en un tema de gran interés para los arqueólogos en virtud de su antigüedad, ubicuidad y su presencia en sociedades organizadas de muy diversos modos a través del tiempo y del espacio. Se trata principalmente de pinturas, grabados y pictograbados ejecutados sobre soportes rocosos, en cuevas, abrigos, paredones, pisos y/o bloques, y también incluye geoglifos —figuras de gran tamaño sobre la superficie terrestre— (figura 1A y 1D). Resulta claro que el soporte no puede reducirse a la roca como simple base material: las propiedades y accidentes de la superficie (grietas, protuberancias, concavidades, planos y texturas) se integran frecuentemente con la representación y orientan su emplazamiento y su lectura, conformando una unidad imagen–superficie que no es accidental (Aschero 1988; Cornejo 2023)[2].

El "arte mueble" —también llamado arte mobiliar— incluye objetos de dimensiones limitadas y portables. Se caracteriza por la diversidad de materiales (cerámica, hueso, piedra, metal, marfil, madera, textil, etc.) y de técnicas (pintura, grabado, modelado, talla, etc.) empleados en su realización, así como la variedad de contextos y prácticas sociales que involucran (figura 1B, 1C y 1E). La portabilidad de estos objetos posibilita su circulación a distintas escalas, favoreciendo dinámicas de intercambio e interacción intra e inter comunitarias, y evidenciando su importancia en la construcción de redes socioculturales.

[1] Existen otras formas de clasificación de las expresiones plásticas. En base a su temporalidad, por ejemplo, puede considerarse el arte perdurable en contraste con el arte efímero. El primero es el más estudiado en arqueología dado que fue diseñado para permanecer; en cambio, el arte efímero refiere a expresiones y prácticas destinadas a durar poco tiempo, empleando materiales o soportes no permanentes. Es el caso de pinturas corporales, ofrendas vegetales, diseños sobre arena/ceniza, cortezas vegetales, altares momentáneos, entre otros; en el registro arqueológico pueden detectarse por rastros o evidencias indirectas (pigmentos, residuos, improntas, conservación excepcional, etc.).

[2] De igual manera, la incidencia de la luz, el agua, los líquenes y otros elementos ambientales influye en la visibilidad y el impacto sensorial del arte rupestre (Fowles y Alberti 2017 citado por Troncoso y Armstrong 2022), factores que con frecuencia son subestimados en numerosos estudios sobre esta temática.

El "arte corporal"[3] utiliza el cuerpo humano como soporte o herramienta de creación (Meskell 1999; Fiore 2006; Jones 2012). Su naturaleza es más compleja que la simple distinción entre mueble e inmueble, ya que está ligada a la identidad, experiencia y rol social de los individuos. Comprende una diversidad de prácticas, como tatuajes, escarificaciones, pinturas, perforaciones y otras intervenciones sobre el cuerpo, las que pueden ser permanentes o temporales. Se trata de prácticas con raíces que se remontan a épocas prehistóricas y cuyas principales evidencias arqueológicas aparecen en restos momificados, arte rupestre y artefactos (figura 1G, 1F y 1B).

Cada clase de soporte ofrece potenciales diferentes de ejecución, apreciación y uso del discurso visual. Según el caso, se generan relaciones espaciales particulares entre los sujetos creadores o consumidores y la obra. Además de los aspectos técnicos y formales, el entorno físico y las propiedades materiales del soporte condicionan la percepción y la interacción con la imagen. De este modo, las relaciones imagen/soporte definen variaciones sensibles en el gesto corporal, el campo visual, las formas y alcances de la obra, así como en el impacto perceptivo generado, las sensaciones provocadas y las prácticas promovidas por ella. Desde el punto de vista compositivo, los objetos portables o los cuerpos delimitan el diseño, aunque este puede variar dentro o entre los mismos. En el arte rupestre, los límites espaciales y temporales del diseño y la relación entre las representaciones no siempre son precisos, debido a la continuidad, reutilización y estado de conservación del soporte rocoso.

## ENFOQUES TEÓRICOS ACTUALES APLICADOS A LAS IMÁGENES ARQUEOLÓGICAS

Desde fines del siglo XIX el estudio de las imágenes arqueológicas se ha realizado desde diferentes enfoques vinculados con las corrientes teóricas de cada época[4]. Esta pluralidad en los modos de comprender el arte, y las imágenes, se relaciona con distintas concepciones ontológicas y epistemológicas —qué es el arte y cómo se estudia—. A su vez, están interesados en diferentes problemas, priorizan ciertas líneas de evidencia y utilizan distintas metodologías para resolver sus preguntas. Es importante mencionar

[3] La categoría de arte corporal nos interpela acerca de sus alcances en relación, por ejemplo, al empleo de adornos o a la intervención en otros cuerpos no humanos. En este sentido, ¿el cuerpo animal puede ser considerado un soporte para la expresión artística y simbólica?

[4] El estudio de las imágenes en la arqueología argentina (arte rupestre, iconografía mueble) data también de fines del siglo XIX (Quiroga, Ambrosetti, Lafone Quevedo, Moreno, Lugones, entre otros), desarrollándose a la par de otras líneas de evidencia que constituyeron el estudio sobre el pasado (ver Ramundo 2010).

■ **Figura 1.** A. El gigante de Atacama, geoglifo antropomorfo de 96 m de largo; B. cerámica Condorhuasi (Museo Arqueológico Adan Quiroga, Catamarca), alto 31 cm; C. textil Chancay *El árbol sagrado* (tomado de Corcuera 2010: 104 , figura 44), alto 97 cm; D. Cueva las Manos, Santa Cruz (tomado de Aschero 2023b: 100, figura 5c); E. tejido Chancay (tomado de Corcuera 2010:86, figura 33), alto 24 cm; F. joven Caduveo con pinturas corporales (tomado de Lévi-Strauss 1988:212, figura 10); G. tatuajes Moche, la Dama de Cao (Complejo Arqueológico El Brujo).

que, aunque los marcos teóricos tradicionales —histórico-cultural, procesual, post-procesual, evolucionista, entre otros— tienen su correlato en el estudio del arte, las diferencias no siempre son tan categóricas y en muchos casos existen aproximaciones conceptuales complementarias. Presentaremos aquí, brevemente, algunos de los enfoques vigentes en la actualidad (para una revisión más exhaustiva ver Fiore 2006; Fiore y Podestá 2006; Domingo Sanz y Fiore 2014; Fiore 2014; entre otros).

Por ejemplo, en el caso de la arqueología social, se retoman elementos del materialismo histórico, teoría de la práctica y abordajes sobre la ideología y el poder de Bourdieu y Foucault, entre otros. En versiones más actuales, esta corriente entiende a la cultura como un conjunto de prácticas que permiten la producción y reproducción de un modo de vida social y se presta principal atención a las desigualdades de acceso a distintos recursos que pueden existir entre los miembros de una sociedad. Aquí, el arte se entiende como una construcción que contribuye a reproducir ideológicamente el modo de vida en el cual fue creado, facilitando su continuidad y justificando las situaciones de desigualdad social (Earle 1989).

Las corrientes post-procesuales proponen una concepción de cultura centrada en los aspectos simbólicos de la representación y construcción de la realidad social (Hodder 1982; Tilley 1991; entre otros). Siguiendo los conceptos del posmodernismo, se considera que no es posible alcanzar una reconstrucción objetiva del pasado, esta construcción se hace desde el presente, por lo tanto, es siempre situada y subjetiva, condicionada por el investigador y sus circunstancias. Utilizan las herramientas de la hermenéutica para la interpretación de la cultura material y las dinámicas sociales del pasado.

Estas posturas resaltan la agencia como parte activa de la construcción de las relaciones entre personas, objetos y paisajes. Desde esta mirada, la cultura material y el arte, en consecuencia, son activos y significativos, tienen rastros de quienes los produjeron y provocan efectos en quienes los usan (Keane 2003). Como propone Gosden (2001), retomando ideas de Gell (1998), el arte es un agente activo. Los objetos artísticos tienen la capacidad de transformar la realidad social, una forma de agencia a partir del impacto sensorial a través del cuerpo y los sentidos, lo que permite que los objetos artísticos provoquen experiencias estéticas compartidas, facilitando la cohesión social. Aunque también enfocadas en la capacidad de agencia, otras propuestas se alejan de la visión de las imágenes (y materiales) como símbolos que requieren ser interpretados. Estas perspectivas, denominadas "post representacionales" (Alberti *et al.* 2013) y "más que representacionales" (Harris 2018) proponen entender la arqueología como conjuntos (*assemblages*) donde los materiales, imágenes y humanos actúan juntos y generan efectos físicos, sociales y afectivos reales, no sólo significados simbólicos. Se trata de ideas que se concentran en las características y propiedades generativas de la creación, desde los procesos productivos hasta las capacidades afectivas de los materiales, reconociendo el carácter necesariamente performativo, histórico y relacional de la creación artística.

Por otro lado, la arqueología del paisaje plantea trascender la idea del espacio como algo dado, estático y de orden físico, para pensarlo como un paisaje, es decir, una realidad social e históricamente construida, reconociendo su papel crítico en la dinámica social (Thomas 2001). El paisaje se hace en tanto se vive, se piensa y se imagina, constituyéndose paralelamente como sistema de referencia en el que cada acción humana que se lleva a cabo es inteligible (Gosden y Head 1994). Por ejemplo, aquí el arte rupestre es comprendido como parte del paisaje y viceversa: su ubicación geográfica, el acceso a los sitios, la visibilidad de y desde los sitios entre otras variables, revelan formas de marcar y construir el paisaje a partir de la creación del arte rupestre, es decir, indican usos específicos del arte en el espacio (Criado Boado 2012). Este enfoque retoma elementos del estructuralismo en relación a la topografía y a la visibilidad desde, hacia y dentro de los sitios con arte, centrándose en los valores subjetivos dados al paisaje como parte de la construcción artística.

Otros de los aportes relevantes los constituyen la perspectiva estructuralista, el enfoque semiótico y de la percepción visual y la cognición (Fiore 2006). Aquí el arte es entendido como comunicación y expresión a través de la composición visual de la imagen. En el caso de la semiótica y el estructuralismo se retoman los trabajos de Peirce, Lévi-Strauss, Leroi-Gourhan, entre otros. El arte es el producto de un acto de comunicación, un mensaje que contiene información codificada para ser transmitida y decodificada por el destinatario. Desde el enfoque estructuralista, los componentes de un diseño cobran sentido sólo en relación con los demás y su interpretación requiere identificar las oposiciones internas que organizan y estructuran los significados. El enfoque semiótico, vinculado al anterior, se focalizó en el arte como sistema de comunicación visual. Los motivos son entendidos como signos, sometidos a las reglas de la sintaxis. Para poder interpretar el mensaje se deben observar las dimensiones sintácticas, pragmáticas y semánticas. Desde esta postura, las dos primeras tienen mayor visibilidad arqueológica en el arte, por ejemplo: tipos de motivos y sus relaciones espaciales (Rocchietti 2009). A esto se suman los enfoques sobre percepción visual y cognición, que se orientan a la identificación y análisis de los procesos perceptuales generados por la composición de la imagen artística y su observación. Los enfoques sobre percepción y cognición buscan analizar cómo se organizan e interpretan los estímulos sensoriales, estructurando la experiencia visual (Arnheim 1954; Gombrich 1960; Groupe μ 1993). La percepción visual no se realiza en el vacío, no es una recepción pasiva de imágenes sino una activa interpretación y estructuración, propia del acto cognitivo, que implica dar sentido a lo observado.

Otro de los enfoques vigentes se inscribe en las perspectivas darwinianas o seleccionistas de la evolución cultural (por ej., la teoría de la herencia dual y desarrollos afines; ver Shennan 2012). Este enfoque plantea una visión del arte marcadamente diferente de las anteriores. Desde esta perspectiva, el arte se concibe como un rasgo cultural sujeto a procesos de variación y transmisión, que puede interpretarse como selectivamente neutro. En contraste,

otros enfoques evolucionistas sostienen que el arte puede poseer valor adaptativo, resaltando su rol en procesos de cohesión social o en la estructuración de prácticas significativas, favoreciendo su persistencia y reproducción (Dissanayake 1988). Hay dos perspectivas complementarias de análisis del arte dentro de este marco, la perspectiva ecológica con énfasis en la circulación de información (Barton *et al.* 1994) o como elemento activo del proceso de evolución de la cognición humana (Mithen 1997).

En la actualidad, diversas perspectivas sobre las imágenes arqueológicas se articulan con el ámbito patrimonial, particularmente en lo relativo a su gestión, conservación, puesta en valor y uso turístico. Esta dinámica refleja otra forma de trabajar con el pasado, que se distancia de lo que Smith (2006) identifica como el "discurso autorizado del patrimonio" —centrado exclusivamente en la materialidad y el saber experto—. En su lugar, se propone entender al patrimonio no como una 'cosa' estática, sino como una práctica social y cultural de otorgar significado al pasado. En las últimas décadas resulta evidente cómo la tarea de la arqueología trasciende el ámbito académico y se vincula con otras áreas, como el turismo, y diversos agentes —autoridades, comunidades, entre otros—. En este contexto los arqueólogos se involucran tanto en tareas de preservación y divulgación como en los usos sociales del patrimonio (ver Bellelli *et al.* 2005; Conforti *et al.* 2014; Alvarez 2024, entre otros).

## PRINCIPALES CONCEPTOS Y CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

En los estudios sobre arqueología del arte, es fundamental reconocer y definir diversas categorías analíticas y conceptuales, ya que su significado y aplicación pueden diferir dentro de la arqueología. Entre estas categorías se destacan el estilo, la representación, el motivo, la figuración y la abstracción.

### Estilo

El estilo en arqueología se entiende como el conjunto de características formales tecnológicas y funcionales que distinguen la manera particular de hacer, de producir y utilizar, artefactos y estructuras por parte de un individuo, grupo o sociedad en un contexto histórico y geográfico determinado.

Esta noción implica la existencia de procesos de selección reiterados que intervienen en cada etapa de elaboración de los objetos y definen sus propiedades. En la arqueología de la imagen los estudios estilísticos comprenden su dimensión formal (motivo, diseño, composición, color, volumen, textura y otros recursos visuales), técnica (materias primas, herramien-

tas y técnicas de ejecución) y funcional (usos, agencia, significados sociales o simbólicos). Según los enfoques e intereses de la investigación se integran también los estudios espaciales y temporales referidos a los contextos de producción, uso y distribución de los artefactos e imágenes.

Desde comienzos del siglo XX, el estilo ha constituido una herramienta esencial para identificar, clasificar y establecer dataciones relativas de materiales arqueológicos, así como el reconocimiento de tradiciones y relaciones culturales de diverso alcance. El potencial analítico del concepto generó un extenso debate y controversia entre múltiples perspectivas teóricas y metodológicas (ver Domingo Sanz y Fiore 2014). En la actualidad, se han superado las visiones estáticas, difusionistas, estrictamente adaptativas o funcionalistas de algunos enfoques anteriores. Se concibe ahora como un fenómeno dinámico, multifacético y en constante transformación, resultado de una compleja serie de elecciones llevadas a cabo por quienes producen y utilizan los objetos. Estas decisiones son tanto conscientes como inconscientes, y están profundamente condicionadas por los conocimientos técnicos, los aprendizajes transmitidos generacionalmente, las experiencias acumuladas, así como la situación y relaciones sociales de los actores involucrados.

El estilo artístico, en particular, se manifiesta en rasgos visualmente distintivos, con una notable capacidad de agencia en los contextos en que se insertan. Los objetos/imágenes participan activamente en prácticas concretas de diferente índole: pueden formar parte de la vida doméstica o de esferas no domésticas, ser utilizados en ámbitos privados o públicos, tener alcance local, regional o integrar contextos rituales o religiosos. De este modo, el estilo se convierte en un elemento clave para comprender la diversidad, la dinámica y la complejidad de las prácticas culturales en el registro arqueológico.

## Representación

La idea de representación en las artes visuales admite múltiples interpretaciones. Mientras que algunos autores utilizan el término de manera flexible, otros lo circunscriben a determinado tipo de imágenes con referentes reales o imaginarios (Fiore 2011). En general, se reconocen las limitaciones o ambigüedades conceptuales asociadas a su uso, por lo cual es importante explicitar su significado en cada investigación. En sentido amplio, la representación se refiere a la capacidad de las imágenes para hacer visible un referente o concepto, ya sea de naturaleza material o inmaterial. En el ámbito del arte figurativo, se manifiesta mediante la reproducción de elementos reconocibles del mundo físico. Por el contrario, en el arte abstracto o no figurativo, la representación adquiere una dimensión conceptual, emocional o simbólica, alejándose de la mímesis tradicional. Ambas modalidades constituyen

formas legítimas de representación, en tanto buscan comunicar un referente, aunque este sea intangible o no directamente observable.

Por otro lado, la noción de representación abre otras miradas e interrogantes, cuestionando si la imagen/objeto es una "re-presentación" de otra cosa, o bien constituye una entidad en sí misma, con significado y agencia propios en contextos específicos (Gosden 2001; Bovisio 2011; Aschero 2023a). Se trata de objetos reales que no copian la realidad, sino que integran en "un sistema, a la vez material e imaginario, elementos cuya yuxtaposición crea nuevos objetos susceptibles de reconocimiento, de unión y de interpretación" (Francastel 1970:30). Esta perspectiva trasciende la correspondencia directa referente-imagen, hasta el punto de desvincular esa relación de dependencia considerando la figura como un ser o entidad autónoma, paralela o diferente a lo que parece aludir. Algunos enfoques permiten profundizar esta discusión al cuestionar, desde otro ángulo, la idea de imagen sólo como representación de un referente. En particular, Alberti *et al.* (2013) y Harris (2018) plantean abordar las imágenes/objetos como entidades con agencia más allá de su dimensión representacional, es decir, proponen desplazar el análisis desde lo que la imagen significa o simboliza hacia lo que la imagen "hace", atendiendo a su materialidad, su inserción en ensambles multiescalares y sus efectos en prácticas y relaciones situadas.

## Figurativo – Abstracto

Como vimos, la existencia o no de un correlato formal reconocible con el mundo físico deriva en la división en imágenes de carácter figurativo y no figurativo o abstracto.

La figuración comprende aquellas representaciones que responden a una tentativa de aprehensión de las formas externas y permiten reconocer, parcial o totalmente, elementos del mundo objetivo, definiendo relaciones de semejanza con el objeto referente. Tales imágenes pueden ser de carácter realista, cuando recrean modelos de existencia física (como animales, paisajes, artefactos), o bien de carácter fantástico o quimérico, cuando la combinación de elementos reales genera construcciones visuales imaginarias —como seres sobrenaturales o míticos— (Gordillo 2004) (figura 2A).

Por su parte, el arte abstracto o no figurativo adquiere una dimensión conceptual, emocional o simbólica a través de elementos visuales que no muestran un correlato formal con el mundo físico. Los elementos visuales que emplea, como las figuras geométricas (círculos, líneas, polígonos) y las orgánicas (formas curvas, irregulares, fluidas), pueden ser simples o muy complejos, pero no buscan imitar la naturaleza ni mostrar algo reconocible (figura 2B).

Si bien estas categorías resultan operativas para nuestro análisis, las fronteras conceptuales entre la figuración y la abstracción en el arte suelen ser difusas y, en muchos casos, arbi-

trarias, lo que dificulta discernir si la distinción entre ambas responde a una diferencia de esencia o de grado (Gordillo y Basile 2019). Algunos motivos abstractos pueden derivar de formas figurativas a través de procesos de reducción geométrica (Leroi-Gourhan 1989), y es posible que hayan estado vinculados a referentes que actualmente desconocemos debido a la distancia semántica y temporal que nos separa de su contexto original de producción (Aschero 1975; Groupe μ 1993).

Por otra parte, la capacidad de las imágenes para transmitir información no reside únicamente en su condición figurativa o no, sino que en gran medida depende del modo en que fueron representadas y de su regularidad estilística. Siguiendo a Fiore (2011), la estandarización posibilita que ciertos motivos, al repetirse con características estéticas y estilísticas semejantes —como la forma, el tamaño o la disposición—, sean fácilmente identificables, codificables y decodificables. Esto facilita la transmisión efectiva de información y conocimientos a lo largo del tiempo y entre diversos contextos. Además, la presencia de estructuras visuales estandarizadas evidencia la existencia de códigos, saberes y prácticas intencionales y compartidas en los procesos de creación, reproducción y utilización de las imágenes, lo que resulta esencial en los estudios arqueológicos del arte.

## Motivo

El término "motivo" es quizás el más utilizado en los estudios sobre arqueología del arte. En general, parece haber un acuerdo implícito o explícito entre los especialistas en considerarlo como la unidad gráfica y conceptual del discurso visual, cuya identificación se realiza a partir de criterios de delimitación formal y/o semántica (Aschero 1988; Gordillo 2014). Según Gradin (1978), corresponde a las figuras ejecutadas mediante un acto unitario de realización (unidad de ejecución) con una intención o sentido particular (unidad de motivación).

El motivo se caracteriza por atributos relativos a la forma, tamaño, posición, ubicación y orientación, entre otros. Goza de cierta autonomía respecto al soporte y la técnica de ejecución; esto implica que puede existir y conservar su identidad conceptual independientemente de si ha sido grabado, pintado, modelado o ejecutado sobre distintos materiales (figura 2C, 2D y 2E). Sin embargo, estos factores ejercen un condicionamiento decisivo sobre su forma final, delimitando sus posibilidades de expresión y su modo de inserción en la composición visual.

El concepto de motivo desde esta perspectiva permite analizar su capacidad para vehiculizar significados y establecer relaciones dentro del sistema de representación. Los motivos pueden integrar composiciones de distinto tipo al ubicarse en el espacio y relacionarse con otros elementos. Cada composición puede entenderse también como unidad y totalidad no

aleatoria que tiene propiedades y significados complementarios a la mera reunión de motivos particulares. Las relaciones y distribución de los motivos en ellas introducen un plano de significación que va más allá de la configuración formal de cada componente (Gordillo y Basile 2019). Ejemplos de estas composiciones incluyen escenas, secuencias, guardas, etc., en donde las asociaciones entre motivos generan narrativas, ritmos visuales o estructuras decorativas (figura 2A y 2B).

Más allá de identificar el referente de los motivos, es crucial considerar cómo son representados. Se trata de una dimensión que ofrece amplias posibilidades de análisis y sistematización para el reconocimiento de las lógicas de representación que organizan al discurso visual. La manera de representar los motivos se define por múltiples factores:

- técnicas de ejecución (grabado/incisión, pintura, modelado, técnicas combinadas, etc.);
- clases de contraste (de matiz, de valor y de textura visual/táctil) que permiten definir las formas en su carácter positivo y/o negativo;
- planos de la composición: dos planos (figura-fondo, fijo o reversible) y múltiples planos (superposición, perspectiva, etc.);
- espacios compositivos: delimitados (bandas, paneles, etc.) y abiertos (sin encuadre);
- patrón de representación de los motivos: definido por sus atributos compositivos (vista, orientación, postura, ubicación en el campo decorativo, combinaciones recurrentes, etc.).

Los motivos suelen combinarse formando nuevas unidades con una estructura visual más compleja. Así es posible diferenciar motivos simples y compuestos (Gradin 1978; Aschero 1988; Kusch 1991). En el arte figurativo, por ejemplo, cualquier figura realista puede adquirir carácter fantástico al integrar elementos de otras, resultando en imágenes con nuevas dimensiones simbólicas y expresivas. La articulación de motivos compuestos revela intencionalidad y creatividad en la construcción de las imágenes y sus significados. Los recursos visuales para lograrla incluyen la articulación morfológica directa, la combinación conceptual o actitudinal y la ambigüedad óptica o formal (ver análisis de casos). Estos procedimientos otorgan riqueza y variedad a la representación visual, facilitando el reconocimiento de las lógicas que organizan el discurso visual en distintos contextos sociales.

## METODOLOGÍAS DE ANÁLISIS

El estudio de las imágenes en arqueología requiere de una metodología que articule el análisis formal, contextual y social de las representaciones, evitando enfoques centrados únicamente en lo estético o simbólico. Los abordajes metodológicos no son universales ni neu-

■ **Figura 2.** A. Escena ritual en la Cueva de La Candelaria (Ancasti, Catamarca); B. diseños abstractos en la Cueva de Motegasta 1 (La Paz, Catamarca). Abajo. Un mismo motivo (*El Enmascarado*) en distintos soportes: C. Alero La Sixtina (Ancasti, Catamarca), alto 60 cm; D. cerámica negra grabada (Colección García Uriburu), alto 19 cm; E. vaso de piedra (Museo Etnográfico), alto 30 cm. (fotos de I. Gordillo, excepto figura B gentileza de D. C. Nazar).

tros, sino que se construyen a partir de los intereses de estudio. La distinción metodológica formulada por Taçon y Chippindale (1998) entre métodos formales e informados contribuye a reflexionar sobre las posibilidades, alcances y límites del estudio e interpretación de las imágenes. Por un lado, los métodos informados refieren a aquellos enfoques que dependen de fuentes de conocimiento adquiridas directa o indirectamente por las sociedades que produjeron, utilizaron y significaron las imágenes, y se basan en una perspectiva *emic*. Estas perspectivas se orientan a comprender el arte desde marcos conceptuales y experienciales de los propios actores sociales, se incluye la investigación etnográfica y etnohistórica, el análisis contextual del entorno geográfico y sociocultural, considerando factores como el paisaje, la flora, la fauna y las prácticas humanas, así como el estudio de los significados y usos atribuidos a las imágenes a lo largo del tiempo. En este sentido, los métodos informados tienen un carácter interpretativo. Por otra parte, los métodos formales se basan en una perspectiva *etic*, es decir, propia del investigador, y se estructuran teniendo en cuenta procedimientos orientados al análisis formal de las imágenes. Así, los estudios iconográficos, clasificaciones estilísticas, análisis de técnicas de ejecución y de los materiales utilizados en la producción de imágenes constituyen procedimientos sistemáticos, que desde una perspectiva epistemológica permiten tener control empírico, priorizando la replicabilidad y la comparación. Taçon y Chippindale (1998) sostienen que no se debe entender esta distinción como una oposición excluyente, sino que ambos métodos pueden articularse de forma crítica, donde el análisis formal delimita el campo de inferencia posible, y los enfoques informados permiten situar a las imágenes como prácticas visuales social y culturalmente activas.

La arqueología construye conocimiento sobre el pasado a partir de la articulación de métodos y técnicas provenientes de diversas disciplinas. En el caso particular de las imágenes arqueológicas, el estudio de los procesos de producción, exhibición, uso y resignificación de las representaciones visuales, así como de los significados que les atribuyen las poblaciones del pasado y del presente, demanda una pluralidad de enfoques que permitan desarrollar análisis más rigurosos y sistemáticos de los contextos arqueológicos. Al respecto, se destacan los estudios arqueométricos sobre microestratigrafía y caracterización fisicoquímica de los pigmentos y cargas a través de múltiples técnicas analíticas complementarias. En el examen de las imágenes, especialmente en el arte rupestre, este enfoque es clave para entender las pinturas no sólo como imágenes, sino también como parte de un proceso histórico y tecnológico activo, permitiendo delinear secuencias de eventos, superposiciones, fuentes de aprovisionamiento, mezclas pigmentarias y/o técnicas de aplicación (Gheco *et al*. 2020; Frank y Gheco 2021).

Para sistematizar el abordaje analítico de las imágenes arqueológicas y explicitar los criterios empleados en su estudio, se presenta un cuadro comparativo (tabla 1) que organiza las principales dimensiones de análisis según el tipo de soporte involucrado: arte rupestre,

arte mobiliar y arte corporal, sin desconocer los elementos compartidos entre los mismos (ver *supra*). Este esquema tiene un carácter operativo y metodológico, orientado a ordenar la diversidad del registro visual y a hacer explícitas las variables consideradas en el análisis, por lo tanto, sus componentes no deben interpretarse como compartimentos estancos ni cerrados.

■ **Tabla 1.** Características y análisis de las imágenes arqueológicas según soporte.

| CARACTERÍSTICAS Y ANÁLISIS | ARTE RUPESTRE | ARTE MOBILIAR | ARTE CORPORAL |
|---|---|---|---|
| **Soportes utilizados** | Superficie fija: paredes, abrigos, bloques, cuevas, afloramientos y superficies terrestres (laderas y planicies). | Móvil: cerámica, metal, hueso, madera, textil, roca, marfil, entre otros. | Cuerpo humano (piel, cabello). Se consideran tanto las modificaciones permanentes como las efímeras. |
| **Movilidad** | Inmóvil, anclado en el paisaje. | Potencialmente móvil, puede circular a distintas escalas o permanecer en lugares específicos. | Vivo: movilidad inherente. *Post mortem*: móvil o fijo según prácticas sociales. |
| **Tipos / técnicas** | Pinturas (aplicación directa, estampado, estarcido, etc.), grabados (inciso, horadado, picado, etc.), pictograbado, geoglifos (extracción/adición). | Pintura, modelado, bajo relieve, relieve, grabado, incisión, hilado, combinadas, entre otras. | Tatuaje, pintura corporal y facial, escarificación, perforaciones, peinados y otras modificaciones corporales (ej.: modificaciones óseas/dentales). |
| **Materiales de producción** | Pigmentos orgánicos/ inorgánicos, aglutinantes, pinceles y otras herramientas de aplicación, morteros, recipientes, herramientas líticas, entre otras. | Pigmentos orgánicos/ inorgánicos, minerales, pastas, tintes, metales, maderas, huesos, tejidos, herramientas de distintos materiales. Dispositivos de producción (ej.: hornos, telares). | Pigmentos, tintes, ungüentos, polvos, instrumentos de incisión/ punción, herramientas de aplicación, entre otros. |
| **Análisis técnico** | Estratigrafía, superposiciones, secuencias técnicas, composición química, identificación de fuentes de procedencia, entre otros. | Técnicas de manufactura, composición química, identificación de fuentes de procedencia, análisis de material adherido, cálculo de volumen, entre otros. | Identificación de técnicas y procesos de modificación corporal. |
| **Registro** | Fichas, croquis, fotografía, dibujos, calcos, fotogrametría, imágenes aéreas, filtros cromáticos, registro de color. | Fichas, croquis, fotografía, dibujos, calcos, fotogrametría, filtros cromáticos, registro de color. | Fichas, croquis, fotografía, fotografía multiespectral: UV/IR, registro de representaciones del cuerpo humano en otros soportes. |
| **Aproximación cronológica** | Datación directa. Métodos relativos: asociaciones estilísticas, superposiciones, pátinas, estratigrafía, seriaciones y correlaciones estilísticas. | Datación directa. Cronología relativa: seriación y correlación estilística, asociaciones contextuales. | Datación sobre restos humanos, datos etnográficos, documentos escritos. Asociaciones contextuales, evidencia indirecta. |
| **Análisis formal** | Iconografía, secuencias decorativas, composición, distribución, densidad, estudios sobre técnica. | | |

Los soportes seleccionados para producir imágenes permiten priorizar diferentes análisis, como la visibilidad y las superposiciones en el arte rupestre, la circulación y el uso en el arte mueble o la *performance* y el estatus en el arte corporal. Todas las imágenes son susceptibles de ser analizadas en distintas escalas temporales y espaciales. Cabe recordar que las unidades de análisis no son universales, sino que se definen en función de los objetivos de estudio, algunas pueden aplicarse transversalmente al arte rupestre, mobiliar y corporal (por ej., motivo, elemento) lo que permite la comparación entre soportes. Sin embargo, otras serán específicas, teniendo en cuenta el sustrato físico en el que se inscriben las imágenes (por ej., zona anatómica para el arte corporal, artefacto para las imágenes mobiliares o paneles para el arte rupestre).

## CASOS DE ESTUDIO

Nos interesa mencionar que la aplicación de los conceptos antes mencionados depende de la elección de los autores, el marco conceptual, el estado de avance de las investigaciones, entre otros factores. A continuación, presentamos dos casos de estudio, el primero orientado al estudio del arte rupestre y el segundo al arte mobiliar, que permiten ilustrar la aplicación de algunos de los conceptos y procedimientos analíticos previamente desarrollados.

### El arte rupestre de Barrancas

En la Reserva Municipal Natural y Cultural Barrancas, provincia de Jujuy, Argentina, las investigaciones arqueológicas han permitido delinear un paisaje profundamente intervenido por comunidades prehispánicas y coloniales españolas. Hasta el momento, se han identificado en la cuenca del río Barrancas numerosos sitios arqueológicos asociados a ocupaciones que, según la evidencia material, se extienden desde el Holoceno temprano hasta momentos actuales. Entre ellos destacan aquellos con arte rupestre. Siguiendo la definición de motivo de Gradin (1978), que corresponde a las figuras ejecutadas mediante un acto unitario de realización, se han identificado a la fecha aproximadamente 1400 motivos, distribuidos a lo largo de ocho kilómetros sobre ambas márgenes del río (Yacobaccio *et al.* 2020). Su secuencia cronológica, basada en seriaciones regionales, asociaciones contextuales y comparaciones estilísticas, sugiere actividades rupestres desde el Holoceno medio hasta la época colonial, con mayor

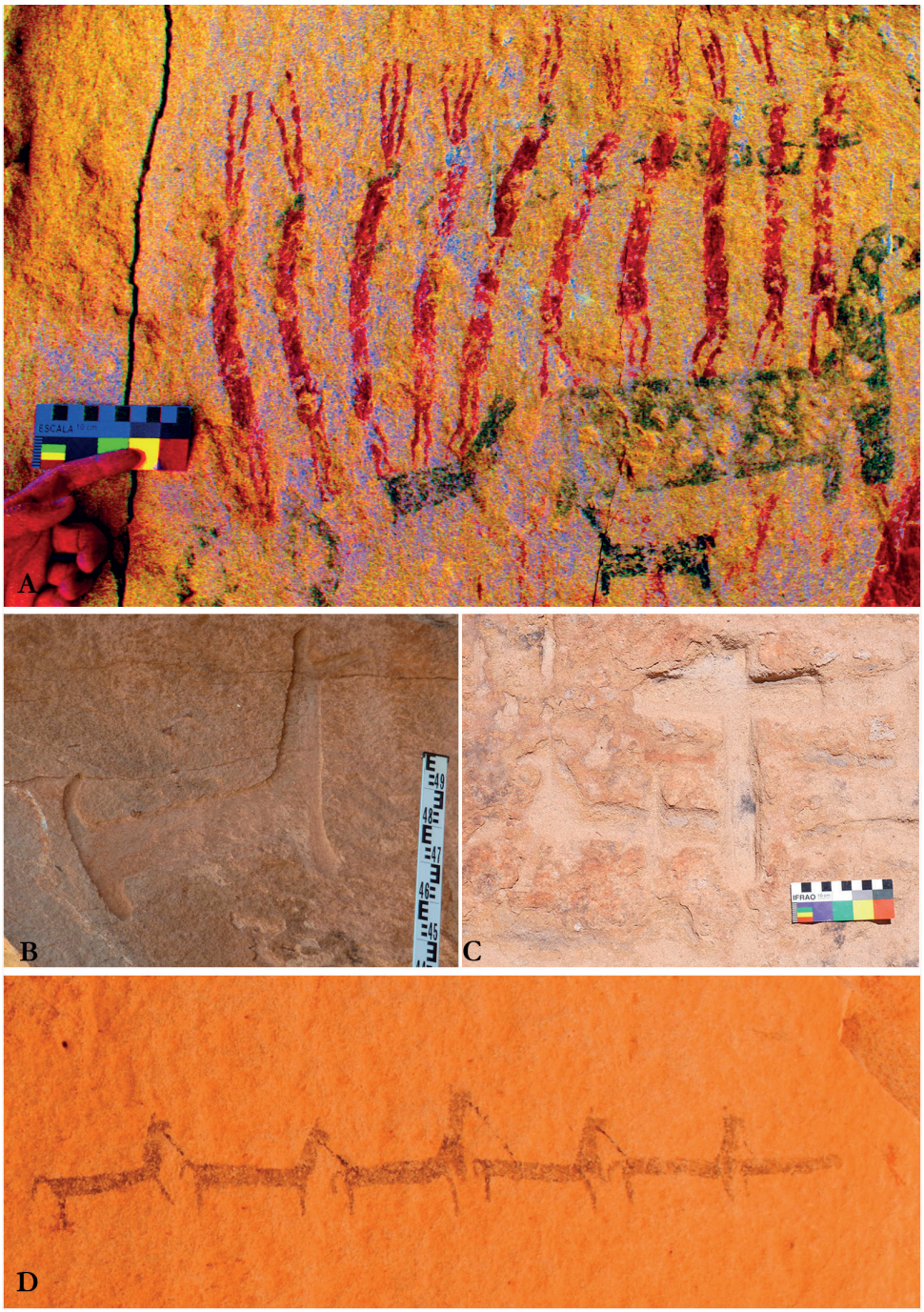
densidad entre 1100 AP y el período de contacto colonial (Yacobaccio 2018; Yacobaccio *et al.* 2020).

El repertorio iconográfico presenta una notable diversidad temática y estilística (figura 3). Para distinguir las particularidades del arte rupestre en Barrancas, en primer lugar, los motivos se clasifican según su morfología en categorías generales entre abstractos, figurativos (zoomorfos, antropomorfos y combinados) e indeterminados. Los abstractos corresponden a aquellos motivos en los que no se reconoce un referente externo, en general corresponden a formas geométricas en distintas combinaciones. Los figurativos, en este caso antropomorfos, zoomorfos y combinados, incluyen aquellos en los que se puede identificar un referente externo (ver *supra*). Por último, los motivos indeterminados corresponden a aquellos que por su estado de conservación no pueden identificarse. En algunos casos también podrían ser representaciones inconclusas, manchas de pintura o picados aislados. Dentro de la categoría figurativos, los zoomorfos son predominantes, siendo los camélidos los mayormente representados (95%), seguidos por motivos antropomorfos y otros animales. Entre los zoomorfos, los camélidos exhiben variaciones naturalistas, esquemáticas y geométricas, y pueden vincularse con figuras humanas, sogas y estructuras interpretadas como corrales, lo que sugiere escenas de pastoreo, caravaneros o interacción ritual (Yacobaccio y Rouan Sirolli 2025). Asimismo, se registran motivos de aves, felinos, cérvidos y serpientes, además de máscaras con rasgos humanos y tocados, pisadas humanas, huellas de animales, bucráneos y figuras antropomorfas de "danzantes" (Yacobaccio 2018).

Desde el punto de vista técnico, se reconocen manifestaciones pintadas (39%), grabadas (55%) y pictograbadas (6%), aplicadas mayoritariamente sobre paredes rocosas (54%), aunque también en bloques aislados (25%) y cuevas/aleros (21%). La producción pictórica implicó la selección y acondicionamiento de pigmentos minerales —principalmente óxidos de hierro como la hematita— asociados a tonalidades rojas, junto con pigmentos verdes (seudomalaquita), blancos (yeso) y negros (carbón).

Estudios geoquímicos, como los realizados en Morro Blanco, una ocupación en alero del Formativo temprano, confirmaron el predominio de óxidos de hierro y la presencia de componentes arcillosos aún no identificados, en concordancia con patrones registrados en otros sectores de la puna jujeña (Yacobaccio *et al*. 2018, 2020).

Otra de las características que presenta actualmente la localidad bajo estudio es su inserción en los circuitos turísticos de la provincia de Jujuy. En la Reserva, tres de los sitios arqueológicos con arte rupestre se encuentran abiertos al público. Los recorridos turísticos, a cargo de guías locales, se estructuran en torno al arte rupestre de la localidad, poniendo en valor su diversidad estilística, espacial, temporal y técnica, ar-




■ **Figura 3.** A. Figuras humanas y camélidos, Cueva del Caravanero, modificada con DStrech; B. camélido, Laguna Media; C. superposición de cruces sobre camélido, Alero las Cruces; D. hilera de llamas con antropomorfo, Cueva del Caravanero (fotos del equipo arqueológico de Barrancas).

ticulándose con la visita al Centro de Interpretación Arqueológica. Este uso público del patrimonio se inscribe dentro de procesos de gestión patrimonial que coordinan investigación, conservación y difusión. En este marco, el empleo de Sistemas de Información Geográfica y técnicas de fotogrametría han constituido herramientas clave para el estudio y la documentación del arte rupestre, permitiendo generar diagnósticos de conservación, evaluar niveles de sensibilidad y orientar estrategias de manejo (Álvarez 2024; Álvarez *et al.* 2025). Estas herramientas aportan información fundamental para la planificación de los recorridos, la delimitación de áreas de acceso y la definición de medidas preventivas, contribuyendo a una gestión patrimonial que busca equilibrar la preservación del arte rupestre con su uso social y turístico.

## Iconografía mueble de las sociedades Aguada

Los estudios sobre la iconografía Aguada en el Noroeste argentino (siglos VII-XI d.C.) evidencian un arte elaborado, con énfasis en la figura felina y predominio de representaciones figurativas zoomorfas, antropomorfas y quiméricas, plasmados principalmente en cerámica, metal, hueso y arte rupestre mediante diversas técnicas y recursos visuales y compositivos (Kusch 1991; González 1998; Gordillo 2009; entre otros) (figura 4).

En el caso particular del valle de Ambato (Catamarca), el estudio se realizó mediante la integración de conceptos teóricos y operativos del estructuralismo, la teoría de la percepción, así como otras perspectivas centradas en el simbolismo y la capacidad de agencia de las imágenes. La extensa muestra de motivos grabados y pintados en cerámica, procedentes de excavaciones sistemáticas y de colecciones particulares (Gordillo 2009, 2020), reveló la preeminencia de motivos figurativos (76,71%), simples y compuestos en proporciones similares. Entre ellos destacan referentes humanos y animales (felinos, ofidios, aves, saurios y sus combinaciones), cuyas representaciones responden a patrones estilísticos comunes.

En consonancia estilística con otras regiones de Aguada, los atributos compositivos de los motivos simples (posición, ubicación, vista, actitud, etc.) tienden a mantenerse en los compuestos: lo que realmente se combina no son los modelos o referentes, sino su forma particular de representación estilística. Por ejemplo, la figura humana suele conservar su verticalidad, centralidad, simetría y frontalidad al conjugarse con otras figuras de atributos diferentes. Así se generan nuevas unidades gráficas y significativas que, con frecuencia, aluden a seres imaginarios o sobrenaturales.

Para la construcción de estos motivos compuestos se emplearon diversas estrategias compositivas:

- Combinación morfológica de rasgos o atributos: figuras híbridas que, a modo de quimeras, reúnen componentes felínicos, ofídicos, ornitomorfos y/o humanos.
- Combinación actitudinal o conceptual: el sentido dual o múltiple de la figura se define por la contraposición de atributos formales o conceptuales, como la postura, el gesto o la orientación. Ejemplo de ello son los felinos representados en posición sentada o manipulando artefactos.
- Ambigüedad óptica o formal: el diseño propone interpretaciones visuales excluyentes durante el acto perceptivo, permitiendo identificar distintos referentes mediante bordes compartidos, áreas comunes, inversión de planos, rotación, etc. Se trata de procedimientos visuales sofisticados que manipulan los principios gestálticos de clausura, contraste y experiencia (Arnheim 1954). Las figuras ambiguas comprenden: espejadas por simetría bilateral (*Split Representation*, *sensu* Lévi-Strauss 1968), anatrópicas por rotación (González 1974) y alternas por reversibilidad figura-fondo, contornos comunes o cerramientos incompletos (Gordillo 2020).

Este estudio permite considerar que, como en otras manifestaciones Aguada, los principales campos temáticos de la iconografía aluden al mundo mítico y ritual. La imagen del mito adquiere formas recurrentes de animales, como la del jaguar, y de figuras quiméricas de seres sobrenaturales. Paralelamente, mediante metáforas y descripciones visuales, la representación del rito comprende dos temas principales: el sacrificio y la transformación. Esta última, encuentra su máxima expresión visual en motivos de carácter ambiguo, cuyas configuraciones generan intencionalmente efectos sensoriales y provocan una vivencia visual dinámica: quien contempla la imagen experimenta, de algún modo, el proceso de cambio y transformación.

Cabe destacar que el uso de sustancias alucinógenas, como el cebil o vilca, está profundamente asociado a estas prácticas rituales (Llamazares 2004; Lema 2015; etc.). La representación de la metamorfosis, especialmente de humano en jaguar, es una manifestación plástica de la experiencia de trance y acceso a un mundo que habría estado habitado por seres con morfologías alternas a las formas físicas habituales, seres que regularmente transitan la iconografía Aguada aquí tratada.

■ **Figura 4.** A. Tinaja tricolor, Museo Ambato (tomada de https:// www.facebook.com/EscuelaNacionaldeCeramica); B. fragmento de cerámica pintada estilo Aguada Portezuelo (tomado de González 1998:170, fig. 107); C. olla polícroma, Museo de Ciencias Naturales de La Plata -MCNLP- (foto de M. D. Arenas); D. olla negra grabada en negativo, MCNLP (foto de M. D. Arenas); E. fragmento de vasija negra grabada (foto I. Gordillo); F. escudilla gris grabada, MCNLP (foto de I. Gordillo); G. fragmento cerámico negro grabado procedente de La Rinconada (foto de I. Gordillo).

## SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

A lo largo de este capítulo resaltamos la necesidad de superar concepciones etnocéntricas y categorías heredadas de la tradición occidental. Lejos de concebir las imágenes sólo como expresiones estéticas o meras ilustraciones de la vida pasada, las entendemos como prácticas visuales históricamente situadas, dotadas de materialidad, agencia y capacidad de intervenir activamente en los procesos sociales.

La clasificación por soportes —arte rupestre, mobiliar y corporal— permite ordenar la diversidad del registro visual y reconocer tanto sus particularidades como los elementos compartidos que atraviesan tales clases. Cada soporte genera modos específicos de experiencia, siempre mediados por condiciones técnicas y materiales que influyen en la forma y en el significado de las imágenes.

En este marco, las unidades y categorías de análisis —motivo, composición, estilo, representación, figuración/abstracción, así como paneles, objetos o partes del cuerpo según el soporte— resultan fundamentales para estructurar el estudio del discurso visual, las que deben ser explicitadas en su aplicación. Reconocer su carácter debatible evita naturalizar taxonomías que podrían parecer obvias. Tales unidades permiten identificar regularidades, contrastes y lógicas de organización que revelan modos de producir, usar y significar imágenes en distintos contextos.

Asimismo, el recorrido por los enfoques teóricos contemporáneos muestra que ninguna perspectiva por sí sola resulta suficiente para comprender la complejidad del fenómeno visual. Por el contrario, destacamos la importancia de articular dimensiones simbólicas, ideológicas, cognitivas y materiales. Los métodos, formales e informados, lejos de ser excluyentes, se complementan para delimitar inferencias rigurosas y, al mismo tiempo, situar las imágenes dentro de sus contextos sociohistóricos.

Los casos de estudio —el arte rupestre de Barrancas y la iconografía mobiliar de Aguada— ilustran cómo las herramientas conceptuales y metodológicas permiten identificar patrones estilísticos, lógicas de representación, recursos técnicos y visuales, campos semánticos y prácticas rituales o sociales vinculadas a la producción de imágenes. Estos ejemplos muestran que las imágenes no sólo representan: impactan, transforman, comunican y median relaciones en múltiples niveles. De esta forma, la arqueología de las imágenes se presenta como un campo dinámico y multidisciplinario que exige lecturas críticas, metodológicamente explícitas y teóricamente informadas. Asimismo, invita a repensar su relevancia actual en procesos de investigación y las formas contemporáneas de valorar, gestionar y activar el patrimonio visual.

En conjunto, este capítulo destaca la necesidad de un abordaje plural, crítico y situado, donde las imágenes se comprendan como agentes materiales activos en la construcción de sentidos, memorias y relaciones sociales del pasado, así como en su resignificación y uso en el presente.

## BIBLIOGRAFÍA


Alberti, B., A. Jones y J. Pollard (eds.) 2013. *Archaeology after interpretation: returning materials to archaeological theory*. New York, Routledge.

Álvarez, L. S. 2024. Arte rupestre en espacios de uso público: hacia un modelo de riesgo arqueológico en Barrancas (Puna de Jujuy, Argentina). Tesis de licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Álvarez, L. S., M. Morales y M. L. Pey 2025. El potencial de los modelos fotogramétricos como herramienta de análisis y puesta en valor en la localidad de Barrancas (Puna de Jujuy). *Práctica Arqueológica* 8(2): 31-48.

Arnheim, R. 1954. *Art and visual perception: a psychology of the creative eye*. Tucson, University of California Press.

Aschero, C. 1975. Secuencia arqueológica del Alero de las Manos Pintadas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 9: 187-209.

Aschero, C. 1988. Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales: un encuadre arqueológico. En H. Yacobaccio (ed.), *Arqueología contemporánea argentina. Actualidad y perspectivas*: 109-145. Buenos Aires, Ediciones Búsqueda.

Aschero, C. 2023a. Desde lo llano. Ensayo para una arqueología de la vida cazadora-recolectora. *Mundo De Antes* 17(2): 15-36.

Aschero, C. 2023b. Ese asunto de volver: producción y significación en el arte rupestre de Cueva de las Manos, Patagonia meridional andina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 28(2): 91-110.

Barton, C. M., G. A. Clark y A. E. Cohen 1994. Art as information: explaining Upper Paleolithic art in Western Europe. *World Archaeology* 26(2): 185-207.

Bellelli, C., V. Scheinsohn, M. Podestá, M. Carballido, P. Fernández y S. Caracotche 2005. Arte rupestre y turismo: Comarca Andina del Paralelo 42, Argentina. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 14(1): 22-45.

Bovisio, M. A. 2011. Lo real en el arte prehispánico. *Boletín de Estética* 18: 19-45.

Conforti, M. E., N. Gonzalez y M. L. Endere 2014. El desafío de articular turismo cultural y patrimonio arqueológico: el caso de Olavarría, Argentina. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 23(4): 749-767.

Corcuera, R. 2010. *Herencia textil andina*. Buenos Aires, Fundación CEPPA.

Cornejo, M. 2023. Los uturuncos del Cerro de los Felinos. En M. Cornejo, L. Martos Lopez, M. Podestá y C. Vitry (eds.), *Uturuncos un itinerario desde el Cerro de los Felinos*: 115-244. Salta, Mundo Gráfico.

Criado Boado, F. 2012. *Arqueológicas. La razón perdida. La construcción de la inteligencia arqueológica*. Països Catalans, Ediciones Bellaterra S. L.

Dissanayake, E. 1988. *What is art for?* Seattle and London, University of Washington.

Domingo Sanz, I. y D. Fiore 2014. Style: its role in the archaeology of art. En C. Smith (eds.), *Encyclopedia of Global Archaeology*: 7104-7111. Springe Cham.

Earle, T. 1989. Style and iconography as legitimation in complex chiefdoms. En M. Conkey y C. Hastorf (eds.), *The uses of style in archaeology*: 73-81. Cambridge, Cambridge University Press.

Fiore, D. 2006. Perspectivas teórico-metodológicas en arqueología del arte rupestre, mobiliar y corporal. Seminario de Postgrado, Facultad de Cs. Sociales de la UNICEN. Ms.

Fiore, D. 2011. Materialidad visual y arqueología de la imagen: perspectivas conceptuales y propuestas metodológicas desde el sur de Sudamérica. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 16(2): 101-119.

Fiore, D. 2014. Archaeology of Art: Theoretical Frameworks. En C. Smith (eds.), *Encyclopedia of Global Archaeology*: 436-449. Springe Cham.

Fiore, D. y M. M. Podestá 2006. Introducción. Las tramas conceptuales del arte rupestre. En Fiore, D y M. Podesta (eds.), *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre:* 13-27. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, World Archaeological Congress y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.

Francastel, P. 1970. *La realidad figurativa*. Buenos Aires, EMECE.

Frank, A. y L. Gheco 2021. El arte rupestre a escala microscópica. Avances en el estudio arqueométrico y experimental de las técnicas de aplicación de las pinturas rupestres de La María (provincia de Santa Cruz). *Anuario TAREA* 8(8): 78-117.

Gell, A. 1998. *Art and agency: an anthropological theory*. Oxford, Clarendon Press.

Gheco, L., M. Tascon, E. Ahets Etcheberry, M. Quesada y F. Martel 2020. Looking for paint mixtures to glimpse

pictorial techniques: a micro-stratigraphic physicochemical approach to the rock art from the Oyola's Caves (Argentina). *Heritage Science* 8(60): 1-14.
Gombrich, E. H. 1960. On physiognomic perception. *Daedalus* 89(1): 228-241.
González, A. R. 1974. *Arte, estructura y arqueología. Análisis de figuras duales y anatrópicas del Noroeste Argentino*. Buenos Aires, Nueva Visión.
González, A. R. 1998. *Cultura de La Aguada. Arqueología y diseños. Arte precolombino*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.
Gordillo, I. 2004. El sitio ceremonial de La Rinconada. Organización socioespacial y religión en Ambato, Catamarca. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Gordillo, I. 2009. Dominios y recursos de la imagen: iconografía cerámica del valle de Ambato. *Estudios Atacameños* 37: 99-121.
Gordillo, I. 2014. "Motif" in the archaeology of art. En C. Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*: 5051-5053. Springe Cham.
Gordillo, I. 2020. De quimeras y transformaciones: arqueología del arte y figuras polisémicas en los Andes del sur. En V. Solanilla Demestre (ed.), *Actas Congreso internacional sobre iconografía precolombina, Barcelona*: 204-216. Nebraska, Zea Books.
Gordillo, I. y M. Basile 2019. Los unos y los otros: contraposición y reflexiones sobre universos expresivos del NOA prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 24(1): 153-179.
Gosden, C. 2001. Making sense: archaeology and aesthetics. *World Archaeology* 33(2): 163-167.
Gosden, C. y L. Head 1994. Landscape - a usefully ambiguous concept. *Archaeology in Oceania* 29(3): 113-116.
Gradin, C. J. 1978. Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres. *Revista del Museo Provincial de Neuquén Arqueología* 1: 120-133.
Groupe μ 1993. *Tratado del signo visual. Para una retórica de la imagen*. Madrid, Cátedra.
Harris, O. J. 2018. More than representation: multiscalar assemblages and the Deleuzian challenge to archaeology. *History of the Human Sciences* 31(3): 83-104.
Hodder, I. 1982. *The present past*. London, Batsford.
Jones, A. M. 2012. *Prehistoric materialities. Becoming material in prehistoric Britain and Ireland*. Oxford, Oxford University Press.
Keane, W. 2003. Self-interpretation, agency, and the objects of anthropology: reflections on a genealogy. *Comparative Studies in Society and History* 45(2): 222-248.
Kusch, M. F. 1991. Forma, diseño y figuración en la cerámica pintada y grabada de la Aguada. En M. Podestá, M. I. Hernández Llosas y S. Renard de Coquet (eds.), *El arte rupestre en la arqueología contemporánea*: 14-24. Buenos Aires, Serie Publicaciones SAA.
Lema, V. 2015. Historicidad de las prácticas y representaciones vinculadas al consumo de psicoactivos en el Noroeste de Argentina. En *Actas de la XI Reunión de Antropología del Mercosur. Diálogos, prácticas y visiones desde el Sur*: 1-25. Montevideo.
Leroi-Gourhan, A. 1989. *La prehistoria*. Madrid, Labor.
Lévi-Strauss, C. 1968. *Antropología estructural*. Buenos Aires, EUDEBA.
Lévi-Strauss, C. 1988. *Tristes trópicos*. Barcelona, Paidós.
Llamazares, A. M. 2004. Arte chamánico: la simbiosis hombre-jaguar en la iconografía arqueológica de la cultura La Aguada, noroeste de Argentina (400-1000 dC). *Cultura y Droga* 9(11): 63-82.
Meskell, L. 1999. Archaeologies of life and death. *American Journal of Archaeology* 103(2): 181-199.
Mithen, S. 1997. The prehistory of the mind. *Cambridge Archaeological Journal* 7: 269-269.
Ramundo, P. 2010. Arqueología argentina: una lectura arqueológica de su devenir histórico. *Investigaciones y Ensayos* 59*:* 471-510.
Rocchietti, A. M. 2009. Arqueología del arte. Lo imaginario y lo real en el arte rupestre. *Revista del Museo de Antropología* 2(1): 23-38.
Shennan, S. 2012. Darwinian cultural evolution. En I. Hodder (ed.), *Archaeological theory today*: 15-36. Cambridge, Polity Press.
Smith, L. 2006. *Uses of heritage*. Londres, Routledge.

Taçon, P. S. C. y C. Chippindale 1998. An archaeology of rock-art through informed methods and formal methods. En C. Chippindale y P. S. C. Taçon (eds.), *The archaeology of rock-art*: 1-10. Cambridge, Cambridge University Press.

Thomas, J. 2001. Archaeologies of place and landscape. En I. Hodder (ed.) *Archaeological theory today*: 165-186. Cambridge, Polity Press.

Tilley, C. 1991. *Material culture and text. The art of ambiguity*. London, Routledge.

Troncoso A. y F. Armstrong 2022. Making rock art: correspondences, rhythms and temporalities. *Journal of Archaeological Method and Theory* 30: 611–635.

Yacobaccio, H. D. 2018. Arqueología ambiental, arte rupestre y gestión del patrimonio cultural en Barrancas (Abdón Castro Tolay, Puna de Jujuy). http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/5151

Yacobaccio, H. D., P. Cata, P. Solá y M. S. Alonso 2018. Estudio arqueológico y fisicoquímico de pinturas rupestres en Hornillos 2 (Puna de Jujuy). *Estudios Atacameños* 36: 5-28.

Yacobaccio, H. D. y M. Rouan Sirolli 2025. Los camélidos en el arte rupestre de Barrancas (Puna de Jujuy, Argentina). En M. Sepúlveda y A. Galicia (eds.), *Camélidos en el arte sudamericano*: 131-146. Providencia, Ediciones Universidad Autónoma de Chile.

Yacobaccio, H. D., P. Sola, B. Oxman, M. Morales, R. Hoguin, C. Samec, M. Pirola, M. Rouan Sirolli, H. Mamani, J. Merler Carbajo, P. Kohan y B. Vilá 2020. *Camélidos, caravanas y guerreros: el arte rupestre de Barrancas (Jujuy, Argentina)*. Luján, VICAM.

# PERSPECTIVAS ACTUALES EN LA ARQUEOLOGÍA DEL RITUAL

**Axel E. Nielsen**[1], **Inés Gordillo**[2] **y Gabriel E. J. López**[3]

[1]CONICET – Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | axelnielsen@gmail.com
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | ibesalu@gmail.com
[3]CONICET – Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | gabelope@yahoo.com

**RESUMEN:** En este trabajo se analizan los modos en que la arqueología ha enfocado el estudio del ritual, revisando dos enfoques principales: el ritual como expresión de sistemas de creencias y el ritual como una práctica diferenciada por su forma y materialidad. Se exploran debates contemporáneos sobre ontologías, agencia material y performatividad, así como las funciones sociales del ritual en la cohesión grupal, la memoria y el poder. Finalmente, se presentan dos casos de estudio del Noroeste Argentino (Cueva Inca Viejo/Abra de Minas y La Rinconada) que muestran cómo la ritualización se manifiesta en prácticas mineras, arquitectura ceremonial, depósitos singulares y destrucción intencional de objetos.

**ABSTRACT:** This chapter analyzes how archaeology has studied ritual, focusing on two main approaches: ritual as practical expression of religion or general belief systems and ritual as a practice distinguished by its form and materiality. Contemporary debates on ontologies, material agency, and performativity are explored, as well as the social functions of ritual in group cohesion, memory, and power. Two case studies from Northwest Argentina (Cueva Inca Viejo/Abra de Minas and La Rinconada) are presented, showing how ritualization can be recognized in mining practices, ceremonial architecture, unique deposits, and the intentional destruction of objects.

El ritual y la religión han suscitado gran interés en la investigación arqueológica a partir de la década de 1990, como lo demuestra la cantidad de trabajos publicados, incluyendo varios volúmenes dedicados enteramente a estos temas (Rappaport 1999; Hayden 2003; Insoll 2004, 2011; Bradley 2005; Barrowclough y Malone 2007; Kyriakidis 2007; Fogelin 2008; Rowan 2012; Pauketat 2013; Livarda *et al*. 2018; Augé 2022, entre otros). No ha sido ajena a esta tendencia la arqueología latinoamericana, en la que se han vuelto comunes los estudios sobre objetos, contextos y prácticas rituales, o las investigaciones sobre antiguos sistemas simbólicos, aun cuando los trabajos teóricos o metodológicos generales sobre estos temas sean menos frecuentes (aunque véase Vega Centeno 2006; Rosenfeld y Bautista 2017; Nielsen 2025). La importancia que cobraron el pragmatismo y la materialidad en distintas ciencias sociales en el mismo período (Berggren y Stutz 2010; Hicks 2010), incluyendo los llamados estudios de "religión material" (Meyer *et al*. 2010), y las posibilidades que tal giro teórico abrió para la investigación arqueológica de temas que hasta entonces se consideraban fuera del alcance de la disciplina (por ej., Hawkes 1954), son algunos de los factores que podrían explicar este auge.

Un aspecto llamativo de esta literatura es la falta de consenso sobre lo que el ritual y la religión son y sobre sus relaciones, lo que obliga a la mayoría de los trabajos a definir conceptos básicos y posicionarse en relación a distintas corrientes teóricas. Puesto de forma simple, se reconocen hasta hoy dos formas principales de abordar el ritual en la arqueología que guardan paralelismos con el tratamiento que ha recibido este concepto en otras ciencias sociales. Mientras que algunos autores lo tratan como una práctica fundamentalmente vinculada a la religión o a concepciones del mundo igualmente amplias que la arqueología debe desentrañar (Fogelin 2007; Nielsen *et al.* 2017), otros lo consideran un comportamiento con características distintivas y dinámicas propias (por ej., formalismo, tradicionalismo, performatividad [Bell 1997]), que excede al campo religioso y cuyo estudio es relevante más allá de la interpretación de sus significados (por ej., Walker 1995; Bradley 2005; Kyriakidis 2007; Swenson 2015). Dadas las dificultades para definir la categoría, otros eligen centrar su atención en lo que el ritual hace, sus funciones y efectos en los procesos sociales. En los próximos apartados se presentan sintéticamente estas posiciones, señalando algunas de sus posibilidades y limitaciones.

## EL RITUAL COMO EXPRESIÓN DE CREENCIAS

Una de las formas más frecuentes de concebir al ritual en la arqueología es como expresión práctica de sistemas de creencias y disposiciones, generalmente equiparados a la religión, una categoría que ha dado origen a una literatura igualmente prolífica en la disciplina

(Whitley y Hays-Gilpin 2008; Droogan 2013; Pauketat 2013; Raja y Rüpke 2015; Steadman 2023) y que también admite múltiples acepciones. Por lo general estos trabajos adoptan una o más de tres formas de definir este concepto propuestas originalmente en el seno de la antropología (Bielo 2015). La primera se remonta a Tylor ([1871]2010), quien caracterizó a la religión como la creencia en seres espirituales y al animismo como su expresión más primitiva dentro de su esquema evolutivo. La idea de que la religión tiene por objeto las relaciones con personas no humanas (dioses, ancestros, objetos y lugares animados, etc.) fue reformulada posteriormente por Horton, para quien sería la "extensión del campo de las relaciones sociales más allá de los confines de la sociedad puramente humana" (1960:211). Esta definición permite pensar genéricamente al ritual como cualquier práctica que involucra interacciones con las agencias no-humanas que afectan el destino de la gente (Walker 2009; Nielsen *et al*. 2017).

Otros autores consideran que el objeto central de la religión es la experiencia de lo sagrado o de lo numinoso (Rappaport 1999), conceptos que refieren a fuerzas o entidades extraordinarias, pero que no involucran necesariamente personas trascendentes o dioses; de hecho, algunos sistemas filosóficos comúnmente considerados religiones —como el Budismo— no postulan la existencia de este tipo de seres. Desde esta perspectiva, rituales son las acciones relativas a las cosas sagradas (Durkheim [1912]1982; Eliade 1959) o que nos permiten acercarnos, desde el plano de lo humano, al poder terrorífico y fascinante de lo divino (Otto [1917]1950). Estas posiciones pueden resultar tautológicas, en la medida en que definen la religión (y por lo tanto el rito) con referencia a "cosas religiosas" inefables. También podría cuestionarse la universalidad de estas experiencias o categorías (Eliade 1969:68).

Una tercera posibilidad es concebir a la religión de forma aún más amplia, sin apelar a las deidades ni a lo sagrado, como un sistema simbólico capaz de dar cuenta de los interrogantes más generales sobre el mundo y la existencia humana, posición claramente formulada por Geertz (1973) en su clásica definición:

> "*Religion is a system of symbols which acts to establish powerful, pervasive, and long-lasting moods and motivations in men by formulating conceptions of a general order of existence and clothing these conceptions with such an aura of factuality that the moods and motivations seem uniquely realistic."* (Geertz 1973:90)[1]

[1] "La religión es un sistema de símbolos que actúa estableciendo en los hombres estados de ánimo y motivaciones poderosos, penetrantes y duraderos al formular concepciones de un orden general de existencia y disfrazar estas concepciones con un aura de facticidad tal que dichos estados de ánimo y motivaciones parecen ser especialmente reales" (traducción propia).

De acuerdo a este enfoque, la simbología religiosa no sólo daría cuenta de la naturaleza del cosmos y del lugar que en él ocupan los seres humanos, sino que también inculcaría disposiciones, valores y principios morales que regirían las relaciones sociales en el seno de la comunidad. El ritual sería fundamental para la reproducción de estos marcos de sentido, puesto que expresaría y reforzaría en forma práctica y material estas ideas y valores. La arqueología de la religión, entonces, se ocuparía de reconstruir los sistemas de creencias subyacentes al rito.

Esta última posición es la que predomina en la disciplina, donde es común calificar genéricamente como simbólicos a los objetos y contextos de los que se sospecha que tuvieron un carácter religioso-ritual, normalmente porque no se les encuentra una explicación utilitaria (Brück 1999). El problema con este uso de los conceptos es que presupone una falsa dicotomía entre lo práctico (aquello que admite una explicación funcional o utilitaria) y lo simbólico (que recoge todo lo que parece ineficaz, inútil o irracional), que a su vez reproduce la contraposición colonial entre moderno (racional, conducente al progreso) y primitivo (irracional, supersticioso, atrasado). La dicotomía es falaz, además, porque todas las prácticas humanas y los materiales que participan de ellas son siempre significativos, hasta las acciones y artefactos más utilitarios asumen este carácter —como índices de ciertas funciones o resultados— en relación a determinados sistemas de creencias o ideologías semióticas (Keane 2018) que les dan sentido, por ejemplo, la noción de causalidad, modelos sobre el funcionamiento del mundo, etc. (ver también Álvarez y Fiore 1993; Fiore 2020).

En este punto, es oportuno recordar el argumento planteado originalmente por Asad (1993, ver también Bell 1997:265; Latour 2007; Masuzawa 2012; Fowles 2013; Swenson 2015; Villanueva 2025), según el cual la religión, entendida como un campo de acción discreto, distinto de la economía y la política, recién surge a comienzos de la modernidad como parte de la secularización del poder político, la generalización de una ontología naturalista (*sensu* Descola 2013) y el confinamiento de la divinidad (y el sistema simbólico del que formaba parte) al ámbito individual, como una cuestión de fe personal. Desde este punto de vista, la religión, lo sagrado y lo sobrenatural no serían categorías universales, aplicables a pueblos no-modernos, que no reconocen lo secular, lo profano o la naturaleza como ámbitos diferenciados, sino que estructuran la mayor parte de sus actividades (incluyendo las que consideramos útiles en el marco del naturalismo) a partir de concepciones generales de la realidad que se considerarían religiosas en cualquiera de los sentidos reseñados anteriormente (Insoll 2004:17-18).

El hábito arqueológico de etiquetar como ritual (o simbólico) todo aquello que se percibe como superfluo o incomprensible, entonces, sería un procedimiento de purificación (*sensu* Latour 2007) que pretende separar lo que se entiende como práctico porque obe-

dece a la razón utilitaria de la modernidad, de lo que se le escapa porque responde a otras lógicas. La proliferación en la antropología y la arqueología de conceptos híbridos como "tecnología ritual" o "economía ritual" confirma esta conclusión, ya que pone en evidencia la incapacidad de la lógica secular para dar cuenta hasta de las actividades más mundanas (la caza, la agricultura, la alfarería, etc.) sin recurrir a otras racionalidades y sistemas simbólicos. Desde esta perspectiva, religión y ritual son categorías exógenas, impuestas por la arqueología a los mundos pasados, para cuyos habitantes no designan necesariamente ningún ámbito diferenciado de la realidad o la práctica. En lugar de continuar sosteniendo estos conceptos a través de nuevos ajustes en su definición o de la búsqueda de los correlatos materiales del ritual o el culto, la arqueología debería aprovechar estas disonancias para romper con el propio sentido común e indagar, a través de un análisis contextual, sobre las lógicas que les dieron sentido, sobre las "especificidades de la racionalidad humana en distintos contextos culturales" (Brück 1999:322).

La arqueología de la religión se convertiría, entonces, en

> "*… a project of registering the dissonance between the modernist category of religion and the nonmodern world into which it has been inserted. It becomes a project of successively* moving away from 'religion' toward some other, historically specific category *that maps out the social relations between people and things in some other, overtly nonmodern and nonsecular fashion.*" (Fowles 2013:10, énfasis agregado)[2]

Durante los últimos años, el concepto de ontología ha ocupado progresivamente el lugar de la religión en el estudio de sociedades no-occidentales, en la medida en que no designa un ámbito discreto de la práctica social, sino los modos más generales de entender la realidad misma y, por lo tanto, la naturaleza y los límites de la economía y la política, o las relaciones entre la gente y las cosas. De hecho, muchos trabajos que hace 15 años se hubieran considerado investigaciones sobre antiguas religiones y ritos, se referencian actualmente en el concepto de ontología. La arqueología de la religión daría paso a una arqueología de las ontologías no-naturalistas, de otras formas de entender el mundo (Alberti y Bray 2009) o de otros mundos (Alberti 2011), según el alcance que se le otorgue al concepto (Haber 2009; Alberti 2016). En este contexto, el ritual perdería especificidad, en la medida en que todas las prácticas obedecerían a dichos regímenes ontológicos.

[2] "… un proyecto de registrar la disonancia entre la categoría moderna de religión y el mundo no-moderno en la que ha sido inserta. Se convierte en un proyecto de *apartarse sucesivamente de la 'religión' para acercarse a otra categoría históricamente específica* que dé cuenta de las relaciones sociales entre la gente y las cosas de alguna otra manera que sea manifiestamente no-moderna y no secular" (traducción propia).

## EL RITUAL COMO PRÁCTICA DIFERENTE Y DIFERENCIADORA

Muchos arqueólogos entienden al ritual como una conducta que se diferencia de otras por sus propiedades formales y su materialidad, más allá de su relación con ciertas creencias, experiencias o símbolos, religiosos o no (Walker 1995; Bradley 2005; Vega Centeno 2006; Kyriakidis 2007; Swenson 2015). Generalmente siguen a Catherine Bell, quien a partir de un exhaustivo análisis de la literatura señala seis características que distinguen al ritual de otras actividades, a saber, formalismo, tradicionalismo, invariabilidad, sujeción a reglas, simbolismo sacro y performatividad (1997:138-169). Como la autora aclara, no se trata de una lista de rasgos que permita identificar un tipo de comportamiento esencialmente distinto del resto, sino de formas en que ciertas acciones se diferencian estratégicamente de otras consideradas ordinarias o menos importantes, lo que denomina "ritualización": "*a way of acting that is designed and orchestrated to distinguish and privilege what is being done in comparison to other, usually more quotidian, activities*" [3] (Bell 1992:74). Estos atributos no siempre se presentan juntos o pueden hacerlo en diversa medida, lo que lleva a concluir que lo ritual y lo mundano no constituyen necesariamente una dicotomía, sino un continuo en el que es posible situar las actividades según sus grados de ritualización y valoración.

Pensar la ritualización como una estrategia de diferenciación relativa obliga a justificar la interpretación de determinados objetos y lugares como rituales a partir de un detallado análisis contextual:

> "*Semiologically speaking, just as a sign or a text derives its significance by virtue of its relationship to other signs and texts, basic to ritualization is the inherent significance it derives from its interplay and contrast with other practices… By virtue of this quality, what is ritual is always contingent, provisional, and defined by difference*".[4] (Bell 1992:90-91)

El reconocimiento efectivo de objetos o lugares ritualizados constituye un desafío para la arqueología, particularmente si se tiene en cuenta que estos también pueden ser parte de la vida cotidiana (Bradley 2005). Una de las primeras formas de abordar el problema fue propuesta por Richards y Thomas (1984), quienes emplearon la expresión "depositación estructurada" para designar conjuntos de materiales dispuestos de forma pautada como resultado de prácticas rituales en el Neolítico de Gran Bretaña. Los autores argumentaron

[3] "[U]na forma de actuar concebida y orquestada para distinguir y privilegiar lo que se está haciendo en comparación con otras actividades, usualmente más cotidianas" (traducción propia).

[4] "Semiológicamente hablando, así como un signo o un texto derivan su significado de sus relaciones con otros signos y textos, lo básico de la ritualización es que deriva su significado de su juego y contraste con otras prácticas… En virtud de esta cualidad, lo que es ritual se define siempre de forma contingente, provisional y a través de diferencias" (traducción propia).

que, teniendo en cuenta el carácter formal y altamente repetitivo que distingue al rito, se esperaría que las distribuciones de desechos y los depósitos arqueológicos resultantes exhiban patrones evidentes (p. 191). Aunque ha recibido diversas críticas —por ejemplo ¿cómo distinguir estos patrones de los creados por razones utilitarias u otras en los descartes cotidianos, no ritualizados?— este concepto continúa siendo utilizado y refinado hasta hoy (ver Garrow 2012).

Otra posibilidad, planteada por Walker (1995, 2002), es analizar las historias de vida de los artefactos o estructuras y sus consecuencias arqueológicas en busca de patrones diferenciados que "singularicen" (*sensu* Kopytoff 1986) ciertos contextos como producto de prácticas ritualizadas. Articulado en el marco de la arqueología conductual (Hollenback 2010), este enfoque le permitió reconocer al menos tres tipos de depósitos rituales: (1) basura ceremonial (objetos rotos o agotados que han terminado su historia de vida singular y se descartan en lugares especiales), (2) depósitos sacrificiales (creados por el descarte de objetos todavía funcionales con el propósito de aprovechar su utilidad residual dentro de una tradición ritual) y (3) kratofanías (destrucción violenta de artefactos o estructuras todavía útiles para evitar su empleo dentro de un ámbito singularizado, para neutralizar su poder [Walker 1995:73-76]). Aunque este enfoque ofrece claras ventajas para un abordaje arqueológico del tema, nótese que vuelve a emplear la falta de racionalidad como base para identificar lo ritual, como deja claro el autor cuando afirma que el análisis estratigráfico de los depósitos rituales muestra evidencias "de actividades 'imprácticas' o que desafían explicaciones pragmáticas" (Walker 2002:160).

Otros autores utilizan el concepto de marco o "encuadre" (*framing* [Verhoeven 2011:126]) con referencia al modo en que determinados lugares y momentos son diferenciados con fines rituales a través de prácticas especiales o el uso de arquitecturas, objetos, imágenes o materiales poco comunes, reconocibles arqueológicamente. La identificación de estos marcos y gestos permitiría detectar los contextos más claramente ritualizados y, a partir de ellos, rastrear aspectos menos obvios del comportamiento ritual en otros ámbitos en términos de homologías entre distintos conjuntos de datos arqueológicos (Swenson 2015:330).

Al marcar una ruptura con lo cotidiano, la ritualización pondría en suspenso el orden normal de las cosas, movilizando fuerzas y formas de agencia extraordinarias. Humphrey y Laidlaw, por ejemplo, sostienen que el formalismo, el tradicionalismo y la sujeción a reglas modifican la relación habitual entre intencionalidad y práctica, generando la impresión de que las personas (oficiantes, participantes) no son enteramente los autores de sus actos, sino que intervienen entidades preexistentes o arquetípicas que los oficiantes buscan de algún modo emular o encarnar (Humphrey y Laidlaw 2007:256). Keane (2008a), por su parte, considera al lenguaje religioso y a la práctica ritual en general como estrategias semióticas para "marcar" determinados enunciados, actos, momentos, lugares y cosas, dotándolos de un

sentido y poder singulares. Una de ellas es la "textualización" (*entextualization*), el proceso de enfatizar las propiedades textuales del discurso o práctica, que son independientes del contexto, generando así la impresión de que las palabras y acciones obedecen a una agencia que se encuentra más allá de la situación actual, de que los oficiantes no tienen control sobre ellas, "*speaking exactly as the ancestors did, as the spirits who possess them dictate, or as has been written*"[5] (Keane 2008a:120). El concepto de *costumbre,* que los pueblos andinos actuales emplean para designar lo que la antropología denomina ritual, apunta en este mismo sentido, al señalar la reiteración del modo de hacer de sus antepasados como el origen del poder de estas acciones.

La eficacia del rito, sin embargo, reside especialmente en su carácter performativo y en las experiencias asociadas, comúnmente apuntaladas mediante escenografías, imágenes, arquitecturas especiales, vestuarios, música, danza, efectos visuales y auditivos, etc. que potencian la dimensión sensorial y estética del rito (Inomata y Coben 2006; DeMarrais 2014; Bull y Mitchell 2020; Davis-Floyd y Laughlin 2022; Johnson y Joyce 2022; Swenson 2024). A ellos se suman frecuentemente el consumo de bebidas embriagantes, substancias psicoactivas y comidas en cantidad, o ayunos y ejercicios físicos inusuales, elementos que contribuyen a crear experiencias memorables entre los participantes y refuerzan la excepcionalidad, así como el poder comunicativo y transformador de estas prácticas. Todos estos elementos facilitan, además, el reconocimiento arqueológico de los contextos ritualizados (Vega Centeno 2006).

Últimamente, quienes enfatizan el papel activo del rito y su materialidad en la constitución de los sujetos y la vida social toman herramientas teóricas de las ontologías relacionales y los nuevos materialismos (Hazard 2013; Angelo 2014; Swenson 2015, 2024; Bräunlein 2016). El concepto deleuziano de ensamblaje (*assemblage*), por ejemplo, permite pensar la vida social en términos de entidades de diversa naturaleza (humanos incluidos) reunidas contingentemente en las prácticas, que se afectan y enredan mutuamente en virtud de sus propiedades físicas, de las posibilidades (*affordances*) que ofrece su materialidad (Hodder 2012; Lucas 2012; Hamilakis y Jones 2017; Harris 2018; Antczak y Beaudry 2019). Retomando las ideas de Turner (1969) sobre la capacidad del rito de reconfigurar el orden social tras una fase de liminalidad y "antiestructura", el poder de la ritualización radicaría en su capacidad para suspender y, eventualmente, reensamblar esta trama —desterritorializarla y reterritorializarla— en formas que no son posibles en la vida ordinaria, estableciendo vínculos entre elementos dispares o distantes en espacio y tiempo, reconciliando lo contradictorio, separando lo contiguo, haciendo presente lo invisible, etc. Como locus privilegiado para la reproducción material de la vida social, los contextos ritualizados ofrecerían una venta-

[5] "[H]ablando exactamente como lo hicieron los ancestros, como ordenan los espíritus que los poseen o como ha sido escrito" (traducción propia).

na privilegiada para la investigación arqueológica de antiguos regímenes ontológicos y sus transformaciones (Fowler 2013; Harris 2021; Swenson 2024).

En un extremo, las versiones "no-representacionales" de estos enfoques desestiman por completo la relevancia del significado para comprender las prácticas en general, rituales incluidos, buscando así visibilizar la agencia de las cosas en cuanto tales, su vitalidad (Olsen 2012; Jones y Alberti 2013). Otros autores, en cambio, proponen un abordaje "más-que-representacional", que tome en consideración tanto los aspectos materiales como significativos de la práctica. Retomando la semiótica Peirceana (Preucel 2006), señalan que resulta imposible entender la articulación interna de los ensamblajes, su devenir o la eficacia que sobre ellos posee el ritual, sin tomar en cuenta el potencial semiótico de la materialidad, por ejemplo, la capacidad de los objetos y sus propiedades materiales para referenciar y movilizar determinadas agencias, cosas, lugares, memorias, emociones o identidades colectivas (Harris 2018; Swenson y Cipolla 2020; Swenson 2024). Keane, por ejemplo, sostiene que muchas ideas religiosas derivan de los propios materiales o se originan en la trasposición de prácticas y objetos rituales a nuevos contextos, donde pueden provocar reacciones o interpretaciones diferentes, gracias a lo que denomina "enfardamiento" o *bundling*:

> "*… the contingent coexistence of an indefinite number of qualities in any object, which always exceeds the purposes of the designer… material things… are enmeshed in a world of causes and effects. This is one reason why contemporary semiotics stresses indexicality, which is a means of analyzing the ways in which causality and actuality enter into social logics. This is one opening to a materialist semiotics. In particular, since material things commonly endure beyond the moment of their production, and circulate beyond the site of production, they are available to other people and enter into their people's projects*." (Keane 2008b:230)[6]

## LOS EFECTOS DEL RITO Y LA RELIGIÓN

Existen diferentes formas de entender los efectos de la religión o el rito en la vida social, comoquiera que se definan estos términos, ideas que constituyen el punto de partida para pensar su papel en distintos procesos. A continuación, se sintetizan los principales argumentos sobre estos temas.

[6] "… la coexistencia contingente de un número indefinido de cualidades en cualquier objeto, que siempre exceden los propósitos del diseñador… las cosas materiales… se encuentran enmarañadas en un mundo de causas y efectos. Esta es una de las razones por las que la semiótica contemporánea enfatiza la indexicalidad, que es una forma de analizar los modos en que la causalidad y la realidad entran en la lógica social. Es una apertura a una semiótica materialista. En particular, dado que las cosas materiales comúnmente duran más allá del momento de su producción, y circulan más allá del lugar de su producción, están disponibles para otra gente y entran en los proyectos de otra gente" (traducción propia).

En el marco de las arqueologías procesuales y marxistas, por ejemplo, es común destacar el papel de la religión y el ritual en el mantenimiento del orden social. La versión funcionalista, inaugurada por Durkheim ([1912]1982), enfatiza cómo las abrumadoras emociones que despierta el ritual fortalecen las ideas, normas e instituciones que dan cohesión al grupo y regulan sus relaciones con el ambiente (Rappaport 1971). Ejemplos de esta línea de pensamiento van desde tempranas propuestas de la arqueología procesual (Drenan 2010) hasta argumentos evolucionistas que, partiendo de que la capacidad de cooperar y actuar coordinadamente en grandes grupos ofrece claras ventajas adaptativas (Richerson y Boyd 2001), otorgan a la religión y el rito un papel decisivo en la evolución de la especie (Mithen 2022; Whitehouse 2023) o en el surgimiento de la complejidad social (Aldenderfer 1993; Stanish 2017). En la tradición marxista, en cambio, la religión se entiende como ideología, una representación distorsionada de la realidad que, al enmascarar los mecanismos responsables de la explotación, contribuye a reproducir y justificar estructuras económico-sociales desiguales (Godelier 1975; Bernbeck y McGuire 2011). Más aún, el control de las relaciones con las divinidades, el conocimiento esotérico y el ritual por parte de ciertos sectores, pudieron ser factores claves en el proceso de institucionalización de las desigualdades sociales (Earle 1997).

La formalidad, el tradicionalismo y la invarianza, junto con la capacidad para comunicar e inculcar eficazmente ideas, valores y disposiciones mediante recursos sensoriales y performativos, son propiedades que hacen del ritual —especialmente del ceremonial público— un *locus* privilegiado para la reproducción de la memoria social y las identidades colectivas (Connerton 1989; Peterson 2012). Esta capacidad para transmitir la memoria depende en gran medida de la durabilidad de los objetos, estructuras y otros elementos que participan de estas prácticas. Por esta razón, es común que grandes transformaciones sociales y conquistas sean acompañadas por la destrucción de objetos y edificios sagrados, verdaderos rituales de olvido (Nielsen y Walker 1999; Mills 2008). La campaña de extirpación de idolatrías llevada a cabo a lo largo del siglo XVII en los Andes ejemplifica acabadamente el carácter violento, público y sistemático que pueden asumir estas prácticas (Gareis 2007).

En la medida en que el rito transmite y refuerza símbolos y valores que regulan las relaciones entre los miembros de una comunidad, es también una arena donde se disputan la autoridad y donde el orden político puede legitimarse o revertirse. Otros autores destacan los efectos disciplinarios del rito y los entornos materiales asociados, su capacidad para inculcar disposiciones, actitudes que son precondiciones de determinadas jerarquías. Por estas razones, los ritos y los escenarios asociados han sido contextos fecundos para investigar las continuidades y transformaciones de los sistemas políticos (Kertzer 1988; Vásquez 2010; Hazard 2013; Bräunlein 2015; Bull y Mitchell 2020).

## ARQUEOLOGÍAS DEL RITUAL EN EL NOROESTE ARGENTINO: DOS CASOS DE ESTUDIO

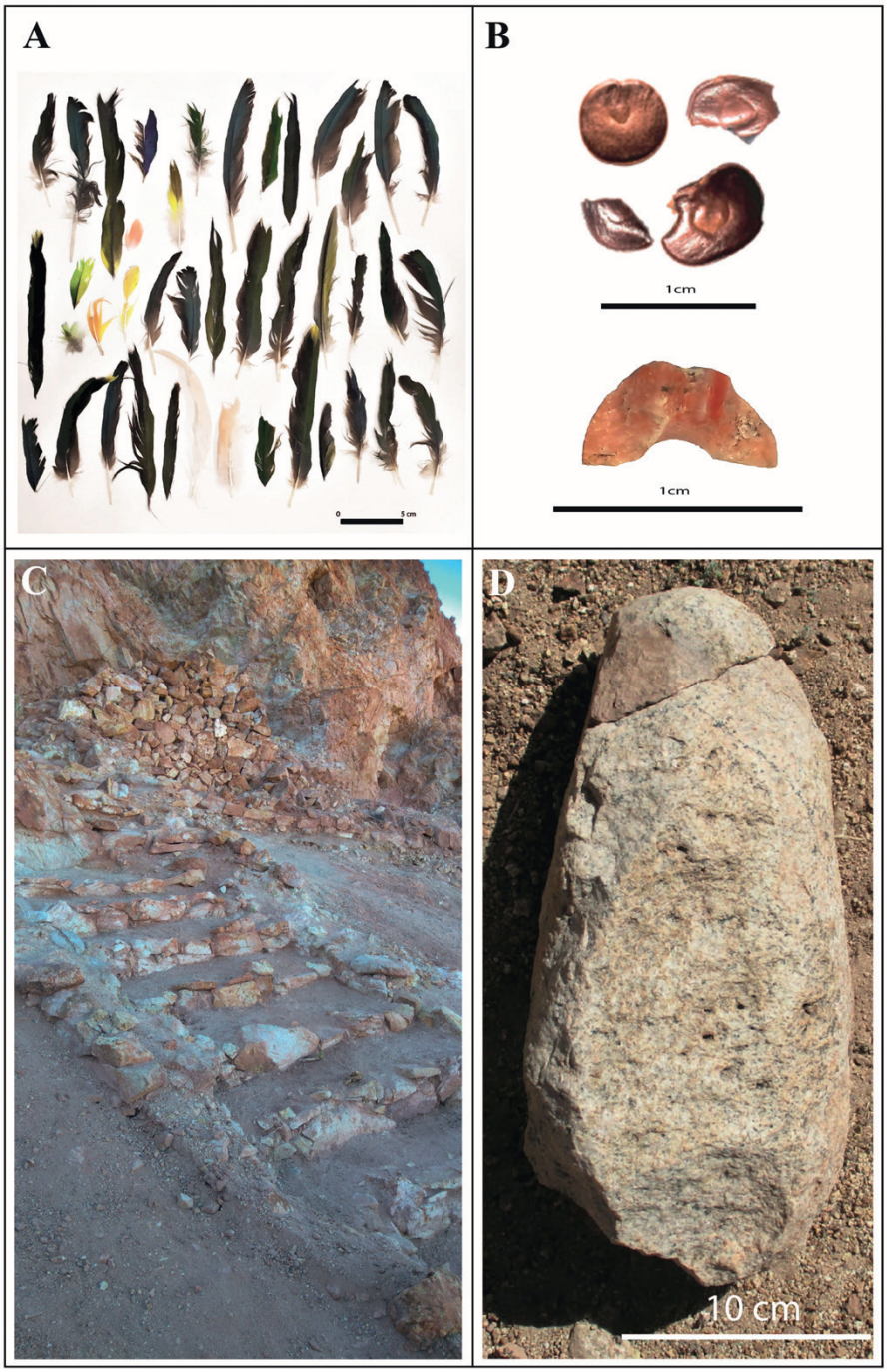
Con el objetivo de ilustrar cómo se aborda la ritualidad desde perspectivas arqueológicas actuales, se presentan brevemente dos casos de estudio del Noroeste argentino. Uno de ellos corresponde a contextos mineros incaicos de la Puna de Salta, el otro a sociedades prehispánicas del Valle de Ambato, en Catamarca.

### La ritualización de la minería Inca en las tierras altas del Noroeste argentino

En los últimos años, se ha investigado nueva evidencia arqueológica que permite abordar la conformación de un paisaje minero-ritual prehispánico en la Puna de la Provincia de Salta (López *et al*. 2020, 2025). En particular, se ha destacado la fuerte modificación del paisaje a partir de la expansión del Imperio Inca en este sector de las tierras altas, a más de 4000 metros sobre el nivel del mar. El registro principal proviene de los sitios Abra de Minas y Cueva Inca Viejo. El primero fue un enclave minero incaico, conformado por numerosas estructuras arquitectónicas, muchas de ellas de posible uso habitacional. El segundo, localizado a 2 km de distancia, corresponde a una cueva-mina con una alta frecuencia y variabilidad de indicadores arqueológicos, entre ellos pinturas rupestres sobre sus paredes, que cuenta con numerosas evidencias de explotación de turquesa y otros minerales de cobre (López *et al*. 2020).

En este marco, se puede plantear una "ritualización" de los espacios mineros prehispánicos, sobre todo en las entradas de las galerías internas de Cueva Inca Viejo, donde se registraron grandes acumulaciones de plumas de diversas especies exóticas y locales (figura 1A). Hasta el momento, se analizaron 1749 especímenes, dentro de los cuales predominan los psitácidos de colores intensos como el azul y el verde (Seguí 2025). Incluso, algunas plumas de *Ara* sp. habrían tenido una procedencia tan lejana como las selvas de Perú y Bolivia. También se recuperaron plumas de origen puneño pertenecientes a dos especies de flamencos, entre otros taxones (Seguí 2025). Asimismo, en las excavaciones dentro de estos mismos sectores de la cueva-mina, se relevaron otros elementos de procedencia lejana, generalmente asociados con ceremonias. Se hace referencia a semillas de cebil, un alucinógeno de amplia circulación en los Andes prehispánicos (figura 1B). Además, se halló una cuenta de *Spondylus* sp., un molusco cuyo origen se localiza en el océano Pacífico, principalmente en las costas de Ecuador, y que ha sido de alto valor simbólico para el Imperio Inca (figura 1B).

En la entrada de Cueva Inca Viejo, se ubica también una estructura con escalera y plataforma, que podría corresponderse con una variante de los *ushnus* o construcciones donde se




■ **Figura 1.** Evidencia arqueológica en Cueva Inca Viejo, Puna de Salta: A. plumas; B. cebil (arriba), cuenta de *Spondylus* sp. (abajo); C. estructura con escalera y plataforma; D. monolito.

realizaban diversas ceremonias incas (figura 1C). Al respecto, dentro de esta estructura se han recuperado tres monolitos de características similares a otros mencionados y registrados tanto en *ushnus* como en "santuarios de altura" incaicos (figura 1D; López *et al*. 2025). Dos de los monolitos tienen formas elongadas, con longitudes máximas de 43 cm y 35,5 cm, respectivamente, y corresponden a materias primas metamórficas, con vetas de cuarzo. Un tercer monolito se encuentra fragmentado y está confeccionado sobre una roca volcánica gris oscura.

El conjunto de estos indicadores arqueológicos denota un vínculo indisociable entre las prácticas mineras y rituales desarrolladas allí, lo cual remite a las características particulares de la cosmovisión andina, en la cual todas las prácticas se relacionan dentro de una totalidad orgánica. A partir de una perspectiva evolutiva (por ej., Henrich 2009), se ha planteado que los rituales, particularmente los más costosos por la energía, tiempo o recursos invertidos, fueron relevantes para la transmisión de información crucial en el fortalecimiento de la cohesión y el compromiso grupal. Para este caso de estudio, se considera que dichos rituales habrían constituido, asimismo, una forma de legitimación simbólica de los valores y normas del Imperio Inca. Precisamente, materiales como las plumas, el cebil o el *Spondylus*, así como la estructura mencionada y los monolitos, entre otros elementos, podrían representar parte de las expresiones materiales asociadas a la ritualidad incaica.

## La Rinconada de Ambato como escenario ritual

La Rinconada, o Iglesia de los Indios, es un sitio ubicado en el valle de Ambato (Catamarca), un área densamente poblada entre el 600 y el 1100 d.C. Su estudio ha proporcionado evidencias consistentes sobre diversas prácticas rituales (Gordillo 2009; Gordillo y Vindrola Padrós 2020, entre otros).

El sitio comprende un conjunto arquitectónico de unidades adosadas, con muros de piedra y/o tapia, articuladas en una trama ortogonal. Su planta configura una gran U, abierta al poniente, de unos 130 m (N-S) por 120 m (E-O). Se distinguen dos áreas principales: el espacio público, formado por la plaza y las estructuras macizas que la circundan (plataformas, terrazas, rampas); y el espacio residencial, con viviendas y patios, en los sectores norte y este, donde se realizaban actividades domésticas (figuras 2A y 2B).

En el sector público la arquitectura es maciza y voluminosa. Las fachadas que dan a la plaza muestran técnicas y arreglos arquitectónicos más elaborados y escenográficos (como el acabado y canteado de los muros o lienzos), reforzando el impacto visual sobre ese espacio de congregación, cuya capacidad superaba ampliamente la población residente, lo que sugiere participación de otros habitantes de la zona en los rituales (figura 2C).

Entre las estructuras se destaca la plataforma sur, cuya biografía atraviesa varias etapas

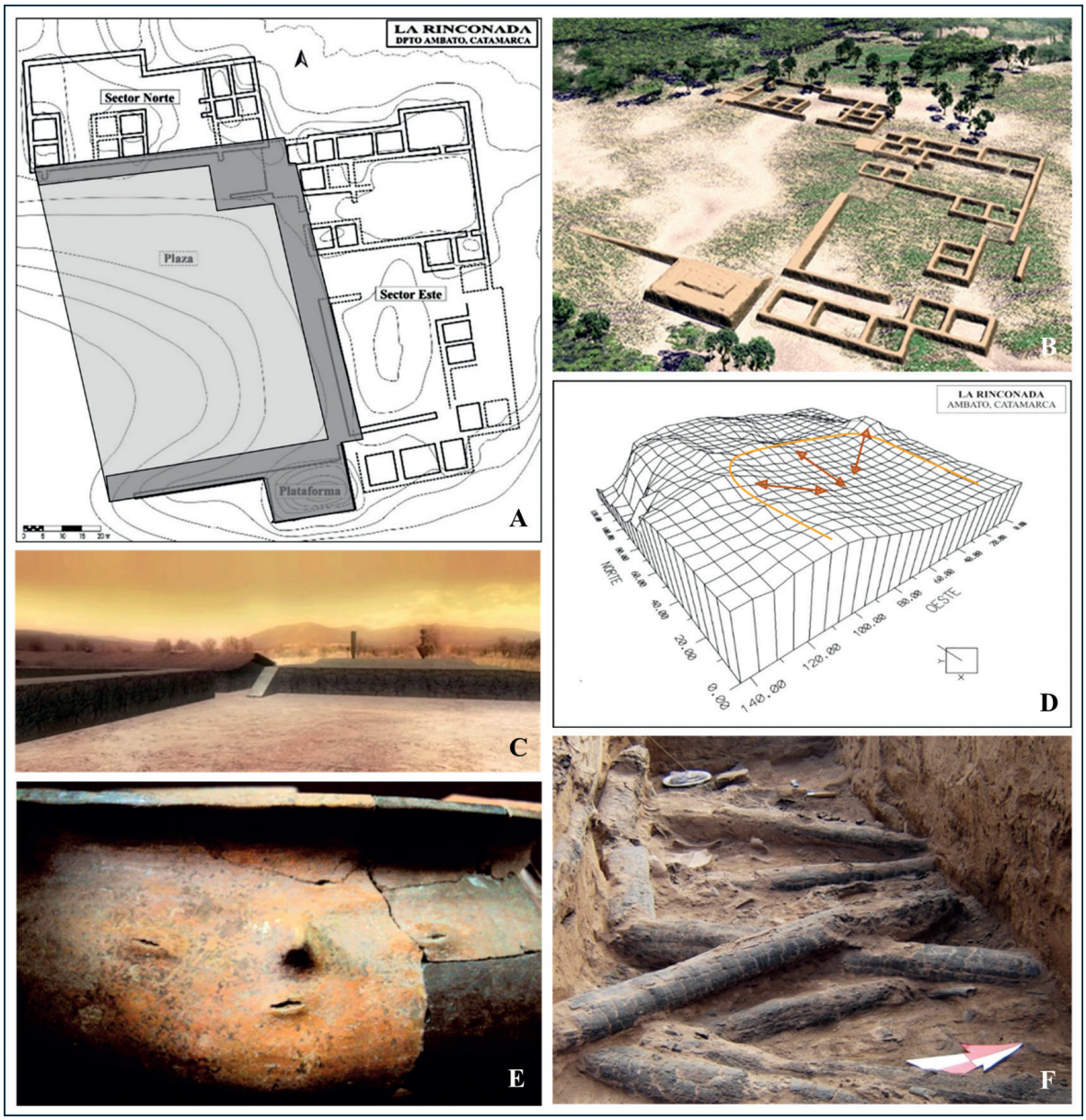
constructivas. A partir de un basurero inicial, se fueron agregando muros perimetrales de piedra y rampas de acceso. Así, se habría conformado una estructura sobreelevada que sirvió de base a prácticas ceremoniales, generando o reforzando la condición sacra de ese espacio y de la basura (Gordillo 2004). Los estudios sobre las propiedades auditivas del lugar definen, en función del relieve edilicio y natural, condiciones óptimas para la distribución y comunicación sonoras (voces, música y otros sonidos). A partir de mediciones de distancias y pendientes del terreno, registros de niveles sonoros y pruebas auditivas realizadas *in situ* con receptores y emisores móviles y estáticos, fue posible identificar relaciones espaciales favorables para la transmisión de mensajes auditivos y visuales en un posible escenario ritual público[7] (figura 2D) (ver Gordillo 2004).

De este modo, la ritualización de ese contexto, que se manifiesta tanto en la arquitectura como en la gestión de los materiales y de sus condiciones perceptivas, habría generado escenarios diferenciados para el rito, de carácter colectivo y performativo, orientados a la reproducción social y a la consolidación de la identidad colectiva y la memoria, reforzando vínculos con los ancestros.

En el sector residencial del sitio, se infieren otras prácticas rituales a partir de las evidencias de destrucción deliberada de objetos (ver Chapman 2000) (figura 2E), de la presencia de depósitos singulares y de incendios asociados al último momento de ocupación, como los techos quemados y colapsados sobre los antiguos pisos (figura 2F). Los estudios de termoalteración, fragmentación y dispersión de 44 vasijas (procedentes de uno de los grandes patios del sitio), integrados al análisis contextual y a estudios experimentales, permitieron identificar indicadores de rotura intencional de varios recipientes cerámicos hallados sobre la superficie final de ocupación, donde también se registraron cráneos humanos con fragmentación *post-mortem*, y una concentración de materiales diversos y fragmentados, interpretada como ofrenda (ver Solari y Gordillo 2017; Gordillo y Vindrola-Padrós 2020). Tales elementos pueden encuadrarse como depósitos sacrificiales y kratofanías (ver *supra*), vinculados a la clausura ritual, la quema y al abandono del lugar.

Así, el material destruido parece haber tenido un valor trascendental para quienes habitaron La Rinconada. En el caso de la plataforma, el material roto y "descartado" preservó el testimonio de las generaciones anteriores constituyéndose como soporte físico y simbólico del rito público. Por otro lado, con el cierre del sitio, los materiales fragmentados y su disposición aluden a la destrucción como una acción ritualizada vinculada al inminente y crítico proceso de deshabitar.

[7] Como parte de esta práctica, podemos imaginar una variedad de expresiones y estímulos sensoriales (gestos corporales, escenas múltiples, ritmos y desplazamientos, máscaras, disfraces, escudos y armas, fuego, etc.) que pudieron formar parte del arreglo coreográfico o escenográfico. Si nos remitimos a los diseños cerámicos, por ejemplo, podemos imaginar la actuación de oficiantes portando armas y escudos, personajes con pieles y máscaras de jaguar y/o con notable tocado cefálico, entre otros.




■ **Figura 2.** A. Plano de La Rinconada; B. representación gráfica de los cimientos registrados; C. reconstrucción virtual del sector norte; D. configuración y percepción auditiva; E. vasija remontada con signos de fragmentación intencional y termoalteración; F. troncos del techo quemados y colapsados sobre el antiguo piso.

## CONCLUSIÓN

Ritual es un concepto complejo, que admite distintas interpretaciones y que puede emplearse de diferentes maneras en la explicación de procesos sociales. A lo largo de este trabajo, se consideraron las dos formas principales de abordar su estudio que se reconocen en la arqueología actual, buscando mostrar los aportes y limitaciones de cada una de ellas. La primera, heredera de la concepción del rito como expresión práctica de la religión y de otros sistemas simbólicos, pone énfasis en la dimensión significante de los objetos y contextos rituales, como vía para explorar otras formas de entender la realidad. El problema reside en que, si se desecha la universalidad de la religión como ámbito discreto de la vida social y se acepta que toda acción humana es intrínsecamente significante, la distinción entre el ritual y otras prácticas pierde sustento. En última instancia, la arqueología del ritual desde esta perspectiva cedería el paso a una arqueología de las diferencias ontológicas. Tomando nota de las acertadas críticas de que ha sido objeto (ver *supra*), el remanido pero persistente procedimiento de considerar ritual todo lo que se percibe como irracional o carente de utilidad podría tener cierto valor heurístico para este enfoque, puesto que llama la atención sobre lugares, acciones y cosas que, al desafiar nuestro sentido común, ponen de relieve esas diferencias.

Otra forma de encarar el problema parte de concebir al ritual o a la ritualización (*sensu* Bell 1992) como prácticas intrínsecamente distintas de otras, que permiten singularizar determinados actos, lugares, momentos, cosas y personas, dotándolos de un valor y poder diferentes. Este abordaje no implica necesariamente abandonar la búsqueda de los significados de los ritos (su dimensión expresiva), pero centra la atención en sus propiedades formales, materiales y performativas, en los mecanismos que dan cuenta de su eficacia. Al poner énfasis en la materialidad, este enfoque resulta particularmente apropiado para la arqueología y permite integrar en este campo de estudio otras líneas de investigación vinculadas a la corporalidad, la performatividad y el arte, entre otras. La principal dificultad reside en distinguir entre los patrones arqueológicos producidos por la ritualización y los generados por otros factores, especialmente si este concepto no refiere a una dicotomía, sino a una serie de tácticas de diferenciación que pueden hacerse presentes en cierta medida en diversos contextos.

Teniendo en cuenta las dificultades para arribar a un consenso sobre lo que el rito es o significa, algunos autores prefieren poner el foco en lo que hace, en sus funciones o consecuencias para la sociedad, para las relaciones con el medio, la transmisión de la memoria, la reproducción de las identidades colectivas o la legitimación y subversión del orden político, entre otras posibilidades.

Ciertamente, estas alternativas no son excluyentes, sino que pueden combinarse de distintas formas, como lo ilustran los casos arqueológicos presentados. Así, por ejemplo, cabe reconocer el carácter ritualizado de ciertos contextos por la excepcionalidad de su contenido o disposición (una ofrenda, una kratofanía), sin dejar de indagar sobre las agencias no humanas que buscaban movilizar o desactivar, el significado de los objetos y animales (o partes de ellos) depositados y su tratamiento, la concepción de la producción o la salud que propiciaban, los valores subyacentes a estas acciones o el orden social que apuntalaban. El carácter ritual de los contextos descritos admite todos estos interrogantes, pero cada uno individualiza distintos aspectos de los mismos y señala diferentes problemas y vías para su investigación. Por esta razón, es fundamental que los estudios arqueológicos sean explícitos sobre el sentido en que utilizan el concepto de rito y el modo de abordarlo.

## AGRADECIMIENTOS

Agradecemos los comentarios de los evaluadores que contribuyeron a mejorar el trabajo.

## BIBLIOGRAFÍA

Alberti, B. 2011. "Worlds otherwise" archaeology, anthropology, and ontological difference. *Current Anthropology* 52: 896-912.

Alberti, B. 2016. Archaeologies of ontology. *Annual Review of Anthropology* 45: 163-179.

Alberti B. y T. Bray 2009. Animating archaeology: of subjects, objects, and alternative ontologies. *Cambridge Archaeological Journal* 19: 337-343.

Aldenderfer, M. 1993. Ritual, hierarchy, and change in foraging societies. *Journal of Anthropological Archaeology* 12: 1-40.

Alvarez, M. R. y D. Fiore 1993. La arqueología como ciencia social: apuntes para un enfoque teórico epistemológico. *Boletín de Antropología Americana* 27: 21-38.

Angelo, D. 2014. Assembling ritual, the burden of the everyday: an exercise in relational ontology in Quebrada de Humahuaca, Argentina. *World Archaeology* 46: 270-287.

Antczak, K. y M. Beaudry 2019. Assemblages of practice. A conceptual framework for exploring human–thing relations in archaeology. *Archaeological Dialogues* 26: 87-110.

Asad, T. 1993. *Genealogies of religion: discipline and reasons of power in Christianity and Islam*. Baltimore, John Hopkins University Press.

Augé, C. 2022. *Field manual for the archaeology of ritual, religion, and magic*. New York, Bergham.

Barrowclough, D. y C. Malone (eds.) 2007. *Cult in context. Reconsidering ritual in archaeology.* Oxford, Oxbow Books.

Bell, C. M. 1992. *Ritual theory, ritual practice.* Oxford, Oxford University Press.

Bell, C. M. 1997. *Ritual: perspectives and dimensions*. Oxford, Oxford University Press.

Berggren, Å. y L. N. Stutz 2010. From spectator to critic and participant: a new role for archaeology in ritual studies. *Journal of Social Archaeology* 10: 171-197.

Bernbeck, R. y McGuire, R. H. (eds.) 2011. *Ideologies in archaeology*. Tucson, University of Arizona Press.
Bielo, J. 2015. *Anthropology of religion: the basics*. London, Routledge.
Bradley, R. 2005. *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*. London, Routledge.
Bräunlein, P. J. 2016. Thinking religion through things: reflections on the material turn in the scientific study of religion\s. *Method & Theory in the Study of Religion* 28(4-5): 365-399.
Brück, J. 1999. Ritual and rationality: some problems of interpretation in European archaeology. *European Journal of Archaeology* 2: 313-344.
Bull, M. y J. P. Mitchell (eds.) 2020. *Ritual, performance and the senses*. London, Routledge.
Chapman, J. 2000. *Fragmentation in archaeology. People, places and broken objects in the prehistory of South Eastern Europe*. London, Routledge.
Connerton, P. 1989. *How societies remember*. Cambridge, Cambridge University Press.
Davis-Floyd, R. y C. Laughlin 2022. *Ritual: what is it, how it works, and why*. New York, Berghahn Books.
DeMarrais, E. 2014. Introduction: the archaeology of performance. *World Archaeology* 46: 155-163.
Descola, P. 2013. *Beyond nature and culture.* Chicago, University of Chicago Press.
Drennan, R. 2010. Religion and social evolution in Formative Mesoamerica. En K. V. Flannery (ed.), *The early Mesoamerican village. Updated edition*: 345-368. London, Routledge.
Droogan, J. 2013. *Religion, material culture and archaeology*. London, Bloomsbury Publishing.
Durkheim, É. [1912]1982. *Las formas elementales de la vida religiosa: el sistema totémico en Australia*. Madrid, Akal.
Earle, T. 1997. *How chiefs come to power: the political economy in prehistory*. Redwood City, CA, Stanford University Press.
Eliade, M. 1959. *The sacred and the profane: the nature of religion*. Boston, Houghton Mifflin Harcourt.
Eliade, M. 1969. *The quest. History and meaning in religion*. Chicago, University of Chicago Press.
Fiore, D. 2020. The art of making images: technological affordance, design variability and labour organization in the production of engraved artefacts and body paintings in Tierra del Fuego (southern South America). *Journal of Archaeological Method and Theory* 27(3): 481-510.
Fogelin, L. 2007. The archaeology of religious ritual. *Annual Review of Anthropology* 36: 55-71.
Fogelin, L. (ed.) 2008. *Religion, archaeology, and the material world*. Carbondale, Southern Illinois University.
Fowler, C. 2013. *The emergent past. A relational realist archaeology of Early Bronze Age mortuary practices*. Oxford, Oxford University Press.
Fowles, S. 2013. *An archaeology of doings*. Santa Fe, School for Advanced Research Press.
Gareis, I. 2007. Extirpación de idolatrías e identidad cultural en las sociedades andinas del Perú virreinal (siglo XVII). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (en línea). https://doi.org/10.4000/nuevomundo.3346
Garrow, D 2012. Odd deposits and average practice. A critical history of the concept of structured deposition. *Archaeological Dialogues* 19: 85-115.
Geertz, C. 1973. *The interpretation of cultures*. New York, Basic Books.
Godelier, M. 1975. Toward a Marxist anthropology of religion. *Dialectical Anthropology* 1: 81-85.
Gordillo, I. 2004. Arquitectos del rito. La construcción del espacio público en La Rinconada, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXIX: 111-136.
Gordillo, I. 2009. *El sitio ceremonial de La Rinconada: organización socioespacial y religión en Ambato, (Catamarca, Argentina).* BAR, International Series 7, Oxford.
Gordillo, I. y B. Vindrola-Padrós 2020. Sin retorno. Sujetos/objetos partidos. *Revista Chilena de Antropología* 42: 260-289.
Haber A. F. 2009. Animism, relatedness, life: post-Western perspectives. *Cambridge Archaeological Journal* 19: 418–430.
Hamilakis, Y. y A. Jones 2017. Archaeology and assemblage. *Cambridge Archaeological Journal* 27: 77–84.
Harris, O. 2018. More than representation: multiscalar assemblages and the Deleuzian challenge to archaeology. *History of the Human Sciences* 31: 83–104.
Harris, O. 2021. *Assembling past worlds. Materials, bodies, and architecture in Neolithic Britain*. London, Routledge.
Hawkes, C. 1954. Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World. *American Anthropologist* 56: 155–168.

Hayden, B. 2003. *Shamans, sorcerers, and saints: a prehistory of religion*. Washington, D.C., Smithsonian Books.
Hazard, S. 2013. The material turn in the study of religion. *Religion and Society* 4: 58-78.
Henrich, J. 2009. The evolution of costly displays, cooperation and religion: credibility enhancing displays and their implications for cultural evolution. *Evolution and Human Behavior* 30: 244-260.
Hicks, D. 2010. The material-cultural turn: event and effect. En D. Hicks y M. C. Beaudry (eds.), *The Oxford handbook of material culture studies*: 25-98. Oxford, Oxford University Press.
Hodder, I. 2012. *Entangled: an archaeology of the relationships between humans and things*. Malden, Wylie-Blackwell.
Hollenback, K. L. 2010. Ritual and religion. En M. B. Schiffer (ed.), *Behavioral archaeology: principles and practice*: 156-163. London, Routledge.
Horton, R. 1960. A definition of religion, and its uses. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 90: 201-226.
Humphrey, C. y J. Laidlaw 2007. Sacrifice and ritualization. En E. Kyriakidis (ed.), *The archaeology of ritual*: 255-276. Los Angeles, Cotsen Institute of Archaeology, University of California.
Inomata, T. y L. S. Coben (eds.) 2006. *Archaeology of performance: theaters of power, community, and politics*. Lanham, Altamira Press.
Insoll, T. 2004. *Archaeology, ritual, religion*. London, Routledge.
Insoll, T. (ed.) 2011. *The Oxford handbook of the archaeology of ritual and religion*. Oxford, Oxford University Press.
Johnson, L. M. y R. Joyce (eds.) 2022. *Materializing ritual practices*. Boulder, University Press of Colorado.
Jones, A. M., B. Alberti, C. Fowler y G. Lucas 2016. Archaeology after interpretation. En B. Alberti, A. Jones y J. Pollard (eds.), *Archaeology after interpretation. Returning materials to archaeological theory*: 15-35. New York, Routledge.
Keane, W. 2008a. The evidence of the senses and the materiality of religion. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 14: 110-127.
Keane, W. 2008b. On the materiality of religion. *Material Religion* 4: 230-231.
Keane, W. 2018. On semiotic ideology. *Signs and Society* 6: 64-87.
Kertzer, D. I. 1988. *Ritual, politics, and power*. New Haven, Yale University Press.
Kopytoff, I. 1986. The cultural biography of things: commoditization as process. En A. Appadurai (ed.), *The social life of things: commodities in cultural perspective*: 70-73. Cambridge, Cambridge University Press.
Kyriakidis, E. (ed.) 2007. *The archaeology of ritual*. Los Angeles, Cotsen Institute of Archaeology, University of California.
Latour, B. 2007. *Nunca fuimos modernos: ensayos de antropología simétrica*. Buenos Aires, Siglo XXI.
Livarda, A., S. Riera Mora y R. Madgwick 2017. *The bioarchaeology of ritual and religion*. Oxford, Oxbow Books.
López, G., F. Coloca, J. Orsi, S. Araya, S. Seguí, M. Rosenbusch y P. Solá 2020. Ocupación incaica en Cueva Inca Viejo y Abra de Minas, Puna de Salta, Argentina: minería de turquesa y prácticas rituales. *Estudios Atacameños* 66: 49-82.
López, G., F. Coloca y S. Seguí 2025. Andean sacred mountains during the expansion of the Inca Empire: an archaeological view from northwestern Argentina. *Antiquity* 99(406): 1114-1128.
Lucas, G. 2012. *Understanding the Archaeological Record*. Cambridge, Cambridge University Press.
Masuzawa, T. 2012. *The invention of world religions*. Chicago, University of Chicago Press.
Meyer, B., D. Morgan, C. Paine y S. Plate 2010. The origin and mission of Material Religion. *Religion* 40: 207-211.
Mills, B. 2008. Remembering while forgetting: depositional practices and social memory at Chaco. En B. Mills y W. Walker (eds.), *Memory* work: *archaeologies of material practices:* 81-108. Santa Fe, School of American Research Press.
Mithen, S. 2009. The religious mind. En N. Spurway (ed.), *Theology, evolution and the mind*: 10-30. Newcastle, Cambridge Scholars Publishing.
Nielsen, A. E. 2025. Dossier: arqueologías del rito. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 58.
Nielsen, A. E., C. I. Angiorama y F. Ávila 2017. Ritual as interaction with non-humans: Pre-Hispanic mountain-pass shrines in the Southern Andes. En S. Rosenfeld y S. Bautista (eds.), *Rituals of the past. Prehispanic and colonial case studies in Andean archaeology*: 241-266. Boulder, University Press of Colorado.
Nielsen, A. y W. Walker 1999. Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu: el caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina). En A. Zarankin y F. Acuto (eds.), *Sed non satiata: teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*: 153-169. Buenos Aires, Ediciones del Tridente.

Olsen, B. 2010. *In defence of things: archaeology and the ontology of objects.* Lanham, AltaMira Press.
Otto, R. [1917]1950. *The idea of the holy*. Segunda edición. London, Oxford University Press.
Pauketat, T. R. 2013. *An archaeology of the cosmos: rethinking agency and religion in ancient America*. New York, Routledge.
Peterson, R. 2013. Social memory and ritual performance. *Journal of Social Archaeology* 13: 266-283.
Preucel, R. 2006. *Archaeological semiotics.* Malden, Blackwell.
Raja, R. y J. Rüpke (eds.) 2015. *A companion to the archaeology of religion in the ancient world*. Malden, John Wiley & Sons.
Rappaport, R. A. 1971. Ritual, sanctity, and cybernetics. *American Anthropologist* 73: 59-76**.**
Rappaport, R. A. 1999. *Ritual and religion in the making of humanity*. Cambridge, Cambridge University Press.
Richards, C. y J. Thomas 1984. Ritual activity and structured deposition in Later Neolithic Wessex. En R. Bradley y J. Gardiner (eds.), *Neolithic studies. A review of some current research*: 189–218. Oxford, British Archaeological Reports.
Richerson, P. y R. Boyd 2001. Institutional evolution in the Holocene: the rise of complex societies. *Proceedings-British Academy* 110: 197-234.
Rosenfeld, S. y S. Bautista (eds.) 2017. *Rituals of the past: prehispanic and colonial case studies in Andean archaeology*. Boulder, University Press of Colorado.
Rowan, Y. M. 2012. Beyond belief: the archaeology of religion and ritual. *Archaeological Papers* 21: 1-10. Washington, D.C., American Anthropological Association.
Seguí, S. 2025. Uso de recursos faunísticos en las ocupaciones tardío/incaicas de la cuenca de Ratones (Puna de Salta): Investigaciones arqueológicas a partir de distintas líneas de evidencia. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Solari, A. e I. Gordillo 2017. ¿Práctica real o imaginaria? El sacrificio humano en las sociedades Aguada del Periodo de Integración Regional (ca. 600-1200 d. C.) en el Noroeste argentino. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 46(2): 352-376.
Stanish, C. 2017. *The evolution of human co-operation*. Cambridge, Cambridge University Press.
Steadman, S. R. 2023. *The archaeology of religion: cultures and their beliefs in worldwide context*. New York, Routledge.
Swenson, E. 2015. The archaeology of ritual. *Annual Review of Anthropology* 44: 329-345.
Swenson, E. 2024. *Infrastructures of religion and power: archaeologies of landscape, ritual, and semiotics*. London, Routledge.
Swenson, E. y C. Cipolla 2021. Representation and materiality in archaeology: a semiotic reconciliation. *World Archaeology* 52: 313–329.
Turner, V. 1969. *The ritual process: structure and anti-structure.* Chicago, Aldine.
Tylor, E. B. [1871]2010. *Primitive culture: researches into the development of mythology, philosophy, religion, art, and custom*. Cambridge, Cambridge University Press.
Vásquez, M. 2010. *More than belief: a materialist theory of religion*. New York, Oxford University Press.
Vega Centeno, R. 2006. El estudio arqueológico del ritual. *Investigaciones Sociales* 10(16): 171-192.
Verhoeven, M. 2011. The many dimensions of ritual. En T. Insoll (ed.), *The Oxford handbook of the archaeology of ritual and religion*: 115-132. Oxford, Oxford University Press.
Villanueva, J. 2025. Vasos con piernas, vasos con rostros: el keru Tiwanaku como sujeto ritual. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 58: 19-50.
Walker, W. H. 1995. Ceremonial trash. En J. Skibo, W. Walker y A. Nielsen (eds.), *Expanding archaeology*: 67-79. Salt Lake City, University of Utah Press.
Walker, W. H. 2002. Stratigraphy and practical reason. *American Anthropologist* 104: 159-177.
Walker, W. H. 2009. Warfare and the practice of supernatural agents. En A. Nielsen y W. Walker (eds.), *Warfare in cultural context: practice, agency, and the archaeology of violence*: 109-136. Tucson, University of Arizona Press.
Whitehouse, H. 2023. Rethinking ritual: how rituals made our world and how they could save it. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 30: 115-132.
Whitley, D. y K. Hays-Gilpin (eds.) 2008. *Belief in the past: theoretical approaches to the archaeology of religion*. Walnut Creek, Left Coast Press.

# ARQUEOLOGÍA DE ESTADOS E IMPERIOS: REFLEXIONES SOBRE TRES ESTADOS SUDAMERICANOS

**Verónica I. Williams**[1] **y María Paula Villegas**[2]

[1] Instituto de las Culturas (IDECU, Universidad de Buenos Aires - CONICET) | veronicaw33@gmail.com
[2] Instituto de las Culturas (IDECU, Universidad de Buenos Aires - CONICET) | paulavil78@yahoo.com.ar

**RESUMEN:** En este capítulo se comentan algunos modelos generales sobre el surgimiento y expansión de estados precolombinos ejemplificados mediante tres casos icónicos sudamericanos. Se discuten aspectos de las investigaciones en los estados e imperios andinos de Tiwanaku, Wari e Inka, haciendo énfasis en los abordajes conceptuales y metodológicos, considerando variables como vialidad, arquitectura, manufactura de objetos y la realización de ceremonias como forma de legitimar su conquista y expansión. El estudio de estos tres ejemplos nos permite plantear aspectos diferentes de la formación y desarrollo de los estados en los Andes.

**ABSTRACT:** This chapter discusses some general models of the emergence and expansion of pre-Columbian states, illustrated by three iconic South American examples. It discusses aspects of research into the Andean states and empires of Tiwanaku, Wari, and the Inka, emphasizing conceptual and methodological approaches whilst considering variables such as road networks, architecture, artifact production and the performance of ceremonies as a means of legitimizing their conquest and expansion. The study of these three examples allows us to explore different aspects of the formation and development of the states in the Andes.

## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS CONCEPTOS DE ESTADO E IMPERIO

Una de las discusiones vigentes en la antropología, la arqueología y la historia es la pertinencia y validez del uso del concepto de estado para las sociedades antiguas (Adams 1966; Campagno 2003, 2015; Smith 2003; Stanish 2013; Kosiba 2023).

Para Campagno, la existencia del Estado puede reconocerse principalmente a partir de tres grandes capacidades de hacer: capacidad de coerción (uso sistemático de la violencia), capacidad de creación (tributos y grandes proyectos arquitectónicos) y capacidad de intervención (intervenir en la vida de las comunidades, controlar recursos, establecer rituales, etc.) (Campagno 2015:21).

Si bien hay posturas críticas de la aplicación del concepto de estado para sociedades antiguas al señalar que el Estado es "un objeto de estudio completamente nebuloso, sin un referente claro" (Smith 2003:95) y que "puede estar refiriéndose en la práctica a situaciones totalmente diferentes" (Campagno 2015:21-22), otras posturas sostienen que el concepto de estado aún puede ser decisivo para comprender un amplio conjunto de situaciones históricas adarelativas al mundo antiguo (Campagno 2015:23). Según este autor hay dos parámetros no excluyentes relacionados con el surgimiento del Estado: consenso y violencia. Para unos, la gente acepta voluntariamente la existencia del Estado; para otros, es obligada a aceptarlo por la fuerza (Campagno 2003).

Los modelos evolutivos definen los orígenes de las sociedades estatales por el cambio, desde organizaciones sociales basadas en el parentesco hacia sistemas de control y de toma de decisiones jerarquizados y centralizados (Adams 1966:80). Los estados, especialmente los territoriales expansivos o imperios, son generalmente asumidos como formas de gobierno altamente centralizadas. Precisamente Tiwanaku, uno de nuestros ejemplos, parece ser uno de los pocos estados que no encajan en estas generalizaciones, ya que mientras que algunos aspectos son característicos del estado, un número de rasgos indicaría que una parte del poder político y económico permaneció en las manos de grupos corporativos como los actuales ayllus de las tierras altas andinas (Stanish 2013; Kosiba 2023).

Si bien todos los imperios son estados, no todos los estados alcanzan la categoría de imperios: los primeros son expansionistas, mientras que los segundos pueden no serlo. Tanto éstos como los imperios, comparten la premisa de mantener su cohesión político-territorial y las asimetrías sociales internas a pesar de la diversidad y la resistencia activa de los pueblos conquistados. Tradicionalmente el estudio de los imperios antiguos se ha beneficiado con el modelo de sistema-mundo, enfatizando la dominancia del centro imperial en las relaciones económicas y sociopolíticas asimétricas establecidas con sus

periferias (Wallerstein 1976). En estas últimas, las sociedades nativas habrían funcionado como catalizadores importantes de la expansión imperial.

Los denominados "imperios arcaicos" de los cuales el Tawantinsuyu constituye el ejemplo más destacado en la América precolombina, son estados expansivos que someten a una multitud de grupos locales social y culturalmente diversos (D'Altroy 1992:9-24). Goldstein (2007), quien investiga el Horizonte Medio (*ca*. 500-1000 d.C.) en el valle de Moquegua al sur del Perú, destaca que dado el crecimiento de la arqueología a la par del imperialismo no es sorprendente que muchas de las interpretaciones de la expansión de los estados arcaicos tomen una perspectiva globalista, focalizando en las estrategias de poder del centro imperial como si fuera un actor político único y unificado. Estas perspectivas asumen que los imperios antiguos incorporaron las periferias a través de sistemas de clientela y gobierno indirecto o de la administración estatal impuesta luego de la conquista militar para maximizar la explotación de las regiones conquistadas.

En la literatura arqueológica existen diversas posturas sobre el desarrollo de los imperios. Algunas de estas consideran imperialismo y colonialismo como términos no excluyentes, siendo aspectos que pueden presentarse juntos (Browman 1978; Cohen 1978; McAndrews *et al*. 1997). Otros hacen una distinción entre los términos, considerando que "los esfuerzos imperialistas involucran la ocupación de tierras, principalmente para extraer recursos y sostener el núcleo del imperio, mientras que el colonialismo implica una relación más compleja entre invasores extranjeros y súbditos locales" (Acuto y Leibowicz 2023:282). Bajo esta postura, el imperialismo no se involucra totalmente en aspectos locales, el colonialismo emplea estrategias tales como instalación de infraestructura administrativa, reorganización y reorientación de la economía local, cooptación de la mano de obra nativa, intervención en la redistribución de recursos y desarrollo de políticas enfocadas en la transformación cultural de los subordinados, o al menos de ciertos estratos claves dentro de la sociedad local (Acuto y Leibowicz 2023).

A continuación presentamos tres casos de la arqueología sudamericana, Tiwanaku, Wari y el Tawantinsuyu, para analizar los avances en las investigaciones arqueológicas y cómo han sido abordados conceptual y metodológicamente.

## TIWANAKU

Varios autores consideran que Tiwanaku representa una de las grandes civilizaciones del mundo antiguo, comparable en tamaño, complejidad y sofisticación con las del Cercano Oriente, el Mediterráneo y Asia (Stanish 2013).

Aunque algunos han dudado en clasificarla como una sociedad estatal, los datos arque-

ológicos demuestran *per se* que Tiwanaku fue una entidad política compleja, reconocida como un estado de primera generación con una élite dominante, cuyo centro hegemónico se ubica a 3.865 msnm y a unos 20 km al sur del lago Titicaca, localización estratégica que le permitió el acceso a recursos costeros y lacustres durante milenios (figura 1A).

El origen de Tiwanaku no se visualiza como la imposición de un poder centralizado único, sino como una confederación consensuada de grupos autónomos que compartían una cosmología y una soberanía ritual común (Goldstein 2007). No obstante, a diferencia de otros estados antiguos, Tiwanaku representa un modelo donde la autoridad central coexistió con la autonomía persistente de grupos corporativos, similares a los actuales ayllus de las tierras altas andinas.

Hay un sinfín de modelos consensuales (Campagno 2003) para explicar el surgimiento de Tiwanaku referidos a sistemas económicos (producción, intercambios) o ideológicos (Browman 1978; Kolata 1993; Albarracín Jordán 1996, entre otros).

Kolata propone que la integración de recursos ganaderos (llamas y alpacas), agrícolas (papa, quinua), de caza, pesca y recolección por parte de las comunidades aldeanas de la cuenca del lago Titicaca, habría generado las condiciones básicas para la aparición del Estado hacia finales del primer milenio a.C. Bajo este modelo, los factores relacionados con la violencia son casi inexistentes o muy reducidos. Sin embargo, el traslado de parte de una estela de piedra emplazada en Arapa (norte del lago Titicaca) para ser relocalizada en el templete semisubterráneo de Tiwanaku habría sido un acto político e ideológicamente violento (Kolata 1993:248-249). Asimismo, las cabezas de piedra ubicadas en las paredes del templete semisubterráneo de Tiwanaku, con diferencias estilísticas, podrían constituir *wak´as* extraídas de las sociedades conquistadas y reutilizadas en la capital estatal para exhibir la supremacía sobre sus vecinos (Kolata 1993:141-143, 249) (figura 1B). Más allá de estos ejemplos, no hay evidencia iconográfica, arqueológica o bioarqueológica de que Tiwanaku se haya expandido a través de la conquista violenta.

A diferencia de la conquista Inka, Tiwanaku no construyó una infraestructura militar para el control coercitivo posterior a la consolidación. Si las élites de Tiwanaku ejercieron el poder militar, lo hicieron de una manera marcadamente sutil a través de la hegemonía ideológica más que a través de la conquista física. Tiwanaku fue un estado que mantuvo un centro y una serie de colonias en pisos altitudinales diferentes a la del altiplano como Moquegua en Perú, el valle de Azapa en Chile y Cochabamba en Bolivia, aunque esta última podría haber contado con cierta autonomía. Además participó de relaciones comerciales de larga distancia o de intercambio posiblemente con los grupos de élite (clientelaje), como en San Pedro de Atacama (Berenguer 1998; Stanish 2013).

En su condición de lugar de encuentro ritual, se registraron cambios constructivos de los monumentos y estructuras ceremoniales en Tiwanaku desde el periodo Formativo Tardío

(200 a.C. - 500 d.C.) hasta el Horizonte Medio Temprano (500 - 800 d.C.). El ascenso de Tiwanaku durante el Horizonte Medio se debió, en gran parte, a su transformación de centro político-ritual local en uno de carácter ceremonial urbano y panregional, reflejándose en nuevos lugares de encuentro y nuevos tipos de personajes rituales (Janusek 2005). Tiwanaku estuvo en constante construcción y los momentos de edificación habrían coincidido con los tiempos en que la identidad y los propósitos tiwanaku cobraban vida. Algunos sitios, como Khonkho Wankane, decrecían en importancia regional, mientras que otros, como Lukurmata (valle de Katari) e Iruhito (río Desaguadero) fueron ampliados y renovados hasta convertirse en centros regionales y político-ceremoniales locales (Janusek 2005:165). La ausencia de entierros en Tiwanaku comparables a las tumbas reales de moche, chimú y otros estados andinos, o de caminos imperiales como los inkas, corresponde a una tradición cultural propia de las tierras altas y no a una falta de complejidad política.

Pero Tiwanaku no es simplemente un sitio arqueológico, un centro religioso, económico y un lugar de peregrinaje, sino un recurso simbólico de inmenso poder político y social que ha sido reinterpretado continuamente a lo largo de medio milenio. Desde el Imperio Inka hasta la presidencia de Evo Morales, cada potencia dominante ha "reconstruido" el significado de las ruinas para legitimar su autoridad, sumado al carácter fundacional de Tiwanaku en los mitos de génesis del mundo andino (Sarmiento de Gamboa [1572]1942). En cuanto a su caracterización como destino de peregrinaje, Tiwanaku fue indiscutiblemente un centro ceremonial, aunque no debe definirse únicamente por esa función. Stanish (2013) sostiene que, si bien la ciudad atraía a personas de todos los Andes centro-sur para estancias cortas o semipermanentes, este rol de peregrinaje era solo una parte de una entidad urbana compleja, funcionando también como centro político, potencia económica y lugar de residencia para clases de élite y trabajadores. Hay evidencias en Tiwanaku de contextos de especialización artesanal, con el establecimiento de talleres artesanales en sus provincias, reforzando su estatus como un estado centralizado que seguía normas de construcción estatal andina. La ciudad albergaba a expertos en arquitectura, cerámica, metalurgia y textiles de una sofisticación sin precedentes (figuras 1C y 1D). De acuerdo con Goldstein (2007), los puntos clave sobre el origen y naturaleza de Tiwanaku fueron una soberanía ritual sobre la política, ausencia de un estado guerrero, identidad corporativa y pluralismo.

Janusek también considera a Tiwanaku como una ciudad cosmopolita, una *marka*, compuesta por varios grupos diferenciados en status, actividad e identidad, donde las élites patrocinaban fiestas que coexistían con las fiestas comunitarias. En la fase de formación y consolidación del estado aparecen nuevas formas cerámicas que fueron fundamentales en expresar estatus social e identidad de grupo, incrementándose aquellas vinculadas a servir alimentos y keros dedicados al consumo ritual de bebidas alcohólicas. Estas formas, asociadas a un uso festivo, aparecen tanto en complejos monumentales y centros de élite como

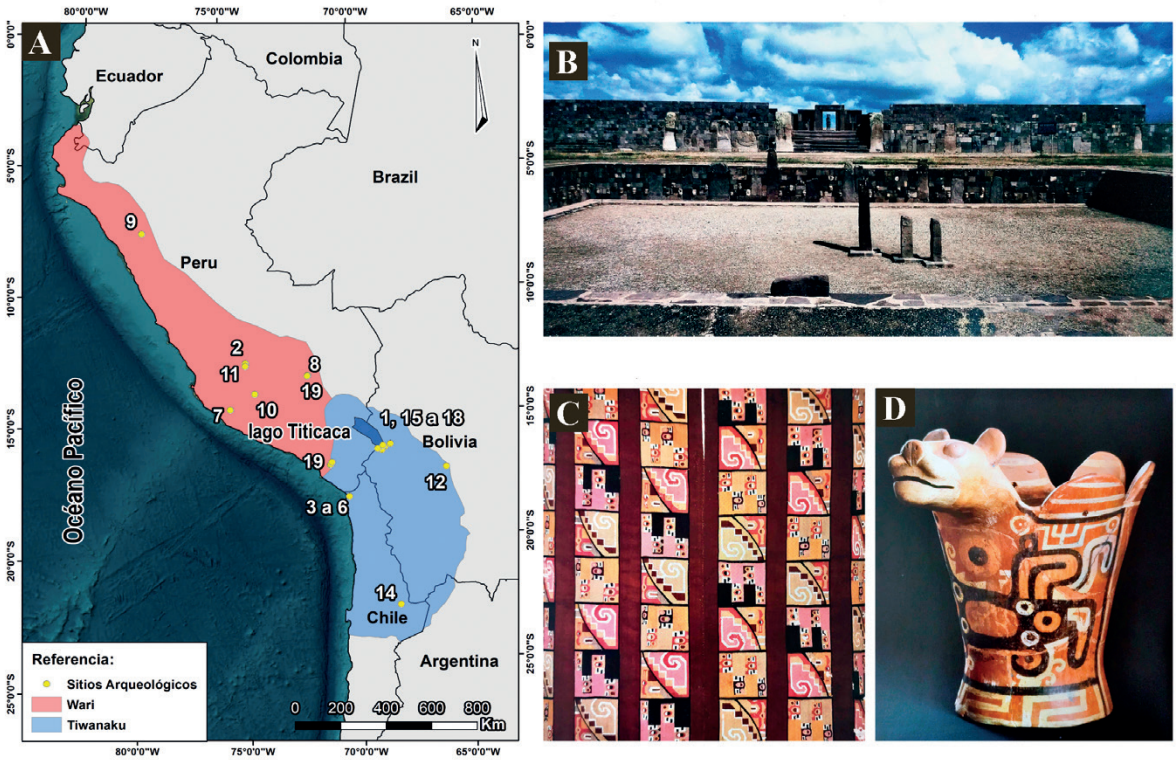
dentro de los patios locales y residenciales (Janusek 2004) hallándose también en sitios y asentamientos locales a lo largo de todas las áreas bajo la influencia directa de Tiwanaku y hasta en el sitio Batan Urqo en Cuzco, posiblemente producto de intercambios (Stanish *et al.* 2007).

Desde el inicio del siglo XX se han propuesto varios modelos para explicar la difusión del estilo Tiwanaku en los Andes centro-sur. Aunque la amplia extensión de la cultura material Tiwanaku fue observada en el siglo posterior a la primera consideración de Uhle (1903) de un imperio "tiwanacoide", la investigación arqueológica era escasa y la mayoría de las interpretaciones se basaron en estudios de artefactos e iconografía. En los últimos 30 años la arqueología ha comenzado a evaluar modelos de interacción planteados a partir de datos recolectados por metodologías rigurosas y análisis específicos en las periferias de Tiwanaku y no centrados únicamente en su capital. Investigaciones en los espacios domésticos y la excavación de poblados, casas y basureros han brindado información sobre la vida cotidiana y la organización social y de sus cambios o permanencias bajo la influencia de Tiwanaku (Berenguer 1998; Sutter 2006; Goldstein 2007; Stanish *et al.* 2007; Korpisaari y Chacama 2015).

Dado que muchos objetos de estilo Tiwanaku hallados en las regiones periféricas fueron depositados como ofrendas en entierros, la emergencia de una arqueología funeraria permitió ampliar el espectro de preguntas vinculadas a la relación entre un centro ceremonial y las periferias. A través del análisis integrado de contextos completos más que de objetos aislados, la arqueología funeraria hace posible asociar unos objetos con otros, y éstos con estructuras de tumbas, prácticas mortuorias, así como generar datos sobre género, edad y salud y movimientos demográficos (Rothammer y Santoro 2001; Williams 2001; Sutter 2006; Tung 2008).

No hay duda de que un "Estado Tiwanaku" dirigió la economía política de Tiwanaku, movilizó el trabajo y creó suficientes recursos para financiar proyectos de construcción y el estilo de vida de las élites centrales. No obstante, como lo nota Stanish (2001:190), algo está faltando para ser considerado un estado. Tiwanaku (si podemos aceptar el término cultura como un actor unitario), fue selectivo en su comportamiento de estado y no se desarrollaron completamente las instituciones tributarias centralizadas permanentes, rasgo compartido por la mayoría de los estados arcaicos (Goldstein 2007:4). Esta autoridad central coexistió con la autonomía persistente de grupos corporativos, que Southall (1974:156) definió como un estado descentralizado, segmentario y pluralista, donde la identidad cultural se mantuvo mediante una segregación deliberada frente a otras poblaciones contemporáneas como los wari o huaracane.

En la misma sintonía, pero con variantes, Goldstein (2007) se pregunta: ¿qué clase de estado fue Tiwanaku? Si bien ciertamente alcanzó un nivel de escala y complejidad que




■ **Figura 1.** A. Mapa con la extensión de Tiwanaku-Wari y lugares mencionados en el texto (cartografía propia tomando información de Cont 2021:276). Referencias: 1. Tiwanaku, 2. Wari, 3. Omo, 4. Chen Chen, 5. Cerro Baúl, 6. Cerro Mejía, 7. Huacal de Loro, 8. Piquillajta, 9. Viracochapampa, 10. Jincamocco, 11. Conchopata, 12. Valle de Cochabamba, 13. Valle de Azapa, 14. San Pedro de Atacama, 15. Khonko Wankane, 16. Valle de Katari, 17. Iruhito, 18. Lukurmata, 19- Batán Urqo; B. vista del templete semisubterráneo con cabezas clavas y monolitos (tomado de Young-Sánchez 2005:31, fig. 2.6); C. textil wari (tomado de Young-Sánchez 2005:69, fig. 2.54); D. incensario tiwanaku (tomado de Young-Sánchez 2005:84, fig. 3.16)."

usualmente asociamos con un estado poderoso, este autor propone que una diáspora de colonos de Tiwanaku creó una red de nuevos pueblos y centros ceremoniales en regiones distantes como el sur de Perú, norte de Chile y este de Bolivia, es decir, hacia las periferias, y que su influencia no fue producto de conquistas militares, sino de una diáspora migratoria y hegemonía ideológica como el caso del valle de Moquegua.

## WARI

Durante el Intermedio Temprano (200 a.C.-600 d.C.), mientras en Tiwanaku y la costa norte se construyeron centros ceremoniales monumentales, Ayacucho, en la sierra, cuna

de Wari, adoptó una dirección organizativa distinta. Entre el 700 y el 900 d.C. Wari alcanzó una extensión de 1500 km entre su frontera Norte y Sur tanto en la costa como en la sierra (Rosenfeld *et al.* 2021), a partir de una infraestructura que incluyó centros administrativos y poblados a lo largo del camino, priorizando establecer centros donde antes no existían. La ciudad de Wari contenía una arquitectura distintiva, incluyendo grandes recintos rectilíneos ortogonales con patios centrales, templos en forma de D, calles y tumbas elaboradas. Los sitios wari provinciales son semejantes en su planificación (Viracochapampa en Huamachuco; Pikillajta, cerca del Cuzco y Jincamocco en el sur de Ayacucho) y parecen haber sido un destino poco probable para peregrinos, especialmente por la ausencia de plazas y la proliferación de recintos amurallados. Las élites políticas y económicas residentes en Wari ejercieron un control efectivo sobre territorios bien acotados. Hay evidencia arqueológica sólida de que la sierra norte y sur tuvieron asentamientos que controlaban zonas productivas, fuerza de trabajo y rutas de intercambio, como en Huamachuco y la zona sur del Cusco y en la costa norte en el sitio de El Castillo de Huarmey. Cerro Baúl en el valle de Moquegua, el sitio de Espíritu Pampa en la ceja de selva y varios sitios del valle de Ayacucho serían ejemplos de un control directo por parte de la élite wari de ciertas áreas del territorio de los Andes centrales (Tantaleán 2023:215-216). Asimismo, la presencia de ocupaciones tempranas Wari en el valle de Nazca en la costa peruana estaría anticipando el control periférico de las áreas de recursos que caracterizarán luego a los estados (Schreiber 1984:89).

Wari se enfocó en el intercambio de bienes de prestigio, como objetos exóticos fáciles de transportar pero no de replicar, intercambiando principalmente objetos de metal y de obsidiana y probablemente también textiles. Esta práctica es típica de una estrategia que integra grandes áreas, como la desarrollada posteriormente por los Inkas. El intercambio de alimentos, como hizo Tiwanaku, no fue la meta del sistema vial interregional Wari ya que los productos eran adquiridos en un radio de 100 km alrededor de cada centro provincial, sin ser transportados interregionalmente. En términos generales de migración, Wari practicó una estrategia de "migración por flujo", mientras que Tiwanaku "saltó" amplias áreas para establecer sus colonias.

Wari es caracterizado como un imperio (Lumbreras 1974; Isbell y McEwan 1991; Williams e Isla 2002) pero a su vez también como una esfera de interacción interregional (Topic y Topic 2000; Jennings 2006). A partir del 600 d.C. se observa que algunos sitios Wari, como Conchopata en el valle de Ayacucho, adoptaron y reinterpretaron la simbología y convenciones estilísticas de Tiwanaku. La misma situación se habría registrado en Pariti (Titicaca), Cerro Baúl en Valle de Moquegua, Nazca (en la costa) y en otros sitios del valle de Ayacucho (Schreiber 2000; Williams e Isla 2002; Korpisaari y Pärssinen 2011). Otra propuesta es que Tiwanaku y Wari podrían haber funcionado como capitales duales y autónomas de un

mismo estado o sistema político-ideológico (a menudo descrito como un estado de "doble capital" o sistema compartido durante el Horizonte Medio) (Kolata 1993). Goldstein señala que Wari y Tiwanaku, a pesar de compartir un estilo artístico y un culto al Dios de los Báculos, fueron entidades políticas distintas, contribuyendo juntas al surgimiento del Horizonte Medio (Goldstein 2007).

Fernandini Parodi (2022) reflexiona que durante décadas la arqueología ha establecido una relación directa entre el Horizonte Medio y Wari, asumiendo que el hallazgo de unos fragmentos vinculados con iconografía o formas wari implicaba presencia directa e incluso conquista. Esta mirada estática sobre una sociedad que duró más de 400 años se ha ido resquebrajando de a poco conforme a las nuevas investigaciones que presentan un contexto complejo y dinámico, en el cual Wari coexistió con una serie de sociedades regionales. Actualmente, la preeminencia de Wari como un estado-imperio poderoso e influyente se mantiene, pero planteándose como una esfera de interacción interregional que para ser entendida requiere estudiar su relación con las distintas sociedades con las que se vinculó (Fernandini Parodi 2002:299-300).

## TAWANTINSUYU

El estado Inka o Tawantinsuyu fue el sistema político más grande y complejo de América, abarcando sociedades y territorios diversos desde Ecuador hasta el centro de Chile. La incorporación de territorios y poblaciones a la política estatal varió regionalmente y las estrategias empleadas debieron ajustarse a las condiciones sociopolíticas y naturales de cada zona (Williams y Castellanos 2020).

En este acápite vamos a tratar de responder tres preguntas básicas: cómo surge el estado Inka, las razones por las que se produjo la expansión y cuándo ocurrió este proceso.

Durante el período Intermedio Tardío (1000-1438 d.C.) los Inkas fueron uno de los tantos grupos serranos que competían por poder y tierras en el sur del Perú. Más allá del relato construido a partir de datos históricos de una sociedad donde la guerra fue el componente principal para el surgimiento del estado durante el reinado de Viracocha Inka, otras estrategias como las alianzas matrimoniales y la herencia dividida contribuyeron a su expansión, anexando recursos naturales y territorios de otras poblaciones vecinas (Covey 2006, 2018).

Las investigaciones en el valle sagrado del Cuzco permiten ver que los asientos del poder político preexistente parecen haber recibido una consideración especial a lo largo de un proceso de consolidación regional. Muchos edificios administrativos inkas se levantaron dentro de centros políticos locales, como los casos de Pukara Pantillijlla (Covey 2006),

Chokepukio en el valle del Cuzco (McEwan 1990) y el complejo de Jaquijahuana (Kendall 1996), entre otros. Tales construcciones prefiguraban la mampostería finamente trabajada y los sistemas agrícolas escalonados que luego se convertirían en un ícono del poder imperial inka y ocurrieron más de un siglo antes de la construcción de las haciendas imperiales inkas como Machu Picchu y Ollantaytambo (figura 2B, 2C y 2D) (Kendall 1985), lo que sugiere que fue a través de la modificación de los lugares y el paisaje que los Inkas manifestaron por primera vez su orden social (Kosiba 2023:241-242).

En sus orígenes, la arqueología inka se basó más en relatos míticos y datos históricos que arqueológicos. Dichos relatos ofrecen una visión sorprendentemente uniforme de los dramáticos procesos de destrucción y subordinación a través de los cuales reunieron este extenso dominio. Según las crónicas, los Inkas habrían impuesto su autoridad absoluta a través de la afirmación violenta en toda la región de Cuzco (Cieza [1554]1971:31-33). De hecho, el mito del Imperio Inka presenta la violencia empleada en la incorporación como una necesidad para la integración estatal. La destrucción de otras personas y lugares (o, más precisamente, los lugares de otros) aparece como algo esencial en la narrativa que glorifica la destreza y el destino de los Inkas. Estas historias sobre el proceso de incorporación ostensiblemente violento revelan tanto como ocultan. Las investigaciones realizadas por Steve Kosiba en el poblado de Wat'a y su santuario preinka en las cercanías de Ollantaytambo demuestran las prácticas de trabajo a través de las cuales Wat'a fue "ceremonialmente muerta" y luego "resucitada", resultando en un proceso de conversión que fue crucial para la producción de la visión inka del orden social. Este autor señala que investigaciones recientes han comenzado a descubrir los drásticos procesos a través de los cuales los Inkas ensamblaron su naciente Estado cuzqueño, procesos que señalan la importancia del lugar y el espacio para la política inka (Kosiba 2023:233, 241).

A la pregunta ¿cómo se dio el proceso de formación del estado y la expansión?, podemos adelantar que los inkas gobernaban de acuerdo con las capacidades y circunstancias de las distintas poblaciones y no aplicaban políticas generales sobre el territorio. Los investigadores han argumentado que la fortaleza del gobierno imperial inka residía en su capacidad para organizar la variabilidad social y ambiental y así articular las agendas locales con los objetivos imperiales. La sostenida rápida expansión territorial del Imperio que surge de las crónicas del siglo XVI y su exitosa administración en las provincias dependió de una integración de élites intermedias o locales en un sistema imperial en evolución. Las relaciones de las mujeres de las élites y las alianzas matrimoniales sirvieron para extender el dominio estatal (al norte y oeste del Cuzco) dado que ellas tenían las posesiones de camélidos y los derechos de tributo de trabajo de sus propias comunidades locales. Así, la poliginia entre la élite inka dio lugar a un florecimiento de élites intermedias altamente competitivas y faccionistas.

En relación a la pregunta por qué se expandió el Tawantinsuyu, existen diferentes posturas. Una de ellas está vinculada a la seguridad (Covey 2006) debido a que en diferentes momentos de la historia del Tawantinsuyu, los Inkas se vieron amenazados por otros grupos, algunos de los cuales habían desarrollado un grado significativo de complejidad sociopolítica.

Otros proponen que los Inkas tuvieron un sistema de herencia dividida, lo que motivó e impulsó el crecimiento del Tawantinsuyu (Conrad y Demarest 1984). Luego de la muerte de un gobernante inka, uno de sus hijos era designado nuevo emperador o Sapa Inka, pero no heredaba las posesiones de su padre. El sistema hereditario dividido obligaba al nuevo emperador a fundar su propia *panaca* y adquirir nuevas tierras cultivables, recursos y súbditos.

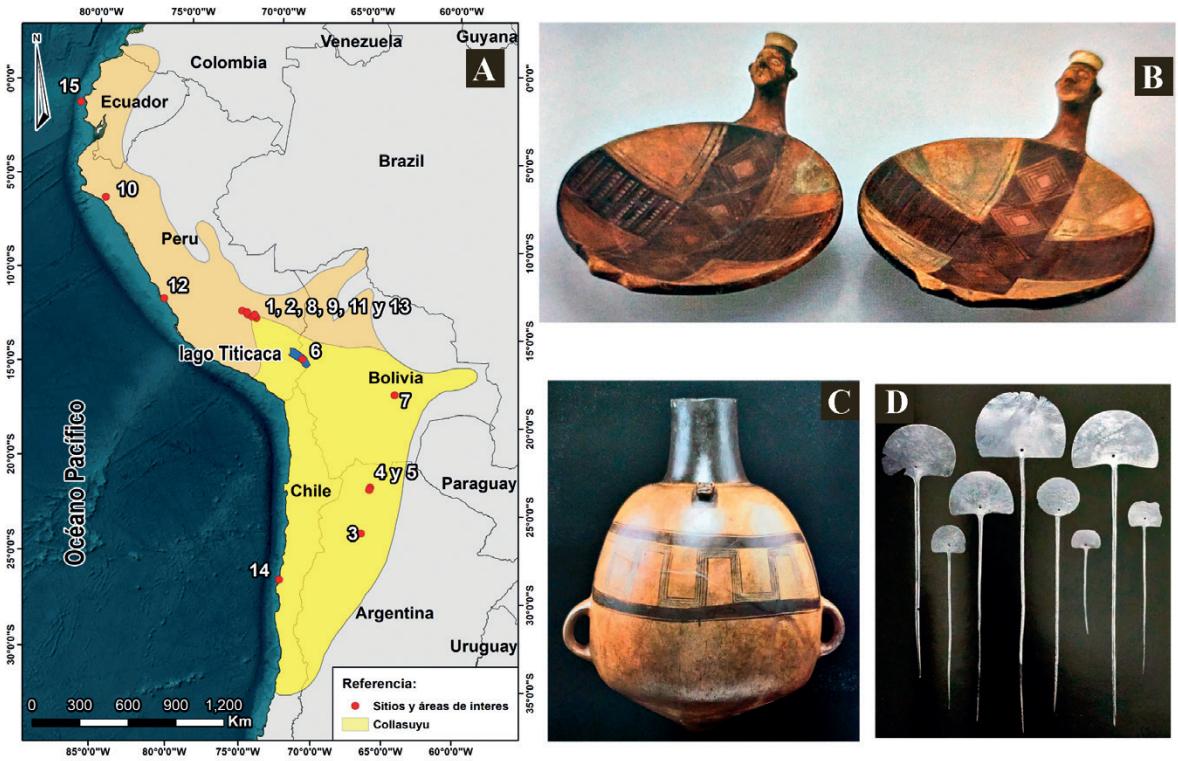
La última postura se relaciona con la idea de que fueron las entidades sagradas las que motivaron la expansión y dieron forma al colonialismo inka. Más específicamente, la búsqueda del Tawantinsuyu fue: (1) establecer una relación física directa con estas entidades sagradas; (2) apropiarse, transformar, mediar e inkaizar el culto de las *wak´as* e (3) incorporar todas las *wak'as* en una gran red bajo el control inka. El colonialismo inka orbitaba en torno a estos objetivos principales y toda estrategia colonial era subsidiaria de ellos (Acuto y Leibowicz 2018).

Los Inkas proclamaron y afirmaron su autoridad mediante el uso estratégico de una arquitectura diseñada para impedir que las poblaciones locales interactuasen directamente con sus propias *wak´as*, al menos cuando participaban de actividades auspiciadas por el Tawantinsuyu. Cada *wak´a* que los Inkas incorporaron a esta red fue conectada a través del *Qhapaq Ñan* (la red vial inka) y en estrecha relación con edificios rituales (especialmente amplias plazas bien delimitadas y plataformas ceremoniales o *ushnus*), una especie de marca registrada del colonialismo inka (Ferrari *et al.* 2025). Los Inkas unieron todas las *wak´as* mediante un ritual panandino conocido como *capacocha*, con una dimensión política donde entraban en juego los intereses de curacas locales (McEwan y van de Guchte 1992; Acuto y Leibowicz 2023:296) que podría haber sido una manera de crear tierras estatales.

Actualmente existe un amplio *corpus* de fechas radiocarbónicas para la presencia inka en el Collasuyu, el extremo sur del imperio. Los datos cronológicos invierten la secuencia en la narrativa de Pachacútec: tanto la influencia inka como las subsiguientes conquistas habrían comenzado primero al sur de Cuzco. Las fechas de radiocarbono y termoluminiscencia de Bolivia, del norte de Chile y del norte de Argentina fueron la base inicial para cuestionar la cronología de John Rowe (Pärssinen y Siiriainen 1997; Williams y D'Altroy 1999; Nielsen 2007). Desde entonces, los investigadores han producido un conjunto de datos que concuerdan con la presencia de la cultura material inka en áreas alejadas del Cuzco ya en el siglo XIV y en toda la región para el siglo XV. Publicaciones recientes ofrecen un conjunto de 26 dataciones radiocarbónicas de muestras de dientes humanos y huesos de tumbas de Ma-

chu Picchu y sus alrededores, presentando fechados más tempranos a los tradicionalmente considerados, teniendo implicancias no solo para este sitio emblemático sino también para el Imperio Inka en general (Ziołkowski *et al.* 2020; Burger *et al.* 2021; Lane y Marsh 2024).

Es importante tener en cuenta que estas fechas tempranas no indican el inicio de una administración imperial continua, sino que se aproximan a los primeros contactos con la cultura material inka. Las incursiones militares o diplomáticas probablemente se limitaron a lugares específicos, dejando amplias áreas circundantes sin visitar. Una vez que el Inka o sus capitanes abandonaron el área, la vida probablemente volvió a la normalidad con escaso o nulo contacto con los representantes del imperio y dado que los lazos eran personales, los lugares debían ser reconquistados continuamente (Pärssinen 1992:72). El reto de las futuras investigaciones será rastrear estas oleadas de interacción o conquista descartando el supuesto de que una vez que se registra cultura material inka la región es "anexada" con




■ **Figura 2.** A. Mapa del Tawantinsuyu y sitios y lugares mencionados en el texto (cartografía propia con información tomada de Lane 2022:80). Referencias: 1. Chokepukio, 2. Wat'a, 3. Valle Calchaquí, 4. Quebrada de Humahuaca, 5. Tilcara, 6. Isla del Sol, 7. Samaipata, 8. Cuzco, 9. Machu Picchu, 10. Isla de la Plata, 11. Túcume, 12. Ollantaytambo, 13. Pachacamac, 14. Pukara Pantillijlla, 15. Isla Guacolda, 16. Isla de la Plata; B. fotos de platos de Machu Picchu; C. aríbalo; D. topus de plata (fotos tomadas de Burger y Salazar 2004).

la instalación de un aparato administrativo (como recaudadores de impuestos y gobernadores regionales). Tampoco debemos esperar una tendencia simplista norte-sur de las fechas de radiocarbono, ya que los contactos y la cultura material inka podrían haber saltado entre regiones que necesitaban reincorporación periódica. Las dataciones de radiocarbono muestran la misma tendencia en muchas partes del Collasuyu, lo que fundamenta el creciente consenso de que los inkas realizaron campañas en la zona hasta dos siglos antes de la llegada de los españoles (Lane y Marsh 2024). El momento más temprano de la cronología inka aún no se ha datado, pero las evidencias sugieren un período Inka pre expansionista entre los años 1200 d.C. y principios del 1300 d.C. (Covey 2018:270, 272) y uno posterior de expansión territorial a partir de mediados del 1300 d.C. (Ogburn 2012; Marsh *et al*. 2021).

A partir de la obtención de fechados radiocarbónicos de sitios estatales de sectores del noroeste de Argentina como el valle Calchaquí, Quebrada de Humahuaca y valle de Uspallata en el Centro-Oeste de Argentina, sumado a los escasos datos históricos tempranos disponibles, planteamos la posibilidad de un período post-imperial largo. Situación que nos interpela y que a su vez nos permite salir de la rigidez de la cronología establecida (Rowe 1944) considerando cronologías más flexibles y locales (Rivolta *et al.* 2021; Lane *et al.* 2023).

Este abordaje a una etapa post imperial podría ser a partir de otorgarle agencia a lo indígena, tomando el tema del post-imperio inka como objeto de estudio desde la mirada local de cambio, resurgimiento y declive, más que desde una perspectiva inspirada por el paradigma hispano-indígena. Por ende, esta visión post imperial rescata el Collasuyu como la región donde el recuerdo del ideal inka permanece por más tiempo (entre 1350 y 1670 d.C.).

## CONCLUSIONES

Hasta aquí desarrollamos algunos puntos críticos y avances en las investigaciones de tres casos icónicos de la arqueología andina, como son Tiwanaku, Wari y el Tawantinsuyu.

En lo que respecta al ejercicio del poder y el uso de la fuerza para colonizar territorios, podemos observar diferencias entre los tres casos. En el caso de Tiwanaku, su distribución e influencia estuvo mayoritariamente organizada y articulada a través de movimientos colectivos de segmentos sociales autónomos (Goldstein 2007), presentando las colonias de Moquegua y Arica cierta autonomía, lo que nos permitiría plantear a Tiwanaku como un estado no expansivo. Muchos atributos de la infraestructura administrativa presentes en otros estados andinos prehispánicos están ausentes en Tiwanaku y hay poca evidencia

de que las instituciones de gobierno ejercieran un control directo sobre la producción de alimento o la extracción de tributo, no mostrando todos los rasgos de una política económica articulada desde el estado (Isbell 1997:314). Los caminos planeados centralmente, los depósitos de almacenamiento y los *chasquihuasi* que caracterizan la administración inka estaban subdesarrollados o ausentes en Tiwanaku, al igual que dispositivos administrativos tales como los *quipus*, no así para Wari (Goldstein 2007:3).

Los barrios urbanos de Tiwanaku sugieren que grupos similares a redes étnicas con fuertes identidades corporativas fueron las fuerzas a tener en cuenta dentro de su economía política. Algunas interpretaciones que sugieren autonomía agrícola de los pueblos de la región central de Tiwanaku (Albarracín Jordán 1996) han ganado popularidad como una alternativa a las reconstrucciones de una producción agraria altamente centralizada, dirigida por el estado (Kolata 1993). Un estado que patrocinó fiestas (que coexistían con las fiestas comunitarias) y cuyos restos fueron utilizados como relleno de las construcciones (Akapana, Putuni), convirtiendo este acto en parte del ritual de construcción del propio Tiwanaku (Janusek 2005; Marsh *et al.* 2023).

En suma, Tiwanaku fue un estado estructuralmente distinto al inka, la expansión fue selectiva: extensas áreas próximas al núcleo y entre provincias parecen no haber formado parte del sistema Tiwanaku (Janusek 2004; Stanish 2013), siendo su dominio heterogéneo y discontinuo (Stanish *et al.* 2007).

Durante el Horizonte Medio (A.D. 600 - 1000), Wari se expande por numerosas áreas de tierras altas, tierras bajas y costa. Fue el estado expansionista (imperio) más temprano de Sudamérica e implementó la construcción de centros urbanos regionales planificados conectados por caminos, indicando un control directo sobre las regiones seleccionadas. Pero también ha sido definido como una esfera de interacción interregional con una estrategia en la periferia del imperio de extracción de bienes de prestigio (Jennings y Craig 2001:482; Williams 2017). Se ha argumentado que existía un menor control estatal directo en la periferia y que muchos de los sitios Wari fuera del valle de Ayacucho fueron construidos y mantenidos por élites locales que emulaban los estilos Wari (Jennings 2006; Rosenfeld *et al*. 2021:2). Un factor clave en el crecimiento y mantenimiento de los estados es la formación de clases sociales diferenciadas que tienen acceso desigual a la riqueza y a los bienes de lujo. Recordemos que se ha argumentado que el desarrollo de una economía política para financiar las instituciones de gobierno es fundamental para el surgimiento de estados expansivos (D'Altroy y Earle 1985).

Por último, el Tawantinsuyu muestra una diversidad de estrategias a lo largo de su territorio. En algunos casos fue importante la reorganización de los espacios locales y la resignificación de los territorios anexados, mientras que en otros la incorporación de nuevos significados y símbolos relacionados con el Imperio desempeñó un papel fundamen-

tal (Williams 2008:63). Desde un punto de vista dicotómico se puede hablar de estrategias de control directo o indirecto, aunque las mismas pudieron formar parte de un *continuum*. Entre estas estrategias se encuentran la presencia política-militar de un gobernador inka, el despliegue de un aparato urbano con ciertas características ideológicas, pago de tributo, presencia de mitimaes, restos materiales y dispersión de las arquitecturas urbanas relativas a lo estrictamente cusqueño (D'Altroy 1992; Mignone 2015).

Sin embargo, muchas veces estas miradas arqueológicas no consideran los aspectos de flexibilidad relativos a las diversas fases introductorias de lo "inkaico", fases de "inkaización del paisaje" o aspectos culturales propios de los territorios conquistados, los cuales permiten una aproximación desde los diferentes procesos y reacciones locales frente a la dominación externa. Esta mirada más abierta a las heterogeneidades regionales permite la construcción de hipótesis más permeables que incluyan no solo los intereses inkas, sino también locales (Mignone 2015).

En lo que respecta a la historia de las investigaciones, la falta de una afinada cronología inka en los Andes en general no ha permitido diferenciar las etapas del proceso expansivo o colonizador del estado, considerando como un bloque homogéneo a la dominación inka y perdiendo de vista las diferencias regionales. Los nuevos modelos cronológicos basados en estadísticas bayesianas permiten ajustar ese bloque homogéneo contemplando información más fina y local de los contextos estatales que nos llevan a plantear nuevas hipótesis.

En los últimos 25 años se han abierto varias líneas de investigación, profundizando los marcos cronológicos, las relaciones entre las poblaciones locales y el estado Inka, la aplicación de las políticas administrativas imperiales, el arte estatal, la ritualidad y la geografía sagrada. Es importante resaltar la aplicación de nuevas técnicas a nivel espacial como sensores remotos, análisis estadísticos en datos radiocarbónicos, análisis de isótopos estables y ADN en restos humanos, revisitas para analizar colecciones de museos, análisis arqueométricos, químicos, petrográficos, mineralógicos, análisis de suelos, agua, microrrestos en sedimentos, entre otros. El programa *Qhapaq Ñan* (declarado Patrimonio Mundial por la UNESCO en 2014) ha sido un puntapié en la apertura y reflexión sobre el Tawantinsuyu. Así, en un futuro podríamos alcanzar una nueva visión de los Inkas, compartida y consensuada con otras disciplinas.

El avance de las investigaciones en los casos aquí presentados nos muestra que los modelos del surgimiento y desarrollo de estados estáticos y rígidos se están modificando al ampliarse las investigaciones en las áreas periféricas, en las áreas vinculantes y en las sociedades coetáneas. Conocer las trayectorias locales, sumado a trabajos interdisciplinarios y a nuevas líneas de investigación, seguramente permitirá entender mejor los conceptos de estados e imperio en Sudamérica.

## AGRADECIMIENTOS

A los coordinadores del seminario, Verónica Seldes y Axel Nielsen, por la invitación a publicar. A Luis Vicente Coll por las ilustraciones, ediciones y comentarios. Agradecemos los comentarios de los evaluadores que contribuyeron a mejorar significativamente este trabajo.

## BIBLIOGRAFÍA

Acuto, F. A. e I. Leibowicz 2018. Inca Colonial Encounters and Incorporation in Northern Argentina. En S. Alconini y R. A. Covey (eds.), *The Oxford Handbook of the Incas*: 333-354. New York, Oxford University Press.

Acuto, F. A. e I. Leibowicz 2023. En busca de lo sagrado: expansión y colonialismo inka en los Andes. En M. Campagn,; F. A. Acuto y A. Gayubas (eds.), *Perspectivas sobre las sociedades estatales antiguas. Orígenes y dinámicas sociales*: 281-302. Estudios del Mediterráneo Antiguo / PEFSCEA 29.

Adams, R. 1966. *The evolution of urban society: early Mesopotamia and prehistoric Mexico*. Chicago, Routledge.

Albarracín-Jordán, J. 1996. *Tiwanaku: arqueología regional y dinámica segmentaria*. La Paz, Plural Editores.

Berenguer, J. 1998. La iconografía del poder en Tiwanaku y su rol en la integración de zonas de frontera. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 7: 19-37.

Browman, D. L. 1978. Toward the Development of the Tiahuanaco (Tiwanaku) State. En D. L. Bowman (ed.), *Advances in Andean Archaeology*: 327-349. La Haya, Mouton.

Burger, R. y L. Salazar 2004. *Machu Picchu. Unveiling the mystery of the Incas*. New Haven, Yale University Press.

Burger, R., L. Salazar, J. Nesbitt, E. Washburn y L. Fehren-Schmitz 2021. New AMS dates for Machu Picchu: results and implications. *Antiquity* 95(383): 1265-1279.

Campagno, M. 2003. Una consideración sobre el surgimiento del Estado y los modelos consensuales. A propósito de Tiwanaku. *Revista Española de Antropología Americana* 33: 59-81.

Campagno, M. 2015. De la pertinencia del concepto de Estado para el pensamiento de las sociedades antiguas. Reflexiones sobre las capacidades de hacer del Estado egipcio antiguo. *Pasado Abierto. Revista del CEHis* 21-37.

Cieza de León, P. de [1554]1971. *La crónica del Perú*. Bogotá, Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada.

Cohen, R. 1978. Introduction. En R. Cohen y E. Service (eds.), *Origins of the state*: 1-20. Philadelphia, Institute for the Study of Human Issues.

Conrad, G. W y A. A. Demarest 1984. *Religión e imperio. Dinámica del expansionismo Azteca e Inca*. Madrid, Alianza.

Cont, E. 2021.La cultura Tiwanaku y su iconografía sagrada. Medios para llegar a lo divino. Tesis Doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona.

Covey, R. A. 2006. *How the Incas built their heartland: state formation and the innovation of imperial strategies in the Sacred Valley, Peru*. Ann Arbor, University of Michigan Press.

Covey, R. A. 2018. Archaeology and Inka origins. *Journal of Archaeological Research* 26: 253-304.

D'Altroy, T. N. 1992. *Provincial power in the Inka Empire*. Washington, Smithsonian Institution Press.

D'Altroy, T. N. y T. K. Earle 1985. Staple finance, wealth finance, and storage in the Inka political economy. *Current Anthropology* 26(2): 187-206.

Fernandini Parodi, F. 2022. Wari y lo Wari en la costa centro y sur. En J. Ochatoma Paravicino, J. y M. Cabrera Romero (eds.), *Wari: nuevos aportes y perspectivas*: 299-324. Ayacucho, Pres Editores/UNSCH.

Ferrari, A., J. Izaguirre, I. Leibowicz., F. Acuto y M. Tello 2025. Geografías locales y escenografías imperiales: un estudio sobre un circuito de peregrinaje andino de altura del período Inca. *Estudios Atacameños* 71: 1-39.

Goldstein, P. S. 2007. Patrones de asentamiento y colonización del Altiplano: nuevos modelos y evidencia de la diáspora de Tiwanaku. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Sociedades*

*Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*: 155-188. Buenos Aires, Artes Gráficas Buschi.

Isbell, W. H. 1997. *Mummies and mortuary monuments: A postprocessual prehistory of Central Andean social organization*. Austin, University of Texas Press.

Isbell, W. H. y G. F. McEwan (eds.) 1991. *Huari administrative structure. Prehistoric monumental architecture and state government.* Washington DC, Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Janusek, J. W. 2004. *Identity and power in the ancient Andes: Tiwanaku cities through time*. New York, Routledge.

Janusek, J. W. 2005. Patios hundidos, encuentros rituales y el auge de Tiwanaku como centro religioso panregional. *Boletín de Arqueología PUCP* 9: 161-184.

Jennings, J. 2006. Understanding Middle Horizon Peru: hermeneutic spirals, interpretative traditions, and Wari administrative centers. *Latin American Antiquity* 17(3): 265-285.

Jennings, J. y N. Craig 2001. Politywide analysis and imperial political economy: The relationship between valley political complexity and administrative centers in the Wari empire of the central Andes. *Journal of Anthropological Archaeology* 20(4): 479-502.

Kendall, A. 1985. *Aspects of Inca Architecture, Parts i and ii: Description, function and chronology.* Oxford, British Archaeological Reports.

Kendall, A. 1996. An archaeological perspective for Late Intermediate period Inca development in the Cuzco region. *Journal of the Steward Anthropological Society* 24(1-2): 121-156.

Kolata, A. L. 1993. *Tiwanaku: portrait of an Andean civilization*. Cambridge, Blackwell.

Korpisaari, A., y Chacama, J. (eds.) 2015. *El Horizonte Medio: nuevos aportes para el sur de Perú, norte de Chile y Bolivia*. Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos.

Korpisaari, A. y M. Pärssinen 2011. *Pariti. The ceremonial Tiwanaku pottery of an island in Lake Titicaca.* Helsinki, Finnish Academy of Science and Letters.

Kosiba, S. 2023. Emplazando valor, cultivando orden: lugares de conversión y prácticas de subordinación durante la formación del Estado inka temprano (Cuzco, Perú). En M. Campagno, F. Acuto y A. Gayubas (eds.), *Perspectivas sobre las sociedades estatales antiguas. Orígenes y dinámicas sociales*: 231-280. Buenos Aires, PEFSCEA.

Lane, K. 2022. *The Inca. Lost civilizations*. London, Reaktion Books.

Lane, K. y E. Marsh 2024. Absolute Chronology revisited: Integrating precise Bayesian models from Machu Picchu with Inca ethnohistoric praise narratives. *Quaternary International* 703: 21-31.

Lane, K., M. C. Castellanos, L. V. Coll y V. I. Williams 2023. Caminos y cronología. Los entramados del Qhapaq Ñan en las quebradas altas del valle Calchaquí medio. Ponencia en el XXI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Corrientes. Ms.

Lorandi, A. M. y R. Boixadós 1987-88. Etnohistoria de los valles calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* XVII-XVIII: 263-419.

Lumbreras, L. G. 1974. *Los orígenes de la civilización en el Perú: donde se cuenta la historia de los pueblos desde sus orígenes hasta el momento en que fueron conquistados por los españoles*. Perú, Editorial Milla Barnes.

Marsh, E., A. Korpisaari, S. Puerto Mundt, A. Gasco y V. Duran 2021. Radiocarbon vs. luminescence dating of archaeological ceramics in the southern Andes: a Review of paired dates, bayesian models, and a pilot study. *Radiocarbon* 63: 1471-1501.

Marsh, E., A. Vranich, D. Blom, M. Bruno, K. Davis y J. Augustine 2023. The center cannot hold: a Bayesian chronology for the collapse of Tiwanaku. *PLoS ONE* 18(11): e0288798. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0288798

McAndrews, T., J. Albarracín Jordán y M. Bermann 1997. Regional settlement patterns in the Tiwanaku valley of Bolivia. *Journal of Field Archaeology* 24: 67-83.

McEwan, G. F. 1990. Some formal correspondences between the imperial architecture of the Wari and Chimu cultures of ancient Peru. *Latin American Antiquity* 1(2): 97-116.

McEwan, C., y M. van de Guchte 1992. Ancestral time and sacred space in Inca state ritual. En R. Townsed (ed.), *The ancient Americas: art from sacred landscapes*: 359-371. Chicago, The Art Institute.

Mignone, P. 2015. *Illas* y *Allicac*: la capacocha del Llullaillaco y los mecanismos de ascenso social de los "Inkas de privilegio". *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 20(2): 69-87.

Nielsen, A. 2007. El Período de Desarrollos Regionales en la Quebrada de Humahuaca: aspectos cronológicos. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Sociedades precolombinas surandinas: temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*: 235-247. Buenos Aires, Artes Gráficas Buschi.

Ogburn, D. 2012. Reconceiving the chronology of the inca imperial expansion. *Radiocarbon* 54: 219-237.

Pärssinen, M. 1992. *Tawantinsuyu: the Inca state and its political organization*. Helsinki, Societas Historica Finlandiae.

Pärssinen, M. y A. Siiriainen 1997. Inka-style ceramics and their chronological relationship to the Inka expansion in the southern Lake Titicaca area (Bolivia). *Latin American Antiquity* 8(3): 255-271.

Rivolta, M. C., C. Otero y C. Greco Mainero 2021. Secuencia cronológica de las ocupaciones prehispánicas del sector central de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Relaciones* 46(2): 415-448.

Rosenfeld, S. A., T. J. Brennan y M. E. Street 2021. Beyond exotic goods: Wari elites and regional interaction in the Andes during the Middle Horizon (AD 600–1000). *Antiquity* 95(380): 400-416.

Rothammer, F. y C. M. Santoro 2001. El desarrollo cultural en el valle de Azapa, extremo norte de Chile y su vinculación con los desplazamientos poblacionales altiplánicos. *Latin American Antiquity* 12(1): 59-66.

Rowe, J. H. 1944. An introduction to the archaeology of Cuzco. *Papers of the Peabody Museum of Anthropology and Ethnology* 27(2): 1-69.

Sarmiento de Gamboa, P. [1572]1942. *Historia de los Incas*. Buenos Aires, EMECE.

Schreiber, K. J. 1984. Prehistoric roads in the Carahuarazo valley, Perú. En A. Kendall (ed.), *Current archaeological research projects in the central Andes: some approaches and results*: 75-94. Oxford, British Archaeological Reports.

Schreiber, K. J. 2000. Los Wari en su contexto local: Nasca y Sondondo. *Boletín de Arqueología PUCP* 4: 425-447.

Smith, A. T. 2003. *The political landscape: constellations of authority in early complex polities*. Berkeley, University of California Press.

Southall, A. 1974. State formation in Africa. *Annual Review of Anthropology* 3: 153-165.

Stanish, C. 2001. Regional research on the Inca. *Journal of Archaeological Research* 9: 213-241.

Stanish, C. 2013. What was Tiwanaku? En A. Vranich y C. Stanish (eds.), *Visions of Tiwanaku*: 151-166. Los Angeles, Cotsen Institute of Archaeology Press.

Stanish, C., E de la Vega y C. Chavez 2007. Tiwanaku y el noroeste argentino: una visión desde la cuenca del Titicaca. En V. I. Williams, V. N. Ventura, A. B. Callegari y H. D. Yacobaccio (eds.), *Sociedades precolombinas surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro Sur*: 147-154. Buenos Aires, Artes Gráficas Buschi.

Sutter, R. C. 2006. The test of competing models for the prehistoric peopling of the Azapa valley, northern Chile, using matrix correlations. *Chungara. Revista de Antropología Chilena* 38(1): 63-82.

Tantaleán. H. 2023. Más allá de los horizontes y las etapas: una propuesta de periodificación para la arqueología peruana. *Revista del Instituto Seminario de Historia Rural Andina* 11: 107-135.

Topic, J. R. y T. L. Topic 2000. Hacia la comprensión del fenómeno Huari: una perspectiva norteña. *Boletín de Arqueología PUCP* 4: 181-217.

Tung, T. A. 2008. Life on the Move: Bioarchaeological Contributions to the Study of Migration and Diaspora Communities in the Andes. En H. Silverman y W. H. Isbell (eds.), *The Handbook of South American Archaeology*: 671-680. New York, Springer.

Uhle, M. 1903. *Pachacamac: report of the William Pepper, M. D., LL. D., Peruvian expedition of 1896.* Philapdelphia, University of Pennsylvania.

Wallerstein, I. 1976. A world-system perspective on the social sciences. *The British Journal of Sociology* 27(3): 343-352.

Williams, P. R. 2001. Cerro Baúl: A Wari center on the Tiwanaku frontier. *Latin American Antiquity* 12(1): 67-83.

Williams, P. R. 2017. Una perspectiva comparada de Caminos Wari y Tiwanaku: los antecedentes del Qhapaq Ñan Incaico. En S. Chacaltana, E. Arkush y G. Marcone (eds.), *Nuevas tendencias en el estudio de los caminos*: 30-47. Lima, Ministerio de Cultura, Proyecto Qhapaq Ñan.

Williams, P. R y J. Isla 2002. Investigaciones arqueológicas en Cerro Baúl, un enclave wari en el valle de Moquegua, *Gaceta Arqueológica Andina* 26: 87-120.

Williams, V. I. 2008. Espacios conquistados y símbolos materiales del Imperio Inca en el Noroeste de Argentina".

En P. González Carvajal y T. L. Bray (eds.), *Lenguajes visuales de los Incas*: 47-70. Oxford, British Archaeological Reports.

Williams, V. I. y M. C. Castellanos 2020. Relaciones y estrategias de expansión inca en el Noroeste argentino: marcadores gráficos e indicadores materiales en las quebradas altas del valle Calchaquí. *Chungara. Revista de Antropología Chilena* 52(3): 445-460.

Williams, V. I. y T. D'Altroy 1999. El Sur del Tawantinsuyu: un dominio selectivamente Intensivo. *Tawantinsuyu* 5: 170-178.

Young-Sánchez, M. 2005. *Tiwanaku ancestors of the Incas*. Denver, Denver Art Museum.

Ziołkowski, M., J. B. Abuhadba, A. Hogg, D. Sieczkowska, A. Rakowski, J. Pawlyta y S.W. Manning 2020. When did the Incas build Machu Picchu and its satellite sites? New approaches based on radiocarbon dating. *Radiocarbon* 63: 1133-1148.

# FEMINISMOS Y GÉNERO EN LA ARQUEOLOGÍA SUDAMERICANA

**Bárbara Sofía Carboni**[1], **Laura Pey**[2] **y Luciana Eguía**[3]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA – CONICET | bscarboni@gmail.com
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA – CONICET | marialaurapey@gmail.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA – CONICET | lucianaeguia@gmail.com

**RESUMEN:** En la última década, las investigaciones feministas y de género en la arqueología sudamericana han adquirido un protagonismo significativo, destacando problemáticas propias de la región. Desde diversas perspectivas, estos estudios situados desde el Sur Global no sólo señalan el sesgo androcéntrico en la disciplina, sino también el impacto del colonialismo en la práctica y en la teoría. En este trabajo proponemos una revisión sobre los principales aportes realizados en la última década, considerando diversos posicionamientos teóricos. Las contribuciones pueden separarse analíticamente en tres enfoques: la identificación del sesgo androcéntrico, la interseccionalidad y la violencia patriarcal en la práctica arqueológica; la valorización de trayectorias y biografías de mujeres de la arqueología; y el desarrollo de interpretaciones, modelos y marcos teóricos para el estudio del pasado. Buscamos realizar una breve síntesis y remarcar cómo las perspectivas feministas han transformado tanto la interpretación del pasado como las prácticas académicas en la arqueología sudamericana.

**ABSTRACT:** Over the last decade, feminist research and gender perspectives in South American archaeology have gained significant prominence, highlighting issues specific to the region. From various perspectives, these studies situated in the Global South not only point to the androcentric bias in the discipline, but also to the impact of colonialism on practice and theory. In this chapter, we propose a review of the main contributions made in the last ten years, considering various theoretical positions. The identification of androcentric bias, intersectionality, and patriarchal violence within archaeological practice; the valorization of the trajectories and biographies of women in archaeology; and the development of interpretations, models, and theoretical frameworks for studying the past. Our review seeks to provide a brief summary and highlight how feminist perspectives have transformed both the interpretation of the past and academic practices in South American archaeology.

## INTRODUCCIÓN

¿Por qué escribir hoy sobre feminismos y género en la arqueología sudamericana? ¿Y por qué hacerlo nosotras, cuando nuestras investigaciones científico-académicas no se inscriben, en términos formales, dentro de lo que suele denominarse "arqueología de género"? Lejos de intentar delimitar un campo de especialización, este texto surge de una experiencia docente concreta —una clase brindada en el Seminario de Grado Perspectivas Arqueológicas— y de una inquietud compartida: la constatación de que los debates feministas atraviesan de manera creciente la práctica arqueológica sudamericana, aun cuando no se reflejan con la misma intensidad en la formación universitaria ni en los marcos teóricos que guían la interpretación del pasado.

El objetivo de este capítulo es, entonces, brindar una hoja de ruta inicial para quienes se acercan al tema desde la arqueología, la antropología y disciplinas afines. En los últimos años se ha producido una cantidad significativa de trabajos que abordan cuestiones de género y feminismos en la arqueología sudamericana, desde enfoques diversos y, en muchos casos, con posicionamientos políticos explícitos. Esta proliferación, lejos de ser un problema, da cuenta de la vitalidad del campo. Sin embargo, también puede resultar abrumadora o confusa para estudiantes y jóvenes investigadores, especialmente si se considera que estos contenidos aún ocupan un lugar marginal dentro de los planes de estudio universitarios. En la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, la incorporación sistemática de debates de género en materias troncales de la carrera de Arqueología es relativamente reciente, lo que refuerza la necesidad de textos que ofrezcan un panorama crítico, situado y actualizado.

Desde esta posición, el presente capítulo no busca ofrecer una revisión exhaustiva ni definitiva de los feminismos en la arqueología sudamericana. Más bien, propone un recorrido posible por algunas de las principales tendencias que se han consolidado en la última década (2016-2026), poniendo especial atención en tres grandes ejes analíticos: la identificación del sesgo androcéntrico, la interseccionalidad y la violencia patriarcal en la práctica arqueológica —que muchas veces se acompaña de acciones concretas para revertir la situación—; la investigación remediadora, que implica la búsqueda y visibilización de biografías de mujeres de la arqueología; y las interpretaciones, modelos y marcos teóricos para el estudio del pasado de la región.

Ahora bien, introducirse en estos debates implica también detenerse en ciertas incomodidades. La palabra "feminismo" continúa generando resistencias, tensiones y rechazos, incluso en ámbitos académicos que se perciben a sí mismos como críticos o progresistas. No sucede lo mismo con el término "género", que suele circular con mayor aceptación, aunque muchas veces de manera despolitizada o reducida a una categoría descriptiva. ¿Por qué ocurre esto? ¿Qué se gana y qué se pierde cuando se habla de género sin nombrar al

feminismo? ¿Qué implicancias tiene esta elección para la producción de conocimiento arqueológico? Estas preguntas, lejos de ser meramente semánticas, remiten a posicionamientos teóricos y políticos que atraviesan tanto la interpretación del pasado como las prácticas académicas del presente.

## ARQUEOLOGÍA DE GÉNERO: HISTORIA, DEBATES Y TRANSFORMACIONES

¿De qué hablamos cuando hablamos de género? El concepto se propuso en las décadas de 1950 y 1960 en Estados Unidos desde las ciencias sociales para remarcar el carácter social de las distinciones basadas en el sexo, y se comenzó a emplear en antropología en la década de 1970 (Williams y Alberti 2005). Desde esta perspectiva, el género se entiende como la construcción social y cultural de las diferencias sexuales. A diferencia del sexo, entendido tradicionalmente como una categoría biológica, el género remite a un conjunto de prácticas, normas, representaciones y expectativas que varían histórica y culturalmente. En otras palabras, puede definirse como la organización social de la diferencia sexual y, como tal, es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder, dominación y subordinación. En esta línea, el género no es una propiedad individual ni una característica fija, sino una relación social que organiza jerarquías, distribuye roles y produce desigualdades (Scott 1996, 2008).

Los estudios de género en arqueología se consolidaron durante las décadas de 1980 y 1990 en diálogo con trabajos etnográficos y antropológicos influidos por teorías feministas. Los trabajos fundadores de la arqueología de género (Gero 1983; Conkey y Spector 1984; Gero y Conkey 1991) señalaron los sesgos androcéntricos de la disciplina. La incorporación de estas categorías analíticas (sexo/género) al estudio del pasado permitió cuestionar la supuesta naturalidad y objetividad de las interpretaciones arqueológicas, señalando cómo ciertas narrativas sobre el pasado reproducían modelos masculinizados de actividad, agencia y poder (por ejemplo, aquellas que asumían una división sexual del trabajo universal y ahistórica). Estas críticas posibilitaron la apertura a pensar otras formas de organización social en el pasado (ver recuadro 1).

Siguiendo a Benjamín Alberti (2001) —quien, a su vez, se basa en Conkey y Spector (1984) y Wylie (1991)—, esta primera etapa sentó las bases para el desarrollo de tres objetivos que, por cierto, son los que orientan parcialmente nuestra revisión bibliográfica. Dichos objetivos son: 1) identificar los de sesgos androcéntricos presentes en la disciplina; 2) realizar investigaciones de carácter remediador y 3) la construcción de herramientas teóricas para la interpretación del pasado. Si bien estos objetivos pueden darse de manera cronológica, en la práctica se encuentran interrelacionados y se retroalimentan. Desnatura-

lizar el pasado permite, a su vez, desnaturalizar nuestro presente y abrir posibilidades para imaginar otros futuros.

Poco tiempo después, hacia fines de la década de 1990, los feminismos de la disidencia sexual y de la teoría *queer* propusieron pensar género/sexo/cuerpo como categorías producto de la construcción discursiva. Para Judith Butler (2006), por ejemplo, el género no es el efecto de un sexo original y natural, sino que ambos (sexo y género) son la imitación y construcción siempre reiterada de la norma que los instituye sin un original al que remitirse. Es decir, aquí el género opera como una categoría puramente performativa, se encuentra más relacionado con el "hacer" que con el "ser". Es gracias a la repetición de los actos que puede

### LA CAZA Y LA RECOLECCIÓN: UNA MIRADA FEMINISTA HACIA LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Si cerramos los ojos y hacemos el ejercicio de imaginar el pasado bien lejano —ese que ocupó más de un 95% de la historia de la humanidad—: ¿A quién vemos sostener una lanza? ¿A quién imaginamos recolectando frutos? ¿A quién pintando una cueva?

La figura del "hombre cazador" se cristalizó a partir del simposio *Man the Hunter* y la posterior publicación editada por Lee y DeVore (1968). Este volumen funcionó durante décadas como un paradigma explicativo sobre los orígenes de la organización social humana. En este modelo, la caza —asociada a los varones— era presentada como el principal motor del desarrollo económico, social y simbólico de la humanidad. En este sentido, aquella perspectiva puede leerse como una proyección de los roles de género dominantes en las décadas de 1950 y 1960 hacia el pasado. Como señalaron Conkey y Spector (1984), estas interpretaciones tendían a construir una imagen de continuidad en las disposiciones de género desde los primeros humanos hasta el presente, sugiriendo su carácter inevitable o inmutable. Además, como señalaron tempranamente Slocum (1975) y Dahlberg (1981) en sus publicaciones tituladas *Woman the Gatherer*, esta narrativa no sólo invisibiliza el rol activo de las mujeres en la reproducción y organización social —siendo que también pudieron haber participado en la caza—, sino además la importancia de otras prácticas fundamentales, como la recolección.

Este caso ilustra que, desde una arqueología feminista, no se trata únicamente de incorporar nuevos sujetos al análisis, sino de revisar críticamente las preguntas, las categorías y los supuestos que estructuran nuestras interpretaciones. Gracias a esta apertura, en la actualidad existe la posibilidad de pensar mujeres cazadoras ya sea a la hora de interpretar nuevos hallazgos o, inclusive, en la reinterpretación de viejos casos de estudio. Un buen ejemplo es el reciente hallazgo del enterratorio de una mujer de 17 a 19 años hallada en el sitio Wilamaya Patjxa (Perú) junto a un importante *toolkit* de caza, cuyo contexto fue datado en 9000 AP. Hoy sabemos que esta cazadora no era una anomalía. Se han revisado otros 429 enterratorios hallados en América para el Pleistoceno Tardío y el Holoceno temprano, de los cuales 27 individuos fueron enterrados con herramientas de caza: 15 son hombres, 11 son mujeres (Haas *et al.* 2020). Podemos ahora pensar formas más diversas de organización social.

surgir la alteración o la subversión de la norma, dando así lugar a múltiples deslizamientos. Esta perspectiva ha sido adoptada en arqueología para replantear cómo pensamos el cuerpo, el género y la sexualidad en contextos del pasado, discutiendo supuestos normativos de la arqueología tradicional sobre sexo/género y otras distinciones binarias (hombre/mujer, heterosexual/homosexual) frecuentemente usadas para interpretar el registro arqueológico (Joyce 1998, 2007; Alberti 1999; Voss y Schmidt 2000).

Algo importante para tener en cuenta es que no siempre que se habla de género en arqueología implica necesariamente adoptar una perspectiva feminista o *queer*. En muchos casos, el concepto ha sido utilizado de manera descriptiva o neutralizante, reducido a una variable más dentro del análisis, sin interrogar las relaciones de poder que lo constituyen. Es aquí donde el feminismo introduce un desplazamiento fundamental. Los feminismos no se limitan a señalar diferencias entre varones y los géneros históricamente oprimidos, sino que parten de una crítica estructural a las desigualdades de género, al androcentrismo del conocimiento y a los sistemas de dominación que atraviesan tanto las sociedades del pasado como las del presente. En este sentido, el feminismo no es solo un campo temático ni una identidad política, sino también —y sobre todo— una posición epistemológica.

## FEMINISMO Y GÉNERO EN LA ARQUEOLOGÍA SUDAMERICANA

Los feminismos en arqueología no constituyen un bloque homogéneo ni un conjunto cerrado de propuestas. Por el contrario, se trata de un campo plural, atravesado por tensiones internas, debates y relecturas constantes. En Sudamérica, además, estos enfoques se han desarrollado en diálogo estrecho con problemáticas específicas de la región, como el colonialismo, la desigualdad social, la racialización y las disputas territoriales. Las perspectivas feministas del Sur Global han enfatizado la necesidad de pensar el género de manera interseccional, articulado con otras dimensiones de la identidad y del poder, y de cuestionar la pretensión de universalidad de ciertos modelos teóricos elaborados en otros contextos.

En 1993, las arqueólogas argentinas Cristina Bellelli, Vivian Scheinsohn y Mónica Berón publicaron un trabajo pionero en el que, a partir de un análisis cuantitativo, ponen de manifiesto las desigualdades de género en el sistema científico del país. Si bien en otros países sudamericanos se comenzaban a publicar trabajos con enfoques de género[1], no fue hasta la década del 2000, en un contexto de revitalización de los movimientos feministas, que proliferaron investigaciones y proyectos de arqueología de género y feministas. En los últimos diez años el tema ya se encuentra instalado, se han publicado múltiples *dossiers* dedicados

[1] Para una síntesis detallada de los estudios de género en arqueología durante este período ver Navarrete (2010).

exclusivamente a la temática, como también se han realizado jornadas científicas y de divulgación, talleres, encuestas, entre otros espacios y herramientas. En esta revisión nos concentramos en los trabajos publicados en esta última década en la producción académica sudamericana, en español y portugués. Creemos importante remarcar que si bien las historias y devenires disciplinares en los países sudamericanos son distintos, utilizamos los tres ejes analíticos para ordenar el *corpus* bibliográfico. Recordemos, también, que estos tres ejes que nosotras presentaremos por separado, se encuentran interrelacionados y muchos de los trabajos abarcan más de uno.

## El sesgo androcéntrico en la práctica arqueológica: visibilización y acciones

Las teorías feministas viajaron de norte a sur y, a medida que avanzaron por el continente, fue necesario situarlas en contexto. Para identificar los efectos del patriarcado, las desigualdades y los sesgos androcéntricos no basta con revisar las categorías que utilizamos para interpretar el pasado. El primer paso necesario para una arqueología feminista es evaluar las condiciones de producción del conocimiento en el presente. Esto implica volver la mirada hacia nuestra práctica cotidiana en los distintos espacios que habitamos como el campo, el laboratorio, o las aulas. Se trata de reconocer las relaciones de poder heredadas de un pasado colonial; la legitimidad otorgada a ciertas voces por sobre otras; el dominio epistemológico que ostentan los centros de producción del conocimiento del Norte Global; la disparidad de recursos con los que se cuenta para investigar y el difícil acceso a la educación superior en algunos países.

En esa dirección, para comprender lo complejas que son las relaciones de la práctica arqueológica sudamericana resulta muy útil el concepto de interseccionalidad (Crenshaw 1989). Es decir, reconocer que existen desigualdades sistémicas que se configuran a partir de la superposición de diferentes dimensiones como el género, el poder adquisitivo, la orientación sexual, la etnia y la clase social de las personas. El racismo, la xenofobia, el sexismo y la homofobia, entre muchos otros prejuicios basados en la intolerancia, no actúan de manera independiente, sino que son formas de exclusión interrelacionadas. Estas conforman un sistema de opresión complejo con múltiples capas y que moldea las relaciones sociales, incluyendo las científico-académicas —recomendamos el trabajo de Pouget y Carvalho (2017) sobre la misoginia y la homofobia que operan como formas de sociabilidad dentro de la práctica arqueológica en el campo, muchas veces mediadas por el "humor"—.

A nivel analítico, durante los últimos diez años —y con mayor intensidad en el contexto de la pandemia por COVID-19— proliferaron estudios cuantitativos y cualitativos orientados a estudiar y visibilizar las desigualdades al interior de la academia sudamericana. Estas inves-

tigaciones han producido relevamientos diagnósticos e informes sobre diversas dimensiones de la práctica, entre ellas la representación de mujeres y disidencias sexo-genéricas —estas últimas en menor medida debido a la falta de datos sistemáticos— en las distintas instancias formativas de la disciplina (Fernandes Caromano *et al.* 2025); los patrones de productividad científica en base a análisis bibliométricos (Fernandes Caromano *et al.* 2017; Ribeiro *et al.* 2017; Mazzia y Puppio 2024); el acceso al financiamiento y participación en proyectos (Sepúlveda 2025); la disparidad de género en relación al acceso a cargos de mayor jerarquía y condiciones salariales (Puebla *et al*. 2021; Scheinsohn *et al*. 2023); y la distribución diferencial respecto a las tareas de cuidado entre varones y mujeres (Arislur *et al.* 2021; Eguia *et al.* 2023). En líneas generales las investigaciones coinciden en señalar que la estructura académica reproduce jerarquías de género que afectan el desarrollo profesional de las mujeres y disidencias sexo-genéricas. Diversos trabajos enfatizan en la división sexual del trabajo en la arqueología, donde las tareas de divulgación científica —usualmente menos valoradas en los sistemas de evaluación—, docencia y tareas de cuidado recaen sobre las mujeres, y cómo afectan notablemente su productividad. Asimismo, se han realizado importantes informes diagnósticos que documentan numerosas situaciones de acoso y abuso sexual dentro de los espacios académicos y profesionales. Estos contribuyeron tanto a visibilizar esta problemática como a poner en marcha acciones de acompañamiento, sanción y prevención, como la creación de protocolos contra la violencia de género (Tavera Medina 2019; Colectivo Gefa 2020; Bardolph *et al.* 2022).

Como parte del avance del feminismo y la visibilización de estas problemáticas estructurales comenzaron a surgir en distintos países redes de arqueólogas, colectivos feministas y espacios de encuentro y debate —jornadas, conversatorios, talleres— específicamente orientados a tratar las desigualdades de género en la disciplina (Chaparro *et al*. 2019; Guajardo *et al*. 2023). Entre ellos se encuentran la Red de Mujeres en Arqueología Peruana (RedMap), el Colectivo Género, Feminismo y Arqueología (GEFA) en Colombia (Salas-Medellín *et al*. 2021), la plataforma Arquetipas[2] en Ecuador, la Colectiva de arqueólogas Arquyanas (Puebla *et al* 2021), la Colectiva de Intervención Ante las Violencias (CIAV) (Sandoval Ramos *et al*. 2023), la Colectiva Feminista RIDAP (Jofré *et al*. 2021) y El Pasado nos Convoca (EPCN) (Williams y Korstanje 2021; Arislur *et al.* 2025) en Argentina. Los trabajos que se han publicado desde estos espacios tratan acerca de sus trayectorias con el objetivo de compartir experiencias y estrategias para transformar las prácticas en la disciplina. Estos espacios no sólo funcionan como ámbitos de intercambio académico, sino también como redes de apoyo y de construcción colectiva.

Por último, hay un conjunto creciente de trabajos que emergen desde un feminismo situado. Estas publicaciones tienen un carácter reflexivo, a modo de etnografías o auto-etno-

[2] https://arquetipa.org/

grafías de la práctica arqueológica. Ya sean narrativas en primera persona o trabajos que exploran teóricamente experiencias de campo, estas investigaciones invitan a la reflexión y visibilizan tensiones y negociaciones de los cuerpos en la práctica, dando cuenta cómo se ponen en juego las desigualdades en las trayectorias profesionales (Espiro 2023; Luna y Argañaras 2023; Carboni y Di Tullio 2024; Grzegorczyk y Salerno 2024; Prieto-Olavarría *et al*. 2024).

A pesar de sus diferencias, todos estos trabajos y acciones se posicionan políticamente desde distintas ramas teóricas (ya sea que se sitúen explícitamente o no dentro del feminismo) y buscan, desde distintas perspectivas, transformar las condiciones de producción del conocimiento. De esta forma, se evidencia la necesidad de pensar la práctica arqueológica como un espacio atravesado por relaciones sociales históricamente situadas y no como un espacio neutral. En suma, buscan generar —a partir de compartir, reflexionar y visibilizar— estrategias y herramientas para lograr una arqueología libre de violencias y desigualdades.

## Hacer cartografías: investigación remediadora

Con investigación remediadora aquí nos referimos a la búsqueda y construcción de biografías y genealogías, así como a la visibilización de sujetos, corporalidades e identidades vinculadas a la práctica de la arqueología. Implica, a nuestro entender, realizar una cartografía en movimiento. Trazar un mapa que se dibuja mientras ciertas narrativas se desarman y otras salen del silencio. Siguiendo a Suely Rolnik (1989), cartografiar supone acompañar procesos de transformación, crear afectos y abrir a nuevos mundos que todavía no tienen forma estable. En este sentido, recuperar historias no es solo completar vacíos, sino reconfigurar el paisaje del conocimiento, haciendo visibles experiencias que desestabilizan los universos vigentes y permiten imaginar otros modos de habitar la disciplina.

Si bien no toda la literatura al respecto se posiciona abiertamente desde el feminismo, estos trabajos de reconstrucción constituyen un gesto político que requiere buscar las memorias de nuestras antecesoras (o "ancestras") de la disciplina, doblemente invisibilizadas y fragmentadas —no solo por el sesgo patriarcal, sino también por el colonial— (Ciriza 2015). En este sentido, se vuelve necesario visibilizar el rol de las mujeres tanto en el pasado, como en la construcción del conocimiento, como señalan nuestras colegas uruguayas "lograr una justicia epistémica" (Saccone *et al*. 2025:421). Saber de dónde venimos, cuáles son las continuidades que nos unen y cuáles las rupturas que nos separan de quienes vinieron antes, nos impulsa a reconfigurar las prácticas en la disciplina y repensar las relaciones entre el pasado y el presente. Se impone así toda una agenda de diálogo intergeneracional, un ejercicio donde la escucha respetuosa es clave. ¿Cuáles eran los desafíos para insertarse

en la academia décadas atrás? ¿Qué obstáculos han tenido que afrontar para sostener su vínculo con la arqueología?

Bajo este espíritu, en los últimos años se han multiplicado las investigaciones orientadas a recuperar los aportes y recorridos de diferentes mujeres con largas trayectorias en la disciplina. Estas producciones se han realizado en diversos formatos, desde complicaciones en libros, artículos académicos, entrevistas y, en el último tiempo, han cobrado relevancia proyectos digitales orientados a visibilizar historias y publicaciones en diversas redes sociales, lo que permite ampliar el alcance de estos relatos (Tavera Medina 2025). Dentro de este conjunto existe una amplia producción en la región que, desde diversas perspectivas, analiza la participación de las mujeres en la construcción del conocimiento, así como las relaciones de poder, los silencios historiográficos y las condiciones estructurales de desigualdad que moldearon las distintas trayectorias profesionales (Villarmarzo *et al*. 2021; Tavera Medina y Diaz-Andreu 2025, *dossier* que reúne varias contribuciones sobre la temática). Asimismo, hay trabajos documentales e historiográficos sobre itinerarios individuales, que analizan experiencias situadas para comprender procesos más amplios de la historia disciplinar (Ramundo 2017, 2019; Gluzman 2023). Algunos de estos aportes adoptan formatos autobiográficos o reúnen testimonios narrados en primera persona, ofreciendo reflexiones sobre las experiencias profesionales y las condiciones de producción del conocimiento (Mazzanti 2023; Prieto-Olavarría 2023; Elichiry y Arislur 2024; Sánchez Mosquera 2025).

Este conjunto de trabajos —de diversas escalas, enfoques y formatos— ofrecen un acercamiento a esta cartografía en movimiento para quienes buscan encontrarse en relatos ajenos y comprender cómo se han construido las bases de nuestra disciplina, cuáles son los campos aún en disputa y los desafíos que persisten en la región.

## Interpretar el pasado desde el Sur

Si bien, en su mayoría, los trabajos de décadas anteriores estuvieron orientados a visibilizar a las mujeres en el registro arqueológico y a denunciar los sesgos androcéntricos de la disciplina (aunque existen excepciones como Alberti 2001), las producciones más recientes complejizan ese horizonte y cuestionan las categorías mismas con las que analizamos el pasado.

Por ejemplo, en el ámbito andino y circumpuneño, buena parte de los estudios iniciales se centraron en identificar representaciones masculinas y femeninas a partir de marcadores biológicos (genitales, mamas, estados de gravidez) y en discutir la distribución diferencial de roles, espacios y jerarquías (por ej., Scattolin 2003). Estos aportes fueron fundamentales para evidenciar la invisibilización sistemática de las mujeres y problematizar la naturaliza-

ción de desigualdades. Sin embargo, en los últimos años se observa un corrimiento hacia perspectivas que buscan desarmar el supuesto binarismo heteronormado que estructura muchas de esas interpretaciones. Se observa, en este sentido, un giro hacia enfoques que complejizan la categoría de género en diálogo con la teoría feminista y *queer*. Algunos trabajos recientes proponen leer la representación arqueológica de escenas sexuales o representaciones corporales no exclusivamente en clave de procreación biológica, sino dentro de campos semánticos más amplios vinculados con la reproducción social, la multiplicación y la potencia (Rivet 2021). Otras publicaciones presentan debates sobre la androginia, dualidad y complementariedad andina, repensando la categoría misma de género y las nociones de poder y cuestionando lecturas lineales sobre subordinación femenina (Rodríguez Sumar 2022).

A su vez, se advierte una preocupación creciente por la materialidad de los géneros. En lugar de entender lo masculino y lo femenino como polos cerrados, se plantea su carácter relacional, fragmentado y performativo (por ej., Sene 2017). Las materialidades (vasijas antropomorfas, figurillas, soportes iconográficos) ya no son solo imágenes de hombres o mujeres, sino espacios donde se articulan identidades múltiples, combinadas o ambiguas. Esta perspectiva permite desplazar la pregunta desde "qué" se representa hacia "qué relaciones y efectos" produce esa representación o, en otras palabras, cómo las materialidades participan en la construcción de identidades (Isasmendi 2023).

Paralelamente, abordajes marxistas se han ocupado en analizar género, poder e ideología en casos arqueológicos de la costa ecuatoriana. En esta línea, reinterpretaciones iconográficas feministas han sugerido que ciertos repertorios visuales pueden haber operado como dispositivos de consolidación de una ideología patriarcal en momentos de acumulación de riqueza y diferenciación social (Ugalde 2019a). Inclusive, desde la teoría *queer*, se ha realizado una relectura sobre la hipótesis de Friedrich Engels respecto del papel cómplice de los matrimonios monogámicos en el dominio patriarcal, recurriendo al registro arqueológico para pensar poder, represión, género, sexualidad, patriarcado y las proyecciones del presente que inhiben identificar formas de vida y comportamientos no normativos en el pasado prehispánico (Benavides 2019).

Junto a estas aperturas conceptuales, se ha avanzado hacia enfoques situados e interseccionales que invitan al diálogo a mujeres y otras comunidades por fuera de la académica para abordar la materialidad arqueológica e indígena. Desde esta perspectiva, se enfatiza la necesidad de analizar cómo género, etnicidad y clase se articulan en procesos de subalternización y valorización cultural, así como de problematizar los regímenes de autenticidad y patrimonialización que atraviesan esas prácticas (Denis 2024). Al mismo tiempo, se advierte sobre los riesgos de las lecturas universalizantes de la opresión femenina y de la extrapolación acrítica de marcos occidentales hacia otros contextos históricos y sociales,

proponiendo agendas más simétricas, reflexivas y atentas a la fluidez de las categorías con las que trabajamos (Marconetto 2021).

La consolidación de estos debates se evidencia, además, en la aparición de *dossiers* temáticos dedicados a arqueologías feministas, discusiones metodológicas sobre género y teoría *queer*. Destacamos la proliferación de volúmenes de arqueología *queer* editados por colegas de Brasil (por ej., Sene *et al.* 2018; Pouget y Carvalho 2019), especialmente en un contexto de alza de la extrema derecha en el país y políticas de vulneración de los derechos de la comunidad LGBTI+[3]. Estas valiosas compilaciones cuentan con trabajos que abordan, por ejemplo, la relación entre género, edad y socialización, y cómo su construcción se produce desde la infancia a partir del análisis bioantropológico y contextual de registros funerarios de niñeces (Sene 2018); relecturas de objetos arqueológicos que históricamente han sido asociadas exclusivamente a mujeres, como las tangas de cerámica de la fase Marajoara (Silva 2019); o reinterpretaciones de estatuillas antropomorfas prehispánicas (como las tolita/tumaco ecuatorianas) que abren la discusión sobre cuerpos y géneros más allá del binarismo hombre–mujer (Ugalde 2019b). Estos espacios colectivos muestran que no se trata de intervenciones aisladas, sino de un campo en expansión que disputa categorías centrales de la interpretación arqueológica en contextos donde pensar pasados más plurales y diversos ayuda, además, a repensar el presente y proponer, así, otro futuro posible.

En conjunto, la bibliografía consultada muestra un tránsito desde una arqueología preocupada por visibilizar a las mujeres en los relatos, hacia enfoques que interrogan las categorías analíticas, cuestionan el binarismo sexo-género, incorporan perspectivas *queer* y performativas, y problematizan la dimensión política de la producción de conocimiento. Más que un campo cerrado, la arqueología de género en Sudamérica se presenta hoy como un espacio de debate teórico en expansión, atravesado por diálogos con los feminismos, el marxismo, la teoría *queer* y las epistemologías situadas.

## REFLEXIONES FINALES

Tras este recorrido queda en evidencia que la puesta en acción de perspectivas feministas y corrientes afines logró impactar tanto la interpretación del pasado como las prácticas académicas de la arqueología sudamericana. Los debates abiertos y las acciones emprendidas han generado importantes transformaciones, pero nuestra disciplina no es ajena a los problemas de desigualdad estructurales y aún queda mucho camino para recorrer. Ade-

[3] Dicha vulneración se presentó frente a un ya alarmante escenario de violencia hacia la comunidad LGBTI+ local, siendo que, durante 2017, en Brasil, cada 48 horas una persona trans fue asesinada. Esto ubicó al país latinoamericano en el primer puesto a nivel mundial por este tipo de crímenes (Associação Nacional de Travestis e Transexuais 2018).

más, reconocemos que las trayectorias y retos que atraviesan los distintos países de Sudamérica no son ni constantes ni similares. Sin embargo, al pensarnos y analizarnos como región podemos identificar experiencias y problemas comunes. A la importancia de sostener un diálogo regional, sumamos la relevancia de trazar redes intergeneracionales ya que, si bien, generar reflexiones y acciones en conjunto es un gran desafío, ha demostrado ser el camino más efectivo. La sumatoria de conocimientos parciales, frente a la imposición de un conocimiento totalizante propio del positivismo patriarcal, es, en simultáneo, una forma de resistencia y de transformación.

Respecto de esto último, cabe preguntarnos qué une a quienes producen todas las investigaciones que aquí hemos reunido. Un argumento posible es que ser mujer o disidencia sexo-genérica nos habilita otras sensibilidades, que creamos prácticas por este simple hecho. Esta respuesta parece demasiado simple, más bien parece posible pensar que es a través de las experiencias y de las prácticas que devenimos mujeres y disidencias. Personas que ejercemos la sospecha frente a la objetividad pretendida del positivismo, a los silencios del patriarcado, a la desigualdad de género, a la opresión del colonialismo, a las relaciones de poder de las cuales hemos sido excluidas. Es eso lo que creemos que une, el ejercicio de la sospecha construido a partir de "ser" en condiciones socio-históricas particulares que nos vuelven sensibles a ciertas formas de conciencia política (Despret 2023). A partir de allí, ubicadas en los márgenes de la historia, surgen nuevas formas de pensar, de preguntar, de hacer, de transformar.

Si bien con fines analíticos distinguimos tres grandes ejes, desde nuestra experiencia como investigadoras, docentes y divulgadoras de la arqueología estamos cada vez más convencidas de que se encuentran (o, más bien, deberían encontrarse) estrechamente relacionados: la teoría debe permear a la práctica. No es casual que las trayectorias de las mujeres de la arqueología sudamericana demuestren que somos nosotras quienes dedicamos más tiempo a la divulgación científica y la docencia. Divulgar y educar son tareas que implican hacer en relación, construir junto a otras personas y en diálogo con múltiples voces, es en ese entramado colectivo que enraiza aquella semilla de la sospecha. ¿Qué tipo de ciencia queremos construir? ¿Qué voces están autorizadas para hacerlo? ¿Por qué una ciencia que trata el pasado, debe revisar su presente y preocuparse por el futuro?

Finalmente, deseamos observar que aquí hemos presentado una síntesis basada en sólo una pequeña porción de la gran cantidad de literatura de arqueología feminista y movimientos afines que se ha publicado desde Sudamérica. Brindamos esta propuesta a modo de una hoja de ruta para quienes busquen recorrer las transformaciones del paisaje del conocimiento sobre el tema. Pero, también, esperamos se convierta en una invitación a expandir esa búsqueda bibliográfica; a conocer y dejarse permear por estos importantes debates; y a comprender que el feminismo, como postura política y epistémica, no sólo compete

a mujeres y disidencias. Asimismo, consideramos que el género y los feminismos no son temas "adicionales" ni exclusivos de quienes deciden especializarse en su estudio. Por el contrario, constituyen herramientas críticas que interpelan a la arqueología en su conjunto y que nos invitan a revisar, de manera situada y responsable, los discursos que construimos sobre el pasado y su impacto político en el presente. Construir un mundo libre de desigualdades y violencias involucra a toda la comunidad arqueológica.

## BIBLIOGRAFÍA


Alberti, B. 1999. Los cuerpos en prehistoria: Más allá que la división sexo/género. En P. Funari, E. Goes Neves y I. Podgorny (eds.), *Teoria Arqueológica na América do Sul*: 57-68. SãoPaulo, Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo.

Alberti, B. 2001. De género a cuerpo: una reconceptualización y sus implicaciones para la interpretación arqueológica. *Intersecciones en Antropología* 2: 61-72.

Arislur, S., V. Elichiry, N. Rabufetti y O. L. Sokol 2021. Resultados de la encuesta: arqueología y tareas de cuidado y mantenimiento durante la pandemia de COVID-19 en Argentina. *Práctica Arqueológica* 4(1): 54–63.

Arislur S., B. S. Carboni, V. Elichiry y L. Pey 2025. Relatos de un encuentro. Tejiendo las memorias de la tercera edición de El Pasado nos Convoca. En S. Arislur, B. S. Carboni y L. Pey (eds.), *Mujeres y disidencias de la Arqueología Sudamericana en diálogo. Colección El Pasado Nos Convoca*. Buenos Aires, Editorial del ISES-SAA. En prensa.

Associação Nacional de Travestis e Transexuais 2018. *Mapa dos assassinatos de travestis e transexuais no Brasil em 2017*. https://antrabrasil.org/wp-content/uploads/2018/02/relatc3b3rio-mapa-dos-assassinatos-2017-antra.pdf

Bardolph, D., S. Chacaltana Cortez, V. Killian Galvan, A. Hamilton, M. Murphy, L. Pey, B. Sapp y B. Scaffidi 2022. Power, politics, and public secrets: assessing patterns and impacts of sexual misconduct in the andean studies community. Trabajo presentado en el *62° Institute of Andean Studies Annual Meeting*. Berkeley, Estados Unidos.

Bellelli, C., V. Scheinsohn y M. Berón 1993. Una arqueología de distinto género. *Publicar 2*(3): 47-61.

Benavides, O. H. 2019. A ilha dos homens menstruados: introdução de leacock sobre "Origem da família, a propriedade privada e o Estado" do Engels. *Revista Arqueología Pública* 13(1[22]): 85-98.

Butler, J. 2006. *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós.

Carboni, B. S., y M. Di Tullio 2024. Cuerpos desplazados, cuerpos que sienten. Emociones y género en el trabajo de campo arqueológico. *Práctica Arqueológica* 7(1): 53–67.

Chaparro, M. G., C. Bellelli, V. Scheinsohn y M. A. Berón 2019. Género en la arqueología argentina. Trayectorias, prácticas y saberes: Conversatorio 2019. *Práctica Arqueológica* 2(1): 42–46.

Ciriza, A. 2015. Construir genealogías feministas desde el Sur: encrucijadas y tensiones. *Millcayac. Revista Digital De Ciencias Sociales* 2(3): 83-104.

Colectivo GEFA 2020. *II Conversando con GEFA ¡Yo te creo! Arqueología y acoso sexual.* [Video]. Colectivo GEFA Género Feminismo y Arqueología (13 de junio de 2020). Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=igZJPRFzJY

Conkey, M. y J. Spector 1984 Archaeology and the study of gender. *Advances in Archaeological Method and Theory* 7: 1-38.

Crenshaw, K. 1989. Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *The University of Chicago Legal Forum* 140:139-167

Dahlberg, F. (ed.) 1981. *Woman the Gatherer*. New Haven, Yale University Press.

Denis, A. C. 2024. La cultura material en América Latina desde un enfoque interseccional: un acercamiento a los estudios sobre las producciones artesanales y artísticas de las mujeres originarias del Abya Yala. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Sociales* 28: 9–42.

Despret, V. 2023. *Cuando el lobo viva con el cordero*. Buenos Aires, Cactus.

Eguia, L., I. Gordillo, C. Prieto y L. Milani 2023. Cuidar a quienes cuidan. *Práctica Arqueológica* 6(2): 93–100.

Elichiry, V. y S. Arislur 2024. El poblamiento americano y los estudios líticos en Argentina desde un recorrido con diversas experiencias académicas y personales: entrevista a la Lic. Nora Flegenheimer. *Práctica Arqueológica* 7(1): 93–101.

Espiro, V. E. 2023. Feminismo y práctica arqueológica: experiencias en la educación y gestión universitaria. *Práctica Arqueológica* 6(2): 65–75.

Fernandes Caromano, C., M. Viganó Gaspar, E. Pereira, M. Lima, y J. de Lima 2017. Nem todas são Betty ou Anna: o lugar das arqueólogas no discurso da Arqueologia Amazônica. *Revista de Arqueología* 30(2): 115–129.

Fernandes Caromano, C., C. Moraes Wichers, M. Viganó Gaspar, E. Pereira Veloso, J. da Silva Belletti, L. M. Cascon y M. Bezerra 2025. Panorama actual de las Arqueólogas en Brasil: desafíos y perspectivas. *Revista del Museo de Antropología* 18(1): 457-470.

Gero, J. M. 1983. Gender bias in archaeology. En J. Gero, D. Lacy y M. L. Blakey (eds.), *The socio-politics of archaeology*: 51-57. Amherst, University of Massachusetts Press.

Gero, J. M. y M. W Conkey 1991. *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*. Oxford, Basil Blackwell.

Gluzman, G. A. 2023. Trayectorias femeninas individuales en contextos históricos patriarcales: Myriam Tarragó, pionera. *Arqueología* 29(3): 1-25.

Grzegorczyk, M. y V. M Salerno 2024. Detectoristas de metales en la provincia de Buenos Aires: reflexiones desde una mirada de género. *Práctica Arqueológica* 7(1): 42–52.

Guajardo, V., L. Pey, V. Killian Galván y C. Prieto-Olavarría 2023. Memoria del conversatorio "Mujeres y Disidencias en la Arqueología Argentina. Pasado, presente y futuro" (XXI Congreso Nacional Arqueología Argentina - Corrientes 2023). *Práctica Arqueológica* 6(2): 76–92.

Haas R., J. Watson, T. Buonasera, J. Southon, J. C. Chen, S. Noe, K. Smith C. Llave, J. Eerkens y G. Parker 2020. Female hunters of the early Americas. *Science Advances* 6(45): 1-10.

Isasmendi, M. V. 2023. Identidades performativas en los cuerpos-soporte Condorhuasi: propuesta teórico-metodológica para el estudio iconográfico desde perspectivas de género, feministas y queers. *Relaciones* 48(1): 242-267.

Jofré, C., M. Gamboa, M. Morales, F. E. Gasetúa y M. F Pessio Vázquez 2021. Mujeres y disidencias feministas en las arqueologías sudamericanas: Claves para nombrar la violencia patriarcal y re-existir en las academias hostiles. *Anales de Arqueología y Etnología* 76(2): 69–95.

Joyce, R. A. 1998. Performing gender in pre-Hispanic Central America: ornamentation, representation and the construction of the body. *RES: Anthropological Aesthetics* 33: 147-166.

Joyce, R. A. 2007. Embodied subjectivity: gender, femininity, masculinity, sexuality. En L. Meskell y R. W. Preucel (eds.), *A companion to social archaeology*: 82-95. Malden, MA: Blackwell.

Lee, R. y Devore, I. (eds) 1968. *Man the Hunter*. Chicago, Aldine.

Luna, I. A., y G. Argañaras 2023. La praxis arqueológica desde el hacer femenino. Una experiencia del trabajo de campo realizado en Ibatín. *Práctica Arqueológica* 6(2): 101–108.

Marconetto, M. B. 2021. Not people, women: Arqueología, mujeres y comunidad. Reflexiones desde Lúxor (República Árabe de Egipto). *Anales de Arqueología y Etnología* 76(2): 253–277.

Mazzanti, D. L. 2023. La arqueología en la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina). Historias de resistencias. *Práctica Arqueológica* 6(2): 42-64.

Mazzia, N. y A. Puppio 2024. La arqueología pública: ¿Un campo de indagación y práctica predominantemente feminizado? *Práctica Arqueológica* 7(1): 24–41.

Navarrete, R. 2010. Excavando mujeres en y desde el sur: aproximaciones a la arqueología feminista en latinoamérica. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer* 15(34): 75-104.

Pouget, F. M. C. y A. Vieira de Carvalho 2017. Misoginia e homofobia como elementos de sociabilidade na prática arqueológica. *Revista de Arqueología* 30(2): 106–114.

Pouget, F. M. C. y A.Vieira de Carvalho 2019. Editorial: arqueología queer. *Revista Arqueologia Pública* 13(1[22]): 1–7.

Prieto-Olavarría, C. 2023. Entrevista a Elena Abraham, una de las pioneras de la arqueología de Mendoza (Argentina). Arqueología de las Pampas Altas de Precordillera y la llanura NE. *Práctica Arqueológica* 6(2): 117–128.

Prieto-Olavarría, C., Z. Gelblung, L. Puebla, V. Guajardo, N. Estevez, A. Arenas y V. S. Sáez Roble 2024. Experiencia intergeneracional de arqueólogas en la alta montaña de Mendoza (cordillera de los Andes, Argentina). Reflexiones en la ola verde violeta. *Práctica Arqueológica* 7(1): 77–86.

Puebla, L., C. Prieto-Olavarría, C. Frigolé, D. Guevara Batlllori, M. L. Salgán, S. Zárate Bernardi, M. de la P. Pompei, G. Da Peña, L. Yebra, N. Sugrañes y E. I. Albarrán 2021. Mujeres en la arqueología de Mendoza: pioneras, silencios y nuevas voces. *Anales de Arqueología y Etnología* 76(2): 189–214.

Ramundo, P. 2017. Mujeres y arqueología: el aporte de Juliane Dillenius a la historia disciplinar, a través del análisis documental en el Instituto Ibero-Americano de Berlín. En Y. Paz Trueba, P. Caldo y J. Vassallo (coords.), *Actas de las III Jornadas de Investigación y Reflexión sobre Historia, Mujeres y Archivos:* 151-158. Tandil, Universidad Nacional del Centro.

Ramundo, P. 2019. La ciencia en manos femeninas: biografía de Juliane Dillenius, la primera antropóloga física americana. En *Bérose Encyclopédie Internationale des Histoires de l'Anthropologie*. https://www.berose.fr/article1741.html?lang=fr

Ribeiro, L., B. S. R. da S Formado, S. Schmidt y L. Passos 2017. A saia justa da arqueologia Brasileira: mulheres e feminismos em apuro bibliográfico. *Revista Estudos Feministas* 25(3): 1093-1110.

Rivet, C. 2021. Ero-temas entre pinturas y papeles. Prácticas sexuales y géneros en la Puna de Jujuy entre los siglos XIV Y XVIII. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 26(2): 61-77.

Rodríguez Sumar, P. 2022. Repensando la categoría de género y poder en los Andes prehispánicos: el caso de Mama Huaco. En C. Tavera Medina y L. Santana Quispe (eds.), *Mujeres del pasado y del presente. Una visión desde la arqueología peruana:* 79-95. Lima, Instituto Peruano de Estudios Arqueológicos.

Rolnik, S. 1989. *Cartografa sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. San Pablo, Estaçâo Liberdade.

Saccone, E., E. Villarmarzo y J. Blasco 2025. Primeras arqueólogas profesionales en Uruguay dentro una trama intergeneracional: trayectorias, legados y aprendizajes. *Revista del Museo de Antropología* 18(1): 411-424.

Salas-Medellín, R., A. Jaramillo González, D. Mendoza León, M.E. Ramírez Corredor y Orejuela Mesa, D. P. Castro Montes, A. Gutiérrez Lara y M. Bran Pérez 2021. Hilando en colectivo hacia una arqueología de género y feminista en Colombia: Colectivo GEFA (género, feminismo y arqueología). *Anales de Arqueología y Etnología* 76(2): 97–123.

Sánchez Mosquera, A. 2025. Nadie habla de ellas: la historia de los Museos del Banco Central del Ecuador a través de sus mujeres no visibilizadas -un proyecto en construcción-. Entrevista a Susana Burgos, María Inés Orellana y Mathilde Temme. En S. Arislur, B. S. Carboni y L. Pey (eds.), *Mujeres y disidencias de la Arqueología Sudamericana en diálogo. Colección El Pasado Nos Convoca*. Buenos Aires, Editorial del ISES-SAA. En prensa.

Sandoval Ramos, B., S. L. Carlini Comerci, M. C. Perosino, D. Micheli, A. Barreiro, N. Rabuffetti, y E. Cels Manavella 2023. Tareas y problemáticas feminizadas en la búsqueda de personas desaparecidas. La experiencia de la Colectiva de Intervención Ante las Violencias. *Práctica Arqueológica* 6(2): 109–116.

Scattolin, M. C. 2003. Representaciones sexuadas y jerarquías sociales en el noroeste argentino prehispánico. *Acta Americana* 11(1): 30-48.

Scheinsohn, V., C. Bellelli, M. Berón y M. Mondini 2023. Estar y acompañar: acerca de la paridad de género en la arqueología en un contexto cambiante. *Práctica Arqueológica* 6(2): 32–41.

Scott, J. W. 1996. El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (comp.), *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*: 265-302. México, PUEG.

Scott, J. W. 2008. *Género e historia*. México, Fondo de Cultura Económica.

Sene, G. M. 2017. Pela materialidade dos gêneros: repensando dicotomias, sexualidades e identidades. *Revista De Arqueología* 30(2): 162–175.

Sepúlveda, M. 2025. Mujeres de la arqueología chilena. Trayectorias investigativas en los últimos 40 años frente a las políticas nacionales en Ciencia. *Revista del Museo de Antropología* 18(1): 425-440.

Sene, G. M. 2018. A Infância do gênero: a visibilidade das crianças na pré-história do Norte de Minas Gerais. *Revista Habitus* 16(1): 54–74.

Sene, G. M., S. A. Viana y M. C. O. de Moura 2018. Gênero em arqueologia e antropologia. *Revista Habitus* 16(1): 1–4.

Silva, E. N. 2019. As folhas de videiras das Evas da Ilha de Marajó e a (des)construção de narrativas arqueológicas. *Revista Arqueologia Pública* 13(1[22]): 155-179.

Slocum, S. 1975. Woman the gatherer: male bias in anthropology. En R.R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*: 36-50. New York, Monthly Review Press.

Tavera Medina, C. 2019. Una mirada feminista a la comunidad arqueológica peruana. *Desde El Sur* 11(2): 239-260.

Tavera Medina, C. 2025. Ciber activismo arqueológico feminista: una lectura desde Perú. En S. Arislur, B. S. Carboni y L. Pey (eds.), *Mujeres y disidencias de la Arqueología Sudamericana en diálogo. Colección El Pasado Nos Convoca*. Buenos Aires, Editorial del ISES-SAA. En prensa.

Tavera Medina, C y M. Diaz-Andreu (eds.) 2025. Dossier ArqueólogAs de Sudamérica. Historias de Resiliencia. *Revista del Museo de Antropología* 18(1): 331-340.

Ugalde, M. F. 2019a. Las alfareras rebeldes: una mirada desde la arqueología ecuatoriana a las relaciones de género, la opresión femenina y el patriarcado. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 1(36): 33-56.

Ugalde, M. F. 2019b. Arqueologia sob a lente Queer: um compromisso com a multivocalidade. *Revista Arqueologia Pública* 13(1[22]): 135-154.

Villarmarzo, E., J. Blasco y E. Saccone 2021. Mirar la historia de la arqueología uruguaya con lentes violetas. *Anales de Arqueología y Etnología* 76(2): 125–157.

Voss, B. L. y R. A Schmidt (eds.) 2000. *Archaeologies of sexuality*. Londres, Routledge.

Williams, V. y B. Alberti (eds.) 2005. *Género y Etnicidad en la Arqueología Sudamericana*. Olavarría, INCAUPA-UNICEN.

Williams, V. y A. Korstanje 2021. ¿Porqué el pasado nos convoca como colectiva de mujeres? *Anales de Arqueología y Etnología* 76(2): 159–188.

Wylie, A. 1991 Gender theory and the archaeological record: why is there no archaeology of gender? En J. Gero y M. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory:* 31-54. Basil Blackwell, Oxford.

# ARQUEOLOGÍAS DE LA HISTORIA RECIENTE

# MÁS ALLÁ DEL DOCUMENTO: PERSPECTIVAS CRÍTICAS Y TRAYECTORIAS TEÓRICAS EN LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA CONTEMPORÁNEA

**Virginia Pineau**[1]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | virpineau@gmail.com

**RESUMEN:** Este capítulo analiza la evolución del concepto de arqueología histórica, examinando las tensiones teóricas y metodológicas entre las tradiciones europea y norteamericana. Se exploran definiciones claves, desde el enfoque cognitivo de Deetz hasta la perspectiva crítica de Leone y la visión global de Orser sobre el mundo moderno. Asimismo, se integra la arqueología de la práctica de Johnson y las contribuciones de autores latinoamericanos y africanos que cuestionan el eurocentrismo. Se propone superar dicotomías tradicionales, definiendo la disciplina a través de arqueologías temáticas que estudian la subjetividad moderna y el capitalismo. Finalmente, se detalla el desarrollo de la arqueología urbana y rural en Argentina, destacando investigaciones que vinculan el registro material con la memoria y las comunidades locales.

**ABSTRACT:** This chapter analyzes the evolution of the concept of Historical Archaeology, examining the theoretical and methodological tensions between European and North American traditions. It explores key definitions, ranging from Deetz's cognitive approach to Leone's critical perspective and Orser's global vision of the modern world. Furthermore, it integrates Johnson's "archaeology of practice" and contributions from Latin American and African authors who challenge eurocentrism. It proposes moving beyond traditional dichotomies, defining the field through thematic archaeologies that study modern subjectivity and capitalism. Finally, it details the development of urban and rural archaeology in Argentina, highlighting research that links the material record with memory and local communities.

## INTRODUCCIÓN

¿Qué es la arqueología histórica? ¿Existe arqueología que no lo sea? A lo largo de este capítulo desarrollaremos el devenir de este campo disciplinar y cuáles fueron las discusiones teóricas y metodológicas del mismo. Además, nos centraremos en algunos de los estudios realizados en Argentina durante los últimos 40 años en sus subdisciplinas.

Este capítulo no es el primero que se propone realizar este recorrido. Hace veinte años (Pineau 2006) ya hemos realizado uno similar. Otros autores también lo han hecho. Al respecto podemos mencionar a Senatore y Zarankin (1996), Pedrotta y Gómez Romero (1998), Gómez Romero (2005), Ramos (2000, 2006), Carbonelli (2010) y Landa y Ciarlo (2016), entre otros. A lo largo de este trabajo incluiremos varios de ellos en la presentación de los diversos temas. Finalmente, este artículo se propone aportar a la discusión de la arqueología del siglo XXI.

Desde los años 60 del siglo XX, la denominada arqueología histórica se ha ido desarrollando[1], primero en América del Norte y luego en América del Sur en general y en Argentina en particular. Antes de describir a los diferentes autores que la definieron es importante comprender el contexto en el cual comienza a gestarse este campo de estudio. A mediados del siglo XX, los dos grandes centros de producción en esta área de conocimiento eran Europa y Estados Unidos. Sin embargo, existen diferencias respecto a cómo conciben a la arqueología en general en cada uno de ellos, que repercute en la manera de entender la arqueología histórica.

En el primer caso, la arqueología está dentro de la historia. Está más ligada a la historia del arte y al estudio de las grandes civilizaciones. Los períodos considerados históricos son divididos de acuerdo con las características propias de cada uno de ellos: arqueología clásica, medieval, post medieval. Existe una continuidad entre la prehistoria y la historia. En este sentido, la arqueología histórica no constituye un campo disciplinar con entidad propia.

Actualmente, como lo afirma la arqueóloga eslovena Katarina Predovnik:

> "*European archaeologists have long been reluctant to adopt the term "historical archaeology", and although it has gradually become more widespread it has also become more ambiguous. In various regions and research contexts it can denote (later) medieval, post-medieval, and even contemporary archaeology*" (Predovnik 2023:91)[2].

[1] Si bien existen estudios previos que se podrían incluir en el marco de la arqueología histórica desde el siglo XVII, es a mediados del siglo pasado cuando comienzan los estudios sistemáticos dentro de este campo de estudio.

[2] "Los arqueólogos europeos han sido durante mucho tiempo reacios a adoptar el término "arqueología histórica" y, aunque se ha vuelto gradualmente más extendido, también se ha vuelto más ambiguo. En diversas regiones y contextos de investigación puede denotar arqueología medieval (tardía), posmedieval e incluso contemporánea" (traducción propia).

Además, la consolidación de la arqueología histórica como campo unificado ha enfrentado resistencias derivadas de las sólidas tradiciones nacionales de periodización. Por un lado, la tradición británica, consolidada bajo la etiqueta de post-medieval archaeology, ha priorizado el estudio de la transición hacia el capitalismo, la urbanización y la cultura material de la temprana industrialización (Courtney 2009). En contraste, en el ámbito germanoparlante, la *Neuzeitarchäologie* (arqueología de la Edad Moderna) ha mantenido una vinculación más estrecha con la historia cultural y la historia de la vida cotidiana, enfocándose en la reconstrucción hermenéutica de las prácticas sociales y las mentalidades dentro de marcos temporales que a menudo se perciben como periodos densamente documentados (Mehler 2020).

En Estados Unidos, por el contrario, la arqueología es concebida como parte de la antropología. Esto significa que hay una ruptura entre la prehistoria y la historia. La prehistoria estudia al "otro", a los pueblos originarios que no tenían escritura propia en el sentido occidental del término. La arqueología histórica, entonces, se ocuparía del estudio de "nosotros", de los que poblaron el continente a partir de la época colonial.

El concepto arqueología histórica surge en los Estados Unidos hacia mediados del siglo XX. No es un hecho fortuito dado que se consolidan los estudios de arqueología en contextos postcoloniales. Este fortalecimiento se vio reforzado por la aparición de la *Society for Historical Archaeology* en 1967 y la publicación de su revista *Historical Archaeology* el mismo año.

A continuación, presentaremos un recorrido respecto a las distintas definiciones de arqueología histórica que se hicieron desde entonces. Entendemos que el mismo puede ser escueto debido a que se trata de un artículo de síntesis.

## ALGUNAS DEFINICIONES DE ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA

James Deetz, arqueólogo norteamericano, en 1977 publica su libro más reconocido *In small things forgotten: the Archaeology of early American life* que inaugura los estudios sistemáticos dentro de la arqueología histórica. En la reedición de 1996 la define como "*the archaeology of the spread of the European cultures throughout the world since the fifteenth century, and their impact on and interaction with the cultures of indigenous people*"[3] (Deetz 1996:5). Esta definición introduce, desde los inicios de la subdisciplina, la importancia de tener una perspectiva global al interpretar los hallazgos que será retomada por otros investigadores. Sin embargo, es posible criticarla dado su punto de vista eurocéntrico. Los pueblos indí-

[3] La arqueología de la expansión de las culturas europeas por el mundo desde el siglo XV, y su impacto e interacción con las culturas de los pueblos indígenas (traducción propia).

genas son vistos únicamente como grupos impactados por el contacto europeo sin tener en cuenta sus propios procesos de cambio o los efectos que tuvieron en los colonos europeos el encuentro.

En particular, en ese libro también define a la arqueología histórica como el estudio de los restos culturales de las sociedades con escritura que fueron capaces de registrar sus propias historias (Deetz 1996). Esta distinción entre sociedades con y sin escritura condiciona nuestro entendimiento de los procesos históricos en su totalidad. Esto es debido a que quedan excluidos aquellos pueblos contemporáneos que no registraron su historia de forma escrita o que la misma fue registrada por otros. Aquí comienza una de las discusiones metodológicas que acompañarán el desarrollo de esta subdisciplina ¿Qué rol ocupan los documentos en los estudios en arqueología histórica? ¿Cuál es la relación con el registro arqueológico?

También incluye para los períodos más recientes el uso de informantes y de fotografías. En el primer caso, propone la realización de entrevistas a distintas personas dado que la memoria es falible. En el segundo, las fotografías permitirían reconstruir cómo eran los edificios en épocas anteriores o conocer aquellos que han sido demolidos.

En sus estudios, Deetz toma en cuenta tanto el registro arqueológico como el documental. Ambos registros son vistos como complementarios. A partir de ellos define un nuevo orden denominado *Georgian order* (orden gregoriano) característico de la sociedad moderna que tendrá consecuencias en los objetos que se recuperan en el registro arqueológico. El *Georgian order* permite explicar el cambio de la mentalidad de los colonos angloamericanos de Nueva Inglaterra, Virginia y las Carolinas entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX. En las secciones añadidas en la edición de 1996, también analiza la influencia de los estilos de vivienda y las prácticas culinarias de África Occidental en la cultura material y la arquitectura afroamericana, en parte como respuesta a las críticas al eurocentrismo.

La principal característica de este nuevo orden es el cambio de lo comunitario a lo individual. Previo a este orden, la gente compartía platos, dormía en habitaciones comunes y las casas crecían de forma asimétrica según la necesidad. La arqueología, al estudiar la cultura material es la disciplina que permite observar estos cambios.

El Orden Georgiano introdujo una nueva mentalidad centrada en el individuo y la privacidad. Como consecuencia, cada persona tenía su propio plato y cubiertos, en lugar de compartir una fuente común. Las casas comenzaron a tener pasillos centrales para separar las habitaciones y los espacios se volvieron privados. Finalmente, en la arquitectura, esto se tradujo en fachadas con una puerta central y ventanas equilibradas a los lados (el estilo georgiano clásico).

Para Deetz este nuevo orden estaría relacionado con un cambio de tipo cognitivo, aunque no explica por qué ocurre ese cambio. Más aún, tampoco plantea un devenir histórico de este

cambio, sino que simplemente se limita a buscar y a encontrar los nuevos indicadores en la cultura material analizada.

Leone (1988) retoma el concepto de *Georgian order* pero, desde un enfoque marxista, relacionándolo no con una cuestión estética sino con el poder. Este autor equipara a la arqueología histórica con el estudio de la expansión del capitalismo. Esto puede ser observado a partir de ciertos indicadores que pueden ser "rastreados" en cualquiera de los estudios de arqueología histórica e implican un nuevo orden social racional. Este nuevo orden se observa en la segmentación entre el intelecto y el individuo que racionaliza la naturaleza y por lo tanto, la controla. Como ejemplos de ello, Leone se focaliza en aquellos objetos que impliquen el individualismo y el racionalismo. El autor hace hincapié en la cultura material que reflejaría ambas cosas, por ejemplo, en el uso de cubiertos para cada comensal o en los objetos utilizados para medir y controlar, como los relojes o los instrumentos científicos e incluso los instrumentos musicales.

El autor aplica su propuesta al estudio del jardín de William Paca en Annapolis, Maryland, Estados Unidos. Paca fue uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia y lo construyó entre 1763 y 1765. Leone utilizó el estudio para demostrar que en realidad se trataba de lugares para observar y replicar la precisión del universo como un mecanismo de relojería. Estos lugares se convertían entonces en instrumentos que permitían legitimar y consolidar el lugar que personajes como William Paca ocupaban en la sociedad de Annapolis. Para Mark Leone, este jardín no es una decoración sino un dispositivo de control. A través de la simetría y la perspectiva distorsionada, la élite de Annapolis "educaba" la vista de los ciudadanos para que aceptaran el orden social y económico del capitalismo como algo tan lógico y armonioso como un jardín bien podado.

El nuevo orden propuesto es, como dijimos, racional pero también es ideológico. Detrás de este orden, según Leone, está el poder del sistema que naturaliza las construcciones culturales –como el tiempo– para así enmascarar y perpetuar las relaciones de poder.

Mientras que Deetz interpreta el surgimiento del *Georgian order* como una transformación cognitiva y cultural hacia el individualismo moderno —donde la simetría y la segmentación del espacio reflejan una nueva psique humana—, Mark Leone trasciende lo estético para situar este cambio en el terreno del poder. Para Leone, el orden no es solo un cambio de mentalidad, sino una herramienta del capitalismo mercantil en Annapolis: la estandarización de la cerámica y la geometría de los jardines operan como una "naturalización" de la desigualdad social. En conjunto, ambos autores demuestran que la cultura material del siglo XVIII no fue un simple cambio de moda, sino el escenario donde se negociaron la identidad individual (Deetz) y la disciplina del sistema capitalista (Leone). Más aún, Leone insta a los arqueólogos a vincularse profundamente con la comunidad que investigan, vinculando el pasado con el presente y otorgándole a la arqueología histórica una participación activa en los procesos de cambio y resistencia de la actualidad.

Por otro lado, Orser (1996a) rastrea definiciones de arqueología histórica y las clasifica de tres maneras distintas: como el estudio de un período de tiempo, como un método de investigación y como el estudio del mundo moderno. Para este autor, cada definición es correcta en algún sentido, pero sólo la última descubre el poder del campo disciplinar. Por tanto, Orser define a la arqueología histórica como un campo multi e interdisciplinar que comparte una relación especial con las disciplinas formales de la antropología y la historia buscando entender la naturaleza global de la vida moderna. Los tiempos modernos incluyen el colonialismo global, el eurocentrismo, el capitalismo y la modernidad. Estos cuatro conceptos están siempre presentes en estos estudios, afectando a todos los sitios alrededor del mundo moderno. Ellos son, para el autor, una parte inexorable de los tiempos modernos.

Al definir al colonialismo como global, Orser amplía este concepto incluyendo los estudios de los europeos en América y también considerando que éste fue un proceso que se dio a escala mundial. Más aún, propone que el colonialismo no debe ser entendido como el intercambio de objetos e ideas entre europeos y no europeos sino como la consecuencia del imperialismo, esto es, aquellas ideas, actitudes, creencias e instituciones que permiten a un imperio legitimar su rol a pesar de la distancia espacial entre las colonias y las metrópolis. El eurocentrismo es explicado como la imposición en las colonias de los modos de vida europeos sin tener en cuenta los aspectos locales. Siguiendo este concepto, la única manera que tendrían las sociedades no europeas de sobrevivir sería a través de la imitación de Europa. La arqueología histórica, por tanto, debe confrontar al eurocentrismo para entender su fuerza y poder en la creación de los tiempos modernos.

Del mismo modo, Orser considera al capitalismo como un sistema económico en el cual aquellos que proveen el capital son los que controlan la producción de las mercaderías. Sin embargo, este sistema económico no sólo impone formas de producción sino también otros aspectos que tienen que ver con lo ideológico o lo político.

Por tanto, la modernidad comenzaría cuando los europeos se ven a sí mismos como el centro del mundo y al resto como la periferia. A partir de este etnocentrismo se establece entre ambos una relación en donde los europeos "deben civilizar" a aquellos pueblos que juzgan como "primitivos". Si estos pueblos no civilizados se resisten, los europeos pueden legítimamente usar la violencia.

En resumen, Orser sostiene que existe un único proceso que impacta tanto en los colonizados como en los colonizadores y considera que este proceso es descripto a través de los conceptos desarrollados anteriormente. A diferencia de Deetz, que se centraba en Nueva Inglaterra y el mundo anglosajón, Orser propone una perspectiva global. Argumenta que un plato de porcelana encontrado en una plantación de Brasil no puede entenderse sin mirar el comercio con China y la economía de Europa. Para él, todos los sitios están conectados por redes de comercio y poder. Esta perspectiva la llevó a la práctica dado que realizó trabajos

de arqueología en lugares distantes como la Plantación Millwood del siglo XIX (Carolina del Sur, EE. UU.), buscando entender la transición de la esclavitud a la libertad (Orser 1988), el asentamiento campesino Gorttoose (Condado de Roscommon, Irlanda) donde estudió el impacto del colonialismo británico y el capitalismo en el campesinado irlandés del siglo XIX (Orser 2006), y el *quilombo* de Palmares (Brasil) porque le interesaba ver cómo grupos que rechazaban el sistema colonial seguían utilizando, en ocasiones, cultura material de origen europeo o indígena para sobrevivir y resistir (Orser 1996b).

En 2007 Orser escribió el artículo introductorio para el primer número de la *Revista de Arqueología histórica Argentina y Latinoamericana*. Allí retoma algunos de los conceptos desarrollados previamente. Resalta el hecho que la arqueología histórica tiene que ser de alcance global y no solamente de aquellos lugares conectados con Europa. Para ello acuña el concepto de glocalización. Esto significa que el capitalismo y el colonialismo no se impusieron de forma uniforme en todo el planeta, sino que fueron reinterpretados y adaptados por las comunidades locales. Así, un objeto producido en masa (como una botella de vidrio o un plato de loza inglesa) es un producto global, pero el uso, el significado y el valor que recibe dentro de una cabaña de esclavizados o una aldea campesina es un proceso local. En arqueología, esto significa que el investigador no debe elegir entre estudiar "lo pequeño" o "lo grande", sino analizar cómo ambos niveles se entrelazan. La glocalización demuestra que las personas del pasado no eran sujetos pasivos del sistema; por el contrario, utilizaban las mercancías del comercio mundial para construir sus propias identidades y estrategias de resistencia (Orser 2007). Por ello propone que los arqueólogos deben trabajar teniendo en cuenta múltiples escalas espaciales. Excava localmente, piensa globalmente es una de sus frases que resume esta propuesta.

Con respecto al marco temporal, propone que éste sea bidireccional:

> "El reconocimiento consciente de la necesidad de mirar hacia adelante y hacia atrás a partir de la fecha inicial y terminal de ocupación de un sitio, más que simplemente desde aquel hasta el presente, le otorga a la arqueología del mundo moderno una perspectiva especial sobre el desarrollo del mundo moderno" (Orser 2007:22).

Además, no establece una fecha terminal de interés para los estudios del mundo moderno, sino que los mismos terminan en el presente, en el día de hoy. Todos estos conceptos y propuestas serán profundizadas en un artículo posterior, donde además incluye el estudio del patrimonio como un área de interés para quienes trabajan desde la arqueología histórica (Orser 2010).

Una propuesta diferente es la que plantea Johnson (1996). Este autor, si bien es norteamericano, se formó en universidades inglesas. Actualmente se encuentra en la Northwestern

University (Illinois, EE. UU.), por lo que sus trabajos podrían considerarse un puente entre ambas tradiciones académicas. Johnson estudia lo que denomina período postmedieval en Europa en términos de una diversidad de prácticas culturales que dejan rastros materiales que sobreviven para los arqueólogos y que frecuentemente adquieren diferentes significados en distintos contextos. La relación entre las cosas, las personas y los significados cambian, así como las cosas, las personas y los significados cambian en sí mismos (Johnson 1996).

Lo particular de lo que Johnson denomina arqueología del capitalismo, es que se centra en el estudio del cambio de las prácticas culturales como consecuencia de la expansión del capitalismo. Esto no debe verse como una explicación unicausal o universalista sino como el marco global a partir del cual se puede estudiar la diversidad de dinámicas implicadas en la formación de la sociedad moderna en diferentes contextos regionales y locales. Johnson propone ver cómo las nuevas prácticas culturales, que surgen como consecuencia del capitalismo, impactan en las ya existentes, transformándolas o incluso reemplazándolas para finalmente constituir un nuevo orden social al que denomina sociedad moderna.

En síntesis, a lo largo de la historia de la humanidad existieron múltiples ejemplos de cambios en las prácticas culturales que pueden ser estudiados desde la arqueología. Lo particular de la arqueología histórica es que se centra en el estudio del cambio de las prácticas culturales como consecuencia de la expansión del capitalismo. Consideramos que el aporte de los estudios de casos de la colonización y la constitución de los estados nacionales en América del Sur, por ejemplo, enriquece profundamente la discusión. Estos procesos internos o particulares de la historia sudamericana estuvieron estrechamente vinculados con la expansión del capitalismo (en sus diferentes fases) y de un nuevo orden económico mundial. Sin embargo, insistimos en que es necesario estudiarlos y explicarlos desde su particularidad, no subsumidos en un proceso mundial que homogeneizaría las explicaciones locales y no permitiría ver cómo estos procesos particulares también influyeron en los procesos globales.

Resumiendo, la arqueología histórica (en cualquiera de sus denominaciones) propone estudiar cómo los objetos —desde un plato de loza fina hasta la disposición de una vivienda— participan en la creación de sujetos modernos. No se trata sólo de contar fragmentos de vidrio, loza o gres, sino de observar cómo el capitalismo se instaló en la vida cotidiana de la gente. Eso no es solo un cambio de vajilla, es el reflejo de la aparición del individuo moderno, de la privacidad, de conceptos que hoy nos parecen naturales pero que se construyeron en ese momento.

En el libro *The Transition to Capitalism* (2009) Johnson aborda el problema de cómo la arqueología histórica ha definido la "transición al capitalismo". Su argumento principal es que no debemos buscar el capitalismo solo en las grandes cifras del comercio mundial, sino en la transformación de la subjetividad humana a través de la cultura material. Esto no fue un sistema que "llegó" a las comunidades desde fuera (escala global), sino que se gestó mediante

un cambio en las prácticas cotidianas. Propone que el "cierre" (*closure*) del paisaje y de la casa en Inglaterra creó un nuevo tipo de individuo: uno que valora la privacidad, la propiedad delimitada y la separación del tiempo de trabajo del tiempo de ocio. Este individuo es el que luego hace posible la expansión global del sistema.

En este sentido, Johnson observa que, a partir del siglo XVIII, las casas en las colonias americanas y en las provincias inglesas empezaron a compartir un mismo patrón de simetría y compartimentación. Esta estandarización no es sólo moda; es la evidencia material de una clase media atlántica que comparte los mismos valores capitalistas de orden y control, independientemente de si viven en Londres o en Virginia. Actualmente está trabajando en la profundización de estas ideas analizando cómo los objetos y edificios fueron partícipes de la creación de identidades compartidas a través del océano. Propone que la identidad "inglesa" no es algo estático, sino un conjunto de prácticas materiales que se vuelven "fluidas e inestables" al cruzar el Atlántico, un proceso que él mismo analiza bajo el lente de la glocalización.

Finalmente, recuperando la propuesta de Orser respecto a que los estudios del mundo moderno terminan en el presente –en el día de hoy– es necesario entonces pensar acerca de la arqueología del siglo XXI. En este sentido, si a Johnson le interesa el origen del capitalismo y sus consecuencias en la arqueología, González Ruibal, arqueólogo español, se ocupa de la arqueología del siglo XX y XXI cuando el capitalismo ya se encuentra desarrollado y maduro. En su libro *An Archaeology of the Contemporary Era* considera que es una época única y que puede definirse en términos arqueológicos. Aún más, la arqueología es la disciplina que mejor puede hacerlo debido a que se trata de un tiempo de exceso material. Entonces ¿cómo define la era contemporánea? Afirma que es la persistencia de las cosas (objetos) lo que conecta las diferentes épocas. Por lo tanto, la contemporaneidad se define por las relaciones entre artefactos que coexisten en el presente (González Ruibal 2019).

También introduce el término supermodernidad, acuñado por Augé, quien lo define como la modernidad excesiva y desviada característica de la época actual. En tal sentido, advierte a los arqueólogos contemporáneos respecto a estar preparados para abordar no sólo los materiales en contexto arqueológico, sino también lo que denomina lo no sistémico, es decir, aquellos que están en proceso de desmantelamiento o lo que está en ruinas pero que se utiliza al mismo tiempo.

El aporte de la arqueología contemporánea está dado no sólo por generar nuevos conocimientos a partir de otras fuentes, sino también por ampliar y reforzar lo que sabemos sobre procesos recientes, como ocurre con los aportes de la arqueología forense o la arqueología de las dictaduras y de la violencia.

¿Cuáles son los aportes de América Latina a la definición de arqueología histórica? Goñi y Madrid (1996), desde Argentina, cuestionan la visión tradicional que subordina la arqueología a la historia, rechazando la idea de que el registro material sea un dato "crudo" o in-

completo que solo el documento escrito puede "cocinar" o explicar. Defienden la autonomía metodológica de la arqueología, argumentando que los restos materiales tienen una capacidad explicativa propia y no deben usarse simplemente para confirmar lo que dicen los textos. Argumentan que la distinción fundamental entre ambos registros radica en su intencionalidad: mientras que el registro histórico suele ser una construcción consciente de lo que una sociedad quiso mostrar de sí misma (documentos, museos), el registro arqueológico no fue generado, en la mayoría de los casos, con ese fin. Por lo tanto, proponen que la información histórica debe ser tratada como una fuente de hipótesis a contrastar, y no como una explicación *per se*, evitando así caer en tautologías metodológicas donde el dato escrito se convierte en el "juez último" de la investigación.

En contraposición, Gómez Romero y Pedrotta (1998) analizan las distintas definiciones de arqueología histórica que estaban en discusión hacia fines del siglo XX. En particular ponen el énfasis en la forma en que participan en la investigación las fuentes históricas y etnohistóricas. Los autores plantean la necesidad de desarrollar estrategias de investigación propias que no sean una mera traspolación de los métodos de la arqueología prehistórica. Esto se debe a la elevada complejidad de las sociedades estudiadas, donde convergen variables económicas, políticas y sociales de alcance global que se reflejan en un registro material diverso y heterogéneo. Con respecto a la relación entre registro arqueológico y registro escrito, proponen una relación de paridad y mutua contrastación, rechazando cualquier jerarquía que coloque a uno como "juez último" sobre el otro. Ambos tipos de evidencia son entendidos como construcciones conceptuales del investigador y deben ser sometidos a una crítica rigurosa que permita un juego dialéctico tanto en la generación como en la validación de hipótesis.

Finalmente, se destaca el potencial de la arqueología histórica como una herramienta de análisis social crítica frente a los sesgos de las fuentes documentales. Dado que los archivos escritos suelen representar la visión de los sectores hegemónicos, la cultura material se vuelve fundamental para reconstruir la trayectoria de los grupos "sin historia", tales como minorías, pueblos originarios y sectores marginados. De este modo, la arqueología no solo complementa el conocimiento histórico, sino que permite mitigar la naturaleza fragmentaria y prejuiciosa de los relatos oficiales. A través de una cooperación interdisciplinaria genuina, la arqueología histórica busca alcanzar interpretaciones del pasado que reconozcan las condiciones de producción del conocimiento científico y ofrezcan explicaciones cada vez más ajustadas a la realidad social.

En 2006, en un texto que resume e incluye intentos anteriores, el arqueólogo argentino Ramos plantea que las periodizaciones propuestas previamente presentan rasgos etnocéntricos o más precisamente eurocéntricos. En este sentido, propone revisar los contextos generales y formular nuevos para los temas y problemas particulares del ámbito americano y argentino. Al momento de definir a la arqueología histórica la entiende como un método

de investigación para problemas del pasado que cuenta con más de una fuente de información. Respecto al uso de documentos escritos en investigaciones en arqueología histórica, este autor propone que debieran ser los historiadores, en el marco de un equipo de investigación interdisciplinario, quienes los utilicen dado que son los que han sido formados académicamente en estas cuestiones. Por otra parte, la información histórica no debe ser utilizada para interpretar la evidencia arqueológica.

Funari, arqueólogo brasileño, publicó en 2007 un artículo en el primer número de *Vestigios - Revista Latino-americana de Arqueología Histórica* donde discute la definición, las problemáticas de la subdisciplina y las principales contribuciones que hace Latinoamérica en estos temas. En primer lugar, ubica su surgimiento en lo que se denomina Nuevo Mundo. Afirma que en el Viejo Mundo se propone una continuidad, mientras que en el Nuevo Mundo se plantea un corte. En este caso, la arqueología histórica se ocupa del pasado de "nosotros" mientras que la arqueología prehistórica del pasado de los "otros". Otra dicotomía que presenta es la de pueblos con y sin escritura; en este caso la subdisciplina trataba de cubrir los huecos del conocimiento histórico. Con el devenir de este campo de estudio, su objetivo se modificó hacia el estudio de modos de vida y procesos sociales del pasado como la expansión europea y el colonialismo, los mecanismos relacionados a la dominación y la resistencia y las nuevas formas económicas y políticas generadas a partir del avance del capitalismo. Funari va a definir a la arqueología histórica, entonces, como el estudio de un sistema mundial coherente caracterizado por poseer formas semejantes de organización económica y política. El autor critica a la denominada arqueología del capitalismo, primero porque el colonialismo, la dominación y la mercantilización del mundo material sucedieron en otros momentos históricos, y segundo porque presenta al surgimiento y dominación del capitalismo como procesos inevitables. Destaca las particularidades de la arqueología histórica en Amércia Latina que, aunque influenciada por modelos norteamericanos y europeos, tiene un impacto propio en la definición mundial de la disciplina; no sólo aporta casos a la arqueología histórica, sino que contribuye a la formulación de la propia epistemología de la subdisciplina.

Finalmente, el continente africano también aporta a esta discusión. En primer lugar, Akinwumi Ogundiran, arqueólogo nigeriano, define la arqueología histórica como el estudio de cómo las comunidades africanas utilizaron su propia cultura material para navegar, resistir y adaptarse a la globalización. Para él, la historia no empezó con la llegada del europeo, sino que el europeo entró en una historia africana que ya estaba en marcha. Al analizar el impacto de las mercancías atlánticas en África Occidental, propone que los objetos importados —como las cuentas de vidrio y los cauris— no fueron simples bienes de consumo pasivo, sino agentes de una transformación profunda en las estructuras sociales y de género (Ogundiran 2002). Las cualidades icónicas y simbólicas de estos objetos

revelan cómo los procesos económicos globales fueron reordenados significativamente a nivel local. Para este autor, el estudio de las interacciones culturales con las mercancías del Atlántico permite rastrear la "agencia africana".

Este enfoque dialoga directamente con la arqueología de la práctica de Johnson, pero aplicada a un contexto de contacto colonial y resistencia. Mientras Johnson observa cómo la cultura material moldea la subjetividad del individuo moderno en Inglaterra, Ogundiran demuestra que, en África, objetos como el caurí permitieron a los agentes locales "informar y moldear las percepciones de sí mismos" frente al avance del sistema-mundo.

Asimismo, la propuesta de historizar la cultura material africana permite desmantelar el concepto de "tradición atemporal". Sostiene que muchas instituciones sociales que hoy se consideran ancestrales son, en realidad, estructuras desarrolladas en el contexto específico de los encuentros atlánticos. Al igual que Funari en América Latina, Ogundiran (2002) utiliza la arqueología para devolver la historia a quienes les fue negada, transformando la biografía cultural de los objetos en una historia cultural de la resistencia y la adaptación.

Por su parte, el trabajo de Ibrahima Thiaw en la Isla de Gorée (Senegal) propone una ruptura necesaria con las narrativas tradicionales de la arqueología histórica africana. Advierte que sitios de gran carga simbólica, como la *Maison des Esclaves*, operan a menudo como espacios de intensa producción de memoria y conciencia moral que no siempre se someten al rigor de la investigación científica. Según el autor, estas visiones —influenciadas por las metanarrativas románticas del panafricanismo y la negritud— han construido un mito global del "paso medio", que simplifica la historia al enfocarse exclusivamente en el esclavo en tránsito y en la dicotomía racial de víctimas negras frente a victimarios europeos (Thiaw 2008, 2011)

Frente a este uso del pasado como un recurso utilizable para fines identitarios, Thiaw utiliza la evidencia arqueológica y documental para recuperar la complejidad de la vida cotidiana en la isla desde el periodo preatlántico hasta el posatlántico. Sus excavaciones revelan una realidad que el relato oficial suele silenciar: la existencia de una sociedad goreana que era, en sí misma, una gran consumidora de esclavitud doméstica. El registro material demuestra que el siglo XVIII estuvo marcado por un amplio acceso a bienes comerciales globales donde las mujeres desempeñaron un papel fundamental, y donde los esclavizados domésticos —particularmente mujeres que proveían servicios a los europeos— habitaron espacios que permitieron procesos de movilidad social y mestizaje.

En última instancia, la arqueología de Thiaw en Senegal funciona como un correctivo crítico. Al estudiar la "vida sin grilletes" y las interacciones locales, el autor logra escribir una historia más inclusiva que visibiliza las experiencias de grupos tradicionalmente marginados. Su enfoque demuestra que la cultura material es el único archivo capaz de subvertir los sistemas de segregación racial y recuperar las capas de la realidad que han sido relegadas

a una "tradición atemporal", devolviendo la profundidad histórica a los encuentros atlánticos, más allá de los mitos globales.

Hasta aquí hemos presentado las diferentes definiciones de arqueología histórica propuestas por distintos autores y desarrollado las discusiones respecto a cuestiones metodológicas como el uso de los documentos escritos. Llegados a este punto, resulta fundamental establecer ¿cuál es nuestro aporte en esta discusión? ¿cómo podemos definir a la arqueología histórica?

A pesar de la persistencia del término "arqueología histórica" en la práctica cotidiana, la disciplina atraviesa una profunda revisión de sus límites. Más que una frontera cronológica o metodológica basada en el uso de documentos, lo que define al campo hoy es la naturaleza de los problemas que investiga. En este sentido, resulta más preciso hablar de arqueologías temáticas —como la urbana, rural o industrial— que reconozcan los diversos procesos sociales ocurridos en los últimos cinco siglos. Esto permite superar los prejuicios heredados de la dicotomía historia/prehistoria, entendiendo que toda arqueología es, en esencia, histórica, y que el documento escrito no es más que otra forma de cultura material que debe ser analizada en tensión con el registro arqueológico. Sin embargo, entendemos que el término arqueología histórica seguirá siendo utilizado por la academia a pesar de las críticas a las que pueda ser sometido.

## ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA EN ARGENTINA: ALGUNOS CASOS DE ESTUDIO

Zarankin y Salerno (2007) describen las distintas temáticas en las que se divide la arqueología histórica en América del Sur. Los autores enumeran a la arqueología de misiones jesuíticas, de frontera, industrial, de sitios mineros, urbana, rural, de campos de batalla y subacuática. Estas dos últimas serán desarrolladas en otros capítulos de este mismo libro. Aquí entonces nos centraremos en la arqueología urbana y rural que han tenido un importante avance en estos últimos veinte años. Presentaremos a algunos investigadores que han trabajado en ambas áreas sin pretender realizar un recorrido exhaustivo, dado que son temáticas de amplio desarrollo en nuestro país.

Chiavazza (2014), discute la idea de hacer arqueología "en la ciudad" y "de la ciudad", diferenciándolas porque esta última aborda lo urbano como problema arqueológico. Chiavazza es uno de los más prolíficos profesionales en el estudio de la arqueología urbana. Creó el Centro de Investigaciones Ruinas de San Francisco, desde donde se han realizado hasta el día de hoy gran cantidad de trabajos arqueológicos en Mendoza y en otras ciudades de América latina.

La ciudad de Buenos Aires ha sido estudiada desde la arqueología urbana por distintos

investigadores. Daniel Schávelzon, arquitecto, fundó el Centro de Arqueología Urbana en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Desde allí se realizaron múltiples trabajos de recuperación de lugares emblemáticos de la ciudad. Cuenta con una gran cantidad de publicaciones que son utilizadas como fuentes de información comparativa para otros estudios en el país. A modo de ejemplo de sus aportes como material de referencia podemos citar su libro de 1991 respecto a la cultura material porteña (Schávelzon 1991). El arqueólogo Marcelo Weissel, por su parte, trabaja con la arqueología de las zonas portuarias de la ciudad, como los barrios de Barracas, La Boca y Puerto Madero (ver Weissel 2015).

Además de Buenos Aires y Mendoza, otras ciudades del país han sido abordadas desde la arqueología urbana. Rosario también tiene un amplio desarrollo de estos estudios; a modo de ejemplo podemos citar los trabajos de Fernetti (2020) en uno de los basureros principales de la ciudad que fue utilizado desde el siglo XIX. La ciudad de Santa Fe ha sido abordada a partir de un estudio de impacto arqueológico por Cocco (2017).

En la ciudad de Córdoba también se llevaron a cabo estudios de impacto arqueológico. Podemos citar los trabajos de Izeta y colaboradores (2012, 2014) y de Marschoff y Lindskoug (2020), donde confrontan las fuentes documentales y la excavación arqueológica. Aún más, incluyen entre sus técnicas la excavación con maquinaria, como la retroexcavadora.

En líneas generales, y como consecuencia del desarrollo de las urbes, la arqueología urbana está muy vinculada con los estudios de impacto arqueológico. Veamos ahora qué pasa en la arqueología rural.

Brittez (2004) define a la arqueología rural como el estudio de los asentamientos productivos en el ámbito rural dado que ellos son los que nos informan de manera única sobre la vida cotidiana de la familia rural típica. Es decir que, su campo se define por los objetivos que persigue y no por el ámbito físico en donde se practica. Además, no sólo centra su interés en los objetos, sino que también incluye el análisis del espacio. Para ello tiene en cuenta los estudios de la arqueología del paisaje. En efecto, se focaliza en las relaciones sociales y las prácticas cotidianas de los diferentes habitantes de los espacios rurales. Su objetivo es dar cuenta de la vida cotidiana de estos pobladores estudiando diversos tipos de sitios arqueológicos: asentamientos (colonias y pueblos) y áreas comerciales (negocios y pulperías).

En nuestro país, estos estudios han tenido gran difusión, fundamentalmente en la región pampeana. Al respecto, en 2018 editamos un volumen que resumía los trabajos realizados hasta el momento (Landa *et al.* 2018).

También, a modo de ejemplo, podemos enumerar los trabajos de Bagaloni (2018a y 2018b) en los que estudia tanto puestos rurales como estancias en el sudeste de la provincia de Buenos Aires. Esta autora, junto con Pedrotta, realiza una excelente síntesis de los tra-

bajos realizados, teniendo en cuenta un análisis crítico sobre el desarrollo, el estado actual y las perspectivas de dicha especialidad (Pedrotta y Bagaloni 2021).

Igualmente trabajando en la provincia de Buenos Aires, García Lerena (2018) resume sus aportes en el estudio de un comercio y una estancia en el noreste de la provincia. Finalmente, Tomassini y Weimann (2020) también analizan los materiales de un negocio en el sur de la provincia, cercano a la ciudad de Bahía Blanca.

Desde 2007, trabajamos en el norte de la provincia de La Pampa en sitios arqueológicos rurales. Hemos excavado distintos tipos de asentamientos y analizado los diferentes materiales de cada uno de ellos (Pineau y Andrade 2018, 2022; Pineau *et al.* 2022, 2024). Los resultados obtenidos nos permiten considerar que los pobladores de esta área tenían acceso a los mismos objetos en calidad y variedad que en algunas ciudades contemporáneas. En tal sentido, en los estudios actuales de espacios rurales en ciencias sociales coexisten planteos que definen a los mismos como opuestos a los espacios urbanos, así como también propuestas críticas que proponen un *continuum* entre ambos (Castro 2018). Se alude a lo rural como sinónimo de campo, entendido como un "ámbito autosuficiente, donde se obtiene lo necesario para vivir, incluso de modo aislado" (Castro 2018:21). Estas definiciones son de carácter esencialista y reduccionista, proponiendo una simplificación de estos espacios y no permitiendo estudiarlos desde su heterogeneidad y complejidad. Nuestro enfoque propone lo contrario.

Finalmente, los estudios en arqueología rural, debido a su temática, permiten el trabajo con las comunidades actuales que tienen vínculos estrechos con los sitios arqueológicos. En este sentido, nos interesa destacar los trabajos realizados en el pueblo de Hugues, provincia de Santa Fe, en donde un equipo de arqueología construye y reconstruye la historia de la fundación del pueblo junto con la comunidad local (García 2020; Giordano *et al.* 2020). Asimismo, a partir de nuestro trabajo de campo en La Pampa, hemos comenzado en 2024 a construir la historia del pueblo de Ojeda, a pedido y junto con la comunidad y las autoridades de Alta Italia, el pueblo vecino de quien depende administrativamente.

## CONCLUSIÓN

En este capítulo se desarrollaron algunas de las discusiones teórico-metodológicas que acompañan a la definición de la arqueología histórica. A partir de ello, podemos concluir que la arqueología histórica contemporánea se consolida no como una mera cronología post-conquista, sino como un campo de batalla epistemológico donde se disputan las narrativas del mundo moderno. Actualmente, la subdisciplina ha superado la visión del "impacto europeo" para centrarse en la agencia de las comunidades. La arqueología se posiciona

como el único archivo capaz de subvertir los silencios del registro escrito y devolver la profundidad histórica a los grupos subalternizados.

En el contexto de Argentina, el desarrollo de las arqueologías urbana y rural en las últimas décadas refleja esta madurez. La transición hacia una "arqueología de la ciudad" y el estudio de los espacios rurales como sistemas complejos y conectados globalmente, rompen con los esencialismos que aislaban al campo de la modernidad. Investigaciones en Mendoza, Santa Fe, Buenos Aires y La Pampa demuestran que los sujetos rurales no fueron actores pasivos, sino participantes plenos de un sistema-mundo que negociaron a través de su propia cultura material.

Finalmente, proponemos que la disciplina se redefine a través de arqueologías temáticas que integran la memoria y la participación comunitaria, demostrando que el análisis de los objetos (materiales y documentales) es indispensable para reconstruir una historia social situada y plural en estrecha colaboración con las comunidades actuales.

## BIBLIOGRAFÍA

Bagaloni, V. 2018a. Una mirada arqueológica del mundo rural emergente en el sur bonaerense desde la estancia La Libertad (segunda mitad del siglo XIX). *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 26(2): 102-124.

Bagaloni, V. 2018b. Desde los primeros puestos rurales hasta la estancia moderna del sur bonaerense: un recorrido arqueológico. *Trabajos y Comunicaciones* 47: 1-27.

Brittez, F. 2004. Arqueología rural en el partido de Coronel Brandsen, provincia de Buenos Aires. En C. Gradín y F. Oliva (eds.), *La Región Pampeana, su pasado arqueológico. Actas del I Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina*: 211-22. Venado Tuerto, Laborde Editor.

Carbonelli, J. P. 2010. La fuente escrita, espacio de confrontación. *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en arqueología* 6: 9-23.

Castro, H. 2018. Lo rural en cuestión: perspectivas y debates sobre un concepto clave. En H. Castro y M. Arzeno (coords.), *Lo rural en redefinición. Aproximaciones y estrategias desde la geografía*: 19-48. Buenos Aires, Biblos.

Chiavazza, H. 2014. Sobre la arqueología de ciudades americanas del siglo XVI: un ensayo. *Urbania. Revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades* 3: 13-21.

Cocco, G. 2017. Del siglo XVII al siglo XX. Excavaciones arqueológicas en la obra de ampliación del edificio de los Tribunales, Santa Fe de la Vera Cruz. *Revista América* 26: 35-49.

Courtney, P. 2009. The current state and future prospects of theory in European post-medieval archaeology. En T. Majewski y D. Gaimster (eds.), *International Handbook of Historical Archaeology*: 169-189. Nueva York, Springer.

Deetz, J. 1996 *In small things forgotten. An archaeology of early American life.* New York, Anchor books.

Fernetti, G. 2020. Arqueología urbana: ¿Qué hacemos con Rosario? *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana* 1(1): 21–39.

Funari, P. P. A. 2007. Teoria e arqueologia histórica: América latina e o mundo. *Vestigios. Revista Latino-americana de Arqueologia Histórica* 1(1): 50-58.

García, F., G. Giordano y M. B. Molinengo 2020. Re-significación de un pasado: el patrimonio cultural como instrumento de empoderamiento socio-político. *La Descommunal, revista iberoamericana de patrimonio y comunidad* 6: 215-230.

García Lerena, M. S. 2018. Entre estancias ganaderas y comercios rurales: arqueología histórica en Magdalena

(Buenos Aires). Los sitios El Santuario I y Estancia Bertón. En C. Landa, V. Pineau, J. Doval y E. Montanari (eds.), *Paisajes de la campaña pampeana (siglos XIX y XX). Abordajes desde la Arqueología rural en Argentina:* 113-146. Oxford, Archaeopress.

Giordano, G., M. B. Molinengo y F. García 2020. Desenterrando recuerdos. Indagando sobre los cimientos fundacionales de la localidad de Hughes. En S. Walid, J. Pulido y E. Rodríguez (eds.), *Arqueología y Procomún guía para el desarrollo de procesos de ciencia comunitaria en el rural*: 130-140. IAM Instituto de Arqueología, Badajoz.

Gómez Romero, F. 2005. A brief overview of the evolution of historical archaeology in Argentina. *International Journal of Historical Archaeology* 9(3): 135-141.

Gómez Romero, F. y V. Pedrotta 1998. Consideraciones teórico-metodológicas acerca de una disciplina emergente en Argentina: la arqueología histórica. *Arqueología* 8: 29-56.

Goñi, R. y P. Madrid 1996. Arqueología sin hornear: sitios arqueológicos históricos y el Fuerte Blanca Grande. *InterSecciones en Antropología* 2: 69-83.

González Ruibal, A. 2019. *An archaeology of the Contemporary Era.* London, Routledge.

Izeta, A., E. Pautassi, T. Costa, A. Robledo y C. Bilinski 2014. Excavaciones arqueológicas en el área fundacional de la Ciudad de Córdoba, Argentina. Dean funes 67. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 8(1): 45-69.

Izeta, A., G. Srur y T. Costa 2012. Zooarqueología urbana colonial. El caso del centro cultural de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. *Vestigios. Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica* 6(2): 39-63.

Johnson, M. 1996. *An archaeology of capitalism*. Oxford, Blackwell.

Johnson, M. 2009. The transition to capitalism. En T. Majewski y D. Gaimster (eds.), *International Handbook of Historical Archaeology*: 13–132. New York, Springer.

Landa, C. y N. Ciarlo 2016. Arqueología histórica: especificidades del campo y problemáticas de estudio en Argentina. *QueHaceres Revista del Departamento de Ciencias Antropológicas* 3: 96-120.

Landa, C., V. Pineau, J. Doval y E. Montanari 2018. *Paisajes de la campaña pampeana (siglos XIX y XX). Abordajes desde la arqueología rural en Argentina.* Oxford, Archaeopress.

Leone, M. 1988. The Georgian order as the order of merchant capitalism in Annapolis, Maryland. En M. Leone y P. Potter Jr. (eds.), *The recovery of meaning Historical archaeology in the Eastern United States:* 235-261. Washington, Smithsonian Institution Press.

Marschoff, M. y H. B. Lindskoug 2020. Uso de fuentes históricas y técnicas de excavación y registro en un caso de arqueología urbana en Córdoba, Argentina. *Arqueología Iberoamericana* 45: 43-54.

Mehler, N. 2020. Historical archaeology in Europe. En C. E. Orser, A. Zarankin, P. P. Funari, S. Lawrence y J. Symonds (eds.), *The Routledge handbook of global historical archaeology*: 780-797. Londres y Nueva York, Routledge.

Ogundiran, A. 2020 *The Yoruba: A New History.* Bloomington, Indiana University Press.

Orser, C. E. Jr. 1988. The archaeological analysis of plantation society: replacing status and caste with economics and power. *American Antiquity* 53(4): 735-751.

Orser, C. E. Jr. 1999a. *A historical archaeology of the modern world*. Springer.

Orser, C.E. Jr. 1999b. Archaeology and the challenges of capitalist farm tenancy in America. In: M. P. Leone y P.B. Potter (eds), *Historical archaeologies of capitalism. Contributions to global historical archaeology*: 143–167. Springer, Boston.

Orser, C. E. Jr. 2006. *Unearthing hidden Ireland: historical archaeology at Ballykilcline, County Roscommon*. Wordwell.

Orser, C. E. Jr. 2007. La promesa de una arqueología del mundo moderno en América del Sur, con especial referencia a Argentina. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 1: 11-28.

Orser, C. E. Jr. 2010. Twenty-first-century historical archaeology. *Journal of Archaeological Research* 18: 111–150.

Pedrotta, V. y V. Bagaloni 2021. Un cuarto de siglo de arqueología histórica en las fronteras y espacios rurales de Argentina. *Latin American Antiquity* 32(2): 368-384.

Pedrotta, V. y F. Gómez Romero 1998. Historical archaeology: an outlook from the Argentinean Pampas. *International Journal of Historical Archaeology* 2(2): 113-131.

Pineau, V. 2006. Una discusión sobre el concepto de arqueología histórica desde el sur del conosur. En A. H.

Tapia, M. Ramos y C. Baldassarre (eds.), *Estudios de Arqueología Histórica. Investigaciones argentinas pluridisciplinarias:* 37-42. Museo de la Ciudad de Río Grande, Tierra del Fuego.

Pineau, V. y A. Andrade 2018. Los fragmentos de gres del sitio Mariano Miró. Análisis de su contenido y procedencia (La Pampa, siglo XX). *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos* 4(2): 111-121.

Pineau, V. y A. Andrade 2022. Análisis morfológico funcional de los fragmentos de loza del sitio Mariano Miró (La Pampa siglo XIX-XX). *Anuario de Arqueología* 14: 65-77.

Pineau, V., G. Fernandez, L. Sinka y A. Andrade 2022. Análisis morfológico funcional de los materiales vítreos del sitio Mariano Miró, un pueblo a principios del siglo XX. (Departamento de Chapaleufú. Provincia de La Pampa. Argentina). *Comechingonia virtual* 26(3): 5-32.

Pineau, V., L. Sinka y G. Fernández 2024. Un análisis de las prácticas de obtención consumo y descarte de los materiales vítreos de un boliche del norte pampeano: el sitio arqueológico Posta El Caldén (1888-1906). *Fragmentos Del Pasado-Do Passado* 9: 13–37.

Predovnik, C. 2023. Historical archaeology at the interstices between archaeology and history: a history from things or an archaeology with texts? *Ars & Humanitas* XVII(2): 91-106.

Ramos, M. 2000 Algo más que la arqueología de sitios históricos. Una opinión. *Anuario de la Universidad Internacional SEK* 5: 61-75.

Ramos, M. 2006. Cuestiones antropológicas y la denominada arqueología histórica. Reproducción de las ideologías dominantes. En A. H. Tapia, M. Ramos y C. Baldassarre (eds.), *Estudios de arqueología histórica. Investigaciones argentinas pluridisciplinarias:* 23-37. Tierra del Fuego, Museo de la Ciudad de Río Grande.

Schávelzon, D. 1991. *Arqueología histórica de Buenos Aires (I). La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX.* Buenos Aires, Corregidor.

Senatore, M. X. y A. Zarankin 1996. Perspectivas metodológicas en arqueología histórica. Reflexiones sobre la utilización de la evidencia documental. *Páginas sobre Hispanoamérica Colonial, Sociedad y Cultura* 3: 113-122.

Thiaw, I. 2008. Every house has a story: the archaeology of Gorée island, Sénégal. En B. Boubacar, E. Soumonni y L. Sansone (eds.), *Africa, Brazil and the construction of trans-Atlantic black identities*: 45-62. Africa Word Press Inc.

Thiaw, I. 2011. Slaves without Shackles: an archaeology of everyday life on Gorée island, Senegal. En P. Lane y K. C. MacDonald (eds.), *Slavery in Africa: archaeology and memory*: 147-166. London, British Academy.

Tomassini, H. y J. Weimann 2020. Análisis de materiales de loza del sitio Boliche Lucanera (General Daniel Cerri, partido de Bahía Blanca). *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores* 18(2): 40-58.

Weissel, M. 2015. Y la nave va…arqueología pública en la ciudad. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano-Series Especiales* 2(3): 119-132.

Zarankin, A. y M. Salerno 2007. El sur por el sur. Una revisión sobre la historia y el desarrollo de la arqueología histórica en América meridional. *Vestigios. Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica* 1(1): 17-7.

# ARQUEOLOGÍA DEL CONFLICTO. LATINOAMÉRICA Y SUS PERSPECTIVAS

**Carlos Landa**

[1] CONICET – Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | carlosglanda@gmail.com

**RESUMEN**: La arqueología del conflicto se centra en el estudio de las manifestaciones materiales y espaciales de la violencia organizada a lo largo de la historia de nuestra especie. Este campo disciplinar ha ganado relevancia en las últimas décadas, especialmente en Latinoamérica y nuestro país, donde se han realizado numerosos estudios relacionados con conflictos armados (guerras independentistas, contra potencias extranjeras, entre y contra pueblos originarios, civiles). Sus investigaciones han adoptado diversos posicionamientos teóricos e innovado metodológicamente, abarcando desde el análisis de artefactos, estructuras y paisajes hasta la memoria colectiva de conflictos seculares o recientes, como la Guerra de Malvinas (1982). En el presente capítulo discurriré en torno a la emergencia, constitución, desarrollo y potencial del campo disciplinar en la región latinoamericana, considerando aspectos epistemológicos, teóricos y metodológicos, así como las diversas problemáticas abordadas

**ABSTRACT:** The archaeology of conflict focuses on the study of the material and spatial manifestations of organized violence throughout human history. This field has gained prominence in recent decades, particularly in Latin America and our country, where many studies have been conducted on armed conflicts (wars of independence, wars against foreign countries, civil wars, and conflicts involving or against indigenous peoples). This research has adopted diverse theoretical approaches and introduced methodological innovations, from the analysis of artefacts, structures, and landscapes to the collective memory of long-standing or recent conflicts, such as the Falklands War (1982). In this chapter, I will explore the emergence, establishment, development, and potential of this disciplinary field in Latin America, taking into account epistemological, theoretical, and methodological aspects, as well as the various issues addressed

## INTRODUCCIÓN

La arqueología del conflicto constituye un campo específico dentro de la disciplina focalizado en aspectos materiales y espaciales vinculados a la violencia organizada que ha sabido ejercer nuestra especie a lo largo de su existencia. Ejemplos tales como los enfrentamientos armados, las fortificaciones, el devenir de la tecnología bélica, las prisiones, campos de concentraciones, fosas comunes y estructuras conmemorativas de conflictos, entre otras, pueden y deben ser estudiados desde un enfoque arqueológico.

En el ámbito anglosajón y europeo este campo del conocimiento ha venido desarrollándose desde hace al menos cuatro décadas. En los últimos años estas investigaciones tomaron un notorio auge. Latinoamérica, ha contribuido a este campo profusamente desde sus albores (Landa 2026).

En el presente capítulo discurriré en torno a la emergencia, constitución, desarrollo y potencial del campo disciplinar en la región latinoamericana, considerando aspectos epistemológicos, teóricos y metodológicos, así como las diversas problemáticas abordadas. Se ejemplificará con un caso desarrollado por el Equipo Arqueología y Memoria de Malvinas, en torno al estudio del conflicto conocido como Guerra de Malvinas (1982).

## CONFLICTO, VIOLENCIA Y GUERRA EN LA ARQUEOLOGÍA: UNA ENTRELAZADA RELACIÓN

En concordancia con el manifiesto interés social relacionado a fenómenos bélicos —evidenciado en cientos de miles de páginas web, películas hollywoodenses y series de TV, videojuegos (arcades y consolas), movimientos recreacionistas y numerosas series y documentales de las flamantes plataformas (*streaming*)— los estudios de la violencia grupal armada (en sus múltiples expresiones) cobraron una renovada popularidad en las ciencias sociales desde fines de la década de 1980 (Bonavena y Nievas 2014; Leoni 2015). En este contexto, la arqueología no ha sido ni lerda ni perezosa, por el contrario, desde entonces la producción de este tipo de estudios ha ido aumentando, ampliando y renovando su mirada a tal punto que podría hablarse de un "boom" o un "giro de la guerra".

Más allá del aspecto popular del fenómeno, Roberta Gilchrist (2003) contempla otras variables que pudieron haber motivado este incremento: la finitud de los veteranos de las dos guerras mundiales, el auge de estudios sobre la memoria al finalizar la II Guerra Mundial, la aparición de un libro que cobró estatus canónico (*War before civilization*: *the myth of the peaceful savage* de Lawrence Keeley en 1996[1]), el colapso del orden bipolar propio de la guerra fría junto a la emergencia de conflictos de diversa índole que parecían

tocar las puertas de Europa (p. ej., Guerra del Golfo de 1991, Guerra de Bosnia de 1992-1995, Guerra de Kosovo de 1998).

Asimismo, otra de las posibles causas, fueron los también ya canónicos estudios arqueológicos realizados entre 1983 y 1997, sobre la batalla de Little Big Horn (1876) (Scott *et al.* 1989). Esta investigación derriba el clásico mito historiográfico norteamericano en torno al Tte. Cnel. Custer y su 7° Regimiento de Caballería del Ejército de Estados Unidos —quienes supuestamente habían luchado hasta la caída del último hombre— al demostrar pánico y huida frente a las múltiples cargas de caballería de los pueblos indígenas de las praderas (Cheyenne, Black Foot y Apharoe, entre otras).

En Latinoamérica, gran cantidad de conflictos armados y guerras civiles mantuvieron su secular permanencia mientras que otros mutaron su forma o emergieron nuevos (por ej., conflictos múltiples en Colombia, Guerra Perú-Ecuador de 1995). Resulta interesante apreciar que si bien existen antecedentes de estudios arqueológicos de campos de batalla en la región, previos a los de Little Big Horn (Landa y Hernández de Lara 2014), es este caso el que se ha vuelto paradigmático y referencia exclusiva para aquellos que los estudian. Es precisamente la investigación de esta clase particular de sitio arqueológico la que va a ir en aumento, sumando otros tipos de yacimientos vinculados al conflicto, la violencia y la guerra bajo una nómina común.

En este contexto, diversos investigadores pugnaron por la constitución de un campo disciplinar legítimo, con designación, objeto y método de estudio propios (Leoni y Martínez 2017). Los términos conflicto, violencia, guerra y militar fueron los escogidos para su nomenclatura y han sido utilizados generalmente como si fueran sinónimos (Leoni 2015).

A excepción del marxismo clásico, que entendió la lucha como motor del cambio social (Bonavena y Nievas 2014), fue recién hacia las décadas del 60 y 70 del siglo XX que una teoría social del conflicto, así como una conceptualización más profunda de la violencia, fueron desarrolladas dentro de los campos filosófico, histórico, psicológico, antropológico y sociológico. El contexto de estas convulsas décadas —signadas por luchas que motivaron profundos cambios sociales— influyó sobre la producción de las disciplinas sociales, enfocándose cada cual en las diversas formas y escalas sociales del conflicto y la violencia (individuales, grupales, intra e intergrupales), constituyendo la guerra una de ellas.

[1] Este autor sostiene que el pasado había sido "artificialmente" pacificado por las interpretaciones de antropólogos y arqueólogos influidos por los imaginarios rousseaunianos en torno al estado de naturaleza humana y al "buen salvaje". Sin embargo, la guerra como práctica humana puede remontarse muy atrás en el tiempo, existiendo evidencias arqueológicas desde 30.000 años antes del presente, inaugurando así una reelaboración hobbesiana del pasado humano y una controversia que aún continúa.

Cuando se habla de conflicto, el término refiere a una condición en la cual un grupo identificable de seres humanos —sea tribal, étnico, lingüístico, cultural, religioso, socioeconómico, político o de otra clase— se compromete en una oposición consciente frente a uno o más grupos identificables, porque están buscando lo que parecieran ser metas incompatibles. Para ello, como objetivo deben neutralizar, perjudicar o eliminar a sus rivales (Coser 1961). A lo largo del tiempo se fueron identificando, caracterizando y estudiando diversos tipos de conflictos, como ser de poder, económicos, identitarios, de legitimación, entre otros, así como sus diversas fases y formas de institucionalización. Tratado por autores como Lewis Coser (1961), John Rex ([1961] 2001, 1985), Ralph Dahrendorf (1962) y Max Gluckman (1963), se centraron en los conflictos políticos, de clases y movimientos sociales, entendiendo que cumplían funciones positivas para la totalidad en el marco de determinadas estructuras sociales e imprimían dinamismo al cambio social, aunque su interés en la guerra como forma particular del conflicto fue escueto (Bonavena y Nievas 2014).

En cuanto a la violencia, ha sido pensada por Frantz Fannon ([1961]1983), Hannah Arendt ([1969]2015), Charles Tilly (1969), Pierre Bourdieu ([1977]1995, 1999), entre otros autores, en relación a sus causas y legitimidad, su intensidad, su vinculación con el poder (entre ellos el Estado), el colonialismo, la dominación y el progreso. Estos autores hacen hincapié en sus diversas formas de manifestación: culturales, simbólicas, directas, estructurales (alienación, pobreza, represión) y políticas. En 1989, un manifiesto de UNESCO definió y caracterizó la violencia, rechazando los enfoques socio-biológicos que la consideraban por naturaleza inherente a nuestra especie (UNESCO 1992).

Considero, entonces, que entre dichos conceptos existe una relación de tipo inclusiva. No todos los conflictos son violentos ni todas las formas de violencia son guerra. Las ciencias sociales, dedicaron mayor producción teórica, investigaciones y tintas en las dos primeras. En este orden, la guerra es vista como la última opción o recurso que disponen los colectivos humanos, como una enfermedad del cuerpo social, como un epifenómeno o aspecto marginal de las sociedades o como un mal, ya sea inevitable o plausible de solucionar (extinguiéndolo o controlándolo) (Bonavena y Nievas 2014).

La antropología recién se ocupa del tema desde la segunda mitad del siglo XX, mayoritariamente bajo el influjo de la II Guerra mundial y su posguerra. Ejemplo de ello son las posturas esgrimidas por pensadores canónicos de la disciplina descartando enfoques biologicistas. En la década de 1940 la guerra fue abordada por investigadores como Margaret Mead ([1940]2015), entendiéndola como una invención, por Bronislaw Malinowski (1941) desde sus aspectos institucionales y funcionales, por Vere Gordon Childe (1941) quien discurrió sobre el abordaje arqueológico de la guerra y su aumento desde las llamadas "revoluciones neolíticas" y por Lévi-Strauss (1943), considerándola como la contracara del intercambio. Ya entrada la década del setenta destacan, entre otros, los aportes de Marvin

Harris ([1974]2005 ), quien comprende a la guerra como un mecanismo adaptativo frente a desbalances ambientales y tecnológicos, una suerte de termostato cultural; también los de Pierre Clastres (2004), para quien la guerra cumple un rol político determinante al evitar la emergencia del estado en sociedades primitivas.

A pesar de contar con definiciones provenientes de diversas disciplinas, la arqueología no ha discutido el tema como para desarrollar un firme andamiaje teórico-conceptual (Landa 2013; Leoni y Martínez 2017). Sin grandes aspiraciones epistemológicas, tal vez por su pragmatismo cifrado en su carácter laxo, amplio e inclusivo —en ella pueden entrar la violencia y la guerra—, la designación "arqueología del conflicto" ha sido aceptada por la mayoría. Ante esta cuestión, Mariano Ramos (2012) y Juan Leoni (2015) destacan que los conceptos de conflicto, violencia y guerra han sido utilizados en la bibliografía de diversas ciencias sociales (entre ellas la arqueología) indiscriminadamente o como sinónimos, siendo necesario acotar cada uno de ellos. En comunión con ellos, considero que una revisión y reflexión crítica de estos términos constituye una deuda que aún sostiene nuestra disciplina (Landa 2013, 2026). Establecer una denominación para un campo disciplinar científico no es inocuo, pues puede conllevar capitales simbólicos (renombre, reconocimiento, etc.) y materiales (subsidios, becas, etc.) (Landa 2026). En esta dinámica, los ámbitos académicos anglosajones poseen preeminencia, siendo que sus teorías, conceptualizaciones y metodologías suelen ser aceptadas acríticamente en el resto del mundo.

Las primeras críticas al campo provinieron de parte de investigadores centrados en el estudio de conflictos, violencia y guerra en contextos prehispánicos/prehistóricos (Arkush 2010). La mayoría de los arqueólogos que tratan sobre dichas temáticas no adoptaron la denominación "arqueología del conflicto" ni otra nomenclatura afín, por considerarla de cuño histórico-militar, prefiriendo comprender a sus investigaciones desde simplemente una arqueología de basamento antropológico (Arkush 2010; Leoni 2015). Sus investigaciones fueron tomando rumbos múltiples que difieren de aquellos adscriptos a la arqueología del conflicto. De esta forma las temáticas abordadas, por ejemplo, para el caso americano en los Andes Centrales y del Sur (Arkush y Stanish 2005; Nielsen 2007, 2015; Arkush 2010; Arkush y Tung 2013, etc.) y Meso y Norteamérica (Hassig 1992; Bamforth 1994; Millner 1999; Bueno 2007; Cervera Obregon 2007, etc.), transitan los diversos derroteros epistemológicos, teóricos y metodológicos de la antropología y ciencias sociales en general. Estos estudios pretenden dar cuenta de los orígenes (aparición temprana o tardía en nuestra especie) y causas del conflicto armado (biológicas, económicas, ambientales, políticas, etc.) o contemplar casos particulares a través del estudio de las huellas, relictos, trazas y marcas que deja en los paisajes: fortificaciones, estructuras defensivas (muros, murallas, empalizadas), ocupación de espacios estratégicos (defensa y control del espacio y sus recursos), rutas y caminos, incendios deliberados, fosas masivas y enterratorios de guerreros, indicadores osteológicos tales como evidencias trau-

máticas (*scalp*, fracturas craneanas, cercenamiento de vértebras, etc.), distribución diferencial del trauma por sexo y edad, armamentos ofensivos y defensivos, representaciones (arte rupestre, cerámica) y documentos (cónicas, relatos de viajeros, cartografía), entre otros.

Allende esta distinción, la arqueología del conflicto fue legitimándose como campo disciplinar con nombre, objeto y métodos propios, que contempla la temática desde los albores de la humanidad hasta el pasado reciente (Leoni y Martínez 2017; Landa 2026). Actualmente dicho campo comprende una vasta diversidad de temas que incorporan e integran tanto eventos y lugares puntuales donde se luchó (batallas, combates, escaramuzas) como instalaciones asociadas (fortificaciones, campamentos, hospitales de sangre, búnkeres, campos de prisioneros, etc.), tecnología castrense y sus variaciones, cambios tácticos y logísticos, efectos generados en la sociedad civil, formas representativas y memoriales, implicancias éticas, revisión de prácticas profesionales y comunicativas, cuestiones patrimoniales, entre otras. También considera aspectos teóricos de mayor abstracción —tales como los que aborda la arqueología prehistórica—, como el papel de la guerra en el cambio cultural o su relación con el desarrollo y aumento de la complejidad social, entre otros (Carman 2005; Leoni 2015; Landa 2023).

A lo largo de las décadas recientes, la arqueología del conflicto, vinculada primigeniamente a la historia militar y a temas tales como la dinámica de las batallas, los grandes generales, su estrategia y táctica, tecnología bélica, como así también anclada en la escala intrasitio (Leoni 2015), fue virando hacia una arqueología social de impronta antropológica y carácter holístico que busca dar cuenta de los múltiples aspectos de los conflictos. Actualmente este campo disciplinar ha extendido su alcance hasta tiempos recientes o modernos (Moshenska 2012; Saunders 2012; González Ruibal 2014). De esta manera, se forjan narrativas que integran al análisis de la cultura material y fuentes documentales, testimonios (recogidos a partir de entrevistas, estudios de memoria oral o trabajo etnográfico) que engloban una vasta diversidad de temas que incluyen tanto procesos como eventos y lugares puntuales dónde se combatió (guerras, batallas, enfrentamientos, escaramuzas).

## LATINOAMÉRICA Y LA ARQUEOLOGÍA DEL CONFLICTO: ANTECEDENTES

A medida que el campo disciplinar denominado como arqueología del conflicto se constituía en la región latinoamericana, en gran medida estimulado por las investigaciones iniciales en campos de batalla (Zanettini y Robrahn González 1999; Ramos *et al.* 2011; Landa y Hernández de Lara 2014) y de forma similar a lo ocurrido en otras regiones del globo, diversos tipos de estudios previos fueron integrándose en él. De esta manera, la arqueología latinoamericana, mucho tiempo antes de la génesis del campo disciplinar conocido

como arqueología del conflicto, investigó distintos asentamientos vinculados al conflicto, violencia y guerra —como se vio anteriormente— tanto prehistóricos como históricos. Dentro de la arqueología histórica, tradicionalmente ha destacado el estudio de fortificaciones tanto costeras (fuertes, atalayas, baterías) como de "tierra adentro". Las primeras fueron erigidas para proteger ciudades o lugares estratégicos. Brasil, Colombia y Cuba son las naciones con mayor producción en esta clase de estudios arqueológicos (Alburquerque 1988; del Cairo Hurtado 2011; Hernández de Lara 2020; entre otros). En ellos se abordaron cuestiones arquitectónicas vinculadas a sistemas defensivos, sus técnicas constructivas, función de estructuras de artillería en batalla, aspectos patrimoniales y monumentales, entre otras. En cuanto a las fortificaciones de carácter interno, generalmente construidas con el fin de asegurar y controlar espacios en conflicto de diversa índole (civil, con pueblos originarios o limítrofes entre naciones enemigas), Argentina es el país con mayor número de investigaciones realizadas. Desde mediados del siglo XX y específicamente a partir de la década del noventa de dicha centuria, se llevaron a cabo pesquisas en asentamientos militares (fuertes, fortines, cantones, campamentos), indígenas (tolderías) y rurales (taperas, pulperías y poblados) del espacio fronterizo pampeano-patagónico durante los siglos XVIII y XIX (Gómez Romero y Spota 2006; Pedrotta y Bagaloni 2022). Entre los objetivos de estos estudios se encuentra la comprensión del complejo proceso de avance colonial y del Estado-nación argentino sobre los territorios de los pueblos originarios, proceso estrechamente ligado con el desarrollo y expansión global del sistema capitalista. En ellos se ha hecho hincapié en problemáticas vinculadas al desarrollo de la tecnología bélica y la vestimenta militar, el consumo de bebidas alcohólicas (Tapia *et al.* 2007; Pichipil *et al.* 2012; Doro *et al.* 2025, etc.), aspectos arquitectónicos de asentamientos militares de frontera y su rol en el disciplinamiento de la tropa llevada (Austral *et al.* 1999; Gómez Romero y Spota 2006, etc.) y análisis arqueofaunísticos centrados en las especies consumidas y su relación con la logística del ejército (Doval y Tapia 2013, etc.).

En simultáneo, y vinculado con los diversos retornos a la democracia sucedidos en la región durante el último cuarto del siglo XX, comenzaron a desarrollarse múltiples requerimientos de investigaciones antropológicas forenses y arqueológicas por parte de los nuevos gobiernos constitucionales, así como también por organizaciones de derechos humanos (DDHH). Entre ellas destaca la creación y profusas actividades del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), enfocadas en temas relacionados a delitos de lesa humanidad cometidos por las dictaduras regionales (Fondebrider 2006). Por otra parte, a partir de la década de 1980, la luego denominada arqueología de la represión ha desarrollado proyectos y líneas de investigación que contribuyeron a la toma de consciencia en torno las consecuencias de la represión, a las formas de expresión de memoria, a los usos políticos del pasado y al rol que ejercieron las arquitecturas y materialidades

en el genocidio en espacios conocidos como centros clandestinos de detención y tortura (CCDyT) (Funari y Zarankin 2006; Rosignoli *et al.* 2020). Finalmente, en tiempos recientes se han desarrollado investigaciones arqueológicas en torno a represiones a campesinos y proletarios rurales tales como los procesos conocidos como La Patagonia Rebelde (Zubimendi 2019) o Contados en Brasil (Teixeira Lino y Simonds 2021).

Sin embargo, fueron estudios arqueológicos de campos de batalla, los que, debido a su producción en constante aumento, aglutinaron a las restantes investigaciones realizadas en otros contextos vinculados al conflicto en el campo mayoritariamente denominado como arqueología del conflicto. Este tipo de sitio, temporalmente acotado, ha sido hasta el momento trabajado desde la arqueología histórica, probablemente debido a que las fuentes documentales ofrecen información sobre sus ubicaciones. El mencionado incremento puede apreciarse en la serie de libros compilatorios sobre las temáticas publicadas entre 2014 y 2025 (Landa y Hernández de Lara 2014 y 2020; Landa *et al.* 2025a). En Argentina, desde los estudios pioneros realizados hace un cuarto de siglo por Mariano Ramos en los campos de batalla de la Guerra del Paraná (1845-1846), se destacan las producciones en torno a las batallas de La Verde (26 de noviembre de 1874), Cepeda (23 de octubre de 1859), Pavón (17 de septiembre de 1871) y Olivera (17 de junio de 1880) (Landa y Hernández de Lara 2014, 2020; Landa *et al.* 2025). Estos estudios abarcan un periodo cronológico que comprende desde la invasión europea al continente americano (siglo XVI) hasta finales del siglo XX.

Dentro de una arqueología de tiempos recientes, comenzaron a estudiarse conflictos ocurridos mayoritariamente desde los inicios del siglo XX y ligados a la industrialización de la tecnología bélica y la materialidad asociada a la guerra (por ej., las dos guerras mundiales, la guerra civil española, la guerra fría, entre otras). Este tipo de arqueología aborda temáticas contemporáneas que pueden manifestar diversas tensiones o controversias en la sociedad que atravesó o atraviesa conflictos armados (por ej., la recuperación e identificación de víctimas o aspectos patrimoniales vinculados). En el caso latinoamericano, la arqueología que investiga conflictos modernos se encuentra en etapas iniciales, por lo que aún su producción académica es limitada. No obstante, posee un enorme potencial para su desarrollo. A modo de ejemplo, cabe destacar la investigación arqueológica del Conflicto del Atlántico Sur —comúnmente llamado Guerra de Malvinas (abril a junio de 1982)— en donde el Equipo Arqueología y Memoria de Malvinas (EAMM) del Instituto de Arqueología de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires viene desplegando diversas líneas de análisis (Landa *et al.* 2022), a saber:

1. Estudios de la cultura material (Appadurai 1986; Miller 1998): por medio de entrevistas semi estructuradas, se analizan los testimonios de los Veteranos de la Guerra de Malvinas argentinos (en adelante VGM), desde y a través de sus objetos, por su

capacidad de constituirse en portadores-evocadores de memoria (Ávila y Landa 2022) (figura 1).

■ **Figura 1.** VGM Capitán médico Jorge Ibáñez junto a sus objetos de guerra. Foto: Carlos Landa.

2. Investigación arqueológica: relevamientos mediante teledetección por sensores remotos, vuelos de VANTs (drones) y prospecciones superficiales para documentar posiciones y restos atribuibles a batallas. A tales fines, se realizó la primera campaña arqueológica argentina a las Islas Malvinas durante noviembre de 2023. Los montes Longdon y Tumbledown, lugares de dos de los más sangrientos combates de dicha contienda, fueron relevados con el objetivo general de comprender y comparar aspectos logísticos y de comando en ambos combates. Los datos allí registrados continúan en análisis en la actualidad (ver Landa *et al.* 2026) (figura 2).

**Figura 2.** Registro de cráteres de artillería en Monte Longdon. Foto: Carlos Landa.

3. Análisis de representaciones: relevamiento y estudio de prácticas conmemorativas del conflicto (memoriales y monumentos en campos de batalla). Concluida la guerra, en los mismos espacios comenzó un proceso de establecimiento de monumentos, a modo de prolongación del combate en el plano simbólico. Estas formas conmemorativas no sólo enuncian memorias de forma selectiva —qué, a quién y cómo rememorar—, sino que además son espacios de gran sensibilidad, que expresan pensamientos ideológico-políticos y sentires que pugnan por marcar diferentes interpretaciones del pasado (Leoni 2020).
4. Arqueología y salud mental: la última y cuarta línea plantea un accionar conjunto con psiquiatras, psicólogos y musicoterapeutas especializados en estrés postraumático de guerra del Centro de Salud de las Fuerzas Armadas "Veteranos de Malvinas". Se convocan VGM a participar de actividades arqueológicas en sitios vinculados a asentamientos militares de frontera y campos de batalla del siglo XIX. Su involucramiento en campañas de prospección, excavación y/o trabajos de gabinete puede ofrecer un bienestar emocional, rescatando aspectos terapéuticos de dicho intercambio. Se han llevado a cabo cinco campañas dentro de este proyecto con resultados muy auspiciosos (Landa *et al.* 2025b) (figura 3).

**Figura 3.** VGM y arqueólogos, excavando en el sitio Fortín Miñana (2023). Foto: Carlos Landa.

Para finalizar, debemos considerar que si bien Argentina constituye el país con mayor cantidad de estudios arqueológicos en campos de batalla (Landa *et al.* 2025), se han desarrollado trabajos de esta índole en Chile, Cuba, Brasil, México, Colombia y Perú (Álvarez Pereyra 2014; Herrera *et al.* 2020; Urbano Álvarez 2025; entre otros).

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Latinoamérica —una región nacida y desarrollada bajo el signo de la violencia— ostenta un formidable potencial en lo referido al estudio arqueológico histórico del conflicto y sus guerras. La región posee una historia en común atravesada por los enfrentamientos, que han sido estudiados por latinoamericanos desde su perspectiva, sin dejar de lado sus implicancias globales. Sus guerras, batallas, combates y escaramuzas han dejado una traza en el tiempo, en el espacio y en sus pobladores, quienes recuerdan heridas, evidencian cicatrices, se movilizan y conmocionan; son referentes identitarios, constituyen estigmas o son celebrados.

Los artefactos, estructuras, rasgos y restos humanos ofrecen un lazo profundo entre las luchas de antaño y las personas de hoy. La guerra ha despertado siempre interés en la sociedad y la arqueología proporciona un vínculo entre los conflictos pretéritos y los presentes que trasciende lo material. Dentro del actual contexto global, la guerra campea con toda su atrocidad y con nuevas formas en diversas partes del mundo y los impunes líderes políticos que la impulsan parecen cebarse en ella. Lejos de haber desaparecido, parecen florecer e intensificarse.

La arqueología nos ofrece una perspectiva de lo tangible y atroz que puede ser este fenómeno. Nos permite atisbar que nunca está lejos y que siempre deja heridas. Nuestro quehacer arqueológico trae a la luz sus huellas (materiales y mnemónicas), expone la práctica bélica, tanto en su profundidad temporal como en sus consecuencias a largo plazo. Al centrarse en la permanencia de sus heridas enlaza los tiempos, pues pone en evidencia que lo traumático hace que el pasado sea tan cercano como el futuro. Nos invita a reflexionar sobre los enormes esfuerzos, sacrificios y creatividad en aras del sometimiento y aniquilamiento, como también sobre el trauma que deja a su paso y su instauración en la memoria de los pueblos.

## BIBLIOGRAFÍA


Albuquerque, M. 1988. *Forte Real do Bom Jesus: resgate arqueológico de um sítio histórico*. Recife, CEPE.

Álvarez Pereira, R. 2014. El sistema defensivo de Júcaro a Morón y la praxis social de su paisaje de conflicto en la región central de Cuba (1871-1898). En C. Landa y O. Hernández de Lara (eds.), *Sobre los campos de batalla. Arqueología de conflictos bélicos en América Latina:* 111-143. Buenos Aires, Aspha.

Appadurai, A. (ed.) 1986. *La vida social de las cosas: Perspectiva cultural de las mercancías*. Editorial Grijalbo.

Arendt, H. [1969]2015. *Sobre la violencia.* Buenos Aires, Alianza editorial.

Arkush, E. 2010. Hillforts and the History Channel: A view from the late pre-Hispanic Andes. *SAA Archaeological Record* 10(4): 33–39.

Arkush, E. y Ch. Stanish 2005. Interpreting conflict in the ancient Andes: implications for the archaeology of warfare. *Current Anthropology* 46: 3-28.

Arkush, E. y T. A. Tung 2013. Patterns of war in the Andes from the Archaic to the Late Horizon: insights from settlement patterns and cranial trauma. *Journal of Archaeological Research* 21(4): 307–369.

Austral, A., A. Rocchietti, M. Tamagnini, A. Lodeserto, M. Gili, M. Olmedo, M. Fernández y R. Criado 1999. Arqueología del fuerte de Las Achiras (1832-1869) en la línea de la frontera del sur, Córdoba. *XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata.

Ávila S. y C. Landa 2022. "El papelito que me salvó la vida": objetos portadores de memoria y la Guerra de Malvinas. *Anales de Antropología* 56(2): 17-31.

Bamforth, D. 1994. Indigenous people, indigenous warfare: precontact warfare on the North American Great Plains. *Man NS* 29(1): 95-115.

Bonavena, P. y F. Nievas 2014. *Guerra: modernidad y contramodernidad*. Buenos Aires, Final Abierto.

Bourdieu, P. [1977]1995. *Outline of theory and practice*. Cambridge, Cambridge University Press.

Bourdieu, P. 1999. *La dominación masculina.* Anagrama.

Bueno, I. 2007. *La guerra en el imperio azteca*: *expansión, ideología y arte*. Madrid, Ed. Complutense.

Carman, J. 2005. Battlefields as cultural resources. *Post-Medieval Archaeology* 39(2): 215-223.
Cervera Obregón, M. 2007. Los sistemas de armamento vislumbrados en las figuras de guerreros del occidente de México. *Gladius* XXVII: 121-136.
Clastres, P. 2004. *Arqueología de la violencia. La guerra entre las sociedades primitivas*. México, Fondo de Cultura Económica.
Coser, L. 1961. *Las funciones del conflicto social.* México, Fondo de Cultura Económica.
Dahrendorf, R. 1962. *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial.* Madrid, Ediciones Rialp.
del Cairo Hurtado, C. 2011. Tácticas defensivas y tácticas ofensivas: arqueología de una batalla en la isla de Tierra Bomba, Cartagena de Indias, siglo XVIII. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 5: 11–34.
Doro, R., C. Landa, A. Raies, E. Montanari, L. Coll, C. Diribarne, y D. Álvarez. 2025. A sangre y plomo... Análisis de balística comparada y evidencias de rastros hemáticos latentes en proyectiles de la batalla olvidada de La Verde (26 de noviembre de 1874, provincia de Buenos Aires, Argentina). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 35(35). https://doi.org/10.30827/cpag.v35i0.33476.
Doval, J. y A. Tapia 2013. Consumo de fauna domesticada y silvestre en el Fortín La Perra (1883-1885). La Pampa. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVIII(2): 459-492.
Fannon, F. [1961]1983. *Los condenados de la tierra.* México, Fondo de Cultura Económica.
Fondebrider, L. 2006. Arqueología y antropología forense: un breve balance. En A. Zarankin y P. Funari (eds.), *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina, 1960–1980*: 129-138. Córdoba, Encuentro Grupo Editor.
Funari, P. y A. Zarankin (eds.) 2006. *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina, 1960-1980*. Córdoba, Encuentro Grupo Editor.
Gilchrist, R. 2003. Towards a social archaeology of warfare. *World Archaeology* 35(1): 1–6
Gómez Romero, F. y J. Spota 2006. Algunos comentarios críticos acerca de 15 años de arqueología en los fortines pampeanos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXI: 161- 185.
González Ruibal, A. 2014. *Archaeology of the contemporary past*. En C. Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology:* 1683-1694. New York, Springer.
Gordon Childe, V. 1941. War in prehistoric societies. *The Sociological Review* 33(3-4):126-138.
Gluckman, N. 1963. *Order and rebellion in tribal Africa.* Nueva York, Free Press.
Harris, M. ([1974]2005). *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Madrid, Alianza Editorial.
Hassig, R. 1992. *War and society in ancient Mesoamerica*. Berkeley, University of California Press.
Hernández de Lara, O. 2020. Arqueología de una batalla que no sucedió: la invasión inglesa y la voladura del castillo San Severino. En C. Landa y O. Hernández de Lara (eds.), *Arqueología en campos de batalla. América Latina en perspectiva:* 25-44. Buenos Aires, Aspha Ediciones.
Herrera, J., P. Jiménez, R. Pacheco Ruiz, J. Blancas, A. Ortiz Butrón, L. Barba, R. Vega Sánchez, M. Arenas Cruz, D. Mata, E. Castillo Pérez, D. Ortiz Nieto, E. Sealtiel Rodríguez y G. Martínez 2020. La memoria anfibia: arqueología marítima de la guerra entre México y los Estados Unidos, 1846-1848. En C. Landa y O. Hernández de Lara (eds.), *Arqueología en campos de batalla. América Latina en perspectiva:* 63-116. Buenos Aires. Aspha Ediciones.
Keeley, L. 1996. *War before civilization: the myth of the peaceful savage*. Nueva York, Oxford University Press.
Landa, C. 2013. Arqueología de campos de batalla: solo un comienzo. *Arqueología* 19(2): 265-286.
Landa, C. 2026. Devenir y problemáticas de la arqueología histórica del conflicto en Latinoamérica. *II Bienal de Arqueología. Arqueología del Conflicto*. Instituto de Investigación en Arqueología Ibérica (en prensa).
Landa, C. y O. Hernández de Lara 2014. *Sobre los campos de batalla. Arqueología de conflictos bélicos en América Latina.* Buenos Aires, Aspha Ediciones.
Landa, C. y O. Hernández de Lara (eds.) 2020. *Arqueología en campos de batalla. América Latina en perspectiva*. Buenos Aires, Aspha Ediciones.
Landa, C., O. Hernández de Lara y G. Martín Echebarría 2025a. *Ecos de hierro y plomo. Arqueología en campos de batalla de Iberoamérica, siglos XIX y XX.* Buenos Aires, Aspha Ediciones.
Landa C., S. Ávila, J. Leoni, A. Raies, D. Tamburini, E. Montanari, L. Bermolen, G. Giunta, G. Paly, M. Lioni Tarsitano, F. Gómez Romero, E. Quinteros, G. Martín-Echebarria, L. Coll, M. Ramos y M. Gómez Anzalone

2025b. Arqueología, veteranos de la guerra de Malvinas y salud mental: una experiencia inédita en América Latina. *Arqueología* 31(3): 1-22.

Landa, C., J. Leoni, S. Ávila, A. Raies, L. Coll, A. Ravazzola y T. Morrison 2022. Hacia una arqueología de la Guerra de Malvinas: distintas líneas de abordaje. *La Lupa* 20: 21-22.

Leoni, J. 2015. La arqueología y el estudio del conflicto armando en contextos prehistóricos e históricos: un estado de la cuestión. *Anuario* 27: 8-38.

Leoni, J. 2020. Combates simbólicos en los campos de batalla de Malvinas: prácticas conmemorativas británicas y argentinas de la guerra de 1982. *Cuadernos de Marte* 19: 100-137.

Leoni, J. y L. Martínez 2017. Entre la antropología y la historia militar: la problemática del abordaje de conflictos bélicos desde la arqueología histórica. Trabajo presentado en las *I Jornadas Internacionales de Historia e Historiografía de la Guerra*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.

Lévi-Strauss, C. 1943. *Guerre et commerce chez les Indiens de l'Amérique du Sud. Renaissance*. Paris, École libre des hautes études.

Malinowski, B. 1941. Un análisis antropológico de la guerra. *Revista Mexicana de Sociología* 3(4): 119-149.

Mead, M. [1940] 2015. Warfare is only an invention - not a biological necessity. En R. Betts (ed.), *Conflict after the cold war:* 254-258. New York, Routledge.

Milner, G. R. 1999. Warfare in prehistoric and early historic eastern North America. *Journal of Archaeological Research* 7(2): 105-151.

Miller, D. (ed.) 1998. *Material cultures: why some things matter.* Chicago, University of Chicago Press.

Moshenska, G. 2012. *The archaeology of the Second World War: uncovering Britains's wartime heritage*. Barnsley, Pen & Sword Archaeology.

Nielsen, A. E. 2007. Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1): 9-41.

Nielsen, A. E. 2015. El estudio de la guerra en la arqueología sur-andina. *Corpus*. 5(1). DOI: https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.1393

Pedrotta, V. y V. Bagaloni 2022. Un cuarto de siglo de arqueología histórica en las fronteras y espacios rurales de Argentina. *Latin American Antiquity* 32(2): 368-384.

Pichipil, M., H. de Rosa, C. Landa y E. Montanari 2012. Remington rifle brass cartridges: witnesses of an Age. *Procedia Materials Science* 1: 659-665.

Ramos, M. 2012. Los contextos que influyen en la generación del conocimiento. En M. de Haro, A. Rocchietti, M. Runcio, O. Hernández de Lara y M. Fernández (eds.), *Arqueología y antropología en la encrucijada: desafíos actuales en la investigación social*: 15-39. Buenos Aires, Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González.

Ramos, M., F. Bognanni, M. Lanza, V. Helfer, C. Toralbo, R. Senesi, O. Hernández de Lara, H. Pinochet y J. Clavijo 2011. Arqueología histórica de la batalla de Vuelta de Obligado, provincia de Buenos Aires, Argentina. En M. Ramos y O. Hernández de Lara (eds.), *Arqueología histórica en América Latina: perspectivas desde Argentina y Cuba:* 13-32. Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján.

Rex, J. [1961]2001 *Problemas fundamentales de la teoría sociológica.* Buenos Aires, Amorrurtu.

Rex, J. 1985. *El conflicto social*. Madrid, Siglo XXI.

Saunders, N. J. (ed.) 2012. *Beyond the dead horizon: studies in modern conflict archaeology*. Oxford, Oxbow Books.

Scott, D., R. Fox, A. Connor y D. Harmon 1989. *Archaeological perspectives on the battle of the Little Bighorn*. Oklahoma, University of Oklahoma Press.

Tapia, A., H., de Rosa, C. Landa y E. Montanari 2007. Preguntas arqueológicas y respuestas metalográficas. Artefactos de metal del Fortín La Perra (1883-1885). En A. Pifferetti y R. Bolmaro (eds.), *Metodologías científicas aplicadas al estudio de los bienes culturales:* 51-58. Rosario, Humanidades y Artes Ediciones.

Teixeira Lino, J y J. Simonds 2021. Arqueología de la Guerra Contestada (1912-1916): conflicto, cultura material y memoria. *Vestigios. Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica* 15: 5-25.

Tilly, Ch. 1969. Methods for the study of collective violence. En R. W. Conant y M. Apple Levin (eds.), *Problems in research on community violence:* 15-43. Nueva York, Praeger.

UNESCO 1992. El manifiesto de Sevilla sobre la violencia. Preparar el terreno para la construcción de la paz. Conferencia general de la UNESCO. Vigesimoquinta sesión. París, 16 de noviembre de 1989.

# APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA FORENSE Y LA ARQUEOLOGÍA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE MEMORIAS DEL TERRORISMO DE ESTADO

**Verónica Seldes**[1], **Antonela Di Vruno**[2], **Pablo Francisco Giorno**[3], **Luis Ángel Piaggi**[4], **Alejandro Vázquez Reyna**[5] **y Analía González Simonetto**[6]

[1] CONICET - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Equipo Memorias del Terrorismo de Estado | vseldes@gmail.com
[2] Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Equipo Memorias del Terrorismo de Estado - Ministerio de Justicia y DDHH Provincia de Buenos Aires | antodivruno@gmail.com
[3] Dirección de Sitios y Espacios de Memoria de la Provincia de Buenos Aires - Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Equipo Memorias del Terrorismo de Estado | pablofranciscogiorno81@gmail.com
[4] Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, UBA - Instituto de Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Equipo Memorias del Terrorismo de Estado | luaggi@gmail.com
[5] Equipo Argentino de Antropología Forense | avazquez@eaaf.org
[6] Equipo Argentino de Antropología Forense | agsimonetto@eaaf.org

**RESUMEN:** En este capítulo se desarrollarán los lineamientos de las investigaciones arqueológicas referidas al terrorismo de Estado en Argentina. El trabajo estará centrado en dos ejes; por un lado, se busca dar cuenta de cómo la antropología forense se ha convertido en una herramienta clave en los procesos de identificación de personas desaparecidas, focalizando en los aspectos metodológicos y su necesaria interrelación con otras disciplinas científicas. Por otro, se presentan las investigaciones arqueológicas en los espacios que funcionaron como Centros Clandestinos de Detención y Tortura, las cuales incluyen aspectos vinculados a la excavación, preservación, reacondicionamiento y refuncionalización, así como el trabajo con sobrevivientes, familiares, organismos de DDHH, todo lo cual permitió consolidarlos como Espacios de Memoria. Ambos tipos de abordaje se ejemplifican con casos trabajados por los equipos que integran los autores.

**ABSTRACT:** This chapter outlines the guidelines for archaeological investigations related to state terrorism in Argentina. The discussion focuses on two main areas: first, it examines how forensic anthropology has become a key tool in the identification of disappeared persons, emphasizing methodological aspects and its necessary interrelation with other scientific disciplines. Second, it presents archaeological investigations conducted in spaces that functioned as Clandestine Detention and Torture Centers, including aspects related to excavation, preservation, reconditioning, and repurposing, as well as collaboration with survivors, family members, and human rights organizations, all of which have contributed to consolidated as Spaces of Memory. Both approaches are illustrated through case studies carried out by the research teams of which the authors are members.

## INTRODUCCIÓN

En este trabajo se desarrollarán los principales lineamientos de las investigaciones arqueológicas referidas al terrorismo de Estado, tomando en consideración la trayectoria de estas investigaciones, las metodologías, los diferentes abordajes y las formas de vincularse con diversos actores sociales. Se entiende por terrorismo de Estado a la administración de la violencia ilegal por parte de representantes de instituciones estatales en cualquiera de sus instancias, ya sea a nivel nacional, provincial, municipal, etc. Esto es, un ejercicio de la violencia que incluye medidas represivas ilícitas que constituyen violaciones a los DDHH (Bayer *et al.* 2010). Específicamente, se tratará lo acontecido entre los años 1976 y 1983, durante la última dictadura cívico-militar en Argentina.

Con la recuperación de la democracia, a pocos años de iniciada la década de 1980, los pedidos de justicia por parte de Organismos de Derechos Humanos, sobrevivientes y familiares, junto a un contexto sociopolítico propicio, dieron lugar a procesos de identificación de víctimas del terrorismo de Estado. Lo actuado en Argentina se convirtió en marco de referencia internacional para la conformación de tribunales civiles para juzgar los delitos de lesa humanidad. Estos juicios pusieron de manifiesto la necesidad de aportar pruebas de lo sucedido, lo que, junto a voluntades políticas, llevó a que se conformara, en un principio, el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), focalizado en la exhumación de cuerpos y su identificación (Somigliana y Olmo 2002). Años después, las demandas y necesidades de investigación incluyeron a los Centros Clandestinos de Detención y Tortura (CCDyT), que funcionaron como espacios de represión, tortura, muerte y como potentes herramientas de disciplinamiento (Zarankin y Niro 2009); esto dio lugar al surgimiento de equipos de investigación arqueológica y antropológica, como el Grupo Antropológico-Arqueológico Memoria e Identidad (GAAMI), ya que se volvió imperioso abordar de modo sistemático y científico el estudio de los espacios que funcionaron como centros de detención, tortura y exterminio durante la dictadura cívico militar.

La antropología forense y la arqueología no sólo realizaron aportes a la justicia sino que además, al trabajar de manera interdisciplinaria, integrando testimonios de sobrevivientes, registros fotográficos y evidencias materiales —recuperadas tanto en excavaciones arqueológicas como resguardadas por la comunidad o en algunos casos, por los mismos sobrevivientes— fueron parte de la conformación de Sitios y Espacios de Memoria (Doval y Giorno 2010). Así, desde 1985 hasta el presente, los trabajos de la antropología y arqueología forense y vinculados a la recuperación de Sitios de Memoria, fueron aportes claves para los procesos de Memoria, Verdad y Justicia[1].

[1] Los procesos de Memoria, Verdad y Justicia comprenden en la República Argentina una serie de acciones estatales y sociales dirigidas a investigar, juzgar y condenar los delitos de lesa humanidad cometidos durante el accionar del terrorismo de Estado.

Este trabajo se propone dar cuenta de los procesos y experiencias de los trabajos realizados en la identificación de víctimas de delitos de lesa humanidad a través de la experiencia del EAAF, que se convirtió en un referente mundial en la investigación científica relacionada con casos de desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales en contextos de trata, migraciones y violencia política, estatal, de género, étnica o religiosa, . Por otro lado, se dará cuenta de la conjunción de políticas públicas e investigaciones arqueológicas y antropológicas, que sumadas a la participación de sobrevivientes, organismos de DDHH, familiares de personas desaparecidas y vecinos, permitieron reconocer a los CCDyT como Sitios de Memoria y convertir alguno de ellos en Espacios de Memoria. Tomaremos como ejemplos dos casos trabajados por los autores de este capítulo: Campo San Pedro y Mansión Seré.

## ANTROPOLOGIA FORENSE

Existe consenso en definir a la antropología forense como una ciencia auxiliar de la medicina legal y de la Justicia que tiene por objeto aplicar los conocimientos sobre la variabilidad humana, propios de la antropología biológica y la bioarqueología, al ámbito forense (Ubelaker 2018). Dado que este tipo de investigaciones transcurre en arenas judiciales, los interrogantes más relevantes a los cuales deberá dar respuesta tienen que ver fundamentalmente con la identidad de la víctima, la determinación de la causa, el tiempo y la dinámica de muerte, el análisis de la evidencia asociada y la generación de información acerca de los diferentes contextos sociopolíticos en los cuales se han producido las desapariciones y muertes (Somigliana y Olmo 2002). Frente al hallazgo de restos humanos esqueletizados o ante la presencia de cadáveres en diferentes estados de preservación cuya identidad se desconoce, esta disciplina interviene para resolver esos interrogantes. A diferencia de los estudios bioarqueológicos, que centran su interés en los modos de vida de las diferentes sociedades a través del relevamiento de variables biológicas, ambientales y culturales, el propósito de la antropología forense se focaliza en la identificación legal de una persona y en la investigación criminal del hecho que provocó su muerte (Bass 2005; Salado 2005; White y Folkens 2005; Wolff 2008).

En América Latina, el desarrollo de la antropología forense estuvo fuertemente vinculado a la lucha de familiares y organismos de DDHH por el esclarecimiento de los delitos relacionados con la represión estatal y la violencia política de las últimas décadas del siglo XX. En ese contexto particular, la labor del antropólogo forense ha expandido su horizonte de intervención profesional, no limitándose exclusivamente a las tareas de exhumación e identificación de restos humanos, sino que también incluye diversos aspec-

tos contextuales (históricos, sociales, políticos y familiares) en los cuales tuvieron lugar esos acontecimientos (Bielous 2012). Así, la disciplina en Latinoamérica ha desarrollado propuestas temáticas y perspectivas de análisis adecuadas a las propias problemáticas sociales, desde una agenda local, contemporánea y autónoma (Wright 2018).

A diferencia de lo que ha ocurrido en otras latitudes, en las cuales el campo académico ha mantenido relativa autonomía respecto de la vida política, el surgimiento de la antropología forense en Argentina ha sido en gran medida producto de la permeabilidad recíproca existente entre la academia y las demandas sociales locales (Wright 2005). Como se mencionaba en la introducción, el desarrollo de este tipo de líneas de trabajo tan específicas en nuestro país no se debió precisamente a las inquietudes que pudieran surgir al interior de las ciencias forenses o antropológicas, sino a la necesidad de dar respuesta a los reclamos de organismos de DDHH, sobrevivientes y familiares de detenidos-desaparecidos.

De esta manera, la conformación del EAAF en el año 1984 estuvo estrechamente ligada a los acontecimientos, que tuvieron lugar a partir de marzo de 1976, momento histórico en el cual se instaura en nuestro país una dictadura militar, responsable de violaciones sistemáticas a los Derechos Humanos. Una vez retornada la democracia, fueron los familiares de las víctimas del terrorismo de Estado y los organismos de DDHH quienes solicitaron la colaboración de distintas entidades provenientes del campo académico internacional para llevar adelante la investigación de esos delitos.

Fue la *American Association for the Advancement of Science* (AAAS; Washington D.C.) quien contestó ese pedido enviando una comisión de científicos al país. Entre ellos se encontraba el Dr. Clyde Snow, uno de los expertos más reconocidos en el ámbito forense, quien ha sido un factor clave para el inicio y devenir de la disciplina en Argentina. De hecho, fue este último investigador quien convocó y capacitó a estudiantes de antropología y arqueología para dar inicio a las exhumaciones y análisis de restos esqueletizados utilizando técnicas provenientes de la arqueología y de la antropología forense modernas. De esta manera, producto de la articulación entre la sociedad civil (Abuelas de Plaza de Mayo) y la academia, se constituye el primer equipo de antropólogos forenses de Latinoamérica cuyo objetivo principal será la identificación y restitución de los restos de las víctimas a sus familiares, junto con la presentación de los hallazgos y evidencias ante los estrados judiciales (Somigliana 2014).

Si bien en los comienzos las tareas del EAAF estuvieron focalizadas en la búsqueda de desaparecidos a nivel local, tuvo entre sus objetivos y desde un principio, transmitir la experiencia argentina a otros países del mundo que hubieran transitado procesos de violencia semejantes, brindando capacitación y asistencia a los profesionales de las áreas correspondientes (fiscales, jueces, forenses, fuerzas de seguridad, etc.). Así, a partir de 1986

miembros del EAAF comienzan a viajar hacia diferentes regiones donde se desarrollaron importantes conflictos violentos (Croacia, Bosnia, Costa de Marfil, El Salvador, México, Bolivia, Chile, entre otros) para el estudio y peritaje de casos específicos, a requerimiento de distintos tribunales internacionales, así como para evaluar también la capacidad de respuesta forense local y la factibilidad de llevar a cabo las investigaciones. De esta forma, el EAAF ha ampliado progresivamente su ámbito de intervención, en consonancia con una agenda dinámica de problemáticas contemporáneas vinculadas a los derechos humanos, ya que la desaparición forzada, la tortura y el asesinato ocurren en el marco de fenómenos como la violencia contra las mujeres, los procesos migratorios y la acción del crimen organizado, frecuentemente asociados a distintos niveles de connivencia estatal. Al mismo tiempo, incorporan nuevas dimensiones, entre ellas la transnacionalidad y la contemporaneidad. No se trata, por lo tanto, de violaciones circunscritas al pasado y abordadas exclusivamente en marcos de justicia internacional posteriores a los conflictos, sino de problemáticas vigentes y activas que atraviesan la vida cotidiana de sociedades en todos los continentes.

Ante estos nuevos escenarios, el abordaje interdisciplinario de la investigación forense se ha vuelto determinante, entendiendo que la complejidad de los procesos de búsqueda, análisis e identificación de personas desaparecidas exige la articulación de saberes provenientes de diversas disciplinas. Este enfoque, ya presente en la génesis del EAAF, se traduce no solo en la incorporación sistemática de nuevas herramientas para el análisis de la evidencia física, sino también en la construcción de espacios de interacción entre los distintos actores involucrados en las investigaciones: autoridades judiciales, especialistas forenses, familiares afectados por la violencia y organizaciones de la sociedad civil (Pérez-Torres y Congram 2022).

El diálogo interdisciplinar continuo permite, además, consolidar criterios comunes de trabajo y favorecer una comunicación fluida entre disciplinas, lo cual resulta clave para la producción de conocimiento confiable y para el acompañamiento respetuoso de las personas directamente afectadas por los hechos investigados.

## Etapas en el proceso de investigación

El proceso se estructura en distintas etapas que pueden describirse de manera secuencial, aunque verdaderamente operan de forma interdependiente. La investigación preliminar constituye el punto de partida y cumple una función orientadora fundamental. En esta fase se reconstruye el contexto histórico y social de la desaparición, se formulan hipótesis de identidad y se sistematiza información *antemortem* de cada individuo denun-

ciado como desaparecido. La recopilación de datos biográficos, médicos y odontológicos, así como el registro de características físicas individualizantes, permite construir un perfil previo que será contrastado posteriormente con los hallazgos osteológicos y genéticos (Fondebrider 2020).

Las fuentes que nutren esta etapa son múltiples, heterogéneas y fragmentarias. Por un lado, las entrevistas a familiares y allegados aportan elementos contextuales que eventualmente podrían contribuir a una mejor comprensión de las circunstancias de la desaparición. Por su parte, documentos tales como denuncias, causas, actas policiales, informes médico-legales, registros dactiloscópicos y archivos periodísticos, articulados e integrados críticamente con los testimonios de testigos, proporcionan información valiosa que podría orientar en la generación de hipótesis de identidad y en la delimitación de posibles sitios de inhumación (Salado y Fondebrider 2008).

La segunda etapa traslada la investigación al terreno y es allí donde toma intervención la arqueología forense. El sitio donde se presume la existencia de enterramientos clandestinos es tratado como escena del crimen, lo que implica la aplicación rigurosa de protocolos de excavación, registro, preservación y cadena de custodia. La prospección inicial, de carácter intrusivo o no según corresponda, permite identificar alteraciones del suelo o indicios materiales que justifiquen la excavación. Una vez delimitada el área de interés, se implementa una estrategia metodológica basada en la excavación estratigráfica y el registro sistemático del contexto. Así, la exhumación no consiste únicamente en la recuperación física de restos óseos y evidencia asociada, sino también en la interpretación de la información contextual: la posición de los cuerpos, la disposición de los objetos asociados y las características del enterramiento aportan datos esenciales para reconstruir la dinámica y las circunstancias de la depositación.

Por su parte, la fase de laboratorio profundiza el análisis de los elementos recuperados en campo, tanto la evidencia biológica como la asociada. En primer lugar, cuando se encuentran restos óseos o partes blandas dispersas que no están dispuestas anatómicamente, es preciso determinar si son humanos y establecer el número mínimo de individuos (MNI). Posteriormente, el estudio antropológico permitirá construir la denominada osteobiografía, es decir, el perfil biológico del individuo que incluye el sexo, edad al momento del fallecimiento, estatura, patologías, anomalías y rasgos individualizantes. De igual manera, se elabora una ficha odontológica.

El análisis de traumas es sumamente relevante ya que posibilita diferenciar lesiones *antemortem*, *perimortem* y *posmortem* (Fondebrider 2020). Esta distinción resulta fundamental para evaluar causas o mecanismos de muerte. Asimismo, el estudio tafonómico contribuye a comprender los procesos de degradación y las alteraciones producidas por factores ambientales, biológicos, faunísticos o antrópicos.

Por su parte, los estudios genéticos pueden completar el proceso de identificación. El ADN constituye una herramienta de alta precisión para establecer vínculos de parentesco mediante la comparación con muestras de referencia de familiares. En este sentido, se realizan estudios sobre marcadores autosómicos y, en caso de ser necesario, pueden incluirse análisis de linaje basados en el ADN mitocondrial (materno) y en el cromosoma Y (paterno). No obstante, es importante destacar que la identificación genética no opera de manera aislada, sino que se integra en una evaluación interdisciplinaria que considera la totalidad de la evidencia histórica, arqueológica y antropológica (Salado y Fondebrider 2008). Sin embargo, sabemos que no siempre es posible realizar análisis genéticos, ya sea por la condición de los restos (quemados, por ejemplo) o por constricciones presupuestarias ya que se trata de un proceso costoso.

A continuación, se presenta un caso trabajado por el EAAF en la provincia de Santa Fé entre los años 2007 y 2010 para ejemplificar las distintas fases de la labor forense antes mencionadas y dar cuenta de cómo, producto del trabajo conjunto y articulado entre diferentes saberes científicos, dicha intervención posibilitó la búsqueda, hallazgo e identificación de personas desaparecidas en esa provincia.

## Las fases de investigación a través del caso "Campo San Pedro"

Campo San Pedro es un predio de aproximadamente 2.200 ha perteneciente al Comando de Artillería 121 del Segundo Cuerpo del Ejército Argentino, ubicado al norte de la ciudad de Santa Fe, en la llanura aluvial del río Paraná. Diversas denuncias señalaron que este espacio habría sido utilizado durante la última dictadura cívico-militar (1976–1983) para entierros clandestinos de víctimas de desaparición forzada.

En abril de 2007 el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) fue convocado por el Juzgado Federal Nº2 de Santa Fe para intervenir en este predio con el fin de localizar, recuperar, analizar e identificar restos humanos.

El área de estudio corresponde a un campo de entrenamiento militar emplazado a aproximadamente 50 km al norte de la ciudad de Santa Fe. El predio presenta una cobertura vegetal heterogénea, compuesta por sectores de monte nativo intercalados con áreas desmontadas y utilizadas para la siembra de cultivos cerealeros, lo que implicó distintos niveles de intervención antrópica y procesos de alteración del paisaje. Estas características ambientales requirieron la integración de conocimientos provenientes de la geomorfología y la arqueología para la adecuada interpretación de los posibles contextos de enterramiento.

Si bien el predio en su totalidad abarca unas 2.200 ha, las tareas de prospección y ex-

cavación desarrolladas durante las etapas iniciales del operativo se concentraron en una superficie aproximada de 850 ha. La delimitación de estas áreas prioritarias fue el resultado de un trabajo conjunto entre especialistas forenses, operadores judiciales y equipos de investigación, a partir del cruce de información testimonial, antecedentes documentales y análisis cartográficos.

Dado el uso histórico del predio como campo de entrenamiento militar, con anterioridad al inicio de las tareas arqueológicas forenses se realizaron trabajos de desminado y de detección y localización de material explosivo remanente. Estas acciones implicaron la intervención de técnicos en explosivos, evidenciando la necesidad de una planificación interdisciplinaria orientada a garantizar la seguridad del personal y la preservación de la evidencia.

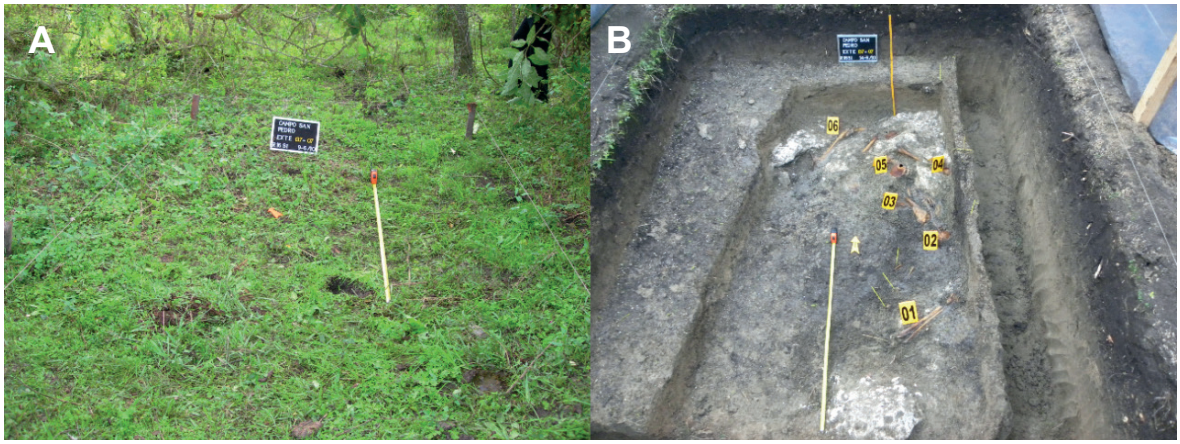
### *Metodología de prospección y excavación*

Entre febrero y julio de 2010 se llevaron a cabo sondeos y excavaciones arqueológicas sistemáticas en distintas áreas del predio. En una primera etapa se realizaron recorridos sistemáticos mediante transectas, orientados a la identificación de rasgos subsuperficiales, anomalías o alteraciones del terreno potencialmente asociadas a enterramientos clandestinos. Paralelamente, se efectuaron pozos de sondeo tradicionales, tanto manuales como mecánicos, distribuidos estratégicamente en función de las alteraciones detectadas y de las características geomorfológicas del terreno.

La exploración puntual de rasgos específicos (depresiones) se llevó a cabo mediante numerosos sondeos con barreno manual, técnica que permitió evaluar de manera localizada la estratigrafía y detectar así, tanto la mezcla heterogénea de sedimento consistente con alteración antrópica, como la presencia de restos óseos humanos asociados a una gran cantidad de óxido de calcio (CaO) o cal.

### *Resultados*

Como resultado de las tareas realizadas, se localizó una fosa de inhumación clandestina clasificada como primaria, múltiple y sincrónica, de 3,70 m x 2,80 m y 1,40 m de profundidad aproximadamente (figuras 1A y 1B). En su interior, se recuperaron restos óseos correspondientes a ocho individuos adultos completos (cinco masculinos y tres femeninos). Los mismos fueron remitidos al laboratorio del EAAF para su posterior análisis antropológico y muestreo genético. Hasta el momento, seis de los ocho individuos recuperados han sido identificados. Se trata de militantes políticos secuestrados en la ciudad de Rosario durante los meses de agosto y septiembre del año 1977. Sus restos fueron oportunamente restituidos a sus familiares. Los dos individuos restantes continúan siendo comparados genéticamente ante el ingreso de nuevas muestras de referencia.




■ **Figura 1.** A. Vista del área de interés previo a las tareas de remoción de sedimento en Campo San Pedro; B. área de interés intervenida arqueológicamente: fosa común primaria, múltiple y sincrónica de 3,70m x 2,80m y 1,40m de profundidad aproximadamente. Se observa sedimento blanquecino consistente con cal.

### *Trabajos actuales y perspectivas*

De acuerdo a los testimonios aportados a la Justicia, las personas allí inhumadas provendrían del CCDyT "La Calamita", ubicado en la localidad de Granadero Baigorria, provincia de Santa Fe. Dicho CCDyT funcionó entre 1976 y 1978, cuando se produce su cierre y el traslado final de las personas allí detenidas. Teniendo en cuenta que se estima una veintena de personas trasladadas, cabe hipotetizar que aún quedan fosas por ubicar en Campo San Pedro, por lo que en la actualidad las investigaciones continúan incorporando tecnologías que refuerzan el abordaje interdisciplinario de la búsqueda. Entre las tecnologías aplicadas, se destacan el uso de georradar (GPR) y el relevamiento fotográfico aéreo mediante escaneo LiDAR, técnicas que integran conocimientos de la geofísica, la teledetección y la arqueología.

Vemos de esta manera cómo la articulación entre las nuevas tecnologías, los saberes forenses y los marcos jurídicos de derechos humanos permiten no sólo optimizar la localización de nuevas áreas de interés, sino también fortalecer la producción de evidencia científicamente robusta, en consonancia con los estándares internacionales aplicables a la investigación de desapariciones forzadas.

## ARQUEOLOGÍA EN ESPACIOS DE MEMORIA

En este apartado se desarrolla el proceso de reconocimiento como Sitios y Espacios de Memoria, de los lugares donde se cometieron crímenes de lesa humanidad. Como antece-

dentes se pueden mencionar los sitios que fueron trabajados y que se convirtieron en Museos o lugares de memoria del Holocausto en Europa, constituyendo una referencia para las acciones que años más tarde se desarrollaron en Argentina. A partir de la concepción de "lugares de memoria" de Pierre Nora (2008) –referidos a lo que fueron los campos de concentración del nazismo– basada en la idea de que la memoria es una construcción social y colectiva, se busca transformar estos lugares donde predominaba el terror, en otros donde poder recuperar, crear y vivenciar lo que fue el terrorismo de Estado y sus prácticas genocidas (Biasatti y Compañy 2014).

Un proceso similar se dio en los CCDyT de la última dictadura cívico-militar argentina que pasarían a ser considerados Sitios de Memoria, es decir, lugares que condensan significaciones sobre las políticas públicas y que materializan y visibilizan lo sucedido allí. Se trata de espacios que, gracias al entramado de saberes, experiencias y testimonios y junto a la recuperación de las evidencias materiales (Pupio *et al*. 2025), se convierten en activadores de memoria (Fabri 2013). Algunos casos emblemáticos de CCDyT convertidos en Sitios de Memoria en Argentina son El Olimpo, ESMA, Virrey Cevallos, Club Atlético (Weissel *et al*. 2002), Monte Pelloni (Chaparro y Curtoni 2019), Pozo de Vargas (Ataliva 2008) y el caso que se presentará aquí, el de Mansión Seré.

El reconocimiento de estos Sitios de Memoria se vio acompañado por la creación de un marco normativo y de una serie de políticas públicas vinculadas a los mismos. Según la Ley Nacional 26.691 del año 2011 denominada "Preservación, señalización y difusión de Sitios de Memoria del Terrorismo de Estado", los Sitios de Memoria son:

> "los lugares que funcionaron como centros clandestinos de detención, tortura y exterminio o donde sucedieron hechos emblemáticos del accionar de la represión ilegal desarrollada durante el Terrorismo de Estado ejercido en el país hasta el 10 de diciembre de 1983".

Así, se dieron una serie de acciones tendientes a garantizar la preservación y la señalización de los Sitios de Memoria como parte del proceso de visibilización del accionar del terrorismo de Estado (figura 2).

Poco tiempo después de la sanción de la ley se hizo necesario dar un marco normativo a todos esos sitios en los cuales ya se habían logrado concretar experiencias de recuperación y se estaban desarrollando actividades de investigación, culturales y pedagógicas. De esta forma, en el año 2014 se dictó el Decreto Reglamentario 1986 en el cual se define a estos Espacios para la Memoria, la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos (Espacios de Memoria) de la siguiente manera: "Los Sitios reconvertidos y/o resignificados que lleven adelante de modo permanente actividades educativas, culturales, artísticas y/o de investigación…".

■ **Figura 2.** Imagen de señalización monumental instalada en el marco de la Ley Nacional 26691 frente al Espacio para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos ex "ESMA"

## Investigaciones en Espacios de Memoria

A partir del 2000, como parte de las políticas públicas desarrolladas por distintos estamentos estatales, se convoca a estudiantes y/o graduados de las carreras de arqueología para formar parte de proyectos vinculados al rescate de evidencias materiales y recuperación de diferentes espacios que funcionaron como CCDyT durante la última dictadura cívico-militar: Mansión Seré, Club Atlético, Pozo de Vargas y Pozo de Rosario fueron de los primeros en desarrollarse. Los objetivos de estos trabajos estaban puestos en realizar un abordaje integral a efectos de contar con evidencias que pudieran utilizarse como pruebas para futuros juicios. Esto permitiríaincorporar un soporte material de los testimonios y, a nivel social, rescatar y preservar estos lugares, anexándolos al patrimonio de la comunidad como Espacios de Memoria.

Estos trabajos tuvieron como base fundamental la participación de los sobrevivientes, logrando un enlace y comunicación que potenció las investigaciones, sus resultados y sin dudas marcó un camino en los profesionales que lo abordaron. Esta construcción de saberes requirió de otro actor testigo que fue involucrándose y se convirtió en un complemento para el conocimiento de los lugares: los vecinos. Se produjo de esta manera un ensamble entre el adentro del CCDyT, indicado por las personas secuestradas, y los vecinos que caracterizaban ese afuera, la cotidianidad de un barrio, una ciudad conviviendo con el aparato represivo.

Se trata en definitiva de trabajos que involucran la interacción de diferentes actores sociales como sobrevivientes de los CCDyT, organismos de DDHH, familiares de detenidos-desaparecidos y vecinos. A su vez, se nutre de distintos tipos de fuentes que podemos agrupar en dos categorías: fuentes documentales y fuentes materiales.

### *Fuentes documentales*

Desde hace décadas la información judicial se configura como uno de los principales sustentos de las iniciativas de investigación vinculadas a los CCDyT. Los testimonios y documentos generados en distintas instancias de los procesos judiciales como autos de elevación, procesamientos, sentencias judiciales, inspecciones oculares, se configuran como material de consulta para comprender las dinámicas de funcionamiento internas de los CCDyT y su lugar dentro del sistema represivo.

También se cuenta con las denuncias realizadas ante la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) en una primera instancia, luego ante el Registro Unificado de Víctimas (RUVTE) y diversas áreas de investigación del Estado nacional a través de la Secretaría de DDHH, Ministerio de Justicia y las secciones de DDHH del resto de los estamentos gubernamentales. Asimismo, incluye la documentación generada y/o resguardada por los archivos y fondos documentales de instituciones estatales nacionales, provinciales y locales, como así también de organismos de DDHH y organizaciones de la sociedad civil. Sumado a esto, las fuentes de origen periodístico como registros gráficos y audiovisuales, fueron relevantes en la reconstrucción de hechos, de espacios y en la identificación de personas vinculadas al terrorismo de Estado.

Por otro lado, las imágenes conforman una importante fuente ya que las fotografías históricas permiten observar las características de una edificación en un momento determinado. Estas fotos pueden provenir de fuentes oficiales (como los relevamientos fotográficos llevados adelante por la CONADEP), o de colecciones particulares (desarrolladas por vecinos, periodistas, fotógrafos, etc.). Por último, es posible mencionar las fotografías aéreas tanto las tomadas por el ex Instituto Geográfico Militar (hoy

Instituto Geográfico Nacional) y las realizadas por civiles, así como las imágenes satelitales más modernas, que permiten ubicar estructuras hoy inexistentes en el terreno u observar modificaciones en las edificaciones, movimientos de suelos, etc.

En el caso de planos arquitectónicos, los diferentes relevamientos planimétricos de los edificios, planchetas catastrales, planos de la ex Obras Sanitarias de la Nación y los croquis desarrollados por testigos, permiten identificar las características de los edificios al momento del funcionamiento de los CCDyT e individualizar modificaciones realizadas en los mismos a lo largo de los años.

#### *Fuentes materiales*

Tomando como referencia lo que se conoce como arqueotectura, que reconoce a la arquitectura como contenedora de significados y como un medio de comunicación y expresión (Mañana-Borrazas *et al*. 2002), el trabajo parte del relevamiento de estructuras y objetos muebles asociados al edificio y se articula con las fuentes anteriormente mencionadas y los testimonios. De esta manera, las estructuras y objetos se identifican a través de la observación directa y de registros (no invasivos), cateos o sondeos exploratorios (invasivos) y excavaciones sistemáticas que buscan dejar al descubierto instalaciones, muros, pisos; esto es, todo lo concerniente a la estructura edilicia del espacio y por último, recuperación de distintos objetos asociados a diferentes usos del lugar.

## Un caso de arqueología en Espacios de Memoria: Mansión Seré, alias Atila

El predio Mansión Seré, ubicado entre las calles Blas Parera, Fray Justo Santa María de Oro, Alfredo Bufano y Cnel. Martín P. de Lacarra en la localidad de Castelar (actual partido de Morón), funcionó como CCDyT en los años 1977-1978 bajo la esfera de la Fuerza Aérea Argentina, siendo conocido con el nombre de "Atila". Tras una larga historia de ocupaciones que se desarrollará más adelante, se creó en el año 2000 la Casa por la Memoria y la Vida, como parte de las políticas públicas impulsadas por el Municipio de Morón, a metros de donde se localizaba la casona que funcionó como CCDyT. La Asociación Seré por la Memoria y la Vida convocó a un grupo de profesionales para la presentación de un proyecto de investigación arqueológica del lugar.

Este grupo de antropólogos y arqueólogos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, hizo extensiva la convocatoria para conformar un equipo a estudiantes de la carrera en calidad de pasantes. Así se conformó el grupo GAAMI (Grupo Arqueológico Antropológico Memoria e Identidad) y se dio inicio al Proyecto Mansión Seré, incluido dentro del "Programa de recuperación de espacios y memorias

vinculados al Terrorismo de Estado", de la Dirección de Derechos Humanos del Municipio de Morón.

El proyecto que comenzó en agosto del año 2000, a través de una articulación entre organismos de DDHH y el gobierno local, presentó distintas etapas de trabajo: un primer momento con tareas administrativas, logísticas, búsqueda de antecedentes, testimonios y documentos de distinto origen y una segunda instancia con el comienzo de las excavaciones en abril del año 2002. Involucró la participación de más de 70 personas entre estudiantes y graduados de la carrera de antropología y de otras disciplinas como ingeniería, arquitectura, historia y museología e implicó tareas de preservación, reacondicionamiento y refuncionalización, sumado a propuestas interpretativas, museográficas y recursos pedagógicos. Entre sus objetivos estaba determinar los usos y funciones que tuvo el sitio y los significados que le fueron otorgados por los vecinos al espacio a lo largo de las diferentes etapas de ocupación, relacionados asimismo con los contextos históricos por los que atravesó el país. En consecuencia, se trataba de evaluar también su importancia para la conformación de la identidad del barrio y la construcción de la memoria colectiva. Para esto era preciso identificar los indicadores arqueológicos de los diversos usos y funciones que tuvo el sitio a lo largo del tiempo a la vez que definir los cambios producidos en el paisaje local para cada una de las etapas por las que pasó Mansión Seré; por otra parte, se propuso relevar las historias y memorias de diferentes actores sociales a través de entrevistas, fotografías y la cultura material recuperada. El proyecto se planteó desde un principio como una instancia abierta, lo que incluía la participación de ex detenidos-desaparecidos y de la comunidad que formaba parte del barrio. De ahí que se los invitó a participar de las excavaciones y se organizaron también talleres, charlas, encuentros formales e informales y entrevistas con ellos, entre otras prácticas.

Antes de comenzar a delinear el proceso de las investigaciones, es importante conocer la historia del lugar para comprender las distintas circunstancias que llevaron a la instalación de un CCDyT en este espacio, la destrucción de la casona y la creación de un Espacio de Memoria.

### *Historia de Mansión Seré*

En el año 1868 un inmigrante vasco francés, Jean Seré adquirió 56 has en las afueras de Morón donde fundó la "Quinta Seré". Tras su fallecimiento en 1893, los campos fueron divididos entre sus hijos. En 1920, una de ellas, Leocadia, junto a su marido Santiago Capdepont, construyó una casa de dos plantas de estilo francés con materiales importados de Europa, la cual pasó a conocerse como Mansión Seré (Doval 2011).

En 1928, en coincidencia con el crecimiento poblacional y la expansión del ferrocarril

comienzan los primeros loteos en el predio que darán forma al actual Barrio Seré. La Mansión Seré fue vendida en 1949 al Instituto de Previsión Social de la Ciudad de Buenos Aires. Tras el golpe de Estado de 1955, el predio permanece abandonado y los vecinos paulatinamente comenzaron a apropiarse del lugar otorgándole un carácter de parque público. Se transformó así en terreno de paso y de recreación familiar.

Luego del Golpe de Estado del 28 de junio de 1966 comandado por el General Onganía, el predio fue cedido en comodato a la Fuerza Aérea Argentina, la que lo habilitó como Casino de Oficiales bajo la esfera de la VII Brigada Aérea de Morón. Durante la última dictadura cívico-militar, la casona funcionó como CCDyT, desde febrero de 1977 hasta abril de 1978 (de acuerdo a los testimonios obtenidos hasta el momento). Conocido como "Atila" o "Mansión Seré", fue parte de la denominada zona 1, bajo jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército, dentro de la sub-zona 16, cuya jefatura residía en la I Brigada Aérea del Palomar, comprendiendo en su territorio los municipios de Morón, Merlo y Moreno. Las fuerzas involucradas en el funcionamiento de la Mansión Seré fueron la Fuerza Aérea Argentina con apoyo de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Hasta el momento se sabe que allí permanecieron secuestradas 63 víctimas de las cuales ocho fueron asesinadas o permanecen desaparecidas.

Tras la fuga de cuatro detenidos-desaparecidos, concretada el 24 de marzo de 1978, el CCDyT fue desarticulado y los detenidos-desaparecidos que permanecían en el lugar fueron enviados a distintas comisarías de la zona y posteriormente a unidades penitenciarias, pasando su situación de clandestina a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN).

Con intención de eliminar las pruebas del funcionamiento del CCDyT, inmediatamente después de la fuga (las fechas varían según los testimonios brindados por los sobrevivientes), se inició un proceso de desarme del lugar debido a considerarse que las condiciones de "seguridad" se habían infringido y porque se había determinado el desalojo del lugar por parte de la Fuerza Aérea. Esta fuerza distribuyó a los detenidos en otros CCDyT y/o los liberó a lo largo del par de meses posteriores al incidente indicado. Luego de esto, la Mansión fue incendiada y dinamitada, quedando de ella sólo la fachada, paredes exteriores, los restos de algunas estructuras internas, un tanque de agua y los dos pilares que marcaban el portón de ingreso al predio.

Desde mediados de 1978 hasta 1985 el sitio no tuvo una ocupación formal, aunque los vecinos comenzaron a hacer uso del lugar como parte de sus tareas cotidianas, utilizándolo como atajo para acortar su camino, para actividades recreativas y para extraer objetos que eran parte de la casa o realizar pintadas (Doval y Giorno 2011).

En 1984/85, en el marco del juicio a las Juntas Militares, se realizaron reconocimientos del lugar por parte de sobrevivientes, organismos de DDHH, lo que sumó nuevas pruebas a la CONADEP sobre Mansion Seré. Sin embargo, en 1986, el intendente de Morón, García Silva —tras gestionar ante la Municipalidad de Buenos Aires la recuperación del predio mediante un comodato a la Municipalidad de Morón con el fin de destinarlo a la construcción de un Polideportivo— decidió demoler las estructuras de la Mansión que quedaban en pie para instalar en ese lugar una cancha de futbol.

### *Las investigaciones antropológicas y arqueológicas*

Durante el proceso de trabajo, el equipo se encontró con situaciones diversas. Parte de la comunidad que visitaba el polideportivo con fines recreativos se sintió molesta por las restricciones que implicaron las excavaciones en la cancha de fútbol. También activó posiciones negativas por parte de algunos que, frente a la confrontación con un pasado traumático, no estaban de acuerdo con rememorar, por considerar innecesaria o inapropiada la evocación de ese dolor que pensaban se había diluido en el tiempo.

Trabajar en un Sitio de Memoria generó también reacciones de curiosidad y mayormente de apoyo. Un punto interesante de las interacciones con los vecinos es el aporte de más de 129 imágenes fotográficas retratando la mansión y el predio, además de la donación de más de treinta objetos recuperados en el lugar, referidos a diferentes momentos históricos del predio. De esta manera, la comunidad se convirtió en un actor social activamente involucrado en el proceso de construcción y resignificación de este espacio (Doval y Giorno 2010).

Como parte del proyecto se realizaron encuestas en el barrio y toma de testimonios. En el marco del área audiovisual se produjeron veintitrés entrevistas a ex detenidos-desaparecidos, familiares y vecinos siguiendo las metodologías propuestas por la antropología de atención flotante y una categorización diferida del investigador (Guber 1991). A su vez, a partir de encuentros casuales desarrollados espontáneamente durante los trabajos de excavación y distintas actividades pedagógicas y culturales realizadas en el predio, se registraron 131 relatos de vecinos y otros individuos, algunos de los cuales fueron grabados y en otros casos se anotaron las ideas principales (Doval y Giorno 2010).

Los testimonios de los ex detenidos-desaparecidos, el aporte de los vecinos en cuanto a material fotográfico tomado entre 1979 y 1985, y por último los restos materiales conservados, permitieron identificar y relevar 79 inscripciones en lo que fueran

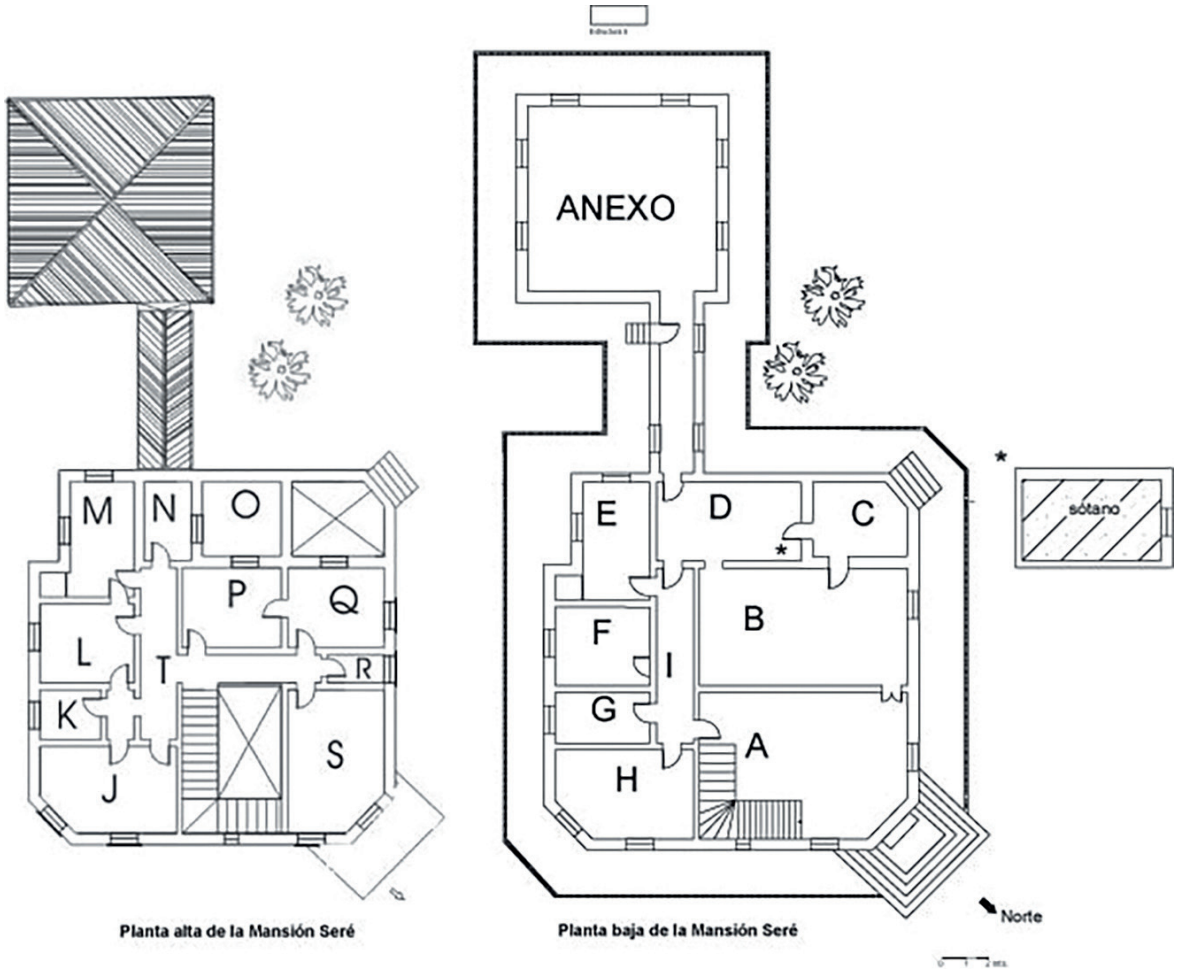
las paredes de la Mansión entre la época de su abandono como CCDyT y su demolición, seis de ellas halladas en fragmentos de lo que fueran las paredes de la casona y 73 detectadas en imágenes fotográficas (Doval y Giorno 2011).

Las intervenciones arqueológicas abarcaron una superficie de *ca.* 500 $m^2$ en torno a la antigua mansión, que incluyeron los cimientos de la casona que se disponían en una superficie de 303,40 $m^2$, un sótano aislado de la casa y en pie de 21 $m^2$ y dos pozos de absorción de 2,4 m de diámetro. La excavación, realizada siguiendo niveles naturales, permitió distinguir cuatro estratos que dieron cuenta de la misma cantidad de eventos de depositación tanto naturales como antrópicos (Doval y Giorno 2010). Se realizaron además relevamientos de diversos elementos del paisaje como otras estructuras presentes en el predio contemporáneas a la mansión: una torre de agua reconocida por sobrevivientes, los pilares de soporte del portón de acceso principal al predio, una pileta de natación, senderos de circulación y arboledas circundantes, también mencionadas por sobrevivientes.

Hasta el momento —aún no está concluido el trabajo de excavación— se recuperaron en las excavaciones más de 95.000 artefactos de diversa naturaleza, entre ellos materiales constructivos de la casona, como baldosas, cerámicas y azulejos, así como también vainas y proyectiles de armas de fuego, envases fechados de productos alimenticios, monedas, etc. Estos últimos elementos (N= 3151) fueron considerados diagnósticos por poseer algún tipo de marca y/o inscripción que lo hacían reconocible y datable (Di Vruno *et al.* 2008; Doval 2011).

En el marco de este trabajo, se realizó la reconstrucción de la planta de lo que fuera la Mansión Seré, utilizando la información obtenida a partir de las excavaciones arqueológicas, lo que permitió confeccionar un plano tentativo de la planta baja, mientras que el archivo fotográfico, así como croquis y testimonios de ex detenidos-desaparecidos y vecinos, fueron utilizados para la elaboración del plano de la planta alta (Di Vruno *et al*. 2008; Doval *et al*. 2010). A estos croquis y testimonios se unen los recorridos realizados con ex detenidos-desaparecidos por los cimientos de la casona, recuperados parcialmente por la excavación arqueológica, en donde señalaron las distintas habitaciones y los usos que fueron teniendo mientras permanecieron allí (figura 3).

En el año 2005, producto de la derogación de las leyes de impunidad, se reabrieron las causas judiciales vinculadas a Mansión Seré y como parte de este proceso, las investigaciones realizadas por el equipo de investigación fueron usadas como evidencia en las diferentes instancias del proceso judicial. Se participó de este proceso aportando declaraciones e informes, tanto en el proceso de instrucción como en los Juicios Orales (Doval y Giorno 2010).




■ **Figura 3.** Planos de Mansión Seré confeccionados por el GAAMI. Las letras señalan los diferentes recintos de la casona que permitieron luego referenciar los diferentes hallazgos de las excavaciones tomando en consideración los testimonios de los sobrevivientes respecto a la funcionalidad de los diferentes espacios.

### *Mansión Seré como Espacio de Memoria*

A efectos de proteger los cimientos de la Mansión Seré que quedaron expuestos gracias a la excavación arqueológica, se obtuvo financiamiento del Municipio de Morón, del gobierno nacional y de organismos internacionales (Mercociudades- Unión Europea). Esto permitió construir una serie de estructuras y techados que, en el caso de estos últimos, emulan la configuración original de la mansión (figura 4), así como pasarelas para recorrer diferentes secciones de lo que había sido la casona. Para el desarrollo de este proyecto arquitectónico

se conformó una mesa de trabajo interdisciplinaria que incluyó al GAAMI, a arquitectos de la Dirección de Proyectos de la Secretaría de infraestructura del municipio, a la Asociación Seré por la Memoria y la Vida, otros organismos de DDHH, a familiares y sobrevivientes. La inauguración de la última etapa y denominación como Espacio de Memoria, bajo el nombre Mansión Seré: Centro de Investigación e Interpretación de Nuestra Historia Reciente, se realizó el 24 de marzo de 2013, en el marco de la conmemoración del golpe de estado de 1976.

■ **Figura 4.** Sector techado y pasarelas del Espacio de Memoria Mansión Seré: A. fotos de detenidos-desaparecidos colocadas en los vidrios que ofician de límite del sitio; B. y C. imágenes de las excavaciones, cartelería y vitrinas.

Como parte del recorrido se puede observar un memorial con fotos traslúcidas de detenidos-desaparecidos del municipio de Morón colocadas sobre los cerramientos de vidrio. Por otra parte, alrededor de las pasarelas se colocaron carteleras con información histórica vinculada a la Mansión Seré y sobre el contexto nacional e internacional, desde la construcción de la casona hasta la actualidad, haciendo especial hincapié en el accionar del terrorismo de estado y los procesos de Memoria, Verdad y Justicia. Como parte de la cartelería, se incorporaron fotografías de la casona y varios documentos, en lugares estratégicos para que el visitante pueda visualizar el sector donde se encuentra en su recorrido. Además, se colocaron vitrinas con parte del material hallado, acompañadas de relatos de sobrevivientes, poniendo en diálogo la materialidad y los testimonios.

Convertir a Mansión Seré en un Sitio de Memoria no implicó solamente visibilizar la historia del lugar, sino también materializar un proceso que en la práctica actúa como disparador de nuevos sentidos, un espacio donde la memoria se activa, se reconfigura, se dinamiza en la forma en que los visitantes lo viven, un sitio en medio de un espacio recreativo que es a la vez espacio de reflexión y de resignificación permanente.

## CONCLUSIONES

En el marco de los 50 años del golpe cívico militar en Argentina es pertinente observar el estado de situación y aportes de los distintos sectores de la sociedad para mantener activas las memorias del terrorismo de Estado. En este capítulo nos referimos a las intervenciones desde la antropología forense y la arqueología en los espacios que fueron funcionales a un aparato estatal represor, focalizando en los procesos de identificación de personas desaparecidas, así como en el abordaje arqueológico de Sitios y Espacios de Memoria.

Los sitios Campo San Pedro y Mansión Seré constituyen ejemplos de articulación entre políticas públicas, justicia, ciencia, ex detenidos-desaparecidos y comunidad en general. Un proceso que lleva años de desarrollo de gestión e investigación en un equilibrio constante entre el aporte académico, judicial y de la comunidad.

Los trabajos forenses y arqueológicos debieron asegurar el diálogo como principal herramienta y se transformaron en el enlace dinámico y armónico entre los testimonios, la voz de los sobrevivientes y la materialidad de los objetos. Sin duda, esta experiencia, junto a otras que se desplegaron en distintos puntos de Argentina, dan cuenta de la necesidad de una cienciaque participe de políticas y prácticas para el ejercicio de la memoria colectiva, para que el Nunca Más sea Nunca Más.

## BIBLIOGRAFÍA

Adams, B. y J. Byrd. (eds). 2008. *Recovery, analysis and identification of commingled human remains*. Humana Press.

Ataliva, V. 2018. *Arqueología, memorias y procesos de marcación social (acerca de las prácticas sociales post-genocidas en San Miguel de Tucumán*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

Bass, W. 2005. *Human osteology: a laboratory manual and field manual.* Columbia, MO: Missouri Archaeological Society.

Bayer, O., A. Borón y J. C. Gambina 2010. *El Terrorismo de Estado en la Argentina. Apuntes sobre su historia y sus consecuencias*. Buenos Aires, Instituto Espacio de la Memoria.

Biasatti, S. y G. Compañy 2014. Introducción. En S. Biasatti y G. Compañy (eds.), *Memorias sujetadas: hacia una lectura crítica y situada de los procesos de desmaterialización:* 21-33. Madrid, JAS Arqueología S.L.U.

Bielous, S. D. 2012. Los equipos de antropología forense en América Latina: coadyuvantes en el camino de la verdad y la justicia. *Red Universitaria sobre Derechos Humanos y Democratización para América Latina* 2: 25-53.

Chaparro, M. G. y R. Curtoni 2019. Arqueología y memoria en un ex centro clandestino de detención y tortura de personas: Monte Pelloni, partido de Olavarría (Argentina). En V. Ataliva, A. Gerónimo y R. Zurita (comps.), *Arqueología forense y procesos de memorias: saberes y reflexiones desde las prácticas*: 287-315. Instituto Superior de Estudios Sociales y Colectivo de Arqueología, Memoria e Identidad de Tucumán (CAMIT), Universidad Nacional de Tucumán.

Decreto reglamentario de la Ley Nacional de Sitios de Memoria (Ley N° 26.691), Decreto 1986/2014, publicado en el Boletín Oficial de la República Argentina, 30 de octubre de 2014. https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-1986-2014-237268

Di Vruno, A., A. Diana, V. Seldes, M. T. de Haro, J. Doval, P. Giorno y L. Vázquez 2008. Arqueología en un centro clandestino de detención. El caso Mansión Seré –Atila. En M. T. Carrara (comp.), *Cambio y continuidad cultural en arqueología histórica:* 220-225. Rosario, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes.

Doval, J. 2011. Cultura material, fotografías y memoria oral en la construcción del espacio social. El caso Mansión Seré. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Doval, J. y P. F. Giorno 2010. La arqueología como herramienta judicial. Una exposición de cuatro casos de aplicación en el oeste de la provincia de Buenos Aires, Argentina. *Revista de Investigaciones del Centro de Estudiantes de Arqueología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos* 7: 91-107.

Doval, J. y P. Giorno 2011. Análisis sobre pintadas e inscripciones en el sitio Mansión Seré (Morón, provincia de Buenos Aires). *Comechingonia* 14: 191-209.

Doval, J., P. F. Giorno, M. T. de Haro y A. Diana 2010. Mansión Seré: una reconstrucción arquitectónica desde la imagen fotográfica. En M. Berón, L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte (eds.), *Mamül Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana*: 215-226. Buenos Aires, Editorial Libros del Espinillo.

Fabri, S. 2013. Lugares de memoria y marcación territorial: sobre la recuperación de los centros clandestinos de detención en Argentina y los lugares de memoria en España. *Cuadernos de Geografía/ Revista Colombiana de Geografía* 22(1): 93-108.

Fondebrider, L. 2020. *Guía forense para la investigación, recuperación y análisis de restos óseos*. Equipo Argentino de Antropología Forense.

Guber, R. 1991. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo.* Buenos Aires, Editorial Legasa.

Ley Nacional para la "Preservación, señalización y difusión de Sitios de Memoria del Terrorismo de Estado"; numero 26691/2011, Boletín Oficial de la República Argentina el 29 de junio de 2011.

Mañana-Borrazás, P., R. Blanco Rotea y X. Ayán Vila 2002. Arqueotectura 1: bases teórico-metodológicas para una arqueología de la arquitectura. *TAPA* 25: 12-101.

Nora, P. 2008. *Pierre Nora en les lieux de mémoire*. Montevideo, Trilce.

Pérez-Torres, P. y D. Congram 2022. Biografía: Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). *Forensic Anthropology* 5(3): 262–266.

Pupio, M. A., M. G. Chaparro, V. M. Salerno, C. Leiva y M. Glok Galli 2025. Materialidades y memorias traumáticas. Estudios de casos en la Argentina. *Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano* 56: 61-93.

Salado, M. 2005. Cementerios clandestinos en Guatemala. Logros y limitaciones de la antropología física en el campo forense. *Eres. Arqueología/Bioantropología* 13: 55-64.

Salado, M. y L. Fondebrider 2008. El desarrollo de la antropología forense en la Argentina. *Cuadernos de Medicina Forense* (53-54): 213-221.

Somigliana, M. 2014. Datos concretos frente a la incerteza de la desaparición. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 1(1): 192-207.

Somigliana, M. y D. Olmo 2002. Qué significa identificar. *Encrucijadas* 15: 22-35.

Ubelaker, D. H. 2018. A history of forensic anthropology. *American Journal of Physical Anthropology* 165(4): 915-923.

Weissel, M., C. Bosoni y A. Versan 2002. Arqueología en el proyecto de recuperación de la memoria del Centro Clandestino de detención y Tortura Club Atlético. Trabajo presentado en *III Congreso de Arqueología de la Región Pampeana*. Facultad de Ciencias Sociales, Olavarría.

White, T. D. y P. A. Folkens (eds.) 2005. *The human bone manual.* Burlington, Elsevier Academic Press.

Wolff, I. 2008. Evaluación de criterios osteométricos de diagnóstico sexual en población argentina. Tesis de grado inédita. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Wright, P. 2005. Cuerpos y espacios plurales: sobre la razón espacial de la práctica etnográfica. *Indiana* 22: 55-72.

Wright, P. 2018. Entre los giros, los lugares comunes conceptuales y la naturaleza crítica de la antropología. *Encartes Antropológicos* 1(1): 59-66.

Zarankin, A. y C. Niro 2009. The materialization of sadism. Archaeology of architecture in clandestine detention centers (Argentinean military dictatorship, 1976-1983). En P. Funari, A. Zarankin y M. Salerno (comps.), *Memories from darkness. Archaeology of repression and resistance in Latin America (1960-1980)*: 57-76. Nueva York, Springer.

# LA PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA

# UNA METODOLOGÍA EN TÁNDEM PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LÍNEAS DE BASE ARQUEOLÓGICAS

**Norma Ratto**[1]

[1] Instituto de las Culturas (IDECU, UBA–CONICET) | norma.ratto@gmail.com

**RESUMEN:** Este capítulo presenta un enfoque metodológico para la construcción de líneas de base arqueológicas en estudios de impacto durante las etapas de factibilidad–diseño y diseño de grandes proyectos de inversión e infraestructura. La propuesta se sustenta en una trayectoria de investigación aplicada desarrollada en el campo de la arqueología de impacto en Argentina, en diálogo con los marcos normativos que regulan la evaluación ambiental y la gestión del patrimonio en ese país. Desde esta base, se articulan, a distintas escalas, herramientas de observación remota y análisis espacial (imágenes satelitales de alta resolución, LIDAR, drones y SIG) con fuentes documentales, materiales y sociales, incluyendo antecedentes de investigación, estudios de impacto previos, colecciones museológicas y privadas, fuentes históricas digitalizadas e historias orales. La noción de 'tándem' refiere aquí a un procedimiento secuencial e iterativo en el que estas líneas de evidencia retroalimentan la modelización del paisaje arqueológico y orientan el diseño del relevamiento pedestre. Así, la línea de base deja de ser un inventario estático y se convierte en una herramienta analítica para anticipar áreas de sensibilidad arqueológica y apoyar la toma de decisiones en la gestión patrimonial, con potencial de adaptación a otros contextos nacionales.

**ABSTRACT:** This chapter presents a methodological approach for the construction of archaeological baseline studies in impact assessments during the feasibility–design and design stages of large-scale investment and infrastructure projects. The proposal is grounded in a trajectory of applied research developed within the field of impact archaeology in Argentina, in dialogue with the regulatory frameworks governing environmental assessment and heritage management in that country. Building on this foundation, it articulates, across multiple scales, remote sensing and spatial analysis tools (high-resolution satellite imagery, LiDAR, drones, and GIS) with documentary, material, and social sources, including previous research, prior impact assessments, museum and private collections, digitized historical records, and oral histories. The notion of "tandem" refers here to a sequential and iterative procedure in which these lines of evidence mutually inform the modeling of the archaeological landscape and guide the design of pedestrian survey strategies. In this way, the baseline shifts from a static inventory to an analytical tool for anticipating areas of archaeological sensitivity and supporting decision-making in heritage management, with potential for adaptation to other national contexts.

## INTRODUCCIÓN

Los grandes proyectos de inversión y de infraestructura –viales, energéticos, extractivos, urbanísticos– transforman de manera acelerada y a menudo irreversible los paisajes físicos y culturales donde se insertan. En ese marco, los estudios de impacto ambiental incorporan, en mayor o menor medida, el componente arqueológico, generalmente bajo la forma de una "línea de base" destinada a describir el estado de conocimiento sobre el patrimonio arqueológico de la región afectada antes de la intervención. En la práctica, sin embargo, estas líneas de base suelen reducirse a listados incompletos de sitios conocidos o a breves síntesis bibliográficas, con escasa capacidad para anticipar áreas de alta sensibilidad patrimonial, orientar decisiones de diseño o proponer alternativas de trazas.

Diversos trabajos en arqueología preventiva, arqueología del paisaje y gestión del patrimonio (Criado Boado 1993, 1999; Martínez López *et al*. 1997) han señalado estas limitaciones y la necesidad de enfoques más integrales en el marco de las Evaluaciones de Impacto Ambiental y Social (EIAyS), así como las debilidades recurrentes de la práctica profesional arqueológica en estudios de impacto, especialmente en Argentina (Ratto 2022). En distintos contextos regionales se ha insistido en la importancia de incorporar herramientas de análisis espacial, modelización predictiva y participación temprana de actores locales, así como de desplazar la mirada desde el sitio aislado hacia configuraciones más amplias del paisaje arqueológico (Criado Boado 1993). No obstante, persisten vacíos metodológicos en torno a cómo articular de manera sistemática estas líneas de evidencia para construir líneas de base arqueológicas que sean, al mismo tiempo, técnicamente sólidas y operativas para la toma de decisiones.

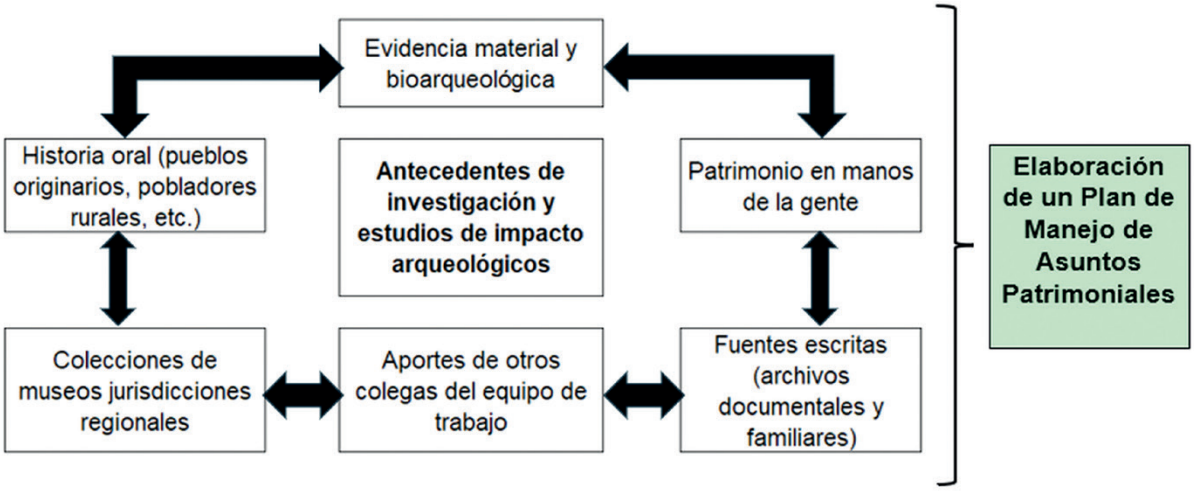
Este capítulo propone un esquema metodológico articulado para la construcción de líneas de base arqueológicas en etapas tempranas del ciclo de proyecto. Este enfoque se apoya en un esquema de trabajo articulado y secuencial en el que distintas líneas de evidencia (relevamientos aéreos a múltiples escalas, análisis espaciales en entornos SIG, revisión de antecedentes de investigación y de estudios de impacto, análisis de colecciones museológicas y privadas, consulta de fuentes históricas digitalizadas y registro de historias orales con miembros de las comunidades locales) se combinan en ciclos iterativos de modelización y verificación.

El objetivo no es reunir más datos, sino organizar su producción e integración de manera estratégica, de modo que la línea de base deje de ser un simple inventario descriptivo y se convierta en una herramienta analítica capaz de anticipar áreas de sensibilidad arqueológica, evaluar riesgos patrimoniales y contribuir a la toma de decisiones informadas en el marco de la EIAyS. En este sentido, la metodología en tándem articula herramientas de observación remota y análisis espacial con fuentes documentales, mate-

riales y sociales, anclando las hipótesis en trayectorias históricas concretas y en saberes localmente situados.

La propuesta que se desarrolla aquí se apoya en la experiencia acumulada en estudios de impacto arqueológico realizados en contextos empíricos diversos. Con el fin de situar desde el inicio el alcance y los desafíos de la metodología, se presentan a continuación dos casos de referencia: un estudio preliminar del componente arqueológico asociado a una obra de infraestructura vial y un emprendimiento minero de gran escala en el Noroeste argentino. Estos casos no se desarrollan como informes monográficos, sino como contextos empíricos que permiten ilustrar los problemas metodológicos abordados y los aprendizajes que fundamentan la propuesta en tándem.

En las secciones siguientes, tras la presentación de estos casos, se expone el marco conceptual que vincula estudios de impacto, paisajes arqueológicos y marcos normativos. Luego se desarrolla con mayor detalle la lógica de la metodología en tándem y sus principales bloques de trabajo —observación remota y análisis espacial; fuentes documentales, colecciones y memorias locales; modelización del paisaje y diseño del relevamiento pedestre—, para finalmente discutir sus aportes a la gestión del patrimonio arqueológico en contextos de intervención contemporánea (figura 1).




■ **Figura 1.** Líneas de evidencia e insumos para la construcción de la línea de base arqueológica. La evidencia material y bioarqueológica, el patrimonio en manos de la gente, las colecciones de museos, las fuentes escritas, la historia oral y los antecedentes de investigación y de estudios de impacto previos se integran, junto con el aporte de otros colegas del equipo, en un dispositivo común que alimenta el diseño del Plan de Manejo de Asuntos Patrimoniales Arqueológicos.

## CASOS DE REFERENCIA Y CONTEXTO EMPÍRICO DE LA PROPUESTA

El enfoque metodológico desarrollado en este capítulo surge de la experiencia acumulada en estudios de impacto arqueológico asociados a grandes proyectos de inversión e infraestructura. En particular, el enfoque se apoya en dos tipos de intervenciones contrastantes, que funcionan aquí como casos de referencia empírica: un estudio preliminar del componente arqueológico asociado a una obra de infraestructura vial (en adelante, el caso vial) y una serie de fases arqueológicas vinculadas a un emprendimiento minero de gran escala en el Noroeste argentino (en adelante, el caso minero).

Estos casos funcionan como contextos empíricos para discutir problemas metodológicos recurrentes en la EIAyS. En ambos escenarios, la necesidad de producir líneas de base arqueológicas en etapas tempranas del ciclo de proyecto puso en evidencia tensiones recurrentes entre exigencias normativas, limitaciones operativas y enfoques teóricos centrados en el paisaje, la gestión del riesgo patrimonial y la prevención del impacto.

### Infraestructura lineal y arqueología preventiva: el caso vial

El caso vial corresponde a un estudio de tipo *scoping* arqueológico desarrollado en la etapa de factibilidad–diseño de una variante de ruta en una región serrana del centro del país. Se trata de una obra de infraestructura lineal, caracterizada por una traza extensa que atraviesa ambientes heterogéneos y cuyo impacto potencial se distribuye de manera discontinua a lo largo de un corredor relativamente estrecho, pero con efectos indirectos más amplios sobre el paisaje circundante (Criado Boado 1993).

Desde el punto de vista arqueológico, este tipo de proyectos plantea desafíos específicos. La afectación directa se concentra en franjas lineales, mientras que los bienes arqueológicos forman parte de configuraciones espaciales más amplias, muchas veces invisibles o sólo parcialmente expresadas en superficie. A ello se suma la frecuente imprecisión de la información espacial disponible en antecedentes de investigación y bases de datos, que puede generar lecturas simplificadas o engañosas sobre la relación entre la traza proyectada y los sitios arqueológicos.

En este contexto, el estudio se planteó como una instancia temprana de análisis y modelización del paisaje arqueológico, integrando imágenes satelitales de muy alta resolución, productos LIDAR, cartografía histórica y antecedentes de investigación en un entorno SIG. El objetivo no fue agotar el relevamiento pedestre, sino evaluar el riesgo arqueológico, identificar sectores de mayor sensibilidad y producir insumos que permitieran discutir alternativas de traza y medidas preventivas antes del inicio de las obras. Esta estrategia mostró

el potencial de una línea de base concebida no como un inventario estático, sino como una herramienta analítica orientada a la prevención del impacto.

## Infraestructura de área y complejidad patrimonial: el caso minero

El caso minero remite a un emprendimiento de minería de gran escala localizado en el Noroeste argentino, abordado a través de distintas fases arqueológicas articuladas con el ciclo del proyecto. A diferencia del caso vial, aquí se trata de un conjunto de obras distribuidas en el espacio —mina, caminos de acceso, tendidos eléctricos, embalses, campamentos— cuyos impactos directos e indirectos se superponen y se reconfiguran en el tiempo.

Este tipo de proyectos introduce una complejidad particular para la construcción de líneas de base arqueológicas. La extensión areal de las obras, la coexistencia de múltiples frentes de impacto y la superposición entre paisajes arqueológicos, históricos y contemporáneos obligan a trabajar con escalas múltiples y con una lógica claramente iterativa. En este contexto, la línea de base debe ser capaz no solo de registrar evidencias, sino también de adaptarse a la dinámica del proyecto y a la progresiva incorporación de nueva información (Martínez López *et al*. 1997).

En este caso, el esquema de trabajo se desplegó en fases sucesivas que combinaron la sistematización crítica de antecedentes, el análisis de imágenes satelitales, vuelos con drones, relevamientos pedestres focalizados y auditorías arqueológicas durante el avance de las obras. La integración de estos insumos en un SIG permitió construir y ajustar progresivamente un modelo de sensibilidad arqueológica, diferenciando sectores según la densidad y tipo de evidencias, el valor social del patrimonio y la magnitud de los impactos previstos. Un rasgo distintivo de este caso fue la incorporación sistemática de fuentes documentales, colecciones en manos de pobladores y memorias locales, que aportaron información clave para la identificación de áreas sensibles y para la definición de criterios de gestión patrimonial.

## De los casos empíricos al problema metodológico

Pese a sus diferencias en escala, tipo de obra y contexto social, ambos casos ponen de relieve una serie de problemas comunes que trascienden las situaciones particulares. En primer lugar, muestran que el impacto arqueológico no puede evaluarse adecuadamente sin una concepción de paisaje que supere la lógica del sitio aislado. En segundo lugar, evidencian que las líneas de base arqueológicas construidas exclusivamente a partir de antecedentes incompletos o relevamientos puntuales resultan insuficientes para anticipar riesgos patrimo-

niales en proyectos complejos. Finalmente, revelan la tensión persistente entre las exigencias normativas de la EIAyS y la ausencia de pautas metodológicas claras para la construcción de líneas de base arqueológicas robustas y comparables.

Estos problemas, observados empíricamente en los casos vial y minero, remiten a un marco más amplio de debates conceptuales y normativos sobre el lugar de la arqueología en los estudios de impacto, la noción de paisaje arqueológico y la gestión del riesgo y la vulnerabilidad patrimonial. En consecuencia, antes de desarrollar en detalle la propuesta metodológica resulta necesario situar estos casos en relación con los enfoques teóricos y los marcos normativos que estructuran la práctica de la arqueología en contextos de intervención. Ese es el objetivo de la sección siguiente.

## ESTUDIOS DE IMPACTO, PAISAJES ARQUEOLÓGICOS Y MARCOS NORMATIVOS

### Paisajes arqueológicos, impacto y riesgo patrimonial

Desde una perspectiva de paisaje, los bienes arqueológicos se conciben como componentes de configuraciones espaciales amplias, resultado de prácticas sociales y procesos históricos. Esta concepción, desarrollada en el marco de la arqueología del paisaje, desplaza el foco desde el "sitio" hacia el paisaje arqueológico como unidad analítica, integrando evidencias materiales, infraestructuras históricas, trazas de circulación y significados socialmente construidos (Criado Boado 1993, 1999).

Los casos presentados en el apartado anterior muestran con claridad las implicancias operativas de este enfoque en contextos de EIAyS. Tanto en infraestructuras lineales como en proyectos de gran escala areal, el impacto arqueológico no se restringe a puntos discretos, sino que se distribuye de manera diferencial en el espacio, afectando paisajes que combinan evidencias visibles e invisibles, usos históricos superpuestos y valores patrimoniales diversos.

En este marco, el impacto arqueológico debe pensarse como parte del impacto sociocultural, abarcando no solo el área de afectación directa de las obras, sino también los espacios circundantes donde las intervenciones pueden modificar patrones de uso del suelo, accesibilidad y dinámicas sociales. Tal como se evidencia en los casos vial y minero, estas transformaciones pueden incrementar la vulnerabilidad patrimonial al habilitar nuevas presiones sobre bienes no renovables, muchas veces enterrados o carentes de señalización superficial (ICOMOS 2000). La noción de riesgo patrimonial resulta central para comprender estas dinámicas, al combinar probabilidad de afectación y magnitud de la pérdida potencial. Desde

esta perspectiva, la línea de base arqueológica no puede limitarse a constatar presencias conocidas, sino que debe contribuir activamente a identificar áreas de sensibilidad diferencial y a anticipar escenarios de impacto.

## El lugar de la arqueología en los estudios de impacto ambiental y social

Si bien el patrimonio cultural figura explícitamente entre los factores considerados en los estudios de impacto ambiental, el componente arqueológico suele ocupar una posición marginal dentro de la EIAyS. En la práctica, esto se traduce en tiempos acotados, presupuestos limitados y un desarrollo analítico insuficiente, especialmente en comparación con otros componentes ambientales (Ratto 2006–2009, 2009; Ratto y Carniglia 2018).

Los casos analizados muestran que esta marginalidad no responde a la irrelevancia del impacto arqueológico, sino a una combinación de factores estructurales: la dificultad de integrar evidencias arqueológicas de baja visibilidad en matrices de impacto estandarizadas; la tendencia a activar medidas correctivas tardías, como rescates de urgencia; y la ausencia de pautas metodológicas claras para la construcción de líneas de base arqueológicas comparables y operativas (Ratto 2006-2009, 2013). Sin embargo, una lectura cuidadosa de la ingeniería de proyecto permite identificar desde etapas tempranas las acciones con mayor potencial de impacto sobre el patrimonio arqueológico, tales como movimientos de suelo, apertura de accesos, voladuras, uso de canteras y modificación de cursos de agua. En este sentido, la arqueología puede y debe intervenir en las fases de factibilidad–diseño, produciendo información que no solo describa el registro existente, sino que oriente decisiones de diseño y localización de obras.

Desde esta perspectiva, los estudios de impacto arqueológico se conciben como herramientas preventivas, con dos objetivos centrales: modelar las propiedades del paisaje arqueológico en relación con las obras proyectadas y traducir ese conocimiento en medidas de gestión orientadas a evitar, minimizar o mitigar el impacto. La metodología en tándem desarrollada en este capítulo se inscribe en este enfoque, proponiendo una articulación sistemática entre producción de conocimiento arqueológico y toma de decisiones en el marco de la EIAyS.

## Exigencias normativas y vacíos metodológicos

Los estudios de impacto ambiental y social se apoyan en marcos normativos que definen procedimientos, responsabilidades institucionales y requisitos de participación pública. En

el contexto argentino, este andamiaje incluye la Ley General del Ambiente (Ley 25.675), las normativas provinciales y la Ley de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico (Ley 25.743) y diversas normativas provinciales que reconocen al patrimonio arqueológico como bien de dominio público.

A estos instrumentos se suman compromisos internacionales que amplían el alcance de la EIAyS, como el Acuerdo de Escazú y el Convenio 169 de la OIT, que refuerzan los derechos de acceso a la información, la participación temprana y la consulta en contextos de intervención sobre territorios habitados (Ley 27.566 – Acuerdo de Escazú, Ley 24.071 – Convenio 169 OIT). Recientemente, la implementación del Régimen de Incentivo para Grandes Inversiones (RIGI) (Ley 27.742; Decreto 749/2024) introduce nuevos escenarios regulatorios que pueden tensionar los marcos de evaluación ambiental y patrimonial vigentes.

Tal como muestran los casos empíricos, estos marcos normativos colocan a la arqueología en una posición estratégica, pero no resuelven cómo construir líneas de base arqueológicas capaces de responder a estas exigencias.

En efecto, las normas rara vez explicitan criterios metodológicos para la identificación, valoración e integración de la información arqueológica en estudios de impacto. La inexistencia de catálogos exhaustivos, la fragmentación de los antecedentes y la heterogeneidad en la calidad de los datos obligan a los equipos a desarrollar estrategias *ad hoc*, dependientes de la experiencia profesional y de las condiciones del proyecto. Es en este vacío metodológico donde se inscribe la propuesta de una metodología en tándem para la construcción de líneas de base arqueológicas. Antes de presentar sus componentes y etapas, resulta necesario comprender cómo estos marcos conceptuales y normativos condicionan —y a la vez habilitan— el trabajo arqueológico en contextos de EIAyS, aspectos que serán desarrollados en la sección siguiente.

En este contexto, la ausencia de criterios metodológicos explícitos para la construcción de líneas de base arqueológicas no sólo constituye una limitación operativa, sino que refuerza la necesidad de desarrollar propuestas sistemáticas que articulen exigencias normativas y producción de conocimiento. En esa línea se inscribe la metodología en tándem que se presenta a continuación.

## LA METODOLOGÍA EN TÁNDEM

Tal como se desprende de los casos empíricos presentados y del análisis conceptual y normativo desarrollado en el apartado anterior, uno de los principales desafíos de la arqueología en contextos de EIAyS reside en la construcción de líneas de base arqueoló-

gicas capaces de anticipar riesgos patrimoniales y de incidir tempranamente en la toma de decisiones. La ausencia de pautas metodológicas claras, la fragmentación de los antecedentes y la tendencia a concebir la línea de base como un inventario descriptivo limitan el potencial preventivo de la arqueología en proyectos de gran escala.

La propuesta que se presenta a continuación se propone como una respuesta operativa a estos problemas. Retoma y reformula la estrategia por etapas desarrollada en trabajos previos, incorporando de manera sistemática herramientas de observación remota, análisis espacial y fuentes documentales y sociales, y organizando su aplicación en ciclos articulados de pre-terreno, terreno y pos-terreno (Ratto 2006-2009, 2009, 2022). El objetivo central de este enfoque es transformar la línea de base arqueológica en un modelo analítico y predictivo del paisaje, capaz de integrar información heterogénea, manejar distintas escalas espaciales y temporales y orientar decisiones de gestión en el marco de la EIAyS. Este enfoque se apoya en tres principios generales: articulación multiescalar, secuencialidad iterativa e integración de líneas de evidencia. A saber:

a) El primer principio es la articulación multiescalar. Como muestran los casos vial y minero, los impactos arqueológicos se expresan a escalas diferentes según el tipo de obra, el ambiente y la historia de uso del territorio. La estrategia combina observaciones regionales (imágenes satelitales y vuelos LIDAR), intermedias (drones) y locales (relevamiento pedestre a escala 1:1), equilibrando la relación inversamente proporcional entre inclusión y resolución. De esta manera, se cubren grandes superficies sin perder capacidad de detección en áreas de alta sensibilidad.
b) El segundo principio es la articulación temporal de las etapas de trabajo. La metodología organiza el trabajo en fases interdependientes de pre-terreno, terreno y posterreno diseñadas como momentos interdependientes. La información producida en cada etapa retroalimenta a las siguientes, permitiendo ajustar hipótesis, redefinir prioridades y optimizar los esfuerzos de relevamiento.
c) El tercer principio es la integración de líneas de evidencia heterogéneas. La metodología articula información proveniente de sensores remotos, análisis espaciales, antecedentes de investigación, estudios de impacto previos, colecciones museológicas y privadas, fuentes históricas y memorias locales. Esta integración responde a la necesidad, señalada anteriormente, de superar la fragmentación de los datos y de construir líneas de base arqueológicas que contemplen tanto la materialidad del registro como su dimensión social y simbólica.

De esta manera, la lógica en tándem organiza el trabajo en ciclos iterativos de hipótesis, producción de datos y modelización, orientados a la identificación de áreas de sensibilidad arqueológica diferencial. En una primera instancia, a partir de la lectura de la ingeniería de proyecto, la revisión crítica de antecedentes y el análisis de imágenes y

cartografía, se construye una modelización preliminar del paisaje arqueológico y de los riesgos patrimoniales asociados a las obras proyectadas. Esta primera modelización se expresa en mapas de sensibilidad que distinguen sectores de alta, media y baja vulnerabilidad, y que funcionan como hipótesis de trabajo. Sobre esa base se planifican los relevamientos aéreos y pedestres, focalizando los esfuerzos en aquellas áreas donde el riesgo patrimonial es mayor o la información previa resulta más incierta. Los datos generados en esta segunda fase permiten contrastar y ajustar las hipótesis iniciales, confirmando, descartando o redefiniendo áreas de sensibilidad. En fases posteriores, y especialmente en proyectos de larga duración como el caso minero, estos ciclos se reiteran en diálogo con el avance de las obras, incorporando auditorías arqueológicas durante la construcción y actualizando de manera continua el modelo del paisaje. De este modo, la línea de base arqueológica deja de ser un producto cerrado y se convierte en un dispositivo dinámico, capaz de acompañar el ciclo del proyecto y de responder a la aparición de nueva información (figura 2).

Uno de los aportes centrales de esta metodología es el desplazamiento conceptual y operativo de la línea de base arqueológica, desde una lógica descriptiva e inventarial hacia una concepción predictiva y operativa del paisaje arqueológico. Este desplazamiento responde directamente a los vacíos metodológicos identificados en el marco normativo de la EIAyS, donde se exige la presentación de líneas de base, pero no se explicitan criterios para su construcción ni para su uso en la gestión del impacto. Al integrar información multiescalar y heterogénea en un entorno analítico común, generalmente un SIG, la metodología en tándem permite identificar patrones espaciales, anticipar áreas de riesgo y orientar decisiones concretas de diseño y gestión. En el caso vial, esto se tradujo en la posibilidad de discutir alternativas de traza y sectores críticos antes del inicio de la obra; en el caso minero, en la definición de áreas restringidas, prioridades de relevamiento y estrategias de monitoreo durante el avance del proyecto. En este sentido, la línea de base arqueológica deja de ser un requisito administrativo y se transforma en un instrumento central de la gestión patrimonial, capaz de articular conocimiento arqueológico, exigencias normativas y toma de decisiones en contextos de intervención contemporánea. Sobre esta base se desarrollan, en los apartados siguientes, los bloques operativos de la metodología en tándem.

■ **Figura 2.** Esquema metodológico de abordaje multiescalar en estudios de impacto arqueológico. El flujo de trabajo integra: lectura de la traza del proyecto; relevamiento de antecedentes arqueológicos, cartografía histórica, toponimia y fuentes documentales; análisis multiescalar de imágenes (satélite, LIDAR y drone); digitalización de rasgos y construcción de base espacial en SIG; modelización preliminar del paisaje arqueológico; elaboración de mapas de sensibilidad y definición de áreas prioritarias; diseño del relevamiento pedestre y auditorías; verificación en terreno y reajuste iterativo del modelo con definición de medidas de gestión patrimonial.

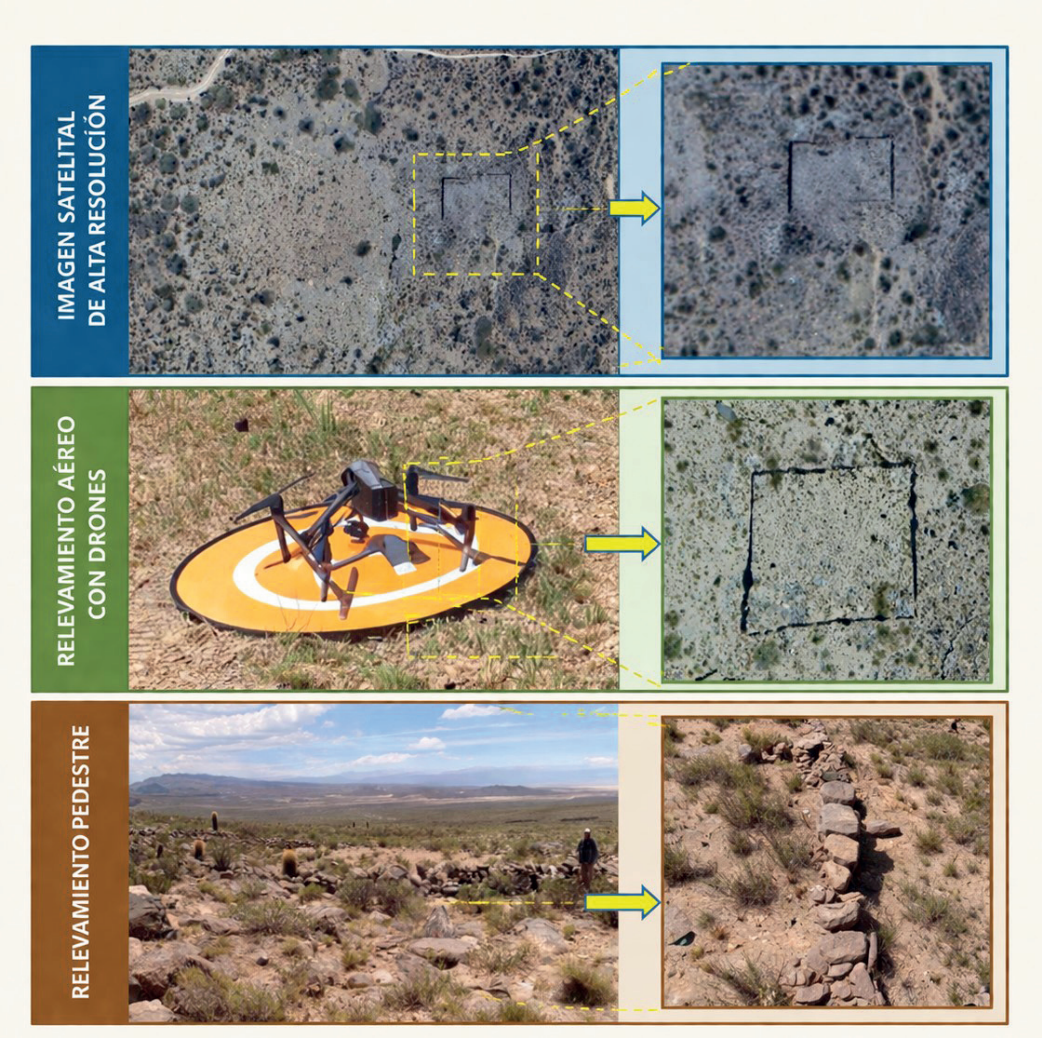
## OBSERVACIÓN REMOTA Y ANÁLISIS ESPACIAL

A partir del marco metodológico desarrollado en la sección anterior, la observación remota y el análisis espacial constituyen el primer bloque operativo del esquema propuesto. Su función es formular, contrastar y refinar hipótesis sobre la organización del paisaje arqueológico en relación con las obras proyectadas, antes y durante el trabajo de campo, mediante una secuencia de observación multiescalar que articula imágenes satelitales, sensores de alta resolución y análisis en SIG.

Las imágenes satelitales de alta resolución constituyen el primer nivel de observación remota del modelo. En los casos analizados se trabajó con escenas adquiridas específicamente para cada proyecto, con resolución espacial suficiente para identificar grandes estructuras, terrazas, trazas de antiguos caminos y modificaciones antrópicas del relieve, así como para delimitar áreas de influencia y *buffers* en torno a las obras proyectadas. Sobre estas imágenes se integraron planos de obra georreferenciados, cartografía previa de sitios arqueológicos y resultados de relevamientos anteriores, lo que permitió identificar de manera temprana coincidencias, superposiciones y discrepancias entre la información disponible y el diseño de los proyectos. En el caso vial, por ejemplo, el uso de imágenes satelitales de muy alta resolución permitió contextualizar toponimia y sitios arqueológicos en relación con la traza proyectada, corrigiendo asociaciones espaciales erróneas derivadas del uso exclusivo de cartografía general y afinando la lectura del paisaje a escala regional.

El segundo nivel de observación remota está dado por la incorporación de sensores y técnicas de mayor resolución, particularmente LIDAR y vuelos con drones, que permiten acceder a productos fotogramétricos de gran detalle y a modelos del terreno con alta capacidad para detectar microformas y estructuras. En el caso vial, los modelos LIDAR procesados mediante *hillshade* fueron fundamentales para identificar rasgos bajo cobertura vegetal —pircas, terrazas y estructuras— invisibles en imágenes satelitales convencionales. Estos rasgos fueron digitalizados sistemáticamente e integrados a la base espacial junto con los antecedentes arqueológicos y la toponimia, ampliando y complejizando el registro del paisaje arqueológico. En otros contextos, la combinación de drones y fotogrametría aérea permitió generar ortofotos y modelos digitales de superficie de muy alta resolución, que complementaron la observación satelital y orientaron la verificación en terreno de estructuras, concentraciones artefactuales y rasgos del paisaje. La articulación entre imágenes satelitales, sensores de detalle y relevamientos pedestres se organiza en una secuencia de escalas que va desde la observación regional hasta el relevamiento a escala 1:1 (figura 3). Cada técnica genera hipótesis espaciales que deben ser contrastadas en terreno, evitando interpretaciones erróneas derivadas de la fotointerpretación aislada.

Por último, el Sistema de Información Geográfica (SIG) funciona como el dispositivo




■ **Figura 3.** Ejemplo de integración multiescalar para la identificación y verificación de estructuras arqueológicas. De arriba hacia abajo se presentan: A. imagen satelital de alta resolución con detección inicial de rasgos y ampliación de detalle; B. relevamiento aéreo con drones que permite precisar la morfología y delimitación de las estructuras; C. verificación mediante relevamiento pedestre, donde se constata en terreno la materialidad y características constructivas de los rasgos identificados. La secuencia ilustra la articulación entre distintas escalas de observación en el análisis del paisaje arqueológico.

de integración, análisis y comunicación de la información producida por los distintos niveles de observación. En términos operativos, cumple al menos cuatro funciones centrales: integración de datos heterogéneos; análisis espacial (cálculo de distancias, generación de buffers, clasificación de áreas por sensibilidad); planificación del trabajo de campo (diseño

de planes de vuelo, transectas y estrategias de muestreo estratificado); y comunicación, a través de mapas que funcionan como lenguaje compartido con otros equipos técnicos y actores sociales. De este modo, el SIG traduce el conjunto de observaciones remotas en una base espacial coherente y operativa, permitiendo articular antecedentes, registros de campo y obras proyectadas en mapas de sensibilidad arqueológica. Esta integración convierte la observación remota en un insumo directo para el modelado del paisaje y para la toma de decisiones, materializando en la práctica la incorporación del análisis cartográfico y aerofotográfico como parte del primer análisis en gabinete de los estudios de impacto arqueológico.

## FUENTES DOCUMENTALES, COLECCIONES Y MEMORIAS LOCALES

En este enfoque metodológico, el trabajo con fuentes documentales, colecciones y memorias locales constituye un bloque operativo central que complementa y tensiona la información producida mediante la observación remota y el análisis espacial. Mientras este último permite formular hipótesis sobre la organización del paisaje arqueológico a partir de patrones visibles y modelizables, el análisis de antecedentes escritos, conjuntos materiales y saberes anclados en contextos locales introduce una dimensión histórica y social indispensable para evaluar la sensibilidad arqueológica de manera crítica y contextualizada. Lejos de funcionar como insumos auxiliares, estas fuentes integran un dispositivo analítico que contribuye tanto a la construcción de la línea de base como a la definición de criterios de gestión patrimonial.

Este bloque se organiza en tres frentes estrechamente articulados: (a) la sistematización crítica de antecedentes de investigación y estudios de impacto previos; (b) el análisis de colecciones arqueológicas, tanto museísticas como en manos de pobladores y (c) el registro de memorias locales e historia oral. La articulación de estos frentes permite poner en diálogo escalas temporales diversas y producir información que, integrada en entornos SIG, alimenta directamente la modelización del paisaje arqueológico. A saber:

a) Antecedentes de investigación y estudios de impacto previos: El primer paso consiste en construir un "piso documental" sólido a partir de la revisión exhaustiva de bibliografía arqueológica e histórica, tesis, informes técnicos y estudios de impacto previos. Este trabajo implica una evaluación crítica de la calidad y precisión espacial de los antecedentes disponibles. En los casos analizados, gran parte de los registros provenientes de investigaciones previas debió ser recalibrada: coordenadas imprecisas, localizaciones inferidas a partir de descripciones textuales o ausencia de referencias cartográficas obligaron a reinterpretar la información a la luz de nuevas imágenes satelitales, cartografía histórica y productos LIDAR. Este proceso permitió transformar un conjunto disperso

y heterogéneo de datos en una base espacial coherente, integrada al SIG y evaluada explícitamente en términos de grados de confianza. De este modo, los antecedentes dejan de funcionar como un listado acumulativo y pasan a constituir un insumo activo para el modelado del paisaje y la identificación de áreas de sensibilidad diferencial.

b) Colecciones museológicas y colecciones en manos de pobladores: Un segundo frente del bloque es el trabajo con colecciones arqueológicas. La metodología en tándem contempla tanto la revisión de colecciones museísticas y académicas como el registro de materiales en tenencia de pobladores locales, reconociendo que una parte significativa del patrimonio arqueológico no se encuentra ni en contextos estratificados ni en repositorios institucionales. La revisión de colecciones museísticas permitió incorporar información sobre conjuntos recuperados en décadas anteriores, frecuentemente desvinculados de coordenadas precisas, pero fundamentales para comprender la distribución regional de materiales y cronologías. Cuando estas colecciones son re-analizadas y contextualizadas espacialmente, aportan densidad temporal al modelo del paisaje arqueológico y permiten reconocer áreas con potencial arqueológico elevado que no siempre presentan expresión superficial. Por su parte, el registro de colecciones en manos de pobladores aporta un tipo de información particularmente relevante para los estudios de impacto. Estos conjuntos, integrados por artefactos líticos, fragmentos cerámicos u otros materiales, suelen concentrarse en áreas de uso cotidiano, puestos, viviendas o capillas familiares, y reflejan tanto prácticas de recolección casual como trayectorias locales de apropiación del pasado. Su documentación exige vínculos de confianza y articulación con la Ley 25.743. Al mismo tiempo, estos materiales permiten identificar sectores de alta sensibilidad arqueológica que no siempre son detectables mediante técnicas de observación remota.

c) El tercer frente integra fuentes históricas y memorias locales, entendidas no solo como complemento social del estudio de impacto, sino como parte constitutiva de la línea de base arqueológica. La disponibilidad creciente de archivos históricos digitalizados —cartografía antigua, documentación minera, nomencladores de toponimia y corpus específicos como encuestas nacionales de comienzos del siglo XX— amplía notablemente las posibilidades de análisis en etapas tempranas del proyecto. En los casos considerados, el trabajo con toponimia autóctona permitió recuperar huellas de usos históricos del paisaje vinculados a cursos de agua, cerros, pasos y rutas de circulación, que no aparecen en la cartografía moderna. Integrada al SIG, esta información funcionó como indicador de persistencias territoriales y como guía para la prospección arqueológica, contribuyendo a identificar áreas sensibles más allá de los sitios previamente registrados. La historia oral y las memorias locales aportan, a su vez, una escala fina de lectura del territorio. A través de entrevistas abiertas se registraron relatos sobre antiguos pues-

tos, cementerios, áreas de cultivo, explotaciones mineras abandonadas y rutas de arrieros, así como percepciones contemporáneas sobre los proyectos y sus impactos. Estas narrativas permiten localizar evidencias invisibles, contextualizar estructuras y caminos detectados arqueológicamente y reconocer valores patrimoniales que exceden la materialidad estricta del registro. Desde esta perspectiva, las memorias locales cumplen tres funciones centrales: orientan la prospección, contextualizan la evidencia arqueológica y documental y aportan insumos para la definición de medidas de gestión patrimonial.

### De la integración de fuentes al modelo del paisaje arqueológico

En conjunto, las fuentes documentales, las colecciones y las memorias locales no constituyen un acopio de información independiente de la observación remota, sino un sistema de insumos que dialoga de manera permanente con el análisis espacial. Su integración en un entorno SIG permite contrastar hipótesis formuladas a partir de imágenes y sensores remotos, corregir sesgos derivados de la visibilidad diferencial del registro y enriquecer el modelo del paisaje arqueológico con información histórica y socialmente situada.

Este proceso de integración transforma la línea de base arqueológica en un dispositivo analítico capaz de anticipar áreas de sensibilidad diferencial y de fundamentar el diseño del relevamiento pedestre. De este modo, el paso del acopio de datos al modelado del paisaje no es automático ni lineal, sino el resultado de una articulación iterativa entre fuentes heterogéneas, que se traduce operativamente en decisiones sobre dónde, cómo y con qué intensidad relevar en terreno. Sobre esta base se desarrolla el bloque siguiente, dedicado a la construcción del modelo del paisaje arqueológico y al diseño del relevamiento pedestre.

## DEL ACOPIO DE DATOS AL MODELO DEL PAISAJE Y AL RELEVAMIENTO PEDESTRE

A partir de los bloques precedentes (observación remota y análisis espacial; fuentes documentales, colecciones y memorias locales) se converge en dos productos centrales: la construcción de un modelo del paisaje arqueológico, expresado en términos de unidades de análisis y categorías de sensibilidad, y el diseño de un relevamiento pedestre que no es genérico ni exhaustivo, sino derivado de ese modelo y pensado a distintas escalas. Este pasaje del acopio de datos a la modelización constituye el núcleo operativo de la propuesta, en tanto traduce información heterogénea en decisiones concretas de investigación y gestión.

El trabajo articulado entre fuentes y escalas genera datos de diversa naturaleza cuya integración permite modelar el paisaje arqueológico en relación con las obras proyectadas. Sin embargo, la acumulación de información no garantiza por sí misma una mejor comprensión del impacto; resulta imprescindible explicitar criterios de calidad, confiabilidad y precisión espacial. En este sentido, la metodología distingue entre registros con coordenadas tomadas en terreno y registros cuya localización fue inferida a partir de descripciones textuales o cartografía general, así como entre evidencias atribuibles con distinto grado de certeza a períodos prehispánicos, históricos o subactuales. La explicitación de estos criterios permite evaluar críticamente la proximidad entre obras proyectadas y manifestaciones arqueológicas, evitando lecturas simplificadas derivadas del uso exclusivo de cartografía general o bases de datos que no han sido re-calibradas. Integrados en un SIG único, los datos se transforman así en un insumo analítico capaz de discriminar patrones espaciales relevantes y de reducir el "ruido" informativo que suele caracterizar a las líneas de base construidas como listados acumulativos.

El segundo paso consiste en traducir ese mosaico de datos en unidades de análisis que permitan pensar el impacto a escala de paisaje y no únicamente sitio por sitio. Estas unidades pueden definirse a partir de criterios geomorfológicos y ambientales (fondos de valle, abanicos aluviales, piedemontes, laderas), de configuraciones espaciales de evidencias (sectores con alta densidad de estructuras o materiales), de corredores asociados a infraestructuras lineales (caminos, huellas, tendidos, servidumbres) o de polígonos de obra específicos. Sobre estas unidades se proyectan categorías de sensibilidad arqueológica que combinan tres dimensiones: densidad y tipo de evidencias, valor social y simbólico del patrimonio, y magnitud y tipo de impactos previstos. Estas categorías no constituyen una clasificación descriptiva final, sino el núcleo operativo que articula el modelo del paisaje con las decisiones sobre relevamiento y gestión: dónde intensificar las prospecciones, dónde focalizar sondeos o monitoreos, y en qué sectores resulta pertinente proponer ajustes de diseño, restricciones de uso o cambios de traza.

Una vez definidos los datos, las unidades de análisis y las categorías de sensibilidad, la metodología en tándem traduce el modelo del paisaje en decisiones concretas sobre el diseño del relevamiento pedestre. A escala del área de proyecto, se implementan relevamientos extensivos a lo largo de trazas e infraestructuras asociadas, definiendo áreas *buffer* y priorizando sectores en función del modelo de sensibilidad. A escala de frentes de impacto directo, se aplican controles intensivos y auditorías arqueológicas durante las intervenciones, orientadas tanto a registrar nuevas evidencias como a confirmar sectores de baja sensibilidad. Este diseño multiescalar permite concentrar los esfuerzos de campo allí donde el riesgo patrimonial es mayor, sin sobredimensionar costos ni tiempos en áreas de menor sensibilidad. Al mismo tiempo, articula de manera directa el relevamiento

con el plan de medidas preventivas, mitigadoras y correctivas, priorizando las acciones preventivas —ajustes de diseño, localización alternativa de obras, modificaciones constructivas— por sobre las intervenciones correctivas de rescate. De este modo, el relevamiento pedestre deja de ser una instancia rutinaria o estandarizada y se convierte en una herramienta estratégica, orientada por el modelo del paisaje arqueológico y diseñada para incidir tempranamente en la gestión del impacto.

## APORTES A LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO Y ROYECCIONES

El enfoque aquí propuesto aporta herramientas concretas para mejorar la calidad técnica de las líneas de base arqueológicas y, al mismo tiempo, reconfigura la relación entre arqueología, gestión ambiental y toma de decisiones en el marco de los estudios de impacto. Su principal contribución radica en desplazar el componente arqueológico desde una posición reactiva y marginal hacia una intervención temprana, analítica y operativa, capaz de incidir en las etapas de factibilidad y diseño de los proyectos. Un aporte central es la articulación entre producción de conocimiento arqueológico y gestión del impacto. Al consolidar la línea de base como un modelo del paisaje arqueológico, y no como un inventario descriptivo, la metodología permite anticipar áreas de sensibilidad diferencial y fundamentar medidas preventivas antes de que se adopten decisiones irreversibles. En este sentido, la arqueología deja de actuar exclusivamente frente al daño consumado y pasa a integrarse en la discusión de alternativas de diseño, trazado y localización de obras.

Desde la perspectiva de la práctica profesional, la metodología en tándem contribuye a fortalecer las buenas prácticas de equipos técnicos y consultoras que intervienen en estudios de impacto ambiental y social. A saber:

a) En primer lugar, promueve la inserción temprana del componente arqueológico en el ciclo del proyecto, priorizando instancias de diagnóstico y modelización de sensibilidad por sobre relevamientos extensivos no focalizados. Esta estrategia permite optimizar tiempos y recursos, al concentrar los esfuerzos allí donde el riesgo patrimonial es mayor o la información previa resulta más incierta.
b) En segundo lugar, subraya la necesidad de una lectura detallada de la ingeniería de proyecto como punto de partida del análisis arqueológico. La identificación temprana de acciones con alto potencial de impacto (movimientos de suelo, apertura de accesos, voladuras, modificaciones de cursos de agua, entre otros), resulta clave para orientar tanto el relevamiento como las recomendaciones de gestión, evitando que la atención se limite al área de obra principal y dejando en segundo plano infraestructuras asociadas que suelen concentrar riesgos elevados.

c) Un tercer aporte es el uso sistemático del SIG como "esqueleto" de la línea de base arqueológica. La integración de datos heterogéneos en un entorno espacial común, junto con la explicitación de criterios de calidad y confiabilidad de la información, favorece la transparencia del análisis y la trazabilidad de las decisiones. Asimismo, el empleo de tipologías operativas homogéneas para el registro de evidencias contribuye a mejorar la comparabilidad entre estudios y a reducir la fragmentación metodológica frecuente en la arqueología de gestión.

La metodología refuerza la prioridad de las medidas preventivas frente a las correctivas. Los modelos de sensibilidad construidos a partir de la articulación entre observación remota, fuentes documentales y relevamientos pedestres constituyen el principal argumento técnico para justificar cambios de traza, ajustes de diseño, restricciones de uso o modificaciones constructivas antes del inicio de las obras, reservando los rescates arqueológicos para situaciones en las que no exista una alternativa razonable.

Otro aporte se vincula con la capacidad de este enfoque metodológico para incidir efectivamente en la toma de decisiones y en los procesos de participación pública. Al producir mapas de sensibilidad arqueológica espacialmente explícitos, la línea de base se transforma en un insumo comprensible y operativo para otros equipos técnicos, autoridades de aplicación y actores sociales, facilitando el diálogo interdisciplinario y la discusión informada de alternativas. La incorporación sistemática de las fuentes documentales y las memorias locales fortalece, además, el vínculo entre el componente arqueológico y los procesos de consulta y participación. El registro de colecciones en manos de pobladores, la recuperación de toponimias y archivos históricos y el trabajo con historias orales permiten identificar lugares de alto valor social y simbólico, así como preocupaciones locales asociadas al uso del territorio. Estos insumos contribuyen a dar contenido patrimonial concreto a procesos de participación que, en muchos estudios de impacto, tienden a concentrarse exclusivamente en variables socioeconómicas. En contextos donde existen obligaciones de acceso a la información, participación pública o consulta previa, la metodología en tándem ofrece un marco para integrar el patrimonio arqueológico de manera sustantiva en esos procesos, evitando que quede reducido a un apéndice técnico sin incidencia real sobre las decisiones de proyecto.

Finalmente, este enfoque aporta elementos para pensar el desarrollo de protocolos regionales de construcción de líneas de base arqueológicas, especialmente en contextos donde los grandes proyectos de infraestructura, minería y energía se multiplican. A partir de la experiencia acumulada, pueden delinearse algunos componentes mínimos de estos protocolos: una estructura por fases articuladas con el ciclo del proyecto; estándares explícitos de información espacial y calidad de datos; integración sistemática de fuentes documentales, históricas y memorias locales; y una vinculación directa entre las categorías de sensibilidad arqueológica y las medidas del Plan de Gestión Ambiental.

Avanzar en esta dirección implica reconocer tensiones inevitables. Elevar estándares metodológicos supone mayores exigencias técnicas y, en muchos casos, incrementos en costos y tiempos, así como una mayor capacidad de regulación por parte de los organismos de control. Sin embargo, la experiencia muestra que líneas de base robustas y modelos de sensibilidad bien fundamentados reducen conflictos posteriores, disminuyen la necesidad de intervenciones de urgencia y aportan herramientas para negociar alternativas de diseño más compatibles con la protección del patrimonio.

## CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de este capítulo se ha argumentado que el problema de las líneas de base arqueológicas en el marco de los estudios de impacto no es únicamente técnico, sino también institucional y político. La arqueología interviene en escenarios atravesados por grandes proyectos de inversión, marcos normativos ambientales y patrimoniales, y disputas más amplias sobre qué se considera desarrollo y qué niveles de daño resultan socialmente aceptables. En este contexto, la EIAyS exige estudios capaces de anticipar impactos y proponer medidas preventivas desde las etapas de factibilidad y diseño, antes de que se adopten decisiones irreversibles. Sin embargo, en la práctica, el componente arqueológico suele incorporarse tardíamente y bajo la forma de inventarios incompletos, escasamente articulados con el resto del estudio.

La propuesta desarrollada a lo largo del capítulo constituye una respuesta concreta para superar la brecha entre lo normativo y lo efectivamente realizado. Retoma la lógica de los estudios de impacto arqueológico por etapas, pero la reorganiza y fortalece a partir de tres decisiones metodológicas centrales: el trabajo explícito a múltiples escalas espaciales; la articulación secuencial e iterativa entre fases de pre-terreno, terreno y pos-terreno; y la consolidación de la línea de base arqueológica como un modelo teórico-operativo del paisaje, y no como un mero inventario descriptivo. La articulación entre observación remota, análisis espacial, fuentes documentales, colecciones y memorias locales permite construir modelos de sensibilidad arqueológica capaces de orientar tanto el relevamiento pedestre como las decisiones de gestión.

Desde una perspectiva operativa, este enfoque transforma la línea de base en un dispositivo con capacidad de incidencia real. El modelo del paisaje arqueológico, alimentado por datos multiescalares y por ciclos iterativos de hipótesis, producción de información y verificación, permite identificar áreas de riesgo patrimonial diferencial y fundamentar medidas preventivas tales como ajustes de diseño, cambios de traza, restricciones de uso o localización alternativa de obras. De este modo, la arqueología deja de actuar exclusivamente frente

al daño consumado y se integra en los momentos del ciclo del proyecto en los que aún es posible decidir qué se transforma, cómo y con qué consecuencias patrimoniales.

No obstante, la efectividad de este tipo de propuestas metodológicas depende en gran medida del contexto normativo e institucional en el que se insertan. En escenarios caracterizados por reformas orientadas a priorizar la estabilidad regulatoria de las inversiones y a flexibilizar controles ambientales y patrimoniales, existe el riesgo de que los estudios de impacto y las líneas de base arqueológicas queden reducidos a requisitos formales, con escasa capacidad de incidir sobre las decisiones de proyecto. Este riesgo contrasta con los compromisos asumidos por el Estado en materia de acceso a la información, participación pública y consulta, que exigen fortalecer, y no debilitar, los dispositivos de evaluación ambiental y social en territorios culturalmente sensibles.

En este marco, el enfoque propuesto no debe entenderse como una receta cerrada ni como un estándar rígido, sino como un piso metodológico desde el cual construir prácticas de arqueología de gestión más robustas, transparentes y comparables. Su potencial reside en ofrecer criterios claros para integrar información heterogénea, explicitar supuestos y calidades de datos, y traducir el conocimiento arqueológico en insumos operativos para la toma de decisiones. Al hacerlo, contribuye no solo a mejorar la calidad técnica de las líneas de base, sino también a reposicionar a la arqueología como un actor relevante en los debates contemporáneos sobre ambiente, patrimonio y justicia territorial.

Los alcances y limitaciones de la propuesta deben leerse también a la luz de los contextos normativos e institucionales en los que se implementa. Tal como se señaló a lo largo del capítulo, las líneas de base arqueológicas y los estudios de impacto no operan en el vacío, sino en marcos regulatorios específicos que condicionan su capacidad real de incidencia. Iniciativas recientes orientadas a promover grandes inversiones, como el Régimen de Incentivos a las Grandes Inversiones (RIGI), reactivan tensiones ya conocidas entre la protección ambiental y patrimonial y la búsqueda de certidumbre regulatoria para los proyectos. En estos escenarios, existe el riesgo de que los estudios de impacto y las líneas de base arqueológicas se reduzcan a instancias formales, sin efectos sustantivos sobre el diseño de las obras o las medidas de gestión. Por ello, propuestas metodológicas como la aquí desarrollada adquieren relevancia no solo técnica, sino también institucional: al reforzar el carácter analítico, preventivo y argumentativo de la línea de base, amplían los márgenes de incidencia de la arqueología aún en contextos de creciente presión por flexibilizar los controles.

En definitiva, la propuesta en tándem apunta a que la arqueología deje de llegar tarde a los proyectos de intervención y pueda intervenir con argumentos sólidos en las etapas en que todavía es posible prevenir el impacto, negociar alternativas y construir formas de gestión patrimonial compatibles con la protección del paisaje arqueológico y con las demandas sociales de los territorios involucrados.

## BIBLIOGRAFÍA

Criado Boado, F. 1993. El control arqueológico de obras de trazado lineal: planteamientos desde la arqueología del paisaje. En *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* I: 253–259. Vigo.

Criado Boado, F. 1999. *Tendencias en la conservación del patrimonio cultural: demandas tecnológicas y científicas*. Santiago de Compostela, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad de Santiago de Compostela.

ICOMOS 2000. Tendencias, amenazas y riesgos. *Patrimonio en peligro. Informe mundial 2000 de ICOMOS sobre monumentos y sitios en peligro*. París, ICOMOS.

Martínez López, M. C., X. A. Reino y D. Barreiro Fernández 1997. Managing archaeological impact: from evaluation to correction. En F. Criado y C. Parcero (eds.), *Landscape, archaeology, heritage*, *TAPA* 2: 41–51. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.

Ratto, N. 2006–2009. Arqueología y la evaluación de impacto ambiental. *Xama* 19–23: 357–376.

Ratto, N. 2009. Aportes de la arqueología de contrato al campo de la investigación: estudios de casos en Patagonia y Noroeste de la Argentina. *Revista de Arqueología Americana* 27: 49–70.

Ratto, N. 2013. *Patrimonio arqueológico y megaproyectos mineros en Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Aspha.

Ratto, N. 2022. La práctica profesional arqueológica en la Argentina: un estado de situación. *Revista Mundo de Antes* 16(2): 13–24.

Ratto, N. y D. Carniglia 2018. Práctica arqueológica y la construcción de puentes comunicacionales entre disciplinas. *Revista Práctica Arqueológica* 1(3): 28–44.

## NORMATIVA CITADA

Argentina. Congreso de la Nación 1992. Ley 24.071. Aprobación del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre pueblos indígenas y tribales en países independientes. Boletín Oficial de la República Argentina.

Argentina. Congreso de la Nación 2002. Ley 25.675. Ley General del Ambiente. Boletín Oficial de la República Argentina, 28 de noviembre de 2002.

Argentina. Congreso de la Nación 2003. Ley de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico (Ley 25.743). Boletín Oficial de la República Argentina, 12 de junio de 2003.

Argentina. Congreso de la Nación 2020. Ley 27.566. Aprobación del Acuerdo Regional sobre el Acceso a la Información, la Participación Pública y el Acceso a la Justicia en Asuntos Ambientales en América Latina y el Caribe (Acuerdo de Escazú). Boletín Oficial de la República Argentina.

Argentina. Congreso de la Nación 2024. Ley 27.742. Bases y puntos de partida para la libertad de los argentinos (título VII: Régimen de Incentivo para Grandes Inversiones – RIGI). Boletín Oficial de la República Argentina.

Argentina. Poder Ejecutivo Nacional 2024. Decreto 749/2024. Reglamentación del título VII – Régimen de Incentivo para Grandes Inversiones (RIGI) de la Ley 27.742. Boletín Oficial de la República Argentina.

# EXTENSIÓN Y COMUNICACIÓN PÚBLICA EN ARQUEOLOGÍA

**Micaela Grzegorczyk**[1], **Olivia Lucia Sokol**[2] **y Virginia Mariana Salerno**[3]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA - CONICET | grzmicaela@gmail.com
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | oliviasokol@uba.ar
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA - CONICET | vmasalerno@gmail.com

**RESUMEN:** En este capítulo se argumenta que la comunicación y la extensión universitaria, lejos de constituir instancias instrumentales o complementarias, forman parte de los regímenes de producción y legitimación del conocimiento científico. Con foco en la práctica arqueológica en Latinoamérica, se analiza cómo estos campos de prácticas han intervenido históricamente en la definición de públicos, criterios de validación y formas legítimas de interpretar el pasado, desde la matriz ilustrada-estatal del siglo XIX hasta los entornos digitales contemporáneos. Asimismo, se abordan los debates actuales en torno a la participación de distintos actores e instituciones en la construcción de conocimiento público como horizonte normativo y las tensiones que emergen con el despliegue de entornos digitales en relación con la autoridad y la circulación del saber.

**ABSTRACT:** This chapter argues that public communication of science and university outreach should not be understood as merely instrumental or complementary activities, but as constitutive dimensions of the regimes through which scientific knowledge is produced and legitimized. With particular attention to archaeological practice in Latin America, it examines how these domains have historically shaped the formation of publics, standards of validation, and authorized interpretations of the past—from the nineteenth-century state-centered Enlightenment model to contemporary digital infrastructures. Furthermore, it addresses current debates concerning the participation of different actors and institutions in the construction of public knowledge as a normative horizon, as well as the tensions arising from the deployment of digital environments in relation to authority and the circulation of knowledge.

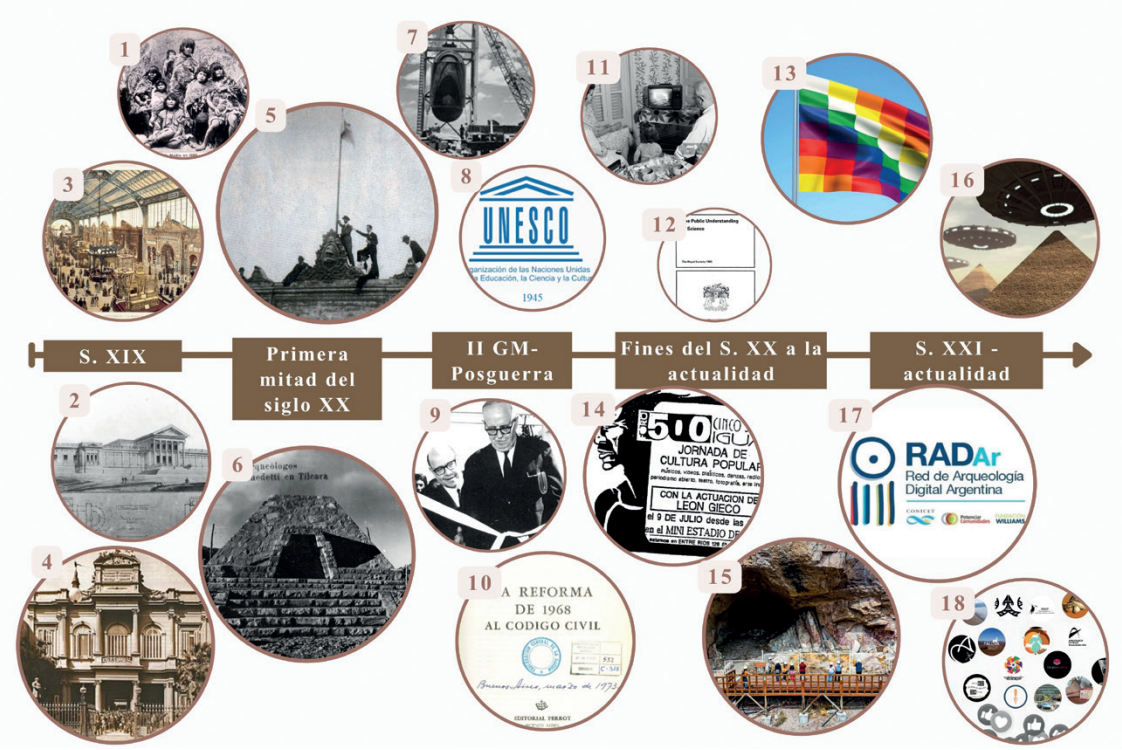
## INTRODUCCIÓN

Las prácticas de comunicación pública de la ciencia y de extensión universitaria son dimensiones constitutivas de la organización social del conocimiento científico que contribuyen a construir su legitimidad (Burke 2016). Ambos campos se configuraron en tradiciones institucionales diferenciadas: la extensión vinculada a la función social y al anclaje territorial de la universidad, y la comunicación pública articulada con políticas científicas, medios y espacios de cultura científica orientados a la circulación social del conocimiento (Nieto-Galan 2011). Estas trayectorias se expresaron también en las categorías utilizadas para nombrar las prácticas (transferencia, divulgación, popularización, educación no formal, vinculación tecnológica, ciencia ciudadana), que remiten a distintos contextos, posicionamientos y configuraciones institucionales. A pesar de sus diferencias, ambos campos comparten la preocupación por definir modos legítimos de vinculación entre ciencia y sociedad, así como por intervenir en la configuración pública del saber científico.

En este capítulo utilizamos las nociones de comunicación pública y extensión universitaria en un sentido amplio y como herramientas para analizar sus relaciones en distintos contextos históricos. Actualmente sus fronteras se tornan porosas: la comunicación científica se incorpora como componente de políticas de extensión, mientras que ésta adopta formatos, métricas e indicadores propios de la comunicación pública; ambas comparten retóricas de participación, territorio, impacto social y democratización del conocimiento. Estos movimientos amplían y diversifican las formas de intervención pública de la universidad, reconfigurando los modos de definir los públicos, de organizar la circulación del conocimiento y de legitimar la autoridad científica. Se produce así un espacio híbrido donde reaparecen bajo nuevas formas debates históricos en torno a la autoridad experta y la intervención de otros actores en la producción del conocimiento.

En arqueología el conocimiento se produce en un espacio atravesado por actores e intereses diversos, donde la interpretación del pasado tiene efectos públicos concretos relacionados con procesos contemporáneos de patrimonialización, disputas territoriales, políticas de memoria y construcción de identidades (Ballart 1997). En este contexto, las formas de abordar la comunicación y la extensión han expresado posicionamientos respecto de las condiciones de legitimidad del conocimiento sobre el pasado y de quiénes pueden intervenir en su interpretación. Históricamente, la arqueología ha oscilado entre enfoques que consolidaron la autoridad experta como instancia privilegiada, donde las actividades de extensión y la comunicación se asumen principalmente como dispositivos instrumentales y pedagógicos. En el otro extremo, se han desarrollado perspectivas que reconocen la participación activa de memorias, comunidades y territorios en la construcción del conocimiento, planteando las prácticas extensionistas y comunicativas como espacios de diálogo, negociación y coproducción.

En este capítulo abordamos los recorridos de ambos campos de prácticas y analizamos cómo se articulan en un presente atravesado por transformaciones en las infraestructuras comunicacionales y en las condiciones de visibilidad y legitimidad del conocimiento científico. Proponemos un recorrido histórico–analítico atendiendo a las transformaciones en la organización social del conocimiento desde el siglo XIX hasta el presente (Burke 2016) (figura 1). Desde este encuadre general enfocamos nuestro análisis en el campo de la arqueología en Latinoamérica y especialmente en Argentina. Nos preguntamos ¿cómo se configuraron, en distintos contextos, los regímenes de autoridad científica, las formas de mediación y las defi-




■ **Figura 1.** Línea de tiempo elaborada por O. Sokol: 1. once miembros del pueblo Selk'nam fueron secuestrados y transportados por Maurice Maitre para ser exhibidos en la Exposición Universal de París (1889); 2. Museo de Ciencias Naturales de La Plata (1888); 3. Exposición Universal de París (1889); 4. Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti (1904); 5. movimiento estudiantil en el marco de la Reforma Universitaria (1918); 6. pirámide homenaje a los arqueólogos Ambrosetti y Debenedetti en el Pucará de Tilcara, Jujuy (1935); 7. comienzo del proyecto Manhattan (1941); 8. UNESCO (1945); 9. Bernardo Houssay inaugurando el primer instituto creado por el CONICET (1966); 10. Reforma del Código Civil en Argentina (1968); 11. alunizaje (1969); 12. The Public Understanding of Science (Royal Society Report 1985); 13. bandera Wiphala en relación con la lucha indígena y su correlato en el reconocimiento de derechos por Estados Nacionales, en Argentina se expresó en la reforma de la constitución Nacional (1994); 14. volante de actividad llevada a cabo en la conmemoración de los 500 años de resistencia indígena (1992) (Lenton y Nagy 2021); 15. declaración de Cueva de las Manos como Patrimonio de la Humanidad (UNESCO 1999); 16. discursos pseudocientíficos que se multiplican y circulan en diversos espacios digitales desde la masificación de internet (2000-actualidad); 17. Red de Arqueología Digital Argentina (2017); 18. multiplicación de la presencia de comunicación sobre Arqueología en web y redes sociales (2015-actualidad).

niciones de los públicos? ¿De qué modo esas configuraciones incidieron en la delimitación de quiénes pueden producir, interpretar y validar conocimiento? ¿Cómo impacta ese recorrido en las prácticas arqueológicas contemporáneas?

## INSTITUCIONALIZACIÓN CIENTÍFICA, MUSEOS NACIONALES Y LA INVENCIÓN DEL PASADO ARQUEOLÓGICO

En los procesos de consolidación de los Estados modernos (Foucault 1975), durante el siglo XIX, la ciencia adquirió un lugar cada vez más central como práctica colectiva productora de conocimiento legítimo y socialmente autorizado. Este proceso se vinculó con la expansión estatal, la institucionalización educativa y la profesionalización científica (Bowler y Morus 2007). Universidades, academias, círculos intelectuales y museos funcionaron como espacios institucionalizados de producción de conocimiento y ámbitos clave de mediación y legitimación pública. A ellos se sumaron las exposiciones universales y grandes exhibiciones internacionales, que operaron como dispositivos masivos de escenificación del progreso científico y técnico, articulando saber, industria, imperialismo y pedagogía pública en clave espectacular. Allí los saberes científicos se consolidaron en diálogo con distintos públicos, adquiriendo autoridad, inteligibilidad y sentido social (Burke 2016). Desde la historia de la ciencia existe un amplio consenso en señalar que la emergencia de públicos fue una dimensión constitutiva de los modos modernos de producción, circulación y validación del conocimiento, y no un efecto posterior del desarrollo científico (Nieto-Galan 2011).

En especial, la formación de museos estuvo ligada a la institucionalización de la arqueología y a los dispositivos de pedagogía cívica que aportaron a la construcción de imaginarios nacionales (Hooper-Greenhill 1992; Rufer 2010). En Latinoamérica, los museos contribuyeron a la apropiación de los pasados indígenas mediante operaciones de clasificación y exhibición que definieron objetos patrimoniales, relatos autorizados y formas legítimas de acceso al pasado (Díaz-Andreu 1999; Gnecco y Ayala Rocabado 2010).

En este horizonte histórico se institucionalizaron las primeras experiencias de extensión universitaria, concebidas como estrategias para ampliar el alcance del saber producido en la universidad y proyectar su influencia social. El concepto de extensión se formalizó a fines del siglo XIX en Europa, asociado a iniciativas docentes dirigidas a adultos y sectores populares (De Michelli y Giacomino 2019). En Argentina, las primeras experiencias se desplegaron como cursos abiertos al público. Es importante señalar que, en este contexto histórico, el saber científico circulaba en una variedad de espacios (museos, asociaciones científicas, círculos intelectuales y redes provinciales) en los que las universidades, aún ligadas a élites políticas y tradiciones regionales, constituían nodos relevantes, pero no excluyentes de producción y circulación del

conocimiento (Buchbinder 2005)[1]. En síntesis, la comunicación pública durante este régimen moderno de autoridad, propio de la matriz ilustrada estatal, fue una dimensión constitutiva del proyecto científico y nacional. Este modelo sentó las bases de una relación asimétrica entre ciencia y sociedad que, con variaciones, persistió durante gran parte del siglo XX.

## UNIVERSIDAD Y PROFESIONALIZACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA

En las primeras décadas del siglo XX, la universidad consolidó su lugar como espacio central de producción del conocimiento científico. La institucionalización de la formación, la acreditación y la organización de la actividad académica conllevó una creciente diferenciación disciplinar, de objetos de estudio y lenguajes especializados (Bowler y Morus 2007). En Latinoamérica, la Reforma Universitaria iniciada en 1918 en la Universidad Nacional de Córdoba promovió principios como la autonomía, el cogobierno y la modernización científica, al tiempo que instaló la idea de una universidad comprometida con los problemas sociales de su tiempo. La extensión fue uno de los ámbitos desde los cuales se impulsaron debates y prácticas dirigidas a repensar el lugar del conocimiento y de la universidad en la sociedad, dejando de entenderse únicamente como instancia de difusión cultural o transmisión pedagógica hacia actores externos (Vuksinic y Méndez 2018).

Para la arqueología, universidad y museos se consolidaron como los principales espacios de producción y legitimación del conocimiento, impactando en la organización de la práctica y en su relación con públicos no especializados (Pupio 2012). El trabajo arqueológico incorporó la recuperación de materiales y el estudio de los sitios en el territorio como instancias de investigación, redefiniendo los criterios de producción y validación del conocimiento (Podgorny 2008). En este proceso, las prácticas coleccionistas impulsadas por actores locales, eruditos y aficionados cuyas colecciones y saberes participaron en la conformación de museos, fueron progresivamente reordenadas, regladas y subordinadas mediante dispositivos institucionales, normas y saberes técnicos. Así se establecieron jerarquías entre actores, objetos y prácticas, delimitando quiénes podían producir conocimiento arqueológico válido y bajo qué criterios de autenticidad y autoridad científica (Clifford 1995; Pupio 2012). Estas jerarquías se expresaron en la trayectoria de colecciones privadas que, al integrarse a museos e instituciones, fueron resignificadas en clave científica y patrimonial (recuadro 1). Así como en intervenciones materiales sobre los propios sitios arqueológicos, donde el saber experto habilitó acciones de reconstrucción, monumentalización y puesta en valor[2].

[1] En Argentina inicialmente funcionaron tres universidades nacionales (Córdoba fundada en 1613, Buenos Aires en 1821 y La Plata en 1905) y dos provinciales (Santa Fe fundada en 1889/1890 y Tucumán en 1914).

## 1. LA COLECCIÓN GIRADO Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN ARQUEOLÓGICA EN CHASCOMÚS

Un caso significativo para analizar los procesos de regulación estatal y redefinición de la autoridad científica es el de la colección Girado y su incorporación al Museo Municipal Pampeano de Chascomús, en la provincia de Buenos Aires (Salerno y Vigna 2012). La colección se originó a fines del siglo XIX, en el marco de recolecciones realizadas por el ingeniero Ceferino Girado junto a familiares y allegados en su estancia. Estas prácticas combinaban exploración erudita con instancias recreativas de sociabilidad, dando lugar a un conjunto de 3.148 piezas (líticos, pigmentos, fragmentos cerámicos, óseos y valvas) cuya significación se entrelazó tempranamente con la historia familiar. Tras pasar a manos del arqueólogo y numismático Emilio Greslebin y luego de su hijo Héctor, la colección fue objeto de estudios orientados a fundamentar su autenticidad y valor científico, mediante la documentación de procedencia, el análisis morfológico y la comparación tipológica con otros conjuntos pampeanos.

La comisión fundadora del Museo Pampeano en 1939 gestionó la donación de esta colección para formar una sala dedicada a la "civilización indígena" que completara la narrativa histórica regional. Las negociaciones se extendieron por diez años debido a disputas en torno al control interpretativo y a la autoría intelectual: H. Greslebin solicitó una publicación y procuró incidir en la organización expositiva. Este proceso implicó la reclasificación y recontextualización de los objetos que dejaron de inscribirse en una red de sociabilidad privada para pasar a formar parte del entramado académico transformando las interpretaciones y memorias sociales que hasta entonces los sostenían.

Con el traspaso al museo, la colección se transformó en soporte de una narrativa histórica con un guión museográfico estructurado según categorías cronológicas y tipológicas propias de la Arqueología académica. Esta situaba a las poblaciones prehispánicas como antecedente remoto del poblamiento local, articulando identidad regional, pedagogía cívica y legitimidad científica.

En estos movimientos se reconfiguró el lugar de los coleccionistas, cuyos saberes fueron incorporados, mediados y, en parte, subordinados a marcos interpretativos académicos y estatales. La autoridad científica no se impuso de manera abstracta, sino a través de prácticas concretas de clasificación, documentación, asesoramiento experto, regulación administrativa y acciones educativas que redefinieron las condiciones de producción y circulación del conocimiento arqueológico en el ámbito local.

■ **Figura 2.** Visita educativa en el Museo Pampeano de Chascomús a cargo de Mercedes Aldalur (primera museóloga de la institución), en la vitrina de materiales arqueológicos. Colección documental y archivo administrativo del Museo Municipal Pampeano de Chascomús. Carpeta con memorias de actividades y visitas del museo.

Este proceso consolidó un marco científico-institucional que definió los criterios dominantes de validación, clasificación y valoración de los objetos antiguos en términos patrimoniales (Smith 2006). La circulación del conocimiento arqueológico mediante acciones educativas, exposiciones, publicaciones, conferencias, guías y dispositivos museográficos amplió el acceso a los materiales relativos al pasado, a la vez que fijó modos considerados legítimos de conocerlo, delimitando posiciones diferenciadas entre especialistas y públicos no expertos. De esta forma se promovió la imagen del conocimiento arqueológico como acumulativo, estable y producido desde una autoridad experta relativamente desvinculada de la experiencia social de los objetos (Hooper-Greenhill 1992). Así quedaron invisibilizadas otras relaciones con el pasado basadas en la memoria y la experiencia cotidiana que no encajaban en los marcos epistemológicos dominantes (Gnecco y Ayala Rocabado 2010).

## CIENCIA, DESARROLLO Y PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial (2GM) se consolidó una forma de gobernanza de la ciencia caracterizada por la planificación estatal de la investigación, la expansión del financiamiento público y la consolidación del saber experto como recurso estratégico para el desarrollo, la seguridad y la legitimación política. Este modelo de política científica se expresó en el informe del gobierno norteamericano *Science, the Endless Frontier* de 1945 (Galison 1994). El epistemólogo J. Echeverría (2003) identifica este reordenamiento con el surgimiento de la tecnociencia, entendida como una forma histórica de producción de conocimiento en la que ciencia y tecnología se integran de manera estructural a sistemas político-económicos. En el contexto de la Guerra Fría, estas dinámicas se intensificaron, consolidando complejos científico-tecnológicos de gran escala (Salomón 2008). La circulación de conocimiento público sobre ciencia fue central para legitimar el saber experto y establecer consensos respecto del rol de la ciencia en la sociedad. A través de medios masivos, exhibiciones, museos, publicaciones, programas educativos y conferencias públicas, se promovieron representaciones de la ciencia como una actividad altamente especializada, racional y orientada al progreso. Este despliegue incluyó el desarrollo de estructuras institucionales específicas para la divulgación y la extensión universitaria, ancladas en saberes disciplinares y en la intervención de agen-

[2] Un ejemplo es el monumento erigido en 1935 en el Pucará de Tilcara (Jujuy) en homenaje a los investigadores que lideraron las excavaciones, construido *in situ* mediante la destrucción de estructuras arqueológicas originales. Allí, la autoridad arqueológica se priorizó a través de actos cívicos y homenajes profesionales, mientras se negaban los saberes locales y la existencia de pueblos indígenas contemporáneos (Otero 2013).

cias estatales y académicas. Además, se destaca la expansión de los sistemas de comunicación de masas que propició un nuevo escenario para la circulación del conocimiento. Las grandes narrativas asociadas a la exploración espacial, la energía nuclear y los avances tecnológicos son hitos de los relatos legitimadores que articularon ciencia, Estado y sociedad durante este período (Alcíbar 2015). En el ámbito de la extensión universitaria, aunque coexistieron distintos posicionamientos, predominaron enfoques difusionistas y transferencistas, donde la universidad aparecía como emisora privilegiada de saberes producidos intramuros y la sociedad como receptora. Con esta noción poco problematizada de extensión se consolidó una división funcional entre producción, circulación y uso del conocimiento, subordinando la extensión a la investigación y a la docencia (Tommasino y Cano 2016).

En Latinoamérica el impulso de proyectos desarrollistas contribuyó a la creación y fortalecimiento de organismos, universidades e instituciones de investigación dirigidos a la formación de recursos humanos y a la producción de conocimiento considerado estratégico. En varios países de la región como México, Brasil, Argentina, Chile, Venezuela y Colombia también se dieron movimientos que vincularon la consolidación de estructuras científicas con la necesidad de articular estas instituciones con otros ámbitos de la sociedad[3]. En consonancia con reformas educativas internacionales y el énfasis en la experimentación en la enseñanza, se impulsaron transformaciones en el ámbito escolar y en el desarrollo de estrategias de divulgación a través del periodismo científico, revistas, conferencias, museos y espacios interactivos (Massarani *et al*. 2015). Surgieron asociaciones de periodismo científico, programas universitarios de comunicación de la ciencia y, décadas más tarde, redes regionales como la Red de Popularización de la Ciencia y la Tecnología en América Latina y el Caribe (RedPOP), que buscaron consolidar la comunicación científica como un campo profesional y de cooperación latinoamericana.

Los movimientos mencionados tuvieron trayectorias desiguales, condicionadas por la dependencia económica, la inestabilidad política y las asimetrías estructurales en la producción de conocimiento. En este marco, la ciencia fue concebida simultáneamente como una herramienta clave para el desarrollo nacional y como un recurso escaso y vulnerable, sujeto a interrupciones y reorientaciones derivados de los vaivenes políticos y económicos de la región. Las prácticas de comunicación pública y extensión universitaria asumieron sentidos diversos y a menudo contradictorios asociados tanto a funciones de legitimación estatal como a experiencias de resistencia y compromiso social. Entre estas últimas, desta-

[3] En Argentina, se fundó el CONICET (1958); se creó el Instituto Nacional de la Tradición, actual Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, INAPL (1943); se fundaron institutos y centros de investigación provinciales como la Comisión de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Provincia de Buenos Aires (1960). En antropología se crearon las carreras de grado en la UBA (1958), UNLP (1958), entre otras.

camos los aportes de Oscar Varsavsky (1969), cuyos planteos en favor de políticas científicas orientadas hacia problemas socialmente relevantes aún resuenan en nuestros días.

En arqueología, los proyectos estatales desarrollistas posibilitaron instancias de profesionalización y de consolidación de espacios académicos y museísticos. Además, impulsaron legislaciones patrimoniales nacionales e internacionales. En el plano internacional se destaca la consolidación de organismos multilaterales orientados a la cooperación cultural y científica, entre ellos la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO 1945). Su gestión fue clave para estandarizar criterios técnicos y legitimar el saber experto en la definición y protección del patrimonio cultural (Smith 2006).

En nuestro país, la profesionalización de la arqueología se articuló con debates sobre la puesta en valor del patrimonio arqueológico con fines turísticos que priorizaron reconstrucciones *in situ*[4] y sobre la necesidad de regular los impactos de obras de gran escala[5] (Endere y Rolandi 2007). En relación con la legislación patrimonial, la reforma del Código Civil de 1968 marcó un punto de inflexión al establecer el dominio público de los yacimientos arqueológicos y habilitar el desarrollo de normativas provinciales específicas (Endere y Rolandi 2007). En estos movimientos, la legitimidad del saber arqueológico se sustentó mediante su inserción en políticas estatales más amplias, consolidando una autoridad científica alineada con agendas de desarrollo.

## PATRIMONIO, PODER Y DISPUTA POR EL PASADO

Desde fines del siglo XX, la autoridad científica comenzó a ser objeto de cuestionamientos sociales y políticos. La creciente mediatización de controversias, la visibilización de conflictos en torno a agendas públicas y privadas y las transformaciones en los regímenes de financiamiento evidenciaron que la producción de conocimiento se desarrolla en entramados institucionales y económicos (Echeverría 2003). En este escenario, la legiti-

[4] Como casos paradigmáticos destacan la reconstrucción del Pucará de Tilcara entre 1950 y 1955, las obras realizadas en las Ruinas de Quilmes en 1977 y la creación del Parque de los Menhires en 1977. Estas acciones, orientadas a la puesta en valor, accesibilidad pública y desarrollo turístico supusieron operaciones de reconstrucción, monumentalización y recontextualización que transformaron materialmente los sitios y acompañaron narrativas patrimoniales legitimadas en tensión con memorias locales y con criterios posteriores de conservación (Endere y Rolandi 2007; Manasse y Carrizo 2016).

[5] Los grandes emprendimientos hidroeléctricos y de infraestructura impulsados en las décadas de 1960 y 1970 dieron lugar al desarrollo de la arqueología de rescate en el país. Las intervenciones asociadas a proyectos como El Chocón–Cerros Colorados (1969), Casa de Piedra (1977 y 1978), Salto Grande (1977) y Paraná Medio (1978), se realizaron en el marco de convenios entre universidades, empresas estatales y organismos públicos (Endere y Rolandi 2007). Estas experiencias contribuyeron a redefinir el vínculo entre investigación, planificación territorial y desarrollo, fortaleciendo el papel del saber experto en la regulación de las intervenciones sobre paisajes y materialidades.

midad del saber científico dejó de apoyarse exclusivamente en su autonomía técnica y comenzó a negociarse en espacios públicos más amplios atravesados por disputas sobre su relevancia social (Burke 2016).

Las universidades y centros de investigación fueron interpelados por estas transformaciones. La comunicación pública de la ciencia se consolidó como un campo específico, institucionalizado a través de programas y políticas que profesionalizaron la relación entre conocimiento académico y sociedad. Los enfoques centrados en la alfabetización, basados en los postulados del informe anglosajón *The public understanding of science* (Bodmer 1985), coexistieron con perspectivas críticas respecto de la unidireccionalidad de estos modelos que promovieron formas más dialógicas (Cortassa 2010). En sintonía con tales críticas, desde la extensión universitaria latinoamericana cobraron fuerza abordajes que tensionaron las jerarquías académicas y promovieron nuevas formas de relación entre universidad y sociedad (Tommasino y Cano 2016).

En este escenario, se promovió el desplazamiento desde modelos centrados en la transmisión unidireccional hacia enfoques dialógicos y participativos que redefinieron las expectativas sobre la relación entre ciencia y sociedad al situar la inclusión de actores no expertos como condición de una comunicación democrática y socialmente responsable. Así, los postulados en torno a la participación se instalaron como horizonte normativo y criterio de legitimidad, aun cuando sus alcances concretos y modalidades de implementación continúan siendo objeto de debate (Alcíbar 2015). En el marco de estas dinámicas, la noción de comunicación pública de la ciencia emergió como concepto paraguas agrupando prácticas heterogéneas (divulgación, extensión, transferencia, popularización, ciencia ciudadana).

En arqueología, estas discusiones se desplegaron con los debates sobre políticas patrimoniales en el marco del llamado giro multicultural y las críticas poscoloniales (Gnecco 2009). La campaña continental de visibilización de los "500 años de resistencia indígena, negra y popular" en 1992 fue un hito político y simbólico que cuestionó las narrativas celebratorias del "descubrimiento de América" y problematizó los modos en que el pasado indígena había sido representado en discursos estatales, escolares y museográficos[6]. La disciplina fue interpelada por sus vínculos con dispositivos estatales de patrimonialización que contribuyeron a la cristalización de narrativas nacionales homogeneizantes y a la reproducción de desigualdades históricas.

Así, se evidenciaron los límites de la concepción tecnocrática del patrimonio que dejó de entenderse exclusivamente como objeto de conservación para reconocerse como arena de disputa pública, donde intervienen agencias estatales, actores locales, comunidades

[6] En consonancia con estos movimientos en nuestro país se destaca la reforma de la Constitución Nacional de 1994.

indígenas, gestores culturales y equipos académicos. Estas miradas críticas también pusieron el foco en el turismo cultural que se estaba consolidando como sector estratégico de desarrollo, reforzando la valorización económica de los bienes arqueológicos y su incorporación a circuitos de consumo cultural (Ballart 1997). En ese marco, se volvió más evidente que las dimensiones políticas y económicas no solo inciden, sino que estructuran la definición de lo patrimonial y fijan sentidos legítimos sobre el pasado. Emergieron enfoques disciplinares como la arqueología pública, comunitaria, colaborativa o participativa (Delfino y Rodríguez 1991; Funari 2004; Merriman 2004; Barreiro Martínez 2006; Segobye 2006; Almansa Sánchez 2011; Salerno *et al.* 2016, entre otros) que, desde distintos posicionamientos teóricos y políticos, promovieron instancias de intervención participativas y dialógicas. Sin embargo, su implementación concreta revela asimetrías, mediaciones institucionales y tensiones entre agendas diversas (Asensio 2013).

En Argentina, estos movimientos se desplegaron con el retorno a la democracia, momento que abrió un escenario propicio para la revisión de políticas culturales, educativas y patrimoniales. La ampliación del debate público sobre identidad y memoria otorgó centralidad a la dimensión social de la arqueología. Universidades y museos se consolidaron como espacios de mediación entre investigación y comunidad[7], al tiempo que la extensión universitaria y la comunicación pública adquirieron un lugar creciente en jornadas académicas, proyectos y políticas institucionales (Pupio y Salerno 2014). Se profundizó la discusión sobre el vínculo de estos campos de prácticas con la investigación en entramados caracterizados por fragmentaciones territoriales, cambios institucionales y disputas sobre el valor simbólico, científico y turístico del patrimonio arqueológico. Además, en este escenario se profundizó la discusión sobre los desafíos de los procesos participativos considerando que estas instancias requieren de continuidad en el territorio y negociación con instituciones locales, tensionando los tiempos académicos y el lugar de la autoridad experta. Un caso que permite reflexionar de manera situada sobre estas dinámicas es el trabajo desarrollado en la microrregión del río Salado bonaerense (recuadro 2). Allí, la investigación, extensión y gestión patrimonial se despliegan en tramas institucionales y territoriales específicas, evidenciando que la participación de distintos actores e instituciones redefine las jerarquías en procesos de negociación situados.

[7] Por ejemplo, el Primer Encuentro Nacional de Antropólogos (1987), el Primer Encuentro Regional de Antropólogos de la Provincia de Buenos Aires (1988) y las I y II Jornadas-Taller sobre El uso del pasado (1989 y 1992).

## 2. EXTENSIÓN, PATRIMONIO Y AUTORIDAD NEGOCIADA EN LA MICRORREGIÓN DEL RÍO SALADO

El equipo de Arqueología del río Salado (FFyL–UBA), desde hace más de tres décadas, desarrolla acciones sostenidas de investigación y extensión en la microrregión del río Salado bonaerense (Grzegorczyk *et al*. 2024). En este territorio, las narrativas oficiales asociaron el origen del poblamiento con la frontera tardo-colonial y la instalación del ferrocarril, relegando la presencia indígena a un pasado remoto y marginal. Frente a ello, el trabajo arqueológico se inscribió en debates sobre memoria indígena, identidad y representación del pasado a escala local.

A lo largo del tiempo se han realizado actividades con instituciones y actores locales de los siete municipios que integran el área (museos, escuelas, coleccionistas, ceramistas, grupos de ciencia, entre otros). Se destaca el rol de los museos por ser el único espacio donde la materialidad indígena adquiere visibilidad. Con estas instituciones se han generado instancias de colaboración tanto para las tareas de investigación (revisión de colecciones, archivos y logística de campo) como para acciones de extensión (visitas al sitio arqueológico, actualización de guiones, diseño de exhibiciones y actividades de formación docente). En algunos casos se desarrollaron exhibiciones permanentes y temporales con materiales recuperados en las investigaciones junto a réplicas elaboradas por ceramistas locales, producto de modalidades de trabajo colaborativo. Estas acciones contribuyeron a procesos locales de patrimonialización y a nuevas formas de valoración pública de los materiales arqueológicos.

El equipo de arqueología comenzó progresivamente a ser convocado como referente técnico en múltiples situaciones (asesoramientos y acompañamiento de proyectos escolares, museográficos y turísticos, intervención ante hallazgos fortuitos, participación en actividades comunitarias e instancias de diálogo con aficionados, entre otros), pasando a formar parte del entramado patrimonial local. A la par, desde fines de los `90 los materiales arqueológicos comenzaron a ser resignificados como recursos culturales en el marco del impulso al turismo regional, adquiriendo valor simbólico y económico. Los objetos se constituyeron como soportes de memorias e intereses en disputa, y la autoridad experta debió negociarse con otros conocimientos, prácticas e intereses presentes en el territorio. Estas dinámicas hicieron visible que las acciones de extensión excedían la comunicación de resultados, involucrando procesos de mediación y negociación de sentidos.

■ **Figura 3**. Exhibición permanente en el Museo Municipal Pampeano de Chascomús.

## DIGITALIZACIÓN, FRAGMENTACIÓN Y DISPUTAS PATRIMONIALES CONTEMPORÁNEAS

En continuidad con los procesos históricos analizados, la expansión de tecnologías y plataformas digitales en el siglo XXI transformó las condiciones de producción y circulación del conocimiento. Burke (2016) señala que la aparición de espacios de creación y edición colaborativos en la web (por ej., Wikipedia) reconfiguró las jerarquías del conocimiento, dado que los dispositivos tradicionales de autoridad (universidades, academia, museos y expertos) comenzaron a coexistir con formas más abiertas y distribuidas de producción de saber. Se hizo más visible el carácter provisional, conflictivo y situado del conocimiento, dejando atrás la imagen de un corpus estable consolidado bajo los regímenes institucionales de autoridad científica del siglo XIX y buena parte del XX. Además, la expansión sostenida de canales de información independientes amplió de manera decisiva el horizonte de referencias, experiencias y comparaciones posibles dentro del conocimiento, erosionando las formas tradicionales de autoridad epistémica (Gurri 2023).

Un desafío creciente de esta transformación es abordar la dimensión digital como una parte constitutiva de la realidad social (Gómez Cruz 2022). En este sentido, las imágenes y narrativas que circulan en plataformas remiten a materialidades situadas y a comunidades específicas; no constituyen un espacio autónomo, sino un ámbito de ida y vuelta entre territorios, instituciones y públicos. Así, lo digital se presenta como otra instancia en la que se despliegan las tramas locales donde se producen, disputan y resignifican los sentidos del pasado.

En estos ámbitos digitales la circulación del conocimiento se despliega bajo lógicas de archipiélago: públicos segmentados y circuitos relativamente autónomos, mediados por algoritmos que refuerzan afinidades y reducen la exposición a narrativas disonantes (Peller 2024; Chuit Roganovich 2025). Así, la información patrimonial circula por diferentes canales como sitios institucionales, programas turísticos, redes sociales y comunidades específicas (detectoristas, coleccionistas, académicas, activismos patrimoniales). La escasez de espacios de intercambio debilita el reconocimiento de la alteridad. En su lugar, se consolidan sentidos construidos desde lógicas internas, mediadas por infraestructuras digitales mercantilizadas que priorizan experiencias de subjetividad centradas en el individuo (Chuit Roganovich 2025). Estas lógicas trascienden el entorno digital y se observan tanto en comunidades de aficionados (por ej., de detectoristas de metales) como en ciertos ámbitos académicos, donde cada grupo elabora argumentos y valida significados propios, generando disonancias que dificultan el diálogo y la construcción de sentidos compartidos (Salerno y Grzegorczyk 2023).

Asimismo, el despliegue contemporáneo de los sistemas de inteligencia artificial (IA) intensifica estos procesos desplazando parte de la producción y circulación de conocimiento hacia circuitos automatizados que combinan opacidad algorítmica y centralización (Rou-

vroy y Berns 2016; García Canclini 2019). Frente a ello, la persistencia de esquemas comunicacionales jerárquicos, la escasa problematización de los usos políticos del pasado y la distancia sostenida entre expertos y públicos generan vacíos de sentido que hoy son ocupados por narrativas alternativas. Entre ellas adquirieron gran difusión los discursos "anticientíficos" y "pseudocientíficos", entendiendo dentro de los primeros aquellos que cuestionan la legitimidad de la ciencia como forma válida de conocimiento y dentro de los segundos los que adoptan el lenguaje, las formas y la estética de la ciencia, pero no cumplen con sus criterios metodológicos y epistémicos (Valero-Matas y Muñoz Sandoval 2017). En Arqueología, estas narrativas suelen apoyarse en grandes relatos de lo excepcional, lo originario o lo mítico que tienden a simplificar la historia, reducirla a procesos lineales que suelen negar la creatividad y diversidad cultural en el tiempo. Reducir estos discursos a un problema de desinformación o de ignorancia implicaría reiterar el mismo modelo deficitario que ha estructurado históricamente buena parte de la comunicación científica. Entendemos que su incremento y visibilidad actual se relacionan con las transformaciones en las condiciones sociales de producción y circulación del conocimiento. Desde las prácticas de comunicación de la ciencia y de extensión universitaria resulta pertinente analizar qué necesidades simbólicas o identitarias interpelan y a quiénes beneficia su difusión masiva. Más que un fenómeno meramente comunicacional, estas disputas remiten a tensiones históricas en torno a quién puede producir interpretaciones legítimas sobre el pasado y en qué condiciones se construye autoridad en el espacio público contemporáneo.

En este escenario, la arqueología ha comenzado a conceptualizar lo digital como una dimensión constitutiva de la producción y circulación contemporánea del conocimiento, lo que exige revisar las decisiones éticas, políticas y relacionales implicadas en su implementación (Richardson 2013; Bonacchi y Moshenska 2015). Se destaca que el despliegue de principios internacionales[8] y de normativas nacionales de acceso abierto configuran un campo de tensiones entre apertura, preservación, derechos colectivos y usos sociales del patrimonio, particularmente significativo en contextos atravesados por historias de extractivismo académico y desigualdad (Sokol y Salerno 2023). De este modo, repensar la comunicación arqueológica en entornos digitales requiere una reflexión explícita sobre los regímenes de acceso, preservación y uso del conocimiento. Por ejemplo, los repositorios, plataformas de visualización 3D y sistemas de gestión de datos son infraestructuras digitales que organizan jerarquías de acceso, habilitan o restringen determinados usos (Di Tullio 2023). En la

[8] Por ejemplo, los principios FAIR establecen que los datos deben ser localizables, accesibles en formatos abiertos, interoperables entre sistemas y reutilizables mediante licencias claras. Mientras que los TRUST complementan este enfoque enfatizando la transparencia y sostenibilidad de las infraestructuras digitales para garantizar la preservación y confiabilidad de los datos. Por su parte, los principios CARE incorporan una dimensión ética y política, especialmente en relación con comunidades originarias (Izeta 2024).

arqueología latinoamericana estos procesos se despliegan en condiciones institucionales y económicas atravesadas por asimetrías estructurales[9] que afectan la sostenibilidad y la apropiación social del conocimiento (Arza y Fressoli 2016; Izeta *et al*. 2021; Del Río Riande 2022; Vinelli y Suárez 2023).

## A MODO DE CIERRE

En este capítulo partimos de considerar la comunicación pública de la ciencia y la extensión universitaria como dimensiones constitutivas de la producción de conocimiento, en tanto prácticas ligadas a su relevancia social y a sus condiciones de legitimidad. Para la Arqueología, esta premisa implica que comunicar y extender son formas de intervenir en disputas sobre el patrimonio, la memoria y el derecho a narrar el pasado. Desde una perspectiva histórica mostramos que estas prácticas formaron parte de los regímenes de autoridad que organizaron la producción y validación del saber, desde la matriz ilustrada-estatal del siglo XIX hasta los entornos digitales contemporáneos. Este abordaje nos permitió comprender que los conflictos actuales no constituyen una ruptura, sino una reconfiguración de tensiones persistentes en torno a la autoridad del conocimiento.

En el presente, la convergencia entre comunicación pública y extensión se inscribe en infraestructuras digitales que fragmentan audiencias, redistribuyen visibilidad e inscriben la circulación del saber a lógicas algorítmicas. Frente a estas transformaciones, consideramos que el desafío consiste en construir espacios de intercambio capaces de sostener debates públicos sobre los criterios de validación del conocimiento, con la mirada atenta a las desigualdades estructurales que condicionan su producción y circulación en nuestra región.

## AGRADECIMIENTOS

A las instituciones y actores locales de la microrregión del río Salado que nos han acompañado a lo largo de estos años. Este trabajo es el resultado de un camino compartido; es con ellos y ellas que hemos ido forjando y construyendo nuestra mirada sobre la práctica profesional y el compromiso social de la disciplina. Asimismo, agradecemos a los editores por impulsar la publicación de este libro.

[9] Caracterizada por el acceso tecnológico desigual, la dependencia de plataformas comerciales globales e infraestructuras digitales científicas aún en consolidación, mayormente sostenidas por políticas públicas y universidades nacionales.

## BIBLIOGRAFÍA


Alcíbar, M. 2015. Comunicación pública de la ciencia y la tecnología: una aproximación crítica a su historia conceptual. *Arbor* 191(773). http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2015.773n3012

Almansa Sánchez, J. 2011. Arqueología para todos los públicos. Hacia una definición de la arqueología pública "a la española". *ArqueoWeb* 13: 87-107.

Arza, V. y M. Fressoli 2016. *Proyecto ciencia abierta en Argentina: experiencias actuales y propuestas para impulsar procesos de apertura* (Vol. 1). Buenos Aires, CIECTI.

Asensio, R. 2013. ¿De qué hablamos cuando hablamos de participación comunitaria en la gestión del patrimonio cultural? *Revista Argumentos* 7(3). Disponible en http://www.revistargumentos.org.pe/participacion_patrimonio.html

Ballart, J. 1997. *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Barcelona, Ariel.

Barreiro Martínez, D. 2006. Conocimiento y acción en arqueología aplicada. *Complutum* 17: 205-219.

Bodmer, W. F. 1985. *The public understanding of science*. Londres, The Royal Society.

Bonacchi, C. y G. Moshenska 2015. Critical reflections on digital public archaeology. *Internet Archaeology* 40. https://doi.org/10.11141/ia.40.7.1

Bowler, P. e I. R. Morus 2007. *Panorama general de la ciencia moderna*. Editorial Crítica.

Buchbinder, P. 2005. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Burke, P. 2016. *Historia social del conocimiento*. Paidós.

Chuit Roganovich, R. 2025. *El archipiélago. Nuestra retirada del mundo y notas para un regreso*. El gato y la caja.

Clifford, J. (ed.) 1995. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Gedisa.

Cortassa, C. 2010. Del déficit al diálogo, ¿y después? Una reconstrucción crítica de los estudios de comprensión pública de la ciencia. *Revista CTS* 15(5): 159-184.

De Michelli, D. y M. Giacomino 2019. Antecedentes ancestrales de la extensión universitaria. La sociedad para la difusión del conocimiento útil. *Masquedós - Revista de Extensión Universitaria* 4(4), 8. https://ojs.extension.unicen.edu.ar/index.php/masquedos/article/view/31

Delfino, D. y P. G. Rodríguez 1991. Crítica de la arqueología 'pura': de la defensa del patrimonio hacia una arqueología socialmente útil. Ms. https://lagunablanca.unca.edu.ar/adjuntos/practica3.pdf

del Río Riande, G. 2022. Humanidades digitales o las humanidades en la intersección de lo digital, lo público, lo mínimo y lo abierto. *Publicaciones de la Asociación Argentina de Humanidades Digitales* 3: 1–16. https://doi.org/https://doi.org/10.24215/27187470e038

Díaz-Andreu, M. 1999. Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia, Anais da I reunião Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul* 3: 161-180.

Di Tullio, M. 2023. Lo tecnológico es político. Reflexiones sobre las lógicas colonialistas de los medios digitales. *Comechingonia* 27(3): 25-43.

Echeverría, J. 2003. *La revolución tecnocientífica*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Endere, M. L. y D. Rolandi 2007. Legislación y gestión del patrimonio arqueológico. Breve reseña de lo acontecido en los últimos 70 años. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 32: 33-55.

Foucault, M. 1975. *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI.

Funari, P. P. 2004. Public archaeology in Brazil. En N. Merriman (ed.), *Public archaeology:* 202-210. Londres y Nueva York, Routledge.

Galison, P. 1994. *Big science: the growth of large scale research*. Stanford, CA, Stanford University Press.

García Canclini, N. 2019. *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*. Guadalajara, CALAS.

Gnecco, C. 2009. Caminos de la arqueología: de la violencia epistémica a la relacionalidad. *Bol. Mus. Para. Emílio Goeldi, Ciências Humanas* 4(1): 15- 26.

Gnecco, C. y P. Ayala Rocabado (comp.) 2010. *Pueblos indígenas y arqueología en América Latina*. Bogotá, Fundación de investigaciones Arqueológicas Nacionales y Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes.

Gómez Cruz, E. 2022. *Tecnologías vitales. Pensar las culturas digitales desde Latinoamérica.* México, Puertabierta Editores.

Grzegorczyk, M., O. Sokol, V. Salerno, P. Escosteguy, M. Frère y M. M. I. González 2024. Desafíos de la extensión

en la microrregión del río Salado bonaerense: entre lo presencial y lo digital. *Libro de resúmenes X Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina*: 130-131. Olavarría, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Gurri, M. 2023. *La rebelión del público. La crisis de la autoridad en el nuevo milenio*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

Hooper-Greenhill, E. 1992. *Museums and the shaping of knowledge*. London, Routledge.

Izeta, A., Prado, I. y R. Cattáneo 2021. Sentando las bases para una arqueología digital en Argentina. El rol de las infraestructuras digitales para la investigación. *InterSecciones en Antropología* 22(1): 97–109.

Izeta, A. 2024. ¿Es la arqueología cordobesa "fair"? Una mirada desde la arqueología pública digital y la ciencia abierta. *Anales de Arqueología y Etnología* 79(1): 149-168.

Lenton, D. y M. Nagy 2021. La Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y el espionaje a la movilización indígena en 1992. *Corpus Archivos virtuales de la alteridad americana* 11(1). https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.4699

Manasse, B. y S. Carrizo 2016. Relatos disciplinares que cercenaron presentes: interpretaciones sobre el pasado indígena del Valle de Tafí. *Publicar* XIV(XX): 29-52.

Massarani, L., C. Aguirre, C. Pedersoli, E. Reynoso y L. Lindegaard 2015. RedPOP: 25 años de Red en Comunicación de la Ciencia en América Latina. *JCOM América Latina* 14(3): 1-9. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.17060/pr.17060.pdf

Merriman, N. 2004. Introduction: diversity and dissonance in public archaeology. En N. Merriman (ed.), *Public Archaeology*: 1-18. Londres y Nueva York, Routledge.

Nieto-Galan, A. 2011. *Los públicos de la ciencia. Expertos y profanos a través de la historia*. Madrid, Fundación Jorge Juan Marcial Pons Historia.

Otero, C. 2013. La Arqueología en el relato oficial del estado nacional. El caso del pucará Tilcara (Jujuy, Argentina). *Arqueología Suramericana / Arqueología Sul-Americana* 6(1,2): 87-112.

Peller, J. 2024. IA y riesgo existencial. En J. C. Balian, J. I. Cuiule, L. Sendra y P. González (eds.), *Ok, Pandora. Seis ensayos sobre inteligencia artificial*: 99–133. Buenos Aires, El gato y la caja.

Podgorny, I. 2008. Antigüedades portátiles: transportes, ruinas y comunicaciones en la arqueología del siglo XIX. *História, Ciências, Saúde Manguinhos* 15(3): 577-595.

Pupio, A. 2012. Profesionales y aficionados en la conformación, interpretación y exhibición de las colecciones arqueológicas. Coleccionistas y museos de la provincia de Buenos Aires. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Pupio, A. y V. M. Salerno 2014. El concepto de patrimonio en el campo de la arqueología argentina. Análisis de los trabajos presentados en los congresos nacionales de arqueología (1970-2010). *Intersecciones en Antropología* 15: 115-129.

Richardson, L. 2013. A digital public archaeology? *Papers from the Institute of Archaeology* 23(1), Art. 10. https://doi.org/10.5334/pia.431

Rouvroy, A. y T. Berns 2016. Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación? *Agenda Filosófica* 1: 88-116.

Rufer, M. 2010. *La nación en escenas. Memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales*. México, El Colegio de México.

Salerno, V. y M. Vigna 2012. Acercamiento a la construcción del pasado prehispánico en una sala del museo pampeano de Chascomús entre 1939 y 1992. *Arqueología* 18: 181-207.

Salerno, V. M., M. C. Picoy, M. Tello, C. Pinochet, C. Lavecchia y G. Moscovici Vernieri 2016. Lo "público" en la arqueología argentina. *Chungara* 48(3): 397-408.

Salerno, V. y M. Grzegorczyk 2023. Entre lo legal y lo ilegal: Prácticas de recolección de objetos arqueológicos en la provincia de Buenos Aires (Argentina). *Runa* 44(2): 85-103.

Salomón, J. 2008. *Los científicos: entre poder y saber*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Segobye, A. 2006. Historias estratificadas en el desarrollo de la arqueología pública en el sur de África. *Arqueología Suramericana /Arqueología Sul-americana* 2(1): 93-118.

Smith, L. 2006. *The uses of heritage*. Londres y Nueva York, Routledge.

Sokol, O. L. y V. M. Salerno 2023. Bienes "públicos" y lo digital en la arqueología argentina. *Revista Del Museo De Antropología, Dossier Arqueología Digital, repositorios, protocolos y casos de aplicación* 16(3): 363-376.

Tommasino, H. y A. Cano 2016. Modelos de extensión universitaria en las universidades latinoamericanas en el siglo XXI: tendencias y controversias. *Universidades* 67: 7-24.

Valero-Matas, J. A. y C. A. Muñoz Sandoval 2017. Las pseudociencias como problema social en la era tecnocientífica. Un recorrido por la ciencia y sus enemigos dentro y fuera. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* 75: 8-34.

Varsavsky, O. 1969. *Ciencia, política y cientificismo.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Vinelli, N. y M. Suárez 2023. Los desconectados: políticas públicas para el acceso a internet en barrios populares y parajes rurales. Buenos Aires, Mil campanas.

Vuksinic, N. y J. Méndez 2018. A cien años de la Reforma Universitaria: la extensión para repensar la universidad pública desde la historia de la educación. *Revista Masquedós* 3(3): 81-94.

# REPENSAR LAS COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS: ENFOQUES ACTUALES EN GESTIÓN Y CONSERVACIÓN

**María Gabriela Rodríguez**[1], **María Paula Arthur**[2] **y María Florencia Valdettaro**[3]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | maga_rodri@yahoo.com
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | mparthur@yahoo.com
[3]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | flor.valdettaro@gmail.com

**RESUMEN:** En este capítulo se propone hacer un recorrido por el estado actual del trabajo con colecciones arqueológicas albergadas en instituciones, proponiendo un enfoque integral en articulación con actividades de manejo de colecciones y conservación como requisitos esenciales vinculados a la protección e investigación del patrimonio arqueológico. Se abordan estos temas desde las perspectivas contemporáneas, que exigen una reflexión crítica sobre los modos de vincularse con el patrimonio y las comunidades. A su vez, se considera cómo las instituciones responden a este desafío desde el paradigma actual de decolonización, restitución y repatriación, particularmente en el ámbito regional latinoamericano.

**ABSTRACT:** This chapter provides an overview of current practices surrounding archaeological collections housed in institutional settings, adopting an integrated approach that connects collection management and conservation as essential components for the protection and research of archaeological heritage. These issues are examined through contemporary perspectives, which encourage critical reflection on how institutions engage with heritage and communities. The chapter also considers how institutions are responding to these challenges within the current paradigm of decolonization, restitution, and repatriation, particularly in the Latin American context.

## INTRODUCCIÓN

Los objetos arqueológicos que conforman colecciones en instituciones patrimoniales constituyen actualmente fuentes materiales para la investigación y la difusión del conocimiento sobre el pasado. Se propone que las colecciones son construcciones históricas resultantes de procesos de recuperación, selección, interpretación y gestión atravesados por contextos sociales, académicos e institucionales cambiantes desde su creación hasta la actualidad. Este trabajo presenta una mirada sobre el panorama actual en torno al manejo de colecciones en reserva, proponiendo un enfoque integral entre arqueología, conservación y gestión. Asimismo, se comentan los cambios de la práctica arqueológica latinoamericana en el tratamiento de las colecciones y en las relaciones con las comunidades a través del enfoque de la colonialidad del poder (Quijano 2000), ejemplificados en acciones de decolonización, restitución y repatriación.

## GESTIÓN DE COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS

La creación de las colecciones de historia natural, de etnografía y de arqueología estuvo relacionada en Latinoamérica con el surgimiento de los gabinetes de curiosidades del siglo XVIII, heredados de las políticas ilustradas europeas (Podgorny 2000 y 2010; Reca 2016). Posteriormente a las luchas independentistas surge el museo como lugar que alberga dichas colecciones y se constituye como el símbolo de los valores de razón y civilización de las nuevas naciones, estableciendo la mirada del colonizador frente a las poblaciones indígenas mediante la recolección de objetos categorizados como autóctonos en su sentido literal (Bustamante 2012).

En ese contexto de institucionalización, la arqueología estuvo relacionada con la aparición de los museos de ciencias en las universidades y con el proyecto nacional moderno durante el siglo XIX. Las colecciones arqueológicas se conformaron a través del trabajo de campo auspiciado por las universidades y por las colecciones de "arte precolombino" producto de coleccionistas privados, y fueron incorporadas luego a distintos espacios de resguardo (museos, fundaciones, etc.) (Balesta y Zagorodny 2000; Guráieb y Frére 2012). Durante el siglo XX, la arqueología se consolidó como ciencia atravesando distintas escuelas de pensamiento hasta el presente, cuando se cuestiona la necesidad de re-construirse como una ciencia post-colonial, rompiendo con el eurocentrismo y renovando la mirada sobre la forma en que investiga las colecciones (Balesta y Zagorodny 2000; Ramundo 2012; Curtoni 2016; Pozzi-Escot y Tafur Sequera 2024).

## Definición y conformación de las colecciones

En términos generales, una colección es un conjunto coherente y significativo de objetos materiales e inmateriales (artefactos, especímenes, obras, documentos, archivos, etc.) que un individuo o un establecimiento privado o estatal se encargó de reunir, clasificar, seleccionar y conservar en un contexto seguro para comunicarlo a un público más o menos amplio (Desvallées y Mairesse 2010).

En particular, las colecciones arqueológicas están compuestas tanto por objetos materiales (cerámicas, líticos, minerales, restos óseos de fauna, restos humanos, fósiles, sedimentos, etc.) como por la documentación asociada (fotos, mapas, notas de campo, etc.) que proveen el contexto de los objetos materiales (Luby *et al.* 2013; Childs y Benden 2017). Dichos documentos de archivo asociados permiten entender los trabajos arqueológicos en el pasado, su contexto socio-histórico o político, las formas de conocimiento y las prácticas de excavación y traslado, creando las bases para reconstruir la historia de vida de los materiales dentro de las instituciones que los custodian (Baird y McFayden 2014; Bauer-Clapp y Kirakosian 2017).

Así, la historia de vida de las colecciones arqueológicas en una institución parte desde el modo de ingreso hasta su permanencia y guarda en los depósitos. Las colecciones pueden incorporarse como donación (de manera pasiva) o haber sido obtenidas por el personal del museo o institución de manera directa (activa) en donde cobra importancia la recolección, el transporte y las actividades del trabajo de campo arqueológico (Pérez de Micou 1998).

Con el paso del tiempo, y a medida que aumenta el requerimiento de espacio, los materiales van quedando acumulados en los depósitos de guarda. Luby *et al.* (2013) y King y Samford (2019) destacan que las colecciones más antiguas de las instituciones o "colecciones de legado" poseen un valor inherente ya que fueron heredadas desde un museo u otra institución y transmitidas por –o recibidas desde– un predecesor del pasado quedando relegadas a las zonas de depósito. Una vez que las colecciones quedan en custodia de las instituciones patrimoniales (museos, institutos de investigación, etc.) constituyen un desafío para su gestión y preservación por su valor cultural e histórico y para mantener su acceso para investigaciones futuras.

Este desafío se centra en la capacidad de las instituciones, en tanto responsables de los espacios de guarda y de la integridad del material, para preservar la lógica interna de los procesos de recolección y de excavación, y las buenas prácticas de conservación (MacFarland y Vokes 2016). Ya que los bienes arqueológicos son parte de una realidad institucional y de una red social, Lemp Urzúa *et al.* (2008) proponen establecer políticas integrales de gestión de colecciones que incluyan: profundizar el conocimiento sobre su creación y conformación, la implementación de un sistema de inventario, la garantía de acceso, los

aspectos técnicos de conservación y estándares adecuados de infraestructura que permitan responder a los requerimientos que la sociedad tiene sobre el patrimonio.

## Actividades de gestión

La gestión de las colecciones implica los métodos prácticos, técnicos, éticos y jurídicos que permiten reunir, organizar, estudiar, interpretar y preservar las colecciones presentes en museos u otras instituciones (Ladkin 2006; Benden y Taft 2019). A su vez, vela por la conservación de las mismas y su perennidad en el tiempo, incluye además de los objetos los datos que las acompañan (documentos, fotografías, diarios de campo, etc.) y abarca la manera en que las colecciones apoyan la misión y los objetivos de la institución que las tiene en guarda.

Siguiendo a Ladkin (2006), la gestión de colecciones está formada por tres elementos interdependientes:

- El registro implica conocer la cantidad y diversidad de objetos a través de la elaboración de una base de datos y fichas técnicas para cada objeto. Harrison (2011), Hicks y Stevenson (2013), Wingfield (2018) y King y Samford (2019) establecen que estos trabajos llevan a mejorar la documentación de las colecciones arqueológicas a partir de la identificación de los objetos y la actualización y corrección de los registros en las bases de datos pre-existentes, recuperando el contexto de la historia de los sitios a través de los trabajos publicados, permitiendo una visión más completa de los materiales.
- La conservación (ICOM-CC 2008) es el conjunto de principios y prácticas orientadas a preservar la integridad material de los objetos, en donde la conservación preventiva se presenta como la estrategia prioritaria para garantizar tanto la permanencia de las colecciones como su accesibilidad en el futuro.
- El acceso (Ladkin 2006) implica generar tanto una política de colecciones basada en los objetivos de la institución y la preservación de las colecciones, como la creación de un documento escrito sobre la seguridad, el acceso y la manipulación puesto a disposición de los investigadores, garantizando así la protección de las piezas durante su consulta.

Los planes de gestión se estructuran en torno a actividades de recopilación documental, inventario, conservación y acceso consideradas requisitos fundamentales para la protección del patrimonio arqueológico (Lemp Urzúa *et al.* 2008). Actualmente, dentro de las actividades de gestión se destaca la relación entre los arqueólogos y su papel activo en la curación de las colecciones dentro de las instituciones en las cuales realizan sus investigaciones. Benden y Taft (2019) mencionan la necesidad de una "curación ética" para una

práctica arqueológica actual más sustentable al actuar, junto con conservadores y curadores, como custodios de los materiales. Este enfoque refuerza lo planteado anteriormente sobre que las colecciones existentes en los depósitos constituyen un caudal de información susceptible de ser re-analizado en investigaciones posteriores (Goetze y Mills 1991; Benden y Taft 2019; King y Samford 2019; Schiappacasse 2019, entre otros).

Siguiendo a Pérez de Micou (1998) y Oliva (2019) estos análisis permiten reflexionar tanto sobre el contexto de su formación como sobre los sujetos e instituciones que las conformaron. La acción social de recolectar determinados objetos refleja posicionamientos éticos, políticos e ideológicos acerca de la historia de una región y contribuyen a comprender el modo en que pasaron a formar parte del patrimonio institucional (Balesta y Zagorodny 2000). Esto refuerza la idea de que los trabajos de gestión están orientados a garantizar la preservación material de los objetos y de la información asociada en los archivos documentales para dar contexto a los objetos recuperados (Hicks y Stevenson 2013; Kirakosian y Bauer-Clapp 2017; Lindskoug 2019), garantizando la posibilidad de re-análisis e interpretación, a la vez que asegura la permanencia y el acceso a este patrimonio cultural para futuras investigaciones (Heredia Herrera 1986; Brown 2007).

A continuación se mencionan algunos ejemplos de revisión sobre la conformación de las colecciones de arqueología en Latinoamérica. En Argentina los trabajos de Bonomo *et al*. (2009), Nastri y Menezes Ferreira (2010), Lindskoug (2019) y Oliva (2019) presentan el re-análisis de los materiales en depósitos y la consulta de material de archivo para mejorar la contextualización de las colecciones. Los trabajos de Pérez de Micou (1998), Igareta y Collazo (2011), Pupio (2011), Scheinsohn *et al.* (2011) y Ramundo (2018) ejemplifican la actualización de las tareas de gestión de colecciones. De la misma manera, en Uruguay, Lamas Rivero *et al.* (2019) y Rosete *et al.* (2023) revisan las actividades de gestión; en Chile, Lemp Urzúa *et al.* (2008) y Seguel y Ladrón de Guevara (1997); y en Brasil, Saladino (2021).

## Decolonización, restitución y repatriación

Desde una mirada puesta en América Latina, como la que se sostiene en este trabajo, es el sociólogo Aníbal Quijano el que introduce la perspectiva de la colonialidad del poder (Quijano 2000; Segato 2018), donde plantea que el moderno sistema mundial capitalista surgió en el siglo XVI con el "descubrimiento" de América, configurando nuevas relaciones de dominación bajo la hegemonía eurocéntrica, imponiendo formas de poder y dominación caracterizadas por el eurocentrismo, el racismo, la colonialidad del saber y de la subjetividad y el control del trabajo basado en la explotación y la esclavitud. La colonialidad ligada a la modernidad estaba fundada en una clasificación racial, sexual y étnica de los seres hu-

manos y en una Europa que universalizaba su historia, borrando y devaluando las historias locales de las sociedades conquistadas (Mignolo 2015).

Para Curtoni (2016) la práctica de la arqueología dentro del pensamiento de la modernidad estaba basada en términos políticos, eurocéntricos y racistas en la negación "al otro" colonizado, sentando las bases para su negación ontológica y descalificación epistémica. Al pensar las colecciones arqueológicas desde esta perspectiva, se retoma el papel de los museos como lugares de curiosidades y como exponentes de la explicación de los "otros" no europeos dentro de la colonialidad (Reca 2016; Pozzi-Escot y Tafur Sequera 2024). El pasado debía ser descubierto y mostrado a través de los objetos, contando la historia del progreso y desarrollo de la nación y sus habitantes (Gnecco 2012). Las arqueologías latinoamericanas fueron herramientas para glorificar y cimentar una unidad nacional de la cual fueron brutalmente excluidas las minorías indígenas.

Si bien la arqueología latinoamericana y mundial ha reconocido los inicios colonialistas, enfrenta actualmente retos internos y externos producto de esa colonialidad: reclamos de los movimientos sociales indígenas, reflexiones sobre la democratización del conocimiento científico, la apertura al diálogo con otros sistemas de conocimiento, entre otros (Funari 2005; Bustamante 2012; Haber 2016; Herrera Wassilowsky y Curet 2019; Curtoni 2022; Killian Galván y Gheggi 2025).

Es a partir del siglo XXI que la arqueología empieza a repensar su práctica al incorporar el pensamiento decolonial y reconocer la necesidad de integrar las voces de las comunidades indígenas en sus investigaciones. Endere y Ayala (2012) y Shepherd (2016) plantean que el reconocimiento de los derechos indígenas a partir de los años 90´s presupone un quiebre epistemológico en la práctica arqueológica latinoamericana, incorporando la participación de las comunidades en la investigación, fomentando una política de memoria e identidad.

Entonces, ¿qué implica decolonizar la disciplina y, por ende, el trabajo con las colecciones? Para Mignolo (2015) y Gnecco (2016) una arqueología desde la fuerza decolonial busca ser transformativa, busca alterar la modernidad enfrentando a la misma plataforma ontológica desde la cual parte y yendo más allá de los límites de la academia. Con relación a las colecciones arqueológicas, el proceso de quiebre debe decolonizar las exposiciones y los depósitos integrando las voces de los grupos indígenas, así como promover la restitución y la repatriación de restos humanos y objetos (Endere 2021; Lemos *et al.* 2025).

En la actualidad, decolonizar colecciones conlleva, siguiendo a Brulon Soares y Witcomb (2022), que las comunidades se involucren en las prácticas de museos como un medio para reparar lazos culturales. Para Matos (2012) la contribución de las comunidades en las actividades del museo no desentona con la de los académicos, sino que integra ambas experiencias y conocimientos: lo tradicional/indígena con lo académico/científico. Cury (2017)

y Pegoraro (2025) plantean la decolonización por medio de acciones colaborativas, curadurías compartidas, documentación y repatriación, polisemia y auto-narración, donde el museo pasa a ser un espacio de interacción e interculturalidad construyendo un espacio de producción conjunta de saberes. Tagliati Souza (2022) y Pozzi-Escot y Tafur Sequera (2024) plantean transformar los museos en espacios sociales, incorporando a las comunidades como actores y agentes activos en el planeamiento de los contenidos de las exposiciones, construyendo memorias e identidades colectivas. Lovay (2022) propone democratizar la herramienta museo y colocarla al servicio de los movimientos sociales; esto es, convertirlas en instrumentos de diálogo a favor de la construcción de otro mundo con más justicia, humanidad, solidaridad y dignidad social. En contraposición, González Casanova (2021) explicita las tensiones que existen entre los científicos y museos que quieren conservar las colecciones para su estudio (incluyendo los restos humanos) y las comunidades que reclaman la devolución de sus antepasados y sus objetos para evitar que sigan atrapados sin vida en las vitrinas.

Estas tensiones decoloniales se hacen explícitas en los procesos de restitución y repatriación de materiales y restos humanos. Para Endere y Ayala (Endere y Ayala 2012; Ayala 2020) la restitución refiere a la devolución de materiales a los países de origen y/o a las comunidades de las que fueron saqueados o apropiados de manera ilícita, en contravención de las leyes y convenciones internacionales. En cambio, la repatriación se vincula con los reclamos realizados por los propietarios tradicionales o sus descendientes sobre bienes que, aunque fueron obtenidos o transferidos de manera legal según las normas vigentes en su momento, son considerados parte de su patrimonio cultural. A su vez, las autoras explicitan las dificultades de los reclamos de restitución y repatriación de piezas arqueológicas y de restos humanos por parte de las comunidades ya que, según la normativa legal vigente en cada país, se dificulta llevarlas a cabo.

Además, tanto la restitución como la repatriación desafían las políticas de gestión de las colecciones de los museos e instituciones patrimoniales (especialmente de Europa y Norteamérica) que sostienen la legalidad de sus derechos sobre los materiales y el temor a que sus depósitos sean "vaciados" de piezas arqueológicas. Desde el punto de vista de los museos e instituciones patrimoniales latinoamericanas receptoras, existe la dificultad potencial para enfrentar la guarda, gestión y conservación del volumen de piezas que implicaría la repatriación efectiva. Frente a esto se plantean nuevas maneras de acceso y gestión mediante la posibilidad de que las instituciones adopten la creación de un compendio visual del patrimonio formando una base de datos de piezas en 3D, de manera de lograr una apropiación "virtual" de las colecciones (Barreto *et al.* 2022, Higueras 2022).

Como se planteó previamente, romper con la mirada colonial de la arqueología y del manejo de las colecciones implica decolonizar las prácticas de gestión en las exhibiciones y

los depósitos al mismo tiempo que se promueve la devolución de restos humanos y objetos. En este proceso, el rol de los arqueólogos (y de los conservadores) trasciende el seguir controlados por el aparato institucional sin modificar su actuación colonial (Gnecco 2012) para transformarse en aliados de las comunidades, dando validez y apoyo a las mismas en la participación activa de la construcción del conocimiento sobre las colecciones y en los reclamos de restitución y repatriación sobre sus objetos y sus antepasados (Chiavazza 2025).

## CONSERVACIÓN DE COLECCIONES

En los últimos años, la conservación de colecciones arqueológicas en Argentina ha cobrado particular relevancia a partir de la revalorización de su potencial científico y de su uso como recurso para generar nuevo conocimiento (Igareta y Collazo 2011; Fernández *et al*. 2017; Iucci y Sprovieri 2020; Álvarez *et al.* 2025; Fernández *et al.* 2025; Igareta 2025; Ledesma 2025; Pautassi 2025, entre otros). Como mencionan Álvarez *et al.* (2025), este creciente interés responde a diversos factores, entre los que se cuentan la promulgación de normativas nacionales y provinciales para la investigación y gestión de los bienes arqueológicos, así como las dificultades burocráticas, presupuestarias o logísticas que limitan la obtención de nuevos materiales mediante trabajos de campo. Como consecuencia, se ha fortalecido la atención sobre su conservación, así como su integración con procesos de documentación y digitalización. En este contexto, las experiencias desarrolladas en el ámbito local dialogan con marcos conceptuales más amplios de la disciplina de la conservación, ofreciendo un punto de partida para revisar criterios y enfoques que atraviesan hoy la práctica profesional.

Este marco pone de relieve la interdependencia entre gestión, conservación e investigación señalada tempranamente por Cassman (1989): sin políticas sostenidas de organización, documentación y conservación, el potencial informativo de las colecciones se erosiona progresivamente, limitando la posibilidad de futuros estudios científicos. De este modo, la conservación de colecciones arqueológicas en reserva se consolida como una práctica estratégica, orientada no solo a preservar objetos, sino a integrarlos activamente –junto a la gestión– en sistemas de documentación y acceso, procurando sostener las condiciones que hacen posible su estudio, reinterpretación y transmisión a largo plazo.

Debido a su permanencia prolongada en contextos de enterramiento, a las transformaciones postdepositacionales asociadas y a las características de su materialidad, los bienes arqueológicos plantean desafíos específicos para su preservación. A ello se suma la fragilidad física y química que se exacerba tras la excavación y, una vez incorporados a ámbitos institucionales, su dependencia de las condiciones de guarda, situación en la que comienzan a enfrentar nuevos riesgos y mecanismos de deterioro vinculados a factores ambienta-

les, biológicos, físicos y antrópicos (Cronyn 1990; García Fortes y Flos Travieso 2008; Caple 2020).

En este sentido, Caple (2009) señala que este momento, la vida institucional de los objetos, forma parte de su trayectoria: el ingreso a una colección, los estudios realizados, las intervenciones de conservación y las decisiones de gestión configuran nuevas etapas en su biografía, cuyo impacto debe ser considerado de manera reflexiva. Estas instancias no solo modifican materialmente los objetos, sino que también incrementan el conocimiento disponible sobre ellos, aumentando consecuentemente su valor y enriqueciendo su gestión a lo largo del tiempo (Waller 2003). No obstante, toda alteración del objeto también tiene el potencial de afectar adversamente su utilidad, ya que incluso cambios sutiles pueden modificar su valor para la investigación y otros usos (Rose y Hawks 1995). Desde esta perspectiva, toda acción de conservación supone una toma de posición frente a las huellas acumuladas en el objeto: preservar, estabilizar o eliminar determinados elementos implica incidir directamente en sus posibilidades interpretativas.

## Definiciones, alcances y articulaciones

El término conservación presenta distintos alcances según el contexto en el que se emplee. En un sentido amplio, refiere al conjunto de prácticas, saberes, políticas y marcos normativos vinculados a la preservación del patrimonio cultural (Avrami *et al*. 2000), abarcando tanto la investigación académica y la producción de conocimiento como la planificación, la elaboración de políticas públicas e institucionales y otras acciones orientadas a su cuidado. En un sentido más acotado, el término se utiliza para designar las acciones técnicas dirigidas a la preservación material de los bienes culturales. En este plano, la conservación refiere tanto a una actividad específica como a un campo profesional (Clavir y Pearlstein 2018), con marcos teóricos, metodológicos y éticos propios.

Entendida en este sentido más operativo, la disciplina suele organizarse en tres grandes categorías complementarias: conservación preventiva, conservación curativa y restauración, consolidadas en marcos conceptuales promovidos por organismos internacionales como el Comité de Conservación del Consejo Internacional de Museos (ICOM-CC 2008) o el *American Institute for Conservation* (AIC 1994). Si bien estas categorías no son excluyentes ni operan de forma aislada, su distinción resulta útil para comprender los diferentes niveles de intervención sobre los bienes culturales. En el ámbito de las colecciones científicas en reserva, este esquema permite reconocer la prioridad de la conservación preventiva y curativa como enfoques centrales (Cassman 1989; ICON Archaeology Group 2009).

La conservación preventiva comprende el conjunto de acciones indirectas orientadas a

evitar o minimizar futuros deterioros o pérdidas. En lugar de intervenir sobre los objetos, su estrategia se centra en el control del entorno (Michalski 1994, 2006), la gestión de riesgos (Waller 2003; Ashley-Smith 2011; Michalski y Pedersoli 2016) y la organización de programas institucionales (Keene 2002; Rose *et al*. 2019).

La conservación curativa, en cambio, busca estabilizar los materiales y detener procesos activos de deterioro, para lo que emplea ciertas intervenciones directas. Si bien se integra dentro de una estrategia preventiva más amplia, actúa sobre casos particulares y responde a situaciones específicas.

Por su parte, la restauración se orienta a mejorar la legibilidad, comprensión o presentación de un objeto, generalmente mediante la reintegración de partes faltantes o el tratamiento de alteraciones visuales. En el contexto actual, el énfasis en la presentación en detrimento de la preservación ha sido objeto de revisión crítica (Cassman 1989; Clavir y Pearlstein 2018), por lo que su alcance suele ser limitado y cuidadosamente evaluado. Asociado a esto, las herramientas de visualización virtual desarrolladas en el marco de la arqueología digital ofrecen alternativas no interventivas a la restauración, en línea con los Principios de Sevilla (ICOMOS 2017), permitiendo explorar hipótesis de reconstrucción y mejorar la comprensión formal o contextual de los objetos de modo no interventivo.

Estas definiciones y su articulación en la práctica se inscriben en un proceso de construcción disciplinar desarrollado a lo largo del siglo XX, en el que la conservación-restauración fue incorporando progresivamente una base científica orientada a comprender los procesos de alteración de los materiales y a definir metodologías de preservación más rigurosas (García Fernández 2013). A partir de la segunda mitad del siglo comenzó a desarrollarse el enfoque de conservación preventiva, impulsado especialmente por la comunidad anglosajona. Este cambio de paradigma desplazó el énfasis desde la intervención directa sobre el objeto hacia la identificación y control de los mecanismos de deterioro como estrategia prioritaria de preservación (Rose y Hawks 1995). Desde la década de 1990, esta rama alcanzó un notable desarrollo teórico y técnico, acompañado de un intenso intercambio profesional internacional y del respaldo de organismos como el *Canadian Conservation Institute* (CCI), el *International Institute for Conservation of Historic and Artistic Works* (IIC), el *International Council of Museums* (ICOM) o el *Getty Conservation Institute*, entre otros (García Fernández 2013), estableciéndose como un enfoque central dentro de la disciplina.

## Conservación basada en valores

Sobre esta base, hacia fines del siglo XX y comienzos del XXI se consolida en el ámbito internacional un enfoque de conservación basado en valores, en sintonía con transforma-

ciones más amplias en las ciencias sociales y en la arqueología, vinculadas al giro postprocesual (Poulios 2010) y a la ampliación del concepto de patrimonio (de la Torre 2013). Este marco implicó cuestionar la idea de que el valor de los objetos reside exclusivamente en su materialidad, así como los supuestos de objetividad de la propia conservación sostenidos por las teorías clásicas y por la conservación científica (Muñoz Viñas 2005). La conservación comenzó entonces a ser entendida como un proceso atravesado por dimensiones sociales, culturales y políticas, perspectiva que se expresó tanto en desarrollos teóricos (Avrami *et al*. 2000; Clavir 2002; Muñoz Viñas 2005; de la Torre 2013; Bülow *et al.* 2018) como en marcos normativos internacionales, entre ellos la Carta de Burra (ICOMOS Australia 1999) y el Documento de Nara sobre Autenticidad (ICOMOS 1994).

La conservación basada en valores propone considerar de manera articulada los conceptos de valor, significado, función o utilidad como ejes que orientan la toma de decisiones. Estos términos, estrechamente asociados en la literatura contemporánea (Pye 2001; Clavir 2002; Muñoz Viñas 2005; Ashley-Smith 2011), permiten considerar por qué se conserva un bien, para quiénes y qué aspectos se priorizan en ese proceso. El uso de las colecciones (Keene 2002; Waller 2003) –ya sea científico, educativo, identitario o simbólico, entre otros– pasa así a ser un criterio explícito, y la conservación es entendida como una práctica orientada a garantizar la capacidad del bien para cumplir dichas funciones.

Este enfoque reconoce que el valor constituye una evaluación cualitativa y en parte subjetiva (Pye 2001). Distintos grupos pueden asignar significados diversos a un mismo objeto, y estas apreciaciones pueden variar según el momento y el contexto (Clavir 1998; Muñoz Viñas 2005; de la Torre 2013). En consecuencia, los valores no son fijos ni universales: pueden transformarse a lo largo del tiempo, superponerse e incluso entrar en tensión.

Tradicionalmente, los valores más fácilmente reconocidos han sido aquellos priorizados por los profesionales vinculados al patrimonio, tales como los históricos, estéticos y científicos (de la Torre 2013). En el caso del material arqueológico, se destaca especialmente el valor científico (Cassman 1989; Keene 2005; Caple 2009) entendido como la capacidad de los objetos para aportar evidencia y generar información para distintas disciplinas.

No obstante, en diálogo con perspectivas más recientes centradas en las personas (*people-centered conservation*) (ICOMOS 2020), los trabajos de Miriam Clavir (1996, 1998, 2002) y otros autores (Ogden 2006; Atkinson 2016) han contribuido a visibilizar la coexistencia de sistemas de valores distintos de aquellos tradicionalmente dominantes en la conservación y sus implicancias para la toma de decisiones. A partir del estudio de colecciones antropológicas, Clavir muestra cómo diversas comunidades atribuyen significados específicos a los objetos que consideran parte de su patrimonio, los cuales pueden no coincidir con los principios de la conservación institucional de raíz europea y requerir, para ser respetados, criterios diferenciados. Dado que la práctica arqueológica implica una interacción sosteni-

da con territorios y comunidades indígenas (Guráieb y Frère 2012), se abre un espacio de articulación entre la arqueología y la conservación en el que el tratamiento institucional de los objetos puede acompañar los debates surgidos en el trabajo con comunidades, incorporando enfoques sensibles a múltiples sistemas de valores. En este sentido, se destaca que los procesos de valorización orientados a acciones de conservación no son individuales ni aislados, sino el resultado de un trabajo interdisciplinario que integra la arqueología, la conservación y la misión institucional.

## Criterios actuales para la conservación de colecciones arqueológicas en reserva

La conservación basada en valores no sólo redefine los fundamentos teóricos de la disciplina, sino que también orienta y fundamenta las decisiones y acciones de conservación, concretándose en criterios que guían la práctica cotidiana. Si bien los principios fundamentales de la conservación son compartidos por distintas áreas de especialidad, en el ámbito arqueológico adquieren una relevancia particular debido a la condición irrepetible de los materiales como evidencia del pasado. El reconocimiento del valor científico de las colecciones, así como de la diversidad de enfoques desde los cuales la arqueología puede extraer información de los objetos, incorpora una dimensión de gran responsabilidad en el planteo de su preservación. Tal como señalan Rose y Hawks (1995), un programa de conservación integra el cuidado preventivo, el tratamiento, la investigación y la documentación.

Al trabajar con grandes conjuntos arqueológicos almacenados y gestionados en ámbitos institucionales, la conservación preventiva –entendida como un proceso transversal, integral y continuo– ha demostrado ser el enfoque más adecuado en términos de sostenibilidad y costo-beneficio. Estas prácticas se inscriben en programas de conservación articulados con políticas y procedimientos institucionales que incluyen evaluaciones periódicas, planificación y gestión de recursos en función de los objetivos institucionales y de las necesidades presentes y futuras (Michalski 2006; Rose *et al.* 2019).

Aunque la conservación preventiva constituye el enfoque prioritario, cuando las intervenciones directas resultan necesarias los tratamientos deben evaluar cuidadosamente qué limpiar, estabilizar o eliminar (Caple 2020). En estos casos se adoptan criterios ampliamente consensuados, tales como la mínima intervención, la reversibilidad o retratabilidad de los tratamientos, la compatibilidad de materiales y la documentación exhaustiva de todos los procedimientos, así como la clara diferenciación entre lo original y lo añadido (Carta de la conservación y restauración de los objetos de arte y cultura 1987; Cassman 1989; ICOM 2004; ICON Archaeology Group 2009).

Paralelamente, una preservación efectiva depende de manera directa de la disponibilidad y calidad de la documentación asociada, ya que –como señala Keene (2002) – una colección es tan útil como la información que la acompaña y se encuentra efectivamente accesible. Esto incluye no sólo la conservación de la documentación existente ya mencionada, sino también la producción e incorporación sistemática de registros desde la misma disciplina de la conservación, fundamentales para garantizar la trazabilidad de las decisiones y la comprensión de la historia de las colecciones (Pye 2001).

Desde esta perspectiva, la conservación arqueológica se configura como una práctica estratégica orientada a sostener –y, cuando es posible, ampliar– el valor informativo de los conjuntos. Más que una serie de acciones técnicas aisladas, constituye un proceso reflexivo de toma de decisiones que incide directamente en las posibilidades futuras de investigación y en la manera en que esas colecciones podrán seguir generando conocimiento.

## PALABRAS FINALES

La conformación de la arqueología como ciencia se refleja en las historias de vida de las colecciones arqueológicas existentes en los depósitos de museos y de otras instituciones patrimoniales, en tanto forman parte de trayectorias institucionales y de redes sociales más amplias. Como se ha mencionado, dicho recorrido se compone tanto de la documentación asociada (libretas de campo, fotos, informes), como de los estudios, las intervenciones de conservación y las decisiones de gestión tomadas por los profesionales a cargo. Este enfoque integral de las colecciones, que articula la arqueología, la gestión y la conservación, contribuye a reflexionar sobre su conformación, integridad, preservación y uso como fuentes activas para la investigación. En este sentido, las colecciones en depósito no constituyen un conjunto estático, sino un campo dinámico de producción de conocimiento, por lo que estos procesos deben estar sostenidos por políticas de organización, documentación y conservación que garanticen la accesibilidad y permanencia de los acervos a lo largo del tiempo.

Por último, esta visión no es ajena a enfoques actuales de la arqueología como fuerza decolonial y transformativa, que propone decolonizar los depósitos y las exhibiciones, integrar las voces de las comunidades y promover la restitución y la repatriación de restos humanos y objetos. De este modo, la arqueología no solo revisa críticamente sus prácticas, sino que también redefine su papel social y se enfrenta críticamente a la base ontológica desde la cual parte, proyectándose más allá de los límites de la academia.

## BIBLIOGRAFÍA


Álvarez, S. M., V. Pedrotta, J. Schatz y R. Cocchiarale 2025. Conservación preventiva y acceso público a las colecciones arqueológicas históricas en Argentina: el caso de Arroyo Nievas (frontera bonaerense, siglo XIX). *Revista del Museo de Antropología* 18(2): 323-340.

American Institute for Conservation 1994. *Definitions of conservation terminology*. https://www.culturalheritage.org/communities/community-home/librarydocuments/viewdocument?DocumentKey=8a85d5b6-3548-4c79-a135-018f83019359&CommunityKey=00000000-0000-0000-0000-000000000000&tab=librarydocuments (20 de febrero de 2026)

Ashley-Smith, J. 2011. *Risk assessment for object conservation*. Londres, Routledge.

Atkinson, J. 2016. *Education, values and ethics in international heritage: learning to respect*. Londres, Routledge.

Avrami, E. C., R. Mason y M. de la Torre 2000. *Values and heritage conservation: research report*. Los Ángeles, Getty Conservation Institute.

Ayala, P. 2020. *Restitución y repatriación del patrimonio cultural, desde la mirada de Patricia Ayala*. Santiago de Chile, Colegio de Arqueólogas y Arqueólogos de Chile.
https://colegiodearqueologos.cl/restitucion-y-repatriacion-del-patrimonio-cultural-desde-la-mirada-de-patricia-ayala/ (26 de diciembre de 2025)

Baird, J. y L. McFadyen 2014. Towards an archaeology of archaeological archives. *Archaeological Review from Cambridge* 29(2): 14-32.

Balesta, B. y N. Zagorodny 2000. Memorias e intimidades de una colección arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXV: 41-50.

Barreto C., S. Benites, A. Ekman y C. Warnier 2022. "É importante respeitar o ijá das coisas": reflexões sobre o repatriamento de bens arqueológicos no Brasil. *Revista de Arqueología Americana* 40: 19–30.

Bauer-Clapp, H. y K. Kirakosian 2017. Archaeologist and archives: revisiting an old challenge. *Advances in Archaeological Practice* 5(3): 220-226.

Benden, D. M. y M. C. Taft 2019. A long view of archaeological collections care, preservation, and management. *Advances in archaeological practice* 7(3): 217-223.

Bonomo, M., I. Capdepont y A. Materrese 2009. Alcances en el estudio de colecciones. Los materiales arqueológicos del delta del río Paraná depositados en el Museo de La Plata (Argentina). *Arqueología Suramericana* 5(1): 68-101.

Brown, D. 2007. *Archaeological archives: a guide to best practice in creation, compilation, transfer and curation.* Londres, Archaeological Archives Forum.

Brulon Soares, B. y A. Witcomb 2022. Editorial: towards decolonisation. *Museum International* 74(3-4): iv-xi.

Bülow, A. E., J. Stitt y A. W. Brokerhof 2018. I can see further now: preventive conservation in a changing heritage world. *Studies in Conservation* 63(sup1): 35-42.

Bustamante, J. 2012. Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico: crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización. *Revista de Indias* LXXII(254): 15-34.

Caple, C. 2009. *Objects: reluctant witnesses to the past*. Londres, Routledge.

Caple, C. 2020. Introduction: the challenges of archaeological conservation. En C. Caple y V. Garlick (eds.), *Studies in archaeological conservation*: 14-34. Nueva York, Routledge.

Carta de la conservación y restauración de los objetos de arte y cultura 1987. Roma. https://ge-iic.com/wp-content/uploads/2008/10/1987_de_la_conservacion_y_restauracion_de_los_objetos_de_arte_y_cultura.pdf (24 de febero de 2026)

Cassman, V. 1989. Simbiosis entre la arqueología, conservación y museos. *Chungara* 23: 93-109.

Chiavazza, H. 2025. Comunidades originarias y cuerpos ancestrales en procesos de restitución con garantías de conservación en contextos de investigación: la experiencia patrimonial de Mendoza 2020-2024. *Anales de Arqueología y Etnología* 80(1): 115-154.

Childs, S. T. y D. M. Benden 2017. A checklist for sustainable management of archaeological collections. *Advances in Archaeological Practice* 5(1): 12-25.

Clavir, M. 1996. Reflections on changes in museums and the conservation of collections from Indigenous peoples. *Journal of the American Institute for Conservation* 35(2): 99-107.
Clavir, M. 1998. The social and historic construction of professional values in conservation. *Studies in Conservation* 43(1): 1-8.
Clavir, M. 2002. Preserving what is valued: museums, conservation, and First Nations. Vancouver, UBC Press.
Clavir, M. y E. Pearlstein 2018. Museum conservation. En H. Callan (ed.), *The international encyclopedia of anthropology*: 1-9. Oxford, Wiley.
Cronyn, J. M. 1990. *Elements of archaeological conservation*. Londres, Routledge.
Curtoni, R. 2016. Archaeology and politics. En C. Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*: 394-401. New York, Springer.
Cury, M. 2017. Circuitos museais para a visitação crítica: descolonização e protagonismo indígena. *Revista Iberoamericana de Turismo* 7(3): 87-113.
Desvallées, A. y F. Mairesse 2010. *Conceptos clave de museología*. ICOFOM.
de la Torre, M. 2013. Values and heritage conservation. *Heritage & Society* 6(2): 155-166.
Endere, M. L. 2021. Enfoques sobre el patrimonio arqueológico y su impacto en el sistema legal de los países sudamericanos. *Complutum* 32(2): 657-672.
Endere, M. L. y P. Ayala 2012. Normativa legal, recaudos éticos y práctica arqueológica: un estudio comparativo de Argentina y Chile. *Chungará* 44(1): 39-57.
Fernández, M. J., G. F. Gómez y N. V. Herrera 2025. Evaluación del estado de conservación de la colección de metales arqueológicos del Museo Nacional del Hombre – INAPL. *Revista del Museo de Antropología* 18(2): 271-280.
Fernández, M. J., M. Dibernardi, S. García Guraieb y R. A. Goñi 2017. Primeros pasos en la conservación preventiva de la colección de restos humanos del lago Salitroso (Holoceno tardío, Santa Cruz). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*. *Series Especiales* 5(2): 17-31.
Funari, P. 2005. Reassessing archaeological significance: heritage of value and archaeology of renown in Brazil. En P. Shackel (ed.), *Heritage of value, archaeology of renown*: 125-136. Gainesville, University Press of Florida.
García Fernández, I. 2013. *La conservación preventiva de bienes culturales*. Madrid, Alianza Editorial.
García Fortes, S. y N. Flos Travieso 2008. *Conservación y restauración de bienes arqueológicos*. Madrid, Síntesis.
Gnecco, C. 2012. Paisaje con Golem. En V. Torres (ed.), *Los pueblos originarios en los museos. Propuestas curatoriales y museográficas*: 53-60. Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino.
Gnecco, C. 2016. La arqueología (moderna) ante el empuje decolonial. En N. Shepherd, C. Gnecco y A. Haber (eds.), *Arqueología y decolonialidad*: 71-122. Buenos Aires, Ediciones del Signo.
Goetze, C. E. y B. J. Mills 1991. An assessment of the research potential of museum collections: The Babbit collection at the Museum of northern Arizona. *Kiva* 57(1): 77-91.
González Casanova, M. 2021. La dimensión desconocida de las colecciones. Intervención. *Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología* 23: 156-201.
Guráieb, A. G. y M. M. Frère 2012. *Caminos y encrucijadas en la gestión del patrimonio arqueológico argentino.* Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Haber, A. 2016. Arqueología indisciplinada y descolonización del conocimiento. En N. Shepherd, C. Gnecco y A. Haber (eds.), *Arqueología y Decolonialidad*: 123-166. Buenos Aires, Ediciones del Signo.
Harrison, R. 2011. Surface assemblages: towards an archaeology in and of the present. *Archaeological Dialogues* 18(2): 141-161.
Heredia Herrera, A. 1986. *Archivística general: teoría y práctica.* Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
Herrera Wassilowsky, A. y L. A. Curet 2019. Arqueología para América Latina en el siglo XXI. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 36: 3-10.
Hicks, D. y A. Stevenson 2013. *World archaeology at the Pitt Rivers Museum: a characterization.* Oxford, Archaeopress.
Higueras, Á. 2022. La dantesca tarea de gestionar el futuro del patrimonio peruano exiliado: Infierno, purgatorio y paraíso en el mundo de las antigüedades exiliadas. *Revista de Arqueología Americana* 40: 133–156.

ICOM 2004. *Código de Deontología del ICOM para los Museos*. https://icom.museum/wp-content/uploads/2018/07/ICOM-codigo-Es-web-1.pdf (25 de febrero de 2026)

ICOM-CC 2008. *Terminología para la conservación*. Nueva Delhi. https://www.icom-cc.org/en/downloads/icom-cc-resolucion-terminologia-espanol (24 de febrero de 2026)

ICOMOS 1994. *Documento de Nara sobre Autenticidad*. Nara. https://icomos.es/wp-content/uploads/2020/01/21.CONFERENCIADENARASOBREAUTENTICIDAD1994.pdf (21 de febrero de 2026)

ICOMOS 2017. *Los Principios de Sevilla: Principios internacionales de la Arqueología Virtual*. Nueva Delhi. https://icomos.es/wp-content/uploads/2020/06/Seville-Principles-IN-ES-FR.pdf (20 de febrero de 2026)

ICOMOS 2020. *Resolution 20GA/19: People-Centred Approaches to Cultural Heritage*. https://www.icomos.org/images/DOCUMENTS/Secretariat/2021/OCDIRBA/Resolution_20GA19_Peolple_Centred_Approaches_to_Cultural_Heritage.pdf (21 de febrero de 2026)

ICOMOS Australia 1999. *Carta de Burra*. https://icomos.es/wp-content/uploads/2020/01/burra1999_spa.pdf (21 de febrero de 2026).

ICON *Archaeology Group 2009. A Brief Guide to the Principles of Archaeological Conservation*. Londres, ICON. https://www.icon.org.uk/resource/a-brief-guide-to-the-principles-of-archaeological-conservation.html (17 de noviembre de 2025)

Igareta, A. 2025. Cuestiones de cartel: valoración de las etiquetas como documentos en la identificación de colecciones arqueológicas. *Revista del Museo de Antropología* 18(2): 237-244.

Igareta, A. y J. Collazo 2011. Arqueología de depósito: el potencial informativo de las colecciones del depósito 25 del Museo de La Plata. Ponencia presentada en el II Simposio Colecciones de Museos e Investigación: Patrimonio, Diversidad Cultural e Inclusión Social, Salta.

Iucci, M. E. y M. Sprovieri 2020. Editorial: el aporte de las colecciones museológicas a la arqueología en Argentina. *Revista del Museo de La Plata* 5(1): 191-195.

Keene, S. 2002. *Managing conservation in museums*. Oxford, Butterworth-Heinemann.

Keene, S. 2005. *Fragments of the world: uses of museum collections.* Amsterdam, Elsevier Butterworth-Heinemann.

Killian Galván, V. y M. S. Gheggi 2025. Comunidades locales y arqueología: experiencias de investigaciones co-construidas. *Anales de Arqueología y Etnología* 80(1): 15-21.

King, J. A. y P. Samford 2019. Making archaeological collections available for research: recommendations for repositories. *Advances in Archaeological Practice* 7(3):311-316.

Kirakosian, K. y H. Bauer-Clapp 2017. A walk in the woods: adapting archaeological training to archival discovery. *Advances in Archaeological Practice* 5(3): 297-304.

Ladkin, N. 2006. Gestión de colecciones. En P. Boylan (ed.), *Cómo administrar un museo: manual práctico*: 17-30. París, UNESCO.

Lamas Rivero, G., J. Blasco y E. Villarmarzo 2019. Reflexiones acerca de la relación entre arqueología, museo y colecciones en Uruguay. *Revista del Museo de Antropología* 12(3): 23-34.

Ledesma, R. 2025. Colección arqueológica "Profesor Antonio Serrano" de la Universidad Nacional de Salta. Reflexiones sobre su rehabilitación y conservación. *Revista del Museo de Antropología* 18(2): 281-296.

Lemos, R., L. Mbeki, B. Owoseni, N. Rai y A. Moffet 2025. How can archaeology help shape decolonial futures? *Antiquity* 99(404): 291-302.

Lemp Urzúa, C., M. Rodríguez Balboa, R. Retamal Yermani y E. Aspillaga Fontaine 2008. *Arqueología del depósito: manejo integral de las colecciones bioantropológicas*. Santiago de Chile, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

Lindskoug, H. B. 2019. Coleccionando naturaleza, creando cultura: construcción de la dicotomía naturaleza/cultura en museos. Antípoda. *Revista de Antropología y Arqueología* 36: 11-32.

Lovay, S. 2022. Decolonizar el museo desde las múltiples presencias. 10º Encuentro Iberoamericano de Museos (Ibermuseos, México).

Luby, E. M., K. G. Lightfoot y V. Bradshaw 2013. Archaeological curation and the research value of archaeological collections: a case study from California. *Collections: A Journal for Museum and Archives Professionals* 9(3): 255-282.

MacFarland, K. y A. W. Vokes 2016. Dusting off the data: curating and rehabilitating archaeological legacy and orphaned collections. *Advances in Archaeological Practice* 4(2): 161-175.

Matos, R. 2012. La voz indígena en el Museo Nacional del Indígena Americano. En *Los pueblos originarios en los museos. Propuestas curatoriales y museográficas*: 4-10. Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.

Michalski, S. 1994. A systematic approach to preservation: description and integration with other museum activities. *Studies in Conservation* 39(sup2): 8-11.

Michalski, S. 2006. Preservación de las colecciones. En P. J. Boylan (ed.), *Cómo administrar un museo: manual práctico*: 51-90. París, International Council of Museums.

Michalski, S. y J. L. Pedersoli 2016. *The ABC Method: A Risk Management Approach to the Preservation of Cultural Heritage*. Ottawa, Canadian Conservation Institute.

Mignolo, W. 2015. *Habitar la frontera. Sentir y pensar la descolonialidad (Antología, 1999-2014)*. Barcelona, CIDOB.

Muñoz Viñas, S. 2005. *Contemporary Theory of Conservation*. Londres, Routledge.

Nastr, J. y L. Menezes Ferreira (eds.). 2010. *Historia de la arqueología sudamericana*. Buenos Aires, Fundación de Historia Natural "Félix Azara".

Ogden, S. 2006. *Cultural considerations in the care of American Indian objects*. WAAC Newsletter. https://cool.culturalheritage.org/waac/wn/wn28/wn28-2/wn28-204.pdf (22 de febrero de 2026)

Oliva, C. 2019. Historia de vida de una colección. El caso del museo arqueológico de Chasicó, partido de Tornquist (Provincia de Buenos Aires). *Anuario de Arqueología* 11: 59-75.

Pautassi, E. 2025. Miradas múltiples en la preservación de archivos y colecciones antropológicas. *Revista del Museo de Antropología* 18(2): 231-236.

Pegoraro, A. 2025. El Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de la Universidad de Buenos Aires: nuevos proyectos en un museo con colecciones del siglo XIX. Nierik, *Revista de Arte Ibero* 28: 427-45

Pérez de Micou, C. 1998. Las colecciones arqueológicas y la investigación. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 8: 223-233.

Podgorny, I. 2000. *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas*. Buenos Aires, Eudeba.

Podgorny, I. 2010. Naturaleza, colecciones y museos en Iberoamérica (1771-1850). En A. Castilla (comp.), *El museo en escena. Política y cultura en América Latina*: 53-70. Buenos Aires, Paidós, Fundación TYPA.

Poulios, I. 2010. Moving beyond a values-based approach to heritage conservation. *Conservation and Management of Archaeological Sites* 12(2): 170-185.

Pozzi-Escot, D. y M. Tafur Sequera 2024. *Prácticas decoloniales en museos de sitio, comunitarios y colecciones de arqueología. Recorrido por maneras de hacer museo en Latinoamérica*. Lima, Educa Museo.

Pupio, M. A. 2011. Coleccionistas, aficionados y arqueólogos en la conformación de las colecciones arqueológicas del Museo de La Plata, Argentina (1930-1950). En M. M. Lopes y A. Heizer (orgs.), *Colecionismos, práticas de campo e representações*: 269-280. Campina Grande, EDUEPB.

Pye, E. 2001. *Caring for the past: issues in conservation for archaeology and museums*. Londres, James & James.

Quijano, A. 2000. La colonialidad del poder y la clasificación social. *Journal of World Systems Research* VI(2): 342-386.

Ramundo, P. S. 2012. Arqueología argentina: una lectura arqueológica de su devenir histórico. *Investigaciones y Ensayos* 59: 469-510.

Ramundo, P. S. 2018. El aporte del análisis de la colección Muñiz Barreto a los estudios de la Quebrada de la Cueva, Humahuaca, Jujuy, Argentina. *Mundo de Antes* 12(1): 161-185.

Reca, M. M. 2016. *Antropología y Museos*. Buenos Aires, Biblos.

Rose, C. y C. Hawks 1995. A preventive conservation approach to the storage of collections. En C. Rose, C. Hawks y H. Genoways (eds.), *Storage of Natural History Collections: A Preventive Approach*: 1-33. Pittsburgh, Society for the Preservation of Natural History Collections.

Rose, C., C. Hawks y R. Waller 2019. A preventive conservation approach to the storage of collections. En L. Elkin y C. A. Norris (eds.), *Preventive conservation: collection storage*: 43-55. Pittsburgh, Society for the Preservation of Natural History.

Rosete, D., I. Capdepont y C. Castiñeira 2023. De colecciones de objetos a registros arqueológicos: aportes a la historia indígena del litoral del río Uruguay. *Fragmentos del Pasado. Revista de Arqueología* 7: 49-69.

Saladino, A. 2021. Museos y sitios arqueológicos: miradas sobre el contexto de Brasil. *Complutum* 32(2): 459-476.

Scheinsohn, V., P. Miranda, Y. Camera, A. L. Guarido, A. Lebensohn y A. Andrés 2011. Colecciones ignoradas: colecciones arqueológicas en museos de ciencias naturales. El caso del Museo Argentino de Ciencias

Naturales “Bernardino Rivadavia”. II Simposio Colecciones de Museos e Investigación.
Schiappacasse, P. A. 2019. Excavating repositories: academic research projects using archaeological collections. *Advances in Archaeological Practice* 7(3): 247-257.
Segato, R. 2018. *La crítica a la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
Seguel, Q. y B. Ladrón de Guevara 1997. Planificación estratégica para el manejo integral de las colecciones arqueológicas: una experiencia piloto en el Museo del Limarí, Ovalle. *Conserva* 1:61-81.
Shepherd, N. 2016. Arqueología, colonialidad, modernidad. En N. Shepherd, C. Gnecco y A. Haber (eds.), *Arqueología y Decolonialidad*: 19-70. Buenos Aires, Ediciones del Signo.
Tagliati Souza, T. 2022. Colaboración y descolonización en los museos. Reflexiones a partir de tres experiencias indígenas amazónicas. *Notas de Antropología de las Américas* 1: 5–24
Waller, R. 2003. Cultural property risk analysis model: development and application to preventive conservation at the Canadian Museum of Nature. Tesis doctoral, Gotemburgo, Acta Universitatis Gothoburgensis.
Wingfield, C. 2018. Collection as (re)assemblage: refreshing museum archaeology. *World Archaeology* 49(5): 1-14.

# CIENCIA ABIERTA, PUEBLOS INDÍGENAS Y ARQUEOLOGÍA COLABORATIVA

**María José Figuerero Torres**[1] **y Guillermo L. Mengoni Goñalons**[2]

[1]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | mjofiguerero@yahoo.com.ar
[2]Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA | wmengoni@yahoo.com.ar

**RESUMEN:** La era digital ha transformado la manera de gestionar la información producida por los proyectos de investigación y desarrollo, incluidos aquellos de arqueología y de otras disciplinas afines. En 2013 la Argentina creó el Sistema Nacional de Repositorios Digitales siguiendo las políticas de ciencia abierta y datos abiertos. Aunque el acceso abierto es un fin deseable no es en sí mismo garantía de equidad e inclusividad para todos los potenciales interesados y portadores de derechos.
Las comunidades indígenas han propuesto varias estrategias para reclamar la gobernanza de datos de su cultura y prácticas, y ejercer la soberanía de datos. Los principios CREA (Control, Responsabilidad, Ética y Aprovechamiento para el beneficio colectivo) promovidos por la Alianza Global de Datos Indígenas son un paso importante en esa dirección.
El desarrollo de trabajos colaborativos entre académicos no indígenas y comunidades indígenas, centrados en el diálogo y la reciprocidad, representa un avance para alcanzar esas metas. Aquí presentamos ejemplos de nuestra experiencia de trabajo en el sur de Patagonia para ilustrar un acercamiento colaborativo reflexivo.

**ABSTRACT:** The digital age has transformed the way we manage information produced by research and development projects, including those of archaeology and other related disciplines. In 2013 Argentina created the National System of Digital Repositories in keeping with an open science and open data policy. Although openness is a desirable goal it is not in itself a guarantee of equity or inclusiveness of all potential stake or rightsholders.
Indigenous communities have proposed several strategies to reclaim data governance of their culture and practices and exercise data sovereignty. The CARE principles (Collective benefit, Authority to control, Responsibility, Ethics) promoted by the Global Alliance for Indigenous Data are an important step in this direction.
The development of collaborative work between non-indigenous academics and indigenous communities, focused on dialogue and reciprocity, represents a step forward towards these goals. Here we present examples of our experience of working in Southern Patagonia, Argentina to illustrate a reflexive collaborative approach.

## CIENCIA ABIERTA Y ARQUEOLOGÍA

La relación entre la práctica arqueológica como actividad científica y los derechos de los pueblos indígenas es una temática que presenta diversas aristas que la mayoría de las veces entran en tensión. En especial, esto puede apreciarse en la actual era digital en la que hay nuevas maneras de acceder a la información y el foco se ha puesto en la gestión de datos, propios y de otros. Aquí nos centraremos en presentar una reflexión sobre cuáles han sido las problemáticas que se han activado al respecto y las cuestiones que se han potenciado con el uso de las tecnologías digitales y a partir de las políticas públicas que sostienen y promueven la Ciencia Abierta.

La arqueología, al igual que otras disciplinas del área de ciencias sociales y humanas, integra el sistema de Innovación, Ciencia y Tecnología de la Argentina que ha adherido a la política de ciencia abierta y datos abiertos. La creación por el Estado del Sistema Nacional de Repositorios Digitales por medio de la Ley 26.899 del 2013 ha sido una iniciativa trascendente, siguiendo y/o adelantándose a los pasos de otros países del Norte y Sur Global (Beigel 2023). Ella marca un antes y un después.

Esta iniciativa ha llevado a muchas instituciones a crear sus propios repositorios digitales. Ello ha involucrado disponer de hardware y software para montar una infraestructura electrónica (infraestructura-e), adoptar un sistema de gestión de contenidos (CMS) para diseñar y administrar el material digital subido a la nube, (por ej., DSpace que es de código abierto), disponer de personal técnico especializado para su desarrollo y mantenimiento, y realizar el resguardo periódico de dichos contenidos como forma de asegurar su preservación.

En consecuencia, todas aquellas personas que integran unidades científico-académicas públicas deben subir su producción a sus respectivas plataformas institucionales (por ej., CONICET y/o universidades públicas), a fin de compartir por ese medio los resultados de las investigaciones financiadas por fondos públicos. A su vez, es requerido que los datos primarios de la investigación sean gestionados conforme a principios establecidos por la ciencia misma, tales como los principios FAIR (Wilkinson *et al.* 2016) para que aquellos sean localizables, accesibles, interoperables y reutilizables. Esto es considerado buenas prácticas y demanda de los beneficiarios de proyectos financiados presentar un plan de gestión de datos siguiendo ciertas pautas preestablecidas por dichas instituciones.

A modo de ejemplo, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde el 2016 cuenta con Filo:Digital (http://repositorio.filo.uba.ar) que es el repositorio digital institucional. Varios institutos que forman parte de la facultad tienen su espacio virtual dentro de Filo:Digital. El Instituto de Arqueología (IA) ha desarrollado IA:Digital (http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1833) donde, a través de su pantalla de búsqueda, se

puede acceder a la producción de los distintos proyectos e investigadores que están radicados en el Instituto. Esto abarca la producción generada a partir del 2007, fecha de la creación del IA, aunque también se han ido subiendo registros retrospectivos. La producción incluye publicaciones, pósters, presentaciones, material de difusión (por ej., guías, folletos, audios, videos), y también datos primarios, entre otras categorías. En su gran mayoría, pueden ser descargados, dado que son de acceso libre.

No obstante, si bien el acceso abierto es un fin deseable en el contexto científico, no es garantía por sí mismo de equidad e inclusividad (Beigel 2023), dado que la información preservada en repositorios digitales institucionales no está siempre bajo control de sus potenciales interesados o portadores de derechos. A lo largo de esta última década nuestro país ha participado de diversas reuniones referidas a estas temáticas y acompañado recomendaciones de organizaciones internacionales, tales como la ONU, UNESCO, entre otras, que apuntan a promover y desarrollar una ciencia abierta más inclusiva que incorpore diferentes voces y distintas miradas, y, a su vez, sensible y empática. Varias de estas recomendaciones han surgido de reuniones recientes en las que han participado activamente referentes de pueblos indígenas (Mengoni Goñalons y Figuerero Torres 2025) y han propuesto principios éticos desde su propia mirada, complementarios de aquellos promovidos por el sistema de ciencia y técnica a nivel internacional.

## DATOS PARA LA CIENCIA Y TÉCNICA

Actualmente, estamos viviendo en la era de los datos y el mundo digital ha favorecido este proceso. En nuestra vida cotidiana hablamos de datos móviles, personales, biométricos, públicos, científicos, entre otros varios tipos. Es así que los datos atraviesan todos los órdenes de la vida en sociedad desde la gestión de los gobiernos y el Estado, las organizaciones e instituciones, y el quehacer particular de las personas y colectivos.

Algunos autores, como Mayer-Schönberger y Cukier (2013), denominan a este fenómeno "datificación" del conocimiento. De hecho, tal como mostró un estudio reciente, la palabra datos es el término que más veces aparece mencionado en la literatura científica académica (Bordignon y Maisonobe 2022).

Cuando hablamos de "datos en ciencia" nos estamos refiriendo básicamente a representaciones de alguna medida, cantidad u observación que hagamos acerca de alguna entidad. Esta última puede ser una persona, un objeto material o un evento. Si consideramos el diagrama de flujo de cualquier diseño de investigación los datos ocupan un rol de gran importancia porque son un componente esencial sobre el que se sustentan los resultados y conclusiones de todo proyecto que apunte a resolver un problema o a comprender mejor las

cuestiones que investiga. Esto abarca la recolección de los datos, su organización y análisis, y su uso y reutilización. Todo esto implica tener en cuenta consideraciones metodológicas y técnicas de cómo se obtienen los datos y cuestiones éticas de cómo aquellos se usan, lo que debería estar contemplado en todo plan de gestión de datos.

En general, se distinguen tres tipos de datos: primarios, secundarios y terciarios (Mengoni Goñalons y Figuerero Torres 2023). Los datos primarios son básicamente observacionales, resultado de medir algún atributo o registrar alguna variable, algún fenómeno, o una determinada situación. Según el artículo 16 de la Resolución 753 (2016) que reglamenta la Ley 26.899 (2013) de repositorios digitales institucionales de acceso abierto abarcan registros numéricos, textuales, gráficos, audiovisuales, entre otros. Los secundarios derivan del análisis de datos primarios, tal como sucede cuando se calcula un índice que combina varias variables. Los terciarios son aquellos empleados en las publicaciones en los que la información se organiza en forma de listados, cuadros, tablas o bien se expresa gráficamente, o se incluyen citas textuales. A ellos se suman los metadatos que son los datos que sirven para describir a los datos en sí y facilitar su recuperación y cosecha (SNRD 2015).

Pero los datos no son algo dado naturalmente. Los datos son un producto intelectual, creado por los científicos. A su vez, son transformados a lo largo del proceso de investigación y pueden pasar de primarios a derivados y, además, requieren ser puestos en valor para que sean relevantes para la investigación (Bordignon y Maisonobe 2022). Esto sugiere que los datos son algo situado, dependiendo del contexto social, cultural e histórico en que son creados, preservados y transmitidos.

Cabe aclarar la relación entre datos e información, dado que algunos autores definen a los datos como unidades de información (Gitelman y Jackson 2013). Los datos realmente se convierten en información sólo cuando se les asigna valor y adquieren relevancia para una comunidad de interés que desea resolver un problema en particular que siempre se da en un contexto situado. Para la ciencia, los datos sirven de base para saber algo que se desconocía o no se comprendía enteramente. Dentro de ese marco los datos abiertos "son aquellos que cualquier persona puede usar, acceder y compartir libremente" (https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2._kit_de_datos_abiertos.pdf).

En tal sentido, la era digital ha transformado la manera de gestionar la información producida por los proyectos de investigación en todos los campos de la ciencia y tecnología, incluyendo a la arqueología y otras disciplinas afines. Además, ha llevado al replanteamiento del rol de la investigación en la sociedad y el impacto que tiene el quehacer académico-científico en aquellos que no integran formalmente ese sistema.

## DATOS EN ARQUEOLOGÍA

En arqueología, los datos son fundamentalmente observaciones realizadas de la materialidad cultural. Estas observaciones pueden ser medidas que se tomen de los artefactos en estudio, conteos de esos objetos o categorizaciones que se hagan de ellos empleando alguna unidad ideacional, sea una categoría descriptiva (por ej., color) o teórica (por ej., tiesto). Los artefactos individuales que los arqueólogos estudian son unidades empíricas (O´Brien y Lyman 2002) y no constituyen datos por sí mismos. Así lo expresa claramente D.H. Thomas: "*Data are not people, objects, or things; data are counts, measurements, and observations made on people, objects, and things… Data do not passively exist. Data must be generated*"[1](1976:7). Además, todos los datos primarios que surjan de su estudio deberían estar siempre asociados a los protocolos empleados para su obtención. Esto es un requisito de todo plan de gestión de datos (Actis y Carlino 2017).

No obstante, lo que los arqueólogos llaman "artefactos" para los pueblos indígenas son expresiones culturales, pertenencias, memorias o seres vivos (por ej., Arthur 2017; Crespo 2022; Pitblado *et al.* 2025; Figuerero Torres *et al.* 2026). Desde la perspectiva indígena este sentido se extiende a todos los materiales arqueológicos de su pasado, sean provenientes de contextos pre o postcoloniales. En muchos casos, sucede que la atribución de esa materialidad se centra en la figura del analista científico o el coleccionista y, a menudo, su gobernanza se desdibuja totalmente. Esto ha ocurrido en colecciones de museos, perdiendo el valor cultural y significado original que tenían y, además, su crédito autoral. En consecuencia, la soberanía cultural pasa de quienes fueron los hacedores o creadores originales (o herederos) de esta materialidad al científico o a las instituciones donde se almacenan temporal o permanentemente (Mengoni Goñalons y Figuerero Torres 2023).

También entran dentro de la categoría de datos los registros analógicos y/o digitales (por ej., textos, fotos, gráficos) empleados durante la recolección de materiales en el terreno (por ej., perfiles, plantas), los resultados de análisis (tablas, hojas de cálculo o bases de datos) y los informes técnicos inéditos. Toda esta documentación puede ser protegida con una licencia como Creative Commons (CC), lo que pauta el uso que terceros pueden hacer de esos registros en el momento que sean subidos a un repositorio digital. Toda esa información específica es lo que comúnmente se denomina "información contextual" que forma parte integral e indisoluble del registro arqueológico (Parezo y Fowler 2000).

Dentro del encuadre del tema central de este capítulo y en nuestro país todos estos datos mayormente surgen del análisis de colecciones arqueológicas y etnográficas de artefactos

[1] "Los datos no son personas, objetos ni cosas; los datos son conteos, mediciones y observaciones *realizadas sobre* personas, objetos y cosas […] Los datos no existen de manera pasiva. Los datos deben ser generados." (traducción propia).

del pasado reciente o lejano de pueblos originarios. Aquí también deben considerarse los restos humanos que pueden (o no) haber estado asociados a esos otros tipos de restos materiales. Es importante ser conscientes que estos restos son cuerpos de personas que muchas veces se sabe quiénes fueron, como en el caso de cuerpos de indígenas que fueron esqueletizados en el ámbito de museos en tiempos decimonónicos o que provienen de la excavación de sus inhumaciones (por ej., Sardi y Rodríguez 2021; Curtoni 2022).

En muchos casos, estas prácticas se han llevado a cabo sin el consentimiento informado de las comunidades indígenas locales, tal como lo entendemos hoy. En este sentido, el marco legal vigente en Argentina considera al patrimonio cultural arqueológico como propiedad del Estado (Ley de patrimonio arqueológico y paleontológico 25.743/2003) y, por lo tanto, no exige la consulta a las comunidades portadoras de derechos (Endere 2018). Esto no aplica a la recuperación de restos humanos indígenas, ni a aquellos conservados en instituciones para las cuales existe una legislación nacional independiente, basada en el reconocimiento de los derechos indígenas que exige la consulta y permite reclamos de restitución (Ley de restitución de restos 25.517/2001).

El estudio de la formación de colecciones de museos, archivos e institutos de investigación muestra cómo la práctica académica ha naturalizado mecanismos de desposesión cultural y vaciado de materialidad a los territorios indígenas (por ej., Ballester 2024). Los institutos, museos y dependencias de patrimonio necesitan de infraestructura, recursos económicos y personal idóneo para sostener en el largo plazo a estos espacios de guarda, lo que depende del valor que hoy se les dé a esos materiales y el que tendrán en el mañana. A esto se suman los avatares de las políticas culturales del momento. Asimismo, la práctica arqueológica debería ser respetuosa del marco legal indígena cuyo pasado material es comúnmente estudiado. Traslocar restos arqueológicos de su sitio de hallazgo a un lugar donde van a ser estudiados debería involucrar un acto reflexivo pensando en la conservación a futuro de dichos materiales por lo que su recolección no puede estar justificada sólo por intereses puramente científicos.

## DATOS DESDE LA PERSPECTIVA INDIGENA

Para este punto nos basamos en lo planteado por académicos indígenas. Apoyarnos en su voz expone la tensión que dispara el concepto de datos que maneja la ciencia occidental y refleja la discusión que se viene dando al respecto en las comunidades originarias mismas (Duarte *et al.* 2020), lo cual lleva a una definición propia de lo que son datos indígenas. Los "datos indígenas" son saberes ancestrales transmitidos de una generación a otra sobre su cultura, territorios, cosmovisión y prácticas en formato analógico y digital y no solo son

números o el resultado de censos (FNIGC 2014; Lovett *et al.* 2019; Rainie *et al.* 2019). En tal sentido, la Alianza Global de Datos Indígenas (GIDA) sostiene que los pueblos originarios han sido siempre colectores de datos y guardianes del conocimiento (GIDA 2023).

De acuerdo con su fuente los datos indígenas son categorizados en tres clases: información sobre los recursos de la naturaleza y los territorios (tierra, agua, plantas, animales, etc.), datos como individuos (legales, salud, sociales, etc.) e información como pueblos o naciones indígenas (tradiciones, saberes, historia oral, etc.) (Figueroa Rodríguez 2021). Esta categorización permite diferenciar entre los datos sobre, por y de los pueblos indígenas. Cuando hablamos de datos "sobre" nos referimos a información acerca de los indígenas, sin precisar claramente quien tiene control sobre ellos. La preposición "por" refiere a la atribución autoral y "de" a tener posesión de esa información. Esto ha impulsado a algunos académicos indígenas a considerar que los datos son un concepto ambiguo en la literatura científica (Duarte *et al.* 2020), dado que hay información relevante o sensible que puede haber sido recopilada por el Estado, por privados o por investigadores no indígenas, con o sin el consentimiento indígena, o directamente sin su conocimiento.

La conceptualización del término datos desde la perspectiva indígena se funda en la forma en que se estructuran sus sistemas de conocimiento tradicionales. Estos últimos se centran en la relacionalidad, el holismo y la pertenencia a un determinado pueblo (L.T. Smith 2016). Son un modo de conocer que se nutre de la observación y experiencia, de escuchar y soñar, de compartir vivencias y narrativas, entre otras actividades que se transmiten de una generación a otra (Littletree *et al.* 2020). Todos estos sistemas se sustentan en los principios éticos de reciprocidad, responsabilidad y respeto mutuo (Duarte *et al.* 2020).

Las comunidades indígenas plantean demandas constantes relacionadas con la desposesión de sus conocimientos tradicionales (Carroll Rainie *et al.* 2019). Algunas prácticas neocoloniales han sido objeto de una profunda reflexión crítica por parte de académicos y activistas digitales indígenas. Entre ellas se encuentran la apropiación cultural y el extractivismo académico (por ej., Ziff y Rao 1997; Cruz y Luke 2020). Estos mecanismos han erosionado el ejercicio de la gobernanza y han contribuido a la pérdida de la soberanía cultural de los pueblos indígenas sobre sus conocimientos tradicionales. También han contribuido a su desconexión de la materialidad que estos encarnan (Mengoni Goñalons y Figuerero Torres 2025). Tanto la apropiación cultural como el extractivismo de datos son resultado de una dinámica de poder asimétrica que corroe la integridad de una cultura, ya que resultan en una imagen distorsionada de lo indígena. Además, la accesibilidad y el uso de los contenidos culturales de los pueblos indígenas deberían seguir protocolos basados en criterios de propiedad comunitaria y atender a su derecho a controlar y decidir si una determinada información puede o no hacerse pública (Mengoni Goñalons y Figuerero Torres 2023).

## GESTIÓN DE DATOS INDÍGENAS Y SUS PRINCIPIOS ÉTICOS

Varios pueblos indígenas bajo la figura de GIDA formada por académicos e indígenas de Aotearoa (Nueva Zelanda), Australia, Canadá, EE. UU. y México han propuesto principios complementarios de los principios FAIR. Estos principios, que se conocen bajo el acrónimo CARE o CREA en su versión en español, se centran en el control, es decir, en poseer la autoridad para controlar sustentada en derechos indígenas reconocidos internacionalmente (por ej., UNDRIP 2007), la responsabilidad basada en la reciprocidad, confianza y entendimiento mutuo, la ética pensada en función de allanar desigualdades y estigmatizaciones y el aprovechamiento para el beneficio colectivo para lograr mayor equidad e inclusión. El foco de los principios FAIR está puesto en los datos en sí y en su manejo, ignorando las relaciones de poder y las condiciones bajo las que se recolectan los datos. En contraste, los principios CARE/CREA ponen el foco en la gente y el beneficio colectivo (Carroll *et al.* 2021).

Estos referentes vienen sistemáticamente publicando en coautoría artículos sobre la gobernanza y soberanía de datos considerados culturalmente sensibles (por ej., genéticos, salud, tierra, agua, fuego, biodiversidad). No es nada casual que algunos de estos mismos referentes hayan participado de las últimas reuniones de la UNESCO sobre ciencia abierta y pueblos indígenas (Mengoni Goñalons y Figuerero Torres 2025).

## GOBERNANZA Y SOBERANÍA

La gobernanza y soberanía se presentan como pasos fundamentales en el proceso de recuperación cultural, dada la desposesión que han sufrido y siguen sufriendo los pueblos indígenas, a través de los mecanismos ya mencionados de apropiación cultural y extractivismo académico. El concepto de "gobernanza" significa tener control sobre la información, lo que constituye un paso hacia la soberanía de datos (Caroll *et al.* 2020). Por lo que el concepto "datos indígenas" no puede considerarse ni analizarse desconectado de su gobernanza y soberanía, sino todo lo contrario (Kukutai y Taylor 2016; GIDA 2023). Esto se traduce en el desarrollo de principios, categorías y protocolos definidos por los pueblos indígenas mismos para la gestión de los datos acerca de su gente, cultura y prácticas basados en el derecho indígena (Hudson *et al.* 2023).

El término soberanía posee diferente significado dependiendo del contexto histórico y sociocultural (Hummel *et al.* 2021). Para la doctrina de los Estados-nación el concepto de soberanía se basa en la noción de dominio. En cambio para los pueblos indígenas representa el ejercicio de sus derechos a la tierra, a mantener sus saberes y prácticas, y a la autodeterminación en un marco de libertad y respeto (D. Smith 2016). En este contexto situado, la so-

beranía de datos indígenas debe entenderse desde sus propias ontologías y epistemologías (Moreton-Robinson 2021).

Sostener esta posición lleva a la toma de decisiones autónomas, donde la soberanía de datos indígenas es "*the right of Indigenous peoples to control the collection, governance, ownership, and application of data about their people, lifeways, land and resources*"[2] (Ruckstuhl 2022:4). En tal sentido, los indígenas deben ser reconocidos como portadores de derechos ('*rights-holders*') y no simples partes interesadas ('*stakeholders*') como, a veces, plantean algunos actores sociales no indígenas (Carroll *et al.* 2024).

## CIENCIA COLABORATIVA

La arqueología ha dado un giro importante, en las últimas décadas, en relación con su compromiso social hacia las comunidades locales y pueblos indígenas cuyo pasado material investiga. Esto ha sido el marco para el desarrollo de enfoques teóricos y prácticas arqueológicas orientadas al trabajo y compromiso con distintos sectores de la sociedad y en el reconocimiento de derechos indígenas en los lineamientos éticos de algunas sociedades científicas (por ej., Salerno *et al.* 2016; Endere 2022; Laluk *et al.* 2022; McAnany *et al.* 2022; Acuto 2024; Killian Galván y Gheggi 2025; entre otros).

En esta línea, la investigación colaborativa ha surgido como una forma de llevar adelante el trabajo con comunidades indígenas. La teoría y práctica arqueológica se nutre también de postulados generales y formas de trabajo de las ciencias sociales por lo que se dan definiciones y aplicaciones variadas como muestran Ayala *et al.* (2024) en el panorama que brindan para casos colaborativos en Sudamérica.

Elegimos en esta instancia exponer estas variaciones con el modelo elaborado por Colwell-Chanthaphonh y Ferguson (2008) con una recientemente ampliación (Colwell 2016), porque muestra que la colaboración puede asumir diferentes modos a lo largo de un gradiente o *continuum*. Las diferencias surgen del grado de poder que tengan en sus interacciones los académicos no indígenas y las comunidades originarias a lo largo de todo el proceso de trabajo. El grado de control se evidencia en quién define las metas del trabajo a realizar, cómo se gestiona la información dentro del grupo, quién asigna el rol a cada una de las partes intervinientes, quienes sostienen y consienten el trabajo y, finalmente, quiénes de los participantes ven sus necesidades satisfechas. El valor que adquiere cada variable mencionada define un modo particular en el gradiente del trabajo colaborativo.

[2] "el derecho de los pueblos indígenas a controlar la colección, gobernanza, propiedad y uso de datos acerca de su gente, modos de vida, tierra y recursos" (traducción propia).

El control colonial define un extremo del poder cuando los académicos no indígenas son quienes ponen las metas, extraen y se apropian de la información que se genera, y solo incorporan a la comunidad indígena como trabajadores sin voz (Colwell 2016). Esto suele suceder cuando el trabajo es habilitado por el Estado con el solo fin de satisfacer necesidades científicas. Mientras que el extremo opuesto del gradiente ocurre cuando el control está plenamente en manos indígenas. En este caso los arqueólogos no indígenas pasan a cumplir el rol de empleados o consultores y las restantes decisiones, información, apoyos y beneficios quedan para la comunidad indígena. Entre estos extremos, la distribución del poder en cada etapa del trabajo define posicionamientos variados entre las partes que van desde la resistencia de los académicos no indígenas a trabajar con las comunidades originarias, a una participación limitada de los indígenas y a una colaboración plena en todos los aspectos basada en el diálogo y la reciprocidad.

Este modelo ofrece un esquema útil para analizar y comprender instancias de trabajo llevadas a cabo entre arqueólogos y comunidades indígenas. El modelo también sirve para destacar elementos o estrategias atractivas que se podrían incorporar en la planificación de un diseño de investigación aplicado. Esto permitiría hacer una ciencia colaborativa basada en el concepto de diálogo abierto (Da Silveira *et al.* 2023) que contemple diferentes perspectivas y el respeto a los pueblos indígenas en tanto sujetos de derechos y guardianes de saberes y prácticas de sus ancestros. Ofrecemos algunas experiencias propias de nuestro trabajo con comunidades indígenas en la Patagonia austral que se pueden analizar a la luz del modelo expuesto.

## Ejemplo 1. Libro huellas de los antiguos

En 2005 la Dirección de Turismo de Los Antiguos, Santa Cruz, disponía de una recopilación de preguntas acerca de los indígenas que habían realizado los visitantes al pueblo en su centro de atención al público. La propuesta realizada a nuestro equipo de investigación fue responderlas y generar una publicación para distribuir a turistas e interesados. Esto se materializó en un libro llamado "Huellas de los antiguos. Etnografía y arqueología del noroeste de Santa Cruz", publicado por la municipalidad en 2008 (Figuerero Torres *et al.* 2008).

Las preguntas sobre las que trabajamos compartían la particularidad de que, si bien eran acerca de la presencia indígena, estaban formuladas en tiempo pasado como si ya no hubiera más pueblos originarios en la actualidad. Nos propusimos responderlas teniendo en cuenta el estado actual de los pueblos originarios en la provincia. En ese momento desconocíamos el estado de organización indígena dentro de la provincia y solo contábamos con

el Censo Nacional del 2001 y la Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas del 2004-2005 como referencia. Sabíamos que en Los Antiguos, Perito Moreno y Lago Posadas no había ninguna comunidad indígena constituida pese a saber que había familias indígenas en el noroeste de Santa Cruz. Pudimos ubicar sólo a referentes que aparecían mencionados en las noticias y que usaban correo electrónico. Por esa vía organizamos encuentros para conocernos y poder plantearles la propuesta y nuestras inquietudes. Estos referentes dieron su apoyo a la idea del libro y nos brindaron información puntual para responder algunas preguntas y orientar algunas respuestas.

La investigación para responder estas preguntas se articuló con la meta de nuestro proyecto de investigación que era conectar el pasado con el presente de los pueblos originarios del área de Los Antiguos. Respondimos a las preguntas nosotros como académicos y la publicación de este libro de difusión fue realizada por la municipalidad. Su distribución estuvo a cargo de la Dirección de Turismo de Los Antiguos y luego fue incorporado como recurso en reuniones del Consejo Educativo Autónomo de Pueblos Indígenas (CEAPI) y en la Modalidad de Educación Intercultural Bilingüe (MEIB) de la provincia. El aporte de los referentes fue reconocido en los agradecimientos en un contexto en el cual las comunidades indígenas actuales estaban comenzando a conformarse para ser reconocidas por el Estado.

### Ejemplo 2. Centro de interpretación de los antiguos

En 2018 la Municipalidad de Los Antiguos y la Secretaría de Estado de Turismo de Santa Cruz proyectaban realizar un Centro de Interpretación (CI) en la localidad de Los Antiguos, Santa Cruz con la temática indígena provincial. Para ello fuimos convocados como asesores para acompañar la consulta previa, libre e informada (CPLI) para saber si las comunidades daban su consentimiento. La consulta fue una condición impuesta por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), organismo que aportaba recursos para la realización del CI. Esta se materializó en dos reuniones presenciales en Los Antiguos en 2018 y 2019 de las que participaron varias autoridades de las comunidades Tehuelche, Mapuche y Mapuche Tehuelche de la provincia. En el acta acuerdo final la temática del CI quedó consensuada como "Comunidades indígenas actuales: prácticas culturales y memoria" (Figuerero Torres y Mengoni Goñalons 2022). Por medio de la CPLI las comunidades lograron su meta de contar con un ámbito de diálogo intercultural para lograr otra forma de visibilizar sus experiencias y expresar distintos aspectos de sus prácticas culturales ante la sociedad como un modo de reivindicarse como pueblos preexistentes.

La tarea siguiente fue organizar reuniones de trabajo para elaborar en forma conjunta el guión del CI con la participación de las comunidades indígenas, autoridades de turismo

provincial y municipal, los arqueólogos y un museólogo en forma presencial en Los Antiguos. Estas fueron complementadas con el posterior aporte a distancia (vía email y whatsapp, principalmente) de contenidos digitales (textos, fotos, audios, croquis, etc.) sobre distintos aspectos de las trayectorias, cultura, saberes y prácticas de los pueblos participantes. Todos ellos estuvieron acompañados de la atribución autoral de quien lo aportó y/o de su comunidad de pertenencia. A esto sumamos contenidos resultado de nuestro trabajo de investigación en el área de Los Antiguos a partir de diferentes tipos de fuentes documentales escritas y orales. Todos estos materiales formaron parte del contenido del guión compilado por el museólogo Fernández Balboa (2019) que fue presentado a la Secretaría de Estado de Turismo de Santa Cruz (Figuerero Torres y Mengoni Goñalons 2019). Por diversas razones el proyecto del CI aún no se construyó.

En 2022 propusimos a las comunidades volcar todo el material digital recopilado a una plataforma virtual que permitiese compartir y editar los contenidos a voluntad, previo relevamiento de los recursos digitales y acceso a internet con los que contaban. La plataforma elegida fue *Wakelet* (wakelet.com) que en ese momento era de acceso libre y gratuito. El resultado fue la creación de un espacio virtual coproducido que toca diferentes temas (pueblos, comunidades, territorios, lengua, memoria, derechos, prácticas, etc.) y reúne diversos tipos de materiales digitales. En cada reunión virtual posterior se atendieron sugerencias y requerimientos y los contenidos fueron ampliados y editados. Asimismo, las comunidades dieron su consentimiento para que este trabajo colaborativo fuera presentado en reuniones académicas (Figuerero Torres y Mengoni Goñalons 2021 y 2022), a fin de difundir la importancia de la consulta indígena y promover el respeto a sus derechos conforme al marco legal vigente. Este espacio virtual se mantiene privado por voluntad de las comunidades, aun cuando a futuro se contempla que esté disponible al público.

### Ejemplo 3. Mesa de diálogo por las represas sobre el río Santa Cruz

En 2017 el Estado nacional aprobó el proyecto para la construcción de dos represas en el río Santa Cruz. Poco después, la *lof* Fem Mapu de Puerto Santa Cruz presentó una acción de amparo por la falta de implementación del derecho a la Consulta Previa e Informada, según estipula el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (Ley 24.071/2001). La Justicia Federal habilitó una mesa de diálogo que sesionó nueve veces entre 2018-2023 y de la que participaron quince comunidades indígenas de la provincia de Santa Cruz, sus abogados y asesoras, funcionarios del Estado (provincial y nacional) y de la Unión Transitoria de Empresas (UTE) a cargo de la construcción de la obra y del salvataje arqueológico y paleontológico (Figuerero Torres *et al.* 2026).

Entre los muchos temas cuestionados por las comunidades indígenas figuró la concepción estatal sobre patrimonio cultural y patrimonio arqueológico, y el derecho del Estado para gestionar y decidir sobre el mismo sin realizar los debidos procesos de consulta y consentimiento. En su visión, lo que el Estado considera objetos de estudio, bienes patrimoniales o restos materiales, son para ellos una parte de su pasado y constituyen las memorias o las fuerzas de los lugares que les permiten conectarse afectivamente con sus ancestros y fortalecer su identidad en el presente.

Sobre esta base se cuestionó el museo y centro de interpretación previstos y, en cambio, reclamaron un lugar para recuperar su historia y recrear su memoria. En forma paralela a la mesa de diálogo las comunidades generaron un protocolo para la restitución de restos humanos que fue aceptado por el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas y la Dirección de Patrimonio provincial. Asimismo, pidieron que el material recolectado por el equipo arqueológico a cargo del salvataje fuera entregado en calidad de restitución a la comunidad Tehuelche de Camusu Aike como un acto de reparación por el despojo de parte del Estado. La restitución de estas memorias fue concedida a fin de 2023 por la Secretaría de Estado de Cultura provincial y en la fundamentación comprometió la entrega de la información contextual producida por el equipo de arqueología como parte integral y necesaria para la reconstrucción de la memoria de los pueblos indígenas. No obstante, el acto de entrega aún no fue realizado al 2025.

Las comunidades contaron con una abogada de derecho ambiental y otro abogado de derecho indígena para patrocinar la causa y pudieron convocar a una arqueóloga (MJFT, coautora de este artículo), una antropóloga, una abogada de derecho indígena y una economista para asesoramiento adicional. En conjunto, abogados, asesoras y comunidades trabajaron en días previos a cada sesión de la mesa de diálogo, en función de la complejidad de los temas que se preveían tratar. En estas jornadas preparatorias se discutieron, propusieron y redactaron las propuestas que las comunidades llevaron a cada encuentro de la mesa de diálogo. Los temas relativos al protocolo fueron trabajados en talleres especiales por las comunidades y las asesoras arqueóloga y antropóloga. Una vez concedida la restitución, se conformó una Unidad Ejecutora para la planificación, organización y preparación de la restitución que incluía a un representante de Camusu Aike y a la arqueóloga asesora.

## REFLEXIÓN FINAL

Estos tres casos son ilustrativos de diferentes modos de colaboración a lo largo del referido continuum, a partir del grado de control y poder que tuvo cada grupo participante. En el ejemplo del libro "Huellas de los antiguos…" las preguntas surgieron desde el ámbito del

Estado y las respuestas estuvieron a cargo de investigadores no indígenas, mientras que los referentes indígenas actuaron como consultores. En el caso del Centro de Interpretación, la iniciativa surgió desde el Estado, pero las comunidades fueron consultadas para dar (o no) el consentimiento para su realización y, además, tuvieron control sobre las temáticas que debía contemplar el guión museológico y establecieron pautas para el uso futuro de dicho espacio que quedaron expresadas formalmente en sendas cartas acuerdo con las autoridades municipales. En el último ejemplo, la mesa de diálogo surgió por la acción de una de las comunidades que presentó un amparo por la falta de consulta a la que se adhirieron las otras comunidades. En ese contexto, los indígenas son quienes determinaron los temas a discutir, incluyendo la cuestión patrimonial y el destino que deberían tener los materiales arqueológicos, aspectos que fueron tomados en cuenta en el fundamento legal al resolver el Estado provincial su restitución al territorio de una de las comunidades. Los académicos convocados como asesores de las comunidades articularon su experticia a los planteos y demandas indígenas. En ese sentido, las comunidades indígenas participantes lograron que su voluntad fuese respetada, sustentada en sus derechos y, además, pudieron ejercer su poder de negociación ante el Estado. En estos casos vemos que el control y poder de las comunidades fue cambiando de grado, lo que está atado a cada situación puntual y a los márgenes de acción de cada participante.

Estas experiencias nos dejaron varias enseñanzas. Pensamos que como investigadores, becarios, docentes y gestores estamos inevitablemente insertos en un sistema que nos impone reglas y no nos da mucho margen para reflexionar. Contrario a eso creemos que hay que reflexionar sobre todo siempre: sobre qué hacemos, cómo lo hacemos, para quién lo hacemos y con quién lo hacemos. La ciencia abierta debería ser una ciencia inclusiva que incorpore diferentes voces y distintas miradas, pero a su vez una ciencia sensible y empática, atenta al impacto que tiene el quehacer académico-científico en aquellos que no son parte de ese sistema.

En síntesis, el trabajo colaborativo con comunidades originarias nos lleva a tomar conciencia de la importancia que tienen el diálogo y la reciprocidad. Pero también nos impulsa a idear proyectos que contribuyan a replantear la atribución autoral y el control de esos registros, a activar el retorno digital de contenidos que forman parte de colecciones y archivos que no son de fácil acceso y a desarrollar espacios virtuales que sean resultado de la curaduría reflexiva. Es decir, poner en acción iniciativas que colaboren con recuperar, restaurar y preservar saberes, prácticas y memorias.

## BIBLIOGRAFÍA


Actis, G. y L. Carlino 2017. Plan de gestión de datos en CONICET: análisis, experiencia y desafíos. *VII Conferencia Internacional sobre Bibliotecas y Repositorios Digitales de América Latina (BIREDIAL-ISTEC'17)* y *XII Simposio Internacional de Biblioteca Digitales (SIBD'17)*: 215–31. http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/63588

Acuto, F. A. 2024. Reflexiones para una arqueología activista en América Latina contemporánea. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 56: 55–78.

Arthur, K. W. 2017. *The lives of stone tools: crafting the status, skill, and identity of flintknappers*. Tucson, The University of Arizona Press.

Ayala, P., C. Aguilar, C. Ogalde y B. Candia 2024. Reflexiones sobre metodologías colaborativas: proyecto de investigación para el retorno de los ancestros a territorio atacameño lickanantay (2021-2024). *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 56: 105–30.

Ballester, B. 2024. *Redes del coleccionismo. El rol de coleccionistas, museos y objetos precolombinos en el montaje del presente*. Santiago de Chile: Ediciones Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. https://www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl/publicaciones/redes-del-coleccionismo-el-rol-de-coleccionistas-museos-y-objetos-precolombinos-en-el.

Beigel, F. 2023. Abrir las ciencias sociales en tiempos de Ciencia Abierta. *E-L@tina. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos* 21(82): 37–57.

Bordignon, F. y M. Maisonobe 2022. Researchers and their data: a study based on the use of the word *data* in scholarly articles. *Quantitative Science Studies* 3(4): 1156–78.

Carroll Rainie, S., T. Kukutai, M. Walter, O. L. Figueroa-Rodríguez, J. Walker y P. Axelsson 2019. Indigenous Data Sovereignty. En T. Davies, S. B. Walker, M. Rubenstein y F. Perini (eds.), *The state of open data. Histories and horizons*: 300–19. Cape Town/Ottawa, African Minds and International Development Research Centre. https://idrc-crdi.ca/en/books/state-open-data-histories-and-horizons.

Carroll, S. R., M. Duarte y M. Liboiron 2024. Keywords of the datafied state. En J. Burrell, R. Singh, y P. Davison (eds.), *Keywords of the datafied state*: 207–223. SSRN. https://www.ssrn.com/abstract=4734250.

Carroll, S. R., I. Garba, O. L. Figueroa-Rodríguez, J. Holbrook, R. Lovett, S. Materechera, M. Parsons, K. Raseroka, D. Rodriguez-Lonebear, R. Rowe, R. Sara, J. D. Walker, J. Anderson y M. Hudson 2020. The CARE principles for Indigenous data governance. *Data Science Journal* 19:43. https:10.5334/dsj-2020-043.

Carroll, S. R., E. Herczog, M. Hudson, K. Russell y S. Stall 2021. Operationalizing the CARE and FAIR principles for Indigenous data futures. *Scientific Data* 8(1): 108. https:10.1038/s41597-021-00892-0.

Colwell, C. 2016. Collaborative archaeologies and descendant communities. *Annual Review of Anthropology* 45(1): 113–27.

Colwell-Chanthaphonh, C. y T. J. Ferguson (eds.) 2008. *Collaboration in archaeological practice: engaging descendant communities*. Lanham, Md, AltaMira Press.

Crespo, C. 2022. Cuando el territorio se reclama en clave cultural y la cultura en clave de derecho. Debates sobre prácticas de conservación y exhibición de restos humanos indígenas. En I. C. Jofré y C. Gnecco (eds.), *Políticas patrimoniales y procesos de despojo y violencia en Latinoamérica*: 45–62. Tandil, Editorial UNICEN.

Cruz, M. y D. Luke 2020. Methodology and academic extractivism: the neo-colonialism of the British university. *Third World Thematics: A TWQ Journal* 5(1–2): 154–70.

Curtoni, R. P. 2022. La restitución de cuerpos indígenas y la colonialidad de la ancestralidad. *Revista Tefros* 20(1): 59–78.

Da Silveira, L., N. Calixto Ribeiro, R. Melero, A. Mora-Campos, D. F. Piraquive-Piraquive, A. Uribe Tirado, P. Machado Borges Sena, J. Polanco Cortés, J. Santillán-Aldana, F. Couto Corrêa Da Silva, R. Ferreira Araújo, A. M. Enciso Betancourt y J. Fachin 2023. Taxonomía de la Ciencia Abierta: revisada y ampliada. *Encontros Bibli: Revista Eletrônica de Biblioteconomia e Ciência Da Informação* 28: 1–24. https:10.5007/1518-2924.2023.e91712/53422.

Duarte, M. E., M. Vigil-Hayes, S. Littletree y M. Belarde-Lewis 2020. 'Of course, data can never fully represent reality': assessing the relationship between Indigenous data and IK, TEK, and TK. *Human Biology Open Access Pre-Prints*: 163. https://digitalcommons.wayne.edu/humbiol_preprints/163.

Endere, M. L. 2018. Algunas reflexiones sobre la protección del patrimonio arqueológico a quince años de la sanción de la Ley 25.743. *Práctica Arqueológica* 1(3): 1–15.

Endere, M. L. 2022. Restituciones de bienes culturales y repatriaciones de restos humanos, dos cuestiones candentes en la agenda patrimonial de Argentina. *Revista de Arqueología Americana* 40: 237–52.

Fernández Balboa, C. (ed.) 2019. *Kurruf Qoi Aike. Centro de interpretación. Los Antiguos, Provincia de Santa Cruz*. Buenos Aires, Secretaría de Estado de Turismo de Santa Cruz.

Figuerero Torres, M. J., P. V. Chávez y D. Falcomer 2008. *Huellas de los antiguos: etnografía y arqueología del NO de Santa Cruz*. Los Antiguos, Municipalidad de Los Antiguos.

Figuerero Torres, M. J. y G. L. Mengoni Goñalons 2019. Guión museológico del centro de interpretación Kurruf Qoi Aike. En C. Fernández Balboa (ed.), *Kurruf Qoi Aike. Centro de interpretación. Los Antiguos, Provincia de Santa Cruz*: 35–69. Buenos Aires, Secretaría de Estado de Turismo de Santa Cruz.

Figuerero Torres, M. J. y G. L. Mengoni Goñalons 2021. Consulta y participación indígena para un centro de interpretación en Los Antiguos, Santa Cruz. *XII Congreso Argentino de Antropología Social (CAAS)* (La Plata, junio, julio y septiembre de 2021): 1–15. La Plata, Universidad Nacional de La Plata. http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/133847.

Figuerero Torres, M. J. y G. L. Mengoni Goñalons 2022. Trabajo colaborativo con las comunidades originarias de la provincia de Santa Cruz: reflexiones a propósito de la creación de un 'centro de interpretación' en Los Antiguos, Patagonia. En *Memorias del VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología, Desafíos emergentes. Antropologías desde América Latina y el Caribe; Volumen* VII: 371–80. Montevideo, ALA. http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/15387.

Figuerero Torres, M. J., M. E. Rodríguez, M. S. Lorenti y M. Schraer 2026. Recuperación-restitución de la memoria material a comunidades indígenas: disputas en torno al salvataje arqueológico vinculado a la construcción de dos represas en el río Santa Cruz (Patagonia). En *Entre la costa, la estepa y el bosque. Aportes para la construcción de la arqueología de Patagonia en el siglo XXI*: 1–14. Río Gallegos: UNPAEdita. En prensa.

Figueroa Rodríguez, O. L. 2021. Gobernanza de datos indígenas: principios FAIR y CARE. CEPAL. https://www.cepal.org/es/notas/gobernanza-datos-indigenas-principios-fair-care.

FNIGC 2014. *Understanding the first nations principles of OCAP™: Our road map to information governance*. https://www.youtube.com/watch?v=y32aUFVfCM0.

GIDA 2023. Global indigenous data alliance promoting Indigenous control of indigenous data. *Global Indigenous Data Alliance*. https://www.gida-global.org/history-of-indigenous-data-sovereignty

Gitelman, L. y V. Jackson 2013. Introduction. En L. Gitelman (ed.), *"Raw data" is an oxymoron*: 1–14. Cambridge, London, The MIT Press.

Hudson, M., S. R. Carroll, J. Anderson, D. Blackwater, F. M. Cordova-Marks, J. Cummins, D. David-Chavez, A. Fernandez, I. Garba, D. Hiraldo, M. B. Jäger, L. L. Jennings, A. Martinez, R. Sterling, J. D. Walker y R. K. Rowe 2023. Indigenous peoples' rights in data: a contribution toward Indigenous research sovereignty. *Frontiers in Research Metrics and Analytics* 8: 1173805.

Hummel, P., M. Braun, M. Tretter y P. Dabrock 2021. Data sovereignty: a review. *Big Data & Society* 8(1).

Killian Galván, V. A. y M. S. Gheggi 2025. Dossier Comunidades locales y arqueología: experiencias de investigaciones co-construidas. Introducción al dossier. *Anales de Arqueología y Etnología* 80(1): 17–23.

Kukutai, T. y J. Taylor 2016. Data sovereignty for Indigenous peoples: current practice and future needs. En T. Kukutai y J. Taylor (eds.), *Indigenous data sovereignty*: 1–22. Acton, ANU Press.

Laluk, N. C., L. M. Montgomery, R. Tsosie, C. McCleave, R. Miron, S. R. Carroll, J. Aguilar, A. B. W. Thompson, P. Nelson, J. Sunseri, I. Trujillo, G. M. DeAntoni, G. Castro y T. D. Schneider 2022. Archaeology and social justice in Native America. *American Antiquity* 87(4): 864–864.

Littletree, S., M. Belarde-Lewis y M. Duarte 2020. Centering relationality: a conceptual model to advance Indigenous knowledge organization practices. *Knowledge Organization* 47(5): 410–426.

Lovett, R., V. Lee, T. Kukutai, D. Cormack, S. C. Rainie y J. Walker 2019. Good data practices for Indigenous data sovereignty and governance. En A. Daly, S. K. Devitt y M. Mann (eds.), *Good Data*: 26–36. Amsterdam, Institute of Network Cultures.

Mayer-Schönberger, V. y K. Cukier 2013. *Big data: a revolution that will transform how we live, work, and think*. Boston, Houghton Mifflin Harcourt.

McAnany, P. A., G. Nicholas, D. Lippert, M. Wilcox, L. J. Zimmerman, L. M. Montgomery, R. McGuire, P. Ayala Rocabado, M. Conkey y C. Colwell 2022. Reading the fine print. What you should know about UNDRIP. *The SAA Archaeological Record* 22(3): 14–8.

Mengoni Goñalons, G. L. y M. J. Figuerero Torres 2023. Datos digitales en arqueología y comunidades indígenas: una mirada desde una perspectiva colaborativa. *Revista del Museo de Antropología* 16(3): 345–362.

Mengoni Goñalons, G. L. y M. J. Figuerero Torres 2025. Arqueología colaborativa en la era digital: hacia un campo más inclusivo. *Práctica Arqueológica* 8(2): 4–18.

Moreton-Robinson, A. 2021. Incommensurable sovereignties. Indigenous ontology matters. En B. Hokowhitu, A. Moreton-Robinson, L. T. Smith, C. Andersen y S. Larkin (eds.), *Routledge handbook of critical Indigenous studies*: 257–68. Abingdon, N.Y., Routledge.

O'Brien, M. J. y R. L. Lyman 2002. The epistemological nature of archaeological units. *Anthropological Theory* 2(1): 37–56.

Parezo, N. y D. D. Fowler 2000. Archaeological records preservation: an ethical obligation. En M. J. Lynott y A. Wylie (eds.), *Ethics in American archaeology*: 57–62. 2da. ed.. Washington, D.C, Society for American Archaeology.

Pitblado, B. L., S. Thomas, A. Wessman y S. Woodward 2025. Retheorizing archaeological 'artefacts' as 'belongings.' *Archaeologies* 21(1): 209–29.

Rainie, S. C., T. Kukutai, M. Walter, O. L. Figueroa-Rodríguez, J. Walker y P. Axelsson 2019. Indigenous data sovereignty. En *The state of open data. Histories and horizons*: 300–19. Cape Town/Ottawa, African Minds and International Development Research Centre. https://idrc-crdi.ca/en/books/state-open-data-histories-and-horizons.

Ruckstuhl, K. 2022. Trust in scholarly communications and infrastructure: Indigenous data sovereignty. *Frontiers in Research Metrics and Analytics* 6: 1–9.

Salerno, V. M., M. C. Picoy, M. Tello, H. C. Pinochet, C. Lavecchia y G. Moscovici Vernieri 2016. Lo 'público' en la arqueología argentina. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 48(3): 397–408.

Sardi, M. L. y M. E. Rodríguez 2021. De colección a genealogía. Reflexiones sobre la restitución de Sam Slick. *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes* 81: 73–81.

Smith, D. 2016. Governing data and data for governance: the everyday practice of Indigenous sovereignty. En T. Kukutai y J. Taylor (eds.), *Indigenous data sovereignty*: 117–35. Acton, ANU Press.

Smith, L. T. 2016. *A descolonizar las metodologías: investigación y pueblos indígenas*. Santiago, LOM Ediciones.

SNRD 2015. Directrices para proveedores de contenido del sistema nacional de repositorios digitales. Buenos Aires: Sistema Nacional de Repositorios Digitales. Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva. https://repositoriosdigitales.mincyt.gob.ar/vufind/Content/directrices.

Thomas, D. H. 1976. *Figuring anthropology: first principles of probability and statistics*. New York, Holt, Rinehart and Winston.

UNDRIP 2007. United Nations Declaration on the Rights of Indigenous Peoples. ONU. http://www.un.org/esa/socdev/unpfii/documents/DRIPS_en.pdf.

Wilkinson, M. D., M. Dumontier, Ij. J. Aalbersberg, G. Appleton, M. Axton, A. Baak, N. Blomberg, J.-W. Boiten, L. B. da Silva Santos, P. E. Bourne, J. Bouwman, A. J. Brookes, T. Clark, M. Crosas, I. Dillo, O. Dumon, S. Edmunds, C. T. Evelo, R. Finkers, … B. Mons 2016. The FAIR guiding principles for scientific data management and stewardship. *Scientific Data* 3(1):160018. https:10.1038/sdata.2016.18.

Ziff, B. H. y P. V. Rao (eds.) 1997. *Borrowed power: essays on cultural appropriation*. New Brunswick, Rutgers University Press.

# PERSPECTIVAS ARQUEOLÓGICAS

La arqueología contemporánea abarca una amplia diversidad de tópicos, enfoques y formas de producir conocimiento. Este volumen reúne veinte trabajos de especialistas que presentan síntesis actualizadas de algunos de los principales temas de investigación de la disciplina.

A través de balances críticos, conceptos fundamentales, debates contemporáneos y estudios de caso de Argentina y América Latina, el libro ofrece una visión de conjunto sobre los problemas que hoy orientan la práctica de la arqueología y las múltiples perspectivas desde las cuales se los aborda.

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

IA : Instituto de Arqueología

.UBA FILO
Facultad de Filosofía y Letras

ISBN 978-631-6875-10-5